El sueño del imperio

Auge y caída
de las potencias globales
1400-2000

John Darwin

taurus

John Darwin

El sueño del imperio

Auge y caída de las potencias globales 1400-1200

Traducción de Antón y Federico Corriente Basús

taurus historia

Índice

Cubierta
Portadilla
Índice
Dedicatoria
Lista de ilustraciones
Lista de mapas
Prólogo
1. Orientaciones
2. Eurasia y la era de los descubrimientos
3. El equilibrio de la primera Edad Moderna
4. La Revolución euroasiática
5. La carrera contra el tiempo
6. Los límites del imperio
7. Hacia la crisis mundial, 1914-1942
8. La negación del imperio
9. La sombra de Tamerlán
Lecturas complementarias
Notas
Notas de traducción
Índice analítico
Sobre el autor
Créditos
Grupo Santillana

Para Caroline, Claire, Charlotte y Helen

Lista de ilustraciones

Los créditos fotográficos aparecen entre paréntesis.

1. Una recreación del mapa del mundo de Ptolomeo (Corbis)

2. Constantinopla a mediados del siglo XVI (Ann Ronan Picture Library/Heritage Images)

3. La bahía de Batavia, Indias Orientales Holandesas (Ann Ronan Picture Library/Heritage Images)

4. Grabado que conmemora la derrota de Tipú Sultán (Corbis)

5. La entrada del comodoro Matthew Perry en el puerto de Tokio (Corbis)

6. Soldados franceses durante la Rebelión de los bóxers (Corbis)

7. Mahatma Gandhi durante la «Marcha de la sal» en la India, 1930 (Corbis)

8. Ensayo nuclear, islas Marshall, 1952

9. Banderas en la plaza de Tiananmen (Corbis)

Lista de mapas

1. El mundo islámico en 1450
2. La China de los Ming
3. El Imperio portugués en Asia
4. La expansión rusa, 1462-1600
5. La expansión otomana, h. 1600
6. La expansión mogola
7. La expansión Ching hasta 1760
8. Imperio mogol, h. 1700
9. Gran Bretaña y Francia en Norteamérica, h. 1750
10. La expansión rusa hasta 1815
11. La India en 1805
12. Norteamérica en 1860, con las principales vías férreas incluidas
13. La India en 1857
14. China en 1860
15. La expansión de Egipto, 1821-1879
16. La apertura de África a partir de 1870
17. Apostaderos y bases de la marina británica
18. La expansión japonesa hasta 1914
19. Oriente Próximo en 1914
20. La crisis de la guerra, 1918
21. Oriente Próximo tras 1918
22. El avance japonés en China

23. Los límites del poder nazi en 1942

Prólogo

La muerte de Tamerlán en 1405 fue un punto de inflexión en la historia universal. Tamerlán fue el último de la serie de «conquistadores del mundo» pertenecientes a la tradición de Atila y Gengis Kan que trataron de someter a toda Eurasia —la «isla mundo»— al dominio de un único e inmenso imperio. No habían pasado aún cincuenta años de su muerte cuando los Estados marítimos del Lejano Oeste euroasiático, con Portugal en vanguardia, comenzaron a explorar las rutas navales que habrían de convertirse en los nervios y arterias de grandes imperios marítimos. Esta es la historia de lo que ocurrió a partir de ese momento.

Es un relato que nos resulta familiar hasta que lo examinamos más de cerca. El ascenso de Occidente a la supremacía global por la vía del imperio y la preeminencia económica es una de las piedras angulares de nuestro conocimiento histórico, y nos ayuda a ordenar nuestra visión del pasado. En muchos de los relatos al uso parece poco menos que inevitable, la ruta principal de la historia, que convirtió a todas las alternativas en carreteras secundarias o callejones sin salida. Al disolverse los imperios europeos, en su lugar aparecieron nuevos Estados poscoloniales, a la vez que la propia Europa se convertía en parte de «Occidente», una liga de ámbito mundial bajo el liderazgo de Estados Unidos. En parte, este libro pretende mostrar que el tiempo transcurrido desde la época de Tamerlán hasta la nuestra ha sido mucho más disputado, confuso y azaroso de lo que sugiere esa leyenda. Esto es algo suficientemente obvio de

por sí, pero de lo que se trata es de demostrarlo colocando a Europa (y a Occidente) en un contexto mucho más amplio: entre los proyectos de construcción de imperios, Estados y culturas de otras partes de Eurasia. Solo así es posible aprehender cabalmente el curso, la naturaleza, la magnitud y los límites de la expansión europea, y apreciar algo más claramente los orígenes de nuestro mundo contemporáneo.

Este libro no se habría podido escribir sin el enorme volumen de textos nuevos aparecidos en los últimos veinte años, tanto sobre historia «global» como sobre las historias de Oriente Próximo, la India, el Sudeste asiático, China y Japón. Por supuesto, no ha sido solo en tiempos recientes cuando los historiadores han insistido en una perspectiva global del pasado; al fin y al cabo, se trata de una tradición que se remonta a Heródoto, y en la mayor parte de las historias yace oculta una serie de conjeturas acerca de lo que se supone que sucedió en otras partes del mundo. El estudio sistemático de los vínculos entre distintas partes del mundo es, sin embargo, algo relativamente reciente. «El estudio del pasado solo puede ser válido cuando se comprende plenamente que todos los pueblos tienen historia, que sus historias devienen de forma concurrente y en el mismo mundo y que el acto de compararlas es el principio del conocimiento»[1], escribe Frederick Teggart en su *Rome and China* (Berkeley, 1939). Este reto fue asumido a una escala monumental por W. H. McNeill en *The Rise of the West [El ascenso de Occidente],* cuyo título no da una idea de su asombrosa amplitud de espectro y sutileza intelectual. En los últimos años, han aumentado en una medida enorme los recursos dedicados a la historia global y no occidental. El impacto económico, político y cultural de la «globalización» es una de las razones, pero quizá hayan sido igualmente importantes los efectos de diásporas y migraciones (que crearon una tradición histórica móvil y «antinacional») y la liberalización parcial de muchos regímenes (el caso más señalado sería el de China) en países en los que la historia se había venido tratando como propiedad privada

del Estado. Las nuevas perspectivas, nuevas libertades y nuevos públicos lectores, deseosos de extraer nuevos significados de la historia, han alimentado una vasta producción de literatura histórica. El efecto de todo ello ha sido abrir nuevas ventanas a un pasado que antes solo parecía accesible por una única ruta, la historia de la expansión europea. Se ha vuelto mucho más fácil que hace una generación ver que la trayectoria a través de la que Europa llegó al mundo moderno compartía muchos rasgos con los cambios sociales y culturales ocurridos en otras partes de Eurasia, y que el acceso de Europa a la primacía fue posterior, y bastante más matizado de lo que a menudo se nos hace creer.

Mi deuda con el trabajo de otros historiadores resultará evidente por las notas que acompañan cada capítulo. Mi primera experiencia de la fascinación de contemplar la historia universal como un todo interconectado la tuve como alumno del tristemente fallecido Jack Gallagher, cuya imaginación histórica no tenía límites. He aprendido muchísimo de mis colegas de Oxford en los ámbitos de la historia imperial y global, Judith Brown, David Washbrook, Georg Deutsch y Peter Carey, y me he aprovechado de los conocimientos especializados de muchos otros colegas de la universidad y más allá, cuyas sabias palabras he tratado de recordar. Mis ideas sobre las cuestiones económicas han mejorado mucho gracias al contacto con la Global Economic History Network, creada por Patrick O'Brien como foro para tratar sobre los caminos divergentes del cambio económico en distintas partes del mundo. Algunas de las ideas presentes en este libro surgieron de discusiones con James Belich y Phillip Buckner en varios «seminarios itinerantes». El estímulo de enseñar a tantos alumnos de talento ha sido indispensable, y mi formación histórica se ha ampliado enormemente supervisando muchas tesis doctorales a lo largo de los últimos veinte

años. Estoy especialmente agradecido a los amigos y colegas que hicieron comentarios sobre las primeras versiones de los capítulos que siguen: Richard Bonney, Ian Phimister, Robert Holland, Martin Ceadel y Andrew Hurrell. Los errores y omisiones son responsabilidad mía.

Los borradores de los mapas los preparé usando como base el programa Mapinfo creado por Collins Bartholomew, y no lo habría podido hacer sin la guía, los consejos y el apoyo paciente de Nigel James, del departamento de cartografía de la Biblioteca Bodleiana, cuya ayuda es un placer agradecer. Los mapas terminados los dibujó Jeff Edwards. Estoy muy en deuda con Bob Davenport por su cuidado meticuloso en la corrección del texto.

La tarea de escribir este libro habría sido mucho más ardua sin el interés y los ánimos de Simon Winder de Penguin. Ante el entusiasmo de Simon, ningún autor podría permitir que decayera su empeño. Por esto y por los consejos incisivos y oportunos en ciertos momentos críticos le estoy profundamente agradecido.

Por último, escribir este libro a lo largo de un periodo prolongado y entre otras muchas actividades fue posible en gran medida gracias a los recursos extraordinarios de las bibliotecas universitarias de Oxford (asediadas, pero que resisten) y a las instalaciones incomparables para investigar y escribir que ofrece Nuffield College a sus miembros.

Nota sobre nombres y lugares

Escribir un libro que abarca un ámbito tan amplio en el tiempo y en el espacio suscita algunas cuestiones problemáticas en lo tocante a nombres propios y topónimos. No solo cambian los nombres, sino que sus variaciones reflejan cambios en la

percepción, la categoría y a menudo el control. En muchas partes del mundo, cambiar el nombre de ciudades, pueblos y calles —y hasta de países— ha sido una manera de simbolizar el fin del viejo orden (por lo general colonial) y de reafirmar una cultura e identidad autóctonas.

Mi criterio ha sido optar por los nombres con más probabilidades de ser conocidos para unos lectores predominantemente occidentales, sin dejar de mencionar el nombre alternativo cuando resulte aconsejable. A veces eso ha supuesto emplear el nombre que daba un sentido contemporáneo especial a un lugar determinado. De ahí que haya utilizado «Constantinopla» y no «Estambul» para referirme a la capital otomana, como se acostumbró a hacer en Occidente hasta mucho tiempo después de la conquista de la ciudad por los turcos en 1453. He conservado esa denominación para subrayar su papel como capital imperial (muy distinta de la actual Estambul), y también su disputada condición (a ojos de muchos europeos) de ciudad cristiana ocupada y pendiente de «liberar», idea que duró hasta el Tratado de Lausana de 1923.

Hay tres cuestiones merecedoras de mención particular. En primer lugar, la romanización de nombres islámicos ha sido siempre un tanto arbitraria, lo que quizá fuera inevitable. Al tratar de representar el sonido de los nombres islámicos, a lo largo de los siglos los europeos lo hicieron con gran número de variaciones ortográficas, algunas de las cuales se nos hacen hoy extrañas. Para complicar las cosas aún más, algunas de dichas variaciones reflejaban diferencias entre formas habladas de árabe, persa y turco, los tres idiomas principales de la Eurasia islámica. El más conocido de los nombres musulmanes puede aparecer como Mahomet, Mehmet, Mohamed y Muhammad; Feisal puede aparecer como Faisal o Faysal. He empleado las versiones que espero sean las más conocidas y reconocibles, prefiriéndolas a las que podrían considerarse más escolásticamente «correctas».

En segundo lugar está el caso de Irán: hasta 1935 se denominó oficialmente Persia, el nombre por el que se solía conocer al país en Occidente. «Irán», sin embargo, era el término más comúnmente usado en el país y en la región vecina, y en aras de la sencillez he optado por usarlo como designación estándar para la unidad territorial y de su pueblo a lo largo del periodo abarcado por el libro. No obstante, es importante recordar que «persa» (palabra que procede de *farsi)* fue el nombre de la lengua y cultura predominantes, además de identificar al mayor grupo étnico en una tierra que contiene pueblos diversos.

En tercer lugar está China. En la actualidad está muy difundido el sistema pinyin para transcribir el chino al alfabeto latino. Sin embargo, como la mayoría de las referencias en este libro son a personas y lugares chinos, he conservado las formas que el lector occidental más probablemente reconozca, y que pertenecen al viejo sistema Wade-Giles. Los ejemplos más obvios son los siguientes:

Ching *y no* Qing
Pekín *y no* Beijing (hasta el capítulo 8)
Nankín *y no* Nanjing
Cantón *y no* Guangzhou
Kiangnan *y no* Jiangnan
Sinkiang *y no* Xinjiang
Chien-lung *y no* Qianlong
Kuomintang *y no* Guomindang
Chiang Kai-shek *y no* Jiang Jeshi
Mao Tse-tung *y no* Mao Zedong
Chou En-lai *y no* Zhou Enlai

1

Orientaciones

1. Mapa del mundo de Ptolomeo, la base del conocimiento europeo hasta finales del siglo XV

Después de Tamerlán

En 1401, el gran historiador musulmán Ibn Jaldún (1332-1406) se encontraba en la ciudad de Damasco, sometida por entonces al asedio de Tamerlán. Como estaba deseando conocer al conquistador más famoso de sus días, se hizo bajar en un cesto desde las murallas y fue recibido en el campamento de Tamerlán. Allí mantuvo una serie de conversaciones con un gobernante al que describiría (en su autobiografía) como «uno de los reyes más grandes y poderosos […] adicto al debate y a argumentar sobre lo que sabe y lo que no»[2]. Es posible que Ibn Jaldún viera en Tamerlán al salvador de la civilización arábigo-musulmana cuyo final temía. Sin embargo, cuatro años más tarde Tamerlán moriría camino de la China que quería conquistar.

Tamerlán (también conocido como Timur o Timurlenk, «Timur el cojo», de ahí su nombre europeo) fue un fenómeno que se transformó en leyenda. Es probable que naciera en la década de 1330 en el seno de un clan menor de la confederación turco-mongola de Chagatai, una de las cuatro grandes divisiones del imperio mongol que Gengis (Chinggis) Kan había conquistado a su muerte, en 1227. Hacia 1370 ya se había convertido en jefe de los Chagatai. Entre 1380 y 1390 se embarcó en la conquista de Irán, Mesopotamia (el Irak moderno), Armenia y Georgia. En 1390 invadió territorio ruso y regresó unos años más tarde para destruir la capital de la Horda de Oro, el régimen mongol que se encontraba en lo que hoy es el sur de Rusia. En 1398 en-

cabezó una razia en la India, derrotó a sus gobernantes musulmanes y destruyó Delhi. Luego, en 1400, volvió a Oriente Próximo para hacerse con Alepo y Damasco (Ibn Jaldún logró escapar de la masacre) antes de derrotar y capturar al sultán otomano Beyazid en la batalla de Ankara, en 1402. Solo tras estas victorias se dirigió hacia el este para llevar a cabo su última y abortada campaña.

Pese a la reputación de tirano sediento de sangre que le ha acompañado siempre y del indudable salvajismo de sus conquistas predatorias, Tamerlán fue una figura de transición en la historia de Eurasia[3]. Sus conquistas fueron eco del gran imperio mongol creado por Gengis Kan y sus hijos: un imperio que se extendía desde el Irán moderno a China y hacia el norte hasta llegar a Moscú. Su formación había dado lugar a diversos movimientos de población, a un gran auge del comercio y a la difusión de las ideas por todo el cinturón de Eurasia, a través de ese gran corredor de pastos que eran las estepas. De hecho, es posible que el gobierno de los mongoles catalizara cambios en el comercio y el pensamiento en una era de expansión económica general[4]. Los mongoles llegaron incluso a recibir a emisarios de Europa occidental que albergaban la esperanza de establecer una alianza antimusulmana y ganar adeptos al cristianismo. Sin embargo, a principios del siglo XIV el esfuerzo por preservar una gran confederación imperial era ya prácticamente inexistente. Las guerras intestinas entre los ilkanatos de Irán, la Horda de Oro y Chagatai, así como la caída de los Yuan en China (en 1368), acabaron con las tentativas mongolas de construir un imperio euroasiático.

Las conquistas de Tamerlán representaron un intento parcial de recuperar el imperio perdido, aunque con métodos diferentes. Parecía destinar la mayor parte de sus esfuerzos bélicos a destruir a todos sus rivales en el control de las grandes rutas del comercio euroasiático, de cuyos ingresos dependía su imperio. Su poderío se basaba más en el control sobre el agro culti-

vado que en el dominio de la estepa; sus ejércitos no constaban únicamente de arqueros montados (la fórmula mongola clásica), sino también de infantería, artillería, caballería pesada y hasta un cuerpo de elefantes. Su sistema de gobierno era una especie de absolutismo en el que su dependencia de la lealtad de sus seguidores tribales contaba con el contrapeso de la devoción de sus súbditos del campo y de la ciudad. También decía ser «la Sombra de Dios» (entre otras muchas cosas) que vengaba las traiciones a la fe islámica y castigaba la apostasía. Eligió Samarcanda como capital de su imperio. Estaba cerca de su lugar de nacimiento y fue allí donde llevó el botín de sus conquistas y donde financió la construcción de monumentos arquitectónicos que proclamaran a los cuatro vientos el esplendor de su reinado. El modelo «timúrida» ejerció una influencia duradera sobre la noción de imperio a lo largo y ancho de Eurasia.

No obstante, y pese a su ferocidad, su genio militar y su astucia para adaptar la política tribal a sus objetivos imperiales, el sistema de Tamerlán se desmoronó al morir este. Como quizá intuyera él mismo, ya no se podía gobernar a las poblaciones sedentarias desde las estepas ni construir un imperio euroasiático sobre los viejos cimientos del poderío militar mongol. Los otomanos, los reinos mamelucos de Egipto y Siria, el sultanato musulmán del norte de la India y, sobre todo, China eran demasiado resistentes para ser borrados del mapa por sus campañas relámpago. De hecho, desde muchos puntos de vista la muerte de Tamerlán puso fin a una larga etapa de la historia universal. Su imperio fue el último intento real de poner fin a la partición de Eurasia entre los reinos del Lejano Occidente, la Eurasia central musulmana y el Lejano Oriente confuciano. Sus experimentos políticos y su fracaso final pusieron de manifiesto que el poder había comenzado a desplazarse de forma decisiva desde los imperios nómadas hacia las comunidades políticas sedentarias. Además, los daños colaterales que Tamerlán infligiera a la Eurasia central y la influencia desproporcionada que seguían ejerciendo allí las sociedades tribales contribuye-

ron (si bien de forma gradual) a inclinar la balanza del Viejo Mundo a favor del Lejano Oriente y del Lejano Occidente a expensas del centro. Por último, su muerte coincidió con los primeros indicios de un cambio en la pauta del comercio a larga distancia: la ruta este-oeste que se había esforzado por controlar. Algunas décadas después de su desaparición, la idea de un imperio mundial gobernado desde Samarcanda había quedado reducida a una fantasía. El descubrimiento del mar como recurso común a todos que permitía acceder a cualquier parte del mundo transformó la economía y geopolítica de los imperios. Habrían de pasar tres siglos hasta que el nuevo orden mundial fuera plenamente visible. Pero después de Tamerlán no surgió ningún nuevo conquistador dispuesto a dominar Eurasia, y la Eurasia de Tamerlán ya no abarcaba casi todo el mundo conocido.

Historias globales

En este libro atravesaremos un inmenso panorama histórico en pos de tres temas. El primero de ellos es el desarrollo de las interconexiones mundiales hasta llegar a la forma concentrada que denominamos «globalización». El segundo es el papel desempeñado en este proceso por Europa (y más tarde por «Occidente») a través de sus imperios. El tercero es la resistencia de muchos de los demás Estados y culturas de Eurasia frente a la expansión europea. Cada uno de estos factores ha desempeñado un papel decisivo en la formación de ese mundo que, a la altura del siglo XX, se había convertido en un enorme sistema político-económico semiunificado, una arena común de la que ningún Estado, sociedad, economía o cultura podía permanecer completamente al margen.

Por muy detallado que sea el tema u oscuro el asunto tratado, escribimos historias para contribuir a explicar cómo hemos

llegado donde estamos. Por supuesto, los historiadores acostumbran a discrepar entre sí, entre otras cosas, debido a las diferencias de opinión en torno a la naturaleza del «presente», el producto final de la historia. Para complicar las cosas todavía más, cambiamos sin cesar nuestro punto de vista acerca del presente y lo «actualizamos» al hilo de la sucesión de los acontecimientos, revisando, al hacerlo, las preguntas que nos hacemos sobre el pasado. Pero por ahora, de momento, la opinión general es que vivimos en una era radicalmente distinta, en muchos aspectos fundamentales, del mundo de hace una generación, antes de 1980. En el lenguaje coloquial resumimos sus rasgos más influyentes en un concepto-cajón de sastre: «globalización». Se trata de una palabra ambigua. Parece referirse a un proceso, pero a menudo la utilizamos para denotar un estado de cosas, el punto de llegada tras un periodo de cambio. Todo indica que, al menos en lo referente a las relaciones económicas, el ritmo del cambio (en la distribución de la riqueza y la actividad productiva entre diferentes regiones y continentes) tenderá a aumentar en todo el mundo. Aun así podemos describir los rasgos generales del «mundo globalizado», la fase actual de la globalización, hasta hacerlo reconocible. Este es el «presente» cuya imprevisible historia he intentado explicar en este libro.

Podemos resumir brevemente sus rasgos como sigue:

1) aparición de un mercado único globalizado, no para todos los productos, sino para los más utilizados, así como para los capitales, los servicios crediticios y financieros;

2) intensa interacción entre Estados que pueden estar geográficamente muy lejos unos de otros pero cuyos intereses (aun en caso de Estados muy pequeños) se han vuelto globales y no regionales;

3) profunda penetración en la mayoría de las culturas de los medios de comunicación globales, cuyos mensajes comerciales

y culturales (sobre todo a través del lenguaje de las «marcas») se han vuelto casi indisociables;

4) movimientos migratorios y diásporas (voluntarias y forzosas) de enorme magnitud, que han ido creando redes y conexiones cuyo impacto supera al de las grandes migraciones europeas del XIX o al del comercio de esclavos atlántico;

5) surgimiento a partir de las ruinas de la «era bipolar» (1945-1989), de una sola «hiperpotencia» cuyo poderío militar y económico en relación con todos los demás Estados no ha tenido parangón en la historia del mundo contemporáneo;

6) espectacular reaparición de China y la India como potencias industriales. Al aumentar inmensamente el volumen de producción mundial y desplazar el equilibrio de la economía mundial, la movilización económica de sus ingentes poblaciones (1.300 millones y 1.000 millones, respectivamente) ha sido comparada con la conquista de nuevas tierras en el siglo XIX.

Esta lista debería suscitar toda una serie de preguntas. ¿Por qué ha obtenido tanto poder un único Estado en un mundo globalizado? ¿Por qué el resurgimiento económico de China y la India ha sido tan reciente? ¿Por qué hasta hace muy poco solo los países de Occidente (lo que ahora incluye a Japón) han ido por delante de todos los demás en materia de tecnología y nivel de vida? ¿Por qué los productos de la cultura occidental (en ciencia, medicina, literatura y arte) siguen gozando en general del máximo prestigio? ¿Por qué las leyes y normas del sistema internacional de Estados reflejan los conceptos y prácticas de la ciencia política occidental? ¿Por qué se basan en el modelo territorial europeo? El mundo globalizado de finales del siglo XX no era el resultado previsible de un mercado mundial libre. Tampoco habría podido deducirse su existencia del estado del mundo hace cinco siglos. Fue el producto de una historia larga, confusa y a menudo violenta, de súbitos reveses y de derrotas inesperadas. Sus raíces se remontan (o al menos esa es la creen-

cia generalizada) a la «Era del Descubrimiento», es decir, a la muerte de Tamerlán.

Por supuesto, se han formulado un sinfín de teorías y se han narrado multitud de historias para explicar el curso de la historia mundial y debatir sobre él. La historia (y la prehistoria) de la globalización siempre ha sido controvertida. Puesto que la mayoría de los rasgos de la globalización están estrechamente relacionados con la hegemonía europea (y luego occidental), difícilmente podía ser de otra forma. Las líneas de batalla se empezaron a trazar desde muy pronto. Los librecambistas británicos de las décadas de 1830 y 1840, inspirados por Adam Smith, estuvieron entre los primeros en imaginar un mundo globalizado. En su opinión, el libre comercio mundial convertiría las guerras en algo impensable. Si todos los países dependían de proveedores y clientes extranjeros, las redes de dependencia mutua serían demasiado fuertes para romperlas. Las aristocracias guerreras, que prosperaban en un entorno conflictivo, quedarían obsoletas. El ideal burgués del gobierno representativo, difundido por los comerciantes y el comercio, se universalizaría. Estas alegres previsiones sobre el modo en que el interés personal ilustrado reharía el mundo en beneficio de todos fueron desinfladas por Karl Marx, que insistió en que antes o después (y él esperaba que fuera antes) el capitalismo industrial ahogaría a sus mercados con su producción. Sobreviviría durante un tiempo reduciendo costes y haciendo descender los salarios por debajo del nivel de subsistencia. Pero cuando los trabajadores se rebelaran (y no les quedaría más remedio que hacerlo), el capitalismo haría implosión y el proletariado tomaría el poder. El mundo extraeuropeo se vería inmerso en la lucha. El ansia de mercados llevaría a los capitalistas europeos a invadir Asia (el ejemplo que utilizó Marx fue el de la India) y a arruinar sus economías premodernas. El tejedor hindú tendría que irse a pique para que en Lancashire se pudieran obtener beneficios. El sistema de aldeas de la India y su orden social estaban desapareciendo, «no tanto por culpa del brutal recauda-

dor británico de contribuciones o del soldado británico, como por la acción del vapor y de la libertad de comercio ingleses»[5]. La gracia redentora de esta obra de destrucción sería su consecuencia imprevista: llevaría la revolución social a Asia, sin lo cual (eso daba a entender Marx) el resto del mundo no podría llegar a su destino socialista.

Marx había argumentado que el resultado de la demanda europea sería una economía global. Lenin insistió en que el capitalismo dependía del imperialismo económico y pronosticó su caída a consecuencia de una rebelión global de los pueblos coloniales[6]. La versión de Marx y Lenin, mitad historia mitad profecía, parecía ser la clave de la historia mundial, y a partir de la década de 1920 ejerció una enorme influencia intelectual. Veía en la expansión económica europea la fuerza irresistible que dominaba al resto del mundo. Ahora bien, en vez de dar lugar a la utopía descrita por los librecambistas británicos, había dividido al mundo. La zona capitalista e industrial centrada en Europa (y más adelante en su retoño estadounidense) se había vuelto cada vez más rica, pero en el resto del mundo la dependencia colonial o semicolonial había ido empobreciendo a las poblaciones cada vez más. La riqueza capitalista y el poder imperial de Europa habían confluido para imponer un trato muy desigual. En el mundo no occidental el «libre» comercio se había utilizado para destruir la antigua industria artesanal, obstaculizar el desarrollo industrial y confinar a las economías locales a la producción de materias primas baratas. De hecho, puesto que esas materias primas se irían abaratando más, y de manera continua, que los bienes industriales que supuestamente estaban destinadas a sufragar (o eso se decía), la pobreza y la dependencia irían a más, a no ser que, o hasta que, el «sistema-mundo» del que surgían fuese abolido por la fuerza[7].

Durante buena parte del siglo XX, esta perspectiva pesimista de las motivaciones y el significado de la globalización (aunque no se utilizara dicho término), unida a veces a una fe asombrosa

en su desenlace revolucionario, se impuso holgadamente a las pretensiones de los optimistas, que consideraban que el resultado de una economía plenamente global sería la «modernización» (es decir, una réplica de la estructura social de Occidente). Lo que compartían ambas actitudes era el supuesto indiscutido de que Europa (u Occidente) era la única fuente real del cambio histórico. Ambas recurrían a los asombrosos descubrimientos (y a la aún mayor industriosidad) del sociólogo alemán Max Weber (1864-1920). A Weber le fascinaba la peculiar trayectoria que había seguido Europa en comparación con las de la India o China. Mientras que Marx había puesto el acento en la revolución social que había reemplazado a la sociedad feudal por el capitalismo burgués, Weber buscó el patrón de las instituciones y creencias que habían hecho «diferente» a Europa. El capitalismo también se había desarrollado en otras partes de Eurasia, pero solo Europa había efectuado la transición hacia el moderno capitalismo industrial y a la hegemonía mundial que eso supuso. El meollo de la explicación de Weber era que, por encima de todo, el capitalismo moderno exigía una mentalidad activa y dada a racionalizar. Tanto el confucianismo chino (racional pero inactivo) como el islam (activo pero irracional) como el hinduismo (inactivo e irracional) desalentaban la combinación adecuada. «La religiosidad mágica de las clases no intelectuales de Asia no conducía ciertamente al control racional y metódico de la vida»[8]. Sin embargo, el protestantismo europeo había engendrado (de forma accidental) la psicología (y el boato institucional) que permitieron dar el salto decisivo.

La insistencia de Weber en que había que explicar las peculiaridades europeas en términos de un complejo sociocultural muy específico inspiró a muchos autores posteriores, sobre todo después de que, a partir de la década de 1920, se difundieran (y se tradujeran) sus obras. Sus ideas tenían un especial atractivo para aquellos que rechazaban el burdo argumento marxiano de que la riqueza y el éxito europeos procedían del expolio y el pillaje del resto del planeta. Esta afirmación incentivó la bús-

queda del factor (o de los factores) decisivo(s) que en Europa había(n) inclinado la balanza del lado de la inversión productiva y el cambio tecnológico continuo. Parecía confirmar la idea (muy anterior a Weber) de que la sociedad europea era singularmente dinámica y que el resto de las grandes culturas, por magníficas que fuesen, carecían de los ingredientes necesarios para estimular el progreso material. A decir verdad, en torno a este aspecto central no había diferencias reales entre el punto de vista weberiano y el que daban por supuesto los defensores del «sistema-mundo» marxiano. Para bien o para mal, por buenas o malas razones, Europa había infundido dinamismo a un mundo estático.

Apenas cabe sorprenderse de que en los últimos años esta versión eurocéntrica de la historia del mundo contemporáneo haya sido impugnada. La rápida disolución de los imperios coloniales europeos a partir de 1945 engendró un montón de naciones nuevas, cada una de las cuales tenía necesidad de una historia con su propio progreso como núcleo. Todas ellas tenían héroes propios que habían librado su lucha de liberación nacional frente a la arrogancia cultural de Europa. Las nuevas historias «nacionalistas» describían la dominación (o la influencia) europea como injusta y represiva. Lejos de llevar el progreso a las regiones más estancadas del mundo, la interferencia europea había obstaculizado los avances sociales y culturales que ya estaban en marcha. Durante las décadas de 1970 y 1980 la historia «subalterna» empezó a escudriñar la estructura de muchas antiguas sociedades coloniales. Puso de manifiesto la existencia de complejas comunidades campesinas que se resistían ferozmente al control exterior, y cuyas formas de vida se vieron interrumpidas por el intento tosco, cuando no brutal, de imponerles un «orden» colonial[9]. La «historia descolonizada» animó a muchos grupos sociales, étnicos, religiosos y culturales a salir de entre las sombras. Los antiguos relatos coloniales en los que los europeos destacaban sobre el negro telón nativo ahora se habían vuelto caricaturescos, esquemas burdos

e incompletos de una realidad mucho más compleja. Se documentaron y se describieron las ambiciones y los proyectos de los pueblos colonizados: maestros, escritores, comerciantes, campesinos emigrantes y minorías. Los «mundos estáticos» que la «dinámica» Europa había conquistado bullían de vitalidad. Desde esta nueva perspectiva se describía a menudo a los europeos como personas que, lejos de ejercer un sereno dominio, eran engañados, explotados, o simplemente ignorados por unos lugareños dedicados a sus propios asuntos.

No era la primera vez que los historiadores afirmaban que hasta los pueblos colonizados tenían una historia propia que merecía ser estudiada de forma detenida. Antes de la Segunda Guerra Mundial, el joven historiador holandés J. C. van Leur (1908-1942) había denunciado el modo en que la historia de Indonesia había sido escrita desde el punto de vista occidental, «desde la cubierta del barco, las murallas del fuerte, la galería superior de una firma comercial», como si no pudiera suceder nada sin que un europeo estuviera presente o lo ordenara[10]. Van Leur perdió la vida durante la guerra y sus ideas no llegaron a un público internacional más amplio hasta finales de la década de 1950. Sin embargo, su obra añadió una nueva dimensión clave a la crítica histórica de la historia universal eurocéntrica. Acabó con la idea de que durante el siglo XVI la llegada por mar de los europeos hubiera transformado la economía comercial asiática. Al contrario, los europeos fueron los últimos en integrarse en un inmenso comercio marítimo cuyos pioneros habían sido los asiáticos y que unía a China, Japón, Corea, el Sudeste asiático, la India, el golfo Pérsico, el mar Rojo y África oriental. La economía «global» ya existía, no hubo que esperar al toque prometeico de los comerciantes europeos[11]. Si la convergencia económica global fue uno de los temas estrella de la historia del mundo moderno, el papel que desempeñaron en ella los asiáticos (y otros pueblos extraeuropeos) no se podía pasar por alto. Es más, en el sentido más amplio de la ex-

presión, la «globalización» ya no se podía seguir considerando un proyecto exclusivamente europeo.

En los últimos veinte años se ha incidido mucho más en esta original idea de Van Leur. La magnitud de la movilidad global, el aumento de las diásporas, la naturaleza porosa de las fronteras, el limitado poder de la mayoría de los Estados y la nueva distribución del poder industrial (sobre todo en Asia) han alterado radicalmente nuestra noción del pasado y de lo que queremos conocer a partir de él. Al menos de momento, escribir la historia de Estados y naciones parece mucho menos importante que seguir la pista del origen de nuestro mundo en movimiento, con su frenético intercambio de bienes e ideas, sus culturas híbridas y sus identidades fluidas. Ha surgido una nueva historia mundial que investiga regiones u océanos, el comercio a larga distancia, las redes de mercaderes, la pista de los intelectuales itinerantes y la difusión de los cultos y creencias entre culturas y continentes. Desde este punto de vista, la diferencia radical entre Europa y Asia, supuesto central de las antiguas historias universales, impresiona mucho menos. Al contrario, sabemos que hubo una cadena de «conexiones», tanto comerciales como culturales, que unieron a gran parte de la Eurasia de la primera Edad Moderna en el preciso momento en que la divergencia entre Europa y Asia empezaba a hacerse decisiva. Por la inmensa masa terrestre que separaba a España de la bahía de Bengala circulaban nociones de imperio universal, una nueva «cultura del viaje», rumores milenarios y fantasías[12]. La ubicación geográfica en Asia o Europa empezó a parecer menos importante para el cambio social y cultural que ocupar un lugar a lo largo de las principales rutas de comercio euroasiáticas o en la franja árida, donde los viajeros que tenían que recorrer grandes distancias no tenían que abrirse paso entre bosques, junglas o pantanos[13].

Los historiadores que escriben sobre la «nueva historia universal del progreso material» han suscrito un cambio de acento

similar. Como ya sugiriera Van Leur, la conclusión simplista de que los europeos galvanizaron a una Asia somnolienta tras la llegada a la India de Vasco da Gama en 1498 era una tergiversación de la realidad. Una densa red comercial ya unía entre sí a todos los puertos y productores de la costa de África oriental y del sur del mar de China. Los comerciantes asiáticos no fueron las víctimas pasivas de una absorción europea. Fueran cuales fueran sus defectos, los gobiernos de Asia eran algo más que los despóticos depredadores que pinta la mitología europea y que aniquilaban el comercio y la agricultura imponiendo tasas punitivas y confiscaciones arbitrarias. En distintas partes de Asia existían economías de mercado en las que la división del trabajo, el comercio especializado y el desarrollo urbano (los rasgos distintivos del crecimiento descritos por Adam Smith) eran muy semejantes a los europeos. Sobre todo en China, donde la magnitud de los intercambios comerciales, la sofisticación del crédito, la utilización de la tecnología y el volumen de producción (sobre todo en el ramo textil) indicaban la existencia de una economía preindustrial al menos tan dinámica como la europea de la época. De hecho, antes de 1800 lo que realmente destacaba no eran los marcados contrastes económicos entre Europa y Asia, sino, por el contrario, un mundo euroasiático de «sorprendentes semejanzas» en el que había cierto número de regiones de Europa y Asia capaces, al menos en teoría, de dar el gran salto adelante e ingresar en la era industrial[14].

Entretanto la supuesta centralidad de Europa en las historias del mundo se empezaba a criticar desde otros puntos de vista. Desde finales de la década de 1970, un movimiento intelectual inspirado por las obras del palestino-americano Edward Said denunció que los clásicos europeos sobre historia, etnografía y cultura asiáticas (y por extensión de otras partes) no eran sino «fantasías orientalistas». Según Said, las descripciones europeas atribuían de forma simplista a las sociedades asiáticas cualidades estereotipadas, casi siempre degradantes, y traslucían el intento constante de retratarlas como antítesis perezosas, co-

rruptas o degeneradas de una Europa rebosante de energía, dominadora y progresista[15]. Surgió una enorme industria literaria que hizo acopio del lenguaje y contenido de los distintos géneros que transmitían al público europeo la imagen del mundo no occidental. Las implicaciones eran claras. Si el relato europeo (real o ficticio) había de servir para extender la hegemonía europea, e incluso si lo hacía de forma inconsciente, carecía de todo valor histórico, salvo como reflejo de los propios temores y obsesiones de los europeos. El estudio comparativo entre Europa y no-Europa estaba irremediablemente sesgado. Incluso podía decirse (y hubo historiadores que lo hicieron) que la historia misma era una empresa ajena que pretendía encerrar el conocimiento del pasado en conceptos y categorías inventadas en (y para) Europa.

Pocas personas inteligentes aceptaron la conclusión lógica a la que conducía este extremismo posmoderno: que nada podía conocerse y que toda indagación era inútil. Sin embargo, el argumento general se mantuvo en vigor: las descripciones europeas de otros lugares del mundo debían descodificarse con sumo cuidado. La crítica de Said formaba parte de un cambio radical de perspectiva, pues era un intento deliberado de «descentrar» a Europa e incluso de «provincializarla». Ya no debían considerarse como «versiones autorizadas» las descripciones europeas de otras culturas y pueblos, por muy completas o convincentes que parecieran. Europa ya no debía aparecer siempre como el motor de cambio, o como el agente que actúa sobre las civilizaciones pasivas del mundo extraoccidental. Y por encima de todo, ya no debía seguir considerándose que la vía europea hacia la modernidad fuese la natural o «normal», o el baremo con el que medir siempre el cambio histórico en otras regiones del mundo. Los europeos habían forjado su propia forma de modernidad, pero había otras; es más, había muchas «modernidades»[16].

La «historia descolonizada» ha puesto a Europa en su sitio y ha hecho mucho más difícil dar por supuesto sin más que las sociedades europeas fueran intrínsecamente progresistas o necesariamente más eficaces que las de otros pueblos de Eurasia u otros continentes. Las definiciones europeas de «progreso» han ido perdiendo su autoridad, al igual que las observaciones del Viejo Continente sobre el resto del mundo. De hecho, algunos autores modernos niegan la validez de toda comparación entre culturas diferentes (aduciendo que nadie puede pertenecer de veras a más de una cultura) y proponen la curiosa idea de que, en realidad, el mundo tan revuelto en el que vivimos se compone de culturas distintivas y originales. La historia poscolonial suele tener una visión muy escéptica del impacto europeo y no menos escéptica de las presuntas «mejoras» que en otros tiempos se decía que había introducido la dominación colonial. Considera que la historia «colonial» es miope y sesgada, y puede que incluso delirante, y ve en sus afirmaciones propaganda pura y simple destinada a la opinión pública europea. De hecho, un examen más atento permite insinuar una irónica inversión del argumento colonialista. Lejos de arrastrar a la gente hacia una modernidad de tipo europeo, la dominación colonial tendió más a imponer formas de «antimodernidad». En la India, las castas eran un símbolo de atraso. No obstante, pensando en su propio beneficio, los colonizadores británicos llegaron a un acuerdo con los brahmanes para afianzar el sistema de castas y convertirlo en un sistema administrativo (formalizado en el censo)[17]. En el África colonizada tuvo lugar un proceso similar de reinvención de los clanes y de sus seguidores como «tribus» encabezadas por «jefes» advenedizos en calidad de líderes ancestrales[18]. En este caso, al igual que en el de la India, la jugada política se envolvió cuidadosamente para ha-

cerlo pasar por un acto de respeto a la tradición local. En la versión colonial de la historia, la casta y la tribu eran rasgos inmemoriales del pasado hindú y africano; en el seno de la propaganda imperial, se convirtieron en las taras genéticas que imposibilitaban el autogobierno de los hindúes y africanos. Ahora bien, en la historia «descolonizada», la expansión europea parece una gigantesca conspiración para reordenar el mundo no occidental de acuerdo con criterios pseudotradicionales para mantener a los nativos bajo control y explotar indefinidamente sus recursos.

Por estos y otros motivos, el lugar que Europa ocupa ahora en la historia del mundo parece bien distinto del que ocupa en los relatos convencionales escritos solo hace unas décadas. No obstante, las historias que pretenden «provincializar» a Europa siguen dejando mucho por explicar. A finales del siglo XIX los Estados europeos fueron la principal fuerza impulsora de un mundo «globalizado». También fueron los principales artífices de dos grandes transformaciones inseparables en el «mundo moderno» que va desde la década de 1870 hasta la de 1940. La primera fue la formación de una economía mundial que ya no se limitaba al comercio a larga distancia de artículos de lujo de gran valor, sino que se extendió al intercambio mundial de productos manufacturados, materias primas y alimentos. El tráfico adquirió un volumen ingente y dio lugar a los flujos concomitantes de personas y dinero. Fue toda una revolución comercial administrada fundamentalmente (y no siempre bien) desde Europa o por europeos, e ideada para satisfacer sus intereses. La segunda transformación estuvo estrechamente ligada a la primera. Se trata de la extensión del dominio europeo, de forma abierta o encubierta, a grandes franjas del mundo extraeuropeo, proceso que ya se puso en marcha bastante antes de 1800 pero que se aceleró marcadamente durante el siglo XIX. Quedó de manifiesto en el reparto colonial de África, en el Sudeste asiático, en el Pacífico sur y (más tarde) en Oriente Próxi-

mo, en las grandes empresas de construcción imperial en el norte de Asia (obra de Rusia) y en el sur de Asia (obra de los británicos), en el sometimiento de gran parte del comercio marítimo chino al control extranjero y en la ocupación europea (mediante el imperialismo demográfico) de las Américas, Australasia y partes del sur de África central. En África, Oriente Próximo, gran parte del Sudeste asiático, el Pacífico, Australasia e incluso las Américas, creó las unidades territoriales que configuraron las estructuras estatales del mundo contemporáneo.

Así pues, Europa emprendió una doble expansión. Los signos externos de la primera fueron la difusión del ferrocarril y la navegación a vapor, que crearon una red de conexiones mucho más rápida y segura que las de épocas anteriores, capaz de movilizar grandes flujos de bienes hacia lugares en otro tiempo inaccesibles. Las obras portuarias, las estaciones ferroviarias, las líneas de telégrafos, los almacenes, los bancos, las compañías de seguros, las tiendas, los hoteles (como el Shepheard de El Cairo o el Raffles en Singapur), los clubs e incluso las iglesias constituían la retícula mundial del imperio comercial europeo, que permitía el libre movimiento del comercio y los comerciantes europeos y facilitaba su acceso a una masa de nuevos clientes. La segunda modalidad de expansión fue territorial y requería la adquisición de fuertes y bases desde los que se pudieran enviar soldados y buques de guerra para conquistar o coaccionar. Presuponía el control de zonas clave situadas a caballo de las principales rutas marítimas que discurrían entre Europa y el resto del mundo. El ejemplo clásico fue el de Egipto, ocupado por Gran Bretaña en 1882. Suponía unas pautas de gobierno mediante las que se podían desviar a voluntad los recursos e ingresos de las regiones coloniales para los fines imperiales. En cuanto el Raj(1) estuvo asentado, los británicos empezaron a cobrar impuestos a los hindúes para financiar el poder militar (un ejército de cipayos) que necesitaban en Asia. El imperio comercial de Europa y sus imperios territoriales no se so-

lapaban completamente. Ahora bien, el aspecto decisivo de esta doble expansión era su interdependencia. El imperialismo territorial era un ariete capaz de abrir mercados que se resistían al librecambismo o, como en el caso de la India, de reclutar a la población local para la construcción de los ferrocarriles y las carreteras que exigían los comerciantes europeos. Podía prometer seguridad a los empresarios europeos o, como a menudo sucedió en África, entregarles gratuitamente tierras y mano de obra. No obstante, también dependía de los activos tecnológicos, industriales y financieros que Europa pudiera desplegar. Estos podían ser decisivos cuando se producían enfrentamientos (los barcos de vapor y la superioridad armamentística ayudaron a Gran Bretaña a ganar su primera guerra en China en 1839-1842)[19], aunque desde luego no en todas partes. La auténtica ventaja del imperialismo industrial residía en su magnitud y su rapidez. La tecnología industrial y la disponibilidad de capitales permitieron a los europeos realizar una serie de conquistas relámpago. Podían tender vías ferroviarias a una velocidad de vértigo para ejercer su poderío militar a cientos de kilómetros del mar. Podían inundar determinadas zonas de colonos europeos y transformar su demografía de la noche a la mañana, desorientando a los indígenas y haciendo que la resistencia pareciera inútil. Podían transformar entornos ajenos de manera asombrosamente completa para convertirlos en hábitats de estilo europeo introduciendo en ellos no solo cultivos y ganado, sino también animales salvajes, aves, árboles y flores. Pero, por encima de todo, podían convertir hasta las partes más remotas del globo en proveedores de bienes de uso cotidiano como mantequilla, carne o queso, algo que en otros tiempos estaba reservado exclusivamente a los productores locales de la metrópoli. Las adustas y frías fábricas de mugrosas chimeneas que aparecieron en las costas de Nueva Zelanda a partir de 1880 eran el rostro industrial de la colonización.

Sería erróneo suponer que los europeos carecieron de apoyos o de aliados, pero lo cierto es que fueron ellos los que de-

sempeñaron el papel decisivo en la reconfiguración del mundo. Ahora bien, ¿cómo explicamos el extraordinario cambio que supuso (que parecía prácticamente completo en 1914) pasar de un mundo euroasiático «interconectado» a un mundo global-imperial? A pesar de los ríos de tinta que se han vertido sobre el asunto todavía hay mucho por aclarar. Es posible que dos fechas clave, 1492 (cuando Colón atravesó el Atlántico) y 1498 (cuando Vasco da Gama llegó a la India), marcaran el inicio de la nueva era para Europa. Sin embargo, el avance fue espasmódico en el mejor de los casos. Tres siglos después del desembarco de Colón, el grueso del continente norteamericano seguía desocupado y prácticamente inexplorado por los europeos. Pasaron casi trescientos años hasta que la zona de la India a la que había llegado Vasco da Gama cayera bajo dominio europeo (los británicos se anexionaron Calcuta en 1792). La carrera solo comenzó con el cambio de siglo. Debemos explicar mejor no solo los tiempos, sino también las formas y el rumbo de la expansión europea. ¿Por qué conservaron su autonomía el Imperio otomano y el iraní durante mucho tiempo después de que la India, que estaba mucho más lejos, la hubiera perdido? ¿Por qué la India se vio sometida a un régimen colonial mientras que China logró mantener su soberanía, aunque fuera de forma precaria? ¿Por qué Japón se había convertido en una potencia colonial en torno a 1914? Si la clave de la difusión de la influencia europea era el capitalismo industrial, ¿por qué tardó tanto tiempo en apreciarse su impacto en una parte tan grande del mundo y con unas consecuencias tan variables? ¿Por qué las propias desavenencias internas de Europa, que se desencadenaban periódicamente con unos efectos tan mortíferos, no tuvieron un efecto mucho más destructivo sobre sus ambiciones imperialistas? ¿Y qué debía entenderse exactamente por Europa? ¿Por qué algunas partes de «no-Europa» lograron mantener a Europa a raya mucho mejor o sacudirse su yugo de forma más rápida? ¿Qué quedó del «mundo hecho por Europa» cuando sus imperios se derrumbaron?

Para responder a estas preguntas tenemos que adoptar un enfoque un tanto distinto al de historias anteriores. Este libro está estructurado en torno a cuatro supuestos básicos. El primero es que hemos de rechazar la idea de un cambio lineal en el curso de la historia del mundo moderno, en el que Europa fue adquiriendo preeminencia *progresivamente,* luego cayó y resurgió como parte de «Occidente». Puede que resulte de mayor utilidad pensar en «coyunturas», periodos de tiempo en los que coincidieron ciertas condiciones generales en diversas partes del mundo que alentaron (o frenaron) la expansión del comercio y los imperios, el intercambio de ideas y los movimientos de población. La forma en que tuvo lugar el proceso podía inclinar la balanza a favor de diversas partes del mundo, al menos de forma temporal. La presencia de una sola de esas condiciones rara vez resultó decisiva. Puede que productores y consumidores quisieran hacer negocios, pero los gobiernos y gobernantes también tuvieron que permitir el comercio, libre, no tan libre o de cualquier otra clase. La política y la geopolítica fueron un elemento vital de la ecuación. El estallido de guerras y la imprevisibilidad de su curso podían destruir un equilibrio e imponer otro. De ahí que la gran expansión del comercio a finales del siglo XIX y los tipos de globalización que había promovido se detuvieran de golpe cuando comenzó la Primera Guerra Mundial. A partir de 1929 se afianzó una «desglobalización» de resultados catastróficos. El acceso originario de Europa a una posición de primacía en las relaciones mundiales se entiende mucho mejor como la consecuencia imprevista de una revolución en Eurasia que como el resultado de un avance continuo tras los pasos de Colón. Las metáforas que mejor lo describen no son las que corresponden a ríos y mareas, sino a terremotos e inundaciones.

El segundo supuesto es que debemos situar la época de expansión europea firmemente en su contexto euroasiático, lo que supone reconocer la importancia decisiva que tuvieron los contactos que Europa mantenía con otras civilizaciones del

Viejo Mundo y con Estados de Asia, el norte de África y Oriente Próximo. Está claro que la irrupción por la fuerza de Europa en el «Mundo Exterior» y las «neo-Europas» que creó en las Américas, Australasia y Sudáfrica fueron un elemento clave de esa historia. Sin la explotación de los recursos americanos y la integración comercial del este de Norteamérica y el noroeste de Europa en una economía «atlántica», es posible que la creación de una economía mundial a finales del siglo XIX no se hubiera producido jamás. No dejemos que nos confunda la increíble magnitud de la riqueza americana (que maravilló al mundo durante más de un siglo). El centro de gravedad de la historia moderna del mundo está en Eurasia, en las difíciles, conflictivas, íntimas e interconectadas relaciones existentes entre sus grandes culturas y Estados, dispuestos a lo largo de una línea que une el «Lejano Oeste» europeo con el «Lejano Oriente» asiático.

Quizá resulte sorprendente que quien defendió hace un siglo este punto de vista «euroasiático» de forma más convincente fuera un geógrafo-imperialista británico, Halford Mackinder[20], deseoso de recordarle a su público que la «época de Colón», en la que el poderío naval europeo parecía dominar el mundo, no había sido más que un interludio. La ventaja del mar sobre la tierra como medio de transporte era temporal, no permanente: la invención del ferrocarril así lo garantizaba. En poco tiempo, la influencia dominante volvería a ser la de las potencias que controlasen Eurasia (lo que Mackinder denominaba la «isla mundo») mediante el control de su «centro». Desde esta posición central y contando con una extensa red de ferrocarriles capaz de movilizar grandes recursos, un imperio euroasiático podría empujar a cualquier rival allende los mares, al «Mundo Exterior» de las Américas, el África subsahariana, las islas del Sudeste asiático y Oceanía, e incluso plantarle cara allí. No es necesario seguir la idea de Mackinder hasta sus últimas consecuencias (al fin y al cabo buscaba desinflar la complacencia del *establishment* eduardiano), aunque el escenario de pe-

sadilla de un superimperio central empezó a parecer menos inverosímil en tiempos del imperialismo nazi y soviético. Lo que hoy vemos, quizá con mayor claridad que él, es que los cambios en el equilibrio de riqueza y poder entre los principales elementos de Eurasia, así como las diferentes condiciones en las que estos elementos pasaron a formar parte de la economía mundial y el moderno «sistema-mundo» constituyen el yunque y el martillo de la historia universal moderna.

Incluso podría decirse que la anexión por Europa del «Mundo Exterior» es solo una parte de esa historia euroasiática y dependió en no poca medida de la evolución de Eurasia. En el África subsahariana y el Sudeste asiático, los europeos tuvieron que competir con otros imperios del Viejo Mundo y sus Estados clientes. En torno a 1870, el temor a una «invasión pacífica» de colonos chinos y japoneses dio lugar a una especie de paranoia racial en todo el Pacífico «blanco», en Australia, Nueva Zelanda y la costa estadounidense del Pacífico. No obstante, también era cierto que los esfuerzos europeos por crear colonias viables en el «Mundo Exterior» dependían de su capacidad de cooptar y reclutar los recursos materiales y humanos de la Eurasia extraeuropea. Los impuestos, los soldados y la mano de obra india (a menudo sometida a formas de servidumbre temporal) contribuyeron a abrir a las empresas europeas (en este caso británicas) África oriental, zonas continentales del Sudeste asiático e islas del Pacífico tan lejanas como las Fiyi. Los comerciantes, mineros y artesanos chinos fueron igualmente importantes en lo que luego serían la Malasia británica y las Indias Orientales Holandesas (la actual Indonesia). Lo decisivo fue que chinos e hindúes no acudieron a aquellas tierras en calidad de agentes de una expansión china o hindú, sino como los auxiliares y dependientes de una expansión dirigida desde Europa.

El tercer supuesto es que debemos reflexionar muy detenidamente sobre lo que significa exactamente «Europa». Se pue-

de objetar que no cabe considerarla como una unidad, ya que en el mejor de los casos habría que decir que sus miembros se enzarzaban en disputas interminables y constituían una «*commonwealth*» más bien laxa. De manera que cuando hablamos de la «primacía europea» nos referimos en realidad a la primacía colectiva de los Estados europeos, sobre todo de los más activos en el comercio de ultramar y el imperio. Parte de la dificultad estriba en que la palabra «Europa» ha ido adquiriendo al menos tres significados distintos: un espacio geográfico, una comunidad sociopolítica y un programa cultural[21]. A la hora de escribir sobre la expansión mundial de Europa, una solución fácil ha sido la de considerar que el centro de poder se encontraba en la zona noroeste del continente. Gran Bretaña, los Países Bajos, el norte de Francia y Alemania occidental se convierten en la «quintaesencia» de Europa y fijan el baremo «europeo» de modernidad económica y cultural. De ahí que explicar el éxito de Europa sea una simple cuestión de invocar la eficiencia de sus «Estados centrales» más representativos.

En cualquier perspectiva a largo plazo del lugar que Europa ocupa en Eurasia (o en la historia mundial), este enfoque reduccionista puede inducir fácilmente a error por tres razones distintas. En primer lugar, los Estados del noroeste no fueron agentes libres que pudieran ignorar lo que ocurría en el resto del continente, ni siquiera después de haberse convertido en la región más rica de Europa. Su riqueza y su seguridad dependían siempre de la estabilidad general del «sistema de Estados» europeo. Las tormentas políticas en Europa central u oriental podían afectar al equilibrio de poder para bien o para mal, amenazar su soberanía o depararles ganancias inesperadas, en Europa o más allá. De hecho, en el espacio cronológico del que se ocupa este libro, ninguna parte de Europa obtuvo una supremacía duradera sobre las demás. La prosperidad comercial de los Estados del noroeste se compensaba con el peso demográfico y militar de los imperios situados más al este. Es posible que la Europa de las naciones (la occidental) mirara con desdén a

los imperios europeos (del este), pero tenía que convivir con ellos. Con frecuencia la coexistencia fue explosiva. Las disputas y conflictos entre Estados europeos culminaron en un clímax terrible en el siglo XX y fueron un factor de limitación constante de su capacidad colectiva para imponer la dominación europea al resto del mundo.

En segundo lugar, una noción demasiado estrecha de lo que es Europa pasa por alto el problema de Rusia. Una larga tradición liberal ha contemplado sus credenciales europeas con escepticismo y ha calificado a la Rusia zarista como un «despotismo asiático» demasiado tosco y pobre para ser «uno de los nuestros». Algunos pensadores rusos devolvieron el cumplido insistiendo en que Rusia era una civilización aparte (y superior), no contaminada por el industrialismo amoral de Europa. Desde un punto de vista más realista cabría considerar a Rusia (al igual que a España o al Imperio de los Habsburgo) como uno de los Estados fronterizos que desempeñaron un papel de vanguardia en la expansión europea[22]. El predominio final de los Estados de Europa occidental en gran parte del Asia meridional a partir de 1815 se logró, en realidad, gracias a una asociación involuntaria y mal avenida con Rusia. El enorme imperio interior de Rusia, que giraba en torno al corazón de Asia, fue absorbiendo gran parte de la masa territorial del norte de dicho continente. Otomanos, iraníes, chinos y japoneses se enfrentaron a británicos y franceses teniendo a Rusia a sus espaldas. El mayor acontecimiento geopolítico del mundo decimonónico fue el cerco de Asia por Europa. Sin embargo, y a pesar de la pedantería de liberales y eslavófilos, la «fuente de energía» que subyacía a la expansión rusa fue, de hecho, su identidad europea: la influencia que le deparaba ser miembro de primera clase del sistema de Estados europeo, la energía económica generada por la integración de Rusia en la economía europea y su acceso intelectual, a partir del siglo XVI en adelante, al acervo general de las ideas y la cultura europeas. Al igual que otros europeos,

los rusos reivindicaron sus conquistas como una «misión civilizadora».

En tercer lugar existen buenos motivos para extender nuestra noción de «Europa» hacia el oeste y no solo hacia el este. Ya hemos hablado de la importancia de la economía atlántica. A partir de 1500 se anexionó comercialmente a Europa un vasto espacio económico que incluía las costas del África occidental, las islas del Caribe, el norte de la plataforma continental de Norteamérica, México, Perú y las zonas costeras de Brasil. Cuánto contribuyeron exactamente estos territorios esclavistas a la industrialización posterior de Europa sigue siendo un tema controvertido, pues cabe la posibilidad de que no fuera demasiado grande[23]. Sin embargo, lo importante es que, a principios del siglo XIX y puede que incluso antes, gran parte de ese mundo atlántico dejó de ser una periferia dependiente de Europa. El viejo «nordeste» de Estados Unidos, con Nueva York como metrópoli, se había convertido funcionalmente en parte de la región comercial más boyante de Europa. Era un socio activo que no tardaría en llevar la voz cantante en la explotación de las zonas rurales del sur y el Medio Oeste, su imperio interior. Ya en la década de 1870 estaba a la par, industrial y financieramente, con los países más ricos de Europa. Pese a que sus políticos y escritores proclamaran de modo estentóreo la singularidad de la identidad estadounidense, y aunque lo que rigiera su política exterior fuera el temor a verse involucrados en disputas europeas, las relaciones entre Europa y Estados Unidos no fueron frías ni indiferentes. Entre el viejo nordeste americano y el noroeste de Europa hubo un denso tráfico de bienes, tecnología, ideas y gentes. En materia de cultura y tecnología hubo movimiento en ambas direcciones, pues la influencia mutua era fuerte. A trompicones, con avances y retrocesos, la Vieja y la Nueva Europa estaban siendo subsumidas en una formación mayor: «Occidente». Fue un proceso imprevisible sobre el que la peculiar trayectoria del capitalismo estadounidense (con su inmensa escala corporativa y su agresivo pro-

teccionismo) influyó mucho. Sin embargo, fue una de las claves del lugar que Europa ocupaba en Eurasia, así como de la duración y las modificaciones sufridas por el liderazgo europeo en el mundo.

El cuarto supuesto se refiere a lo que entendemos por imperio. A menudo se considera el imperio como el pecado original de los pueblos europeos, que corrompieron a un mundo inocente. Por supuesto, sus orígenes reales son mucho más antiguos y están anclados en un proceso casi universal de las sociedades humanas. Adam Smith afirma en *La riqueza de las naciones* (1776) que la propensión «a trocar, comerciar e intercambiar» es una tendencia innata del ser humano[24]. Smith pensaba en bienes materiales: era el hábito del intercambio lo que permitía la división del trabajo, el auténtico fundamento de la vida económica. Ahora bien, podría muy bien haber extendido su perspicacia filosófica al universo paralelo de las ideas y la información. El intercambio de información, conocimientos, ideas y creencias (a veces salvando grandes distancias) ha sido un rasgo tan característico de las sociedades humanas como el ansia de adquirir bienes útiles, prestigiosos o exóticos mediante la compraventa o el trueque. Ambas formas de intercambio conllevan determinadas consecuencias. Pensemos en un ejemplo obvio: la oferta de armas de fuego baratas podría hacer que la balanza del poder se inclinara con asombrosa rapidez en una sociedad donde hubiera pocas armas de fuego o fuesen desconocidas, y hacer que se desatara un ciclo de violencia contra los seres humanos o la naturaleza. La difusión del cristianismo y del islam transformó la percepción que los conversos tenían del lugar que ocupaban en el mundo así como sus nociones de lealtad para con vecinos y gobernantes. Como indican estos casos, en todos los momentos de la historia, el intercambio de bienes e ideas ha alterado la cohesión de unas sociedades mucho más que otras, haciéndolas vulnerables a la descomposición interna y a la conquista desde el exterior. Una segunda propensión de las comunidades humanas ha sido la acumulación de poder a

gran escala: la construcción de imperios. Es más, ha resultado tan difícil crear comunidades políticas autónomas sobre fundamentos étnicos frente a la fuerza gravitatoria de la atracción cultural o económica (así como a las disparidades de fuerza militar) que, a lo largo de la historia, los imperios (donde diferentes comunidades étnicas tienen un mismo gobernante) han sido la forma política de organización por defecto. El poder imperial ha sido más la norma que la excepción.

Pero si los imperios son lo «normal», ¿por qué los imperios europeos suscitan tanta hostilidad, hostilidad que aún se refleja en casi todo lo que se escribe al respecto? En parte la respuesta reside en que a muchos Estados poscoloniales les pareció natural basar su legitimidad política en el rechazo a unos imperios extranjeros considerados como unas fuerzas ajenas, malvadas y opresoras. Aproximadamente cuarenta años después, esta tradición tiene más fuerza que nunca. En parte se debe a que muchos más pueblos se vieron expuestos a la ingeniería imperial europea que (por ejemplo) a la de los mongoles, turcos otomanos o los chinos en el interior de Asia. Ahora bien, estos sentimientos tan intensos también reflejan la creencia (expresada en gran parte de la historiografía) de que en el imperialismo europeo hubo algo cualitativamente diferente. A diferencia de los imperios agrarios tradicionales, que se limitaban a acumular tierras y personas, la característica fundamental de los imperios europeos era la expropiación. Se expropiaban tierras en beneficio de plantaciones y minas involucradas en el comercio a larga distancia. Se adquirían esclavos y se transportaban a miles de kilómetros con ese mismo propósito. Se desplazaba a los pueblos nativos y se anulaba su derecho de propiedad so pretexto de que eran incapaces de hacer un uso adecuado de sus tierras. Tanto los pueblos nativos como los esclavos (mediante formas diferentes de desubicación) sufrieron la expropiación de sus culturas e identidades: se los redujo a fragmentos sin esperanza alguna de recuperar los universos que habían perdido. Se convirtieron en pueblos sin historia, y cuando la subyugación no

bastaba para expropiarles, los colonizadores europeos recurrían a remedios ulteriores: la exclusión, la expulsión o la liquidación. En 1835, tras visitar Estados Unidos, el pensador francés Alexis de Tocqueville escribió: «¿No se puede decir, al ver lo que pasa en el mundo, que el europeo es a los hombres de otras razas, lo que el hombre mismo es a los animales? Los ha hecho servir para su provecho, y cuando ya no puede someterlos, los destruye»[25].

Esta escalofriante descripción de la versión europea del imperio (tal y como se practicaba fuera de Europa) se vio ampliamente confirmada por los acontecimientos que tuvieron lugar en el Nuevo Mundo de las Américas, donde los europeos (por razones expuestas en el capítulo 2) gozaron de mucha mayor facilidad para imponer su voluntad que en otras partes. Hasta aproximadamente 1800 parecía haber muchos factores que impedirían el desarrollo de una pauta similar en otras regiones del mundo. La distancia, las enfermedades y la demografía alimentarían formas de resistencia mucho más decidida. Incluso allí donde habían establecido sus cabezas de puente, los europeos se verían forzados a «criollizarse» y a hacer las paces sociales y culturales con los pueblos afroasiáticos. Ahora bien, no fue eso lo que sucedió. Durante el siglo XIX la expansión europea fue extraordinariamente estimulada por el cambio cultural y tecnológico. La capacidad de los europeos para inmiscuirse e interferir se transformó a dos niveles. Los europeos adquirieron medios para hacer su voluntad (por la fuerza, en caso necesario) en un área mucho más extensa del mundo. En la India impusieron de forma espectacular y directamente a la población conquistada su dominio, su administración y sus leyes. De forma simultánea, el crecimiento de una economía internacional centrada en Europa y la extensión de un sistema internacional europeo regido por sus propias normas y leyes, así como la difusión de las ideas europeas a través de medios de comunicación de propiedad europea (como el telégrafo, y los servicios navieros y de correos) fueron creando un nuevo entorno a ni-

vel «macro». Los europeos parecían controlar todas las comunicaciones. En cuanto se salía de un nivel muy local, nada que no se adecuara a sus objetivos podía moverse. Apenas resulta sorprendente que los pueblos colonizados de Asia y África, en este entorno asfixiante, compararan su situación con la de las primeras víctimas de los europeos en las Américas.

Más adelante veremos por qué, al menos en ciertos casos, esta era una forma de ver demasiado pesimista. Hasta la dinámica Europa precisaba de cooperación a nivel local y tuvo que pagar el precio correspondiente. Parte del bagaje europeo fue adoptado rápidamente para «reforzar» y desarrollar la capacidad de los nativos para fundar Estados y culturas. Una parte de ello estaba en sintonía con los objetivos de los reformadores locales. Algunas de las afirmaciones de los máximos antagonistas del colonialismo ahora parecen menos fruto del patriotismo que de la indignación ante la eliminación de sus privilegios. No obstante, no parece probable que vayamos a poder contemplar de forma distanciada y apolítica la construcción imperial europea durante mucho tiempo. En buena parte del mundo sus efectos son demasiado recientes como para que se les permita «deslizarse» hacia el «pasado», esa zona temporal donde consideramos que los acontecimientos solo tienen una influencia indirecta sobre nuestros asuntos. Puede que tenga que pasar mucho tiempo hasta que podamos contemplarla tranquilamente como una fase de la historia del mundo, tal vez inevitable, en lugar de como el resultado de una agresión moral y cultural perpetrada por una parte del mundo.

Existe un último problema que quizá tengamos que resolver. Es un lugar común hablar del mundo «moderno», describir los cambios que dieron lugar a la «modernización» y considerar el acceso a la «modernidad» como el cambio más decisivo registrado en la historia de un Estado o una comunidad. El proceso de entrelazamiento que denominamos «globalización» suele considerarse parte de la modernidad, ya que las sociedades

«modernas» supuestamente interactúan más intensamente entre sí que sus homólogas «premodernas». La modernización, por tanto, guarda una afinidad estrecha e incómoda con la expansión europea.

Ahora bien, la modernidad es una noción escurridiza y se suele medir en relación con cierta escala de logros. En términos políticos, sus atributos fundamentales son un Estado-nación organizado y con fronteras definidas, un gobierno metódico que cuenta con una burocracia leal que cumple sus instrucciones, medios eficaces de representación de la opinión pública y un código legal que proteja al ciudadano ordinario e incentive el crecimiento de la «sociedad civil». Económicamente, supone el logro de un rápido crecimiento económico acumulativo a través del capitalismo industrial (con su infraestructura social y tecnológica), el afianzamiento de los derechos de propiedad individuales (como requisito previo) y la explotación sistemática del conocimiento científico. Culturalmente supone la separación de la religión y de lo sobrenatural de la corriente principal de pensamiento (secularizando el conocimiento y procediendo a su «desencantamiento») y de la conducta socialmente exigida, la difusión de la alfabetización (habitualmente en lenguas vernáculas y no clásicas) y una conciencia común de los orígenes y de la identidad (a menudo basada en la lengua) en el seno de una comunidad «nacional». Las claves fundamentales de la modernidad son el orden, la disciplina, la jerarquía y el control en sociedades cuyo principal objetivo es alcanzar niveles de «eficiencia social» cada vez mayores.

Se aprecia claramente que, en realidad, la mayoría de estos criterios describen lo que en Europa supuestamente tenía que haber ocurrido. Europa se modernizó y la no-Europa siguió siendo premoderna, hasta que fue modernizada por Europa. El resultado suele ser una tosca dicotomía en la que los europeos siempre son los agentes invariables del progreso en un mundo por lo demás apegado a la «tradición». Ya hemos visto que esta

es una postura difícil de defender. Existen otras tres dificultades. En primer lugar, los elementos de la modernidad que acabamos de citar rara vez se dieron todos en una misma sociedad; en gran parte de Europa apenas fueron visibles hasta hace muy poco. Incluso aquellos países que solemos considerar como pioneros de la modernidad conservaban marcados rasgos premodernos. En Estados Unidos la esclavitud fue legal hasta 1863. La clase dominante de la Gran Bretaña victoriana lo era en gran medida por nacimiento y la religión siguió ocupando un lugar central en las aspiraciones e identidades sociales. La Norteamérica del siglo XX era una sociedad de castas basada en el color de la piel que negó a grandes sectores de la población el ejercicio de los derechos civiles y políticos hasta la década de 1960 e incluso más allá. En la Francia posrevolucionaria, los Derechos del Hombre estuvieron limitados a los varones hasta 1945, cuando las mujeres obtuvieron el voto. Visto desde ese ángulo, el umbral de la modernidad parece muy dudoso. ¿Eran modernas la Alemania nazi o la Rusia soviética? ¿Existen pruebas objetivas de modernidad o acaso «moderno» no es más que una etiqueta que ponemos a los regímenes que merecen nuestra aprobación? En segundo lugar, hallamos algunos de los rasgos clave de la modernidad convencional en zonas de Eurasia muy alejadas de Europa. El ejemplo típico es China, que contó con una burocracia meritocrática «moderna», una economía comercial y una cultura tecnológica mucho antes que Europa. ¿Acaso China era una sociedad moderna en la que sobrevivían algunos rasgos premodernos o era una sociedad premoderna con algunos rasgos modernos? Por lo demás, la modernidad occidental no fue asumida en el mundo extraeuropeo sin un gran número de ajustes locales. ¿Qué debemos opinar al respecto? ¿Existe una sola modernidad o hay «muchas modernidades»?[26] En tercer lugar, podría darse la circunstancia, como sugiere el caso de China, de que otros tipos de modernidad no estuvieran abocados al fracaso porque padecieran defectos innatos. Al contrario, parece verosímil (hay quien diría obvio)

que la expansión europea vino a ser un asalto deliberado contra las empresas de modernización de otros pueblos y Estados. Quizá no fuera la modernidad europea la que triunfó, sino su superioridad en materia de violencia organizada.

La modernidad es una idea demasiado útil como para desecharla. No obstante, quizá sería aconsejable admitirla como una abstracción confusa, como una lista de pautas sociales y culturales favorables a la producción de riqueza y poder en una época determinada. Sin embargo, para que el término resulte de utilidad debería arrojar luz sobre el éxito relativo de las diferentes comunidades involucradas en una interrelación regional y mundial que tanto se aceleró a partir de mediados del siglo XVIII. Ser moderno no era un estado absoluto sino relativo, y además, competitivo. La mejor prueba de modernidad de una sociedad dada quizá fuera su capacidad para movilizar gente y recursos de cara a una tarea cualquiera y de volver a desplegarlos de manera continuada a medida que surgían nuevas necesidades o presiones. En principio, muchas sociedades diferentes estaban dotadas de esa capacidad. En la práctica, y por motivos que estamos lejos de haber comprendido plenamente, durante casi dos siglos a partir de 1750, fueron las sociedades del noroeste europeo (y sus retoños transatlánticos) las que se movilizaron con mayor rapidez y supieron lidiar mejor con las tensiones sociales y políticas que surgieron de esa movilidad. Su recompensa fueron unos imperios lejanos y una economía mundial amoldada a sus intereses.

La Eurasia medieval

Hasta 1400, un observador capaz de analizar el mundo hubiera contado con pocas claves precisas para decidir qué grandes civilizaciones de Eurasia acabarían afianzando su preeminencia mundial. Tanto China como los reinos islámicos del co-

razón de Eurasia y Europa habían alcanzado un alto grado de organización sociopolítica y cultura material. Todos habían demostrado una gran capacidad para la expansión territorial, pero todos estaban inhibidos por problemas internos y debilidades (así como por la logística de las distancias) que les impedían imponerse a los demás.

De estas tres grandes civilizaciones, la Europa del siglo XV era en muchos aspectos la advenediza. Desde la Antigüedad clásica (del 300 a. C. al 300 d. C.) o antes, la cultura y la riqueza de Eurasia occidental se había concentrado en torno a las costas y valles fluviales del Mediterráneo oriental y de Oriente Próximo. Allí nacieron las ciudades-Estado y los imperios en los que la agricultura y el comercio estaban más avanzados y daban mayores beneficios. La «Europa exterior», situada más allá de los Alpes, era una zona bárbara a explorar, conquistar y colonizar por las comunidades políticas civilizadas del sur y el este. La guerra de las Galias de Julio César (58-50 a. C.) fue la etapa decisiva en su anexión por parte del poder nuevo que había unificado a gran parte del Mediterráneo oriental y a (casi todo) Oriente Próximo bajo la hegemonía de Roma. Sin embargo, a pesar de lo mucho que codiciaban sus tesoros, mercancías y mano de obra esclava, los romanos no lograron incorporar el conjunto de Europa a su imperio. En lugar de eso la dividieron y mantuvieron a los «bárbaros» a raya más allá de unas defensas fronterizas que se extendían desde el Muro de Adriano, el Rin y el Danubio hasta llegar a Iliria y los Balcanes. Más allá de la frontera quedaban regiones demasiado remotas, rebeldes o pobres como para que mereciera la pena el esfuerzo de invertir en ellas los recursos del sistema imperial cuyo centro de gravedad siguió firmemente anclado en el Mediterráneo oriental.

Hacia el año 400 d. C. el dominio romano en Occidente se estaba desmoronando debido a las sucesivas oleadas migratorias procedentes de los límites nororientales de Europa. El «centro» del mundo civilizado se replegó hacia Bizancio

(Constantinopla) para proteger la región más rica de Eurasia occidental[27]. En la «Europa exterior», las ciudades se convirtieron en meros cruces de las viejas calzadas romanas, la sociedad y la economía volvieron a ser abrumadoramente agrarias y a ocuparse fundamentalmente de la subsistencia. Solo donde había congregaciones de clérigos o emporios fundados por los gobernantes (puertos estratégicamente situados para el comercio de bienes suntuarios a larga distancia) sobrevivieron algunos vestigios de vida urbana[28]. Durante gran parte del periodo que media entre el 500 d. C. y el 1000 d. C., hubo partes de Europa, romanizadas en su momento, que se volvieron demasiado pobres e inaccesibles para que los gobernantes y comerciantes del Mediterráneo y de Oriente Próximo se interesaran por ellas. A partir del año 600 d. C., el núcleo imperial de Eurasia occidental se vio convulsionado por el surgimiento del islam y la asombrosa rapidez con la que los ejércitos musulmanes conquistaron gran parte de Oriente Próximo (incluido Irán), Egipto, el norte de África y la mayor parte de España. El Imperio bizantino, heredero de Roma, se fue encogiendo hasta el punto de que se llegó a dudar de su supervivencia. Durante un tiempo pareció que el mundo islámico anexionaría toda la Europa mediterránea. Los intentos de Carlomagno de crear un régimen neorromano en Occidente fracasaron en el año 843. La asombrosa recuperación del Imperio bizantino en el siglo IX y la consolidación gradual del orden feudal en Europa occidental en el XI marcaron los comienzos de Europa como una civilización mundial separada y viable.

La naturaleza bicéfala de la Europa medieval tuvo una gran importancia. A menudo los historiadores han escrito como si la Europa moderna descendiera directamente del Imperio de Carlomagno. En realidad se formó bajo la influencia de los pueblos emigrados desde el este (como los magiares y los búlgaros), las importaciones culturales (como el monasticismo de Oriente Próximo) y los estímulos comerciales de un Oriente

Próximo islámico que tenía un insaciable apetito de pieles y otros artículos septentrionales[29]. No obstante, en el momento de mayor auge de la expansión islámica, justo antes del año 1000 d. C., fue el Imperio bizantino («Romania»), con su gran capital fortificada, el que desempeñó el papel fundamental en la preservación de la Europa cristiana y la definición de su ámbito. La flota bizantina contribuyó a impedir la invasión de Italia por los musulmanes (Sicilia había caído a principios del siglo IX), que, de lo contrario, podrían haber hecho retroceder al Occidente medieval más allá de los Alpes. Los reinos posromanos de Europa occidental se inspiraron en el modelo de gobierno autocrático y centralizado bizantino y en su organización naval y militar[30]. El auge de Venecia como el gran emporio comercial de Europa occidental tuvo mucho que ver con la recuperación del Imperio bizantino. De hecho, y como demuestra su arquitectura, culturalmente Venecia era un puesto avanzado de la gran metrópoli de Constantinopla. En torno a 1400, por supuesto, el Imperio bizantino se había desmoronado hasta quedar en casi nada. La caída de Constantinopla en manos otomanas en 1453 puso un dramático punto final a un largo colapso. Hacía ya mucho que el equilibrio de poder en el seno de Europa se había desplazado hacia el Occidente latino. Sin embargo, la influencia bizantina perduró. Liberar a los súbditos (cristianos) del antiguo imperio del dominio otomano se convirtió para los europeos en una obsesión. El legado bizantino ejerció una influencia aún más intensa en Rusia, para cuyos reinos medievales hizo las veces de imán religioso y cultural[31]. La faz rusa, oriental y territorial, de la expansión europea (la última expresión del imperialismo bizantino), influiría al menos tan hondamente en la historia de Eurasia como su homóloga occidental y marítima.

Al contrario que el ámbito bizantino griego, el Occidente latino había perdido toda continuidad con el Imperio romano. Lo que había a la sazón era una cultura «franca» basada en parte en los precedentes imperiales romanos transmitidos por el

Imperio bizantino. Pero lo realmente característico del mundo franco era la institución sociopolítica del feudalismo. En su origen y en su forma más sencilla, significaba el intercambio de trabajo por protección física por parte de un estamento guerrero noble y sus séquitos. Puede que surgiera gracias a la libertad que tenían los grandes terratenientes para ejercer el control en sus poblaciones cuando cayó el gobierno imperial, desapareció el sistema tributario y la economía monetaria decayó. Puede que la época de las invasiones (húngaras, vikingas y musulmanas), consecuencia del colapso del breve Imperio de Carlomagno, reforzaran la tendencia. En torno al año 1000, el sistema señorial se había convertido en una complicada estructura de obligaciones y dominio y en un poderoso motor para la conversión de la explotación de la tierra y del trabajo en un poderío militar encarnado en el caballero. Las unidades señoriales resultantes, con su caballería pesada y sus fortalezas, se convirtieron en piezas clave de una nueva ronda de construcción estatal que comenzó, no por casualidad, a partir del año 1000. Los reinos feudales, replicados a lo largo y ancho de Europa central y del norte, fueron el vehículo de un prolongado proceso de conquista y colonización emprendido por la aristocracia franca y sus aliados. Constituyeron el ariete empleado contra las fronteras de la expansión musulmana en Sicilia, Grecia, Chipre, España y Palestina (el reino cruzado de Ultramar). Al este del Elba, el feudalismo se consolidó tras una oleada de migraciones campesinas y el crecimiento de las ciudades y el comercio[32].

Tanto en el Imperio bizantino como en el Occidente franco, la fusión de lo laico y lo religioso creó sociedades lo suficientemente bien trabadas como para resistirse a las consecuencias del desmoronamiento imperial, la invasión de los bárbaros y la expansión del islam. En Occidente, y tras la caída de Roma, el clero había sido el principal depositario de la tradición política. De sus filas se extraían los hombres con formación necesarios para cualquier gobierno a gran escala. Para los gobernantes

eran una fuente inestimable de legitimación divina y de visión más amplia de la ambición monárquica. La Iglesia suministró gran parte del cemento ideológico necesario para mantener la unidad de los nuevos reinos feudales. A partir del año 1000, en el norte y este de Europa la cristianización fue el fundamento de la ingeniería política[33]. El cristianismo institucionalizado reforzó en todas partes los vínculos de solidaridad y las obligaciones mutuas. Gracias al sacerdote, el párroco y la jerarquía episcopal territorial, se podía sancionar religiosamente el orden político de una forma mucho más poderosa que en el mundo chino o islámico. La estrecha identificación entre la autoridad de la Iglesia y el orden político (la peculiaridad más destacada de la Europa medieval) dotó a las élites en el poder de un control social sin parangón en otras zonas de Eurasia. Con el paulatino desarrollo de los reinos dinásticos, proceso bastante avanzado ya en el siglo XV, las fuentes del poder social cobraron aún mayor valor.

La reactivación económica sirvió de base a una mayor cohesión social y política. En el siglo XIV, Europa estaba económica y tecnológicamente en pie de igualdad con China y el Oriente Próximo islámico. El periodo que discurre entre el año 1000 y el 1350 fue una larga fase de crecimiento económico. La población aumentó y se colonizaron nuevas tierras. Las mejoras tecnológicas, como el arado de reja (que permitió arar tierras más duras) y el molino hidráulico incrementaron la productividad. La expansión de las ciudades como centros de comercio y de gobierno reflejó la sofisticación cada vez mayor de la vida económica, la especialización de artesanos y comerciantes, la difusión de la banca y el crédito o el uso de nuevas técnicas empresariales de asociación y contabilidad. Una red comercial unía el tráfico de la Europa del este, norte y báltica con las costas atlánticas y el Mediterráneo[34]. Un «istmo doble» recorría el norte de Italia hasta los Países Bajos: una rama atravesaba el sur de Alemania y el Rin y la otra el Ródano y el norte de Francia

hasta llegar a Flandes. Las ciudades comerciales del Occidente medieval se encontraban a lo largo de estas rutas, y se agrupaban ostensiblemente en sus extremos, mientras que la línea del istmo era en sí misma un recordatorio de que lo que mantenía el comercio del norte seguía siendo el intercambio de productos con Asia, Oriente Próximo y el Mediterráneo. Esto es lo que explica el rápido crecimiento de Venecia y Génova y de las ciudades portuarias alemanas situadas al norte de los Alpes.

La expansión económica se detuvo como consecuencia de la catástrofe demográfica de mediados del siglo XIV, cuando la pandemia euroasiática de la peste negra acabó con aproximadamente el 40 por ciento de la población. En el siglo XV se produjo una lenta recuperación. A esas alturas no cabía duda de que Europa ya no era el patio trasero atrasado del Oriente Próximo islámico. Los europeos no gozaban de ninguna ventaja evidente sobre el resto de Eurasia, pero estaban empezando a desempeñar un papel mucho más importante en el comercio de Oriente Próximo. Cada vez financiaban más la adquisición de artículos de lujo asiáticos, seda iraní o algodón sirio mediante la venta de sus propias manufacturas (normalmente telas) y explotaron el declive urbano de Egipto y Siria[35]. Los *fondachi* («almacenes») genoveses y venecianos salpicaban la costa desde el norte de África a Crimea. Entretanto, al oeste se había abierto una nueva ruta marítima. A mediados del siglo XIII, la reconquista española de los territorios sometidos al islam había incentivado la apertura de una ruta naval regular entre el Mediterráneo y los puertos del canal de la Mancha y el mar del Norte. Lisboa, Sevilla y luego Cádiz se convirtieron en el nexo entre los sistemas del Atlántico y del Mediterráneo. Ya mucho antes de Colón, la Iberia atlántica se había convertido en un trampolín para las aventuras marinas, en una escuela naval avanzada y en el punto de encuentro más probable entre los pioneros marítimos y los comerciantes y banqueros genoveses de cuyos créditos dependían.

En torno a 1400 había surgido una nueva Europa: una confederación laxa de reinos cristianos que compartían una alta cultura, contaban con instituciones sociales y políticas a grandes rasgos semejantes y una economía interregional desarrollada. De una parte representaba una fusión ingeniosa de la cultura franca y la romana, mientras que su componente bizantina, relegada políticamente a partir de 1400, aseguraba unos vínculos continuados (por tenues que fueran en ocasiones) con los territorios rusos. No obstante, Europa también había sido configurada a partir de su tensa relación con el mundo islámico. Gran parte de lo que se sabía de la vida intelectual del mundo clásico en el Occidente latino había sido transmitido por los eruditos musulmanes españoles[36]. La vida comercial del mundo musulmán había sido mucho más avanzada que la de gran parte de Europa. Los artículos prestigiosos o de lujo, como el oro y la plata, llegaban a Europa en dirección oeste y no al revés. Sin sus vecinos ricos, Europa hubiera tardado mucho más en recobrarse de su implosión económica. Sin embargo, estos lazos de dependencia se veían contrarrestados constantemente por la conciencia de un riesgo inminente de invasión islámica (sobre todo en el sur de Europa) y por el enconado resentimiento que generaba el hecho de que los lugares santos estuvieran en manos de los musulmanes; ese fue el estímulo emocional tras las cruzadas. La recristianización de las tierras conquistadas a los musulmanes había sido una tarea ingente. La amenaza exterior y el constante temor a los enemigos del interior (que solían ser judíos o herejes), habían dado lugar a una visión insegura y agresiva de los forasteros culturales en vez de basada en la calma que da la superioridad. Atrapados entre el islam, el mar oscuro e infinito y los bosques y tundras del norte, los europeos no podían pretender que vivían en un sereno «Reino Medio» rodeados de tributarios y protegidos por murallas. A pesar de los éxitos del sistema político franco, este no pudo asentarse en el sur de Europa debido al avance musulmán del siglo XIV. La esperanza de poder hacer frente al islam alián-

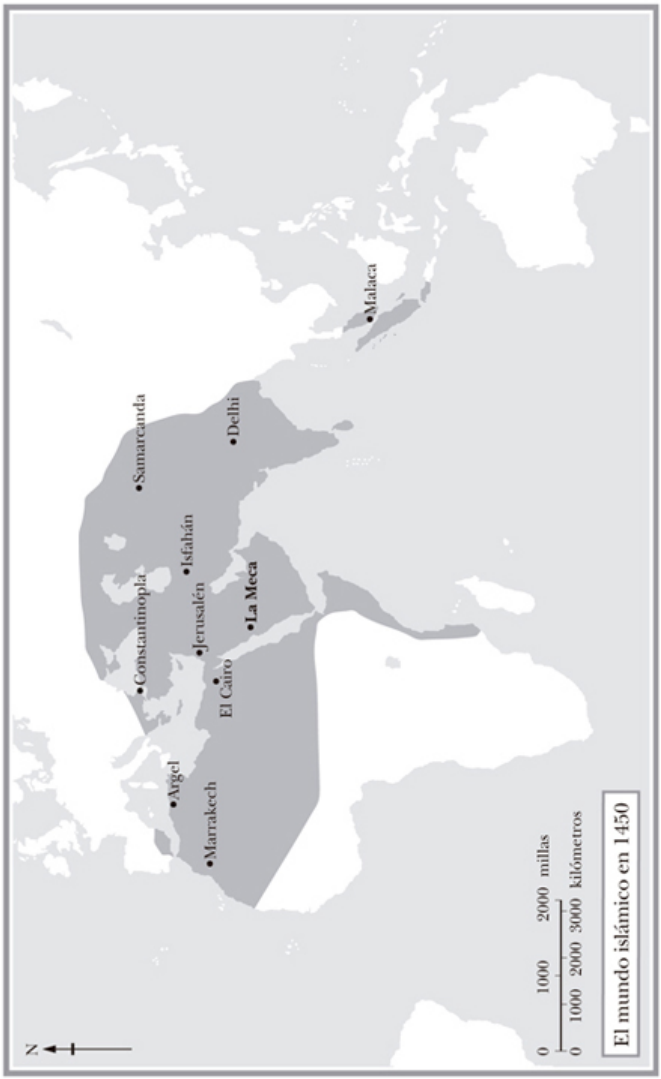
dose con los «conquistadores del mundo» mongoles se había desvanecido después de 1350.

Los dominios del islam ocupaban el corazón del antiguo mundo euroasiático. En 1400 estos se extendían desde Andalucía y Marruecos en el oeste hasta las llanuras del norte de la India y las islas del Sudeste asiático, la actual Indonesia. Tenían dos núcleos, uno en la llanura fértil que vinculaba al Nilo y al Éufrates y el otro en la meseta iraní. Los ejércitos de Mahoma establecieron el islam en el siglo VII en Oriente Próximo e Irán sobre las ruinas de los reinos bizantino y sasánida. En torno a 750 d. C., la mayor parte de Asia central era musulmana. Atraídos por el oro hindú, los turcos musulmanes invadieron el norte de la India después del año 1000 y fundaron una serie de Estados como consecuencia de la conquista[37]. En el siglo XIII el islam había llegado a Bengala y a las ciudades comerciales del estrecho de Malaca, su cabeza de puente para avanzar hacia el archipiélago malayo. Las tierras del Sudán, al sur del Sahara, también estaban siendo islamizadas en el siglo XI.

A los europeos de la Edad Media les fascinaban las fabulosas riquezas y la sofisticación intelectual del mundo islámico, y había buenas razones para ello. Al contrario que el Occidente «colonial», el Oriente Próximo islámico había recogido el testigo intelectual del mundo antiguo y lo había incorporado a una cultura que en la Alta Edad Media de Occidente prácticamente había desaparecido. Por lo demás, la riqueza y la tradición urbana de Oriente Próximo no eran algo accidental. Allí, donde surgieron las primeras civilizaciones a orillas de los ríos, la vida económica se beneficiaba de un doble estímulo. Tanto en el corredor entre el Nilo y el Éufrates, como en las tierras altas iraníes, había regiones agrícolas de una productividad excepcional. Una revolución agrícola había introducido nuevos cultivos, y la técnica hidráulica ayudaba a paliar la sequía[38]. Los exce-

dentes agrícolas mantenían a las élites urbanas y su sofisticada alta cultura. En las ciudades había surgido una clase artesana de legendaria habilidad que cubría las necesidades materiales de estas élites. No obstante, Oriente Próximo también era la gran encrucijada comercial del mundo, el puente terrestre entre China, Europa, África y la India y la puerta al comercio marítimo del océano Índico. Las caravanas que transportaban mercancías chinas más allá de Asia central e hindúes desde el golfo Pérsico atravesaban sus cordilleras y sus desiertos por rutas que conducían hasta las ciudades portuarias sirias (Damasco era la mayor de todas ellas) o más al oeste, hasta llegar a Bursa y Constantinopla. El istmo de Suez acogía otra ruta principal, que unía el Mediterráneo con el mar Rojo (donde los romanos habían mantenido una flota) y que permitía conectar a su vez con la India.

Estas grandes rutas del comercio internacional, con sus tributarios locales, generaban una corriente de riqueza aprovechada por todos los sistemas imperiales surgidos y caídos en los siete siglos que siguieron a las conquistas de Mahoma. Los soberanos de Oriente Próximo eran muy conscientes de su valor. Pese a su reputación de tirano de crueldad demoniaca, Tamerlán comprendió la importancia de la estrategia comercial no menos que la de la militar. La destrucción de las ciudades comerciales del norte del mar Caspio tuvo como objetivo reforzar su monopolio sobre el comercio transeuroasiático que transcurría al sur de dicho mar. Otros soberanos de Oriente Próximo se encargaron de mantener las principales vías comerciales, de defender a los comerciantes de los depredadores tribales o nómadas y de construir grandes caravasares (grandes hospederías fortificadas) que reducían los «costes de protección» del comercio a larga distancia. La facilidad con la que podía lograrse que generara ingresos convirtió al comercio en la gallina de los huevos de oro para todos los constructores de Estados, salvo los más miopes o desesperados.



Tamerlán fue el último de los grandes «conquistadores del mundo» turco-mongoles que irrumpió en Oriente Próximo desde el interior de Asia entre los siglos X y XV. Sus ejércitos nómadas, bien organizados y tremendamente disciplinados, se componían básicamente de escuadrones de arqueros a caballo, lo que le proporcionaba la ventaja de una enorme movilidad y frecuencia de tiro[39]. Para estos constructores de imperios, la gran llanura de pastos que recorría Eurasia desde Manchuria

hasta Hungría constituía un camino abierto hacia la riqueza comercial y un poder casi ilimitado. Las ciudades comerciales de Oriente Próximo y Medio eran un objetivo evidente. Cada conquista dejaba tras de sí una capa de emigrantes y rehacía el panorama político y cultural, como si se tratara de los desbordamientos periódicos de un gran río. Por dramáticas que fueran, cabe considerar estas invasiones desde el este como parte de un modelo más general de la política de Oriente Próximo. Las tierras colonizadas situadas entre el Nilo y el Oxo donde se habían erigido Estados estaban expuestas a la presión de invasores procedentes del desierto que amenazaban a los agricultores y a las ciudades que estos mantenían. En su gran historia filosófica, la *Muqaddima,* Ibn Jaldún explica cómo los habitantes del agro fueron perdiendo poco a poco la voluntad de defenderse frente a la depredación externa, hasta que por fin se convirtieron en presa fácil para un ejército de invasores nómadas curtidos por la vida en el desierto y la práctica de la caza y la guerra. Implacables, hábiles y unidos por una *asabiyya* (solidaridad) que las gentes del agro habían perdido hace tiempo, constituyeron una nueva clase dominante hasta que ellos también sucumbieron a la corrupción de la vida civilizada y otros los hicieron a un lado a su vez[40].

Lo que Ibn Jaldún describió era un mundo político marcado indeleblemente por la conquista árabe del siglo VII. El triunfo del islam en Oriente Próximo se había basado en la toma de las villas y ciudades por las tribus árabes que seguían a Mahoma. El gobierno islámico de los primeros califas dependía de guarniciones tribales que vigilaban a unos habitantes de la ciudad poco fiables. No fue una solución duradera porque en las ciudades los vínculos tribales se aflojaban. No había una aristocracia que pudiera aplicar un remedio feudal y el principal problema de los gobiernos era el control de las ciudades. La solución consistió en reclutar esclavos militares procedentes principalmente de las comunidades turcas de Asia central[41]. Estos soldados esclavos o mamelucos, resistentes y no contaminados

por la vida de ciudad, vigilaban las sociedades urbanas. En tanto esclavos carentes de parentesco u otros vínculos, debían una lealtad total al emir o gobernante. Podían permitírselos porque el Oriente Próximo islámico, a diferencia del Occidente posromano, disponía de la economía comercial y, por lo tanto, de los medios monetarios precisos para comprarlos. La forma característica de gobierno de la comunidad política islámica en el Magreb y en Asia central, el norte de la India, Egipto, Siria, el Sudán subsahariano y las tierras iraníes acabó siendo el gobierno de los mamelucos, a veces el de «reyes-esclavos»[42]. A partir del siglo IX y hasta la muerte de Tamerlán, la historia política del mundo islámico giró en gran medida en torno a la construcción de imperios por parte de líderes tribales turcos que fundaban dinastías, creaban ejércitos de esclavos y eran derrocados en su momento.

Este es el telón de fondo sobre el que hay que colocar las grandes incursiones en Oriente Próximo de los turcos selyúcidas procedentes de Asia central, la «horda» mongola de Gengis Kan y los seguidores de Tamerlán. Cada una de estas grandes invasiones tuvo consecuencias muy destructivas, cuya magnitud es difícil de calcular, pero también constituyó el fermento para el comercio y la religión, como antes señalamos. Tanto Gengis como Tamerlán pretendían unificar las distintas zonas del Oriente Próximo islámico bajo un soberano de Asia central como preludio a la gestación de un «imperio mundial» que abarcara toda Eurasia. Ambos vieron frustrados sus intentos por la logística de la construcción de imperios en regiones en las que los centros de cultivo y comercio estaban muy lejos, y la distancia diluía la autoridad del gobernante. El ciclo de invasiones militares, destrucción a gran escala, quiebra de la unidad y descomposición del imperio dotó al mundo islámico de una historia «medieval» muy distinta de las de Europa o China. En Europa, el final de las grandes migraciones permitió la consolidación gradual de Estados territoriales cuyos pueblos acabaron sometidos al control cada vez más estrecho de señores feudales,

gobernantes dinásticos y sus aliados clericales. En el mundo islámico, la pauta era la de una oscilación violenta entre la fundación de «imperios mundiales» y la fragmentación en comunidades políticas dinásticas o tribales más pequeñas, cuyos gobernantes solían ser hombres de las estepas, no los líderes «civilizados» de una élite local.

Esa tradición de inestabilidad política pudo haber generado el caos económico y cultural: un yermo de ambiciones fútiles, en lugar de una civilización cuya ciencia, filosofía y tecnología, arte y literatura estaban más que a la altura de los del Occidente medieval. Los elementos fundamentales de la estabilidad, la continuidad, la identidad y la cohesión cultural los proporcionaba el islam, una sutil fusión de religión, derecho y alta cultura literaria[43]. Al igual que la cristiandad latina o el confucianismo, el islam ofrecía unos rituales, un «libro» y un lenguaje comunes. Ahora bien, la civilización islámica era muy distinta en tres aspectos. Quizá debido a la ecología de Oriente Próximo y Medio, que hizo que la agricultura desempeñara un papel secundario frente al comercio a larga distancia, el islam era sorprendentemente cosmopolita. Los musulmanes eran, ante todo, miembros de la *umma,* la gran comunidad de los fieles; solo en segundo lugar eran súbditos de un gobernante territorial. La religión islámica se adaptaba muy bien a otras culturas y coexistía cordialmente con determinados aspectos del paganismo. Solía ser (aunque no siempre) más tolerante con otros credos religiosos que la cristiandad medieval, si bien no hasta el punto de tratar como iguales a sus adeptos. En segundo lugar, dado que carecía de un cuerpo oficial de sacerdotes que mediaran entre los fieles y su dios, el islam no integraba tan estrechamente a los fieles en una comunidad religiosa organizada. Los miembros de la élite clerical, los *ulemas,* eran maestros, jueces y académicos, no sacerdotes. Los sufíes y hombres santos ejercían un liderazgo espiritual, no una *autoridad* religiosa. El resultado fue que en las comunidades islámicas no se desarrolló uno de los rasgos más importantes y característicos del cristia-

nismo: una poderosa jerarquía eclesiástica que mantenía firmemente anclado al creyente individual en un sistema de unidades territoriales: parroquias, diócesis y reinos.

En tercer lugar, en el mundo islámico la relación entre religión y Estado difería de la que existía en Europa o China. Lo más que podía proclamarse un gobernante territorial era guardián de los fieles, o en el mejor de los casos *califa,* que proseguía la labor de Mahoma de unificar a la *umma* y difundir la fe. Al contrario que los monarcas de la Europa medieval, que recibían la garantía ritual del cielo a través de la ceremonia de coronación, los gobernantes musulmanes no gozaban de ningún tipo de rango semisagrado ni de ninguna bendición del cielo. El emir podía exigir obediencia a los ulemas, pero esta siempre era condicional, pues debían su lealtad última a la ley coránica (que interpretaban ellos); la alianza entre Iglesia y Estado no tenía sentido en el islam. En cambio, los reinos islámicos solían verse desgarrados a menudo por las diferencias entre el gobernante, sus ejércitos de esclavos y las élites agrarias *(ayan),* los ulemas y los gremios de mercaderes que conformaban la élite civil. Puesto que no había aristocracias territoriales con las que compartir el poder, las asambleas o parlamentos eran superfluos. Los gobernantes islámicos tampoco concedían a las municipalidades la autonomía que les concedían los gobernantes europeos, normalmente a cambio de un canon. Quedaba por ver hasta qué punto el auge de los «imperios de la pólvora» en el siglo XV iba a poner freno a la inestabilidad cíclica descrita por Ibn Jaldún, cerrar las rutas de invasión de la estepa y el desierto y fomentar la creación de reinos dinásticos al estilo chino y europeo.

Si bien el islam no era apropiado para el papel de religión de Estado, la ley y la teología islámicas, así como las aspiraciones culturales de los soberanos de Egipto, Irán y el Creciente Fértil habían permitido un gran auge de la literatura, el arte (sobre todo de la arquitectura), la ciencia y la filosofía. El individualis-

mo cosmopolita islámico y la gran difusión de sus tradiciones jurídicas también sentaron las bases del desarrollo de una extensa economía comercial: el rasgo más destacado del mundo islámico anterior a 1400. Los mercaderes musulmanes eran los intermediarios del comercio mundial. Los marinos árabes establecidos en Omán, Ormuz, Bahréin, Adén y Yeda abrieron rutas comerciales hacia Guyarat en la India occidental, el archipiélago indonesio y Cantón en el sur de China[44]. Los musulmanes fueron pioneros en la creación de instituciones comerciales y desarrollaron los instrumentos jurídicos necesarios para el crédito comercial o formas de asociación que, como la *commenda,* permitían a los comerciantes obtener préstamos de capital a cambio de una participación en los beneficios. El enorme ámbito de su comercio convirtió a las ciudades portuarias de Oriente Próximo en centros de manufactura de tejidos y bienes de metal, así como en grandes núcleos de consumo, información y saber. En el siglo XIV El Cairo tenía una población de 600.000 habitantes, muchos más que cualquier ciudad de Europa occidental.

A partir de 1400, empezaron a proliferar los indicios de que el dinamismo comercial de los dos siglos anteriores estaba tocando a su fin. El imperio mameluco de Egipto y Siria, la economía más boyante del mundo islámico, había resultado seriamente dañado tras la invasión de Tamerlán en la que se saquearon Damasco y Alepo[45]. Después de la peste negra hubo un drástico descenso de población. Los mercaderes venecianos se hicieron con el control del comercio del Mediterráneo oriental y los textiles europeos empezaron a reemplazar los tejidos locales[46]. Una escasez de oro agudizó la depresión comercial. No obstante, sería apresurado deducir de estos signos de decadencia económica que el mundo islámico estaba a punto de ceder su lugar a una Europa en auge. Para gran parte de ese mundo, el comercio europeo carecía de importancia. Su enorme magnitud geográfica dejaba pequeño al Lejano Oeste euroasiático, y sus mercaderes eran formidables agentes de conversión.

La creación de un nuevo puerto estratégico en Malaca (islamizada hacia 1425) fue el preludio de la rápida difusión del islam en las zonas marítimas del Sudeste asiático. Ahora bien, es posible que la prueba más evidente del dinamismo islámico fuera el avance del poder otomano en el sudeste de Europa. El Imperio otomano, el más poderoso de los reinos turcos de Asia Menor, había atravesado los Dardanelos y puesto pie en Europa en la década de 1350. La independencia de Serbia llegó a su fin en Kosovo en 1389; Bulgaria cayó en manos otomanas en 1394. En la batalla de Nicópolis (1396), los turcos aplastaron a un ejército paneuropeo de aspirantes a cruzados. El poder otomano estaba lo suficientemente afianzado como para sobrevivir a la derrota que sufrió a manos de Tamerlán en 1402, y la toma de Constantinopla, en 1453, marcó la consolidación de un nuevo imperio dinástico, más formidable desde el punto de vista militar que cualquier otro al que se hubieran enfrentado los europeos en Oriente. A la muerte de Mehmet el Conquistador, en 1481, toda la península de los Balcanes al sur de Belgrado y el estuario del Danubio estaban bajo control otomano. La «era de la pólvora» parecía haber dado entrada a una nueva y violenta fase de expansión islámica.

En torno al año 1400, las sociedades islámicas seguían siendo el elemento más dinámico y expansionista de Eurasia. No obstante, la riqueza y el poder de China le conferían a ella el predominio. Pese a las perturbaciones periódicas provocadas por los trastornos dinásticos y las invasiones externas, China daba muestras de una cohesión política y cultural que no tenía parangón en Europa o en el mundo islámico. Esa cohesión se había visto duramente puesta a prueba. También China había acusado el impacto del imperialismo mongol. A partir de 1260, una dinastía mongola (los Yuan) había impuesto su dominación durante la mayor parte del siglo. Las consecuencias destructi-

vas de la invasión mongola acarrearon la dislocación del comercio y es posible que los efectos de la epidemia (la peste negra) hicieran disminuir la población de 100 millones a 60 millones de habitantes. También cabe contemplar la era Yuan bajo una luz más positiva, como la prolongación de la expansión comercial del periodo Sung que la precedió, ya que abrió a China más plenamente al comercio y la cultura de Eurasia central. Y a partir de 1370, bajo la nueva dinastía Ming (cuyo fundador fue un Han o chino nativo), la unidad del mundo chino se vio restaurada y fortalecida.

El ingrediente fundamental de esa unidad quizá residiera en los orígenes sociales y culturales de China, que había sido «formada» por la expansión acumulativa de la agricultura intensiva desde sus inicios en el noroeste, cuyos terrenos fértiles y de grano fino favorecían el cultivo en terrazas. Un proceso continuo de colonización agrícola extendió esta cultura «china» al otro lado de las llanuras del norte de China, y de ahí al valle del Yangtsé y al sur. Allí cambió la base de la agricultura, pasándose del cultivo del trigo y el mijo del norte, más seco, al cultivo del arroz, más apto para climas húmedos. Esta gran expansión hacia el sur, que incorporó tierras y pueblos nuevos al mundo chino, constituyó la etapa decisiva en la «formación» de China. Sumó a la economía agraria la región productora de arroz, inmensamente fructífera. Asimiló nuevos cultivos y materias primas del sur subtropical, lo que estimuló el auge del comercio interior. Según un autor contemporáneo: «En el pasado, el norte obtenía beneficios de la venta de los dátiles y el mijo, ninguno de los cuales había existido jamás en el sur de China. Hoy el sur obtiene abundantes beneficios de la venta de los perfumes y los tés, ninguno de los cuales ha existido jamás en el norte. El norte se beneficia de sus liebres, el sur de su pescado. Ninguna de estas cosas era común tanto en el norte como en el sur»[47]. La expansión hacia el sur también se vio estimulada por la aparición relativamente rápida, entre el año 900 y el 1300, de una economía comercial cuyas regiones geográficas

estaban físicamente vinculadas entre sí por una red de vías fluviales. Una vez establecidas estas, la especialización se aceleró (porque los productos necesarios podían transportarse desde lugares un tanto alejados); surgió un complejo sistema de crédito y el uso del papel moneda facilitó la ampliación de los negocios. China dispuso de los elementos fundamentales de una economía de mercado antes y a una escala mucho mayor que cualquier otra parte de Eurasia. Se benefició del intercambio interregional y del impulso que dio al cambio tecnológico. Antes de 1300 ya se había adoptado de forma muy extensa toda una gama de innovaciones, tanto en la agricultura como en la manufactura (para entonces la confección de tejidos de algodón ya estaba bien arraigada en el valle inferior del Yangtsé), y una cultura de la invención favorecía la difusión de técnicas nuevas.

Esta extraordinaria vía hacia el crecimiento, cuya trayectoria fue muy distinta de la del resto de Eurasia, marcó la historia no solo política, sino también económica de China. La economía comercial que tanto enriqueció a China requería el apoyo activo de la autoridad pública en una medida mucho mayor que en otras partes de Eurasia, fundamentalmente debido a la necesidad de construir y mantener las vías acuáticas. Las comunicaciones chinas, así como la gestión de su frágil medio ambiente (dependiente del agua y amenazado por inundaciones), exigían un grado inusitado de coordinación burocrática entre centro, provincia y distrito. En segundo lugar, estaba meridianamente claro que sin la unión del norte y del sur, las pautas de intercambio regional que impulsaban la economía comercial funcionarían de forma pobre en el mejor de los casos. Eso exigía que se ejerciera un control efectivo sobre un área territorial mucho más amplia de la que cualquier otro Estado de Eurasia era capaz de dominar de forma continuada. En tercer lugar, lo que permitió a China hacer frente a su principal desafío geopolítico, si bien no siempre, fue la adquisición por parte del norte de un inmenso y rico interior que se extendía hasta el mar del sur de China. El imperio chino, con su desarrollada cultura ag-

rícola, se enfrentaba a los imperios nómadas que estaban en pleno proceso de erupción en las estepas del interior de Asia. Gran parte del norte de China se encontraba peligrosamente cerca de los epicentros de energía nómada que solían formarse en las regiones limítrofes entre la estepa y el llano cultivado. La principal misión de un emperador chino era salvaguardar la frontera frente a las irrupciones nómadas que amenazaban con destruir (física y políticamente) su complejo universo agrario. Los recursos con los que se sufragaba esta eterna guerra de desgaste frente al invasor del Asia interior dependían en gran medida de la contribución del sur en materia de alimentos y comercio. Por tanto, pese a que China, al igual que gran parte de Eurasia central, acusó el violento impacto de las ambiciones imperiales mongolas, había logrado amortiguar el golpe. Los invasores de la estepa aprendieron enseguida que si querían explotar la riqueza agrícola de China tenían que conservar el aparato de la dominación imperial. Tuvieron que «sinizarse» y socavar las lealtades tribales sobre las que habían edificado su poder. La movilización del sur contra el conquistador extranjero hizo posible la conservación de un sistema de gobierno continuo y estable de modo mucho más completo que en Eurasia central, donde los principales beneficiarios del cambio político eran las tribus túrquicas y los militares esclavos.

La China de los Ming

No obstante, la cohesión de China no era la mera consecuencia del interés comercial y estratégico. Se basaba en el logro que representaba una «alta cultura» extraordinaria, una civilización clásica y literaria cuya perspectiva moral y filosófica se derivaban de los textos confucianos. Es posible que el atrincheramiento de este saber confuciano en una élite de literatos y el reclutamiento de estos para constituir una burocracia imperial fuese tan decisivo para la formación de China como la confluencia entre el norte y el sur. En cuanto la erudición confuciana y la habilidad literaria (la redacción «en tres partes» requerida por los examinadores de la administración pública) se convirtieron en el precio para ingresar en el funcionariado im-

perial, gozaron de la devoción de la clase culta de toda China. La adopción por parte de la pequeña nobleza provincial de los ideales (y las ambiciones burocráticas) de los literatos representó una fase decisiva en la transición de China de una sociedad semifeudal, en la que el poder estaba en manos de grandes terratenientes, a un imperio agrario. Lo que lo posibilitó fue un sistema imperial que dependía mucho menos del poder coercitivo del centro imperial (una opción torpe y onerosa en un Estado tan grande) que de la lealtad cultural de las élites locales a una idea imperial a la que ahora estaba estrechamente ligado su propio prestigio. Como fórmula para ejercer efectivamente el poder a una distancia muy grande era de un ingenio extraordinario, y tuvo un éxito no menos extraordinario.

No es de extrañar que la impresionante magnitud del Estado chino, la riqueza de sus ciudades, la destreza de sus ingenieros y artesanos, la calidad de sus bienes de consumo (como la seda, el té y la porcelana), la sofisticación de su arte y de su literatura y el atractivo intelectual de su ideología confuciana fuesen muy admirados en el este y el sudeste asiáticos. En Corea, Japón y Vietnam (algunas partes de este último país fueron gobernadas como una provincia china durante más de mil años, hasta el año 939 d. C.), se consideraba a China como un modelo de éxito cultural y orden político. Los mercaderes chinos también habían desarrollado el comercio de forma muy extensa y habían llevado sus productos hasta el Sudeste asiático[48]. Los conocimientos de marinería y navegación de los marineros chinos (incluido el uso de la primera brújula magnética) eran comparables, cuando no superiores, a los de sus homólogos árabes o europeos.

En torno al año 1400, cualquier observador bien informado podría haber estado convencido de que la preeminencia de China en el Viejo Mundo no solo estaba asegurada, sino que también lo estaba su ulterior afianzamiento. Bajo el dominio de los Ming, la subordinación de China a los mongoles y las ambi-

ciones imperiales de estos en toda Eurasia se habían quebrado. El gobierno de los Ming reforzó la autoridad del emperador sobre sus funcionarios provinciales. El uso de eunucos en la corte imperial estaba destinado a fortalecer el poder del emperador frente a las intrigas de sus consejeros de la pequeña nobleza erudita (además de salvaguardar la virtud de sus concubinas). Se realizaron grandes esfuerzos para mejorar la economía agraria y la red fluvial. Fue entonces, entre 1405 y 1431, cuando los emperadores despacharon al almirante eunuco Cheng-ho a efectuar siete asombrosas travesías al océano Índico para reafirmar el poderío marítimo chino. Al mando de flotas compuestas por más de veinte mil hombres, Cheng-ho llegó a lugares tan lejanos como Yeda, en el mar Rojo, y la costa oriental africana, llevando la presencia china hasta Sri Lanka, cuyo recalcitrante soberano fue conducido a la fuerza a Pekín. Antes de que los europeos hubieran adquirido los conocimientos de navegación necesarios para llegar hasta el Atlántico sur (y volver), China estaba bien posicionada para imponer su supremacía imperial en los mares de Oriente.

Ese resplandeciente futuro estaba destinado a no hacerse realidad. Al contrario, a comienzos del siglo XV se puso de manifiesto que si bien China seguía siendo el Estado más poderoso del mundo, había alcanzado el límite de sus ambiciones oceánicas. Ya no se producirían movimientos más allá de la esfera de Asia oriental hasta que los Ching conquistasen el Asia interior a mediados del siglo XVIII. El abrupto abandono de las aventuras marítimas de Cheng-ho durante la década de 1420 (la travesía de 1431 fue una ocurrencia tardía) indicaba parte del problema. Los Ming habían expulsado a los mongoles, pero no habían logrado borrar la amenaza que representaban. Se vieron obligados a dedicar cada vez más recursos a la defensa de su frontera septentrional, una carga geoestratégica cuya parte visible fueron los esfuerzos dedicados a terminar la construcción de la llamada Gran Muralla. Dar la espalda a un futuro

marítimo quizá fuera una concesión a los funcionarios de la pequeña nobleza (a los que les desagradaba la influencia de los eunucos), pero también suponía inclinarse ante las limitaciones financieras y la prioridad suprema de la supervivencia dinástica. Quizá la decisión de los Ming reflejara una limitación más fundamental. El principio en el que se basaba la dinastía Ming era el rechazo virulento a la influencia del interior de Asia que habían ejercido los mongoles Yuan. Unificaba a China frente a los culturalmente foráneos. Afianzaba la exclusividad de la cultura china. Una «Gran China» formada por pueblos de etnia Han y no Han era incompatible con la visión de la monarquía confuciana propia de los Ming. La grandiosa estrategia de la defensa indefinida comportaba la lógica del aislamiento cultural[49].

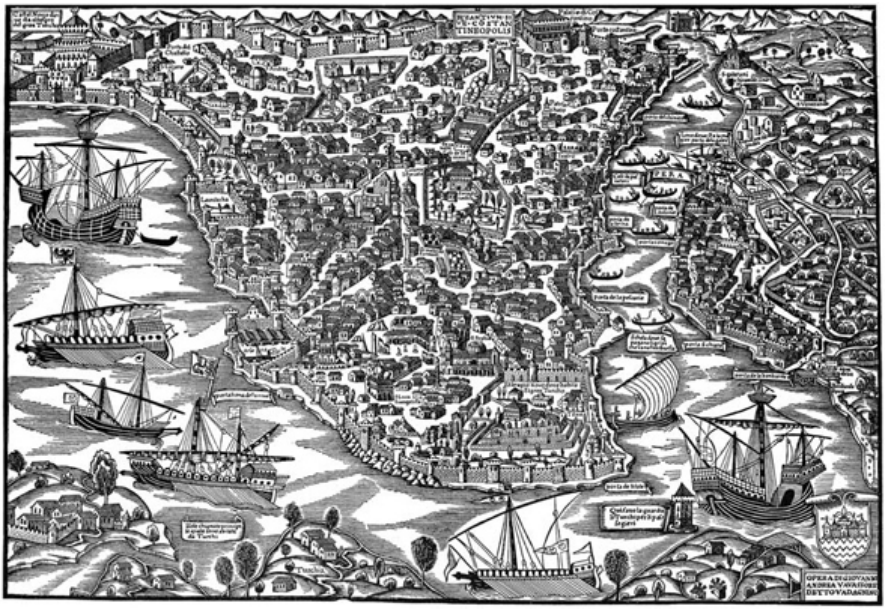
Hubo otro cambio cuyos efectos no podría haber captado ningún observador contemporáneo. El mayor rompecabezas de la historia china reside en comprender por qué el extraordinario dinamismo que engendró la economía más rica y mayor del mundo se fue agotando paulatinamente a partir de 1400. La ventaja china en materia de ingenio tecnológico e innovación social necesaria para una economía de mercado se perdió. No fue China la que se apresuró en hacer una revolución industrial, sino Occidente. La trayectoria económica de China ha sido objeto de debates furibundos. No obstante, la hipótesis que Mark Elvin formuló hace más de treinta años aún no ha sido refutada[50]. Elvin subrayó los logros alcanzados por la «revolución económica medieval» china durante la era Sung, pero insistió en que cuando China salió de la depresión económica de comienzos de la era Ming (en parte consecuencia de la gran pandemia), se produjo una especie de estancamiento técnico. Se producía más, se cultivaba más tierra y aumentaba la población, pero el ímpetu que había tras las innovaciones tecnológicas y organizativas del periodo anterior se había esfumado y no se recobró. China creció de forma cuantitativa, no cualitativamente. En parte, alegó Elvin, el motivo fue el repliegue sobre el

interior que ya hemos señalado: la contracción de los contactos de China con el exterior a medida que los Ming dieron la espalda al mar. Se produjo un distanciamiento intelectual de la investigación sistemática del mundo natural. Y en parte se debió al agotamiento de las reservas de tierras vírgenes, de manera que quedaron cada vez menos terrenos disponibles para cultivos industriales (como el algodón) una vez satisfechas las necesidades de subsistencia. También estaba obrando una influencia más sutil. China fue víctima de su propio éxito. La misma eficiencia de su economía preindustrial desalentó cualquier cambio radical en la técnica productiva (la inmensa red de rutas acuáticas hizo superfluas las vías férreas incluso durante el siglo XIX). Las carencias locales, los cuellos de botella y los bloqueos que podrían haber impulsado el país hacia delante podían resolverse con los recursos de otras regiones, vinculadas entre sí por el inmenso mercado interior chino. La China preindustrial había obtenido un «equilibrio de alto nivel», una meseta de éxito económico. Su desgracia consistió en que no tenía incentivos para intentar ir más allá: el equilibrio de alto nivel se había convertido en una trampa[51].

Pero no deberíamos adelantarnos demasiado. Pasaron más de trescientos años antes de que nadie se fijara.

2

Eurasia y la era de los descubrimientos



2. Constantinopla a mediados del siglo XVI

En retrospectiva, podemos ver que la igualdad aproximada existente entre las tres grandes divisiones del Viejo Mundo sería subvertida en último término por los acontecimientos de finales del siglo XV y comienzos del XVI, aunque su trascendencia la desconocieran en gran medida los contemporáneos. Con una rapidez asombrosa a partir de la década de 1480, los europeos que partían de Portugal y España transformaron la relación geopolítica entre Occidente y el resto del Viejo Mundo. Europa no era ya el Lejano Oeste de Eurasia asomado a un océano de límites ignorados; a mediados del siglo XVI se había convertido en un nexo emergente para el comercio oceánico del mundo entero, en centro de una empresa marítima que se extendía ya desde China hasta Perú y en el punto de partida para un nuevo ámbito transatlántico reservado exclusivamente para su explotación.

Con todo, es importante mantener en perspectiva este gran cambio. No fue inevitable que los «descubrimientos» tuvieran como resultado la supremacía global de Europa. No hay que exagerar los recursos que movilizaron los europeos en sus viajes y conquistas, ni confundir los medios que les permitieron poner pie firme en Asia y América. Muchísimo menos debe tentarnos inferir de las aventuras de navegantes y conquistadores el propósito deliberado de crear un imperio de ámbito mundial, aunque Cortés tratara de halagar a Carlos V afirmando que las posesiones españolas en América de la monarquía equivalían a las de los Habsburgo en Europa. Con toda su épica,

la expansión occidental de un siglo XVI extenso (1480-1620) tuvo durante largo tiempo un impacto limitado. Dependió en gran medida de circunstancias locales y de la evolución gradual de subculturas especializadas de contacto y conquista. No fue el desenlace de un destino económico sin alternativa (como han mantenido algunos historiadores) ni el producto inevitable de la superioridad tecnológica.

Hay otra tentación que conviene evitar. La historia «colonizadora» de Europa se considera a menudo en un aislamiento espléndido del contexto más amplio de la historia mundial. Es como si desde aproximadamente 1500 en adelante solo Europa fuera dinámica y estuviera en expansión, y el resto del mundo se hubiera detenido. Es más prudente recordar que los triunfos de Vasco da Gama o de Albuquerque en el Índico, o los de Cortés y Pizarro en el continente americano, fueron contemporáneos de la consolidación del absolutismo Ming, el surgimiento de una nueva potencia mundial en el Imperio otomano, la unificación de Irán bajo los safávidas, la rápida expansión del islam por el Sudeste asiático y la creación de un nuevo y vasto imperio islámico en el norte de la India a partir de 1519. La importancia de los descubrimientos debe considerarse dentro del contexto mayor del expansionismo euroasiático: hay que tener presente el Viejo Mundo para equilibrar el Nuevo.

La eclosión occidental

Los portugueses fueron los pioneros oceánicos de la expansión europea. El reino de Portugal era un Estado pequeño y débil en la periferia atlántica, pero en torno a 1400 sus soberanos y comerciantes supieron explotar su único activo extraordinario, el puerto de Lisboa. La costa atlántica europea se había convertido en una ruta comercial importante entre el Mediterráneo y la Europa noroccidental, y Lisboa era el lugar donde

las dos grandes economías marítimas de Europa, la mediterránea y la atlántica, se encontraban y solapaban[52]. Era una escala fundamental para el comercio y la información mercantil, así como para el intercambio de ideas sobre navegación y marinería[53]. Fue el trampolín para la colonización de las islas atlánticas (Madeira fue ocupada en 1426 y las Azores fueron pobladas en la década de 1430), y para la aventura con visos de cruzada que resultó en la toma de Ceuta, en Marruecos, en 1415. Así, mucho antes de que se aventuraran más allá del cabo Bojador en la costa occidental africana, en 1434, los portugueses habían experimentado con distintos tipos de expansión imperial. A su concepción geográfica le habían dado forma no solo el conocimiento de las grandes rutas comerciales asiáticas que tenían al Mediterráneo por término occidental, sino también la influencia de la ideología de la cruzada[54]. Irónicamente, el impulso de la cruzada suponía para un Portugal que quedaba en el extremo occidental del mundo conocido que el objetivo era dirigirse al este, hacia su centro en Tierra Santa. Quizá fuera esto y las primeras incursiones de Portugal en el norte de África a partir de 1415 (donde tuvieron noticia del suministro de oro a Marruecos desde África occidental) lo que atrajo a los portugueses primero hacia el sur y el este en lugar de hacia el oeste, a través del Atlántico. La visión tentadora de una alianza con el imperio cristiano del Preste Juan (que supuestamente se encontraba en alguna parte al sur de Egipto) daba esperanzas a los navegantes, comerciantes, inversores y soberanos de que, rodeando el flanco marítimo de los Estados islámicos del norte de África, la virtud cristiana se vería recompensada con riquezas[55].

El Preste Juan era solo una leyenda, al igual que su imperio. Con todo, durante la década de 1460, los portugueses llegaban cada vez más al sur en busca de la ruta que los llevara hasta la India, objetivo logrado triunfalmente por Vasco da Gama en 1498[56]. Sin embargo, hizo falta más que la pericia náutica para llevar el poder marítimo portugués hasta el océano Índico.

Dos factores africanos decisivos hicieron posible su empresa marítima en Asia. El primero fue la existencia del comercio de oro en África occidental, que fluía hacia el norte desde la zona de bosque tropical hacia el Mediterráneo y hacia Oriente Próximo. En la década de 1470 los portugueses habían conseguido ya desviar parte de este comercio hacia su nueva ruta atlántica. En 1482-1484 transportaron la piedra para construir el gran fuerte de San Jorge de Mina (la actual Elmina, en Ghana), «factoría» del comercio de oro. (La factoría era un complejo, a veces fortificado, en el que vivían y comerciaban mercaderes extranjeros). Fue una jugada decisiva, pues los beneficios de Mina fueron enormes. Entre 1480 y 1500, supusieron casi el doble de los ingresos de la monarquía portuguesa[57]. Durante las décadas de 1470 y 1480, aportaron los medios para los costosos y peligrosos viajes más al sur, al cabo de las Tormentas (luego rebautizado de Buena Esperanza), rodeado por Bartolomeu Dias en 1488. El segundo gran factor fue la ausencia de resistencia local en parte alguna del Atlántico africano. Al sur de Marruecos, ningún Estado importante tenía la voluntad o los medios de disputarle a Portugal el uso de sus aguas costeras. La mayoría de los Estados africanos miraban al interior, consideraban el océano como un desierto acuático y (en África occidental) al árido desierto del Sahara como la verdadera autopista que conducía hacia mercados lejanos.

En tales condiciones favorables, los portugueses atravesaron mares vacíos y continuaron hacia el norte desde el cabo de Buena Esperanza hasta dar con el término meridional de la ruta comercial indo-africana, cerca de la desembocadura del Zambeze. Allí podían valerse de los conocimientos locales, y de un piloto del lugar para decirles cómo llegar a la India. Una vez al norte del Zambeze, Vasco da Gama regresó al seno del mundo conocido, como si emergiera de un largo desvío por baldíos sin caminos. Al llegar a Calicut, en la costa india de Malabar, volvió a establecer contacto con Europa a través de la conocida ruta de Oriente Próximo empleada por viajeros y comerciantes.

Fue una proeza de navegación, pero en otros aspectos su visita no fue del todo feliz. Cuando los brahmanes locales le llevaron a un templo, Gama creyó que sus anfitriones eran cristianos extraviados, y se postró ante la estatua de la Virgen María, que resultó ser la diosa hindú Parvati. Mientras tanto, los mercaderes musulmanes del puerto se mostraron decididamente hostiles, y, tras una escaramuza, Vasco se decidió por una retirada a tiempo y zarpar de vuelta a casa.

¿Y qué iban a hacer los portugueses ahora que habían encontrado el camino a la India por una ruta atlántica que estaban decididos a mantener en secreto? Aun considerando los menores costes del transporte marítimo, no era probable que unos cuantos barcos portugueses en el Índico desviaran gran parte del tráfico de este hacia la larga y vacía vía marítima que rodeaba África. Ahora bien, los portugueses no tardaron en mostrar sus cartas: la costa de Malabar, con sus pequeños rajás y su dependencia del comercio (la principal ruta entre el Sudeste asiático y Oriente Próximo pasaba por sus costas), era el blanco perfecto. Antes de que pasaran cuatro años del viaje de Vasco da Gama a Calicut, habían vuelto con una flota de carabelas fuertemente armadas. Mandados por Afonso de Albuquerque, comenzaron a establecer una red de bases fortificadas desde las cuales controlar los movimientos del tráfico marítimo en el océano Índico, comenzando por Cochín (1503), Cananor (1505) y Goa (1510). En 1511, tras un fracaso anterior, tomaron Malaca, el primer Estado comercial del Sudeste asiático. En la década de 1550 disponían de unos cincuenta fuertes, desde Sofala en Mozambique a Macao en el sur de China, y la «Goa dorada» se había convertido en la capital de su Estado da Índia.

El Estado da Índia no era un imperio territorial ni comercial. En parte era un intento de hacerse con el monopolio de la pimienta, la especia más lucrativa que se exportaba a Europa, pero los portugueses carecían del poder suficiente para ello, y

gran parte del comercio de especias siguió más allá de su control[58]. El Estado da Índia se convirtió más bien en un sistema de extorsión que cobraba por protección al comercio marítimo entre el Sudeste asiático, la India occidental, el golfo Pérsico y el mar Rojo. Los mercaderes asiáticos tenían que adquirir una *cartaz* o salvoconducto en una de las «factorías» portuguesas —Goa, Diu u Ormuz— o arriesgarse a ser atacados por los capitanes del Estado. En el océano Índico, tras una victoria aplastante sobre la armada egipcia en Diu, el Estado da Índia no tuvo que hacer frente a ninguna oposición relevante, aunque no tuviera capacidad suficiente para bloquear el estrecho de Bab-el-Mandeb y adueñarse del mar Rojo. Ninguno de los Estados ribereños del Índico había desarrollado la tecnología naval que hacía de la carabela portuguesa un arma mortífera para la guerra marítima. Quizá ninguno de ellos, salvo Malaca, consideraba el comercio oceánico lo bastante importante como para construir una gran flota de guerra. Los grandes Estados del sur de Asia miraban al interior, y el comercio marítimo era cosa de comunidades costeras carentes de prestigio social y de influencia política[59]. Por tanto, los portugueses pudieron imponer su supremacía naval con relativa facilidad. Al este de la península Malaya, las cosas fueron distintas. En el mar de la China Meridional y zonas próximas a Japón, los portugueses se mostraron mucho más cautos, y hallaron un hueco como comerciantes a larga distancia, intermediarios convenientes para un Imperio Ming reacio a las actividades ultramarinas de sus propios súbditos y que se negaba a comerciar directamente con Japón.

Como resultado, el Estado da Índia fue pasando gradualmente de cruzado-depredador a red informal de comunidades portuguesas, formadas en gran medida por *casados,* o colonos, y los pueblos locales, con los que contraían matrimonios mixtos. Aquellos portugueses no eran conquistadores que fundaran grandes imperios en el interior. Carecían de la fuerza, y quizá también de la motivación. Entre Sofala y Macao, había solo seis

o siete mil portugueses en la década de 1540, y quizá el doble unos cincuenta años más tarde[60]. Tampoco representaban una fuerza dinámica para el comercio que galvanizara unos intercambios asiáticos aletargados; más bien al contrario. Los portugueses habían abierto una brecha y penetrado en el comercio de Asia gracias a los conocimientos náuticos adquiridos en el Atlántico norte, pero sus beneficios dependieron sobre todo de exprimir el rico comercio marítimo ya existente, hasta el desarrollo de Brasil, a partir de 1550[61]. Como pronto veremos, fue la casi simultánea empresa de las Américas la que permitió a los occidentales asentarse con firmeza en la economía comercial de Asia. Entretanto, para los comerciantes y navieros del océano Índico y el Sudeste asiático la presencia portuguesa fue motivo de preocupación. Para Malaca había sido una catástrofe; para los Estados mayores con los que entraron en contacto los portugueses eran, en el peor de los casos, una molestia, y en el mejor, algo conveniente.

Cabe preguntar cómo una cadena de fuertes desperdigados y factorías pudo resistir la capacidad de asimilación de las sociedades circundantes, cosa que sorprende todavía más cuando se tiene en cuenta que a finales del siglo XVI el comercio local entre puertos asiáticos se había vuelto mucho más rentable que el hilillo de tráfico que discurría doblando el cabo de Buena Esperanza. No fue un poder superior ni una técnica avanzada lo que sostuvo al «imperio» portugués, sino las ventajas más prosaicas

de una diáspora de comerciantes. Los portugueses formaban una red, unida por la religión y el idioma, que disponía de mejores fuentes de información sobre mercados en el comercio a larga distancia que sus competidores de ámbito puramente asiático[62]. El portugués se convirtió en *lingua franca* del Asia marítima. La marginalidad misma de los portugueses como subcultura marítima foránea contribuyó a hacerlos aceptables a ojos de gobiernos que desconfiaban de sus propias comunidades de mercaderes, y de hecho muchos portugueses operaban por cuenta propia. En Hugli, al norte de la actual Calcuta, un mercader emprendedor obtuvo permiso del emperador mogol Akbar para construir una factoría y enviar artículos chinos de lujo río arriba hasta su corte. No lejos de allí, otro grupo se ganaba la vida como esclavistas y filibusteros bajo la protección del reino de Arakan (actualmente la región costera del norte de Myanmar, antigua Birmania), que se esforzaba en aquel entonces por mantener a los mogoles fuera del este de Bengala. Cuando los esclavistas portugueses secuestraron a una mujer de una familia musulmana importante («convertida» y casada con un capitán portugués), fueron los comerciantes de Hugli quienes tuvieron que pagar el precio. Sin duda, a la mayoría de los soberanos de Asia les habría parecido risible de tan improbable que semejante «pueblo del mar», ocupante de un nicho en la periferia marítima del mundo asiático, pudiera ser el heraldo de una futura dominación occidental.

La llegada casi simultánea de los europeos al Asia marítima y las Américas a partir de 1490, llamativa coincidencia a primera vista, no es difícil de explicar. El rincón sudoccidental de la península Ibérica era en realidad una frontera oceánica única en la que la banca genovesa y la pericia náutica y comercial colaboraban con los marinos locales, portugueses y españoles. Colón, él mismo genovés, había aprendido su oficio en Lisboa y, como los navegantes portugueses y sus patrocinadores, conce-

bía la política internacional y la exploración geográfica como una cruzada para liberar el centro del mundo del dominio de los infieles[63]. La negativa de portugueses, ingleses y franceses a respaldar su viaje transatlántico reflejaba quizá un escepticismo justificado ante sus suposiciones geográficas (Colón afirmaba que China se encontraba a unos 4.000 kilómetros al oeste de Europa), o bien la creencia de que la ruta africana era una apuesta más segura. Su éxito al fin al obtener el apoyo de Castilla para su empresa (Aragón, la otra mitad de la España unida por el matrimonio de los Reyes Católicos, mostró escaso interés) algo pudo deber a la envidia castellana por las ambiciones atlánticas de Portugal y la riqueza que pudieran traer, además de a la atracción que ejercía la retórica de cruzada de Colón sobre la corte castellana, con su espíritu de Reconquista. La toma de Granada, último reducto del islam en la Península, en 1492, produjo una marea de fervor que ayudó a llevar al oeste a Colón.

Como los exploradores portugueses, Colón se benefició de los conocimientos sobre vientos y corrientes acumulados durante la colonización de las islas atlánticas. A finales de 1492 zarpó de la avanzadilla más occidental del mundo europeo, San Sebastián de la Gomera en las islas Canarias, y desembarcó en las Bahamas el 12 de octubre. Tras un reconocimiento de Cuba y La Española, encontró el camino de vuelta pasando por las Azores. En una proeza de navegación, estableció las vías marítimas empleadas para viajar entre España y el Caribe durante los tres siglos siguientes, y sus tiempos de navegación prácticamente no se mejoraron en 150 años. Como expedición para encontrar la ruta marítima hacia China, sin embargo, el viaje de Colón fue un fracaso rotundo. Su segundo viaje, por contraste, fue una empresa colonizadora en la que se asentaron unos 1.500 europeos en La Española, igual que se habían colonizado las Azores y las Canarias[64]. En nuevos viajes en 1498-1499 y 1502-1504, Colón exploró la costa de Tierra Firme (Colombia y Venezuela) y América Central.

Hasta aquí, la empresa española en América podría verse como una continuación osada del poblamiento ibérico de las islas atlánticas: una expansión marginal del ámbito europeo. Sin embargo, antes de que pasaran treinta años desde la primera llegada a tierra de Colón, la conquista del Imperio azteca por Cortés y su hueste de aventureros anunciaba que la intrusión europea en el continente americano tenía un carácter distinto de la colonización gradual de la periferia oceánica de Europa o de la voluntad portuguesa de monopolizar el comercio asiático. Es fácil suponer que la conquista en la América continental fue la continuación lógica de la «misión» colombina, y que la caída del emperador azteca Moctezuma fue la consecuencia inevitable de la superioridad tecnológica europea. Si se miran más de cerca las motivaciones y los medios que transformaron un reconocimiento marítimo con fines inciertos en el señorío de una vasta meseta interior, estos parecen apuntar en cambio a que fue una conjunción única de factores geográficos, culturales y demográficos lo que permitió esta primera gran conquista de una potencia euroasiática en el «Mundo Exterior» de América, el África subsahariana y el Pacífico sur.

En gran parte, la clave de la transformación de España en gran potencia colonial reside en el Caribe. La disposición de los vientos y corrientes del Atlántico hacían probable que las islas del Caribe —la proyección geográfica de América hacia Europa — fueran el primer lugar que alcanzaran los marinos españoles o portugueses. A diferencia de las grandes masas terrestres de Groenlandia y Terranova, estas islas eran de clima benigno, colonizables y fácilmente accesibles para invasores llegados por mar. Se podían ir conquistando poco a poco y recibir rápidamente refuerzos de Europa. La población indígena carecía de organización militar adecuada, y era trágicamente vulnerable a las enfermedades del Viejo Mundo. Un aspecto decisivo fue que las islas carecían de contacto con los poderosos imperios de tierra firme de mayas y aztecas, y por tanto estos no pudieron tenerlas bajo su control ni, por consiguiente, tener noticia a

tiempo de la invasión foránea. De hecho, las islas fueron una plataforma decisiva en la que los españoles pudieron aclimatarse, y desde la que pudieron reconocer la costa de tierra firme. Contra los pueblos arawak de La Española y otras islas, pudieron experimentar con las técnicas bélicas de control y de explotación que luego se aplicarían a mayor escala. La ocupación de varias islas del Caribe (en torno a 1510 Cuba se había convertido en el principal foco de actividad española) favorecía también un patrón descentralizado de incursiones armadas en tierra firme, en lugar de una única y quizá desastrosa expedición continental. Las islas permitieron el lujo de la prueba y el error. Y, por encima de todo, el Caribe proporcionó oro.

El oro aluvial encontrado primero en La Española fue decisivo. La fiebre del oro resultante había atraído a la isla en 1502 a mil quinientos españoles, cuyo apetito por nuevas empresas en las islas y en tierra firme se acrecentó. Era oro arrebatado a los amerindios, o extraído con trabajo esclavo, y ayudó a financiar las incursiones organizadas localmente a partir de 1508, en lugar del oro de España. El avance en las Américas no fue obra de príncipes ni de capitalistas en Europa, sino de hombres de frontera con hambre de oro, azuzados por el rápido agotamiento de los depósitos de las islas. Sin la breve fiebre del oro en las islas del Caribe y la Tierra Firme adyacente, el ímpetu hacia la conquista territorial del continente podría haber quedado pospuesto indefinidamente, o sin duda más allá del momento en que los conquistadores pudiesen explotar el factor de sorpresa y estupefacción que desempeñó un papel tan importante en la victoria sobre los aztecas. Así, la cabeza de puente caribeña aportó gran parte de la motivación y parte de los medios para la conquista.

Entre 1519 y su triunfo final en 1521, Hernán Cortés, el primer gran conquistador, iba a apoderarse de un sofisticado imperio de más de once millones de habitantes, rico en metales preciosos y con una economía basada en el cultivo del maíz. El

enorme trofeo colonial que le reportó a Cortés su apuesta contrasta llamativamente con la cautela más que justificada que mantuvo a los europeos en la periferia litoral de África y Asia, desaconsejando peligrosos planes de conquista. Parte de la explicación del éxito de Cortés puede estar en lo relativamente reciente de la hegemonía azteca sobre la meseta central y la hostilidad de los pueblos a los que habían sometido, que proporcionaron a Cortés aliados y ayuda; y parte en la superioridad tecnológica del modo español de hacer la guerra[65]. Sin embargo, no sería difícil encontrar otras regiones de Afroasia en las que condiciones similares parecieran favorables a la conquista extranjera.

El verdadero secreto de la conquista relámpago española fue de naturaleza cultural y biológica. Lo que hizo tan vulnerable al Imperio azteca al ataque de los españoles, se ha argumentado, fue la incapacidad de su alto mando para comprender los orígenes, objetivos y motivaciones de su enemigo europeo, o para imaginar las razones de su súbita aparición. El resultado fue una desorientación mental paralizante que destruyó la capacidad de resistencia del emperador azteca[66]. Sin contacto alguno con el Viejo Mundo y su comunidad itinerante de peregrinos, buhoneros, mercaderes y mercenarios, a través de los que llegaban noticias y rumores hasta sus regiones más remotas, la civilización azteca se vio desconcertada por un acontecimiento «sobrenatural» sobre el que ningún ritual, sacrificio ni oración tenía la menor posibilidad de influir. La derrota militar fue por tanto total e inevitable. Sin embargo, lo rápido y completo de la conquista militar española y el colapso de toda voluntad popular de resistir fueron también un fenómeno biológico. Tras el mazazo cultural del triunfo inexplicable llegó el mazazo biológico de la catástrofe demográfica debida a la falta de inmunidad ante las enfermedades del Viejo Mundo. Entre la llegada de Cortés y el final del siglo XVI, la población de México se redujo en un 90 por ciento, desde quizá unos doce millones de habitantes hasta poco más de un millón[67]. El impacto psi-

cológico sobre la población indígena resulta difícil de imaginar. En el plano de lo físico, las precondiciones básicas del control administrativo se transformaron abruptamente de una manera inconcebible en el África tropical, India o China, al precipitarse la proporción entre gobernantes y gobernados y de pobladores e indígenas de un extremo al otro.

Fue en estas circunstancias tan extrañas, más propias de la ciencia ficción que de la historia, en las que el dominio español en Mesoamérica se extendió rápidamente por la meseta central (el antiguo dominio azteca), el Yucatán maya y la meseta árida hacia lo que un día sería Nuevo México. Este fue el impulso septentrional, o cubano, del imperialismo español, obra de pobladores y aventureros procedentes del centro de poder marítimo español en el Caribe. Entretanto, un movimiento más meridional había traído a buscadores de oro españoles a la Tierra Firme de América del Sur (las actuales Venezuela y Colombia) y a la zona del istmo conocida como Castilla del Oro. Fue desde aquí y desde el asentamiento fundado en Panamá a principios de la década de 1520 desde donde los españoles lanzaron otra conquista relámpago (como acabó siendo) del otro gran imperio precolombino.

En muchos aspectos, la conquista española del Imperio inca en el altiplano andino fue más asombrosa incluso que el triunfo sobre los aztecas. Sus dominios estaban mucho más alejados de la cabeza de puente del Caribe. Eran menos accesibles por mar y se extendían por un área mucho mayor: desde el actual Ecuador hasta el norte de la actual Bolivia. La gran meseta interior llamada por los españoles Altiplano constituía el núcleo del imperio. Tenía mayor riqueza mineral y era ecológicamente más diverso que el México azteca[68]. Los incas habían incorporado con éxito a su imperio todas las áreas andinas de cultivo estable. Su sistema impositivo, destinado a acumular grandes cantidades de productos, además de metales preciosos, sostenía a un ejército permanente, recompensaba a las élites regionales y mi-

litares y era más complejo y eficiente que cualquier cosa que se hubiera visto en México. La riqueza que proporcionaba y la recluta laboral en el sistema de la mita permitieron a los incas construir una red extraordinaria de caminos, fortalezas, depósitos, puentes, terrazas y obras de irrigación, además de una magnífica capital imperial en Cuzco con una población de entre cien mil y trescientos mil habitantes[69]. Este era el imperio en el que entró Francisco Pizarro en 1532 con 167 de los suyos, los «hombres de Cajamarca».

Como algunas de las expediciones posteriores en América Central, la de Pizarro fue costeada con los frutos del saqueo de los tesoros de los amerindios. Así era como Gaspar de Espinosa, el principal financiador de Pizarro, había hecho fortuna y se había convertido en el colono más rico de Panamá[70]. Pizarro, como Cortés, gozó de la ventaja de la sorpresa y contaba con armas desconocidas para sus adversarios americanos. Ambos factores desempeñaron un papel fundamental en la forma despiadada en que, casi de un solo golpe, los españoles fueron capaces de hundir todo el sistema inca en el caos político. El 16 de noviembre de 1532, Pizarro se encontró con el soberano inca en Cajamarca, al norte de Perú. Atahualpa pudo haber pensado que una banda tan poco numerosa de extranjeros podía ser capturada fácilmente por su vasta tropa, o que eran mercenarios a los que se podía comprar para que se marcharan. No estaba en absoluto preparado para la magnitud de su ambición. A las pocas horas de su entrada en la plaza de Cajamarca era prisionero de Pizarro, sus colaboradores políticos más estrechos estaban muertos o moribundos y algunos miles de hombres de su ejército habían sido segados por los españoles de a caballo. Este asalto devastador decapitó prácticamente al imperio. Con el fracaso del contraataque inca, los conquistadores pudieron permitirse el lujo de librar una guerra fratricida por el botín de la victoria antes de que Perú quedara al fin bajo el control efectivo de la corona.

Al igual que la conquista de México, la de Perú se explica en parte por la fragilidad del régimen imperial al que se enfrentaron los españoles. Al igual que el Imperio azteca, el dominio inca dependía de la colaboración de muchas unidades étnicas menores solo recientemente subyugadas o de lealtad dudosa. También podría ser cierto que, en el momento de la invasión española, ambos imperios habían alcanzado una fase crítica de su expansión en la que la logística adversa y los rendimientos decrecientes habían empezado a mover a sus soberanos a nuevas exacciones y reformas impopulares. Las profecías de la catástrofe en el México precolombino y toda una guerra civil en el Perú precolombino eran síntomas de tensiones internas peligrosas[71]. Ahora bien, no fueron estas circunstancias por sí solas las que hicieron a esos imperios tan singularmente vulnerables a la agresión de un puñado de invasores llegados por mar, cuyas depredaciones en otras partes de la tierra firme culminaron con una fortuna muy relativa, o ninguna en absoluto. Lo que distinguía a los dos grandes imperios precolombinos era la sofisticación misma de sus sistemas políticos centralizados, que giraban sobre un emperador omnipotente y cuasi divino cuyo secuestro repentino desbarataba el mecanismo imperial en su conjunto. Esto quedaba agravado por el aislamiento cultural, que privaba a esos soberanos omnipotentes de un conocimiento suficiente de los invasores extranjeros. Desprevenidos como estaban, no aplicaron medidas cautelares políticas y de defensa. Las armas y tácticas de los españoles, sobre todo las armas de fuego y los caballos, les dieron el golpe de gracia. El impacto de las enfermedades del Viejo Mundo (una modalidad de guerra biológica involuntaria) resultó ser en ambos casos un medio letal para prevenir la resistencia secundaria que de otro modo pudo haberse ofrecido a medida que fuesen haciéndose sentir los efectos de la conquista extranjera. Fue el efecto combinado de estos distintos factores lo que convirtió el encuentro de los españoles con las dos grandes civilizaciones de tierra firme en conquistas relámpago de un coste casi insig-

nificante. Quizá cualquiera de los grandes Estados euroasiáticos habría tenido un éxito similar: Tamerlán habría acabado muy pronto con Moctezuma. La fortuna de Occidente fue que su situación geográfica (la más próxima a la antecámara caribeña de los imperios precolombinos) le proporcionó una ventaja decisiva para la adquisición de nuevos territorios en el «Mundo Exterior».

Quedaba por ver si los conquistadores podían transformar las pantagruélicas expediciones de pillaje que habían llevado la ruina a los Estados azteca e inca en una expansión más duradera de la riqueza y el poder de España. ¿Serían capaces de convertir las fantásticas ganancias y tesoros en un sistema económico, y construir una neo-Europa en América? En términos económicos, al menos, los dos grandes virreinatos de Nueva España (México) y Lima (Perú) parecían haber tenido un éxito impresionante. El ciclo de breves fiebres del oro cuyo agotamiento había impulsado a los españoles más allá de La Española y Cuba no se repitió en México y Perú. Los alijos iniciales de oro, que habían enriquecido a los primeros conquistadores más allá de sus sueños más delirantes, fueron rápidamente complementados por el descubrimiento en la década de 1540 de grandes reservas de plata en Zacatecas, México, y en el gran monte de Potosí, en la actual Bolivia. A finales de siglo ambos virreinatos enviaban grandes cantidades de lingotes a España en los grandes convoyes anuales de la carrera de Indias. Este fluir de riqueza mineral tuvo consecuencias importantes: atrajo emigración nueva desde España y fundó la importación de esclavos africanos; financió la administración colonial y un sistema judicial mucho más desarrollado que el régimen semifeudal de la primera conquista; contribuyó a costear la presencia masiva de la Iglesia católica, cuyas catedrales, iglesias, cementerios, imaginería omnipresente y rituales públicos fueron la señal más visible de la conquista[72]. Solamente en México, al terminar el siglo, la Iglesia había despachado a unos tres mil sacerdotes entre una población indígena en rápido declive de aproximadamente

un millón de almas. En 1622 había treinta y cuatro diócesis en la América española. En definitiva, fueron el oro y sobre todo la plata los que convirtieron el hecho brutal de la conquista en una estructura de dominio colonial.

Sin embargo, no hay que exagerar la medida en que esta superabundancia mineral había asegurado la integración del Nuevo Mundo en una «Gran España» a la altura de 1620. Vastas extensiones de la América nominalmente hispana quedaban más allá de los enclaves de ocupación española efectiva, caso de los llanos de Venezuela, las tierras bajas tropicales de América Central, los desiertos del norte de México, los densos bosques al este de los Andes y las praderas que se extendían hasta el estuario del río de la Plata. Allí, sin el apoyo de la riqueza mineral, la influencia española era precaria o inexistente. Tampoco la plata americana era un medio del todo fiable para aglutinar las economías de Europa y América: la oferta y la demanda fluctuaban. A comienzos del siglo XVII, los envíos de plata mexicana a Europa (aunque no su producción) estaban en declive. Los vínculos comerciales de México con el este de Asia, adonde se exportaba una gran proporción de la plata, se estaban volviendo más importantes. A medida que el aumento de población y la actividad comercial europeas se fueron reduciendo a partir de 1620, la sed de plata hispanoamericana remitió: la metrópoli y la colonia se estaban alejando[73]. También en lo cultural las consecuencias de la conquista fueron de signo variable. Tanto en México como en Perú, la furia del asalto (tanto físico como biológico) de los españoles había desmantelado rápidamente las instituciones religiosas anteriores a la conquista. En 1531 los españoles habían demolido ya 600 templos solo en México, y destruido 20.000 ídolos[74]. La antigua casta sacerdotal fue desposeída y se impuso una amplia uniformidad religiosa a la población sometida, que adoptó los cultos y festividades cristianos con escasa resistencia[75]. Los notables amerindios fueron asimilados en alguna medida en la estructura administrativa y, entre las clases humildes, la vestimenta española

sustituyó a la tradicional, objeto de la desaprobación de la Iglesia[76].

Con todo, el alcance de la influencia cultural de España se vio limitado por las circunstancias. Escasos en número y concentrados en los núcleos urbanos, los españoles tenían un contacto meramente esporádico con las poblaciones amerindias del interior[77]. Reforzaba esa tendencia la decisión de segregar a las comunidades amerindias de lo que administradores y eclesiásticos consideraban conducta corruptora y explotadora de los colonos. Combinado con lo remoto e inaccesible de gran parte del interior (sobre todo las tierras altas de los Andes), esto contribuyó a que para los pueblos indígenas el paisaje conservara su antiguo significado religioso y mágico. Incluso allí donde los amerindios se veían más expuestos a la influencia colonial española, los resultados fueron a menudo ambiguos. En gran medida, las divisiones administrativas de Nueva España recrearon las anteriores «ciudades-Estado» de tiempos precolombinos, con una continuidad considerable entre la élite gobernante local. La destrucción de la estructura religiosa anterior a la conquista no significó el fin de los tradicionales curanderos, profetas y adivinos, que siguieron gozando de un gran prestigio en el medio rural[78]. Tampoco, por supuesto, pudo el castellano suplantar a los idiomas anteriores a la conquista: según un estudio reciente, no fue hasta bien entrado el siglo XVII cuando el castellano empezó a afectar a la estructura gramatical de las lenguas amerindias; hasta entonces, su influencia se limitó al uso de ciertos sustantivos prestados[79].

Si bien el carácter amerindio de la América hispana sobrevivió de forma tenaz, esta también se volvió mucho más diversa étnicamente. Es cierto que tanto a México como a Perú llegaron españoles suficientes (de ambos sexos y de ocupaciones muy diversas) para crear sociedades «completas», capaces de preservar y reproducir las comunidades hispanas según los modelos del Viejo Mundo[80]. Sin embargo, desde los tiempos

de la conquista los españoles se habían cruzado con la población indígena, dando origen a los mestizos. Para complementar a una fuerza de trabajo nativa reacia y cada vez más escasa, a mediados del siglo XVI introdujeron esclavos africanos con los que también hubo mestizaje, lo que dio como resultado una comunidad mulata. A mediados del siglo XVII la población de Nueva España consistía en unos 150.000 españoles blancos, 150.000 mestizos, 130.000 mulatos y 80.000 esclavos africanos, además de quizá un millón de amerindios. Un patrón similar se dio en Perú, y en la América española en conjunto había quizá 330.000 esclavos africanos a la altura de la década de 1640[81]. El resultado fue el surgimiento de sociedades complejas y racialmente estratificadas en las que la ocupación y la categoría reflejaban el origen étnico, y en las que el poder político y económico estaba principalmente en manos de los blancos, ya fueran nacidos en España o bien en América, los criollos.

En una medida impensable en el Viejo Mundo euroasiático, España había provocado la disolución de las sociedades más poderosas de la América precolombina, y la práctica aniquilación de algunas de las más débiles. Había creado el espacio en el que podía implantarse una nueva sociedad posterior a la conquista, potencialmente receptiva a las necesidades e ideas de España. A mediados del siglo XVII, sin embargo, después de más de ciento cincuenta años en América, había logrado la conquista pero no la incorporación de sus posesiones americanas. La Nueva España no sería un reino español más, ni una réplica de Castilla. En lugar de eso, el resultado de la conquista había sido la creación de una nueva geometría étnica y una cultura característica aunque todavía cambiante, una nueva sociedad criolla.

Los navegantes portugueses y los conquistadores españoles fueron los agentes más pintorescos de la eclosión occidental de los siglos XV y XVI. No menos importante para el futuro equili-

brio de poder en Eurasia fue la transformación a través de la que, en poco más de un siglo, el principado de Moscú (hasta 1480 un Estado tributario de la Horda de Oro mongola) avanzó por la estepa hasta el Caspio y construyó un vasto imperio sobre el comercio de pieles a lo largo y ancho de los bosques de Siberia, alcanzando el Pacífico en 1639. En una secuencia de expansión furiosa, los rusos se adueñaron de la mayor parte del norte de Asia antes de que la influencia china o japonesa tuviese ocasión de predominar. Cerraron la puerta por la que los pueblos de las estepas de Asia central tantas veces habían descendido sobre el este de Europa, y tomaron el bajo Volga antes de que ni los otomanos ni los soberanos safávidas de Irán pudieran asimilar los dominios fragmentados de la Horda de Oro a sus nuevos sistemas imperiales.

Más incluso que los portugueses o los españoles, los rusos habían sido un pueblo de frontera, en gran medida alejado y separado de los Estados principales de la Europa medieval. Rusia y España, en palabras de Ortega y Gasset, son «dos históricas naciones en ambos extremos de la diagonal europea»[82]. Los orígenes de Rus' estaban en las migraciones al este de los pueblos eslavos hasta el límite de la taiga, donde lindaba con la estepa y sus guerreros nómadas (los «tártaros», como los llamaron los rusos). El primer Estado ruso había tenido su centro en Kiev, donde una clase gobernante vikinga o «varega» había construido un núcleo para explotar la ruta comercial fluvial y marítima entre Bizancio y Oriente Próximo y la Europa báltica. Con la llegada del cristianismo ortodoxo en el siglo IX, la Rus' de Kiev se convirtió en una gran cuña cultural del occidente bizantino entre los pueblos de la estepa al este (cumanos, jázaros y pechenegos) y los paganos lituanos (o rusos blancos) al oeste. Kiev se convirtió en el foco de una vasta empresa misionera en la que se fundaron monasterios en los bosques del norte que llegaron incluso hasta el mar Blanco. En el siglo XIII quedó debilitada por la rivalidad con otros Estados rusos, como Novgo-

rod y Smolensk, y abrumada por la catástrofe de la invasión mongola. En 1240 la ciudad fue arrasada. Los Estados rusos de la taiga o zona boscosa se convirtieron en vasallos del kanato de la Horda de Oro, uno de los cuatro grandes Estados sucesores de la división del imperio mundial de Gengis Kan en 1259. Los soberanos rusos (sobre todo los expuestos y vulnerables soberanos de Moscovia, infelizmente próximos a la estepa abierta) se vieron en el papel de agentes y clientes de los soberanos del kanato en la lejana Sarai, en el mar Caspio. Conservaron sin embargo, lo que fue decisivo, una clara identidad occidental a través de la influencia cultural de la Iglesia ortodoxa, que mantenía sus tenues lazos con el patriarcado bizantino[83]. Y es que los mongoles, que se convirtieron tarde al islam, no tuvieron inconveniente en tolerar a la Iglesia y sus doctrinas.

El ascenso de Moscovia a una posición de predominio entre los varios Estados rusos se debió en gran medida al oportunismo de sus príncipes, que se convirtieron en aliados y colaboradores del kanato de la estepa[84]. A partir de 1331 el apoyo mongol les valió el título de gran príncipe; el poderío mongol hizo retroceder al rival Gran Ducado de Lituania, poderoso Estado ruso del oeste convertido al catolicismo en la década de 1370 y ligado en una unión con la católica Polonia. Moscú se ganó el apoyo de la Iglesia ortodoxa —un aliado religioso y cultural decisivo— gracias a sus buenas relaciones con los mongoles y a su liderazgo frente a la Lituania católica[85]. En la década de 1380, Moscovia explotó las divisiones en el kanato para hacer efectiva una breve independencia tras la batalla de Kulikovo Polié, pero la influencia decisiva sobre su devenir era la enorme conmoción geopolítica de las conquistas de Tamerlán desde su base de origen en Asia central, que a finales del siglo XIV seguía siendo el hecho sobre el que giraba la historia mundial. Aunque Tamerlán no lograra en definitiva construir un imperio tan gigantesco como el de Gengis Kan, aniquiló lo que quedaba del sistema mongol, incluido el kanato de la Horda de Oro, que se disgregó gradualmente en los kanatos de Crimea,

Astracán, Kazán y Siberia. En la década de 1440, el principado de Basilio II de Moscú era independiente de hecho, y en 1480 su sucesor Iván III (1462-1505) derrotó el último intento procedente de la estepa de reinstaurar el vasallaje y los tributos.

Los cien años posteriores a 1480 fueron el periodo decisivo de la expansión moscovita, y dieron forma a todo el curso de la invasión occidental del centro y norte de Eurasia. Desde su núcleo territorial en el alto Volga, Moscovia se convirtió en la bisagra entre el vasto imperio de los bosques al norte y al este (que acabaría alcanzando la costa asiática del Pacífico) y el muy disputado imperio de las estepas, del Caspio y los Urales meridionales[86]. Sin embargo, los soberanos moscovitas difícilmente habrían podido satisfacer tales ambiciones imperiales de haber gobernado un mero principado ruso oriental, mantenido a raya por la unión de las católicas Polonia y Lituania y enfrentado también a rivales rusos en el norte como Novgorod, con su imperio de las pieles y su comercio hanseático. El ascenso del poderío ruso en el norte de Eurasia requería la consolidación del dominio moscovita sobre los Estados ortodoxos rusos, y una política agresiva para impedir su absorción por la dinámica monarquía conjunta de Polonia y Lituania, que en 1504 se extendía desde el mar Negro hasta el Báltico. Les gustase o no, los grandes duques de Moscovia solo podían sobrevivir entrando en el sistema diplomático europeo (para encontrar aliados contra Polonia), e, igualmente importante, compitiendo cultural e ideológicamente con las monarquías de nuevo cuño de la Europa del siglo XV. Gran parte de la historia rusa posterior discurriría sobre este delicado equilibrio entre el legado diferenciador bizantino, encarnado por la Iglesia ortodoxa rusa, y los préstamos culturales de Europa central y occidental, dictados por la necesidad política y económica.

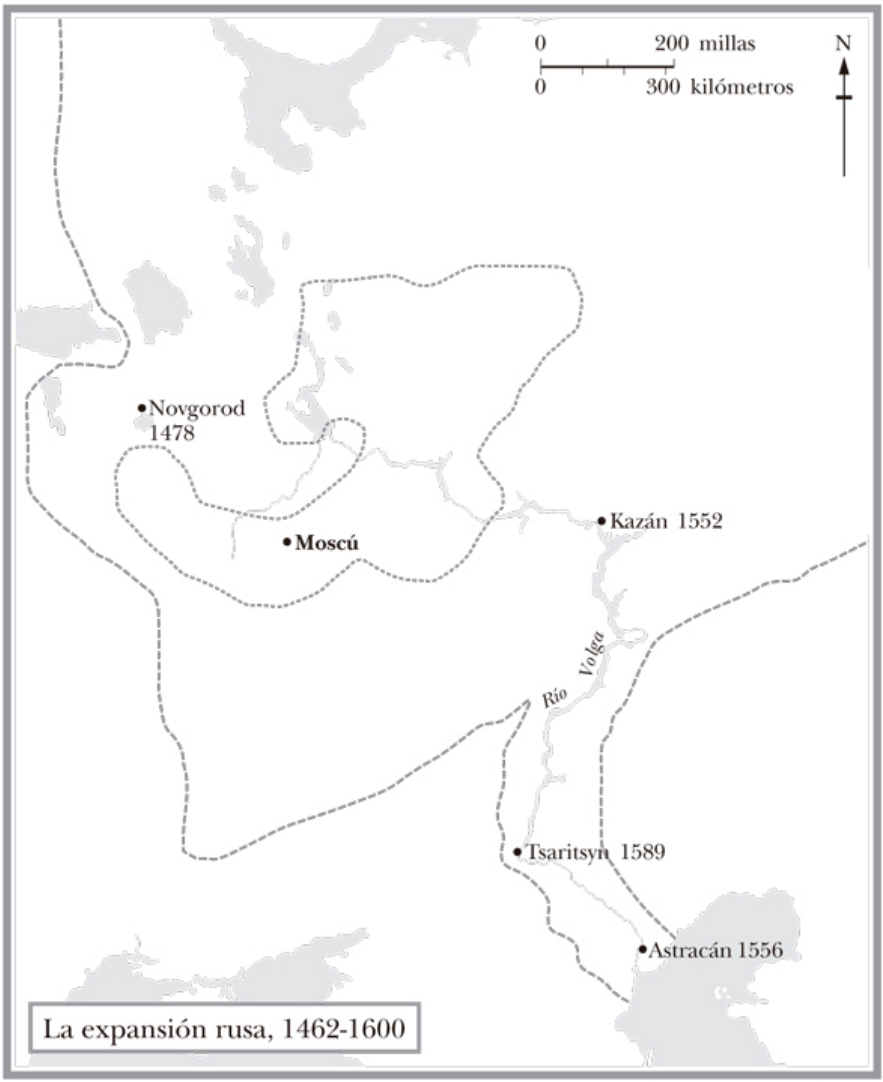
La lógica de la competencia política y cultural con la unión de Polonia-Lituania, en la que había ya en marcha un rápido proceso de «modernización» cultural hacia el final del siglo XV

(el primer libro se imprimió en Cracovia en 1423)[87], consistió en transformar las tierras rusas conquistadas por Iván III en un Estado dinástico. Las tradiciones oligárquicas del «gran Novgorod» fueron extirpadas, e Iván se presentó como un gran monarca de tipo europeo, combinando modos bizantinos y occidentales de gobierno dinástico. En 1492 se rebautizó a sí mismo como «gran duque de Moscovia y todas las Rusias». Su matrimonio con Sofía Paleólogo, princesa bizantina, se negoció bajo los auspicios papales. Sus enviados viajaron por toda Europa, y vinieron a Moscú artesanos, constructores y arquitectos italianos. Se reorganizó la administración en un sistema de cancillerías, con una gestión de archivos y jerarquías burocráticas complejas[88]. La entronización de Iván IV (el «Terrible») fue una coronación en toda regla, adaptada con toda atención del extinto ritual de los emperadores bizantinos. Quizá por afán de competir con la Contrarreforma católica, Iván IV promovió un renacimiento monástico[89]. La hostilidad hacia el *latintsvo* —el «mundo latino», identificado sobre todo con Polonia—, se compensó abriendo Rusia a alemanes, ingleses y holandeses, que llegaron como soldados, colonos, ingenieros y mercaderes. Hubo una larga serie de guerras en el siglo XVI destinadas a mantener a raya la influencia polaca en las tierras rusas occidentales e impedir que sedujera a los reacios boyardos, terratenientes guerreros con cuya independencia los grandes duques estaban decididos a acabar[90].

La transformación interna azuzada por la rivalidad moscovita-polaca ayuda a explicar el éxito con el que los rusos se aferraron a sus ganancias territoriales en el bosque y la estepa. Los cimientos de un imperio basado en el comercio de pieles en los bosques del norte los había puesto la república de Novgorod mucho antes de su anexión por Moscovia en 1478. Moscú envió su primera expedición más allá de los Urales en 1483. En la década de 1550 una familia mercantil importante, los Stroganov, estaba construyendo un imperio comercial siberiano para sacar las pieles suministradas por los pueblos indígenas del

bosque. Entraron en conflicto por ello con el kanato de Siberia, que dependía también del comercio de pieles y de controlar su suministro. En 1582, Ermak, un aventurero cosaco contratado por los Stroganov, logró tomar la capital del kanato. El imperialismo privado de los Stroganov se vino abajo con la muerte de Ermak en 1585, y en su lugar fue el Estado moscovita dirigido por Boris Godunov el que llevó a su término la conquista militar de Siberia occidental a finales de siglo[91]. El camino quedaba despejado para la carrera febril de los *promishlenniki* (comerciantes privados de pieles) por el continente, que alcanzaron el río Yeniséi en 1609, el Lena en 1632, el Pacífico en 1639 y el río Amur, en las tierras fronterizas de China en Manchuria, en 1643. En 1645 había unos 70.000 rusos al otro lado de los Urales[92]. El legado de la intervención decisiva de Boris Godunov estaría presente en el control administrativo con el que el reorganizado Estado moscovita amarró a su remota colonia en la taiga.

En parte, la relativa facilidad con la que se llevó a cabo la conquista rusa de los bosques septentrionales de Asia fue resultado del bajo nivel de organización política y de capacidad tecnológica de los pueblos sin Estado del bosque con los que se toparon los rusos. Las armas de fuego rusas les confirieron una ventaja importante, pero como habían comprobado los Stroganov, los rusos solo se vieron libres para comerciar y conquistar una vez desbaratado el poder del kanato de Siberia. Este era el vínculo crucial entre bosque y estepa. En la década de 1590, los rusos habían asentado su dominio sobre los kanatos vecinos de Kazán y Astracán, que fueron anexionados a Moscovia en 1552 y 1556. Sin el respaldo otomano y la red comercial que sostenían al kanato de Crimea (que se libró de la anexión), el último superviviente de la Horda de Oro no estaba en condiciones de resistirse al avance ruso.



La expansión rusa, 1462-1600

A primera vista, la conquista rusa de los kanatos de la estepa sugiere paralelismos con las hazañas de Cortés y Pizarro: casi de golpe, una vasta extensión de estepa hasta entonces inconquistable (el «océano verde y dorado» de Gógol, de promesa aparentemente ilimitada)[93] cayó bajo el control de Moscú. Ahora bien, los rusos gozaron de pocas de las ventajas que tuvieron los conquistadores españoles: sus enemigos los conocían bien, y no iban a tomarlos por dioses. No podían contar

con una superioridad táctica o estratégica en la estepa abierta, aunque Iván IV llevó a Kazán 150 cañones y su nueva infantería de arcabuceros, los *streltsí.* Un siglo después, el ataque ruso al kanato de Crimea acabó en confusión, derrotado por la logística de la guerra esteparia[94].

Se puede encontrar una explicación más convincente del éxito ruso en la crisis social y política de las sociedades de la estepa en el Volga en el siglo XVI. Los kanatos no eran monarquías dinásticas y no efectuaron nunca la transición al Estado monárquico ya en marcha en Moscovia. Eran más bien confederaciones tribales en las que los kanes dependían del apoyo de los caudillos tribales. Sus economías dependían del comercio, sobre todo con Asia central, los impuestos sobre sus poblaciones sedentarias, y las incursiones de los elementos nómadas dominantes en las tierras rusas colonizadas del norte y del oeste. A la altura del siglo XVI, sin embargo, dicha economía política estaba sumida en el caos. Tamerlán había destruido las grandes ciudades comerciantes de Azov, Astracán y Urgench, de las que dependía la estepa[95]. El empobrecimiento resultante pudo haber acelerado el proceso de sedentarización por el que el viejo orden igualitario de la tribu nómada tártara dio paso al mundo escindido del terrateniente y el campesino sin tierra[96]. Con un poder militar reducido como consecuencia, y menos solidaridad interna, los conflictos políticos en el seno de los kanatos se volvieron más insolubles. Además, como Estados sucesores de la Horda de Oro, Kazán, Astracán, Crimea y Siberia competían entre sí por el control de la estepa. Moscovia (el quinto «Estado sucesor») aprovechó esta situación para desempeñar un papel activo en la diplomacia esteparia, y mantuvo relaciones pacíficas en su vulnerable frontera esteparia mientras conquistaba el norte durante la década de 1470[97]. A comienzos del siglo XVI, de resultas, Moscovia se había vuelto considerablemente más fuerte que Kazán o Astracán. Es más, impuso una especie de protectorado a Kazán en varias ocasiones antes

de 1552, además de ir hurtándole territorio mediante nuevos asentamientos fortificados. Hacia 1552 el kan de Kazán, Shahgali, era un títere de los rusos. Muchos «príncipes» tártaros se habían pasado ya a los rusos (y algunos se habían convertido al cristianismo), y ciertos elementos tribales decisivos, como los nogayos, estaban intrigando con Moscovia en favor de un nuevo kan. No está claro si en 1552 Iván el Terrible pretendía anexionarse Kazán, pero la resistencia de la ciudad y su conquista violenta garantizaron que así fuese. Fue gracias a la ayuda nogaya que se sometió y anexionó al vecino kanato de Astracán en una segunda campaña relámpago.

Pese a lo dramático de este imperialismo estepario, no hay razón para exagerar su importancia inmediata. No había ningún gran tesoro de riqueza mineral que financiara la construcción de una gran superestructura imperial, aunque es posible que los comerciantes de Moscú (y el Estado moscovita) se beneficiaran de un acceso más fácil al comercio con Irán y Asia central[98]. Las tierras del Volga quedaron abiertas a la colonización campesina rusa, pero más allá del corredor del río el control ruso era precario, y el Volga siguió siendo una violenta región fronteriza. Los tártaros siguieron haciendo incursiones desde Crimea, y en fecha tan tardía como 1592 la propia Moscú fue asaltada y sus suburbios fueron incendiados. Fue necesario un gran esfuerzo para construir las líneas fortificadas o *cherta* destinadas a detener a los asaltantes o dar la voz de alarma. Una de estas, la línea Belgorod, tenía una longitud de más de 800 kilómetros. A principios del siglo XVII los rusos se habían puesto de acuerdo con los calmucos, que habían llegado en gran número a la estepa al norte del Caspio[99]. Más al sur, en el Cáucaso, el nuevo Estado safávida mantenía a raya la influencia rusa[100]. La conquista del kanato de Crimea y el cierre final de la frontera esteparia del Volga (la llamada «puerta de los Urales» entre dicha cordillera y el mar Caspio) tuvieron que esperar hasta finales del siglo XVIII. En cualquier caso, los

esfuerzos de Moscovia por transformarse en un régimen dinástico capaz de absorber a los Estados rusos del norte, resistir a la unión de Polonia-Lituania e intimidar a los kanatos del Volga marcaron una fase decisiva en lo que acabaría siendo el surgimiento de Rusia como motor de la expansión europea en el norte de Eurasia. Hacia 1600, aunque ni mucho menos a salvo de los intentos polaco-lituanos de empujarla hacia el norte y el este, en dirección a los Urales, Moscovia había dado los pasos fundamentales para ingresar en el sistema de alianzas europeo (los ataques polacos de comienzos del siglo XVII fueron rechazados con ayuda sueca) y dotarse de las instituciones necesarias para sostener tres siglos de expansión imperial. Partiendo del legado del favor mongol y el apoyo de la Iglesia ortodoxa, los soberanos de Moscú lograron una doble revolución: convirtieron el antiguo sistema militar de huestes de los boyardos en un ejército de arcabuceros y artillería y centralizaron el control de la tenencia de tierras a través de la *pomestia,* en la que las posesiones nobles se tenían a cambio de la promesa de servicio militar o administrativo. Los boyardos habían sido libres de servir a quien quisieran, pero ahora se veían atados en una estructura rígida de lealtad y obligaciones, mientras que a otros hombres nuevos, los servidores del Estado, se les recompensó con tierras conquistadas y confiscadas. La segunda revolución fue consecuencia de la anterior. En una economía agrícola pobre, la carga de impuestos y servicios solo era soportable si la clase terrateniente tenía un control estrecho sobre unas comunidades campesinas hasta entonces móviles, libres y a menudo propensas a la rebelión[101]. La contrapartida al anclaje de la lealtad de los boyardos fue la atadura a la tierra de los campesinos por medio de la institución de la servidumbre, impuesta por una combinación despiadada de autoridad estatal, poder aristocrático e influencia de la Iglesia. Como vanguardia oriental de la expansión europea (y no un débil Estado-tapón entre Polonia y la estepa), Rusia se convirtió en la Esparta euroasiática, con un ejército superior a los 100.000 hombres al acabar el siglo[102].

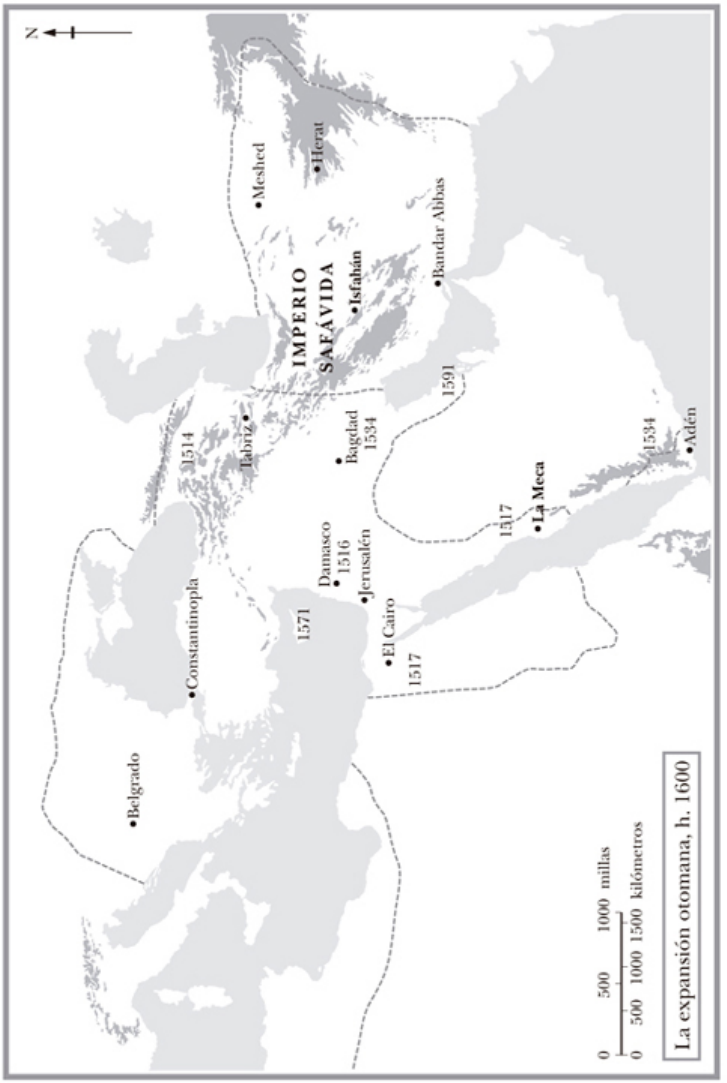
Amenazada, sin embargo, desde el oeste por Estados europeos más ricos, y hostigada desde el sur por la frontera aún abierta de la estepa, la transformación de Moscovia en Rusia, o en la Gran Rusia, fue dolorosa y traumática. Fue un curso marcado por el terrorismo interno (la *Oprichnina* de Iván el Terrible) y el Periodo Tumultuoso (la anarquía que precedió a la llegada de los Romanov al zarato en 1613). Moscú fue invadido por ejércitos polacos en 1605, y de nuevo en 1610[103]. En el continente americano, el coste humano del imperialismo marítimo europeo lo pagaron en abrumadora medida los indígenas amerindios y esclavos importados. La expansión terrestre en el Viejo Mundo topó con una resistencia y un entorno más duros. Aquí, pues, el precio de la eclosión occidental fue un régimen interior social y políticamente cada vez más opresor, cuyos efectos acabarían por hacerse sentir desde el mar Báltico hasta el Pacífico.

El contrapeso islámico

Es fácil pasar por alto, entre el ruido de la expansión marítima europea, la profunda transformación que estaba teniendo lugar al mismo tiempo en tierras islámicas. En el siglo XVI convergían dos tendencias poderosas que reforzaron el desafío islámico a la seguridad de Europa y equilibraron el avance occidental hacia el «Mundo Exterior» situado más allá de Eurasia. La primera fue la consolidación de unos Estados islámicos más fuertes y cohesionados. Las grandes invasiones nómadas procedentes del Asia interior remitieron a medida que la pólvora revolucionaba el arte de la guerra. La segunda fue el impulso expansionista que hizo penetrar profundamente el islam en el sudeste de Europa, el África subsahariana, el sur de la India y el Sudeste asiático. Si Occidente salió más rico y fuerte de su era

de los descubrimientos, igualmente hizo el mundo islámico de su era de la expansión.

La vanguardia occidental de esta expansión islámica estaba representada por el Imperio otomano. Con la toma de Constantinopla en 1453, la supremacía otomana en los Balcanes quedó coronada por la posesión de la gran capital imperial de dicha área, con su dominio del comercio marítimo del Egeo y el mar Negro. Constantinopla (para los turcos, *İstanbul)* siguió siendo la capital del Imperio otomano hasta su disolución final en 1922-1924. En las décadas posteriores a 1453, Mehmet II el Conquistador estableció la soberanía otomana directa en el extremo sur de Grecia (Morea, 1458), Serbia (1459), Bosnia (1463), Albania (1479) y Herzegovina (1483). Los sucesores de Mehmet lograron someter formalmente al vasallaje (1504) a Moldavia y Valaquia (que abarcan gran parte de la actual Rumanía), tomaron Belgrado en 1520 y, bajo Solimán el Magnífico, añadieron Hungría a sus protectorados del norte. Solo con el abortado asalto a Viena en 1529 alcanzaron los otomanos lo que con perspectiva puede considerarse como el límite de su avance aparentemente inexorable hacia el interior de Europa central. Para el diplomático de los Habsburgo Ghiselin de Busbecq, testigo presencial de la organización militar otomana, incluso en la década de 1560 las perspectivas eran muy poco halagüeñas. Encontrarse ocupados con Irán era lo único, pensaba, que retrasaba un asalto final de los otomanos. «¿Cabe alguna duda de cuál será el resultado?»[104].



En los ochenta años posteriores a 1450, los otomanos más que duplicaron su imperio en Europa, y sus conquistas en África y Asia no fueron menos asombrosas. Tras haber afianzado su control del sur de Anatolia, en 1516-1517 lanzaron una campaña relámpago que hizo añicos el imperio mameluco que gobernaba entonces Egipto, los santos lugares de Medina y La Meca y la mayor parte del Creciente Fértil desde su capital en El Cairo[105]. Tras expulsar a los safávidas de Irán del este de Anato-

lia, los otomanos estaban firmemente asentados en Bagdad para el año 1534, y en el golfo Pérsico a finales de la década de 1540. Con una base naval en Suez, ocuparon y dominaron Yemen. En la década de 1570 casi toda la costa norteafricana desde Libia a Marruecos estaba bajo su control o su vasallaje. Mientras España, en el extremo occidental del Mediterráneo, afianzaba su dominio en las Américas, los otomanos, frente a enemigos mucho más difíciles y a una escala mucho más ambiciosa, se habían adueñado de un vasto imperio tricontinental que reunía, en palabras que reflejan el pasmo de Busbecq, «el poder de todo el oriente»[106].

En no poca medida estos triunfos se explican por la capacidad de los otomanos para mantener un gran ejército regular[107], una infantería muy disciplinada (los jenízaros), un hábil despliegue del poderío naval[108] y una diplomacia implacable. Los otomanos tuvieron la suerte de enfrentarse a unos adversarios divididos en Europa, donde supieron beneficiarse hábilmente de las rivalidades dinásticas y del antagonismo entre ortodoxos y católicos. En Afroasia, sus dos rivales islámicos, los mamelucos egipcios y el Irán safávida, no se aliaron, y los temores de los mamelucos ante el poderío marítimo portugués fueron quizá un factor crítico en su indecisión estratégica. El imperialismo otomano, de todos modos, se basaba en algo más que el oportunismo militar y diplomático. Al oeste, hacia Europa, los sultanes otomanos podían explotar la tradición de la *ghazah* (lucha religiosa de conquista y conversión del infiel) para animar a sus seguidores. Parece más que probable que su objetivo fuera restaurar los límites del Imperio bizantino (que era tanto su modelo como su enemigo) en el apogeo de su poder. De hecho, la herencia bizantina imponía unas demandas propias. Como otros grandes imperialistas anteriores y posteriores, a los otomanos los movía la «lógica» del imperio. Era necesaria una política agresiva para intimidar a sus numerosos Estados clientes y colaboradores, evitar alianzas hostiles, imponer el control directo allí donde el indirecto dejase de funcionar, y

proteger zonas agrícolas y de comercio fundamentales con un dominio más firme de las rutas y fortalezas estratégicas. Los soberanos otomanos no fueron indiferentes a los objetivos del comercio: es muy posible que su expansión naval en el mar Rojo y el golfo Pérsico, así como su esfuerzo por afirmar su poderío marítimo en el Índico, tuvieran como objetivo beneficiarse de las redes del comercio tanto como las empresas marítimas de Portugal, España y luego Holanda[109].

Estos métodos y motivaciones pueden ayudar a explicar el patrón de la conquista otomana, pero no pueden dar cuenta de su éxito al implantar su dominio, ni de lo muy duradero que fue. El secreto interno del poder otomano fue una cuidadosa reconciliación de instituciones religiosas, legales y culturales islámicas, por un lado, con el absolutismo dinástico por otro, obra de la política cosmopolita de la élite dominante. La fe compartida y el reconocimiento de la *sharia* o ley islámica ayudaron a hacer aceptable la dominación otomana en el Creciente Fértil, Egipto y el norte de África, mientras que el papel del sultán como paladín del islam frente a la cristiandad infiel fue un gran reclamo para la lealtad de los musulmanes. En la Europa otomana, los musulmanes turcos y los conversos locales constituían el núcleo de la élite política y administrativa del que en último término dependía la autoridad otomana. Una alta cultura islámica compartida, defensora de unos valores uniformes, desempeñó un papel decisivo a la hora de vincular a las élites locales y regionales de un vasto imperio al centro. El genio de los otomanos residió en reforzar esta solidaridad islámica con varias innovaciones astutas. En Europa y Asia Menor, el sistema del *timar* ponía en manos de las élites locales los ingresos de las propiedades rurales, estando aquellas obligadas a prestar servicios militares o administrativos al Estado otomano a cambio. El sistema *millet* reconciliaba a las minorías religiosas cristianas y judías concediéndoles una forma de autonomía comunal administrada por líderes clericales o religiosos, nombrados, como el patriarca ortodoxo griego de Constantinopla, por el

sultán. El elemento más influyente de las poblaciones conquistadas quedaba así firmemente ligado al sistema imperial. Los otomanos hicieron de la aplicación inflexible de la ley y los impuestos regulares (en lugar de exacciones arbitrarias) rasgos definitorios de su gobierno, al menos en la fase inicial de su *pax ottomanica*[110]. Para muchos de sus súbditos cristianos en Europa, el dominio otomano ofrecía las mismas virtudes imperiales de orden y previsibilidad en cuyo nombre los británicos más tarde reclamarían la lealtad del campesinado indio. La capital imperial era una ciudad cosmopolita en la que los extranjeros podían contar con recibir un trato razonable[111].

La auténtica innovación del sistema otomano fue el *devshirme.* Hasta bien entrado el siglo XVII, los sultanes otomanos compensaron su dependencia de los servicios políticos y militares de la aristocracia turca reclutando un ejército esclavo de conversos al islam (quizá unos siete u ocho mil al año), separados durante la infancia de sus padres cristianos. La recluta *devshirme* borraba los lazos de patria y familia tan temidos por los soberanos premodernos, y suministraba los soldados a la fuerza de jenízaros (un ejército regular de 25.000 hombres) estacionada por todo el imperio, así como los funcionarios de los que salían los consejeros de mayor categoría del emperador[112]. Así se creó el núcleo de una clase dirigente «osmanlí» culta y superior, los *askeri,* cuya perspectiva era imperial y no local, étnica ni religiosa, y cuya lealtad era ante todo dinástica y no territorial. A ojos de Busbecq, la selección meritocrática de la élite otomana la hacía superior con mucho a sus homólogas europeas. Los sistemas otomanos parecían una síntesis magistral de religión y política en un imperio cuyo dinamismo asombró y horrorizó a sus contemporáneos europeos. «Por su parte», rezongaba Busbecq en 1560, «[…] sufrimiento del trabajo, unidad, orden, disciplina, frugalidad y vigilancia. Por la nuestra, miseria pública, lujo privado, fuerza mermada, espíritu quebrantado»[113].

Sin embargo, la década de 1560 se suele considerar como la culminación del poderío otomano y el reinado de Solimán (1520-1566), como el preludio de una rápida decadencia en la que el Imperio otomano se hundió en el «atraso». Muchos relatos al uso presentan una especie de drama moral, en el que la «decadencia» otomana contrasta con el carácter agresivo y emprendedor de la Europa de la primera Edad Moderna, y se atribuye a un liderazgo débil la creciente corrupción, los defectos institucionales de la monarquía otomana, las revueltas internas, la erosión de la autoridad central, la falta de innovaciones técnicas y comerciales y el no haber adoptado políticas estatales de creación de riqueza[114]. Para tratar esto como es debido debemos esperar a un capítulo posterior, pero el diagnóstico de decadencia es, en el mejor de los casos, prematuro. Desde luego es cierto que a mediados del siglo XVI el sistema otomano había empezado a cambiar. La expansión por Europa se había detenido, y la caballería feudal (los *sipahi* o cipayos) fue sustituida por un ejército dotado de armas de fuego. El poderío militar otomano se basaba cada vez menos en el sistema *timar* y más en las rentas de recaudadores privados de impuestos, cuyo control de las provincias había crecido a expensas del centro. Es posible que el declive del *devshirme* en el siglo XVII, quizá por efecto de la presión de la élite turca, y el enroque de los jenízaros como casta hereditaria (exactamente lo contrario de lo que se suponía que debían ser) también debilitaran el absolutismo forjado en el siglo XV. Las revueltas religiosas y sociales en Anatolia al final del siglo XVI fueron quizá sintomáticas de un «periodo tumultuoso» otomano no muy distinto del que acompañó a la frenética expansión rusa más o menos durante la misma época. Con todo, no se debe exagerar el efecto de estos cambios, y quizá sea más prudente verlos como indicios de adaptación a una nueva estabilidad territorial, formas más sofisticadas (y costosas) de gobierno en las provincias y un patrón de crecimiento económico que beneficiaba a la clase de los notables provinciales[115]. La supuesta «decadencia» de la autoridad central po-

dría ser un espejismo[116]. Como la mayoría de los Estados premodernos, el Imperio otomano carecía de medios para imponer una administración cercana a sus súbditos, y atravesó fases alternas de centralización y devolución. El auténtico logro en el siglo XVI fue poner las bases de una mancomunidad descentralizada pero sorprendentemente cohesionada, que se extendía desde el Magreb hasta el golfo Pérsico, y desde la frontera con los dominios de los Habsburgo hasta los de los safávidas. El verdadero legado de Solimán el Magnífico y sus predecesores no fue un Estado absolutista, sino una red de comunidades islámicas gobernadas por élites «otomanizadas» que disfrutaban de autonomía regional mientras permanecían leales y dependientes de la autoridad, prestigio y legitimidad que tenían su sede en la capital imperial, Constantinopla. Menos temible a ojos europeos que el despotismo agresivo de los sultanes anteriores, esta mancomunidad otomana resultó extraordinariamente duradera, y su supervivencia prácticamente no se cuestionó antes de mediados del siglo XVIII.

Si los otomanos no lograron una victoria militar decisiva sobre los Estados cristianos en el sudeste de Europa y el Mediterráneo, se debió, al menos en parte, a que sus recursos estaban comprometidos por la guerra de cien años contra el Irán safávida en el este, en una versión islámica de las «guerras de religión» que padeció gran parte de Europa durante la primera Edad Moderna[117]. Desde el punto de vista otomano, esta lucha era mucho más decisiva para la estabilidad de su imperio que la expansión territorial en Hungría o Croacia. Las fronteras fluidas del este de Anatolia y Azerbaiyán constituían el puente entre las tribus túrquicas que estaban en el seno del Estado otomano y las que dominaban gran parte de la meseta iraní. El dominio otomano de Asia Menor y su supremacía en gran parte del Creciente Fértil dependían de las lealtades tribales de esta región volátil, y no es de extrañar que los sultanes otomanos reaccionaran de forma tan feroz ante el ascenso del

poder safávida en la zona sobre la que giraban todo el poder y la cultura túrquicas[118].

Ismail I, el fundador del Imperio safávida, era hijo del líder de una orden chií militante con centro en Ardabil. A sus miembros se los conocía como los *qizilbash,* o «cabezas rojas», por su tocado característico. El rasgo fundamental del sistema safávida era la formación de una confederación tribal unida por la obediencia común a un liderazgo religioso chií, forma dominante del islam en la meseta iraní[119]. La hostilidad chií hacia la mayoría suní («ortodoxa») tuvo su origen en la disputada sucesión de Mahoma durante los primeros años del califato islámico, y gran parte de las emociones desatadas guardan relación con el martirio de Hussein, el gran líder chií derrotado y muerto por fuerzas suníes, conmemorado cada año durante el Muharram. El islam chií tenía tradiciones escolásticas y teológicas propias, sus propias ciudades santas y centros de peregrinaje en Nayaf y Kerbala (en el actual Irak), así como un fuerte regusto milenarista, como consecuencia de su creencia en el «imán oculto» (a quien podían dirigirse las oraciones) y la esperanza en el triunfo final sobre un mundo suní injusto. Quizá como resultado, históricamente el islam chií se había mostrado mucho menos deferente con la autoridad de los soberanos seculares que el suní, y miraba más a los mulás o maestros religiosos[120]. El talento de Ismail residió en sobrealimentar una coalición tribal (la forma habitual de construir Estados en el oeste de Irán desde la muerte de Tamerlán) con la devoción a su persona y sucesores como líderes dinásticos de una fraternidad religiosa lanzada a una guerra santa[121]. Armado con esta potente fórmula, tuvo un éxito asombroso. En 1501 se adueñó de Tabriz, la mayor ciudad del noroeste de Irán. En 1510 sus ejércitos habían conquistado Azerbaiyán, Gilán y Mazandarán en la costa del Caspio, así como Hamadán, Isfahán, Yazd, Kermán, Fars y gran parte de lo que hoy es Irak, además de partes de Anatolia situadas tan al oeste como Diyarbakir (en el interior de la actual Turquía). Aquel año derrotó también a los uz-

bekos en Merv, Jorasán, y puso los cimientos para la integración del actual Afganistán, con su cultura irania, en el Imperio safávida. Cuatro años después, sin embargo, en la batalla de Chaldiran, al este de Anatolia, Ismail fue derrotado de forma contundente por el ejército otomano, dotado de una potencia de fuego superior. Si bien los safávidas no dejaron de disputar el predominio a los otomanos en el este de Anatolia, el Cáucaso e Irak durante un siglo más (fueron dueños de Bagdad entre 1508 y 1534, y de nuevo entre 1623 y 1638), la derrota en Chaldiran iba a resultar decisiva para alejar el centro del poder safávida desde Anatolia hacia la meseta iraní. En 1530, la capital fue trasladada desde la vulnerable Tabriz a Kasvin, asentándose luego en Isfahán en 1598.

Para entonces la base de poder original de los safávidas se había alterado considerablemente. Bajo Ismail y su hijo Tahmasp, los servicios de las tribus turcomanas habían aportado la fuerza militar, y los jefes tribales turcomanos —los amires— la élite militar y administrativa a través de la cual se había gobernado el creciente imperio. El reparto de las tierras conquistadas había sido el medio para conservar la lealtad tribal a la familia de los soberanos. El precio había sido la lucha de facciones, y a veces el conflicto abierto, entre las tribus cuya forma de vida nómada era incompatible con una administración territorial estable. Sin embargo, la subida al trono de Abbas I, el quinto sah safávida, en 1587, marcó el inicio de una revolución política. Abbas se liberó de la peligrosa dependencia del apoyo tribal túrquico por medio de un mecanismo muy similar al *devshirme* otomano. En las comunidades cristianas georgianas y transcaucásicas reclutó un ejército y una burocracia de *ghulams* o *gholamani,* conversos esclavos cuya lealtad a su persona se demostró incondicional[122]. Al final de su reinado, en 1639, más de la mitad de las provincias safávidas estaban regidas por *ghulams.* Abbas fundó también un ejército real de mosqueteros (iraníes, no túrquicos) y caballería y artillería *ghulam,* pagado con los ingresos procedentes de un número creciente de provincias «jas-

sa», administradas directamente[123]. Este régimen supuso la disolución deliberada del antiguo carácter túrquico del safavismo y apoyarse cada vez más en pueblos iranios y esclavos extranjeros que adoptaban una cultura persa, no túrquica. La elección de Isfahán como capital imperial, el espléndido programa arquitectónico que transformó la ciudad, el mecenazgo real de lo ornamental y el desarrollo de una escuela filosófica distintiva de Isfahán marcaron la aparición de una nueva alta cultura persa que se granjeó el respeto y la admiración (además de influir en el pensamiento y el lenguaje) de las élites étnicamente diversas de un imperio que en su apogeo iba desde Tabriz a Kandahar (conquistado por Abbas en 1622).

La unión safávida de gran parte del «gran Irán», junto con la paz y el orden (relativos), favoreció un auge del comercio promovido vigorosamente por la casa reinante. Los safávidas emplearon sus crecientes ingresos para mejorar las rutas comerciales y en la construcción de caravasares. Bajo Abbas, el principal artículo de exportación de Irán, la seda en bruto, era un monopolio real (con mercaderes armenios como agentes)[124], e Isfahán y su ciudad gemela Nueva Julfa se convirtieron en un gran centro comercial que albergaba a una comunidad de mercaderes indios de unas veinte mil personas hacia el final del siglo XVII[125]. Cuando el inglés John Fryer viajó allí por negocios en 1677 (recorrió las calles vestido con ropa persa para evitar llamar la atención), encontró un mercado de telas mayor que el famoso Blackwell Hall londinense y cuatro iglesias católicas. En 1598 el sah había permitido construir una iglesia a unos monjes agustinos, e incluso costeó la decoración[126]. Abbas demostró tener el poder suficiente para destruir la fortaleza portuguesa de Ormuz en 1622, en beneficio de su propio emporio de Bandar Abbas. En último término, como veremos, el proyecto safávida de un gran imperio agrario, dotado de un comercio floreciente bajo control real y una alta cultura unificadora, quedaría frustrado por el fracaso a la hora de subyugar por completo a los elementos tribales túrquicos, lo que quizá

reflejara el equilibrio desfavorable entre la agricultura sedentaria y el pastoreo nómada en la meseta iraní[127]. Aun así, con la imposición del islam chií, institucionalizado como religión de Estado[128], y con la restauración del persa como idioma de la administración y de la alta cultura, los safávidas infundieron un nivel muy considerable de unidad cultural a sus diversos y alejados dominios. La medida en que identificaron su gobierno con la uniformidad religiosa y la religiosidad popular contrasta llamativamente con el modelo otomano, y podría contribuir a explicar por qué el legado territorial de los safávidas acabó siendo algo más espléndido que el de sus antiguos rivales, los otomanos.

Tanto el Imperio otomano como el Irán safávida fueron Estados sucesores del breve imperio mundial erigido por Tamerlán entre 1380 y su muerte en 1405. El *raj* timúrida se había venido abajo en el siglo XV, pero su antiguo centro imperial en Turan (Transoxiana o Turquestán occidental) siguió siendo la gran encrucijada cultural del mundo islámico. Turan era aún la plataforma de lanzamiento para los aspirantes a construir imperios al oeste y al sur, hacia la meseta iraní y Oriente Próximo, o hacia las llanuras del norte de la India. Su élite turco-mongola, dotada de una prestigiosa alta cultura, una concepción grandiosa de la monarquía y el dominio de una red comercial y diplomática, era una clase dominante en busca de imperio.

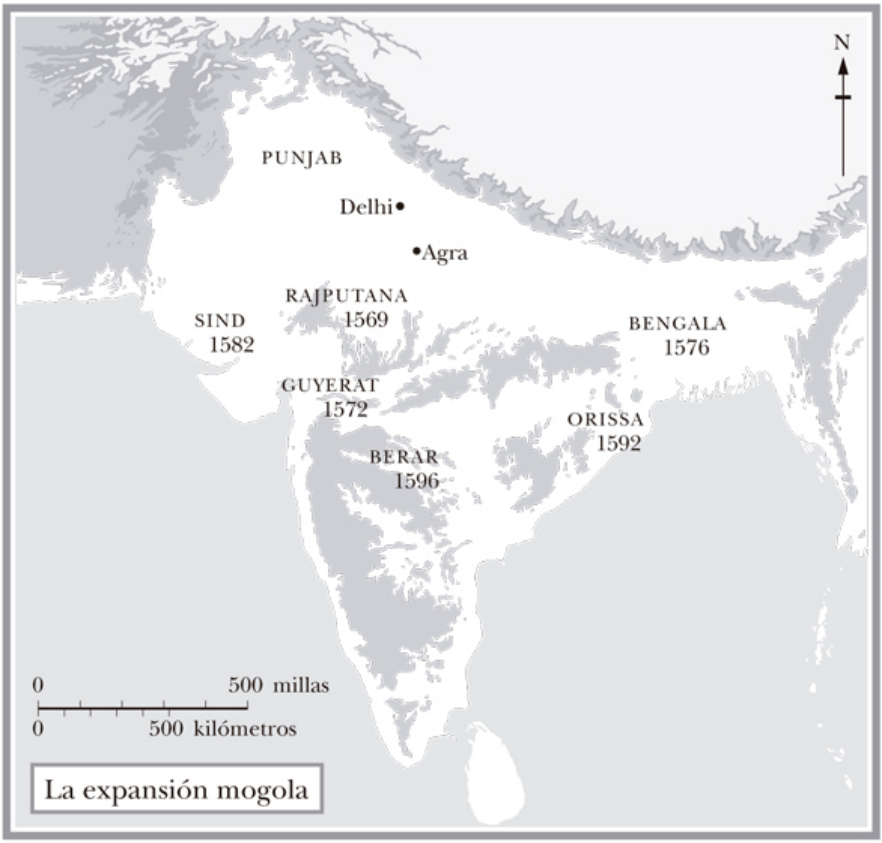
Hacia 1500, sin embargo, quizá porque los marchitos restos del imperio timúrida no podían ya defender los oasis turanios de los ataques de los nómadas-guerreros de la estepa, el poder timúrida había sido destruido en su hogar turanio original por los uzbekos. Entre los príncipes timúridas derrotados y expulsados de Samarcanda se encontraba Babur, que se refugió en Kabul[129]. El instinto timúrida seguía siendo fuerte, sin embargo. En 1519, con un ejército de unos mil quinientos hom-

bres, descendió como un Pizarro asiático sobre las llanuras del norte de la India para hacerse con un nuevo reino timúrida. Entró en el Indostán no como un bárbaro depredador de las estepas centroasiáticas, sino como un representante de la sociedad más avanzada y culta del mundo islámico. En la batalla de Panipat, Babur derrotó a la dinastía musulmana reinante, los Lodi del sultanato de Delhi, y se convirtió en dueño y señor del norte de la India. Entre los factores que explican su triunfo están el valor personal, la habilidad militar y la destreza técnica del modo centroasiático de hacer la guerra, basada en la movilidad táctica[130], pero el éxito de su régimen de conquista se benefició también del prestigio timúrida y el control de las rutas comerciales entre el norte de la India y Asia central, por las que pasaban quizá la mitad de las exportaciones más valiosas del subcontinente[131]. El propio Babur, aunque encantado con la perspectiva de las riquezas a obtener en el Indostán, contemplaba su falta de comodidades civilizadas desde la perspectiva de un desdén imperial por el atraso colonial. Al llegar a Agra le indignó el estado de los terrenos en los que quería crear un *chahar-bagh* (un jardín de estilo persa, con flores y agua corriente) como era debido. Pero los trabajos comenzaron: «Entonces en esa India sin orden ni encanto, las parcelas de jardín […] se dispusieron con orden y simetría […] y en cada arriate, rosas y narcisos en una disposición perfecta»[132]. Parece más que probable que la verdadera intención de Babur fuera utilizar los recursos del norte de la India para restaurar el dominio timúrida en Samarcanda, la capital de Tamerlán. Su prematura muerte (y es significativo que fuera enterrado en Kabul por orden suya) y la política de su hijo Humayun garantizaron que la empresa timúrida se centrara en el gobierno del norte de la India.

El ámbito indio septentrional en el que iban a reinar los sucesores de Babur lo venían dominando desde el siglo XI élites guerreras musulmanas de origen túrquico o afgano. En 1500, los grandes Estados que habían fundado mediante la conquista

se repartían gran parte del subcontinente indio: los sultanatos de Delhi, Bengala, Guyarat, Decán (escindido en cinco Estados sucesores en 1500), Jandesh, Multán y Cachemira. Solo en Mewa (Estado rajput del norte de la India) y en Vijayangara (en el extremo sur) resistieron los Estados hindúes la avalancha. Las élites coloniales musulmanas, los *ashraf,* miraban por salvaguardar su solidaridad de grupo, y mantuvieron a un *establishment* intelectual de teólogos, predicadores y jueces como forma de preservar su cultura ante el riesgo de asimilación por parte del entorno hindú[133]. Para afirmar la permanencia de su dominio, construyeron mezquitas, escuelas, santuarios y monumentos enfáticos, como el impresionante minarete de Chhota Pandua en Bengala[134]. En los sultanatos su poder se basaba en un sistema semifeudal de concesión de tierras a cambio de servicios militares, y dependía en último término de los excedentes agrarios de agricultores hindúes, sobre todo del gran «creciente fértil» de la llanura Indo-Gangética del norte.

La espectacular invasión de Babur había sido un falso comienzo. Los soberanos de Delhi huidos al este de la India revivieron bajo Sher Sah, quien expulsó a Humayun de la India en 1539-1540. Sus sucesores, sin embargo, no lograron construir un imperio cohesionado en el norte de la India, y en 1555 los timúridas volvieron a Delhi. Fue el reinado de Akbar (1555-1605), nieto de Babur, el que vería la fundación efectiva del Imperio mongol de los timúridas. Akbar emprendió una serie de conquistas territoriales que, a comienzos del siglo XVII, pusieron bajo su dominio casi todo el subcontinente, salvo el extremo sur. Aquel no fue un despotismo transitorio, ni el imperio de un filibustero destinado a desintegrarse tan rápido como había sido creado; Akbar se sirvió de las tradiciones timúridas para crear un sistema imperial más grandioso y duradero del que habían sido capaces de crear los anteriores soberanos musulmanes de la India.



La expansión mogola

En el núcleo del imperio de Akbar se encontraba una gran aristocracia de servicios, los *mansabdar* o detentadores de un rango militar (la mayoría de origen centroasiático o iraní)[135] de los que se nutrían los *amires,* la élite administrativa y militar. A estos hombres se los recompensaba (y se garantizaba su lealtad) con ingresos generosos procedentes de la tierra. Lo ingenioso del sistema de Akbar residía en la distinción cuidadosa entre rentas de la tierra vinculadas a un *jagir* (tierras en manos de la élite en tanto *jagirdars)* y el ejercicio de la autoridad administrativa o judicial sobre su población. En cualquier localidad el *jagirdar* ejercía su derecho sobre las rentas, pero no tenía el control político, que estaba reservado al representante oficial del *padsha,* o emperador[136]. El centro imperial impedía así el surgimiento de un sistema feudal descentralizado. Al instigar

una regla nueva y omnipresente de control regular de las rentas, se garantizó que el Estado recibiera la parte del león de lo que recaudaban los *jagirdars.* Aunque en ocasiones se vieran obligados por conveniencia política a hacer concesiones a terratenientes locales cuyo poder estaba demasiado afianzado para acabar con ellos fácilmente, los ministros de Akbar lograron aplicar su sistema impositivo (recaudando en efectivo quizá la mitad del valor de la producción agrícola)[137] con una uniformidad extraordinaria en todo el territorio[138].

Este gran caudal de ingresos fue la verdadera base del poder imperial mongol. Sufragaba el ejército, y también un programa cultural inspirado en la práctica de la Samarcanda timúrida. En la tradición turco-irania, seguida por Tamerlán, Akbar se presentaba a sí mismo no como rey guerrero musulmán, sino como el monarca absoluto de diversas poblaciones súbditas[139]. Según su genealogía oficial, descendía tanto de Tamerlán como de Gengis Kan[140], cuyo legado como «conquistadores del mundo» le correspondía con toda naturalidad. El ritual cortesano mongol, sobre todo la aparición diaria *(dárshan)* de Akbar sobre una plataforma elevada *(jaroka),* hacía hincapié en la autoridad suprema del *padsha* incluso sobre los más grandes y opulentos de sus súbditos. La corte era el centro de un espléndido mecenazgo literario y fomentó el estudio de las «ciencias racionales» musulmanas y la poesía, el medio literario por excelencia del mundo islámico. Ahora bien, los modelos del arte y la literatura de la corte mogola eran persas y centroasiáticos. El persa era la lengua de la vida intelectual, además de la de la administración. La vida y los paisajes de Irán, y no los de la India, inspiraban a los poetas mogoles, que evocaban un mundo alejado de «la influencia contaminante de los pueblos sometidos»[141]. Como Tamerlán, también Akbar emprendió un gran programa de construcciones, del que el producto más asombroso fue la capital imperial de Fatehpur Sikri, de breve vida. El régimen de Akbar fue cosmopolita y ecléctico, un homenaje a la influencia de Asia central como gran cruce de caminos cultu-

ral. Incluso es posible que su fracasado intento de imponer un gobierno más centralizado en las décadas de 1570 y 1580 (que desencadenó la gran revuelta de 1580-1582) tuviera como inspiración remota el sistema chino de burocracia meritocrática, refractado a través de la Samarcanda timúrida[142]. Akbar tuvo el acierto de rechazar la distinción clásica entre la comunidad de los fieles (la *umma)* y los no creyentes. Abolió la *yizia* (impuesto per cápita sobre los no musulmanes) en 1579, y flirteó con la propagación de una nueva síntesis religiosa del islam y el hinduismo.

La riqueza y el esplendor del reinado de Akbar reflejaban la escala y la productividad de la economía mogola. Con una población de entre 60 y 100 millones de personas, y un «creciente fértil» de ricas tierras aluviales, los mogoles estaban al frente de una economía mayor y más saneada que la de los otomanos o los safávidas[143]. La India mogola era una potencia comercial que exportaba grandes cantidades de alimentos, textiles de algodón, tabaco, azúcar y añil, sobre todo a sus vecinos otomanos, iraníes y uzbekos. Los comerciantes indios mantenían una red extensa que incluía Bujará, Isfahán e incluso Astracán, en la Rusia moscovita. Las manufacturas artesanas estaban muy difundidas en el medio rural, y algunas estimaciones indican que a principios de la Edad Moderna la capacidad productiva india superaba ampliamente la de Europa. Los mogoles estimularon el comercio interior y exterior. Su eficaz sistema de recaudación de impuestos creaba un amplio excedente para que la clase privilegiada y receptora de tributos, los *mansabdars* y *jagirdars,* así como sus nutridos séquitos, derrochasen en bienes de lujo y manufacturados. El comercio entre regiones se volvió más barato y fácil debido a la paz reinante y a la comodidad y seguridad de los viajes interiores, comentados por visitantes europeos[144]. Los soberanos mogoles habían traído consigo la tradición centroasiática de proteger y promover el comercio (los soberanos de Asia central eran los guardianes de la ruta de la seda). Construyeron fortalezas y caravasares, fundaron nuevas

ciudades y ampliaron los antiguos centros del comercio. Es cierto, por supuesto, que en determinados aspectos la India mogola presentaba características «atrasadas» o «coloniales» en comparación con el núcleo turco-iraní del mundo islámico y las civilizaciones rivales de China y Occidente. Era tecnológicamente menos avanzada; la enorme destreza de los artesanos indios compensaba la escasez de herramientas. Aunque el Estado era activo, había pocos indicios de que la élite privilegiada recaudadora de ingresos dedicara su riqueza a incrementar la producción agrícola o a mejorar la productividad en empresas de otra clase[145]. Pudieron verse desanimados por un entorno difícil e inestable[146]. Al morir Akbar, sin embargo, había pocos motivos para creer que los cimientos económicos del poderío mogol tendrían dificultad alguna en sostener a un gran Estado imperial y la cultura islámica que representaba.

El largo siglo XVI en Asia oriental

El largo siglo XVI también fue un periodo de excepcional dinamismo en Asia oriental, la vasta región conformada por China, Japón, Corea y la estepa interior asiática. Durante la primera etapa del gobierno Ming en China, entre 1368 (inicio de la dinastía) y la década de 1430, se reafirmó enérgicamente la tradición política y cultural china tras el largo interludio de la dominación extranjera bajo los mongoles Yuan. Los primeros emperadores Ming revigorizaron el Estado burocrático y el sistema de exámenes en el que se basaba, apartaron a los ministros del régimen anterior y crearon un absolutismo personal. Proclamaron su apego a la ortodoxia confuciana y promovieron la recopilación y edición de los textos de Confucio. En 1420 se restableció a Pekín como capital imperial, una vez completada la obra del Gran Canal, que garantizaba suministros regulares de grano procedentes de la gran zona productora del valle del

Yangtsé[147]. En todos estos aspectos los Ming fueron los verdaderos fundadores del sistema de gobierno que en China se prolongó hasta la revolución de 1911, y su reafirmación de la supremacía cultural confuciana duró prácticamente lo mismo.

El gobierno de los Ming representó una reacción vehemente contra lo que sus partidarios originales consideraban la corrupción, opresión y los impuestos excesivos de los mongoles Yuan[148]. Por deferencia a las creencias confucianas, los emperadores Ming defendieron una ideología agraria en la que la tierra era la verdadera fuente de riqueza, y la riqueza estaba ligada a obligaciones sociales en sentido tanto ascendente como descendente. El orden social y la cohesión cultural, las condiciones fundamentales de la estabilidad imperial, estaban imbricados en el sistema de producción agrario de cuyos pagos en especie e impuestos sobre la tierra dependía la autoridad dinástica. El temor a los desórdenes que habían contribuido a deponer a los Yuan y un interés vigilante por la paz en el campo hicieron a los Ming reacios a los impuestos elevados, pese a las onerosas exigencias de la defensa de la frontera. A la altura del siglo XVI estaban al frente de una burocracia carente de personal, mal pagada e inadecuada[149]. Una base de contribuyentes demasiado reducida y la negativa a permitir comerciar a las instituciones gubernamentales acabaron engendrando una crisis fiscal. A finales del siglo XVI, el intento de costear la defensa mediante un ejército que se financiaba a sí mismo a través de tierras de cultivo propias también se había venido abajo por completo[150]. Para entonces, también los conflictos en el campo, relativamente escasos durante gran parte de la época Ming, empezaban a aumentar rápidamente.

La diplomacia de los Ming estuvo encaminada a garantizar las condiciones externas de la estabilidad interna. Desde ese punto de vista, las famosas travesías del almirante Cheng-ho por el océano Índico auspiciadas por el emperador Yung-lo eran una aberración, motivada quizá por el miedo a ser atacado

por Tamerlán y sus sucesores. Yung-lo, el «segundo fundador», que reinó entre 1403 y 1424, fue un monarca excepcionalmente decidido y agresivo. Su imperialismo marítimo, el prolongado intento de incorporar Vietnam a su imperio y su empuje militar frente a los nómadas del interior de Asia podrían haber formado parte de una estrategia no consumada para establecer la primacía china en toda Asia oriental[151]. El esfuerzo fue excesivo, sin embargo, y sus sucesores adoptaron una alternativa drástica: la aventura marítima se abandonó rápidamente; los viajes y el comercio privados en ultramar se prohibieron, y para proteger el norte de China de invasiones procedentes de la estepa o del contacto indeseable con sus nómadas, prefirieron recurrir no a las expediciones militares, sino a la Gran Muralla. Construida para ampliar y reforzar fortificaciones fronterizas anteriores, la mayor parte de la Gran Muralla se edificó después de 1470, y se completó en los siglos siguientes. Seguía en construcción cuando cayó la dinastía Ming, en 1644[152].

Los soberanos Ming posteriores optaron por mantener la posición de China en Asia oriental haciendo hincapié en su unidad cultural y rechazando las relaciones comerciales con el extranjero. Eso presuponía retirarse de forma deliberada de la política del Asia interior, en la que los Yuan habían ejercido una clara influencia, y también exigió un resuelto esfuerzo por forzar al comercio (tanto marítimo como del interior de Asia) a encajar en el marco rígido de los tributos oficiales. A principios del siglo XVI esto se había vuelto insostenible. La demanda de textiles y grano chinos de los nómadas de las estepas superaba a la oferta a través de los canales comerciales oficiales, y las guerras fronterizas se intensificaron[153]. A los vecinos nómadas de China, el saqueo y el pillaje les proporcionaban los bienes que los chinos rehusaban —o tenían prohibido—venderles. A lo largo de las costas, la misma política restrictiva alimentó un aumento explosivo del contrabando y la piratería, a la vez que China sentía los primeros efectos de la intrusión comercial eu-

ropea y, mucho más importante, de la transformación política y económica de Japón.

Desde finales del siglo XII, Japón había sido gobernado por medio de un compromiso en el que la autoridad legítima residía en el emperador, pero el poder efectivo estaba en manos del sogún, reconocido formalmente como virrey o regente por la corte imperial. Esta figura era (o procuraba ser) un dictador militar hereditario, y solía proceder de entre las filas de los generales del emperador. En cualquier caso, la verdadera base del poder de un sogún residía en su coalición de aliados entre los señores feudales y sus *bushi* o samuráis, la clase guerrera. Bajo los sogunes Ashikaga, sin embargo, el «sistema» se vino abajo entre una «anarquía feudal» de señoríos en guerra que duró desde la década de 1460 hasta mediados del siglo XVI. Aproximadamente al mismo tiempo, el Japón del siglo XV vivió una fase de acusada expansión comercial. Se cosecharon cultivos nuevos y se exportaron nuevos productos, entre ellos cobre, azufre y espadas. Los controles de los Ming sobre el comercio suponían que Japón accediera a su principal mercado, sobre todo a través de una red de contrabandistas y piratas. El colapso de los sogunes, también contrarios al comercio no oficial, y el ascenso de los *daimyo,* señores locales de los dominios, muchos de ellos directamente interesados en el comercio, favorecieron una explosión de la empresa marítima japonesa. En la década de 1550, comerciantes, filibusteros y piratas *wako* operaban en lugares tan lejanos como Tailandia, Birmania y la India. La producción de plata japonesa convirtió al país en un «México asiático», y en un socio comercial fundamental para los portugueses y españoles presentes en el Pacífico[154]. En 1567 el emperador Ming abandonó la lucha contra el comercio ilegal y abrió los puertos chinos, pero no a Japón[155]. Cantón abrió a los comerciantes extranjeros en 1578. Japón permitió el acceso a los comerciantes portugueses, que se establecieron en Nagasaki en 1571.

Estos acontecimientos en Asia oriental coincidieron con una fase extraordinaria de la empresa misionera cristiana, con centro en Goa, sede del Estado da Índia portugués. El derecho portugués al monopolio europeo de la exploración y el comercio en Asia había sido sancionado por el papa como parte de la tarea de propagar la fe entre los paganos. Goa era la puerta por la que entraron en Asia docenas de misioneros. San Francisco Javier, cofundador de los jesuitas, arribó a sus costas en 1542, descalzo y harapiento. Murió una década después en la costa del sur de China. Su cuerpo fue llevado de vuelta a Goa, enterrado y mostrado una vez al año, milagrosamente preservado de la descomposición. Su santo renombre fue tal que el papa insistió en que enviaran a Roma un brazo al menos. Otros jesuitas fueron a la corte mongola, y uno de ellos, Roberto de Nobili, pasó años en el sur de la India en el vano empeño de reconciliar el hinduismo y el catolicismo a satisfacción de los brahmanes. El más extraordinario de los jesuitas, sin embargo, quizá fuera Matteo Ricci, que llegó a China durante la década de 1580 y, tras años de paciente diplomacia, recibió permiso para ir a Pekín en 1601. Una vez allí, su cultura, adaptada astutamente al estilo y la apariencia de un erudito confuciano, le dio acceso a la corte. Ricci fue capaz de dibujar el primer mapa en China que representaba a las Américas. Sus conocimientos de cartografía, medicina y astronomía se convirtieron en referencia para las misiones jesuitas y en su principal fuente de prestigio. El verdadero objetivo de Ricci (persuadir a los intelectuales confucianos de que su concepto del cielo era igual en realidad a la idea de Dios que tenía el propio Ricci) resultó mucho más esquivo, pero mucho tiempo después de su muerte siguió siendo la fuente de conocimiento europea más fiable sobre los asuntos chinos, hasta que los comerciantes europeos llegaron en gran número al sur de China, a partir de 1750 aproximadamente.

A los Ming, en cualquier caso, ni las concesiones comerciales ni el intento de apaciguar la hostilidad nómada en la frontera

les trajeron más que un respiro temporal. En Japón, en los años posteriores a 1570 tuvo lugar una lucha dramática por la reunificación en la que primero Nobunaga y luego Hideyoshi impusieron una supremacía personal despiadada sobre los *daimyo* en guerra, ayudados por la nueva tecnología de la pólvora con sus mosquetes y cañones. Hideyoshi estaba decidido a hacerse con el control de la ruta comercial de Japón con China, a lo largo de la costa coreana. Frustrado por la tardanza de los Ming, formuló un plan asombroso para conquistar primero Corea y luego la propia China. En 1592 invadió Corea con un ejército inmenso de 200.000 hombres. Cuando intervinieron los chinos, negoció para obtener un determinado poder en Corea y la libertad de comerciar con China. Cuando China se negó, invadió de nuevo en 1597, pero su muerte inesperada y repentina dio al traste con la operación. La ambición de Hideyoshi superaba su poder militar, y a los Ming no se los podía quitar de en medio tan fácilmente, pero la verdadera víctima de las guerras coreanas fue la economía Ming, y todo su sistema.

Los Ming habían ahuyentado la amenaza japonesa, pero seguían sometidos a la continua presión de los nómadas mongoles a lo largo de la Gran Muralla. Su enemigo más peligroso estaba reforzando el imperio fronterizo que los abrumó por completo después de 1620. Durante la década de 1590, Nurhaci, un comandante en jefe al estilo de Gengis Kan, había reunido un cuerpo político en Manchuria que combinaba elementos tribales de los bosques y estepas con comunidades agrarias sedentarias del área fronteriza al nordeste de Pekín. Mientras el poder Ming mermaba entre crisis fiscales y desórdenes internos crecientes, Nurhaci afianzó su control sobre mongoles y chinos fronterizos, para los que su autoridad era más real que la de su soberano nominal. En 1601, por medio del «sistema de banderas», logró reunir un ejército permanente en el que la importancia concedida a la identidad étnica manchú se combinaba con la división en «compañías» militares en calidad de unidades sociales y administrativas fundamentales. En 1615 envió

su última legación tributaria a Pekín. Tres años después hizo público un manifiesto denunciando a los Ming y proclamando su intención de derrocar a la dinastía. En 1636, tanto por conquista militar como por ganarse a chinos poderosos, los sucesores de Nurhaci hicieron realidad esa ambición, aunque el inicio de su dinastía Manchú o Ching (Qing en la versión pinyin) se retrasara hasta la caída de Pekín y convencionalmente se feche en 1644.

¿Qué significaron este cambio en el «mandato del cielo» y la reunificación de Japón a partir de 1590? En ambos casos se puso fin al experimento de «apertura» ensayado en Asia oriental después de 1550. En los años posteriores del siglo, la combinación de expansión comercial y marítima japonesa, la apertura de China y un modesto comercio europeo habían estimulado el movimiento de personas, bienes e ideas[156]. Los chinos y los japoneses penetraron en el Sudeste asiático, y los europeos llegaron a Japón y a China. En China, los nuevos mercados de ultramar para la porcelana y la seda estimularon el crecimiento urbano. El influjo de plata japonesa y americana monetizó la economía y su sistema tributario, un logro importante en un país carente de metales preciosos[157]. Japón, con su gran población de quizá doce millones (cerca del doble de la de la España peninsular contemporánea), su sector marítimo y su reserva de plata, pudo haber sido el agente decisivo de la apertura china. Fue en los puertos del sudoeste de Japón donde el cristianismo encontró un asidero al llegar los jesuitas después de 1580. Los jesuitas explotaron hábilmente el atractivo del cristianismo como aglutinante social en tiempos revueltos[158], pero la supremacía de Hideyoshi, seguida por la represión sistemática de la autonomía de los *daimyo* a manos de Ieyasu (1524-1616), el primer sogún Tokugawa, pusieron fin gradualmente al «siglo cristiano» de Japón y a la breve era de apertura del comercio ultramarino. Se culpó a la religión cristiana de la resistencia de los *daimyo,* sobre todo en Kyushu (donde hubo una gran rebelión en 1638-1639). Mataron a un gran número

de cristianos, y el cristianismo fue prohibido en 1640. Ieyasu había tratado de controlar el comercio extranjero, pero sus sucesores prefirieron excluir a los europeos por completo: los españoles fueron expulsados en 1624. Los comerciantes ingleses ya se habían marchado, y los portugueses fueron confinados a la isla de Deshima en la bahía de Nagasaki, y después, obligados a marcharse en 1639. Se prohibió viajar al extranjero a los japoneses a partir de 1635. Los mercaderes y artesanos chinos seguían viniendo a Japón, y Nagasaki tenía su «barrio chino». La influencia cultural china siguió siendo extraordinariamente fuerte, pero frente al resto del mundo, la política de aislamiento *(sakoku)* fue prácticamente total.

Paralelamente se produjo la reafirmación sistemática de la ideología confuciana por el nuevo régimen Tokugawa, establecido ahora en Edo (la actual Tokio). La administración Tokugawa mantenía las formas exteriores del feudalismo en los dominios de los *daimyo,* pero modificó su sustancia. El señorío feudal fue debilitado como consecuencia de la concesión de autonomía a nivel local y la transformación de los samuráis de clase guerrera provincial en algo más parecido a una pequeña nobleza de servicio asalariada, a la que se pagaba (en arroz) por administrar los dominios. Para ayudar a legitimar estas medidas, los primeros Tokugawa patrocinaban a ideólogos y educadores confucianos, que como tales predicaban el mensaje de la jerarquía de las cuatro clases (funcionarios, campesinos, artesanos y comerciantes), así como la necesidad de esforzarse por lograr la armonía social y natural en una sociedad bien ordenada[159]. En la China de los Ching ocurrió algo parecido. El cambio dinástico no supuso el fin del confucianismo, sino su atrincheramiento deliberado como ideología oficial del nuevo régimen manchú. Los soberanos manchúes eran menos instintivamente hostiles al contacto comercial con los extranjeros que sus predecesores Ming, pero desconfiaban profundamente de sus posibles consecuencias políticas en la región costera al sur del Yangtsé, geográficamente remota, difícil de controlar y

refugio de elementos leales a los Ming, a los que costó tiempo derrotar[160]. El logro más importante de la dinastía manchú fue revertir la introversión, con final desastroso, de la política fronteriza de los Ming. La habilidad manchú en la diplomacia de las estepas consiguió hacer de la Mongolia interior una zona tapón e impulsar el poder imperial chino hasta los confines del Asia interior. La amenaza terrestre norteña a la estabilidad china fue eficazmente neutralizada, y con un Japón antes conflictivo, retirado ahora en un encierro neoconfuciano, y el predominio del confucianismo en Corea y Vietnam, la llegada de la dinastía manchú anunciaba una restauración extraordinaria del orden mundial en Asia oriental. La influencia europea, con base en la remota Java, se limitaba a unos cuantos enclaves. El interés inicial de los holandeses por las relaciones diplomáticas y el comercio directos acabaron sucumbiendo a la indiferencia mutua, y en 1690 la Compañía Holandesa de las Indias Orientales había dejado de fletar barcos a China[161]. Entretanto, la China imperial llegó al apogeo de su poder.

Comparación con Europa

Comparar Europa con otras partes de Eurasia en los siglos XV y XVI exige un cierto ajuste mental (para los lectores europeos). Nuestro conocimiento de Europa es mucho más detallado, por lo que es fácil percibirla como un hormiguero cultural y político que contrasta con el «sopor» de las sociedades «orientales». La existencia de tantas jurisdicciones separadas, con sus propios soberanos, ejércitos, leyes y sistemas fiscales, compitiendo todas entre sí por sobrevivir, contribuye a la impresión de una civilización activa y enérgica, pero no hay que confundir toda esta actividad (y la montaña de papel y ríos de tinta resultantes) con la prueba de que los Estados europeos habían

descubierto los medios para hacer valer su predominio por todo el mundo.

Más bien al contrario: los elementos más dinámicos de la cultura europea de la primera Edad Moderna, más que una gran transformación, parecían augurar un síndrome de inestabilidad destructiva. La revuelta intelectual frente al escolasticismo tardomedieval y el «redescubrimiento» de un conjunto mucho mayor de literatura clásica fueron los principales ingredientes del humanismo renacentista. La historia, la política y la retórica de la Roma republicana tenían un atractivo especial en los medios urbanos, burocráticos y plagados de conflictos de clase del norte de Italia y Flandes[162], pero promovían también una concepción nueva del Estado laico que amenazaba los privilegios del clero. Dieron forma a un debate religioso e intelectual en el que las doctrinas e instituciones de la Iglesia católica quedaron expuestas a un ataque mucho más sistemático que el de cualesquiera herejes o rebeldes aislados. El éxito asombroso de la Reforma protestante se debió a su pronto ascenso a la respetabilidad intelectual, su atractivo para los soberanos seculares (como el elector de Sajonia, cuya protección fue decisiva para la influencia de Lutero) y su asociación con la defensa de la autonomía de las ciudades y los príncipes frente a las exigencias sin freno de dinastas y constructores de imperios.

De hecho, es fácil ver la división religiosa como una amenaza potencialmente devastadora para el orden social, político y moral en un momento en que el aumento de la población y la inflación de los precios estaban agravando los conflictos sociales. La alarma ante la extensión de estos catalizó el programa papal de reforma eclesiástica elaborado por el Concilio de Trento entre 1545 y 1563, y la urgencia con la que Isabel edificó la vía media anglicana en Inglaterra. Pero no hubo descanso en la salvaje guerra ideológica entre católicos y protestantes a partir de 1560, a la que dieron rienda suelta las guerras de religión fran-

cesas y la revuelta protestante en los Países Bajos contra su soberano Habsburgo católico. Si el humanismo renacentista había creado un nuevo tipo social (los individualistas calculadores, competitivos y cohibidos imaginados por Jacob Burckhardt)[163] y transformado el Estado de conglomerado de costumbres en «obra de arte»[164], la Reforma había inyectado un espíritu de rebelión, intolerancia y dogmatismo que amenazó con volver ingobernables las divididas comunidades políticas de Occidente.

Quizá fue por esta razón por lo que las ideas políticas más atractivas de la época se movieran en el ámbito de lo dinástico. El dinasta era un legislador ideal que gozaba de legitimidad por herencia (a diferencia de los déspotas hechos a sí mismos) y era objeto de la lealtad sin límites de sus súbditos. Combinado con nuevas nociones de burocracia secular y del monarca como gran mecenas del saber y de las artes, el gobierno dinástico era un instrumento poderoso para movilizar los recursos sociales e imponer el orden político; en la práctica, las condiciones imperantes en Europa redujeron acusadamente su potencial. En las provincias, el poder estaba en gran medida en manos de aristócratas y de sus redes clientelares. A menudo, sus ambiciones y rivalidades podían más que los decretos reales. Podían invocar el patriotismo local y su apego a la costumbre frente a los planes centralizadores de los monarcas, y recurrir al apoyo de los disidentes religiosos (o de los conservadores frente a un régimen reformador). El mayor proyecto dinástico de todos, el plan de Carlos V de constituir un imperio universal que reuniera las tierras de los Habsburgo en España, Alemania y los Países Bajos bajo un solo monarca, su hijo Felipe, fue desbaratado por una alianza de príncipes alemanes y reformistas protestantes.

La tendencia dinástica era también una fuerza desestabilizadora en un continente muy compartimentado en distintas jurisdicciones. Las perspectivas y políticas dinásticas giraban en torno a los accidentes del nacimiento y la muerte, fuente inago-

table de reclamaciones y disputas. La «lógica» dinástica pasaba por alto la autonomía o la identidad cultural locales e ignoraba el equilibrio de poderes. Provocaba la amarga rivalidad que ejemplifican las guerras entre los Valois y los Habsburgo en la primera mitad del siglo XVI, y también imposibilitaba cualquier tipo de iniciativa concertada contra el imperialismo otomano en el sudeste de Europa o el Mediterráneo. Los príncipes alemanes declararon en 1551 que preferían hacer la paz con los turcos que aceptar al futuro Felipe II como su soberano[165]. El espanto que causaba el infiel no impidió un acuerdo franco-turco contra los Habsburgo en 1536, ni hizo que Felipe II abandonara la lucha contra los rebeldes en los Países Bajos para concentrar el poderío español contra los turcos en el Mediterráneo a partir de 1580[166]. Lejos de imaginar una supremacía compartida sobre el resto de Eurasia, los Estados del ámbito europeo estaban obsesionados con los conflictos de ese mismo ámbito. Resulta sintomático que la riqueza del Nuevo Mundo se empleara para financiar las ambiciones dinásticas del Viejo. El enorme aumento de los envíos de plata americana a partir de 1580 permitió a Felipe II pagar sus guerras de hegemonía dinástica, aunque ni siquiera esa lotería le salvara de la bancarrota en 1596[167].

Así, gran parte de las energías intelectuales y políticas de la Europa del siglo XVI se consumieron en las guerras religiosas y dinásticas que conmovieron al continente hasta la paz por agotamiento a la que se llegó al final del siglo. Vista en este contexto, es fácil comprender por qué la expansión europea era una amenaza endeble para los imperios islámicos o los grandes Estados de Asia oriental. El pensamiento y la erudición europeos parecían absortos, sobre todo en la pirotécnica de los argumentos teológicos, y la investigación científica aún tenía que librarse de la creencia en la brujería y las predicciones astrológicas que profesaba la mayoría de las personas cultas. La gran excep-

ción a esta regla general de introversión política e intelectual fue el desarrollo espectacular de la subcultura marítima.

No cabe sorprenderse mucho de que una «península de penínsulas», como a veces se describe a Europa, rodeada por numerosos mares interiores (el Mediterráneo, el Báltico, el mar del Norte, el canal de la Mancha y el mar de Irlanda) desarrollara un sistema tupido de comunicaciones marítimas. Menos aún de que la variedad de condiciones marítimas, sobre todo en la Europa atlántica, diera lugar a una gran variedad de tipos de naves y de técnicas. Con su combinación de *hinterlands* accesibles, diversidad ecológica y densidad de población, Europa estaba mejor dotada que otras áreas marítimas como el océano Índico occidental (que conectaba África occidental, el golfo Pérsico y el oeste de la India) o el mundo insular del Sudeste asiático. El resultado fue el surgimiento mucho antes de 1400 de poderosos Estados marítimos: Venecia, Génova, Ragusa y Aragón en el Mediterráneo; Portugal en la Europa sudoccidental; Dinamarca, Noruega, la Liga Hanseática, Inglaterra y con el tiempo las Provincias Unidas en el norte. En dichos Estados la empresa marítima prosperaba gracias a una combinación rentable de pesca, comercio y piratería (a la que recurrían los comerciantes cuando sus rivales empleaban la fuerza para excluirlos del comercio)[168]. Obtuvo el respaldo de los gobiernos, que necesitaban gravar los ingresos que producía el comercio marítimo. No es casualidad que fuesen sobre todo la cartografía y las ayudas a la navegación los campos en que la experimentación científica antes se traducía en resultados prácticos. Durante la década de 1570 el mapa del mundo de Ptolomeo (redescubierto en el siglo XV) había sido sustituido por el mucho más preciso mapa de Abraham Ortelius, basado en las informaciones de viajeros y marinos europeos. Al final del siglo había una gran cantidad de conocimiento impreso sobre Asia y América, y el gusto por la literatura de viajes (sobria y científica, o bien sensacionalista) estaba ya bien asentado[169].

En el siglo XVI estaba ya bastante claro que la ventaja comparativa de Europa sobre otras civilizaciones euroasiáticas residía en su desarrollo precoz de la actividad marítima. El crecimiento simultáneo del comercio a larga distancia con América y con la India era una de sus manifestaciones, y la otra el auge de la gran pesca del bacalao en el Atlántico norte, en la que participaban ya unos 350 barcos (españoles, franceses, portugueses e ingleses) en la década de 1570[170]. A los marinos europeos se les daba particularmente bien el empleo de la fuerza en el mar, como alternativa al comercio o como medio auxiliar, siendo el caso más llamativo el del Estado da Índia de Portugal. A comienzos del siglo XVII, los europeos estaban preparados para ejercer un predominio mundial en el comercio y transporte por alta mar, ocupando (con muchos conflictos entre unos y otros) un hueco rentable en el comercio a larga distancia. Sin embargo, con la llamativa excepción de las conquistas americanas, había pocos indicios de que pudieran avanzar más allá de los pequeños enclaves de la franja litoral donde solía desarrollarse esta actividad especializada, ni de que el espíritu y las costumbres de esas «poblaciones marinas» expatriadas gozaran de prestigio alguno entre las demás sociedades euroasiáticas con las que entraban en contacto. Solo en la frontera rusa de la estepa (en condiciones bastante particulares) se había expandido con éxito un pueblo europeo en las tierras de otra sociedad euroasiática. En el sudeste de Europa, por el contrario, la situación era exactamente la inversa.

Lo que más se acercaba a un imperio mundial construido por europeos era el conglomerado de territorios que dominaba la monarquía hispánica, de una amplitud enorme. Atravesando el Atlántico, el poder español se extendía desde Chile a Nuevo México; atravesaba el Pacífico e incluía a las islas Filipinas, adonde se enviaba plata mexicana desde 1565 para comprar artículos de lujo procedentes de China. El largo y solitario viaje del galeón de Manila, que zarpó cada año entre 1565 y 1815 en

una navegación de seis meses hasta Acapulco (hubo al menos un viaje en el que murieron todos los pasajeros y la tripulación de enfermedad o hambre, y el barco siguió viaje como el *Marie Celeste)* era el hilo que conectaba este puesto avanzado imperial[171]. Con todo, y a pesar de lo asombroso de su escala, este imperio nunca dejó de ser menos que la suma de sus partes. Era un imperio-lotería que debía su existencia a la demanda europea y china de plata. Fue construido para imponer un monopolio global de la plata americana (que representó el 80 por ciento de la oferta mundial entre 1494 y 1850), pero faltaban los medios o la voluntad para afianzar más profundamente el comercio europeo en los mercados asiáticos. No existía una «gran estrategia» imperial para hacer de España el centro de una economía mundial y, desde luego, semejante plan habría resultado inútil. Lo que hizo Felipe II fue dedicar el quinto real, la parte de la corriente de plata que correspondía a la monarquía, a sufragar la preeminencia española en Europa frente a rivales y rebeldes. Los recursos de América, y de la propia España, quedaron atados, no a una visión de predominio global, sino a las demandas insaciables del «imperialismo mesiánico» del rey, es decir, la misión de defender la fe católica de sus enemigos protestantes[172].

Conclusión

Las conquistas americanas, el comercio marítimo europeo con las costas meridionales de Asia y el avance ruso por la estepa septentrional de Asia supusieron una ampliación enorme de los horizontes europeos y un estímulo colosal para las ambiciones de Europa[173]. Sin embargo, había pocas muestras al acabar el largo siglo XVI (hacia 1620) de que hubieran desencadenado la eclosión de una economía mundial o debilitado la autonomía cultural de civilizaciones antiguas en otras partes de Eu-

rasia. Los europeos habían tejido una nueva red mercantil que ligaba a América con Eurasia. El aporte de plata americana les permitió entrar en mercados asiáticos que tenían una demanda escasa de productos puramente europeos, y afectó a los precios y al flujo monetario en los Imperios otomano y Ming, además de en Europa. Los bienes que circulaban en este nuevo intercambio global no eran de consumo, sino de lujo, y su volumen era minúsculo. En el siglo XVI zarparon una media de entre cincuenta y setenta barcos al año de Lisboa[174] hacia Oriente, y el tráfico de manufacturas como la porcelana o los textiles discurría sobre todo hacia el oeste y Europa, no al revés.

Tampoco había demasiados indicios de que la balanza de las ventajas técnicas o culturales se hubiera inclinado demasiado. En el siglo XVI, la tecnología más ampliamente exportada fueron quizá las armas de fuego, sobre las que los europeos gozaban de ventaja. La artillería otomana empleó a expertos europeos, y la importación de armas de fuego europeas transformó las guerras «feudales» japonesas, pero ni el sistema social y político de Japón, de Irán o de la India mogola se mostraron incapaces de adaptarse a las innovaciones militares. Tampoco existió una brecha tecnológica que creara una verdadera disparidad entre la capacidad militar de los Estados europeos y la de los del resto de Eurasia. Al contrario: la amenaza de la continuación de la expansión otomana se cernió sobre Europa hasta la década de 1690. En la India y Asia oriental, lo remoto de Europa hacía casi totalmente irrelevante su modo de hacer la guerra en tierra. De forma bastante análoga, las pautas de consumo, los códigos de etiqueta social y las nociones de jerarquía del resto de Eurasia no mostraban prácticamente ninguna influencia de los europeos. El «intercambio colombino» de productos agrícolas del Viejo Mundo y el Nuevo diversificó la agricultura euroasiática con cultivos como el maíz y las patatas, pero no hubo dependencia alguna de proveedores europeos[175]. La actividad europea en América despertó escaso interés en el resto

de Eurasia[176], si es que despertó alguno. La cosmología islámica y de Asia oriental no mostró ninguna pérdida de confianza ante el saber europeo, o la conmoción violenta de la religión y el ritual europeos.

En los dos siglos que siguieron a la muerte de Tamerlán, Eurasia siguió dividida entre los tres mundos civilizados que hemos examinado hasta ahora, y algunos otros, budistas e hindúes, que hemos pasado por alto. Poco hacía pensar que sus diferencias culturales tendieran a ir a menos; si acaso, la enérgica construcción de Estados que estaba teniendo lugar a lo largo de Eurasia y la más amplia difusión del conocimiento (a través de la imprenta en Europa y Asia oriental) estaban volviendo más rígidas las fronteras que los separaban y acentuando más marcadamente las respectivas identidades culturales. En ocasiones, claro, el encuentro de culturas producía emociones encontradas. La curiosa historia del diente de Buda ejemplifica lo rápidamente que se puede pasar de la tranquila indiferencia al fervor religioso. En 1560, el virrey de Goa dirigió una incursión contra el reino budista de Jafna (en la actual Sri Lanka). Entre el botín tomado resultó que se encontraba una de las reliquias más veneradas del budismo, el diente de Buda. Su destino no tardó en conocerse en los Estados budistas de la bahía de Bengala. El rey de Birmania hizo una gran oferta a cambio de la devolución de la reliquia y el virrey accedió. Antes de poder cumplir el trato, sin embargo, intervino la Inquisición, órgano muy poderoso en Goa, y en guerra constante con la superstición y la herejía (no cristianas). Unos años después, impondría la prohibición de los ritos hindúes en los enclaves portugueses de la India. Lejos de considerar el diente como un lucrativo negocio (para otro, al fin y al cabo), vio en su llegada a manos cristianas una victoria providencial, y la ocasión de destruir una de las armas más poderosas del enemigo (pues la Iglesia no albergaba ninguna duda acerca del poder de las reliquias). El virrey se vio obligado a ceder, y el diente fue incautado, molido y quemado. Aquí, como en otras partes, la «era de los descubrimientos» ha-

bía suscitado un mayor contacto físico, pero no un encuentro de voluntades. Estaba por ver si en la «era del comercio» que le iba a seguir las cosas serían distintas.

3

El equilibrio de la primera Edad Moderna

3. La bahía de Batavia (actual Yakarta), capital colonial de las Indias Orientales Holandesas

El largo siglo XVI de la expansión europea culminó en la fundación de colonias inglesas y francesas en la parte septentrional de Norteamérica y en la llegada de holandeses e ingleses al ámbito comercial de las Indias Orientales. Entre las décadas de 1620 y 1740, sin embargo, el impulso expansivo de los europeos perdió gran parte de su ímpetu. Como hemos visto ya, la marcha hacia la primacía europea en la primera Edad Moderna es en muchos aspectos una ilusión óptica, una consecuencia engañosa de nuestra perspectiva a posteriori. Los europeos se veían a sí mismos asediados por un islam triunfante a la vez que despojaban al Nuevo Mundo de sus tesoros e invadían el océano Índico. Lo que habían logrado en términos de organización política, militar y comercial lo igualaron o superaron los otomanos, los safávidas, los mogoles, los Ming o los Tokugawa. La construcción del Estado y la innovación cultural fueron rasgos llamativos de la historia euroasiática, y no solo europea, de la primera Edad Moderna.

Desde luego habían sido los europeos los que habían hecho los avances más espectaculares en el «Mundo Exterior», se habían apoderado de la gran base de América con sus recursos, y habían abierto nuevas rutas de larga distancia que conectaban el Sudeste asiático, la India, África occidental y América. Sin embargo, no debemos dar por supuesto que a través de tales medios hubieran creado la base para el predominio global, ni que estuvieran ahora en una situación favorable para cercar, aislar, o subyugar a otras sociedades y culturas de Eurasia. No

estaba ni mucho menos claro, por ejemplo, que se hubieran liberado de su ya larga dependencia de las costosas manufacturas asiáticas; que su capacidad organizativa (civil o militar) les aportara ninguna ventaja especial sobre los demás euroasiáticos; que su cultura les ofreciera beneficios materiales mayores o prometiera una superioridad intelectual comparada con otras culturas civilizadas; o que las debilidades geoestratégicas que los habían confinado en el Extremo Occidente de Eurasia desde el Bajo Imperio romano hubieran quedado superadas de modo decisivo por innovaciones en el transporte y la guerra marítimos. Al ampliar la vieja Europa a un nuevo «mundo» euroatlántico, los occidentales habían adquirido *hinterlands* tan variados y extensos como los del ámbito islámico o Asia oriental. Según avanzaba la primera Edad Moderna, lo que no era en absoluto evidente es que dicha ampliación de la magnitud territorial fuera a propiciar la transformación interna a la que el predominio posterior de Europa habitualmente se atribuye.

De hecho, en contraste con el drama de los descubrimientos y conquistas, cuyas consecuencias los europeos apenas habían asimilado a principios del siglo XVII, el siguiente siglo y pico supuso una fase de cambio mucho más gradual en las relaciones de Europa con el mundo extraeuropeo. La lotería de los «descubrimientos» no se iba a repetir. Las condiciones políticas y económicas del mundo euroatlántico limitaban la posibilidad de nuevas expansiones. Ocupadas con rivalidades atlánticas, las potencias marítimas europeas mostraron escaso entusiasmo por construir imperios en Asia, y al mismo tiempo los Estados del ámbito islámico y de Asia oriental se mostraron mucho más potentes de lo que pueda parecer por los muchos relatos posteriores de dinamismo europeo y decadencia asiática. La esfera de la civilización islamizada continuó expandiéndose. El alcance del poder imperial chino llegó a su apogeo durante la segunda mitad del siglo XVIII. El prestigio de las manufacturas indias y chinas en Occidente estaba en su cenit. Visto bajo esta luz, el

siglo y medio anterior a la conquista británica de Bengala después de 1757 no fue un mero preludio prolongado de la «Revolución euroasiática» a través de la que Europa se impuso al resto del Viejo Mundo. Fue una época de cuasi equilibrio entre las sociedades dominantes de Eurasia y, en algunas partes del «Mundo Exterior», entre los invasores europeos y las comunidades nativas. Lo que estaba en duda era cuánto duraría este patrón global de competencia, cooperación y coexistencia, creado por la expansión geográfica y una interdependencia económica más estrecha de las sociedades del Viejo Mundo; y qué sociedades, si había de hacerlo alguna, superarían las barreras tecnológicas, organizativas y culturales para lograr un predominio más general.

Los límites de la ambición: los europeos en el mundo ampliado

Durante gran parte de este periodo, pues, los europeos estuvieron más pendientes de consolidar su dominio en el ámbito atlántico que de adquirir nuevas y vastas extensiones de territorios que ocupar. El alcance de la exploración geográfica, si bien prueba de una tenacidad individual extraordinaria, era comparativamente modesto considerado en su conjunto. Vastas regiones del globo quedaban necesariamente en blanco en los mapas europeos, incluso en América del Norte, donde la competencia internacional entre los europeos era más feroz. Pese a que en 1610 se conociera ya la localización de la bahía de Hudson, no fue hasta 1682 cuando René-Robert La Salle recorrió toda la tortuosa ruta fluvial desde Montreal hasta la desembocadura del Misisipi[177]. Hasta alrededor de 1700 se creyó que California era una gran isla[178]. La confirmación de Bering de que no existía un puente terrestre entre Asia y América no se produjo hasta finales de la década de 1740, y hasta después de

la siguiente se solía suponer que tras las alturas que rodeaban la bahía de Hudson había un vasto «mar occidental» interior[179]. La geografía de América del Sur era mejor conocida, pero gran parte del interior de las zonas más remotas, sobre todo la Amazonia y la Patagonia, siguieron siendo *terra incognita* hasta bien entrado el siglo XIX[180]. En el Pacífico, hasta los grandes viajes de Cook en las décadas de 1760 y 1770, el pensamiento geográfico europeo estuvo dominado por el espejismo de un gran continente meridional, la Terra Australis[181]. De África occidental y oriental, así como del sur de su región central, los europeos no tenían prácticamente ningún conocimiento de primera mano más allá de las estrechas franjas costeras visitadas por traficantes de esclavos y otros comerciantes. En consecuencia, en 1750 se seguía creyendo que el río Níger fluía hacia el oeste desde África oriental, y que llegaba al Atlántico por los ríos Gambia y Senegal, error que confirió a estos dos ríos una importancia inmerecida.

Este vasto ámbito de ignorancia geográfica redujo la actividad europea en el «Mundo Exterior» a un archipiélago de asentamientos, minas y depósitos comerciales conectados entre sí por una madeja de caminos que se mantenían abiertos gracias a un esfuerzo constante. En parte, las dificultades técnicas impedían una exploración más amplia: el coste elevado de los viajes por tierra, los obstáculos del clima y las enfermedades, que destruían el capital humano a una velocidad alarmante; unos soberanos indígenas reacios a permitir la presencia de espías e intrusos que podían interferir en valiosos monopolios de pieles o esclavos. En África occidental, los comerciantes europeos debían tener cuidado de no ofender a los soberanos locales, a veces bastante dados a castigar su mala conducta. Y no tenían fuerza suficiente para vérselas con los ejércitos que podían reunir estos reyes, sobre todo en el caso de Dahomey, cuyos soldados estaban equipados con armas de fuego importadas[182]. Aparte de una medida muy limitada de patrocinio estatal, solía ser la perspectiva de ganancias comerciales o de

nuevas tierras que colonizar lo que sufragaba la exploración, un término equívoco que solía referirse a la «cartografía» de rutas existentes para el comercio gracias a informadores locales. No obstante, el impulso de la necesidad económica o demográfica fue intermitente en el mejor de los casos. La fiebre del oro brasileña de la década de 1690 atrajo inmigrantes y animó a los *bandeirantes* de São Paulo a recorrer el *sertão* en busca de nuevos hallazgos[183]. En la América española, sin embargo, el influjo de la emigración europea decayó bruscamente a partir de 1625[184]. La colonización inglesa de Norteamérica fue lenta, y hasta la década de 1670 (siglo y medio después de la llegada de Cortés a México) las colonias de tierra firme no estuvieron a salvo del fracaso económico y el contraataque de los indios[185]. La emigración al Caribe inglés era más rápida porque allí las perspectivas económicas parecían mejores. Los blancos en Jamaica, según un estudio reciente, eran diez veces más ricos que los de la América británica de tierra firme. Sin embargo, el clima subtropical y las enfermedades se cobraban un precio tremendo: entre 1700 y 1750 llegaron a Jamaica entre 30.000 y 50.000 inmigrantes europeos, pero en 1752 la población blanca era de solo 10.000 habitantes[186]. En 1700 había quizá 250.000 colonos blancos en los territorios británicos de América y el Caribe[187]. El ritmo del avance en el continente era lento: hasta la década de 1750 los omnipresentes especuladores de tierras y sus amigos en el gobierno no empezaron a lanzar sus redes más allá de los Apalaches. El número de colonos franceses en Nueva Francia (Quebec), Acadia (la actual Nueva Escocia) y la Luisiana era minúsculo: quizá fueran 60.000 en la década de 1750.

En conjunto, a mediados del siglo XVIII había entre tres y cuatro millones de habitantes de origen europeo en la América española, francesa, británica y portuguesa: quizá un 5 por ciento de la población de Europa incluyendo Rusia. Por supuesto, el grueso de la emigración transatlántica al continente americano no estaba formado por europeos libres, sino por africanos es-

clavizados. Según una estimación fidedigna, a la altura de una fecha tan tardía como 1820 habían llegado a América cuatro veces más africanos que europeos, unos ocho millones, frente a solo dos millones de europeos[188]. En el trópico caribeño la tasa de mortalidad entre los africanos fue también enorme. Colonias como Barbados, que en un principio funcionaban con mano de obra procedente de las islas británicas, se pasaron rápidamente a la esclavitud a partir de 1670[189]. La esclavitud tuvo dos efectos importantes sobre la inmigración europea: una vez introducida, asfixió la demanda de mano de obra europea en las economías de plantación y, como consecuencia de la propagación de enfermedades africanas, probablemente aumentó la mortalidad de los europeos que aun así vinieron[190]; paradójicamente, sin embargo, al promover el desarrollo de esas economías de plantación, se acabaron creando los mercados locales (de alimentos, materiales de construcción y manufacturas ligeras) de los que podrían beneficiarse los europeos que llegarían más adelante. Pues era solo concentrándose en unos pocos bienes subtropicales producidos con mano de obra esclava como la colonización agrícola del Nuevo Mundo podía llegar a ser rentable. Desde la década de 1660 en adelante, el azúcar se convirtió en el producto rey, con el tabaco en un muy lejano segundo lugar y el cacao y el chocolate a la zaga[191]. Ahora bien, incluso el azúcar palidecía en comparación con la plata extraída en Perú (cada vez menos) y México (cada vez más). La plata siguió siendo el primer artículo de exportación americano, pese a un declive en la producción a lo largo de gran parte de este periodo que se invirtió de forma espectacular después de 1750[192].

Las colonias azucareras del Caribe fueron la extraña descendencia de la expansión europea. Todo lo necesario para hacerlas rentables, salvo el propio suelo, se trajo del exterior: capital, «directivos» (hacendados y encargados), mano de obra (esclavos africanos) y también la propia caña azucarera, traída al Caribe desde las islas Canarias. Para amos y esclavos por igual, el

miedo estaba siempre presente: miedo al ataque de europeos rivales; miedo a una rebelión de los esclavos; miedo al castigo infligido por blancos vengativos o malhumorados; miedo a la enfermedad y miedo al clima, con sus tormentas y huracanes. En las colonias británicas, como Barbados, las islas de Barlovento y Jamaica, los hacendados hacían como que vivían en Inglaterra. Llevaban peluca y prendas de lana, consumían pan y carne en abundancia (por lo general salada y traída de América) y bebían también mucho, por la sed y quizá también para olvidar. Bien entrado el siglo XVIII, las Indias Occidentales británicas eran aún un verdadero salvaje Oeste. Hubo un gobernador que hizo rapar el cabello de una mujer que se negó a ceder a sus pretensiones. Otro denunció la «monstruosa lujuria contra natura» de los hacendados, e hizo patrullar las calles todas las noches para poner coto a sus costumbres. No es de extrañar, quizá, que pusieran sitio a su palacio y, tras una batalla en la que se utilizó un cañón, fuera asesinado por la ciudadanía enfurecida. Su sucesor fue encarcelado por robar la plata de la iglesia. Apenas cabe sorprenderse de que cuando la capital de Jamaica, Port Royal, fue destruida por un terremoto y un tsunami en 1692, el desastre se atribuyera de manera generalizada a la cólera divina.

La plata, el oro (brasileño), el azúcar y el tabaco —bienes cuyo valor era lo bastante elevado para compensar los costes del transporte a larga distancia— fueron el fluido vital del comercio transatlántico, pero su aportación a la mejora de la eficiencia y la productividad de la economía europea no podía ser más que limitada e indirecta. El azúcar y el tabaco eran bienes de consumo cuya demanda en Europa creció bastante rápidamente (en el caso del azúcar, mucho más a partir de 1750)[193]. La plata y el oro extendieron la monetización de las economías europeas. Gran parte de la plata se reexportaba al este para sufragar los productos textiles asiáticos, la porcelana, las sedas, el té y las especias: las exportaciones holandesas y británicas a la India en este periodo estuvieron constituidas en una propor-

ción abrumadora por *treasure,* es decir, plata y oro[194]. Los productos americanos no proporcionaron la base para nuevas manufacturas o tecnologías, sino que estimularon la demanda de importaciones de Asia. Tampoco podían las economías americanas en esta era mercantilista de comercio regulado ofrecer un mercado de exportación lo bastante dinámico como para catalizar el comercio y las manufacturas europeas, salvo en algunos lugares y comercios concretos. Las comunidades americanas que prosperaban con la plata, el azúcar y el tabaco eran un mercado valioso hacia el que se dirigieron las exportaciones británicas de forma notoria a finales del siglo XVIII[195]. Los hacendados caribeños, sin embargo, tenían que gastar gran parte de sus ingresos en esclavos[196], y una gran proporción de la población americana se componía de mano de obra esclava o semiservil que vivía en o por debajo del nivel de subsistencia. Gran parte de la población indígena amerindia vivía en grados diversos de marginalidad. En el Caribe, los cobros de fletadores, comisionistas y acreedores, así como los envíos a propietarios absentistas que residían en Gran Bretaña, dejaban en poco los beneficios de las plantaciones y reducían la demanda local. La costosa superestructura de la burocracia mercantilista, con su horda de arribistas y pensionistas aristocráticos y sus oligarquías mercantiles privilegiadas, fue quizá la mayor beneficiada de esta parte de la lotería americana. Los productos coloniales eran un suplemento útil para el comercio dentro de Europa: al tener una demanda general, ayudaban a suavizar los desequilibrios regionales[197]. Al menos hasta 1750, podría ser más acertado ver el mundo del comercio atlántico como la muleta imprescindible de un *ancien régime* comercial, en lugar de como un elemento dinámico en la transformación industrial siquiera de las economías más avanzadas de Europa.

En realidad, la pauta del comercio ultramarino europeo con Asia y América reflejaba la desigualdad del comportamiento económico de Europa en la «era de la crisis». El problema subyacente a lo largo de todo el periodo era la población: su estan-

camiento, agravado por los efectos de la guerra en el siglo XVII, y su expansión lenta a partir de 1700. Privado de la demanda extra generada por una población en aumento, el comercio languidecía. El mercado para el grano del este de Europa en el oeste y el sur del continente cayó, y quedó aún más reducido por la implantación del maíz y el arroz como sustitutos internos. Había pocos indicios de aumento general de la productividad agrícola, y el hambre siguió siendo una amenaza periódica hasta entrado el siglo XIX. Las comunicaciones interiores alejadas de las rutas fluviales y canales siguieron siendo inseguras, lentas y caras. Tampoco había muchos indicios antes de 1750, aproximadamente, de mejora en la productividad de las manufacturas como consecuencia del empleo sistemático de innovaciones tecnológicas, y desde luego no a una escala capaz de reducir notablemente el coste de tales bienes para el consumidor, en Europa o fuera de ella. Un número grande y quizá creciente de europeos estaba atrapado en la inmovilidad rural por la institución de la servidumbre, extendida en Europa oriental además de en Rusia.

En esta fase larga de crecimiento económico lento, eran los Estados marítimos del norte de Europa los mejor situados para hacerse más prósperos. Las comunicaciones marítimas baratas favorecían la especialización y las mejoras de la eficiencia que de ella resultaron[198]. El acceso a la gama más extensa de bienes del comercio, incluidos los coloniales, permitió a estos Estados maximizar las ventajas de una red comercial densa: el intercambio frecuente y fácil de bienes y créditos en papel con el mayor número de destinos. Como resultado, un rasgo notable del periodo fue el ascenso de grandes ciudades portuarias donde se concentraban tales ventajas: Londres, Hamburgo y Ámsterdam. La flota mercante inglesa dobló su tamaño entre 1660 y 1690[199]. En general, la urbanización fue en aumento a medida que las ciudades grandes —capitales, además de puertos— crecían a expensas de las poblaciones más pequeñas. Fue

aquí, donde surgían nueva riqueza y nuevos estilos de vida, que cambiaron más rápidamente las pautas de consumo y donde fue más intensa la querencia por alimentos, fármacos, bebidas, textiles y artículos de consumo interno exportados[200]. También fue aquí donde la comercialización de la vida social, el trabajo y el ocio fue más visible[201].

En parte por estas razones, resulta tentador ver como el cambio más importante de esta época el ascenso de un grupo de Estados comerciantes y marítimos para formar un «núcleo» avanzado rodeado por una «periferia» europea y colonial cuyo desarrollo económico fue conformado cada vez más por disparidades de poder, riqueza y competencia técnica. Entre los Estados del «núcleo», entretanto, se desarrollaba una lucha nueva por la clara hegemonía comercial e imperial[202]. Sin embargo, aunque los «Estados marítimos» lidiaron con mucho éxito con las condiciones económicas de la época, no hay que exagerar retrospectivamente su fuerza e importancia. Gran parte de su actividad comercial ultramarina era arriesgada y no rentable[203], como se pudo ver por las desgracias de la Real Compañía Africana, la Compañía de los Mares del Sur y las Compañías Holandesas de las Indias Occidentales y Orientales[204]. La competencia comercial fuera de Europa, con su infraestructura concomitante de fortalezas, convoyes y regulación mercantilista, imponía unos costes de transacción inmensos y a veces ruinosos[205]. Las operaciones comerciales y militares a larga distancia eran peligrosas y a menudo ineficaces: pese a la superioridad naval y económica, ni los británicos ni los holandeses fueron capaces de abrir por completo por la fuerza el sistema comercial español en América. El aparato financiero de las potencias marítimas era también muy vulnerable a los efectos de la guerra y la incertidumbre política: en fecha tan tardía como 1745-1746, la invasión del pretendiente Estuardo al trono británico, Bonnie Prince Charlie, desató un pánico financiero en Londres. Tampoco, pese a su relativa sofisticación, disfrutaron las economías marítimas de la Europa noroccidental

de un predominio claro sobre las economías del interior del continente, con sus manufacturas, redes comerciales e ideas «cameralistas» sobre la intervención y regulación estatal. Seguramente sería preferible hacer hincapié en la resistencia exitosa de los Estados del interior europeo a ser dominados por las potencias marítimas. En el escenario más amplio de la competencia económica euroasiática o global, el sector marítimo de la economía europea, que con tanto éxito había desarrollado el comercio de bienes por el Atlántico y encontrado clientes entre los europeos expatriados en América, era simplemente demasiado pequeño, demasiado restringido en su capacidad económica y demográfica, como para aspirar a la hegemonía económica global en la era preindustrial.

Esta economía europea de crecimiento lento debía sostener una elaborada superestructura sociopolítica de tribunales, burocracias, iglesias y aristocracias. Tras las grandes guerras y convulsiones internas de la primera mitad del siglo XVII, en la fase siguiente del periodo, en gran parte de Europa se produjo una consolidación gradual de la autoridad en lo político y social. La incidencia de las revueltas campesinas y regionales se redujo. Con un orden político mejor afianzado y que ejercía un control más eficaz, se produjo un aumento sostenido del gasto estatal y de los impuestos[206], sobre todo de los indirectos, que recaían de forma desproporcionada sobre los pobres. No obstante, la tendencia hacia un gobierno más profesional y sistemático tuvo como precio un compromiso radical con el poder enquistado de las aristocracias, que en Francia supuso la cooperación cuidadosa con las redes clientelares aristocráticas en las provincias[207]. En Inglaterra, la aceptación aristocrática del gobierno parlamentario se edificó sobre los cimientos de cargos, pensiones y corrupción electoral a expensas de las arcas públicas. En la rama austriaca de la monarquía de los Habsburgo, el precio de la lealtad de la aristocracia fue el predominio de una oligarquía minúscula de grandes familias y la garantía esta-

tal de la servidumbre legal como fundamento del orden social[208].

La aparición gradual de un *ancien régime* más ordenado en gran parte de Europa no supuso la división nítida en Estados-nación unificados. «Alemania» siguió siendo una compleja colección de más de trescientos Estados, la mayoría de ellos de un tamaño insignificante. La monarquía de los Habsburgo austriacos, que incluía territorios de la actual Bélgica (a partir de 1713), el norte de Italia, Hungría (a partir de 1683), Europa central y el norte de los Balcanes, no era prácticamente otra cosa que una alianza dispersa de reinos diferentes, precariamente unidos en la persona del emperador. Incluso en Francia, la integración de las provincias adquiridas por matrimonio, diplomacia y conquista se hacía muy cuesta arriba: en fecha tan tardía como 1720, París tuvo que aplastar una conspiración separatista de nobles bretones furiosos por las dificultades económicas y la carga fiscal[209]. La formación de Gran Bretaña, sobre el fundamento poco seguro de una monarquía compartida, comenzó de forma indecisa en 1707 con la unión de Inglaterra y Escocia, puesta gravemente a prueba por dos rebeliones escocesas, y bajo la amenaza constante de la desafección irlandesa. Para los Estados marítimos del Lejano Oeste europeo, como para los imperios del interior de Europa oriental, la política exterior giraba aún en gran parte sobre la lealtad de sus provincias periféricas.

Dos consecuencias importantes se derivaron del limitado grado de integración política conseguido por los principales Estados del Antiguo Régimen. En primer lugar, solían carecer de los medios para ejercer un control real sobre las actividades de sus súbditos en el mundo extraeuropeo. La política colonial era un campo de batalla en el que los grupos de presión mercantiles, las redes aristocráticas y la corte forcejeaban sin que hubiera un claro vencedor, y el resultado fue a menudo dejar los asentamientos agrícolas o comerciales a su propio arbitrio,

en una especie de «descuido saludable»[210]. En segundo lugar, para la mayoría de los europeos la ausencia de un sentimiento nacional vinculante y de peso significaba que la lealtad dinástica era el único fundamento práctico de la vida política. En realidad, las prerrogativas dinásticas se diluían en organismos consultivos o representativos que defendían libertades y privilegios establecidos, pero no había ninguna ideología ni modelo político propios del Antiguo Régimen que se pudiera exportar a otro lugar o transferir a un entorno exótico en ultramar. El equilibrio de derechos y prerrogativas en cada Estado (y cada unidad) dependía de las costumbres y precedentes locales, heredados y defendidos por intereses locales. Tal forma de pensar la habían llevado a América los colonos españoles e ingleses, lo que contribuye a explicar las dificultades con las que topaba todo intento de afirmar la autoridad del centro imperial[211]. Como resultado, era difícil ver cómo ningún Estado europeo podría expandir drásticamente sus territorios sin poner en peligro los delicados mecanismos políticos de los que dependía su estabilidad en la metrópoli. No es de extrañar que entre los comentaristas políticos de la época fuera habitual hacer hincapié en la importancia de mantener un territorio compacto para que el equilibrio de la prerrogativa real con los privilegios aristocráticos, mercantiles, religiosos, municipales y regionales no se volviera totalmente ingobernable[212].

De hecho, y a pesar de toda la asombrosa extensión del ámbito europeo que suponía, América también ponía de manifiesto los límites del expansionismo de los Estados del Antiguo Régimen. En la América tanto inglesa como española, el precio de la expansión imperial fue una autonomía colonial de hecho[213]. Cuando el rico hacendado de Virginia Nathaniel Bacon encabezó una rebelión contra el gobernador en 1676 (acusándole de ser blando con el pueblo pamunkey) e incendió la capital colonial de Jamestown, era poco o nada lo que podía hacer Londres. Por suerte, quizá, Bacon murió de *bloody flux* (disentería) antes de poder afianzar su régimen rebelde[214]. Por

su parte los gobiernos imperiales metropolitanos se mostraron por lo general reacios a desviar recursos militares y navales escasos para proteger o ampliar sus posesiones coloniales, cuyos líderes tenían que competir (con todas las desventajas de la lejanía) con la multitud de grupos de presión internos, camarillas e intereses que clamaban por la atención de monarcas y ministros. Por supuesto, a los gobiernos de Londres, París y Madrid sí les preocupaba, y mucho, salvaguardar los ingresos procedentes del comercio ultramarino, y estaban dispuestos a emplear la fuerza para impedir la intromisión de Estados rivales: fueron tensiones de este tipo las que llevaron en 1739 a la guerra del Asiento (para los ingleses, «de la oreja de Jenkins»), en la que una disputa por el maltrato dado a un capitán británico por guardacostas españoles en el Caribe acabó en guerra. En general, sin embargo, se mostraron poco inclinados a hacer de la expansión territorial el centro de sus planes estratégicos[215], y tendían más bien a ver las colonias como una extensión oportuna de sus sistemas clientelares en vez de como un refuerzo del poderío nacional[216].

Por todas estas razones, los Estados del Antiguo Régimen estaban políticamente mal dotados para lanzarse decididamente a la conquista del mundo extraeuropeo, pues con la importante excepción de Rusia, sus aristocracias tenían muy pocos incentivos para asumir las cargas de la conquista territorial. Y sin embargo, a veces se argumenta que la naturaleza competitiva y pluralista del sistema de Estados europeo, dividido en múltiples Estados y grandes potencias antagónicas, fue un campo de pruebas para guerras que se extendieron inevitablemente a otras partes del mundo, además de favorecer progresos en la táctica y la organización militares, de tal modo que los europeos adquirieron la motivación y los medios para dominar el mundo casi a despecho de sí mismos.

La Europa del Antiguo Régimen, desde luego, gastó mucho en sus ejércitos y armadas, cuyo empleo en la guerra vino a su-

poner un 54 por ciento del gasto público de las monarquías europeas durante el siglo XVIII[217]. El tamaño de los ejércitos europeos había crecido rápidamente a partir de 1660[218]. El ejército francés llegó a tener unos 400.000 hombres en la década de 1690, y tanto Gran Bretaña como los Países Bajos (con poblaciones mucho menores) sufragaron ejércitos de 100.000 hombres durante la guerra de Sucesión española (1702-1713). La organización militar también se fue profesionalizando cada vez más, con la introducción gradual de los uniformes, la instrucción y un cuerpo regular de oficiales[219]. La frecuencia del combate y el empleo generalizado de extranjeros como oficiales y tropa estimularon la rápida difusión de nuevas técnicas por toda Europa, pero antes de la década de 1750, e incluso después, no era en absoluto evidente que este desarrollo precoz de la capacidad bélica confiriera a los europeos una ventaja importante en la mayoría del resto del mundo. Existen varias razones para ello: los ejércitos europeos habían evolucionado hasta convertirse en máquinas altamente especializadas para luchar unos contra otros, pero no contra fuerzas cuya «doctrina estratégica» fuese radicalmente diferente. Esto quedó dolorosamente de manifiesto en los encuentros entre tropas británicas e indígenas de América del Norte en la década de 1750[220]. Cuando las tropas británicas comandadas por el general Braddock (más veterano de la mesa de juego que del campo de batalla) marcharon a los bosques y entablaron batalla en las inmediaciones de la actual Pittsburgh, su formación cerrada y el colorido de sus uniformes, secreto del orden y la disciplina en una batalla europea, se convirtieron en su sentencia de muerte. Las guerras de asedio y maniobra características de los conflictos europeos no eran aplicables a otros lugares en los que las condiciones geopolíticas eran muy distintas, aun en el caso de haber podido desplegar el número de tropas necesario. La guerra al estilo europeo había llegado a depender de una infraestructura de suministro elaborada, a falta de la cual se detenía bruscamente. Incluso en el propio continente europeo, los

ejércitos obtenían resultados muy pobres en zonas marginales como Danubia[221] o la estepa póntica, al norte del mar Negro[222]. No menos importantes fueron los terribles efectos de las enfermedades tropicales, que destruían a los ejércitos europeos en ultramar con mayor eficacia que cualquier fuerza militar. Cuando en 1742 los británicos enviaron una expedición para tomar Cartagena de Indias en el Caribe, tres cuartas partes de las tropas quedaron pronto fuera de combate. Como escribió el cirujano naval Tobias Smollett: «Una fiebre con náuseas […] atacó con tal virulencia que tres cuartas partes de aquellos a los que invadió murieron de modo deplorable; el color de su piel había mudado, por la extrema putrefacción de los fluidos, al del hollín»[223]. Incluso el poder naval estaba sujeto a algunas limitaciones del mismo tipo. Los navíos y barcos eran bienes de equipo extremadamente caros cuyo valor se deterioraba rápidamente en condiciones adversas, y en la guerra naval predominaban también la cautela y la maniobra. Era mucho lo que había en juego: una derrota total podía significar la invasión o la destrucción de la flota mercante, y, por tanto, las armadas solían permanecer cerca del propio país. Incluso la ocasional escapada al Caribe, cuyas condiciones de navegación eran conocidas desde 1500, planteaba riesgos por el tiempo o las infecciones, mientras que el temor a los huracanes o las condiciones de viento adversas hacían peligroso demorarse en las costas de la India cuando comenzaba el monzón del norte en octubre[224]. Desde luego, los navíos de guerra europeos solían gozar de una ventaja importante sobre sus homólogos extraeuropeos en cuestión de armamento, y a veces en velocidad y capacidad de maniobra, pero rara vez podían desplegarse en gran número, y los imperios del interior o los Estados terrestres de otras partes de Eurasia eran en buena medida inmunes al acoso naval que tan destacado papel desempeñaba en la guerra europea.

Todo ello limitaba la medida en que los conflictos europeos podían ampliarse a áreas del mundo que no hubieran sido ya

colonizadas. En la práctica, la política internacional de Europa solía ser demasiado introvertida como para suponer una amenaza importante para otras partes de Eurasia, y era también de una inestabilidad compulsiva, pues la diplomacia europea estaba dominada por dos fuerzas dinámicas que reaccionaban de forma explosiva entre sí: la primera era el esfuerzo por mantener un equilibrio aproximado entre los numerosos y desiguales miembros del sistema de Estados europeo[225]; el segundo era el factor dinástico, una mezcla impredecible de ambición dinástica y de los accidentes de nacimiento y personalidad. Las reclamaciones dinásticas enfrentadas desencadenaron la guerra a una escala masiva entre 1702 y 1713, estuvieron detrás de la gran guerra del Norte entre Rusia y Suecia (1700-1721) y provocaron la guerra de Sucesión austriaca (1740-1748) cuando Federico II de Prusia se apoderó de la Silesia austriaca. Además, aunque la anarquía de la política dinástica quedase en alguna medida compensada por la tendencia de las potencias europeas dominantes a construir «sistemas» diplomáticos conservadores (hasta la década de 1680 un sistema español, a partir de esa fecha, uno francés)[226], cualquier pauta establecida estaba constantemente amenazada por acontecimientos en las grandes zonas de inestabilidad: el desvencijado imperio de los Habsburgo, los territorios fronterizos del sudeste de Europa, los anárquicos Polonia y el Báltico, y (hacia el final del siglo) las turbulentas islas británicas. Sin embargo, lo fundamental de la era del equilibrio es que ninguna potencia europea era lo bastante fuerte como para dominar a las demás por completo, ni para emprender un programa de conquistas en ultramar que estuviera a salvo de la competencia de sus rivales europeos.

Los costes de esta inestabilidad endémica y la mentalidad de pelea de gallos que alimentó fueron grandes. Cualquier estímulo tecnológico y comercial que pudiera haber aportado la guerra probablemente fue superado por los efectos destructivos, el derroche de recursos escasos y la mayor incertidumbre económica, ya incluso en condiciones premodernas, una gran barrera

a la inversión y la actividad emprendedora[227]. Las rivalidades europeas dieron también ventaja a los extraeuropeos: a los indígenas americanos del interior más allá de los Apalaches y, quizá más que a nadie, a los otomanos, que explotaron hábilmente los conflictos europeos para proteger sus fronteras amenazadas hasta la década de 1760. Fue la necesidad urgente de volver a desplegar su ejército contra Luis XIV lo que obligó al emperador habsburgo a llegar a un acuerdo con el sultán en la Paz de Karlowitz de 1699. La pericia tecnológica y comercial de los occidentales quedaba contrarrestada por el hecho de que su competitividad y sus agresiones estuvieran dirigidas en tan gran medida contra sí mismos.

Estos límites a la capacidad y a la ambición de Europa se reflejan de forma muy llamativa en su pensamiento y en su cultura en sentido amplio. La mayoría de los contemporáneos hacía una distinción fundamental entre las relaciones de Europa con América y las que mantenía con África y con Asia, es decir, con el resto del mundo conocido. América ejercía una gran fascinación sobre la imaginación europea, aunque existiera una tendencia del pensamiento científico para la que este continente «nuevo» era un entorno duro y hostil en el que la psique humana exhibía marcadas tendencias degenerativas[228]. Lo que animaba a los europeos es que creían tener tanto el derecho como los medios de «hacer» o rehacer América a imagen de Europa, o incluso a convertirla en una versión mejorada del viejo continente. En parte, este imperialismo intelectual fue el producto de la facilidad con la que se había impuesto la dominación europea y del carácter total del colapso de las sociedades indígenas. No obstante, se fundaba también en una serie de supuestos sociales y culturales que expuso brillantemente John Locke. El que los amerindios no desarrollaran un sistema de propiedad reconocible para los europeos, argumentaba Locke, era lo que justificaba la rapiña colonial de tierras[229]. En cambio, aunque está claro que Locke consideraba al Imperio otomano una tiranía odiosa, y esperaba que los cristianos a los que

había conquistado se rebelasen, no expresó ninguna convicción semejante en el sentido de que Europa tuviera el menor derecho a conquistar y ocupar África o Asia, aun suponiendo que tuviera los medios para hacerlo. En esto, Locke, excepcionalmente bien leído en materia de literatura geográfica y de viajes de su tiempo[230], reflejaba probablemente el tono respetuoso de los escritos contemporáneos más influyentes acerca de los imperios otomano, safávida, mogol y chino. Rycaut, De Chavannes, Bernier y Du Halde describieron Estados y civilizaciones por los que los europeos podían sentir aversión e incluso desprecio, pero no daban pie a creer que la conquista europea estuviese moralmente justificada, no digamos ya que fuera factible desde el punto de vista práctico. Los jesuitas, que prácticamente monopolizaban las fuentes de información sobre China, dieron de ella la imagen de un régimen ordenado y benéfico regido por funcionarios eruditos[231]. Los críticos dieciochescos recurrieron al Irán safávida y a la China Ching como espejo para poner al descubierto la intolerancia, el militarismo y el mal gobierno de los europeos. En *El espíritu de las leyes* (1748), Montesquieu, que antes había expresado unas reservas muy de moda sobre la colonización americana en sus *Cartas persas* (1721) («los imperios son como las ramas de un árbol que secan el tronco»)[232], retrató China como un despotismo eficiente y poderoso en el que la religión y el orden social estaban demasiado integrados como para que ninguna influencia exterior (cristianismo incluido) pudiera penetrar allí con éxito[233]. Más aún, gran parte del argumento de Montesquieu encarnaba la influyente idea de que la topografía y el clima tienen un efecto decisivo sobre el orden social y político, doctrina que implícitamente indicaba lo peligroso y artificial que sería la intrusión europea en el mundo no europeo: «Los que se han asentado allí no pueden acomodarse al modo de vivir en un clima tan distinto del suyo; están obligados a obtener de la patria madre todo lo necesario para vivir»[234]. Otros lo explicaban de forma más sencilla. «La villanía es algo inherente a este clima», es-

cribía un oficial naval británico en Jamaica en 1731[235]. Entretanto, la creencia optimista del primer Renacimiento en la posibilidad de una cultura cristiana universal había sido reemplazada hacía mucho por una insistencia en la diversidad enfrentada de religiones y civilizaciones[236].

El imperialismo de tierra firme: de Moscovia a Rusia

Así, el mayor logro de los europeos occidentales en este periodo fue el desarrollo más pleno de su economía marítima euroamericana. Sin embargo, la expansión europea tuvo dos caras: hacia el mar y hacia la tierra. Entre 1620 y 1740, la expansión terrestre más dinámica realizada por europeos se produjo en las fronteras rusas.

El papel de Rusia en la historia de la expansión europea en su conjunto ha sido siempre controvertido. Para historiadores rusos de la segunda mitad del siglo XIX como Soloviov o Kliuchevski, toda la historia rusa estaba vinculada a su empresa colonial y a su transformación heroica en un gran Estado imperial igual a las mayores potencias de Europa central u occidental. Para muchos observadores europeos occidentales, por otra parte, Rusia pareció a menudo un Estado «asiático» semibárbaro en el que un fino barniz occidentalizado apenas disimulaba las raíces orientales de la autocracia zarista, y en absoluto podía ocultar el atraso de la vida rural[237]. En tiempos más recientes se le ha atribuido a Rusia un papel ambiguo en el proyecto de dominación mundial europeo. En un relato influyente de los orígenes del «sistema-mundo moderno» se argumentaba que, en el curso de los siglos XVII y XVIII, Rusia pasó de ser un área económica autónoma a una parte de la «semiperiferia» del capitalismo europeo: el colaborador, instrumento y víctima del impulso dominador del «núcleo» europeo, y, con el tiempo (después de 1917), un Estado rebelde y enfrentado a él[238].

Llamar a Rusia «potencia semiperiférica» resulta útil para poner de relieve lo muy parcial de su transformación económica o social según los criterios occidentales, una persistente conciencia de su diferencia cultural, y la lucha endémica entre occidentalistas y modernizadores, por una parte, y viejos creyentes, eslavófilos y *narodniki* («populistas») por otra, que en diversos momentos denunciaron la subordinación rusa a una cultura ajena (occidental). También es una denominación profundamente engañosa: por parcial que fuese su «modernización», Rusia siempre fue, quizá desde 1700, y sin duda desde 1762, una de las cinco o seis grandes potencias que componían el mal avenido comité de dirección de los asuntos europeos. Se convirtió en la segunda potencia imperial más grande en Asia después de Gran Bretaña, y en una colonizadora colosal. Su cultura oficial proclamaba una misión civilizadora imperial con tanto ímpetu como sus equivalentes en Gran Bretaña y Francia, donde también había movimientos disidentes que rechazaban el agresivo mensaje expansionista de la modernidad imperialista. Ante todo, no cabe la menor duda de que la Rusia imperial desempeñó un papel fundamental junto a los Estados marítimos occidentales para garantizar la dominación europea de Eurasia en el siglo XIX al ayudar a poner cerco al ámbito musulmán, debilitar el tejido político de los principales Estados islámicos y contribuir a la demolición del antiguo orden mundial de Asia oriental centrado en China. Como vanguardia terrestre de la expansión europea en Asia, ningún otro país hace sombra al papel de Rusia en la creación del moderno sistema mundial ya erigido en 1900.

Hay otra razón más para resistirse a una visión de la historia universal que relega a Rusia a un papel secundario como agente y víctima parcial de una demoledora maquinaria capitalista forjada en las capitales del «núcleo» europeo. Europa, incluso la «Europa política», contrapuesta a una Europa geográfica que habría tenido que incluir los Balcanes otomanos, no puede reducirse en ningún periodo a una jerarquía de grandes potencias

capitalistas con sus «periferias» y «semiperiferias» dependientes. Europa fue casi siempre una confederación informal de Estados culturalmente similares en cuyas relaciones mutuas la fuerza económica era solo una de varias variables importantes. La afiliación religiosa, la lealtad dinástica, la ideología y la cohesión nacional interactuaban de forma impredecible con las fuerzas económicas para asegurar la supervivencia de ciertas unidades culturales y políticas, y la amalgama o desaparición de otras. El resultado fue una pauta de Estados marcadamente diferenciados, cuya competencia y conflictos obedecían no a la simple aspiración de ser la primera potencia o de dominar el «núcleo», sino a la periódica (y quizá endémica) incompatibilidad de sus intereses dinásticos, religiosos, estratégicos y territoriales, amén de comerciales. Esta diversidad demostró en repetidas ocasiones que estaba demasiado arraigada como para imponerle una homogeneidad continental, ni siquiera por medio del genio de Napoleón. Una y otra vez actuó como un freno poderoso al impacto colectivo de Europa sobre el mundo extraeuropeo. En último término, quizá la faceta más persistente del conflicto intraeuropeo en afectar al mundo extraeuropeo fue la que existía entre el gran imperialismo terrestre y sus rivales marítimos. Así, Rusia no solo dio forma a la dominación europea de Eurasia, sino que subvirtió además la supremacía potencial de Europa en momentos y de maneras cruciales.

Reconocer la diversidad europea supone rechazar el argumento de que Rusia (como han creído siempre algunos europeos y rusos) fuese una civilización separada, distinta y ajena, de tal modo que la Europa «verdadera» se limitara al norte de Italia, Francia, Alemania occidental, los Países Bajos y Gran Bretaña: una especie de Comunidad Europea incipiente. En realidad, la Rusia tardomedieval, al igual que la España tardomedieval, había sido una importante región cultural de la Europa cristiana. Como España, la Rusia del siglo XV emprendió un proceso de colonización masivo. Como los monarcas españoles, los soberanos de Moscovia retuvieron en sus manos el

botín de la conquista para su provecho individual y dinástico. Hubo diferencias determinantes, sin embargo. La diferencia religiosa de Rusia y la intensa aversión con que la Iglesia ortodoxa rusa contemplaba a la Iglesia católica dictaban que el poderoso canal de influencia recíproca que vinculaba a España con el resto de la Europa católica apenas funcionara en el caso de Rusia: hasta finales del siglo XVII, las ideas católicas europeas no fueron allí una referencia cultural importante[239]. En segundo lugar, la colonización rusa no produjo la riqueza deslumbrante que sirvió para financiar las ambiciones de los Habsburgo españoles. En cualquier caso, con su lejano ámbito comercial, las ganancias coloniales rusas en Siberia no eran fácilmente saqueables ni accesibles para los Estados marítimos europeos, y esto también facilitó a los zares un control férreo de los beneficios mercantiles y territoriales del imperio. El relativo aislamiento cultural y comercial reforzó la individualidad de trayectoria expansionista rusa.

La magnitud de esa expansión en los siglos XVII y XVIII fue espectacular. Se ha calculado que la superficie territorial rusa pasó en 1600 de 5,4 millones de kilómetros cuadrados a más de 15 millones un siglo más tarde[240]. Habiéndose establecido más allá de los Urales hacia 1600, los comerciantes de pieles rusos controlaron las rutas fluviales y los portes por tierra de la cuenca del Yeniséi en torno a 1620, y llegaron al Lena en el transcurso de la década siguiente. En 1639 su vanguardia alcanzó el mar de Ojotsk y el Pacífico[241]. A la vez, otros comerciantes llegaban a la región situada más allá del lago Baikal («descubierto» en 1643) y el gran río Amur en 1643. El Amur conducía a través de Manchuria hasta al mar Amarillo, y la llegada allí de los rusos coincidió con la conquista manchú de China. En cuarenta años los rusos habían extendido una madeja de influencia sobre el norte de Asia, pero apenas era más que una frágil red de rutas comerciales. Incluso en el oeste de Siberia la ocupación rusa se limitaba a los bosques del norte: las es-

tepas estaban en manos de los nómadas kirguises. Dependiente del suministro de alimentos desde Rusia y encerrada en sus fuertes, la población de colonos creció muy despacio hasta la década de 1660, cuando el reforzamiento de su control militar permitió colonizar gradualmente las llanuras abiertas. Con todo, la población masculina de la Siberia rusa no pasaba de 400.000 hombres en fecha tan tardía como 1760[242]. Más al sur sucedió algo parecido: la lenta ocupación de la estepa abierta por la nobleza rusa y sus siervos que emigraban al este desde tierras viejas o agotadas. La fundación de Oremburgo en 1725 marcó una fase crucial de este proceso de colonización armada[243]. La antigua sociedad de la estepa fue estrangulada paulatinamente a medida que una serie de *limes* defensivos, barreras fortificadas construidas con una enorme cantidad de trabajo, bloqueaban las rutas comerciales y las incursiones de los nómadas. Aun así, en el lado ruso, las malas comunicaciones y la escasez de hombres hacían de la colonización rural un proceso desesperantemente lento. En la frontera de Europa con el Asia interior, durante mucho tiempo la expansión demográfica pareció tan renqueante como en la tierra firme de Norteamérica hasta la década de 1750.

Para Pedro el Grande (1689-1725) y los zares anteriores, el gran problema estratégico estaba al oeste y en la escasamente poblada Ucrania («tierra de frontera») al sur. La gran Unión polaco-lituana había amenazado con aplastar a Moscovia durante el Periodo Tumultuoso, entre 1598 y 1613. Después de 1613 los zares Romanov tuvieron que hacer frente tanto a la rivalidad territorial de Polonia como a la nueva amenaza que suponía el reino del cobre de Suecia, que en aquel entonces estaba haciéndose con un amplio imperio en el Báltico. Al igual que ocurría con los polacos, el ascenso del poder sueco amenazaba con desplazar y alejar de Europa a la Rusia moscovita, destruir su misión de «reunificar» a los pueblos rusos y, mediante una alianza oportunista con los cosacos descontentos, descuajar de raíz la influencia moscovita en Ucrania. El gran logro de Pedro

fue destruir aquel imperialismo sueco, al que arrebató Estonia, una importante provisión de grano y complemento de las defensas de la nueva capital imperial en San Petersburgo, adonde trasladó su gobierno en 1716. El Tratado de Nystad (1721), con el que terminó la gran guerra del Norte, señalaba claramente el ingreso de Rusia entre las grandes potencias europeas y la eliminación de los rivales suecos y polacos como una amenaza seria. El propio Pedro abandonó el viejo nombre «Moscovia» y adoptó en su lugar el título más grandioso de «Imperio ruso», y su senado proclamó que Rusia «se había unido a la comunidad de naciones políticas»[244].

La victoria en Ucrania era particularmente vital para la expansión imperial de Rusia hacia el este. Tras el Tratado de Pereslavl de 1654, los zares habían mantenido una relación especial con el Hetmanato, la parte de Ucrania que quedaba más allá de la esfera del control polaco en esta zona semicolonial. En el Hetmanato, una clase terrateniente emergente, los *starshina,* temerosos de que continuara la expansión polaca e inquietos por la turbulenta frontera cosaca al sur, se volvieron hacia la Rusia moscovita como el modelo de orden social más prometedor[245]. Con la élite tan dividida, los esfuerzos de los líderes ucranianos, como el carismático hetmán Mazepa, por mantener su autonomía por medio de alianzas con los otomanos, polacos o suecos eran necesariamente arriesgados. En 1709, la victoria aplastante de Pedro sobre Mazepa y un herido Carlos XII de Suecia en la batalla de Poltava señaló la incorporación efectiva del este de Ucrania a su sistema imperial. Proporcionó tierras nuevas a la aristocracia colonizadora y una valiosa reserva de hombres para la guerra entre la población cosaca. Como fase en el avance de Rusia hacia el imperio euroasiático, la adquisición de Ucrania, que despejaba el camino hacia el mar Negro, se podría comparar a la conquista británica de Bengala en 1757.

¿Qué había detrás del surgimiento de este conglomerado imperial que había creado una máquina tan potente de expansión territorial en el ala oriental de Europa (un «Turco del norte», como lo llamó con cierto espanto el filósofo Leibniz)? El engrandecimiento de Rusia fue impulsado por los temores y ambiciones de los Romanov, que explotaron hábilmente el horror a la invasión y la anarquía de la Iglesia ortodoxa y la nobleza sin propiedad. A partir de 1650, la corona afianzó su control tanto sobre la Iglesia como sobre la aristocracia: abolió el patriarcado ortodoxo, y un ejército regular basado en el modelo europeo y la «tabla de rangos» de Pedro (que formalizó el vínculo entre la condición nobiliaria y el rango militar o burocrático) consolidaron el poder y la autoridad del monarca. La expansión territorial y el crecimiento económico fueron ligados con éxito a la centralización política. La obediencia de los nobles quedaba asegurada, en parte, por la perspectiva de cesiones de tierras en las áreas conquistadas, fuente de muchas de las fortunas de la aristocracia, y uno de los motivos del persistente descontento cosaco en la Ucrania rusa. A través de los *gosti* o comerciantes oficiales, los zares también controlaban y explotaban sectores rentables del comercio exterior e interno, entre ellos el de la sal[246], mientras Pedro construía también fábricas estatales y arsenales para aprovisionar a sus ejércitos. Por último, los nuevos territorios acumularon recursos imponibles para el imperio, permitiendo a Pedro triplicar sus ingresos, mientras que la incorporación de Estonia y Ucrania a la Rusia moscovita casi dobló su capacidad productiva[247]. Al igual que las conquistas españolas en el Nuevo Mundo, por tanto, la expansión rusa se alimentó de sí misma, alentada por las ganancias de la lotería de la conquista.

Con todo, esto solo puede ser parte de la respuesta. La Rusia moscovita del siglo XVII respondía también a las influencias culturales e intelectuales de otras partes de Europa. Las famosas inspecciones de incógnito de Pedro en los astilleros holandeses tuvieron su precedente en el empeño con el que los zares

precedentes adoptaron los métodos burocráticos y diplomáticos de las monarquías europeas más grandes. Los soberanos y eclesiásticos rusos tomaron prestadas ideas sobre lo magnífico y lo espiritual del arte barroco y la arquitectura de Europa central, y las adaptaron a su propia tradición[248]. Los temores ortodoxos a la influencia católica dieron pie a un interés renovado por la liturgia griega y bizantina, y estimularon formas de culto más sofisticadas y sistematizadas. Fue esta «reforma rusa» de las décadas de 1650 y 1660 la que provocó el cisma de los viejos creyentes. La importancia de estos cambios reside en la forma en que dotaron al emergente Estado ruso (por oposición al anterior moscovita) del prestigio cultural, los recursos literarios y la sofisticación ideológica con los que pudo mantener la lealtad de los barones germánicos de Estonia, la aristocracia medio polonizada de Ucrania y su propia aristocracia. La alternativa (aferrarse a las antiguas tradiciones comunitarias primitivas rusas y al culto tradicional) era incompatible con la expansión territorial, la asimilación de otras culturas y la aspiración a ser una gran potencia en Europa, para todo lo cual existían ya poderosos intereses creados.

Por último, como los zares anteriores, Pedro el Grande comprendía que la supervivencia de su régimen dependía de la incorporación al sistema diplomático de los Estados europeos y a la influencia que gracias a él se podía ejercer, caso de su útil alianza con Dinamarca contra Suecia. Verse expulsados de la «Europa política» por Polonia o Suecia habría sido una catástrofe, y al temor ante esta posibilidad obedeció su furiosa impaciencia por adoptar las prácticas administrativas, técnicas y hasta el modo de vestir de Europa occidental, con el fin de superar a sus vecinos europeos en la lucha por la supervivencia geopolítica. Las «reformas simbólicas» de Pedro tenían como objetivo poner de manifiesto la terrible urgencia del cambio político. Al regreso de su viaje por Europa de 1698, prohibió las barbas y cortó en persona las de los nobles más destacados. La indumentaria tradicional rusa (una túnica o caftán suelto) tam-

bién se prohibió, y se impuso la vestimenta alemana. A las mujeres de la corte se las hizo adoptar los escotes pronunciados que había admirado Pedro en el transcurso de sus viajes, aunque parece ser que la antigua costumbre de las mujeres de pintarse los dientes de negro sobrevivió durante más tiempo que el viejo recato en el atuendo femenino. Incluso ya muerto, Pedro marcaba la pauta. Al estilo occidental, en su ataúd llevaba un abrigo carmesí, botas y espuelas, sus medallas y su espada.

Pedro tenía grandes talentos como organizador y estratega, pero también se benefició de la incoherencia del sistema político polaco, del agotamiento de los recursos de Suecia hacia 1700 y de la reticencia otomana a intervenir contra él en momentos decisivos[249]. Lo cierto es que la dinámica que animó la expansión rusa no obedece a ningún factor aislado, sino a la extraordinaria combinación de circunstancias favorables en el siglo que siguió a 1613: la consolidación de un orden social cuya disciplina salvaje reflejaba la mentalidad del campamento militar[250]; la receptividad a la innovación cultural procedente de otras partes de Europa; el rentable papel de Rusia como intermediario entre Europa y Oriente Próximo[251]; su frontera terrestre abierta, que contribuyó a estimular la expansión y sirvió para lubricar la imposición de un poder autocrático; su papel como pivote en la diplomacia de la estepa y la fortuna geoestratégica que permitió excluir a sus rivales europeos de toda la Eurasia al norte del mar Negro a partir de 1710. Aquel era un modelo de expansión europea a la altura del oeste marítimo.

La renovación en Asia oriental

Vista desde Occidente, el rasgo más llamativo de la historia de Asia oriental fue su repliegue sobre sí misma tras las convulsiones que habían marcado la primera mitad del siglo XVII. Tanto en China como en Japón, la instauración de nuevos regíme-

nes políticos condujo a buscar la consolidación política y cultural interna y a reducir deliberadamente los contactos diplomáticos y comerciales con el exterior. A primera vista, pues, se da un marcado contraste entre Asia oriental —sumida en una deriva rumbo al estancamiento cultural y económico tras la barrera política de la diplomacia xenófoba— y Europa, con su apertura cultural, su vigoroso comercio ultramarino y su política competitiva. Sería fácil concluir que el freno impuesto a la expansión europea por el largo ciclo económico negativo posterior a 1620 fue solo una «pausa cargada» que ocultó el creciente abismo que estaba abriéndose entre un Occidente dinámico y un Oriente que, atrapado en el conservadurismo y la introversión, había dado la espalda al progreso.

Antes de emitir semejante veredicto, debemos examinar detenidamente las consecuencias de la gran renovación que acompañó tanto al sogunato Tokugawa como a la dinastía Manchú (o Ching). Ambos crearon entidades políticas que duraron unos 250 años. Ambos gobernaron durante un periodo de rápido crecimiento de la población, amplia colonización agrícola, auge del comercio interior y demanda de libros en aumento. Conviene mostrar escepticismo ante las generalizaciones indiferenciadas que hablan de estancamiento, y no hay que apresurarse tanto en suponer que la muy limitada participación de China en el comercio internacional a partir de aproximadamente 1690 señala su incorporación a la «periferia» subordinada de un «sistema-mundo» europeo[252]. De hecho, un examen más atento tiende a sugerir que la reconstrucción de Asia oriental después de 1620 desempeñó un papel vital a la hora de fortalecer a sus civilizaciones frente al impacto pleno de la expansión europea que se hizo sentir en gran parte del mundo extraeuropeo después de 1750.

El colapso gradual de la dinastía Ming en el norte de China culminó en la toma de la capital imperial por los manchúes en 1644 y, nominalmente, el comienzo de una nueva era dinástica,

la de los Ching, como se llamaban a sí mismos los Manchú[253]. El verdadero fundador del imperio Ching, sin embargo, fue Kangxi (n. 1654, r. 1661-1723), cuyo largo reinado tuvo la misma importancia para la consolidación del dominio de los Ching que había tenido el de Akbar para el de los mogoles en la India. Cuando Kangxi ascendió al trono, las perspectivas para un régimen imperial estable eran malas. Como élite gobernante, los manchúes no habían efectuado aún la transición desde el sistema de clanes característico de la sociedad nómada de las estepas[254]. La noción de sucesión dinástica (algo fundamental para la continuidad del régimen imperial) les era ajena. La política de clan suponía una competencia continua por la influencia y el poder, el compartir una y otra vez los botines de riqueza capturada y tierras entre los clanes dominantes y sus jefes. Estaba en profunda contradicción con el sistema confuciano de imperio consolidado durante la era Han (206 a. C.-220 d. C.) y que había alcanzado su apogeo autocrático bajo los Ming. En parte por esta razón, extensas áreas del sur de China y grandes segmentos de la élite funcionarial seguían estando disconformes con la autoridad manchú. Fue este estado de cosas, y su dependencia de aliados chinos para superar la resistencia Ming, lo que había obligado a los manchúes a delegar extensos poderes en los generales chinos encargados de someter a las provincias del sur y el sudoeste. Más aún, llegada la década de 1670, tres de estos generales (los llamados tres feudatarios) gozaban de una autonomía prácticamente total de Pekín, y ante ellos se abría la perspectiva tentadora de asentar sus propias pretensiones dinásticas. Sumado a este catálogo de dificultades, los manchúes se enfrentaban a nuevas amenazas a su autoridad en el interior de Asia: la de los calmucos, la del imperio teocrático del Dalai Lama en el Tíbet y, en la región al sur y al este del lago Baikal, la de los funcionarios zaristas y los comerciantes de pieles rusos. Entretanto, en la frontera marítima del mar de la China Meridional, la caída del poder Ming y las oportunidades así creadas para el comercio marítimo habían engendrado

el Estado comerciante y corsario del filibustero Koxinga (Cheng Ch'eng-kung), con una base segura, al parecer, en la inexpugnable isla de Taiwán[255].

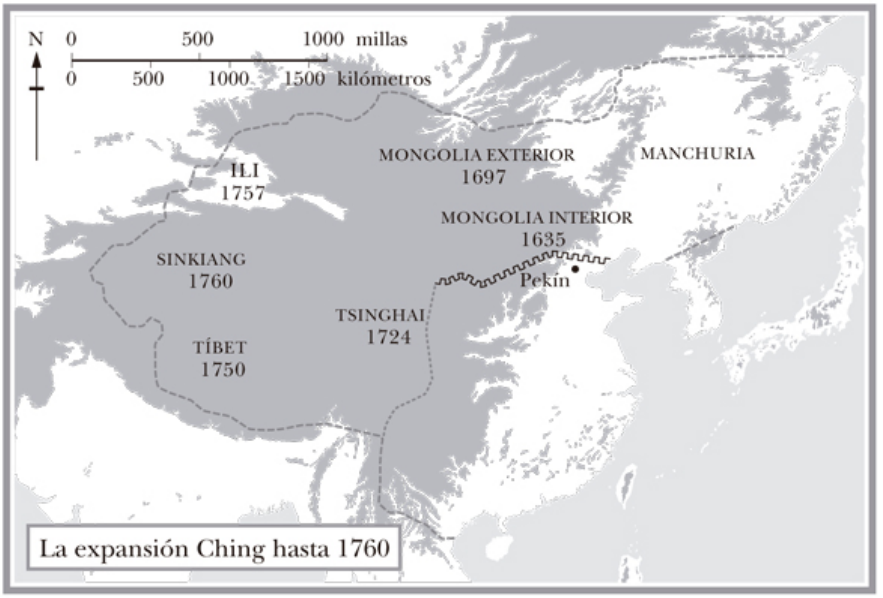
La amenaza más inmediata para la supervivencia de los manchúes era su falta de verdadero control en el sur de China. Conscientes de que Kangxi estaba decidido a aplastarlos, en 1673-1674 los feudatarios se rebelaron abiertamente. El general Wu, el más poderoso de los tres, ofreció desdeñosamente a la corte manchú una partición en la que no les dejaba más que Manchuria y Corea[256]. Una posibilidad más real era la división de China a lo largo del Yangtsé, negando al norte de China y al gobierno imperial su reserva vital de alimentos y reduciendo Pekín a un resto de Estado en equilibrio precario sobre un flanco del interior de Asia. Tras una lucha prolongada, Kangxi se encontraba en una posición favorable a principios de la década de 1680, en parte porque Wu había muerto (de disentería) en 1678[257] y en parte, quizá, porque los generales feudatarios resultaban poco atractivos para los leales a los Ming en el sur y porque los mandarines preferían la continuidad imperial, aunque fuese bajo los manchúes, al gobierno de los señores de la guerra. En 1683 Kangxi había liquidado también al Estado rebelde de Koxinga, y la política drástica de evacuar la zona costera[258] (para negarle a los rebeldes sus recursos), aplicada durante más de veinte años, podía ahora revocarse. El comercio exterior, muy restringido por la misma razón, volvió a restablecerse[259]. A finales de la década de 1680, con el sur de China más o menos pacificado, Kangxi pudo regresar al interior de Asia.

Ningún emperador manchú iba a subestimar el peligro de un nuevo líder de la estepa que tratase de repetir la jugada de los manchúes: construir un Estado fronterizo basado en la fusión de las economías esteparia y agrícola, y lo bastante fuerte como para subvertir la lealtad de la población china. Durante la década de 1670, el soberano calmuco (u oirate) Galdan comenzó a

erigir un imperio estepario de dimensiones amenazadoras. Desde su base original en Zungaria, al oeste de Mongolia, conquistó los oasis y las ciudades comerciales del este de Turkestán. En 1688 invadió la Mongolia exterior y desafió a Pekín[260]. A la vez, la presencia rusa en los límites septentrionales de Mongolia y en Amuria (al norte de Manchuria) presagiaba una alianza provechosa entre estos dos intrusos en el ámbito chino. Quizá Kangxi tuvo suerte de que este doble desafío procedente del Asia interior llegó demasiado tarde para coincidir con los conflictos en China propiamente dicha, pero nunca ningún emperador estuvo mejor preparado para las tensiones mentales y físicas de la guerra fronteriza. Kangxi era un apasionado de la caza, y afirmaba haber matado a más de cien tigres, docenas de osos y leopardos, y casi cien lobos. Consideraba la caza como una forma de preparación para la guerra, y sus frecuentes expediciones a la zona fronteriza, para ejercitarse y visitar a sus tropas, le proporcionaban conocimiento de primera mano del escenario del conflicto y de la táctica y logística necesarias para la victoria china[261].

En un principio, ni los rusos ni los manchúes tenían excesiva idea de cuáles eran la fuerza ni los objetivos de la otra parte. A mediados de la década de 1650, Moscú había empezado a comprender que el misterioso potentado oriental «príncipe Bogdoi» era algo más que un rey cualquiera, y que debía tratársele con tanto respeto como a los emperadores otomano, iraní o mogol[262]. Los rusos no abandonaron la esperanza de que los manchúes accedieran a establecer relaciones diplomáticas y a la apertura del comercio. Había ya un comercio ruso creciente con Asia central y la India que pasaba por Astracán, en la desembocadura del Volga. Se venían intercambiando regularmente embajadas con los calmucos y mogoles desde la década de 1630. Kangxi estaba dispuesto a soslayar el rígido protocolo que gobernaba las relaciones diplomáticas chinas y a reunirse informalmente con los enviados del zar, pero también estaba decidido a desterrar la influencia rusa de Asia oriental. En 1684

advirtió a los mogoles que dejaran de comerciar con Rusia. En 1685 su ejército arrasó Albazin, el puesto avanzado más destacado de los rusos en el valle del Amur. Los rusos volvieron, y la conquista de la Mongolia exterior por parte de Galdan en 1688 amenazó a Pekín con una larga y agotadora guerra fronteriza. La alianza de rusos y calmucos, sin embargo, no llegó a materializarse, y en 1689 en Nerchinsk, en el sudeste de Siberia, Kangxi rodeó a los negociadores rusos con un gran ejército y los obligó a renunciar a toda la vasta zona situada al norte de Manchuria, lo que supuso una derrota para la expansión rusa que no se remontó hasta 1860. En 1690, los ejércitos manchúes emplearon artillería para derrotar a Galdan en batalla[263]. Seis años después, tras una nueva derrota aplastante, Galdan se suicidó. La consolidación final del dominio chino en el interior de Asia, con la conquista de Sinkiang o el Turquestán oriental, no se produjo hasta pasados sesenta años, pero Kangxi había restablecido la autoridad de Pekín en la tierra firme de Asia oriental. Este gran triunfo, continuado por los emperadores Yung-cheng (r. 1723-1735) y Chien-lung (r. 1735-1796) fue la condición geopolítica vital previa para los logros de los Ching en política interior y, a más largo plazo, para la resistencia tenaz frente a las exigencias diplomáticas y comerciales europeas en el siglo XIX.



La expansión Ching hasta 1760

Más aún, esta gran victoria estratégica despejó el camino hacia un periodo excepcionalmente dinámico de la historia china. El emperador Yung-cheng completó la transición desde el régimen de clan que los manchúes habían traído consigo hacia una versión revigorizada e intensificada del absolutismo Ming. Los hombres de las banderas manchúes (ejércitos privados de los príncipes que habían desempeñado un papel clave en la toma del poder) fueron sometidos al control imperial o jubilados[264]. Así se alejó la amenaza de la guerra de facciones en tiempos de sucesión dinástica. Un Gran Consejo nuevo y más flexible sustituyó al Gran Secretariado y al Censorato como centro de toma de decisiones[265]. Una tercera innovación, el sistema de «memoriales de palacio», estimuló un flujo de información confidencial sobre los desafueros de las autoridades regionales. Una meticulosa renovación del sistema de exámenes fue una de las medidas de la reconciliación de Kangxi con los intelectuales mandarines. Este constituía el vínculo vital entre el centro imperial, los nobles eruditos de las provincias y los magistrados del condado *(hsien-chih),* cuyo *yamen* («oficina y residencia») era los ojos y oídos del gobierno imperial. En tanto

los notables aspiraran a ascender en la burocracia a través del sistema de exámenes, con su programa clásico e ideología confuciana, y mientras China fuese gobernada desde ciudades amuralladas con un ejército manchú de lealtad indudable detrás, era improbable que una rebelión se extendiera o durara mucho. Los primeros emperadores insistieron también en la moderación del gasto para aliviar la carga impositiva. Con grandes excedentes fiscales, y habiendo derrotado, intimidado o reconciliado a sus enemigos, los emperadores Ching habían dado con la fórmula para la seguridad en el exterior y la paz en el interior.

Aquel era un entorno favorable para el progreso económico y el renacimiento cultural. Según algunas estimaciones, la población de China se triplicó entre 1723 y 1796, bajo los sucesores de Kangxi. Se produjo una gran extensión del área cultivada, que posiblemente se doblara entre 1650 y 1800[266]. Los chinos de etnia Han colonizaron áreas de bosque en el sur y sudoeste y el Estado reparó canales dañados y construyó otros nuevos[267]. Nuevos cultivos como el maíz (traído por los portugueses) y la batata (que llegó a Fukien en el siglo XVIII) suplementaron al arroz, y se cultivaron también té, añil y azúcar para la exportación, sobre todo en provincias costeras como Fukien y Kwangtung. En la provincia fronteriza de Hunan, en el Yangtsé medio, los funcionarios promovieron los cultivos alternos con su consejo, con incentivos fiscales y suministrando semillas[268]. La China del siglo XVIII vio el fin de la servidumbre, que fue abolida por el emperador Yung-cheng[269], así como la nueva libertad de comprar y vender tierras. El número de poblaciones dedicadas al comercio crecía continuamente. En la región de Kiangnan del bajo Yangtsé, donde las comunicaciones acuáticas habían favorecido el crecimiento de grandes ciudades comerciales, los artesanos de las aldeas manufacturaban tela de algodón a gran escala. Shanghái exportaba productos textiles a regiones del interior a hasta 1.300 kilómetros de dis-

tancia, y los artículos de hierro, seda y porcelana eran objeto de un amplio comercio[270]. Era una economía mercantil sofisticada en la que el papel moneda lo suministraba la empresa privada y el crédito se basaba en la venta de contratos para el suministro futuro de sal al Estado, por ser un bien para el que la demanda era excepcionalmente estable. El papel de China en el comercio internacional puede haber sido relativamente pequeño, pero es posible que su comercio interior fuera tan grande, cuando no mayor, que el de la Europa contemporánea[271].

Sin embargo, el rasgo más llamativo del gobierno de los Ching fue quizá que promoviera una fase de renovación cultural excepcionalmente vigorosa. Al propio Kangxi le gustaba conversar con jesuitas en la corte (su misión había sobrevivido a la convulsión dinástica), y hasta aprendió a tocar el clavecín, pero rechazó la idea de un tráfico regular entre China y Europa. «China no tiene asuntos de interés común con Occidente», concluyó secamente[272]. Los occidentales, como los jesuitas, eran libres de venir, pero debían quedarse y adaptarse a la ética confuciana, y no creerse con derecho a ir y venir como les viniera en gana. Cuando el papa le envió un mensaje a Kangxi pidiéndole que le devolviera a los europeos que para Roma eran sospechosos de herejía, se negó, añadiendo sarcásticamente que les cortaría la cabeza y le enviaría estas en su lugar, para que el papa pudiera ver que se habían «reformado»[273]. No se sabe lo que respondió el papa. El interés principal de Kangxi era la cultura china. Él y sus sucesores patrocinaron la recopilación y publicación de la literatura clásica, y el propio Kangxi encargó una enciclopedia. Los niveles de alfabetización se incrementaron, y el volumen de literatura impresa aumentó para satisfacer la demanda[274]. Se publicaron novelas, poesía, historia, biografías, diccionarios geográficos, enciclopedias, antologías y obras sobre antigüedades. Era esta una cultura de aristocracia rural que propagaba los valores y tradiciones de los clásicos confucianos: la búsqueda de la armonía en la sociedad y con la naturaleza; la importancia de la jerarquía (sobre todo entre las

generaciones) y de los rituales o códigos de conducta para mantener el orden y la cohesión sociales, así como la necesidad de autocontrol y subordinación de los deseos individuales. A través de la literatura y el arte, y los «cultos» y sacrificios oficiales proporcionados por el Estado como foco de la religiosidad popular, la influencia de la cultura confuciana se difundió de forma más extensa y profunda que nunca antes[275]. Así, a la integración política y económica de China le acompañó una creciente unidad cultural lograda en la última era anterior al encuentro más intenso y luego violento con Occidente.

No obstante, los logros de los Ching tuvieron sus límites. Gran parte de China, situada más allá del gran sistema de vías acuáticas, seguía atrapada en el localismo, aunque no en mayor medida quizá que extensas regiones de la Europa contemporánea. Más grave fue la notoria incapacidad de China de recuperar el poderío naval al que había renunciado unos tres siglos antes: los comerciantes y colonos chinos del Sudeste asiático no podían contar con la protección del imperio, y las salvajes masacres de chinos en las Filipinas españolas no suscitaron respuesta alguna por parte de Pekín[276]. La fascinación europea por China (por muy ignorante y mal informada que fuese) no tenía contrapartida en los círculos intelectuales chinos, lo que quizá dé la medida de la confianza que tenían en su propia cultura y en el prestigio de una ininterrumpida tradición clásica de amplitud y sutileza excepcionales. En algunos aspectos, la China del siglo XVIII se estaba replegando incluso más marcadamente sobre sí misma: el emperador Yung-cheng acabó con la limitada tolerancia otorgada a los misioneros cristianos desde tiempos de los mongoles[277]. Aun cuando se importaban ideas europeas, parecían impracticables o irrelevantes en el contexto chino[278]. Un buen ejemplo es la noción de perspectiva en pintura. No es que la teoría pictórica china fuese «incapaz» de inventar la perspectiva, sino que rechazaba como no válida una perspectiva única y fija, insistiendo en cambio en la multiplicidad de puntos de vista desde los que se podía ver un objeto o

un paisaje[279]. Un problema más grave quizá (desde el punto de vista del cambio tecnológico y científico) era el conservadurismo subyacente a la sociedad Ching, que investía de un enorme poder e influencia social a su burocracia y a organizaciones corporativas como los gremios y las autoridades de clan o linaje, que desempeñaban un papel fundamental en el mantenimiento de una disciplina social jerárquica. Puede que el régimen de los Ching añadiese una vuelta de tuerca a lo que eran, sin duda, tendencias sociales arraigadas. Al fin y al cabo, por mucho que defendiera la cultura confuciana, en el fondo era un gobierno manchú: el dominio imperial de una dinastía foránea y de sus compatriotas y secuaces, separados de la mayoría Han por residencia y por leyes matrimoniales. Como otros regímenes coloniales en la historia universal, los manchúes se dieron cuenta de que el precio de la estabilidad era la alianza con los grupos dominantes y evitar con sumo cuidado los riesgos sociales y políticos. Así, el momento en que tuvo lugar la consolidación manchú, entre 1680 y 1750, es de la mayor importancia. En vísperas del contacto estrecho con Occidente, la trayectoria política característica de China (aún dominada por la relación simbiótica con el Asia interior) la impelió no hacia un despotismo oriental todopoderoso (imaginado por los europeos) —que enfrentado al desafío exterior podría haber permitido cambios drásticos—, sino a ir más lejos todavía en dirección a un régimen limitado, en el que el gobierno central abandonara casi toda la iniciativa en manos de fuerzas locales habitualmente conservadoras. Cuando el «milagro económico» chino del siglo XVIII hizo aguas, el margen para los cambios políticos se volvió, en consecuencia, estrecho[280].

Al igual que China, Japón experimentó un extraordinario periodo de consolidación política y crecimiento económico en el siglo XVII y comienzos del XVIII. El clan Tokugawa convirtió

el sogunato o regencia en cargo hereditario. La corte imperial, reducida a una importancia simbólica, permaneció en la antigua capital, Kioto, donde los sogunes mantenían también un espléndido palacio para sus visitas periódicas. La clave de la estabilidad política era la supremacía de los Tokugawa sobre los clanes y los dominios de clan en los que se dividía Japón, así como sobre los *daimyo,* o nobles, que los gobernaban. El dominio militar se complementaba con el mal afamado sistema *sankin kotai,* en el que el *daimyo* debía dejar a su esposa e hijos en la capital sogunal, Edo, y residir allí ellos mismos en años alternos. Durante su permanencia en Edo, los *daimyo* debían asistir a la corte del sogún dos veces al mes y realizar tareas administrativas en la ciudad y sus alrededores. Por su parte, al estamento guerrero hereditario de los samuráis se le reunía en ciudades con castillo como Himeji o Nagoya, o asistían a Edo como séquito de los *daimyo* residentes. Poco a poco fueron transformados en una clase funcionarial nobiliaria, dependiente de sus estipendios de clan y cada vez más atraídos por los ideales caballerescos que postulaba el confucianismo, cuya concepción del orden social fue un útil baluarte para su nueva posición.

La paz interna estuvo acompañada por un rápido crecimiento de la población, que pasó de 12 millones en 1600 a unos 31 millones en 1721, cifra que era una vez y media la de Francia, el gigante demográfico de Europa occidental[281]. El grado de urbanización era considerable, y Edo (aproximadamente un millón de habitantes), Kioto (350.000) y Osaka (360.000) eran todas grandes ciudades consideradas de acuerdo con criterios globales. En 1700 Edo doblaba a Londres en tamaño[282]. El área cultivada se duplicó entre 1600 y 1720[283]. Había una base amplia y sofisticada de producción artesanal en los textiles, la metalurgia, la cerámica y la edición de libros[284]. La especialización económica regional iba en aumento, favoreciendo así el comercio interior. Este lo gestionaban grandes empresarios comerciales con centro en Osaka, la «cocina de Japón», con su gran mercado del arroz, *hinterland* fértil y proximidad a

Kioto. Esta última seguía siendo la capital cultural y centro de manufacturas, sobre todo de seda. A diferencia de Europa occidental, el Japón de comienzos de la Edad Moderna era aún un «mundo de madera», quizá porque se trataba de una zona propensa a los terremotos que permitía reconstruir de forma rápida y barata. Sus ciudades eran vastas aglomeraciones de estructuras de madera de poca altura, pero a los europeos que visitaban el país no les cabía duda de que la japonesa era una civilización rica y avanzada con la que estaban ávidos por comerciar[285].

Como hemos visto, Japón había desempeñado un papel dinámico en la expansión del comercio de Asia oriental y sudoriental entre 1540 y 1640 aproximadamente, lo que coincidió con la llegada de los europeos a la zona. Los comerciantes y bucaneros *(wako)* japoneses explotaron las nuevas oportunidades comerciales que ofrecía el intercambio triangular entre Japón, China y el Sudeste asiático, mientras que el gran *boom* de la plata en Japón ayudó a alimentar la expansión comercial y pagar las importaciones del extranjero[286]. Según algunas estimaciones, en 1600 Japón producía un tercio de la plata mundial[287], siendo esta una de las razones por las que los europeos tenían tanto interés en comerciar allí. Los puertos del sudoeste de Japón, sobre todo Nagasaki, crecían rápidamente, y en ellos surgían barrios en los que se asentaban artesanos y negociantes chinos[288], unos doscientos solo en Nagasaki en 1618[289]. Sabido es, sin embargo, que la actitud del *bakufu* (el gobierno Tokugawa de Edo) hacia este comercio exterior en expansión fue profundamente ambivalente. El régimen era reciente, y su control sobre los dominios lejanos de los clanes podía quedar fácilmente en entredicho como consecuencia de contactos no regulados con el exterior. El catolicismo, en particular, fue identificado con la rebelión y la subversión, y fue enérgicamente perseguido. En las décadas de 1630 y 1640 el comercio chino y holandés (los holandeses eran los únicos europeos autorizados) fue restringido a Nagasaki y a la isla artifi-

cial de Deshima, construida en su bahía. Las prolongadas convulsiones de China y el cierre de sus puertos al comercio legítimo a partir de 1661 contribuyeron a ahogar el comercio exterior de Asia oriental, pero cuando resurgió a partir de 1685, el *bakufu* vio con alarma creciente la salida de la plata japonesa del país y en 1688 prohibió su exportación. El sistema de control en Nagasaki fue reforzado después de 1698 para vigilar aún más de cerca los movimientos del comercio y la información[290].

El «aislamiento» japonés fue motivado en parte por los temores «lingotistas» más que conocidos para los gobiernos europeos, y en parte por la inquietud acerca de las relaciones con China, la superpotencia de la zona, cuyo «sistema-mundo» asiático oriental suponía la negación de la independencia de Japón. El aislacionismo era la solución por defecto al problema de las relaciones sino-japonesas, y cabe la posibilidad de que fuera calculado para disuadir a los emperadores Ching de una invasión del tipo de la que China había sido derrotada por muy poco margen cuatro siglos antes. Ahora bien, el aislamiento no fue completo. Las ideas y la cultura chinas ejercían una atracción poderosa, y el régimen Tokugawa las promovía deliberadamente, ya que China era el gran modelo de un Estado imperial asentado y estable. La literatura y el arte chinos marcaban la pauta en los círculos cultos, y el dominio del idioma y del estilo pictórico chinos se tenían en muy alta estima[291]. Se hicieron grandes esfuerzos por adaptar las enseñanzas de Confucio a las condiciones japonesas. Así pues, Nagasaki no era tanto una puerta cerrada como una entrada estrecha y un puesto de escucha donde el *bakufu* obtenía información de los barcos que llegaban (a cuyos capitanes se les exigía que redactaran «informes de noticias» que luego se enviaban a Edo) y a través del cual importaba libros. El «conocimiento holandés» iba filtrándose poco a poco hasta los samuráis, los docentes y los sabios.

El régimen de aislamiento político no significó el estancamiento económico, y el crecimiento económico japonés posterior a 1600 fue impulsado por una extraordinaria doble revolución. En primer lugar, el sistema político creó una nueva y gran economía urbana al establecerse los *daimyo* y los samuráis en ciudades con castillo. El caso más espectacular fue el de la propia Edo. Las estipulaciones del *sankin kotai* trajeron a Edo a cientos de *daimyo* con sus familias y numerosas huestes de samuráis[292]. En 1700 la mitad del millón de habitantes de Edo pertenecían al séquito de los samuráis que vivían en los grandes complejos de clan que conformaban casi tres cuartas partes de la superficie de la ciudad. Juntos, los *daimyo* y los samuráis formaban una gran concentración de consumo de élite para los servicios y manufacturas de los mercaderes, artesanos y trabajadores no cualificados urbanos. Su poder adquisitivo procedía de las rentas de sus dominios, pagadas a veces en especie y guardadas en los almacenes de la ribera, y a veces remitidas en efectivo una vez vendido el diezmo del arroz en el mercado de Osaka, de donde procedía gran parte de los alimentos de Edo. Este sistema era un estímulo poderoso para el comercio interior y la banca, y promovió una economía grande e integrada que producía alimentos y manufacturas para un mercado central. A su vez, la demanda de consumidores urbanos de élite de las rentas que necesitaban era un acicate para la productividad en los dominios rurales, y la contrapartida de la residencia de los *daimyo* en Edo eran sus viajes regulares de ida y vuelta a sus hogares en provincias. Las procesiones de los *daimyo,* a veces de hasta 2.000 personas, propiciaron el desarrollo de las posadas y de una red regular de rutas por tierra y por mar.

En segundo lugar, esta pauta de consumo de élite no dependía (como llegó a suceder en Europa) del comercio exterior. Los japoneses lograron aplicar una política de autosuficiencia mercantilista con un éxito notable después de que el comercio exterior se volviera menos provechoso. A diferencia de Inglate-

rra, por ejemplo, los japoneses tenían su propia provisión de plata, y no tenían ninguna necesidad del comercio para obtener su base monetaria: el problema que obsesionaba a los economistas de los inicios de la Edad Moderna en Europa. Los japoneses también respondieron de forma muy original a la demanda interior de artículos de lujo y alimentos nuevos: hacía tiempo que la cerámica coreana gozaba de prestigio entre ellos. Tras la invasión de Hideyoshi durante la década de 1590 se trajo a artesanos coreanos a Japón y se creó una industria propia. La amplia variedad de condiciones climáticas del país permitió acomodar diversos cultivos comerciales: algodón, seda, tabaco y azúcar. La seda y el algodón se manufacturaban en Kioto y Osaka, y en la producción de azúcar se llegó al autoabastecimiento. También la pesca cobró una relevancia mucho mayor en el siglo XVII. De todas estas maneras los japoneses explotaron con éxito un medio natural excepcionalmente rico y diverso y desarrollaron una economía mercantil próspera y comparable a la de Europa, pero sin los costes y los riesgos del colonialismo. Incluso después de 1720, cuando el crecimiento se detuvo por el agotamiento de los recursos y la falta de nuevas tierras y la población dejó de crecer, una «revolución industriosa» de agricultura más intensiva, promovida en parte por el Estado (a través de granjas experimentales y la importación de la botánica china), contribuyó a preservar los logros económicos del siglo anterior y salvaguardar la unificación política y social, obra del sogunato Tokugawa[293].

En gran medida, tanto el dinamismo económico del Japón de la primera Edad Moderna como su giro subsiguiente hacia el aislamiento mercantilista fueron consecuencia del lugar que ocupaba Japón en el orden mundial de Asia oriental. La recuperación del poderío de China y su antigua tradición diplomática revigorizada dejaban muy poco espacio a la influencia japonesa en el continente que, de todas formas, estaba relativamente lejos (en términos europeos). El temor a una civilización continental dominante se combinaba con una fuerte atracción por

sus productos culturales y valores sociales: era una relación difícil de gestionar con éxito. Una vez que en Japón empezó a escasear la plata y fue posible domesticar productos del extranjero, hubo buenos motivos para buscar la estabilidad económica y social en una política comercial insular en lugar de exponerse a los riesgos extremos de la expansión oceánica. Por una ironía del destino, los japoneses impusieron límites a la importación de textiles extranjeros a la vez que los británicos, pero con un éxito mucho mayor. La verdadera amenaza para la estabilidad e independencia japonesas residía no tanto en la penetración de las ideas o la tecnología extranjeras (ambas gradualmente asimilables y convertibles en algo propio) como en algún impacto medioambiental o externo. El hambre que, después de un siglo, reapareció en la década de 1720, podía romper el sistema económico o forzar cambios drásticos. Asimismo, el retorno a la inestabilidad del orden mundial de Asia oriental, que había traído a su seno a elementos de fuera durante el siglo XVI, podía perturbar la integridad cuidadosamente guardada del ámbito japonés. En la década de 1750 sin embargo, había pocos indicios de tan ominosa perspectiva. Al contrario, con la conquista de las profundidades del interior de Asia por los Ching en 1759-1760, las ventajas que le reportaba a Japón su excepcional situación geoestratégica parecían mayores que nunca.

Los imperios islámicos bajo presión

Hacia el final de la primera Edad Moderna (1620-1740), el mundo islámico se vio mucho más expuesto a la influencia y la competencia de Europa que los Estados y civilizaciones de Asia oriental. En innumerables puntos entre el Sudeste asiático y la costa atlántica africana, los soldados, marinos, comerciantes, misioneros y diplomáticos europeos se encontraron cara a cara con sus homólogos musulmanes, pues entre los siglos XV y XVII

tanto el ámbito islámico como Europa se habían ampliado gracias al desarrollo del comercio a larga distancia. Como vimos en el capítulo anterior, la época celebrada en la historia europea como «era de los descubrimientos» había sido también la de la consolidación de los tres grandes imperios islámicos: el otomano, el safávida y el mogol. Fue asimismo el de una ola islamizadora veloz y poderosa que recorrió el Sudeste asiático a partir de 1500, debido al fortalecimiento de los lazos comerciales de la zona con la India y Oriente Próximo y al atractivo del islam como religión de los Estados comerciantes y de diversas formas de monarquía[294]. En África occidental, otro gran ámbito de influencia islámica desde el siglo XI, el surgimiento del Imperio songhay en el Níger medio a partir de 1468, el reforzamiento del islam más al este en los Estados hausa como Katsina y Kano[295] y la consolidación de Bornu bajo Mai Idris Alauma (r. h. 1571-h. 1603)[296] afianzaron el dinamismo continuado de las ideas religiosas, culturales y políticas irradiadas al sur y al oeste desde el seno del islam.

Por contraste, el final de la primera Edad Moderna (a partir de 1620 aproximadamente), suele pintarse como una época de estancamiento y decadencia inminente en los imperios y la cultura islámicos, cuya introversión y conservadurismo se comparan desfavorablemente con las corrientes innovadoras del pensamiento europeo[297]. Resulta fácil apresurarse a extraer la conclusión simplista de que las sociedades europeas habían adoptado la mentalidad científica necesaria para el progreso material, dejando a sus vecinos musulmanes atascados en el fango religioso, pero lo cierto es que hasta la segunda mitad del siglo XVIII la importancia del científico en la vida tecnológica y comercial de Europa, contrastado con el humilde artesano, fue marginal en el mejor de los casos[298]. Con todo, en el siglo XVII y primera mitad del XVIII existían algunos indicios de que los grandes Estados islámicos y la cultura islámica que alimentaban habían perdido el dinamismo de la fase precedente. La

depresión económica y la conquista holandesa de los principales Estados islámicos del Sudeste asiático (Macasar, Bantén y Mataram) a partir de 1660 fueron reveses importantes. En el Sahel africano occidental, la caída de Songhai en 1591 (irónicamente, a manos de invasores marroquíes) inauguró un largo periodo de desintegración política en el Níger medio, desfavorable a la profundización de la influencia islámica[299]. Además, los tres grandes imperios musulmanes padecieron fuertes tendencias centrífugas de efecto debilitante sobre su solidaridad interna contra ataques procedentes del exterior, pero aun considerando todo esto, antes de mediados del siglo XVIII había pocos motivos para suponer que tales cambios representaban un vuelco irreversible en la fuerza relativa de las sociedades islámicas y europeas, y no un ajuste más sutil del equilibrio global.

A primera vista, la historia del Imperio otomano ofrece pruebas sobradas de que los Estados y la cultura islámicos estaban condenados a la retirada inexorable y a la progresiva decadencia. Entre 1683 (año del sonado fracaso del intento de tomar Viena) y 1739, los otomanos sufrieron grandes pérdidas territoriales que invirtieron el impulso expansionista que los había conducido hasta el corazón de Europa en el siglo XVI. En la Paz de Karlowitz de 1699, tras dieciséis años de guerra, el sultán se vio obligado a entregar Hungría y Transilvania al emperador de los Habsburgo. Entre 1716 y 1718, la reanudación del conflicto entre los dos imperios les costó cara a los otomanos en la Paz de Passarowitz de ese último año. Valaquia occidental, el Banato (o «región fronteriza») de Temesvar (la actual Timisoara en Rumanía) y Serbia pasaron a manos de Viena, junto a la gran fortaleza fronteriza de Belgrado, que dominaba los accesos al valle del bajo Danubio. El ímpetu militar y las técnicas superiores de combate que habían dado tantas victorias a los jenízaros durante el siglo anterior parecían mucho menos eficaces frente a unos ejércitos habsburgos formados

con nuevos métodos de instrucción y comandados por generales como Montecuccoli o el príncipe Eugenio de Saboya. Y lo que es peor, quizá, desde el punto de vista de los otomanos, desde 1700 estos se enfrentaron no a un enemigo, sino a dos en la zona de los Balcanes-mar Negro. Frente a la amenaza de la expansión tanto de los Habsburgo como de los Romanov, los otomanos perdieron su condición privilegiada de «superpotencia» de la primera Edad Moderna en el sudeste de Europa, que gozaba de estar espléndidamente aislada de la red diplomática intraeuropea. Hacia 1740 el precio de la supervivencia otomana era una participación mucho más plena en el sistema de Estados europeos, con todos los costes, riesgos y compromisos que eso iba a suponer[300].

El fracaso en el campo de batalla y en la sala de conferencias puede considerarse como síntoma de defectos menos visibles en la vida política y económica del Estado derrotado, y quizá no debería extrañar que el «declive» político otomano a partir de 1600 haya sido objeto de un intenso escrutinio histórico. La debilidad del liderazgo, la política y las instituciones se han atribuido sin reservas a causas diversas: el nada saludable encierro de los sultanes y sus herederos en el harén y el desarrollo de una política cortesana hermética y plagada de intrigas; el abandono del *devshirme,* que había provisto al gobierno y los ejércitos del sultán de dependientes esclavos leales inmunes a la influencia local; la toma del control tanto de los jenízaros como de la burocracia por notables musulmanes hostiles a la autoridad del sultán y mucho más atentos a las ventajas del clientelismo; y la creciente descentralización de la recaudación de impuestos y del gobierno de las provincias, que concedía cada vez más poder a los notables locales *(ayan)* y recaudadores privados. A medida que la autoridad central se iba descomponiendo progresivamente, reza esta argumentación, los desórdenes locales y la inseguridad iban en aumento: los *deys* (virreyes provinciales), mamelucos y *derebeys* («señores de los valles») rebel-

des reforzaban sus cuerpos armados y se disputaban el poder en las provincias.

La falta de cohesión política se complicaba (siguiendo con esta línea) con una sensación cada vez mayor de ralentización económica. Mientras que el comercio de tránsito siguió siendo importante para las ciudades otomanas del Mediterráneo o próximas a él, el comercio marítimo pasó casi completamente a manos de comerciantes europeos. La economía otomana se orientó cada vez más hacia la producción de materias primas y bienes para el mercado europeo, sobre todo algodón. La tendencia a depender de manufacturas europeas como los textiles se fue haciendo cada vez mayor, y las industrias artesanales decayeron. Por si esto no fuera lo bastante grave, el gobierno otomano concedió a comerciantes europeos privilegios que los eximían de impuestos y tarifas y condujeron a numerosos abusos. En lugar de seguir una política mercantilista de protección de sus propios productores y comerciantes, los otomanos parecían favorecer de modo perverso los intereses extranjeros[301]. El resultado fue exponer el imperio a una penetración económica cada vez mayor por parte de los comerciantes europeos, erosionar las industrias artesanales y las comunidades urbanas que dependían de ellas y balcanizar el imperio como unidad económica.

Como cabría suponer, estos síntomas clásicos de «periferización» se han considerado como parte de una patología cultural de conjunto. El fracaso intelectual remataba el círculo vicioso del fracaso político y el declive económico: atenazada por un intenso conservadurismo coránico acentuado por la influencia política cada vez mayor de la clase musulmana culta, la vida intelectual daba pocas muestras de interés por los estudios empíricos o por adaptar las ideas extranjeras de forma sistemática. El nivel de curiosidad por Europa siguió siendo reducido: el legado, se ha afirmado, del escaso prestigio de la cultura europea durante la época de la expansión otomana, más la dificultad

lingüística que la cultura políglota de Europa suponía para los estudiosos otomanos[302]. La ignorancia oficial de la geografía europea era abismal: en fecha tan tardía como la década de 1770, el gobierno otomano creía que la flota rusa había alcanzado el Mediterráneo por una vía acuática en Europa central[303]. Sin los medios o la voluntad de adaptar la educación a programas nuevos de espíritu empírico y sesgo tecnológico, la cultura islámica otomana se había convertido en un reducto regresivo de ilusiones.

Todo esto constituye un conjunto formidable de cargos para explicar el fracaso otomano, pero reposa sobre dos supuestos dudosos. El primero es el contraste implícito entre el «atraso» de la vida otomana y el orden y progreso de la de Europa. Esta última, sin embargo, no era un paisaje uniforme de campos fértiles y ciudades bulliciosas. En el este y el sur era un ámbito de servidumbre, hambre periódica y represión salvaje del descontento rural. Viajar por el interior de España, el sur de Italia o las Highlands escocesas era siempre difícil y a menudo peligroso. El bandidaje rural estaba a la orden del día, sobre todo en las regiones afectadas por las guerras del siglo XVII. Incluso en Europa occidental, la economía de provincias situadas a apenas 150 kilómetros de París era un equilibrio precario entre la subsistencia y la escasez, con técnicas agrícolas que apenas habían cambiado desde tiempos medievales[304]. La intolerancia religiosa de los gobiernos inglés y francés (por poner dos ejemplos europeos occidentales) contrasta llamativamente con las actitudes otomanas. En segundo lugar, como han señalado recientemente historiadores turcos, gran parte del argumento de la decadencia otomana da por supuesto que en su era de expansión el imperio había gozado de un régimen centralizado y eficiente arruinado por el mal gobierno de años posteriores[305].

Incluso juzgándolo por la prueba de fuego de la guerra, no está ni mucho menos claro que en 1740 se pudiera tachar al Imperio otomano de ejemplo de decadencia terminal. Había

perdido Hungría y Transilvania, pero en el Tratado de Belgrado de 1739 recuperó lo perdido en Passarowitz en 1718, incluyendo la propia Belgrado. Los ejércitos otomanos dieron prueba de una extraordinaria capacidad de recuperación, como había advertido Montecuccoli, el general más capaz y mejor informado de los Habsburgo. En 1711 infligieron una humillación aplastante a los ejércitos rusos dirigidos por Pedro el Grande en la campaña de Pruth, en la actual frontera rumana. Ante una fuerza otomana bien aprovisionada, con mucha más artillería y un gran cuerpo de caballería, los invasores rusos (inferiores en número y muy necesitados de forraje y alimentos) perdieron los ánimos por completo. Entregaron Azov, y Pedro se retiró abruptamente de la guerra[306]. El gobierno del sultán en Constantinopla (llamada a menudo la Sublime Puerta, por la gran entrada donde los ministros tenían sus dependencias) siguió rigiendo un vasto imperio tricontinental cuyo «frente» europeo era solo una de las cargas geoestratégicas con las que debía lidiar. La defensa, por lo general exitosa, de su integridad territorial indica que la sociedad otomana era más flexible, resistente y cohesionada de lo que cuentan los relatos decadentistas.

Dicha resistencia reposaba en parte sobre una situación geopolítica fuerte, gran parte de la cual perduró hasta la década de 1760. Con la pérdida de Hungría y Transilvania, los otomanos se parapetaron tras la barrera física de los Cárpatos. Recuperar Belgrado (en 1739) les devolvió el control del embudo estratégico entre la Europa de los Habsburgo y los Balcanes otomanos. Al controlar la autopista marítima del mar Negro, los otomanos y sus clientes, los Giray de Crimea, pudieron frustrar el avance ruso hacia el mar Negro, a pesar de las furiosas tentativas del zar por tomar Perekop y Azov. La pesadilla logística de aprovisionar a un ejército en marcha a través de la estepa ucraniana supuso que el mar Negro siguiera siendo un *mare ottomanicum,* un activo de inestimable valor. Considerados en conjunto, la fortaleza de Belgrado, el muro de los Cárpatos y las líneas

interiores que proporcionaba el mar Negro defendían el *limes* otomano de Occidente. Su posición quedaba más afianzada aún por las defensas culturales: además de las comunidades musulmanas de los Balcanes, los otomanos podían contar con la lealtad de los eclesiásticos ortodoxos griegos, que tendrían poco que ganar con un triunfo de la católica Austria. En la frontera marítima más remota y vulnerable del imperio, en el norte de África, el temor y la aversión por la España católica y la dependencia económica de la piratería afianzaron la lealtad de las provincias del Magreb a la lejana capital[307].

Fue la seguridad geoestratégica lo que realmente permitió la descentralización del gobierno a partir de 1600. El papel más destacado de los notables urbanos en el gobierno de las provincias y la recaudación de impuestos (como recaudadores privados oficiales) se presenta ahora menos como el colapso del imperio entre la cleptocracia generalizada que como el reconocimiento a tiempo de élites provinciales más recientes cuya cooperación era necesaria para mantener el orden social y recaudar los impuestos[308]. En las provincias árabes y Egipto, una pauta de transferencia de competencias similar dio mucho poder local a las guarniciones de jenízaros hereditarios y a los mamelucos en El Cairo[309]. Los fanariotas griegos, procedentes de la élite cristiana adinerada de Constantinopla, gobernaban los territorios rumanos. En el Magreb, unas dinastías locales dotadas de amplia autonomía se establecieron en Marruecos, Argelia, Túnez y Trípoli. Hasta después de 1750, sin embargo, no había indicios de que el centro imperial en Constantinopla hubiera perdido el control de tales grupos locales, cuya autoridad y legitimidad seguían dependiendo de su lealtad al sistema otomano. La tarea principal del gobierno otomano era mantener el prestigio de la *daulat* (autoridad del sultán) resistiendo la intervención extranjera y evitando la derrota militar.

En materia económica, tampoco las cosas eran tan graves. La industria artesanal decayó ante la competencia europea, pero

Constantinopla, Izmir y El Cairo seguían siendo grandes centros del comercio, en el caso de El Cairo como resultado del nuevo gran comercio del café procedente de Yemen[310]. La producción de bienes como el algodón, la lana y el tabaco trajeron una nueva prosperidad, a algunas regiones al menos, reflejada en una gran oleada de nuevas construcciones[311]. El comercio interior que abastecía la mayor parte de la demanda de los consumidores siguió en manos locales[312]. Para 1740 estaba claro que el Imperio otomano no podía igualar a las regiones más prósperas de Europa en materia de producción artesana o mejoras agrarias, y carecía de los medios para transformarse en un Estado-nación o una economía nacional conforme al modelo clásico del mercantilismo europeo. Sin embargo, por suerte o de manera deliberada, los gobiernos otomanos habían dado con una fórmula sorprendentemente eficaz para la supervivencia imperial en las condiciones más difíciles a las que se habían enfrentado desde mediados del siglo XVII. Después de 1739 sus defensas estratégicas parecían más seguras de lo que habían sido desde hacía décadas. Habían aprendido las normas del juego diplomático europeo, explotando la antipatía francesa hacia los Habsburgo para retomar Belgrado. Puede que las políticas de reforma de la Era de los Tulipanes acabaran de manera acrimoniosa, pero los soberanos otomanos aún podían comprar la competencia militar y la tecnología que necesitaban en Europa sin arriesgarse a las convulsiones culturales y sociales que podría acarrear un programa de cambios más ambiciosos. Tampoco los privilegios que concedieron a comerciantes extranjeros bajo el sistema de capitulaciones beneficiaban exclusivamente a estos; estimulaban el comercio exterior segregando a la vez a los comerciantes extranjeros y reduciendo la atracción gravitatoria de Occidente sobre la sociedad musulmana. Con su soberanía íntegra, su categoría indiscutida de guardianes de los lugares santos (en La Meca, Medina y Jerusalén) y como señores de El Cairo, la capital cultural e intelectual del islam, los otomanos habían logrado mantener el delicado equilibrio entre

los distintos elementos de su extraordinario sistema: un imperio multiétnico instalado en el flanco de Europa, y la encarnación política del islam ortodoxo en su núcleo de Próximo Oriente.

A mediados del siglo XVII, las partes más ricas y dinámicas del ámbito islámico estaban en manos de los mogoles. El corazón de su imperio estaba en el «creciente fértil» del norte de la India, la llanura Indo-Gangética que se extendía desde el lejano noroeste hasta Bengala y el delta del Ganges. Su centro estratégico era el llamado triángulo de Delhi, que dominaba el paso entre los dos grandes sistemas fluviales y el corredor de unos 150 kilómetros de ancho entre las estribaciones del Himalaya y la meseta del Decán. Fue a Delhi, y a la ciudad-palacio de Sahjahanabad construida con ese fin, donde los mogoles trasladaron su capital desde Agra en 1648[313], proeza que reflejaba la riqueza colosal de la que se podían surtir los soberanos de este imperio del llano. En la década de 1650, esta nueva metrópoli, con sus incontables residencias aristocráticas arracimadas junto a la corte imperial, era ya del tamaño de París.

El ascenso del poderío mogol había sido un factor clave de la historia de la primera Edad Moderna: los mogoles habían unificado y pacificado el norte de la India; su conquista de Bengala había acelerado la colonización agraria de la jungla y los pantanos[314] y su comercio de textiles Ganges arriba hasta las llanuras interiores del Indostán[315]. El comercio con «Mogor», como llamaban los portugueses a la esfera del dominio mogol, atraía a comerciantes europeos a la gran ciudad portuaria de Surat, en el oeste de la India, desde donde las rutas comerciales partían al norte y al este, a Delhi y Agra. La habilidad con la que Akbar había fusionado a aristócratas guerreros musulmanes de Asia central, escribas y burócratas musulmanes de Irán (que seguía siendo el imán cultural del mundo islámico), señores de la

guerra rajputs hindúes y literatos brahmanes en un sistema político estable favoreció la expansión económica del imperio. A medida que las «dinastías» locales de terratenientes consolidaban su control y se hacían con parte de la riqueza agrícola, incrementaban el consumo de manufacturas y bienes de lujo y estimulaban la construcción de pueblos y *ganjs* o mercados. Con su gran población (el subcontinente indio estaba al menos tan poblado como la Europa contemporánea), tierras de cultivo ricas y materias primas accesibles, la India se convirtió en el mayor centro mundial de producción textil, exportando tela de algodón a Oriente Próximo y a África occidental, además de a Europa. La variedad y calidad del algodón indio y su relativa baratura (según una estimación de la época, los costes laborales de la India representaban la séptima parte de los europeos)[316] le proporcionaban una enorme ventaja en los mercados de Europa. A finales de la década de 1660 la Compañía Británica de las Indias Orientales había abandonado hacía ya tiempo su obsesión original por la compra de especias orientales para centrarse en la importación y reventa de textiles indios[317], de forma creciente desde Bengala, que se estaba convirtiendo en su principal centro de operaciones y en la más dinámica de las regiones indias.

De tal manera, los comerciantes y artesanos indios desempeñaron un papel significativo en el desarrollo del comercio internacional, uno de los rasgos más importantes de los primeros siglos de la Edad Moderna. Si bien no existen registros detallados (salvo los compilados por las compañías portuguesas, holandesas e inglesas) parece probable que la mayor parte del comercio marítimo de la India con Oriente Próximo —su mercado más importante— estuviera en manos de comerciantes y armadores indios[318]. Sin la respuesta dinámica de los productores indios, las líneas cada vez más densas y frecuentadas del comercio marítimo por las que se movían los europeos de forma tan rentable habrían seguido siendo tenues y frágiles[319]. Política y culturalmente, el resultado de esta participación vi-

gorosa en las redes en expansión del comercio internacional fue la receptividad del subcontinente a la influencia exterior. Esto es cierto en lo que se refiere a las regiones costeras del sur de la India, donde la autoridad mogola era parcial o nunca se hizo efectiva del todo, pero también era el caso del norte de la India, donde estaba concentrado el poder de los mogoles. En el siglo XVII los europeos estaban presentes en todas las grandes ciudades del imperio como comerciantes, médicos y artesanos[320]. En los ejércitos mogoles servían artilleros europeos, y a los misioneros jesuitas se les permitía predicar y convertir, aunque parece que concentraron sus esfuerzos sobre todo en los europeos itinerantes[321] y que sus escasos conversos fueron en su gran mayoría pobres o parias. El gusto mogol, especialmente en materia literaria, seguía valorando los modelos persas por encima de todo, pese a que la imaginería religiosa y los retratos introducidos por los jesuitas sí tuvieron una influencia muy sorprendente sobre la pintura mogola[322].

La apertura india al comercio y la cultura de Irán y Asia central, y a las influencias llegadas por mar a su vastísima costa peninsular, combinada con la agreste impenetrabilidad del Decán, podrían ser la clave que explique por qué ningún poder soberano (ni siquiera uno tan hábil y sofisticado como el mogol) pudo unificar el sur de Asia e imponerle la uniformidad cultural y administrativa lograda en China por los Ming. Las élites musulmanas dominaban los principales Estados del sur tras la caída del Vijayanagar hindú en 1565. El esfuerzo por subordinar a la aristocracia hindú del Decán e imponer el sistema mogol de cesiones de tierras a cambio del servicio administrativo y militar, sin embargo, provocó una revuelta creciente centrada en la región maratha en torno a Satara y Poona. Su líder era Shivaji, un mercenario hindú, y según el juicio de un observador inglés, el reverendo John L'Escaliot[323], «hombre de mediana estatura […] de excelentes proporciones […] desconfiado, secreto, sutil, cruel, pérfido». En 1674 la Compañía Británica de las Indias Orientales envió una embajada desde Bombay pa-

ra asistir a la coronación de Shivaji en su castillo en Rairy, donde fue pesado con oro según la tradición de los reyes hindúes[324]. En la década de 1670 la alarma mogola ante la revuelta de Shivaji era tal que el emperador Aurangzeb abandonó la corte de Sahjahanabad y pasó el resto de su largo reinado (1658-1707) librando interminables campañas peripatéticas para tratar de someter a los marathas. Aurangzeb logró una victoria de corta duración en 1690 (Shivaji había muerto en 1680), pero cuando murió en 1707 el poder mogol había sido expulsado del oeste de la India[325], derrota que acabó por formalizarse en el *farman* o declaración imperial de 1719. El reinado de Aurangzeb acabó siendo considerado por los historiadores posteriores como el punto culminante de la era mogola, y su muerte como signo del comienzo de una nueva edad oscura de colapso imperial, de la que la intervención británica rescató a la India a partir de 1765. Humillado por los marathas, incapaz de detener la hemorragia de poder que acumulaban los gobernadores provinciales o *subahdars,* y desafiado por el auge del sijismo en el Punjab, el prestigio mogol fue finalmente hecho añicos por la invasión de Nadir Sah, el soberano de Irán. Desde luego, la victoria de Nadir en 1739 fue el pistoletazo de salida para el caos. Los ejércitos marathas, rohilla (afganos) y pindari (mercenarios), más los de señores de la guerra menores, asolaron el norte de la India. En este clima de depredación decayeron tanto el comercio como la agricultura, y el fracaso económico era un reflejo de la desintegración política. No es de extrañar, por tanto, que la India mogola fuese el primero de los grandes Estados euroasiáticos en ser sometido a la dominación europea a partir de 1750.

Últimamente, esta versión «negra» y simplista de la historia precolonial de la India ha sido en gran medida reescrita. El periodo final de los mogoles ya no tiene sentido como prólogo de la dominación colonial. La conquista de la India fue un asunto más complejo que el colapso condenado de antemano de un imperio superado y la pacificación de sus fragmentos enfrenta-

dos por gobernantes europeos de una capacidad política superior. Un relato realista del medio siglo que acabó en la batalla de Plassey en 1757 (la salva inaugural de la conquista colonial británica) haría hincapié en el papel de los indios en la construcción de nuevas redes comerciales y nuevos Estados regionales: fue esto lo que contribuyó a desencadenar las crisis que los abrumó inesperadamente durante la década de 1750.

Está claro que detrás de muchos de los cambios de finales del siglo XVII y principios del XVIII se aprecian los efectos de la difusión del comercio, de una población en aumento y del crecimiento de la economía rural. Como resultado de la prosperidad urbana y de la riqueza creciente de la élite rural, había unos intereses provinciales menos dispuestos a soportar la tutela central de Delhi. La revuelta maratha era un síntoma de ello. La confederación maratha ha sido presentada durante mucho tiempo como una horda depredadora que redujo el norte de la India a la anarquía, pero tras su ascenso se puede ver algo más interesante que una liga de filibusteros. Las conquistas territoriales de los marathas no se caracterizaron por la tierra quemada, sino por sus elaborados sistemas impositivos, cuya voluminosa documentación se conserva en Poona (la actual Pune) [326]. El objetivo de los líderes maratha no era la devastación general, sino la asimilación gradual del dominio mogol al ámbito de su *svarajya* o «soberanía». No buscaban tanto acabar totalmente con el poder mogol como forzar su transferencia: de ahí que se mostraran tan dispuestos a revestir su poder con la autoridad de las concesiones y decretos mogoles[327]. La empresa maratha, según indica un estudio actual, se entiende mejor como la lucha de una nobleza hindú emergente, comandada por sus *sardars* o jefes, por compartir el poder y los impuestos mogoles de un modo acorde con la importancia creciente de los nuevos grupos terratenientes[328]. En otras partes de los dominios mogoles se observa una pauta similar, en la que los *subahdars* tratan de aflojar el control de Delhi como parte de su intento de gestionar las exigencias de los magnates locales. En

Bengala, Awadh (Oudh), Hyderabad y el Punjab (donde era un comercio en declive lo que estaba reforzando al sijismo), aflojar el control de Delhi no suponía tanto precipitarse hacia la anarquía como a una nueva fase de construcción estatal protagonizada por gobernantes locales deseosos de presentarse como representantes legítimos del viejo régimen imperial[329].

Cabe suponer que esta tendencia pudiera haber conducido a una mancomunidad mogola más descentralizada a medida que las instituciones se adaptaban a las necesidades de las diversas regiones. La influencia maratha, basada en un poder militar formidable, podría haberse extendido tanto como la de los mogoles. Lo que se dio, sin embargo, fue la interacción de dos fuerzas desestabilizadoras para hacer de la «decadencia» mogola el preludio de una revolución. La primera fue el impacto

de una nueva serie de invasiones desde Asia central, origen tradicional de nuevas hegemonías en la India. En 1739 un gran ejército mogol se rindió en Karnal, en las proximidades de Delhi. «El Imperio chagatai [mogol] ha caído. Ha comenzado el Imperio iraní», se lamentó el embajador maratha, que huyó del lugar de los hechos[330]. La subsiguiente toma de Delhi por el soberano iraní Nadir Sah (que entró en la ciudad a lomos de un magnífico corcel, con el emperador humillado metido en un palanquín cerrado), a la que siguieron incursiones afganas en la década de 1750, acabaron con el prestigio mogol y desbarataron las antiguas rutas comerciales entre Bengala y la alta India. Una parte vital del territorio originario de los mogoles al oeste del Indo y alrededor de Kabul les fue arrebatada con la derrota[331]. En una nueva batalla en Panipat, en 1761, los afganos aplastaron al ejército maratha y mataron al *peshwa,* el principal ministro de la confederación.

La segunda gran fuerza transformadora en el subcontinente fue la rápida integración de la India marítima en el comercio internacional. En Bengala, la velocísima conversión de pantanos y bosques en arrozales y el gran contingente laboral de tejedores e hilanderos (quizá un millón o más) dio lugar a una economía excepcionalmente dinámica, cuyo crecimiento fue fecundado por el influjo de plata con el que los europeos pagaban sus adquisiciones de algodón o seda. A lo largo de la costa de Coromandel, situada al sur de Madrás, en el actual Tamil Nadu, un patrón similar de éxito agrario y producción textil creó una economía mercantil floreciente en una región que también era el cruce de caminos del comercio de la bahía de Bengala y el océano Índico[332]. Aquí, como en otras partes de la costa india, había surgido un capitalismo mercantil característico para financiar y gestionar la producción, venta y distribución de textiles y de otros bienes[333].

A partir de finales de la década de 1500 muchos europeos acudieron a la India a probar fortuna en sus cortes y comercio.

No obstante, el principal atractivo era el comercio de la India marítima. A la altura del siglo XVIII, la costa peninsular desde Surat hasta Calcuta estaba salpicada de depósitos y factorías europeas. Algunos europeos, como «Diamond» (Thomas) Pitt, llegaron a la India como «intrusos», desafiando el monopolio que reclamaban las compañías creadas por cédula real. Otros, como «Siamese» (Samuel) White, operaron por cuenta propia. White llegó en 1676 a Madrás, pero no tardó en atravesar la bahía de Bengala y llegar hasta Ayudhya, entonces capital de Siam (Tailandia). Primero se hizo un nombre en el peligroso negocio de los elefantes (transportados por mar hasta la India), para luego convertirse en el principal agente comercial del rey[334]. La mayoría de los comerciantes europeos, sin embargo, eran hombres de las compañías. Los elevados costes del comercio a larga distancia, además de los grandes navíos armados (los *East Indiamen),* los asentamientos costeros (con sus guarniciones para defenderse del ataque de otros europeos o de la población local) y el aparato diplomático necesario para tratar con las autoridades regionales y la corte mogola, habían obligado hacía mucho a los comerciantes europeos a organizarse como sociedades anónimas. Estas fueron las predecesoras de las actuales grandes empresas (con accionistas, consejo de dirección y estructuras de gestión), y tenían el monopolio del comercio directo entre su país y la India. Ahora bien, su aparente modernidad no significaba, por supuesto, que los comerciantes europeos fueran los heraldos de la economía abierta ni de la soberanía del mercado. Lo cierto es que tenían poco que vender, y que se vieron obligados a importar cantidades masivas de plata para pagar por los bienes indios que querían comprar. Su política comercial consistía en hacer bajar los precios y aumentar la cantidad de los textiles indios, de los que había una demanda insaciable en Europa; de ahí que las compañías europeas rivales (a partir de 1720, principalmente las Compañías de las Indias Orientales Británica y Francesa) estuvieran empeñadas en un esfuerzo constante por atraer a los tejedores indios a

sus propias poblaciones comerciales (como Madrás o Pondicherry), donde se les había permitido construir sus factorías para así ejercer el control sobre los tejedores y comerciantes con el fin de regular el precio, tipo y calidad del paño producido[335]. Esto los condujo a entrar en relaciones estrechas, aunque a veces conflictivas, con las autoridades locales, cuya riqueza y poder también dependían de los beneficios del comercio y de barajar los ingresos por impuestos entre el comercio y el crédito. A comienzos del siglo XVIII, la amenaza del boicot o del bloqueo de un puerto se había convertido en una baza poderosa de la estrategia diplomática de las compañías. No obstante, los europeos seguían considerando prudente esmerarse en ser deferentes con los emisarios mogoles que aparecían periódicamente, teniendo cuidado de ponerse sus túnicas mogolas para la ocasión: vestir la ropa que les había dado el soberano era una afirmación simbólica de obediencia y lealtad[336]. La derrota mogola en 1739 se propagó como una onda de choque por el sur de Asia. Sin embargo, en el momento en que el joven Robert Clive desembarcó en Madrás, en 1744, la idea de que cualquiera de las compañías europeas, por no hablar de la inglesa, con su fuerte decrépito de Madrás, pudiera llegar a convertirse en una potencia territorial en la India, por no hablar de dominar el conjunto del subcontinente, era poco menos que absurda de tan improbable.

El sur de Asia en la primera mitad del siglo XVIII no debe considerarse como un ámbito que estuviera deslizándose del estancamiento a la anarquía. En el interior septentrional, el conflicto triangular entre marathas, mogoles e invasores ultramontanos era también una lucha entre grupos de propietarios de tierras que trataban de construir un orden sedentario estable de poblaciones, mercados y agricultura asentada, y los grupos «guerreros» que formaban parte de la antigua tradición del pastoreo nómada en las mesetas que conectaban el norte de la India y Asia central[337]. El cambio económico y social propi-

ciado por la larga paz mogola precipitó este conflicto. Asimismo, en la India marítima la expansión comercial estaba transformando rápidamente el orden económico y social y las relaciones tanto con el interior de la India como con el mundo exterior. Estaba en marcha una doble revolución, una «coincidencia» que iba a precipitar al sur de Asia a su era moderna y colonial. Ahora bien, solo el más visionario de los profetas habría augurado en 1740 que el resultado de aquella revolución iba a ser la conquista de todo el subcontinente por una sola compañía de aquellos comerciantes europeos para los que la mera supervivencia en el clima indio parecía todo un desafío, con frecuencia mortal. Tal era la lotería de la muerte y la enfermedad que uno de cada dos de los que llegaban desde Europa morían antes de cumplir su primer año en la India.

Las invasiones del norte de la India en 1739 por los ejércitos de Nadir Sah y en la década de 1750 por su antiguo secuaz Ahmad Sah Durrani (Nadir fue asesinado en 1747) fueron algo más que meras incursiones tribales del tipo de las que venían perturbando la paz del llano indio desde hacía siglos. Juntas constituyeron el último gran intento de construcción imperial en la tradición de Tamerlán, y en su curso acabaron con los Estados mogol y safávida. Las primeras víctimas fueron los safávidas: encerrado entre una Mesopotamia dominada por los otomanos y Anatolia al oeste y el vasto interior tribal que se extendía al este y al sur hasta llegar a Herat y Kandahar en el actual Afganistán, la historia del Irán safávida siempre había sido la de una lucha cuesta arriba por imponer la autoridad de la ciudad y del mundo sedentario sobre la estepa y el desierto. Georgia, el principal campo de reclutamiento de su ejército esclavo y su burocracia, era especialmente vulnerable a la presión otomana y rusa[338]. Políticamente, el sistema safávida había sido una amalgama precaria de una alianza tribal túrquica con la burocracia iraní, pero no había tenido lugar ninguna verdadera fusión. En 1700 esta coalición inestable se enfrentaba a una presión creciente, tanto en el interior como el exterior.

Los soberanos safávidas con sede en Isfahán no habían tenido más éxito que los mogoles en cuanto a lograr un imperio de límites territoriales estables: habían tomado y perdido Bagdad; su dominio de Jorasán, Herat y la ciudad y región de Kandahar no había sido nunca firme; Kandahar fue conquistado por los uzbekos en 1629, por los mogoles en 1634, y recuperado por Sah Abbas II en 1650. En 1709-1711, les fue arrebatado a los safávidas por los ghilzais, la tribu dominante del sur de los territorios afganos. En 1718-1719, perdieron el control de Herat y Jorasán. En 1722, el líder ghilzai Mahmud destruyó al ejército safávida en Gulnabad, tomó Isfahán y se hizo con el trono abandonado por el sah. Tanto Rusia como los otomanos, quizá temerosos los unos de los otros, se lanzaron a aprovechar el colapso safávida. Pedro el Grande tomó Derbent, Resht y Bakú en el Caspio. Los otomanos se apoderaron de Tiflis (1723) y, con Hamadán, Ereván y Tabriz, de gran parte del oeste de Irán. En una década caótica, el legado imperial de Abbas I había quedado sumariamente disuelto.

Sin embargo, en el momento de la disolución apareció una nueva fuerza política que expulsó a los otomanos, rusos y ghilzais. El aspirante safávida Tahmasp atrajo a su causa a Nadir Kuli (1688-1747), caudillo militar de Jorasán de origen humilde (había sido pastor). Nadir era un general de carácter napoleónico por sus talentos y ambición[339]: un estratega meticuloso, pero hábil en el empleo de las tácticas de choque y la caballería ligera, y conocedor del valor de la artillería ligera, la instrucción y los mosquetes[340]. En 1730 había reconquistado ya las ciudades de Meshed y Herat, derrotado de forma aplastante a las tribus afganas en Mehmandost, reocupado Isfahán y Shiraz e infligido una derrota devastadora a los hasta entonces triunfantes ghilzais. En 1735 había recuperado Tiflis y Ereván de manos otomanas y obligado a los rusos a abandonar Mazandarán, Astrabad, Gilán, Derbent y Bakú. En 1736 se proclamó a sí mismo sah. En 1737-1738 conquistó Kandahar, y al año siguiente la Delhi mogola. Kabul y la orilla derecha del Indo fue-

ron anexionados a su nuevo imperio iraní, y en 1740 Nadir dedicó su atención a los uzbekos de Bujara y Jiva. Esta carrera asombrosa quedó prematuramente interrumpida por la locura y la crueldad irracional (exacerbadas quizá por los efectos de la enfermedad) que llevaron a su asesinato en 1747, pero apareció un nuevo imperialista a imagen de Nadir. Ahmad Sah Durrani, uno de sus militares afganos, se hizo con un patrimonio propio a partir de las conquistas indias y afganas de Nadir. En su apogeo, el imperio de Durrani se extendía desde Jorasán hasta el Ganges y desde el Amu Daria hasta el mar de Omán[341]. Hasta la conquista de Multan (1818), Cachemira (1819) y Peshawar (1834) por los británicos, no se replegó hacia las tierras altas afganas.

¿Qué había detrás de estas dos grandes empresas imperiales que dominaron los vastos territorios fronterizos indo-iraníes durante medio siglo y tuvieron semejante impacto sísmico en la política de todo el subcontinente? Una explicación podría ser que eran síntomas de una «revuelta tribal» contra el acoso de los Estados sedentarios burocráticos ruso, safávida y mogol, pero la persistencia de la empresa y las aspiraciones imperiales de sus líderes apuntan a la operación de una fuerza más profunda. Se ha argumentado que las carreras de Nadir y Ahmad Sah coincidieron con el auge espectacular de la importancia económica de la vía comercial que se extendía desde el norte de la India hasta Rusia y hacia el oeste, hasta Meshed e Irán[342]. El norte de la India, hasta tan al sur como la actual Karachi, formaba parte de un sistema comercial revigorizado por el poder adquisitivo de la plata rusa. De ser este el caso, el nuevo ciclo de construcción imperial tenía como objetivo controlar la riqueza comercial de la región y lo animaba la esperanza de poderlo explotar aún más. Pudo verse precipitado por las tensiones sociales de la economía nómada, con su tendencia intrínseca a la sobrepoblación. En lo militar, se benefició de la tradicional ventaja nómada de la velocidad táctica y movilidad estratégica, adaptando las pistolas al combate a caballo[343] y, bajo

Nadir Sah, empleando también la artillería e incluso el poderío naval[344]. Bajo esta luz, no se puede ver ni a Nadir Sah ni a Ahmad Sah como regresiones a una era de barbarie; eran constructores de Estados en busca de una nueva fórmula. Combinaron el estilo imperial con la disciplina brutal de la política tribal. Incluso es posible imaginar el ámbito con el que pudieron haber soñado: un «gran imperio iraní» según el modelo manchú, en el que la élite guerrera nómada se transmutaba en clase administrativa hereditaria de un Estado agrario.

No pudo ser. El proyecto imperial fracasó: quizá porque su base agraria era demasiado estrecha como para sostener algo de aquella magnitud; quizá debido a la inestabilidad inherente de las confederaciones tribales de las que seguía dependiendo; quizá porque la presión exterior (no siendo la menor el avance del poder británico en la India)[345] no dio tiempo suficiente para efectuar la transición vital a un gobierno más asentado. En cualquier caso, hubo una herencia importante que iba a perdurar: el Estado afgano organizado por Ahmad Sah en 1747, y la reconstrucción de Irán bajo la dinastía afshárida de los Qayar, que reinaron hasta la década de 1920.

El lugar de Europa en Eurasia

A los historiadores les ha tentado muy a menudo considerar la parte posterior de la primera Edad Moderna como el gran preludio de la supremacía de Europa e imaginar el inminente triunfo de la economía global dominada por Estados comercialmente avanzados del «núcleo» noroccidental europeo. En realidad hay poco fundamento para una visión tan determinista de un periodo cuyo rasgo más llamativo fue la influencia tan limitada que los Estados europeos pudieron ejercer en la mayor parte de Eurasia. Desde una perspectiva europea, el cambio más importante no reside en las relaciones de Europa con el

ámbito indoislámico ni con las civilizaciones de Asia oriental, sino en la consolidación de un área enorme de asentamiento, comercio y esclavitud en el ámbito euroatlántico: África occidental, Brasil, Perú, México, el Caribe y las colonias francesas e inglesas del este de Norteamérica. Pese a que la expansión de los asentamientos europeos fue relativamente lenta, las nuevas economías de plantación basadas en la esclavitud desarrolladas a partir de 1650 aproximadamente crearon nuevos y valiosos mercados para las exportaciones y el transporte europeos. Los productos exóticos americanos abrieron el apetito de los consumidores europeos, y el espectáculo que suponía América ejerció un efecto similar sobre la imaginación europea. Sería difícil exagerar el impacto intelectual y cultural del dominio repentino de todo un «nuevo mundo» en sociedades subcontinentales asediadas hasta ese momento por conflictos interminables e innumerables. Como fuente de conocimiento, innovación y experiencia; como tesoro de metales preciosos; como destino para el capital mercantil y como vasta zona de navegación, las provincias transatlánticas habían contribuido a hacer de Europa quizá la más rica y dinámica de las civilizaciones del Viejo Mundo a comienzos del siglo XVIII.

Hay que ser prudentes, sin embargo, antes de dar por supuesto que semejante riqueza y dinamismo fueran suficientes para impulsar el poderío de Europa hacia los confines de Eurasia. Como hemos visto, salvo en partes del Próximo Oriente, los europeos habían hecho pocos progresos a la hora de hacerse con nuevos mercados en Eurasia, y menos aún en el control de territorios, si hacemos excepción de unas cuantas localidades muy específicas. La gran vanguardia del poder europeo en Asia, la poderosa Compañía de las Indias Orientales de las Provincias Unidas de los Países Bajos, se tambaleaba a partir de 1720 bajo la carga de sus gastos administrativos y militares, y cayó en el déficit y en el «crecimiento sin beneficios». Por contraste, el volumen de las exportaciones textiles indias amenazaba con abrumar a la industria textil británica, que buscó cobijo comer-

cial tras las tarifas proteccionistas. El consumo europeo, en lugar de la producción, regulaba el comercio entre Europa, India y China, y si a los indios y chinos les intrigaban ciertos aspectos del arte y la tecnología europeos, el tráfico en dirección opuesta era igual de intenso.

Con todo, podría convencernos la afirmación de que las zonas más prósperas de Europa habían obtenido hacia 1740 un liderazgo imbatible sobre el resto de Eurasia por la «modernidad» de sus instituciones económicas y sociales, liderazgo que había de traducirse antes o después en alguna forma de hegemonía global. Al fin y al cabo, habían sido los Países Bajos los pioneros de la «economía moderna», y Gran Bretaña y Francia siguieron su estela. Aquí se podían ver los rasgos genéricos de la modernidad económica: mercados razonablemente libres y amplios tanto para los bienes como para los factores de producción (incluidos la tierra y el trabajo); un nivel de productividad agrícola capaz de sostener una división del trabajo compleja; un Estado que fomentara el derecho a la propiedad y la libertad de movimiento y contratación; y niveles tecnológicos y de organización comercial capaces de mantener un desarrollo sostenido, una cultura material rica y la difusión de un comportamiento de los consumidores orientado hacia el mercado[346]. Nada de esto, sin embargo, salvó a los Países Bajos del declive económico en el siglo XVIII. El desarrollo rápido tuvo consecuencias medioambientales no previstas que afectaron a la calidad del agua y a la agricultura. La urbanización y la emigración interna alteraron las pautas de edad matrimoniales y ralentizó el crecimiento de la población. Los elevados costes de producción y la pérdida de mercados de exportación, al incrementar sus tarifas los rivales comerciales, dañaron a la manufactura y desviaron el capital hacia los préstamos públicos internos y al extranjero, estrategia que naufragó debido a las crisis políticas y diplomáticas del final del siglo. En conjunto, el experimento con la modernidad preindustrial de los Países Bajos fue abortado por tres fuerzas endémicas en la Europa de la

primera Edad Moderna: la tendencia mercantilista a los mercados cerrados y la autarquía comercial (las políticas inhibidoras del comercio condenadas por Adam Smith en *La riqueza de las naciones);* los costes elevados de las manufacturas preindustriales, combinadas con los límites medioambientales a la extensión de la agricultura; y las consecuencias drásticas que los conflictos intraeuropeos tuvieron para los sistemas fiscales de los Estados europeos. La experiencia de los Países Bajos sugería que los límites de la modernidad preindustrial no tardarían en hacerse sentir también en Gran Bretaña y Francia, y que sería necesaria una revolución tecnológica, política y geoestratégica para que la economía de tipo europeo pudiera colonizar con éxito el resto de Eurasia y el mundo.

4

La Revolución euroasiática

4. La derrota de Tipú Sultán

Entre la década de 1750 y la de 1830, la Revolución euroasiática borró del mapa el largo equilibrio entre las culturas y los continentes. En el transcurso de esos años, los Estados europeos obtuvieron por primera vez una posición de considerable superioridad sobre el resto de Eurasia y adquirieron los medios para proyectar su poder hasta el mismo centro de los grandes imperios asiáticos, y ya no solo en sus franjas marítimas. Al reflexionar retrospectivamente sobre este cambio, lo que por lo general ha sorprendido más a los historiadores ha sido la gran transformación del potencial económico de la que se habían beneficiado los europeos. La fuente obvia del nuevo poder de los europeos parecía ser la «Revolución industrial» en materia de tecnología y de organización económica. Lo cierto es que este no fue el único factor que explica la expansión europea ni basta por sí solo para explicarla. En realidad, la Revolución euroasiática fue el fruto de tres revoluciones: en la geopolítica, en la cultura y en la economía. No impuso una era de dominio europeo universal. Durante la década de 1830, la dominación europea del mundo seguía siendo parcial y limitada: las posibilidades de resistencia todavía parecían amplias; en el interior profundo de Afroasia apenas era más que un rumor. No obstante, despejó el camino a un orden imperial que impuso el control europeo al resto del planeta.

Estas tres revoluciones estuvieron estrechamente ligadas entre sí y dependieron mutuamente unas de otras. Cada una de ellas intensificó los efectos de las otras, amplió su alcance y re-

forzó su poder. La expansión comercial agudizó la rivalidad entre los Estados marítimos europeos. Hizo aumentar la importancia del comercio europeo con otras partes de Eurasia, sobre todo con la India, pero las súbitas perturbaciones de dicho comercio también hicieron a Europa más vulnerable. Al aumentar el caudal de mercancías asiáticas (principalmente algodón, seda y porcelana) que fluía hacia Europa, también es posible que esta expansión comercial contribuyera a difundir los métodos «industriales» con los que los fabricantes europeos esperaban copiar esos productos deseables a fin de competir y sobrevivir. Ahora bien, el comercio europeo de ultramar era incapaz de cuidar de sí mismo. La ventaja de los comerciantes europeos residía en su sistema de crédito y su dominio de las rutas marítimas, pero antes de 1750 la posición que ocupaban los comerciantes europeos en gran parte de Eurasia era muy poco segura. Sin bienes «industriales», su posición en la competencia era débil. Como disponían de poco con lo que tentar al consumidor asiático, se veían obligados a pagar en oro o plata por los bienes que deseaban, práctica que los gobiernos de la metrópoli no veían con muy buenos ojos. Y lo que era peor, sus gastos generales (representados sobre todo por sus flotas y fortalezas) eran abrumadoramente elevados, fundamentalmente como consecuencia de la rivalidad intraeuropea. En tercer lugar, el acceso a los dos principales mercados para el comercio europeo, la India y China, dependía del consentimiento de unos gobernantes que podían tomar la decisión de negárselo en calidad de peligro político (como sucedió en Bengala) o limitarlo de manera drástica (el «sistema de Cantón» en China).

En consecuencia, antes de que los europeos pudieran invertir el desequilibrio de sus intercambios comerciales con Asia tuvo que producirse un gran cambio geopolítico. A su vez, las tecnologías mecánicas que revolucionaron el transporte y la producción textil ampliaron y profundizaron los efectos de la coacción y la conquista europeas. De un modo similar, los beneficios visibles de la investigación científica y la innovación

técnica intensificaron el impacto de los cambios culturales que permitieron a los europeos imaginar, explicar y justificar sus pretensiones de hegemonía no solo material, sino también moral e intelectual. Sin embargo, la elaboración de mapas, la confección de cartografías de las costas, la recopilación de datos etnográficos, la recolección de plantas, las visitas a monumentos y la adquisición de curiosidades —los presupuestos indispensables de un mundo de pensamiento universal— exigían el acceso a informadores y lugares, un aparato para procesar la información acumulada y un motivo inmediato para hacer el esfuerzo requerido. Teóricamente, todas estas cosas eran posibles sin presencia «geopolítica». Ahora bien, sin la influencia militar y política de la que gozaron los británicos en la India a partir de 1760, el conocimiento británico de los hindúes habría sido no solo de una extensión muy inferior, sino cualitativamente distinto. Los tres viajes de Cook por el océano Pacífico se habrían desarrollado de forma más lenta si hubiera tenido que depender de la cooperación de los pueblos maoríes y aborígenes o se hubiera topado con el poderío marítimo de un Estado no europeo. En este caso, como en el de la India, fue la fuerza geopolítica la que determinó no solo la producción del conocimiento, sino también el aumento del comercio.

Este es el argumento que informa gran parte de este capítulo. Desenredar los hilos de una transformación tan compleja como la que aquí nos ocupa es una tarea arriesgada. Ahora bien, la causa inmediata del cambio revolucionario en las relaciones de Europa con el resto de Eurasia no fue una mayor eficiencia económica, ya que antes del final del siglo la industrialización apenas había comenzado. Tampoco surgió de recurrir más hábilmente al uso de la ciencia y la tecnología que los asiáticos. Como descubrieron en la India los británicos, antes de la invención del buque de vapor la tecnología europea confería escasas ventajas, incluso en el campo de batalla. El súbito acceso de los europeos a la superioridad en Eurasia no fue el resultado ni del éxito comercial ni del prestigio científico, sino de

una sucesión de invasiones o de derrocamientos por la fuerza. La pista de cada caso puede seguirse hasta dar con una disputa entre intrusos y nativos. Entre unas y otras se constituyó una inmensa frontera de fricción euroasiática que iba desde Crimea a Cantón. Pero también esto hay que situarlo en un contexto más amplio, ya que el aspecto realmente asombroso de esta era revolucionaria estuvo en los terremotos geopolíticos que sacudieron no solo a Eurasia sino a todo el mundo. En la misma Europa (donde se libraron guerras durante casi la mitad del periodo que va de 1750 a 1830) alcanzaron un grado extremo de tensión, pero algunos fueron desatados por fricciones que tenían poco que ver con la actividad europea. Tampoco era evidente que su impacto acumulativo fuera a redundar de forma ventajosa para Europa. Durante la fase más violenta del conflicto europeo, a partir de 1790, lo contrario parecía más probable. Sin embargo, cuando en torno a la década de 1830 se estableció la pauta (como creyeron muchos coetáneos), lo que puso más claramente de manifiesto que cualquier otra cosa fue la descomunal ampliación de las zonas de influencia, ocupación y dominio europeos. No se trataba de una simple cuestión del lugar que ocupaba Europa en Eurasia; también se había producido un desplazamiento de todo el equilibrio planetario.

¿Cómo y por qué sucedió tal cosa?

Una revolución geopolítica

A mediados del siglo XVIII, las relaciones entre los Estados europeos, islámicos y asiáticoorientales seguían caracterizadas por un equilibrio precario. También era ese el caso en lo que respecta al equilibrio entre el conjunto de poderes euroasiáticos por un lado y las sociedades indígenas del Mundo Exterior (en las Américas, el África subsahariana, el Sudeste asiático y el Pacífico) por otro. Eso no significa que fuera una posición está-

tica. Desde comienzos de siglo, la frontera entre las potencias europeas y el Imperio otomano se había ido desplazando en ambos sentidos. No obstante, aunque los otomanos se habían visto obligados a retroceder desde su última gran invasión de Europa, en el transcurso de la década de 1680, recuperaron territorio perdido antes de 1730 y estabilizaron sus defensas contra el avance de Austria en los Balcanes. En el norte, donde se enfrentaban a la expansión endémica de Rusia, los accesos al mar Negro (que seguía siendo un lago otomano y el escudo estratégico de sus provincias septentrionales) seguían en manos de sus clientes musulmanes, los Giray Kan de Crimea. En las costas del norte de África y el Mediterráneo oriental, las potencias marítimas europeas daban pocos indicios (o carecían de los medios necesarios) de querer perturbar la supremacía otomana que sobrevivía aún allí. Más al este, en torno al mar Caspio, los movimientos de los rusos hacia el sur a partir del delta del Volga habían progresado poco, si bien existía un vigoroso tráfico comercial que vinculaba a las ciudades rusas con Irán, Asia central y el norte de la India[347].

En la India la década de 1740 fue una época turbulenta en la que el centro del Imperio mogol fue atacado por invasiones iranias, afganas y marathas, mientras que los viejos reinos tributarios de dicho imperio (sobre todo Bengala) reafirmaban cada vez más su autonomía. Las compañías mercantiles de los británicos, los holandeses y los franceses tenían fuertes y factorías desperdigados por las costas del sur de Asia, y acabaron enfrentándose entre sí durante la década de 1740. Ahora bien, en 1750 el pronóstico según el cual la lucha por establecer imperios en las llanuras del norte de la India desembocaría en el triunfo de un imperialismo europeo en lugar de asiático habría parecido absurdo. Se habría considerado como un desenlace mucho más probable el reparto del botín entre los constructores de imperios afganos y marathas, mientras la India marítima seguía una trayectoria diferente y más cosmopolita. En el mayor imperio de todos, la amenaza de convulsiones geoestratégi-

cas parecía menos probable que nunca. La monarquía de los Ching estaba ultimando la destrucción definitiva del poderío militar nómada de las estepas de Asia central, la amenaza más antigua y más letal que existía para el «orden mundial» de Asia oriental[348]. Cuando esto se lograra (Sinkiang, o Turquestán oriental, fue conquistada antes de terminar la década), el Imperio Celeste sería aún más invulnerable a los trastornos exteriores y estaría menos dispuesto que nunca a hacer concesión alguna cuando llamasen a su puerta marítima trasera visitantes inoportunos. O eso parecía.

En el Mundo Exterior tampoco existían grandes indicios de que estuviera a punto de producirse un desplazamiento decisivo hacia la hegemonía europea. La confrontación entre los franceses y los británicos en América del Norte (parcialmente en función de sus relaciones europeas) y la alianza de conveniencia de los franceses con los nativos americanos del interior, había hecho que la frontera de la colonización europea se detuviera en las laderas orientales de los Apalaches. El avance de los españoles desde su base mexicana también se había detenido. Una de las líneas de expansión estaba bloqueada por las Grandes Llanuras semiáridas y los pueblos móviles y belicosos que las habitaban, y la lejanía y el carácter aparentemente inhóspito de la costa californiana desalentaba la otra. (Los españoles no ocuparon la región de San Francisco hasta la década de 1770). En Sudamérica, inmensas regiones de bosques y pampas —en Chile, Argentina y la cuenca del Amazonas— resistieron el asalto de criollos y «peninsulares». En el África subsahariana, la influencia musulmana se esparcía difusamente hacia las sabanas occidentales y avanzaba lentamente por el Nilo hacia el reducto copto de Etiopía[349]. Eso atrajo a las áreas costeras de África oriental al golfo Pérsico y a la India. Sin embargo, los europeos apenas se aventuraban más allá de las cabezas de playa del comercio de esclavos en el África atlántica. Al sur del todo, los *trekkers* afrikáners del interior de Ciudad del Cabo tenían cerrado el paso por los san (el término antiguo es bosquimanos)

al norte y por las comunidades nguni al este[350]. Lo más asombroso de todo es que en 1750 se sabía sorprendentemente poco acerca de la geografía del Pacífico, pese a que los navegantes europeos lo habían recorrido muchas veces. En el mapa europeo, la forma y la ecología de Australasia, la ubicación y la cultura de las islas del Pacífico, así como la costa pacífica de lo que ahora es Canadá estaban en blanco o eran fantasías. En fecha tan tardía como 1774, un mapa de referencia declaraba a Alaska una isla[351]. Aquí todavía no se había dado con las fronteras.

El equilibrio euroasiático no había significado la paz. Entre 1700 y 1750, además de las guerras entre iranios, afganos, marathas y mogoles, hubo guerras importantes entre los Estados europeos, entre europeos y turcos, y entre turcos e iranios. Ahora bien, a partir de 1750 el escenario geopolítico sufrió una doble transformación. La magnitud e intensidad de los conflictos euroasiáticos aumentó muchísimo, y sus repercusiones fuera del Viejo Mundo fueron mucho más perturbadoras. Los motivos subyacentes siguen siendo un tanto misteriosos, pero es posible que en parte la respuesta resida en la convergencia explosiva de dos tendencias a largo plazo, ambas ligadas a la aceleración del ritmo de la economía comercial a mediados del siglo XVIII. La primera de ellas era la presión por obtener y ampliar mercados y rutas comerciales, cuyo valor estaba aumentando, así como protegerlos de rivales o de intrusos con intenciones depredadoras. Esta presión la sintieron (y la transmitieron) los mercaderes y gobernantes asiáticos, los comerciantes y colonos norteamericanos y los monarcas y ministros europeos. La consecuencia podría haber sido un aluvión de guerras breves por tierras y comercios. Ahora bien, la expansión comercial desató la fase decisiva de una tendencia más insidiosa. En la Eurasia del siglo XVIII lo que determinaba la extensión del poder militar del Estado eran la fortaleza fiscal y la estabilidad. No se trataba simplemente de disponer de una base fiscal am-

plia y de recaudar impuestos. También presuponía un vínculo estrecho (y mutuamente ventajoso) entre los funcionarios públicos y los intereses que gestionaban el mercado financiero, del que el Estado solía ser, con mucho, el cliente más importante. La clave de la manutención de un ejército leal y bien dotado era poseer un sistema financiero bien desarrollado y capaz de movilizar fondos de forma rápida y barata. «Un sistema financiero [...] constantemente mejorado, puede cambiar la posición de un gobierno», observó Federico el Grande, que algo sabía de las dos cosas. «De ser originariamente pobre, puede enriquecer tanto a un gobierno que lo haga capaz de arrojar su grano a la balanza del equilibrio entre las grandes potencias europeas»[352]. Para 1815, en Londres los gobiernos disponían de ingresos diez veces superiores a aquellos de los que habían gozado sus predecesores cien años antes. En sí mismo, el «Estado fiscal-militar» no creaba conflictos y crisis. No obstante, al cambiar las reglas que gobernaban el éxito, abrió el camino a nuevas pautas del poder.

En la Eurasia de mediados del siglo XVIII existían dos epicentros de turbulencia geopolítica. El primero se encontraba en Europa. Las causas inmediatas de la tensión intraeuropea son bastante evidentes. La mayoría de los Estados europeos eran instintivamente expansionistas. En una era preindustrial, el poder se equiparaba con la posesión de tierras y el dominio sobre las poblaciones que encerraban, o con el monopolio comercial de productos tropicales, con su fastuosa promesa de excedentes de metales preciosos. La ambición dinástica y la suspicacia mutua incrementaban lo que había en juego en las apuestas territoriales. En Europa occidental, las luchas entre Francia, España, Gran Bretaña y los Países Bajos durante el siglo anterior habían girado en torno a la cuestión de determinar si la potencia dominante de la Europa atlántica, la que iba a disponer del control efectivo sobre el acceso marítimo a las extensiones atlánticas de Europa en América del Norte y del Sur, iba a ser Francia o Gran Bretaña. El otro gran polo del antagonismo europeo era

una especie de «América interior»: la inmensa frontera abierta de Europa oriental[353]. En teoría, esta región la compartían cuatro Estados soberanos: Rusia, Austria, Polonia y el Imperio otomano. Pero la impresión de debilidad que desprendían polacos y otomanos aguzó el hambre de tierras de sus vecinos más poderosos y fomentó sus suspicacias mutuas. Hasta mediados de la década de 1750, la primacía de Francia, la potencia más fuerte del mundo europeo, mantuvo una precaria estabilidad en un continente pendenciero. Si bien no había logrado conquistar una hegemonía indiscutida bajo Luis XIV, Francia seguía siendo el árbitro de la diplomacia europea. Tenía la población más numerosa, los mayores ingresos públicos y el ejército más poderoso de todos los Estados europeos[354]. Junto a un gran prestigio cultural, un comercio bien desarrollado, una marina impresionante y la posesión del aparato diplomático y de inteligencia más sofisticado de todos, estos factores constituían una combinación aparentemente invencible. Si bien Francia no podía dominar Europa, podía tener la esperanza de regular los asuntos del continente de maneras que garantizasen su supremacía.

Ese objetivo se persiguió a través de una meticulosa diplomacia de frenos y contrapesos. En Polonia, Francia respaldó a uno de los bandos para contrarrestar la incipiente dominación de Rusia y las ambiciones europeas de los zares de la dinastía Romanov; se alió con Prusia para mantener la presión sobre Austria, y con el Imperio otomano para frustrar la expansión tanto de Austria como de Rusia. La «alianza» borbónica entre Francia y España (ambos monarcas eran Borbones) tenía como objetivo defender el statu quo en el Mediterráneo e Italia. Puesto que las flotas mancomunadas de franceses y españoles solían superar en número a los británicos, también servían para limitar las ambiciones marítimas de estos en la cuenca del Atlántico. Así pues, y de forma involuntaria, la supremacía «conservadora» de Francia servía para mantener el equilibrio de conjunto en Eurasia y el Mundo Exterior. Contribuía a proteger al

Imperio otomano de una coalición abrumadora de enemigos europeos. En Asia meridional limitaba la influencia de la Compañía Británica de las Indias Orientales. Bloqueaba la ruta de acceso al interior de Norteamérica desde los asentamientos coloniales costeros británicos por medio de una diplomacia «india» dirigida desde la fortaleza inexpugnable de Quebec.

El sistema francés era muy extenso, pero tenía que soportar grandes cargas. Francia tenía que ser la mayor potencia militar de Europa y mantener un ejército permanentemente dispuesto a intervenir en Alemania contra Austria o Prusia. Tenía que competir con la marina británica para conservar el «equilibrio» atlántico y proteger su imperio colonial en el Caribe, donde sus valiosas colonias azucareras rivalizaban con las británicas. También tenía que ser una potencia mediterránea y mantener una flota en Tolón para vigilar sus intereses en Italia y preservar el equilibrio en Oriente Próximo entre los otomanos y Austria, principal rival de Francia en Europa. Financiar este inmenso aparato de poder naval, militar y colonial supuso una tensión constante para la monarquía borbónica y el Estado que había diseñado. A partir de 1713, el inmenso ejército desplegado por Luis XIV (más de 400.000 hombres) tuvo que ser reducido a la mitad de esa cifra. A mediados de siglo, ya existían dudas acerca de si el auténtico futuro de Francia residía en el comercio atlántico y en el desarrollo de sus colonias (el elemento vital de puertos como Nantes, Burdeos y La Rochelle) o en conservar y fortalecer su posición en el continente europeo (y también se dudaba de que los ingresos del Estado borbónico fueran capaces de soportar la carga representada por ambos).

A mediados de la década de 1750, la precaria estabilidad que aseguraba el poderío francés comenzó a disolverse. El «sistema» francés fue desafiado a la vez en Occidente y en Oriente. La fuerza disgregadora fue el creciente poder tanto de Gran Bretaña como de Rusia en un momento en que el poderío militar francés había llegado a su límite práctico bajo el antiguo ré-

gimen. A Rusia ya no se la podía excluir de Europa, y el poder financiero de Gran Bretaña bastaba ahora para sufragar una marina capaz de imponerse, dos ejércitos en Norteamérica y los subsidios que necesitaran sus aliados en Europa. El resultado fue una guerra continental y marítima que quebró el espinazo de la diplomacia borbónica. La guerra de los Siete Años de 1756-1763 destruyó la primacía francesa sin reemplazarla con nada. Al contrario, desencadenó una explosión geopolítica. La era de guerras y de revoluciones que la siguió duró más de cincuenta años, hasta que del Congreso de Viena de 1814-1815 surgió una nueva «concertación» experimental compuesta por cinco potencias (Gran Bretaña, Francia, Rusia, Prusia y Austria).

Las primeras grietas aparecieron en las defensas atlánticas francesas. Durante la guerra de Sucesión austriaca (1740-1748), Francia había logrado mantener su posición de conjunto. No obstante, en Norteamérica había evidentes indicios de debilidad. La gran fortaleza francesa de Louisbourg, que custodiaba los accesos navales al interior americano, fue capturada por un ejército colonial angloamericano con ayuda de la marina británica. Cuando terminó la guerra, los británicos (que tuvieron que devolver Louisbourg) construyeron una nueva base en Halifax (Nueva Escocia). Más al sur, los comerciantes británicos procedentes de las trece colonias competían enérgicamente por comerciar con los nativos americanos del interior. Unas líneas de suministros más cortas (comparadas con el laberinto fluvial que conectaba el valle del Ohio con Montreal y Quebec), así como créditos y mercancías más baratos, les dieron la ventaja decisiva. A comienzos de la década de 1750, los franceses estaban lo suficientemente preocupados como para construir Fort Duquesne (en el emplazamiento de la actual ciudad de Pittsburgh) para afianzar su influencia sobre las tribus de Ohio y mantener a los comerciantes británicos a raya. No obstante, desde el lado británico de la frontera la presión también iba en aumento. Ya había estallado una guerra de mapas, cuando un mapa británico

de 1755 reclamó como suyas tierras situadas tan al oeste como el Misisipi. Los comerciantes, los colonos, los especuladores de tierras e incluso los misioneros estaban decididos a hacer frente a las aspiraciones francesas sobre el interior[355], basadas en el punto de apoyo aparentemente raquítico de sus alianzas con los pueblos nativos y en unas esqueléticas fuerzas compuestas por soldados, sacerdotes y leñadores francocanadienses. En las colonias británicas, donde las asambleas elegidas y los intereses locales eran muy poderosos[356], la expansión hacia el oeste parecía la única forma de evitar el estancamiento económico, un punto de vista que compartían muchos de los gobernadores nombrados por Londres. Tantear las debilidades de un monopolio francés mal defendido se convirtió en un juego irresistible. Una de estas expediciones, encabezada por el joven agrimensor virginiano George Washington, hizo saltar la chispa de una guerra atlántica.

La empresa de Washington acabó en desastre. Su reducida fuerza fue rodeada por los franceses y sus aliados nativos. Murieron algunos de sus seguidores y a Washington lo enviaron de vuelta a Virginia. Pero ambos bandos reaccionaron con dureza ante aquel incidente fronterizo. A los franceses les pareció la prueba de que los británicos tenían intención de reanudar el asalto contra su imperio del interior y su cuartel general en Quebec. De ahí que al año siguiente (en 1755) se enviaran refuerzos. Ahora bien, en Londres el intento francés de estrechar el control sobre las rutas del interior, la construcción de Duquesne y el tratamiento dispensado a Washington fueron considerados actos amenazadores y provocaciones, además de un desafío directo al futuro colonial de Gran Bretaña en el continente norteamericano. Los intereses «americanos» y sus amigos políticos protestaron vehementemente. Se despachó una flota para interceptar los refuerzos franceses antes de que atravesaran el Atlántico. No se logró el objetivo. Sin embargo, las escaramuzas navales que siguieron desencadenaron una nueva guerra atlántica.

Gran Bretaña y Francia en Norteamérica, h. 1750

En sí misma, es posible que esa guerra no hubiera hecho peligrar la posición general de Francia. El intento británico de capturar Quebec, la gran ciudadela de la Norteamérica francesa, podría haber sido frustrado, como tantas otras veces había sucedido, y se podría haber desconcertado a los británicos amenazando sus intereses en Europa. Sin embargo, la querella americana de Gran Bretaña y Francia hizo saltar la chispa de una segunda explosión en Europa oriental. «La confusión en la que se encuentra sumida Europa», escribió Federico el Grande en 1757, «comenzó en América [...] gracias a la habilidad política de nuestro país, ahora mismo no hay ningún conflicto en el mundo, por pequeño que sea, que [...] no amenace con involucrar a toda la Cristiandad»[357].

El meollo de la disputa era la desintegración política de Polonia, una inmensa república aristocrática mal organizada que se extendía del Báltico al mar Negro. Polonia era la clave de la diplomacia francesa en Europa oriental. Su supervivencia limitaba el poder de Prusia y reforzaba la dependencia de esta ante

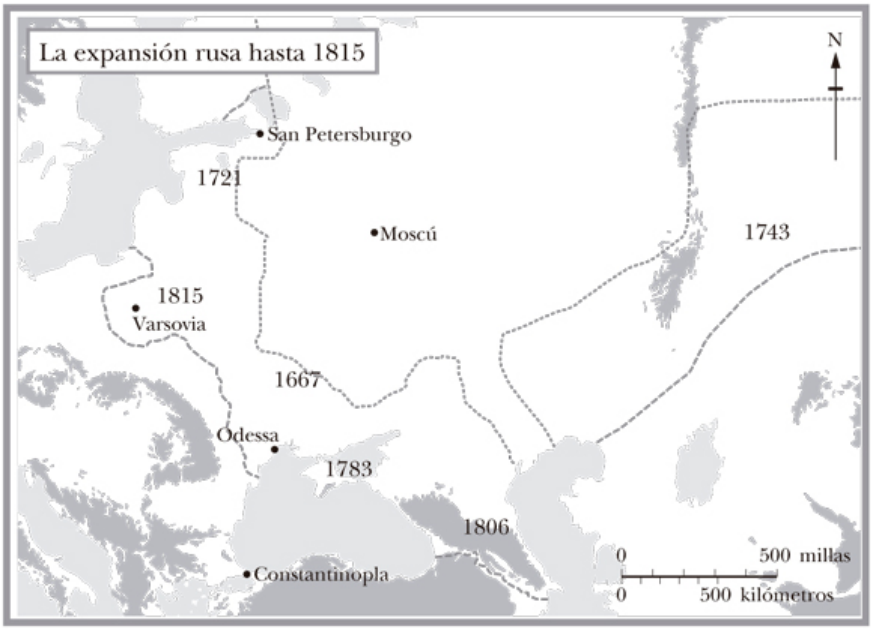
la buena voluntad de Francia. Contenía a Austria y restringía la capacidad de Rusia para inmiscuirse en Europa. Durante la década de 1750, sin embargo, los reyes electos de Polonia se habían convertido en marionetas de Rusia, lo que suscitó una rebeldía cada vez mayor entre la nobleza polaca. Para el rey de Prusia, la tentación de inmiscuirse en las rivalidades polacas y volver a desafiar el estatus de Austria como la gran potencia germánica se hizo casi irresistible[358]. Es posible que esperara poder apoyarse en su gran aliado, Francia, pero el gobierno de los Borbones estaba decidido a mantener el statu quo existente en el este, y tenía especial interés en impedir que Austria se sumase al conflicto anglo-francés al lado de Gran Bretaña, su aliado tradicional[359]. En una asombrosa inversión de su antagonismo histórico, las monarquías de los Borbones y de los Habsburgo reconciliaron sus diferencias y unieron fuerzas para reprimir a una Prusia insurgente. Esa fue la «revolución diplomática» del siglo XVIII, un acontecimiento tan sensacional y desconcertante para los coetáneos como lo sería después el pacto nazi-soviético de agosto de 1939. La alianza franco-austriaca vinculó a los dos Estados más poderosos de Europa. Tendría que haber garantizado una paz «conservadora», ayudando a Francia a resolver sus diferencias con Gran Bretaña. Sin embargo, gracias a una tenaz resistencia y a una serie de sorprendentes victorias, Federico el Grande humilló a las grandes potencias enemigas. La burocracia militarista que había creado demostró estar a la altura de una Francia remota y una Austria mal organizada. Federico no pudo alzarse como vencedor indiscutible, pero con la ayuda de los subsidios británicos y el daño que estos estaban infligiendo a los intereses atlánticos franceses, resistió el tiempo suficiente para obligar a sus enemigos a sentarse a la mesa de negociaciones.

Ahora la primacía francesa se desmoronó de verdad. Mientras Federico se defendía en Europa, los británicos habían reunido lentamente las fuerzas necesarias para conquistar Nueva Francia en Norteamérica. En 1759, «el año de las victorias»,

obtuvieron el control naval del Atlántico, aislando a los franceses en Canadá e impidiéndoles obtener refuerzos. En septiembre (justo antes de que comenzara el invierno, el río San Lorenzo se helara y la flota británica tuviera que retirarse), el general Wolfe tomó Quebec, la clave del poderío francés en el continente norteamericano. Fue un golpe devastador, pues aunque estuvieron a punto de perder la ciudad como consecuencia de un contraataque francés durante el sombrío invierno de 1759-1760, en adelante los británicos podían hacer retroceder el sistema francés de influencia en el interior del continente. Y ahora que tenían a Francia contra las cuerdas en el Atlántico, los británicos empezaron a amenazar a su socio minoritario, España, cuyo imperio americano estaba terriblemente expuesto a su poderío naval y militar. El año decisivo fue 1762: los británicos tomaron La Habana, el Gibraltar del Caribe español. España necesitaba desesperadamente la paz y Francia se encontraba al borde de la bancarrota, es más, llevaba en bancarrota técnica desde 1759, cuando declaró una mora en el pago de sus préstamos. Rusia había cambiado de bando. Un nuevo zar, encandilado por Federico el Grande, abandonó la guerra contra Prusia.

La paz subsiguiente, firmada en 1763, fue en realidad una tregua por agotamiento. Los franceses fueron expulsados del continente, pero conservaron las islas del Caribe ricas en azúcar y su plataforma pesquera (las islas de San Pedro y Miquelón), cerca de Terranova. La Luisiana fue entregada a España, que había perdido Florida ante Gran Bretaña. Pero lo que realmente decidió la Paz de París es que Francia había dejado de ser el árbitro de Europa. El «sistema» había sido quebrado. A lo largo de los treinta años siguientes, el viejo equilibrio geopolítico, tanto en Eurasia como en el Mundo Exterior, fue demolido progresivamente. La expansión de Gran Bretaña ya no estaba sujeta a control. En el este de Europa y Eurasia central, la principal beneficiaria de la decadencia francesa fue la Rusia de Catalina la Grande (r. 1762-1796). Al quedar desprovista del auxilio de su protectora habitual, la república polaca fue devorada

viva por etapas. El primer reparto tuvo lugar en 1772, cuando Rusia, Austria y Prusia le dieron cada una un bocado. La parte rusa correspondía a las tierras fronterizas orientales. Lo que quedaba de Polonia era ahora un protectorado ruso de facto bajo un rey cliente, Estanislao Poniatowski (uno de los amantes de Catalina la Grande). El acuerdo polaco dejó a los rusos las manos libres para completar su guerra contra los otomanos (1768-1774) y lograr un objetivo largo tiempo codiciado: un punto de apoyo firme en el mar Negro en Jersón, de acuerdo con lo estipulado en el Tratado de Kuchuk Kainardji, firmado en 1774. En 1783 se anexionaron la península de Crimea y se convirtieron en amos de la costa norte del mar Negro. Grigori Potemkin (favorito y amante de Catalina la Grande) desató su furiosa energía como virrey de «Nueva Rusia»[360]. Otra guerra contra el Imperio otomano (librada por los turcos en un vano intento de remontar sus pérdidas) les trajo una nueva ronda de recompensas. Odessa fue fundada en 1793 para convertirse en la metrópoli de este nuevo imperio meridional. Se había abierto el camino hacia la conquista del Cáucaso, y quizá hasta de Constantinopla. Fue una etapa decisiva en el ascenso de Rusia como potencia mundial.



El curso de la expansión británica fue mucho menos heroico. Los británicos habían acusado el desgaste de la guerra y la presión para llegar a un compromiso era intensa. En aquella coyuntura, caracterizada por el rigor financiero, la carga de un nuevo imperio americano resultaba poco menos que engorrosa. La idea de tener que asumir nuevos compromisos en Norteamérica horripilaba a los ministros británicos, así que se apresuraron a procurar la calma en sus nuevas adquisiciones en lugar de desarrollarlas. Apaciguaron a los francocanadienses de la nueva provincia de Quebec y se negaron a establecer la asamblea electa que exigían los recién llegados de las trece colonias. Quebec sería gobernada como una colonia militar para supervisar la vieja esfera de influencia francesa en el Medio Oeste americano. La Proclama Real de 1763 estableció una línea fronteriza a lo largo de la cordillera de los Apalaches, lo que enfureció a los colonos norteamericanos. Lejos de convertirse en el botín de la victoria norteamericana, el interior habría de seguir siendo «territorio indio», cerrado a los colonos norteamericanos y vigilado por funcionarios imperiales en in-

terés de la paz y el ahorro financiero. Por si eso no fuera suficiente, los británicos también estaban decididos a obligar a los colonos a sufragar algunos de los costes de la defensa imperial. Los colonos habrían de pagar impuestos imperiales, como el conflictivo impuesto del timbre. El comercio colonial habría de regularse de forma más estrecha para hacer cumplir las leyes de navegación que prohibían el comercio exterior en los casos en los que esquivaba los puertos británicos, así como para suprimir la práctica del contrabando, muy difundida.

Lo que sucedió a continuación es bien conocido. Los colonos se rebelaron. Los británicos no supieron abordar lo que de todos modos era una guerra difícil con una ruta de suministros larga e insegura a lo largo del Atlántico norte[361]. Como no consiguieron acabar rápidamente con la revuelta colonial, su triunfo atlántico de 1763 se volvió cada vez más frágil. Sus rivales marítimos, ansiosos por restaurar el equilibrio atlántico, aprovecharon la ocasión para vengarse. En 1778, tres años después del comienzo de la guerra colonial, Francia, España y los Países Bajos se sumaron a ella. Aislados y en inferioridad numérica en el mar, los británicos perdieron el control del Atlántico durante un periodo decisivo, lo que selló su suerte en América. Su principal ejército en las colonias se rindió en Yorktown en 1781. Pese a que lograron remontar sus derrotas navales (frustrando así las esperanzas de franceses, españoles y holandeses), los británicos se vieron obligados a reconocer la independencia estadounidense firmando la Paz de Versalles en 1783 (aunque conservaron el control de Canadá).

A primera vista, los resultados de la gran victoria británica de 1763 habían sido casi completamente anulados en solo veinte años. Ahora bien, si pensamos en términos globales, veremos que en realidad la revuelta triunfante de las sociedades de colonos blancos británicos contra el control imperial representó una confirmación ulterior del triunfo «provisional» de 1763. Ahora, por fin, el interior norteamericano estaba plenamente

abierto a los «neoeuropeos» del litoral atlántico. En cuanto terminó la guerra (es más, mientras aún se estaba librando) los colonos empezaron a atravesar las montañas en masa. Uno de los primeros actos de «Estados Unidos» fue establecer un programa para la expansión territorial por medio de la Ordenanza del Noroeste de 1787. A medida que la marea colonizadora desembocaba en el valle del Ohio y el Viejo Sudoeste (los actuales estados de Alabama y Misisipi), la inevitable fricción con los pueblos indígenas desencadenó una serie de guerras fronterizas. Divididos, superados en potencia de fuego y en una inferioridad numérica cada vez mayor, los nativos americanos fueron empujados sin cesar hacia el oeste mientras las tierras que dejaban atrás se llenaban de hombres blancos y esclavos. Hacia 1830 la marea de la colonización blanca se había acelerado hasta llegar al Misisipi y rebasarlo[362]. En apenas cincuenta años, en el continente había surgido una «neo-Europa» a partir de las colonias incipientes de la Era del Equilibrio.

En Norteamérica, la región más rica del Mundo Exterior había quedado abierta a la ocupación europea. Sin embargo, la invasión más dramática del Mundo Exterior a partir de 1750 se produjo en el otro lado del planeta. Con la euforia del triunfo, e imbuida de un sentimiento nuevo de su supremacía (mundial), la marina británica se lanzó a una campaña sistemática para cartografiar los océanos, vientos y corrientes: la inteligencia fundamental del poderío marítimo en la era de la navegación. Uno de los elegidos para emprender esas expediciones cartográficas fue James Cook, que se había labrado una reputación de hábil navegante durante el ataque contra Quebec en 1759. Nueve años más tarde, emprendió el primero de sus tres viajes al Pacífico para observar el tránsito de Venus y verificar de paso si «un continente, o tierra de gran extensión, puede ser hallado hacia el sudoeste»[363]. A esto le siguió una década de exploración antes de que muriera en Hawái tras una disputa con los isleños. Los informes de Cook (y los de los científicos que viajaban a bordo con él, como Joseph Banks) fueron sensacio-

nales. Pusieron de manifiesto que en el Pacífico existía un universo inmenso del que los europeos apenas tenían noción. Al público europeo las sociedades y culturas de las islas del Pacífico se le antojaron un Edén tropical, un paraíso de ocio e inocencia. Ahora bien, las revelaciones de Cook tenían una trascendencia que iba más allá de lo cultural. Su viaje a la costa del Pacífico del Canadá actual insinuaba que podía abrirse una nueva ruta comercial entre las regiones peleteras de Norteamérica y un mercado lucrativo en China. Su mayor descubrimiento, sin embargo, se produjo en el Pacífico sur. Cook destruyó el mito de una «gran tierra sur» que llegaba hasta la parte inferior del planeta. Al contrario, cartografió el continente insular de Australia, y el 22 de agosto de 1770 tomó posesión de la mitad oriental del continente australiano en nombre de Gran Bretaña. Ya había circunnavegado Nueva Zelanda. Menos de diez años después de su muerte, el gobierno británico fundó la primera de sus colonias de presidiarios en el este de Australia, quizá en parte para estrechar su control sobre la vía marítima meridional que discurría entre el océano Índico y China. Para la década de 1790, los balleneros, los cazadores de focas, los comerciantes, los misioneros y los vagabundos europeos y norteamericanos comenzaron a llegar en masa a las islas del Pacífico, Nueva Zelanda incluida. La colonización transcurrió de forma lenta en lo que seguía siendo una región muy alejada de Europa, sujeta a la «tiranía de la distancia» y a la amenaza de la intervención francesa. Sin embargo, ya en la década de 1830 la colonización de Australia estaba en pleno curso, transportada a lomos de las ovejas trashumantes. En 1840 llegaron a Nueva Zelanda colonos británicos. Estaba en vías de constituirse una segunda «neo-Europa» (quizá para rivalizar con las Américas).

En los treinta años que siguieron a 1763, por tanto, Europa amplió enormemente su control sobre los recursos territoriales del planeta, aunque de momento la riqueza de las «nuevas tierras» era más hipotética que palpable. Lo que hizo tanto más significativa esta ampliación era que coincidió con un despla-

zamiento no menos dramático del equilibrio de poder en el Viejo Mundo euroasiático que engendró el doble fundamento de la supremacía europea en el siglo XIX. Este desplazamiento se verificó en la esfera islámica, en la India y, en la década de 1830, también en Asia oriental. La llegada en masa del poderío ruso a las costas norteñas del mar Negro en el transcurso de las décadas de 1770 y 1780 marcó una etapa crucial en la apertura del Oriente Próximo islámico a la influencia política y comercial europea.

Pasó algún tiempo antes de que los efectos se hicieran sentir plenamente. Sin embargo, la pérdida de Crimea fue una catástrofe estratégica para los otomanos. El mar Negro había sido hasta entonces un lago turco que formaba parte de las comunicaciones imperiales otomanas. Mientras dispusieran del monopolio del poder sobre sus aguas, los turcos podían custodiar los accesos septentrionales de su imperio con una facilidad asombrosa. Sin suministros transportados por vía marítima, una invasión rusa de los Balcanes turcos era difícil, cuando no imposible, como ya había descubierto Pedro el Grande. Del otro lado del mar Negro y sin apoyo marítimo, avanzar sobre el Cáucaso a lo largo del límite occidental de su cordillera de montaña sería todavía más arduo. El mar Negro era el escudo naval del sistema otomano. Estrechaba la frontera estratégica que los otomanos tenían que defender contra su enemigo europeo. La invasión tenía que venir a través de los Balcanes occidentales, región inhóspita en la que todas las ventajas estarían de parte de los defensores. En la práctica, eso reducía sus rivales entre las grandes potencias a uno solo: el imperio de los Habsburgo, con el que compartía frontera. Permitía concentrar a la marina otomana en el Mediterráneo oriental, donde podía proteger las islas egeas, el acceso a Constantinopla y las costas de Egipto y del Mediterráneo oriental, y tenía poco que temer de las lejanas potencias marítimas de Europa: Gran Bretaña, Francia, los Países Bajos y España. Pero por encima de todo, quizá, los beneficios estratégicos del mar Negro se hacían sentir políticamente.

La seguridad que proporcionaba había permitido descentralizar el poder en el reino otomano, lo que había sido un factor fundamental de su estabilidad y cohesión a lo largo del siglo XVIII.

Con la puerta marítima del norte cerrada a cal y canto, el gobierno otomano de Constantinopla había logrado capear los temporales de comienzos del siglo. El prestigio de los otomanos como gobernantes imperiales había sido vapuleado pero no se había quebrado. Su valor como aliados en el juego maquiavélico de la diplomacia europea había sido real. Sin embargo, en el transcurso de la década de 1780 la piedra angular del poderío otomano fue desplazada. La decadencia de Francia magnificó los efectos. En las comunidades griegas y el norte de los Balcanes empezó un nuevo resurgimiento. De forma casi imperceptible, el imperio comenzó a pasar de ser una gran potencia de reconocido (si bien mermado) poder a una región en disputa, una enorme presa territorial en torno a la que empezaron a dar vueltas en círculo toda una manada de depredadores europeos.

No obstante, esta transformación en «enfermo de Europa» fue ante todo un rasgo de la segunda fase de la revolución geopolítica posterior a 1790. Sin embargo, mucho antes de esa fecha ya se estaban haciendo sentir los efectos del otro gran centro de turbulencia geopolítica de la Eurasia del siglo XVIII. En el capítulo anterior vimos cómo a principios de la década de 1750 en la India estaba en curso una «doble revolución». La vieja estructura del Imperio mogol, que había dotado de un marco de unidad política a gran parte del subcontinente, estaba comenzando a agrietarse. En las profundidades interiores del Imperio, el poderío mogol estaba siendo asediado desde dos direcciones. Aventureros iraníes y luego afganos continuaron la vieja tradición del Asia interior de levantar imperios utilizando sus recursos humanos «tribales» para imponer su dominio sobre las llanuras agrícolas, igual que los mogoles (o los manchúes

en China) habían hecho antes que ellos. Es posible que su objetivo fuera el control del tráfico comercial entre el norte de la India y el Asia central, que seguía siendo una de las grandes rutas comerciales del mundo. Sus ataques coincidieron con el avance decisivo del poderío maratha en la India occidental, una confederación hindú de Estados dominados por una «pequeña nobleza» empeñada en extender su gobierno y su sistema de impuestos territoriales al mismísimo centro del Imperio mogol, en las llanuras septentrionales de la India[364]. Como consecuencia de la presión del cambio no solo político, sino también social y económico, el poderío mogol estaba descomponiéndose (o mutando) en un régimen más laxo que coexistía con nuevos «subimperios» que estaban disputándose territorios, rutas comerciales e ingresos. En la India marítima existía un peligro parecido. En este caso el agente del cambio era la rápida expansión de la economía comercial y del comercio de ultramar. Nuevas riquezas y nuevas fuentes de ingresos proporcionaron a los gobernantes menores locales una libertad cada vez mayor frente a la supervisión mogola, y los condujo a estar cada vez menos dispuestos a pagar el tributo debido. No obstante, esta creciente autonomía tenía un precio. Los aspirantes a fundadores de Estados tenían que vigilar de cerca a los mercaderes y banqueros que sufragaban su poder, y también tenían que hacer lo propio con los intereses europeos que habían estrechado su control sobre el comercio indio de ultramar. Aquello se hizo todavía más fundamental cuando los europeos dieron indicios de que iban a trasladar sus disputas al subcontinente indio. Los preparativos para enfrentarse entre sí convirtieron a los franceses y a los británicos en potencias militares locales e introdujeron un nuevo elemento explosivo en un entorno político volátil.

El principal escenario de conflicto estaba en Bengala, la más dinámica y próspera de las economías del litoral. Allí había surgido una enorme producción textil algodonera que satisfacía las necesidades de un mercado mundial en alza. La red fluvial

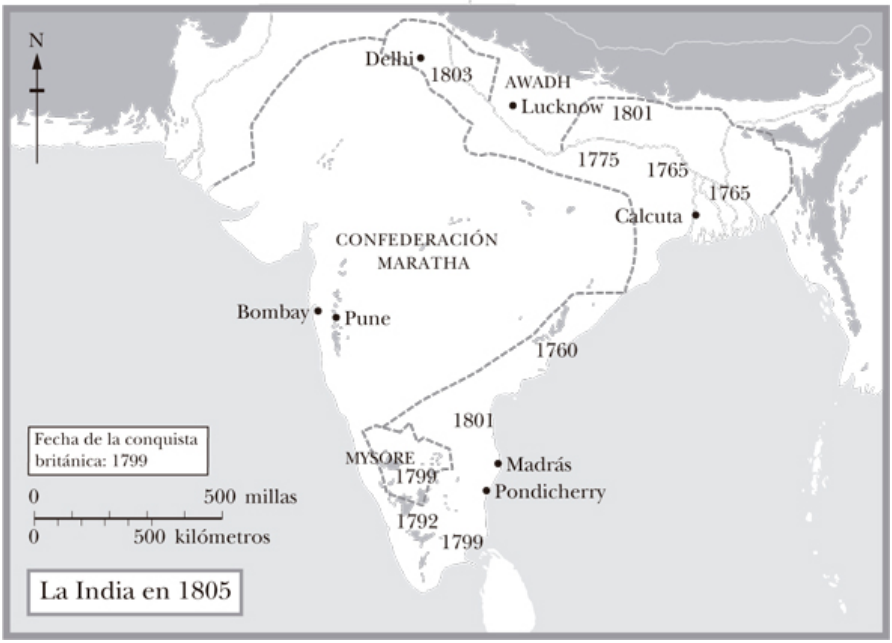
del Ganges y su delta, así como los productos comestibles cultivados en los bosques recién deforestados, eran los elementos auxiliares decisivos de esta economía de exportación. El poder político estaba en manos del *subahdar* (formalmente el virrey del emperador mogol) y demás magnates musulmanes, herederos expectantes de la decadencia mogola. Sin embargo, en este mundo de advenedizos, la estabilidad se mostraba esquiva. En 1756, el *subahdar* o nawab, Suraj ud-Daula, era un titular nuevo y nervioso. Tenía rivales políticos. El poder financiero de los comerciantes y banqueros hindúes, como el gran Jagat Seth, obstaculizaba su libertad de acción, ya que ellos administraban el comercio del que dependían las rentas y los impuestos. Además tenían estrechos vínculos con los comerciantes europeos, sobre todo con la Compañía Británica de las Indias Orientales y su «factoría» fortificada en Calcuta («un lugar grande e irregular, algo más grande que Deptford y Rotherhithe» según una descripción contemporánea)[365] y su teórica libertad (gracias a su *farman* imperial) ante el control del nawab. Cuando el nawab empezó a sospechar que la Compañía albergaba a quienes conspiraban en su contra, la delicada situación política bengalí entró en crisis. La negativa de la Compañía a ceder dio lugar a un pulso[366]. En junio de 1756, el nawab tomó Calcuta y los funcionarios de la Compañía que no lograron escapar fueron encerrados en un calabozo (el famoso «Agujero Negro»). Por un instante pareció que aquel golpe de Estado auguraba la aparición de un nuevo Estado mercantilista del sur de Asia, de una Holanda oriental capaz de mantenerse firme y resistir.

Por desgracia para Suraj ud-Daula, la Compañía disponía de medios para tomar represalias. Tenía, además, poderosos motivos para vengarse: la pérdida de Calcuta le había costado más de dos millones de libras esterlinas. Seis meses después, una escuadra de navíos llegó ante la desembocadura del Ganges transportando tropas de Madrás bajo el mando de Robert Clive. Este recuperó Calcuta rápidamente y se puso en contacto con los magnates disidentes deseosos de presenciar la caída del

nawab. Tras la demostración de fuerza de Clive en Plassey cerca de la capital de Bengala en junio de 1757, el ejército del nawab se desmoronó y su gobierno se vino abajo. Ahora Clive era el hacedor de reyes. «Ha tenido lugar una revolución», dijo Clive a su padre, «casi sin parangón en la historia»[367]. Sin embargo, Clive se mostraba reticente a afianzar la dominación de la Compañía en Bengala. «Quizá una soberanía tan grande sea un objeto demasiado extenso para una compañía mercantil [...] sin la asistencia de la nación», pensaba[368]. Pareció más sensato encumbrar a un noble musulmán como nuevo nawab. El experimento fracasó. Persiguiendo sus intereses comerciales particulares, los servidores de la Compañía se negaron a reconocer la autoridad del nawab o a pagarle los impuestos que le debían. En 1764, la fricción se desbordó y desembocó en la lucha armada. En la batalla de Buxar, el ejército de la Compañía derrotó al nawab y a su aliado, el soberano de Awadh. Al año siguiente, la Compañía se hizo cargo del *diwani* en Bengala, Bihar y Orissa: ahora era ella, no el nawab, quien controlaba los impuestos y las rentas. «[Del nawab] no quedan más que el nombre y la sombra de su autoridad»[369].

Había sido una sucesión de acontecimientos asombrosos. Ahora bien, la revolución en la India estaba lejos de haber concluido. El propio Clive temía forzar el poder de la Compañía, y se opuso a la idea de una marcha sobre Delhi. Los británicos no fueron los únicos beneficiarios del cambio en la India; en la parte occidental y el centro del subcontinente, el auge implacable del poder de los maratha parecía igual de impresionante. Fueron los maratha quienes tomaron Delhi en 1784. En el sur de la India, Hyderabad y Mysore eran la prueba palpable de que a partir de los escombros de la decadencia mogola podían construirse nuevos Estados. En Mysore sobre todo, un soldado de fortuna musulmán, Haidar Ali, comenzó a construir un Estado fiscal-militar de nuevo tipo en 1761, con unos ingresos y un ejército que estaban más que a la altura de los de la Compañía en Madrás. Su hijo, Tipú Sultán (r. 1783-1799), llevó mucho

más lejos estos cambios. El Estado practicaba el comercio, subvencionaba la construcción naval y financiaba un gran ejército permanente dotado de una artillería y de una infantería cuyo entrenamiento y tácticas eran tan «modernos» como los de la Compañía[370]. Haidar y Tipú libraron guerras de desgaste contra la influencia de la Compañía y la condujeron al borde del colapso financiero. Sin los recursos de los que se había apoderado en Bengala (con los que logró que sus ejércitos pasaran de 18.000 hombres en 1763 a más de 150.000 al final del siglo) [371], sin la ayuda naval y militar de Gran Bretaña y sin los préstamos adelantados por banqueros indios, es dudoso que la Compañía hubiera conservado su poder en el sur de la India. Y aunque los británicos derrotaron (y mataron) a Tipú en 1799, es igualmente dudoso que hubieran podido forzar a los maratha a reconocer su dominio de no haber salido victoriosos de la segunda gran fase del conflicto europeo, sobre la que volveremos enseguida. Para la década de 1790, en efecto, los dos principales escenarios de las convulsiones políticas euroasiáticas prácticamente se habían fusionado.



No obstante, la revolución bengalí de Clive ya estaba comenzando a provocar un desplazamiento aún más notable en las relaciones euroasiáticas. Mucho antes de que los europeos se internasen en el océano Índico, la India marítima ya había servido de bisagra entre el comercio de Asia oriental y el de Oriente Próximo y Occidente. Durante el siglo XVIII, los europeos habían aumentado su comercio con China pese a que este se limitara estrictamente a breves escalas toleradas en el puerto de Cantón. Dicho comercio estaba dominado por la Compañía Británica de las Indias Orientales, que se dedicaba fundamentalmente a transportar metales preciosos a China a cambio de té (sobre todo), producto cada vez más en boga entre los consumidores británicos. Ahora bien, la Compañía carecía de medios para ampliar el volumen de su tráfico, extender un crédito más generoso o atraer a la clientela china con productos más tentadores. La conquista de Bengala resolvió los tres problemas. Gracias a su nueva fuente de ingresos, la Compañía pudo pagar los productos indios que querían los compradores chinos (algodón en rama, textiles de algodón y opio) sin utilizar plata o en-

viar más exportaciones a China. Sin embargo, los medios de la Compañía eran solo parte de la historia. El «comercio privado» que la Compañía toleraba por propia conveniencia fue adquiriendo una importancia cada vez mayor. Un pequeño ejército de soldados y civiles europeos empleados por la Compañía en la India explotó el auge de esta para hacer fortuna a través del pillaje o la información comercial reservada. (Se trataba de los «nababs», cuyo regreso a Gran Bretaña suscitó muchos comentarios hostiles). La forma más rentable de convertir sus ganancias era invertir en un cargamento con destino a China. Cuando este se vendía, los beneficios se entregaban a la Compañía (que tenía el monopolio de la compra del té) a cambio del derecho a retirar lo ganado en Londres. El comercio privado también era el medio a través del que se vendía el opio, ya que la Compañía como tal tenía prohibido comerciar con él. De esta forma indirecta, la conquista de Bengala abrió el camino a una revolución comercial que iba a tener inmensas consecuencias geopolíticas[372]. A medida que sus exportaciones crecían a pasos agigantados, la economía del sur de China se vio atraída cada vez más por el comercio triangular entre Gran Bretaña y la India. El mayor pez de todos empezaba a morder el anzuelo.

Así pues, el cambio geopolítico en Europa y el sur de Asia abrió el camino a una enorme transformación de las relaciones entre distintas partes de Eurasia y entre Eurasia y el Mundo Exterior. En la segunda etapa, a partir de 1790, la magnitud de conjunto de ese cambio fue quedando paulatinamente más de manifiesto, y los tenues contornos de un nuevo orden global, que en el siglo XVIII apenas era apreciable, adquirieron forma definitiva. Ahora bien, esto solo sucedió después de que un segundo cataclismo en la política europea y una nueva guerra global dirimiesen la cuestión de qué potencia iba a dominar Europa (suponiendo que una de ellas lo lograra) y cuál de ellas quedaría libre para seguir el camino que conducía a convertirse en la potencia mundial hegemónica.

La crisis se precipitó a raíz de la revolución en Francia. El Estado borbónico se había vuelto cada vez más frágil. Carecía de apoyo popular y sus aliados aristocráticos y de clase media estaban cada vez más descontentos; su prestigio intelectual y cultural había sido minado por la guerra de panfletos de los *philosophes* y la arremetida previa de escritores populares. No se trataba de debilidades insólitas en los Estados dinásticos del siglo XVIII: «En la actualidad todas las potencias se encuentran en estado de crisis», escribió Catalina la Grande en 1780[373]. Lo que convirtió a estas debilidades en algo tan peligroso para el régimen de los Borbones fue el colapso simultáneo de su papel histórico de guardián de la grandeza francesa en Europa y en el mundo. Hacia finales de la década de 1780, la «gran nación» europea había perdido su supremacía. En sí mismo, aquello ya era muy perjudicial para el prestigio de la monarquía, pero el peligro inmediato que se cernía sobre ella era la quiebra financiera. Tras un breve periodo de paz, en 1778 Francia entró en guerra para alterar el veredicto de 1763 y restablecer su posición en el Atlántico aliándose con las colonias rebeldes de Gran Bretaña. Fue una apuesta prohibitiva y dio escasos beneficios. El precio fue la acumulación de una deuda aún mayor. Era cierto que la deuda pública francesa era inferior a la de Gran Bretaña, pero el factor decisivo es que era mucho más difícil de administrar y mucho más cara. La víspera de la revolución, el solo pago de los intereses consumió la mitad de los gastos estatales[374]. En 1789, con su prestigio en el punto más bajo de su historia y el tesoro público en bancarrota, la monarquía se vio sumergida en la vorágine del cambio constitucional, cediendo el poder efectivo a los autoproclamados líderes del «Tercer Estado», que en junio se reconstituyeron como «Asamblea Nacional». A medida que el caos financiero se volvía más profundo y el orden social se desmoronaba, la amenaza de una intervención de las potencias conservadoras del extranjero, encabezadas por Austria, se hizo cada vez más inminente. El temor de que el rey estuviera conspirando con ellas para acabar con la

constitución que había firmado en septiembre de 1791 radicalizó la política francesa. En la primavera de 1792 Francia entró en guerra con Austria. El desastre militar y el temor popular a una invasión destruyeron la influencia de los reformadores más moderados y condujeron a la abolición de la monarquía, en septiembre de 1792[375]. Cuando, en enero de 1793, Luis XVI y María Antonieta fueron ejecutados, la transformación de Francia se había completado. El pilar del Antiguo Régimen en Europa, el arquetipo del Estado dinástico, se había convertido en una república revolucionaria militante empeñada en exportar la doctrina subversiva de los «Derechos del Hombre».

El resultado inmediato de la agitación política francesa fue debilitar todavía más sus posibilidades de influir sobre Europa y más allá. En Europa oriental, la debilidad francesa allanó el camino al aniquilamiento del Estado polaco, que fue descuartizado en 1793-1795. Cuando los ejércitos de Austria y Prusia entraron en Francia en 1792, el ejército ruso entró al mismo tiempo en Polonia[376]. Entre los despojos de la victoria estaba Ucrania occidental, una enorme y nueva adquisición para el imperio ruso del mar Negro. Ahora bien, a mediados de la década de 1790 el Estado revolucionario francés había desarrollado una capacidad de movilización extraordinaria, levando hombres y medios para hacer la guerra a una escala con la que las monarquías retrógradas apenas podían competir. El fervor patriótico de sus ejércitos de ciudadanos y el recurso al talento en la elección de sus generales ayudó a convertir a Francia en una gran potencia militar de nuevo. En parte, las conquistas territoriales pagaron la factura[377]. Bajo Napoleón Bonaparte, esta transición quedó coronada por el carisma y el genio. Sus victorias en Italia le convirtieron en héroe militar. Como primer cónsul (1799-1804) y emperador (1804-1814), fue el dictador de Francia. Parte de su objetivo era restablecer la disciplina social y el orden administrativo disueltos por la revolución. Sin embargo, también estaba decidido a resucitar y ampliar la primacía europea perdida por los Borbones. El efecto que eso tuvo

sobre las relaciones de Europa con el Mundo Exterior (en las Américas, el África subsahariana y hasta el Pacífico) sería forzosamente grande, y la implicación euroasiática en Oriente Próximo, Asia central y la India (y por consiguiente en China) apenas lo sería menos.

El primer asalto de este combate se libró en torno a Egipto. En 1798, Napoleón y Talleyrand, el ministro de Exteriores francés, elaboraron un plan extraordinario para la conquista de Egipto. El atractivo que tenía para Napoleón, cuyo ídolo militar era Alejandro Magno, era evidente. Según se dice, afirmó: «Europa no es más que una topera, solo en Asia se han creado grandes imperios»[378]. No obstante, su razonamiento y el de Talleyrand indican hasta qué punto habían percibido la magnitud del cambio geopolítico acaecido desde mediados de siglo[379]. Controlar a Egipto permitiría a Francia reanimar la ruta de Suez entre Europa y la India, además de contrarrestar el dominio cada vez mayor del comercio atlántico. Un imperio egipcio compensaría a Francia por la pérdida de sus colonias americanas (Quebec y la Luisiana, que perdió en 1763) y ayudaría a contener el avance de Rusia hacia su objetivo último, la capital otomana en Constantinopla, movimiento que parecía estar acelerándose bruscamente. También aumentaría los riesgos de la presencia británica en la India en un momento decisivo. Con los franceses alojados en Suez, a las puertas del mar Rojo, y la influencia francesa impregnando el Golfo e Irán, la posición diplomática y militar de la Compañía Británica de las Indias Orientales se vería debilitada de forma radical. Intimidar a los sijs, a los maratha, a Hyderabad y a Mysore sería mucho más difícil, quizá imposible. Si los costes y los riesgos aumentaban demasiado, el experimento británico en imperialismo oriental podía venirse abajo del todo.

En julio de 1798, Napoleón desembarcó en Egipto con 40.000 hombres, una fuerza inmensa. También trajo consigo un equipo de 165 personas integrado por astrónomos, matemáti-

cos, químicos, físicos, ingenieros mecánicos, de la construcción y civiles, agrimensores, arquitectos, zoólogos, artistas, compositores, economistas, anticuarios, impresores, cirujanos, médicos y farmacéuticos. Su tarea era registrar el pasado y planear el futuro del Egipto napoleónico. El día 21 de julio, en la batalla de las Pirámides, la dominación de los mamelucos cayó en pedazos. Napoleón insistió en que los franceses habían venido a liberar al pueblo de la tiranía de los mamelucos, y prometió respetar la religión islámica, llegando incluso a debatir con los principales ulemas los términos de acuerdo con los cuales podría contemplarse una conversión en masa de su ejército (la circuncisión resultó ser un escollo). Envió mensajes amistosos a los soberanos musulmanes de la costa de todo el norte de África hasta llegar a Marruecos, al sultán de Darfur y a Tipú Sultán en la India. Los británicos sospechaban que Mascate, en el Golfo, se hallaba bajo influencia francesa. Se elaboraron planes para invadir Siria de manera que Francia controlase toda la costa del Mediterráneo oriental, así como la mitad occidental del Creciente Fértil. El alcance último de los planes de Napoleón sigue sin estar claro. Su intención debió de ser que aquella invasión relámpago reequilibrara la balanza a favor de Francia e hiciera regresar a los otomanos a su vieja alianza contra Rusia y Austria. Sin embargo, la suerte no estuvo de su parte. A los pocos días de su llegada a El Cairo, la victoria de Nelson en la bahía de Abukir destruyó la flota francesa y dejó a Napoleón aislado de Francia. Egipto era demasiado pobre, demasiado débil y demasiado vulnerable para soportar la carga de la dominación francesa y de transportar a un ejército sin suministros de ultramar. Las revueltas y la resistencia se intensificaron. Los otomanos declararon la guerra. La expedición siria fracasó. La diplomacia «musulmana» quedó en nada. Cuando Napoleón se marchó secretamente a Francia en agosto de 1799, Tipú Sultán ya había sido vencido y muerto defendiendo su capital de los británicos en mayo. El ejército francés resistió, pero París carecía de medios para acudir en su ayuda. En junio de 1801, El

Cairo fue tomado por tropas enviadas desde Gran Bretaña y la India. El proyecto oriental estaba acabado.

La lucha no terminó ahí, si bien las esperanzas que Napoleón tenía de desafiar a los británicos en el mar no tardaron en irse a pique. En octubre de 1805, durante la batalla decisiva que tuvo lugar en las inmediaciones del cabo de Trafalgar, cerca de la costa española, su bestia negra, Nelson, destrozó a las flotas francesa y española más allá de toda esperanza de restablecimiento. Napoleón ya había abandonado el continente norteamericano: la Luisiana, recobrada de manos de España en 1800, fue vendida a Estados Unidos a cambio de dinero en efectivo. Santo Domingo (la actual Haití), la colonia más rica de Francia, se perdió a raíz de una revuelta de esclavos negros en 1804. El dominio de los mares permitió a los británicos acordonar su imperio en Asia. Tomaron Ciudad del Cabo en 1806, e Île de France (la actual isla de Mauricio) en 1810. El océano Índico se convirtió en un lago británico. En 1811, se apoderaron del imperio indonesio del reino cliente de Napoleón en los Países Bajos.

Puede que Napoleón soñara con renovar una alianza con los otomanos e Irán dirigida por Francia, en parte para neutralizar a Rusia en Europa[380], pero de ahí salió poca cosa. Su objetivo principal seguía siendo la hegemonía europea. En el mismo mes que el desastre de Trafalgar, su triunfo en Austerlitz hizo más tangible esa perspectiva. Los austriacos y los prusianos habían sido aplastados. Napoleón rediseñó el mapa de Alemania para un nuevo Estado cliente, la confederación del Rin, y reinventó Polonia como el Gran Ducado de Varsovia. En 1807, en Tilsit, él y el zar Alejandro se encontraron en una balsa y juraron amistad francorrusa. Ahora que Europa estaba sometida, Napoleón decidió apretar a Gran Bretaña. En 1806, un decreto en Berlín y otro en Milán al año siguiente cerraron el continente entero al comercio con los británicos. Se declaró un bloqueo inverso para destrozar la economía británica, dejarla sin

oro ni plata, y forzar a Londres a negociar. Si los británicos querían ser dueños del mar, parecía estar diciendo Napoleón, él los ahogaría en su propio elemento.

De haber tenido éxito, quizá hubiera recobrado el terreno perdido por Francia desde el fracaso en Egipto. Sin embargo, era, con casi toda certeza, demasiado tarde. El «sistema continental» destinado a provocar la bancarrota del comercio británico tenía más agujeros que un colador. También destruyó cualquier posibilidad de que Europa aceptara la versión del imperio de Napoleón. «Para asegurar su éxito, habría sido necesario conquistar y ocupar todos los países y no retirarse jamás de ninguno»[381], escribió cáusticamente su antiguo secretario. A pesar del magnetismo de su apellido para los descontentos con el régimen artrítico de las dinastías europeas, el imperio de Napoleón se convirtió en una carga insoportable. Rusia rechazó el yugo comercial y exigió la promesa de que los polacos nunca recobrarían su reino. Hacia 1812, Napoleón había llegado a la conclusión de que solo la conquista de Rusia podía garantizar la paz. El resultado fue catastrófico. Durante la «batalla de las naciones» de octubre de 1813 en Leipzig, el Gran Ejército de Napoleón, devastado por su retirada de Moscú en pleno invierno, fue contundentemente derrotado por los austriacos, los rusos y los prusianos. Cuando la propia Francia fue invadida desde el este y desde el sur (por un ejército británico procedente de España), Napoleón se exilió (en Elba). Su imperio se derrumbó. Después de que su último intento de volver al poder (los «cien días» de 1815) fracasase en el campo de batalla de Waterloo, la conferencia de paz de Viena extrajo las conclusiones. En realidad, las decisiones que tomó tenían un alcance euroasiático, cuando no global. Los pacificadores se dieron cuenta de que no habría forma de regresar a las luchas dinásticas del Antiguo Régimen. Veinticinco años de revoluciones y de guerras habían convertido esa perspectiva en impensable. En su lugar, llegaron a un acuerdo territorial para conservar el equilibrio de fuerzas entre cinco grandes potencias (Austria, Prusia,

Rusia, Francia y Gran Bretaña) diseñado de forma que ninguna de ellas pudiera dominar a las demás por su cuenta. Inventaron el «Concierto de Europa», proceso mediante el cual las cinco potencias habían de arbitrar sus diferencias y conservar el nuevo reparto del poder[382]. El acuerdo de Viena resultó ser asombrosamente duradero: Europa evitó una guerra general durante casi un siglo. En parte y como consecuencia, el Congreso de Viena garantizó las condiciones que dejaron las manos libres a las dos potencias «flanqueantes», Gran Bretaña y Rusia, para que persiguieran sus ambiciones extraeuropeas siempre y cuando estas no amenazaran la paz de Europa. Viena abrió las puertas al cerco de Asia desde el norte y desde el sur.

La derrota de Napoleón y su proyecto imperial tuvo un significado más amplio. Fue la verdadera culminación del gran cambio geopolítico cuyo curso hemos trazado, y cuyo impacto radical Napoleón no logró desviar. En cuanto los británicos estuvieron libres de la amenaza que él representaba, se enseñorearon rápidamente del subcontinente indio. La penetración comercial de China, ya en curso antes de 1800, empezó a acelerarse. Pese a que devolvieron el archipiélago indonesio al nuevo reino de los Países Bajos (diseñado como barrera contra la expansión francesa en Europa), los británicos conservaron la isla de Singapur y la convirtieron en un puerto franco para gran parte del Sudeste asiático. En Occidente, la parte del desastre naval de 1805 que correspondía a España no tardó en costarle el control de su imperio americano, cuyo comercio quedó completamente abierto, sobre todo a los británicos. Así pues, el efecto acumulativo del fracaso de Napoleón y del éxito de Gran Bretaña consistió en destruir lo que quedaba del viejo sistema mercantilista. Los imperios comerciales rivales, con sus flotas y sus fortalezas, sus compañías mercantiles y sus monopolios comerciales, quedaron obsoletos a raíz del «dominio de los mares» británico. Hasta la Compañía Británica de las Indias Orientales se vio obligada a abrir la India a comerciantes ajenos a la Compañía en 1813, pese a que conservó su monopolio en

China hasta 1833. El obstáculo más poderoso a la expansión del comercio —los inmensos costes generales de los imperios mercantiles rivales— se había esfumado. Quedaba por ver cuánto tardaría el comercio privado (el «libre comercio») en explotar las nuevas oportunidades que ofrecía este gran cambio.

La gran divergencia

La revolución geopolítica tuvo tres efectos principales. Por medio de la ocupación y colonización de las regiones del Mundo Exterior, derribó las barreras para la expansión física de Europa. El interior norteamericano y el Pacífico sur no tardaron en ser anexionados como extensiones demográficas de la Europa noroccidental: se convertirían en «neo-Europas». En segundo lugar, en el transcurso de la etapa decisiva posterior a 1803 (cuando, tras una brevísima tregua, se reanudó la guerra europea) el poderío naval británico demolió la zonificación mercantilista que había subdividido el comercio mundial en bloques excluyentes destruyendo el equilibrio de poder naval del que dependía: la fuerza combinada de las flotas española, francesa y holandesa. Acabó con los costes generales (y los riesgos) del comercio a larga distancia, con la excusa del monopolio comercial (que había sido justificado en el pasado alegando el alto precio de la protección) y con la exclusión de nuevos participantes. En tercer lugar, la gran transición en el sur de Asia, que se produjo por etapas entre 1757 y 1817 (cuando se quebró el poder de los maratha), había aportado a los británicos inmensos beneficios inesperados. Al hacerse con el control de los ingresos y del comercio de Bengala, la región más rica de la India, los británicos adquirieron de golpe la palanca que necesitaban para forzar la puerta de la economía del sur de China. Con la India como base de su tráfico marítimo y de su crédito, el co-

mercio regional del Este y del Sudeste asiáticos podía ser incorporado más fácilmente al tráfico a larga distancia entre Asia y Europa. Por fin podría empezarse a poner coto al aislamiento comercial de Asia oriental.

Es improbable, sin embargo, que estos asombrosos avances hubieran producido algo más que ganancias temporales sin otro cambio importante en las relaciones económicas entre los Estados europeos y el resto de Eurasia. La gran limitación de los intercambios comerciales europeos con la mayor parte del resto de Eurasia había residido en las míseras dimensiones de dicho comercio. Se ceñía casi en exclusiva a bienes de lujo, era de un volumen minúsculo y estaba destinado a un mercado restringido. Las importaciones asiáticas por valor de un año (según los cálculos de Jan de Vries) apenas llenarían un moderno barco contenedor. Parte del problema estaba en que los europeos disponían de poco (aparte de los metales preciosos) que pudiera interesar a los clientes indios o chinos: de ahí que el algodón y el opio indios fuesen una bonanza tan grande para los agentes de la Compañía Británica de las Indias Orientales que compraban té en Cantón. La única forma segura de mantener abierto el acceso al consumidor asiático era encontrar productos europeos de los que hubiera una demanda general y descubrir medios de distribuirlos de forma más amplia. A menos que los europeos lograran esto último, el incremento en el volumen y el valor del comercio acabaría nivelándose muy pronto: las puertas que habían conseguido abrir podían ser cerradas de nuevo por gobernantes más resueltos, y las inesperadas ganancias extraordinarias obtenidas en la India serían devoradas enseguida por los costes de la conquista y la dominación.

En la práctica, eso significaba que la ampliación y el reordenamiento del comercio asiático europeo hecho posible por la geopolítica tendría que recibir un estímulo tecnológico de gran magnitud para evitar el estancamiento. Sería precisa una trans-

formación tecnológica antes de que los productores europeos pudieran superar la ventaja histórica de sus competidores asiáticos, a saber, los costes, muy inferiores, de sus industrias artesanales. La tecnología del transporte exigía un cambio similar en Asia (y en otras partes) para que la magnitud de los intercambios no quedara paralizada por unos costes de transporte que aislaban las regiones del interior. Por último, pero no por ello menos importante, para superar o «desalentar» la reticencia natural de los gobernantes indígenas, fuesen asiáticos, africanos o incluso hispanoamericanos, a acoger a los comerciantes extranjeros e intercambiar con ellos más o menos en pie de igualdad, había que encontrar la forma de proyectar el poder europeo a grandísimas distancias y con un coste razonable. Dado que hasta entonces los europeos no habían gozado de ninguna ventaja militar evidente sobre otros Estados euroasiáticos (o africanos) salvo en alta mar, eso también requería una solución tecnológica.

Sabemos, por supuesto, que se encontraron esas «soluciones», aunque no de una vez por todas ni con un éxito universal. Pese a que los historiadores discrepen acerca de precisamente cuándo (por no hablar de cómo), está claro que en torno a 1800 comenzó a afianzarse lo que ha sido bautizado elegantemente como «la gran divergencia»[383]entre la trayectoria económica del mundo euroatlántico y la de la mayor parte del resto de Eurasia y África. Durante gran parte de los dos siglos siguientes (y en algunos casos durante más tiempo) las disparidades de riqueza se volvieron cada vez mayores (salvo en regiones privilegiadas). La causa radicaba, o eso parecía, en la singular capacidad de los europeos de industrializar sus economías, logrando aumentos de la producción muy superiores a los que podían obtener economías pre o no industriales. Los europeos explotaron el caudal de mejoras sucesivas en sus primeras innovaciones en materia de producción mecanizada, acelerando así el ritmo del cambio tecnológico y aumentando constantemente la brecha entre su eficiencia productiva y la de sus competidores

no industriales. Para intensificar este efecto, que hizo a Europa mucho más rica que el resto del mundo, las nuevas tecnologías industriales proporcionaban otros dos beneficios de enorme importancia. Ofrecían (a un coste relativamente bajo) los medios tecnológicos para facilitar la dominación europea en lugares donde hasta entonces había sido imposible y a una escala inimaginable en la era preindustrial. Los progresos en materia de armamento (rifles de repetición, ametralladoras, artillería de largo alcance, navíos de guerra propulsados por vapor) multiplicaron el impacto de los ejércitos y marinas europeos o dirigidos por europeos y ampliaron su radio de acción. En tierra o por mar, el transporte mecanizado proyectó la fuerza militar a distancias mucho mayores (en términos preindustriales) y a una velocidad vertiginosa, lo que permitía desplegar cantidades relativamente pequeñas de tropas de manera repetida en campañas que podían distar miles de kilómetros entre sí. Las tropas británicas podían ir y venir entre Sudáfrica, la India, China y hasta Nueva Zelanda. Los barcos para el transporte de tropas y las vías férreas «estratégicas», como las que se construyeron en la India a partir de 1860, permitían economizar en lo referente al tamaño de las guarniciones necesarias para salvaguardar el control en el extranjero. El telégrafo y el cable submarino desempeñaron un papel similar, permitiendo enviar instrucciones, hacer advertencias y solicitar ayuda en cuestión ya no de semanas, sino de horas. La información se convirtió en el arma invisible del arsenal europeo, más valiosa que miles de soldados y millones de libras esterlinas. El otro gran beneficio que aportó la industrialización también fue fruto de la velocidad. La extraordinaria rapidez con la que aparecían los invasores, se asentaban los emigrantes, se trazaban nuevas rutas comerciales y se construían nuevas ciudades portuarias (todo ello acelerado de distintas formas por la técnica industrial) dio a la expansión europea en el mundo afroeuroasiático, por lenta y vacilante que fuera desde ciertos puntos de vista, un carácter de *blitzkrieg*. Con poco tiempo para reaccionar, y a menudo mal informados

en lo tocante a sus intenciones, no es de extrañar que a los anfitriones involuntarios de los europeos a veces les resultase difícil contenerlos.

Por supuesto, como indica la idea de divergencia, aunque los síntomas de cambio podían ser súbitos y violentos, pasaron décadas antes de que la transformación económica adquiriese una forma de conjunto. Lo que había empezado a emerger hacia el final de nuestro periodo (durante la década de 1830) era, con todo, un conjunto de relaciones económicas radicalmente distintas de las existentes antes de 1750 aproximadamente. La industrialización de Europa no fue un asunto privado: alteró de modo fundamental los intercambios que realizaba con todas las demás regiones del mundo, el volumen y el contenido del comercio a larga distancia y la circulación de bienes y personas en todo el planeta. A medida que determinadas partes de Europa asumían una serie de funciones especializadas con destino a un mercado que, al menos en potencia, era mundial, lo que surgió de todo ello fue una nueva división del trabajo. Los europeos ya disponían de hecho del monopolio virtual del comercio marítimo entre Europa y Asia. Cuando ese comercio se amplió, su «mando y control» (armadores, seguros, exportación-importación y crédito) quedó concentrado fácilmente en manos europeas y se vio reforzado aún más por la ventaja comparativa de los europeos en materia de «inteligencia» comercial, es decir, información privilegiada. No obstante, la auténtica revolución residió en el nuevo papel de Europa como fuente primordial de productos manufacturados para el planeta en su conjunto, basada principalmente en el inmenso incremento de la producción y el enorme descenso de los costes reales que supuso la mecanización. Hacia 1810, según los cálculos de Paul Bairoch, un operario británico producía entre diez y catorce veces más hilo de algodón en una hora con una máquina de hilar que su competidor hindú empleando métodos tradicionales, y esa cifra se elevaba hasta cuatrocientas veces en lo tocante a las calidades más altas[384]. Como los textiles constituían una pro-

porción enorme de la producción manufacturera de las economías no industriales (quizá hasta un 80 por ciento), resulta fácil comprender por qué la Europa industrial se convirtió en el abastecedor mundial de lo que en casi todas las demás sociedades era el producto manufacturero de mayor consumo. Hacia mediados del siglo XIX esta ventaja industrial también pudo constatarse en una gama enorme de otros bienes de consumo (sobre todo artículos metálicos) que Europa podía ofrecer, así como en la colosal expansión de la fabricación de maquinaria y de procesos industriales. En un grado inimaginable antes de 1800, los distritos industriales de Europa se habían convertido en el taller, la fábrica y el laboratorio técnico del mundo entero.

La tercera función global de Europa quizá estuviera implícita en lo anterior, pero de momento (en 1830) apenas era visible. La Europa industrial (y sobre todo Gran Bretaña) se convirtió en el principal exportador mundial de capital. Las redes de crédito comercial y mercantil, los beneficios industriales y las ganancias que podían obtenerse construyendo infraestructuras industriales (como vías férreas y puertos) para aumentar el volumen del tráfico hacían de ello una progresión natural cuando el ahorro alcanzaba un nivel adecuado. En cuanto sucedió esto último, la superioridad europea en materia de comercio a larga distancia, producción industrial y exportación de capitales se convirtió en una fuerza *casi* irresistible, que se combinaba sistemáticamente para reestructurar todas las pautas de los intercambios globales. La Europa industrial estaba dotada, por lo visto, del poder transformador de crear una nueva economía global que convirtiera a la mayor parte del mundo en abastecedor de materias primas, consumidor de productos manufacturados y prestatario de capitales. En esta gran reconstrucción, los productores asiáticos de artículos manufactureros artesanales para la exportación (sobre todo telas) acabarían yéndose a pique. Es más, el futuro de la no-Europa iba a ser categóricamente rural: campesinos laboriosos que cultivaban materias primas para la exportación y que compraban (por ejemplo) tela

de algodón a cambio. La producción comercial de una inmensa gama de mercancías (algodón, seda, té, azúcar, café, tabaco, opio, cacao, arroz, quina, yute, caucho, gutapercha, aceite de palma, goma arábiga, pimienta, vainilla, añil, goma guta, marfil, laca, guano, pieles, gambier) transportadas por vía marítima para ser procesadas en Europa, se convertiría en el motor de *su* riqueza, su medio de progresar y el incentivo fundamental del orden social y la disciplina. O eso decía la teoría. En 1830 casi todo esto era cosa del futuro. Como veremos, su avance generó resistencia y fue a menudo lento y errático. No obstante, la suerte ya estaba echada.

Esa fue la «gran divergencia» que transformó las suertes relativas de las sociedades más ricas de Europa y Asia. Pero ¿cómo explicarla? ¿Qué había sucedido para que las partes más ricas de Europa se adelantaran tanto a las partes más ricas de Asia? La respuesta favorita de los historiadores occidentales ha sido invocar la «Revolución industrial». Fue la singular capacidad de determinadas comunidades europeas para inventar y aplicar soluciones tecnológicas la que les permitió dar ese gran paso adelante. Como simple afirmación es indudable. Ahora bien, las preguntas se amontonan casi de inmediato. ¿Qué fue lo que hizo tan tecnológicamente precoces a los europeos? Al fin y al cabo, a menudo habían estado a la zaga de China en capacidad inventiva. Tampoco era evidente que el marco institucional para el cambio tecnológico fuera más favorable en Europa que en otras partes (China, por ejemplo). Además, la transformación industrial de Europa no fue el resultado de un único «big bang». El desarrollo de la economía de Gran Bretaña fue relativamente lento, lo que apunta a una trayectoria de cambios acumulativos, no a que le hubiera tocado el gordo en una lotería tecnológica[385]. Una explicación influyente, inspirada en Weber, subraya la conjunción imprevisible y casi al azar de los factores decisivos que permitieron a Europa eludir lo que hasta entonces había sido una ley de hierro de la rentabilidad decreciente y del agotamiento de los recursos. La competencia entre

Estados (lo que permitía la disidencia y la libertad de pensamiento), una economía de mercado que recompensaba la eficacia, un entorno natural benévolo y dotado de amplias reservas de alimentos y combustible, así como las asombrosas ganancias inesperadas de las que Europa pudo echar mano en las Américas, constituían los elementos del «milagro europeo», único e irrepetible[386]. Existe otro punto de vista que desplaza de forma radical el peso del argumento. Considera que no había gran diferencia entre la Europa noroccidental y las economías más avanzadas de otras partes de Eurasia hasta 1800. La ventaja de Europa no se debió a sus estructuras sociales o políticas, y ni siquiera a los progresos de su pensamiento científico. Se derivaba, por el contrario, de su dotación de carbón (consecuencia del azar geológico) y colonias (fruto de la depredación): solo estos dos factores permitieron a Europa evitar el destino invariable del crecimiento preindustrial[387]. Una tercera línea de investigación considera la «divergencia» europea menos como resultado de su dotación peculiar (en materia de recursos, mentalidad o instituciones) que como una reacción ante fuerzas y tendencias globales. De acuerdo con esa perspectiva, la industrialización de Europa puede considerarse incluso como una táctica defensiva que tuvo unas consecuencias extraordinariamente imprevistas[388].

Podríamos empezar por reconocer que en la Eurasia de finales del siglo XVIII destacaban dos regiones. Una de ellas era Europa. Por supuesto, no toda ella, dado que gran parte del sur y del este del continente era pobre y atrasado incluso de acuerdo con los criterios de la época. En amplias zonas del interior rural europeo persistían condiciones tales como técnicas agrícolas arcaicas, estas ausencia de mejoras (como cercados y drenajes), malas carreteras o ausencia total de las mismas, escasez de conocimientos artesanales, niveles de alfabetización muy bajos, ausencia de instituciones financieras que ofrecieran créditos o capitales, inseguridad de las personas y de la propiedad y supervivencia de la servidumbre. Las regiones más prósperas se

encontraban en Francia, Gran Bretaña, los Países Bajos, Renania, el norte de Italia y ciertas partes de Cataluña, así como entre las ciudades comerciales del sur y el este de Alemania y el Imperio austriaco. Estos eran los lugares en los que había arraigado firmemente una economía comercial avanzada del tipo que había descrito Adam Smith en *La riqueza de las naciones.* El desarrollo económico impulsado por una creciente especialización y la división del trabajo permitían aumentar la productividad y ampliar el mercado en el seno de un círculo virtuoso. Las mejoras progresivas en la técnica fabril y el cultivo de las tierras empujaban en la misma dirección. A eso había que añadir los beneficios derivados del comercio, tanto intraeuropeo como intercontinental. Si bien son difíciles de medir, los efectos del comercio a larga distancia pueden haber acelerado el progreso hacia una sociedad consumista de masas (fomentando la afición por productos tropicales como el azúcar, el café y el té) y estimulando la innovación en el *marketing,* en la gestión y en la recopilación y la utilización de la información comercial. Sin embargo, muchas de estas condiciones, si no la gran mayoría de ellas, también se daban en China. Kiangnan (el delta del Yangtsé) era una gran región manufacturera que producía tejido de algodón para la «exportación» al resto de China. Con una densa población (386 personas por kilómetro cuadrado)[389] de más de 30 millones de habitantes, numerosas ciudades y una tupida red de comunicaciones acuáticas que la vinculaba al Yangtsé medio y alto (un interior de dimensiones colosales), así como al resto de China (a través del Gran Canal), Kiangnan era comparable con el corazón comercial de Europa. Pueden aducirse argumentos válidos que demuestren que como economía de mercado era tan rica y productiva como el noroeste de Europa. La producción textil era similar[390], y el consumo de artículos como azúcar y té podría muy bien haber sido superior. El saber técnico estaba muy difundido. Además, China se beneficiaba de la existencia de leyes que convertían la compra y la venta de tierras en algo más sencillo que en Europa, y de un

mercado de trabajo en el que la servidumbre prácticamente había desaparecido (en contraste con Europa). En una sociedad ordenada y bien regulada, con bajos niveles de tributación y un Estado que promovía activamente las mejoras prácticas (normalmente en la agricultura), no parecía existir ningún motivo obvio por el que el progreso material del tipo que había contemplado Adam Smith (lo que los economistas denominan «crecimiento smithiano») no se siguiera dando de forma indefinida y a una escala comparable a la de Europa.

En otras partes de Eurasia, los obstáculos al progreso material eran mayores. En el Imperio otomano e Irán no surgió ninguna región «núcleo» del tipo de Kiangnan. Con la excepción de Egipto (donde gran parte del delta del Nilo aún estaba por drenar), las áreas de cultivo denso y productivo estaban desperdigadas y escaseaban. Zonas enormes de Anatolia e Irán seguían siendo el coto de nómadas. La población era escasa en un entorno relativamente hostil, sujeto a veces, como en el Irán de mediados de siglo, a violentos trastornos. Salvo en las zonas marítimas, el transporte en masa de bienes era extremadamente difícil, lo que contribuyó a proteger a los abastecedores locales de los artículos manufacturados de la competencia exterior. Sin embargo, a mediados del siglo XVIII, la proximidad de Europa ya había comenzado a empujar a las tierras otomanas al intercambio de mercancías agrícolas por importaciones manufactureras[391]. Las exportaciones de seda de Irán estaban en declive: el país tenía pocas mercancías de exportación, no digamos ya productos manufacturados[392]. En la India la situación era distinta. La industria manufacturera india era muy productiva. Es posible que el 60 por ciento de las exportaciones manufacturadas del mundo del siglo XVIII se produjeran en la India, el taller textil del mundo. Las muselinas y los percales indios estaban muy solicitados como artículos de lujo en Europa, y sus algodones, más baratos, se reexportaban al África occidental, donde se intercambiaban por esclavos[393]. Guyarat,

Malabar, Coromandel y Bengala eran regiones comerciales que tenían fuertes vínculos internacionales. Abundaban las tierras cultivables. Sin embargo, a diferencia de China y Europa, las posibilidades de construir una gran economía integrada eran muy limitadas. En gran parte del subcontinente, el transporte interior estaba obstaculizado por la ausencia de vías fluviales navegables. En el norte de la India las rutas comerciales se vieron muy afectadas por la decadencia del Imperio mogol. Por supuesto, el comercio y los comerciantes sobrevivieron, y es posible que hasta prosperaran, pero la geografía inestable del poder político (lo que desplazaba la demanda y la protección de las élites de un lugar a otro) era un factor que obraba en contra de la aparición de un «núcleo» estable[394]. La difusión de los conocimientos técnicos (elemento decisivo en el progreso tecnológico) sufría a raíz de las barreras levantadas por un sistema de castas basado en los oficios. Una ecología implacable desalentaba la inversión a largo plazo, como lo hacía también la turbulencia política generalizada que se asentó en el país a partir de 1750. También podría ser cierto que la sociedad india, a nivel de los campesinos y tejedores, fuera demasiado rebelde y móvil para aceptar la «disciplina laboral» impuesta, por ejemplo, a los trabajadores fabriles en Gran Bretaña.

La pregunta se convierte entonces en: ¿por qué Kiangnan (y China) no igualaron la expansión económica de Europa e impidieron que surgiera una economía mundial con centro en Europa? La mejor respuesta de la que disponemos es que no pudo superar las limitaciones clásicas del crecimiento preindustrial[395]. A finales del siglo XVIII se enfrentaba a unos costes de alimentación, combustible y materias primas constantemente en alza; una población en aumento y una producción en expansión competían por los productos de un área territorial más o menos fija. La demanda de alimentos estranguló el incremento en la producción de algodón en rama. Entre 1750 y 1800, los precios del algodón en rama seguramente se duplicaron en el delta del Yangtsé[396]. La demanda de combustible (en forma

de madera) acarreó la deforestación y degradación del medio ambiente. En teoría existía una forma de salir de aquella trampa. Kiangnan tendría que haber obtenido sus suministros desde más lejos. Tendría que haber reducido los costes de producción por medio de la mecanización, ampliando así su mercado y por tanto su fuente de suministros. Tendría que haber recurrido al carbón para suplir sus necesidades de combustible. En la práctica había muy poco margen para cambios de ese estilo. Kiangnan se enfrentaba a la competencia de muchos centros del interior, donde los alimentos y las materias primas eran más baratos y que también podían explotar el desarrolladísimo sistema chino de transporte por vía fluvial. La misma perfección de la economía comercial china permitía a nuevos productores acceder al mercado con relativa sencillez si lo hacían al mismo nivel tecnológico que los demás. En esas condiciones, es posible que la mecanización, pese a ser práctica desde el punto de vista tecnológico, fuese frustrada de raíz. Y aunque China dispusiera de carbón, este se encontraba lejos de Kiangnan y no podía ser transportado hasta allí de forma económica. Por tanto, para China en conjunto, los incentivos y los medios para emprender el camino de la industrialización escasearon o estuvieron ausentes.

Las áreas más desarrolladas de Europa no tuvieron que hacer frente a esas limitaciones. Incluso si dejamos al margen la disputadísima cuestión de si las instituciones comerciales, el suministro de crédito y capital y la difusión de los conocimientos útiles estaban más eficientemente organizados que en China (lo que habría facilitado el progreso tecnológico), está claro que la demanda cada vez mayor de alimentos, combustible y materias primas podía satisfacerse más fácilmente. La «frontera de los recursos» europea no había sido cerrada. Existían nuevas tierras disponibles (en el sur de Rusia, por ejemplo), y las mejoras agrícolas habían aumentado la productividad de las tierras de labranza ya roturadas. Y donde la demanda de combustible era más intensa, podía satisfacerse mediante amplios

suministros de carbón accesible. Europa también gozaba de la ventaja añadida del comercio colonial, cuyos beneficios dependían en parte del trabajo esclavo. Pudo echar mano de reservas imprevistas de tierra «libre», sobre todo en Norteamérica. Es posible que ambos factores contribuyeran (aunque no de forma decisiva) a que Europa evitara la suerte de Kiangnan. El resultado de conjunto fue que el «núcleo» dispuso de más tiempo para explotar las oportunidades de hacer uso del progreso técnico, y una ocasión mucho mejor para dar el salto tecnológico hacia el empleo de los motores de vapor, que dependían del carbón.

Si la divergencia de las respectivas trayectorias se había iniciado, como hacen pensar las pruebas disponibles, en torno a 1800, entonces no cabe duda de que había una gran revolución en ciernes. En realidad, la historia es mucho más espectacular. Una parte de Europa experimentó una versión extraordinariamente intensa del cambio económico. Sucedió en Gran Bretaña, cuya trayectoria económica había sido considerablemente más dificultosa que la de regiones de prosperidad comparable en el continente europeo. En este caso hubo tres factores decisivos. En primer lugar, en los ochenta años que siguieron al año 1760 se produjo un inmenso desplazamiento del empleo de la agricultura a la industria. Al comienzo de este periodo, la industria empleaba a alrededor del 2,4 por ciento de la población activa masculina; en 1840, esa cifra era del 47 por ciento. Esta reorganización tuvo lugar sin que aumentara el coste de los productos agrícolas, condición decisiva para la expansión industrial. Al contrario, si en 1760 un agricultor podía alimentar a un trabajador industrial, ochenta años más tarde podía alimentar a casi tres[397]. En segundo lugar, aunque esta masiva ampliación del contingente de mano de obra industrial, más que ningún aumento marcado en la productividad de conjunto, fue uno de los rasgos más llamativos de la Revolución industrial británica, no lo fue menos la inmensa concentración en la producción de textiles, sobre todo de algodón. La producción mecanizada, que utilizaba la máquina de rodillos de Arkwright

(1769) y el telar mecánico de Crompton (1779), adaptada a la energía hidráulica, permitía producir hilo de algodón más resistente y más fino a un coste muy inferior a las antiguas formas de hilar a mano[398], y la industria pasó progresivamente de utilizar mano de obra cualificada a emplear mano de obra no cualificada. El hilo de algodón se exportaba, pero también era la materia prima para la producción de tejidos y en consecuencia redujo el precio de estos. Hacia 1801, los bienes de algodón representaban por sí solos casi el 40 por ciento de las exportaciones británicas; treinta años después, representaban más del 50 por ciento. Se estaba forjando un inmenso mercado nuevo en el extranjero.

En tercer lugar, los británicos fueron pioneros en la aplicación del motor de vapor y el empleo del carbón a escala industrial. Por supuesto, el principio de la energía producida por vapor se conocía hacía mucho tiempo. Los motores de vapor se habían utilizado desde el siglo XVIII, pero tenían un tamaño engorroso y un apetito pantagruélico. No se dispuso de una versión más eficiente hasta 1775, cuando Boulton y Watt diseñaron su modelo. La conjunción del motor de vapor y el carbón fue decisiva. Los motores de vapor extraían el agua de las minas, y sin ellos la producción de carbón británica se habría quedado estancada en los niveles de 1700[399]. Gracias a ellos, en 1800 esa producción había llegado a los once millones de toneladas anuales, el equivalente de utilizar el crecimiento anual de madera de la mitad de la superficie de Inglaterra. La utilización del vapor liberó a Gran Bretaña de las restricciones de combustible que (como hemos visto antes) habían aquejado a China y abrió el camino a procesos industriales que consumían grandes cantidades de energía. El carbón y el coque eran los medios indispensables para incrementar la producción de lingotes de hierro, que se multiplicó por más de tres entre 1788 y 1806[400]. En conjunción, el vapor y el hierro permitían producir herramientas, artefactos y máquinas más duraderos de los que se podían fabricar con madera. Contribuyeron a crear

una «nueva cultura de la ingeniería» cuyos adelantos progresivos contribuyeron a transformar el mundo material a partir de 1800. La energía producida por vapor también se aplicó a los textiles a partir de la década de 1790, en el hilado del algodón, lo que ayudó a disminuir su coste todavía más. Asimismo, hacia comienzos de la década de 1820 empezó a utilizarse en el transporte acuático y terrestre, innovación que pronto confirió a sus usuarios enormes ventajas comerciales y estratégicas.

Los beneficios de la utilización del motor de vapor y el carbón aumentaron de forma extraordinaria la capacidad económica de Gran Bretaña, más allá de la de cualquier competidor que tuviera en Eurasia. Por supuesto, conviene señalar que en 1830 muchos de esos beneficios todavía estaban por llegar. Es posible que los beneficios de una economía basada en el vapor y el carbón solo se generalizaran a partir de la década de 1850[401]. Sin embargo, mucho antes de 1830, la primera gran fase de la industrialización británica ya había transformado la relación comercial más importante que había entre Europa y Asia. El insaciable apetito de los europeos por el algodón indio y la competitividad de las telas indias en terceros mercados en otras partes habían sido el hecho fundamental del comercio este-oeste desde el siglo XVII. No obstante, hacia 1800 los fabricantes británicos habían desplazado en gran medida a los bienes indios en su propio mercado interior y superado a la India en la exportación de percales, y no tardaron en desalojar a las variedades más baratas de otros mercados extranjeros. Y lo que es aún más asombroso, hacia 1817 los tejedores hindúes estaban importando hilo de algodón fabricado en Gran Bretaña a una escala cada vez mayor. Durante la década de 1820, la India se había convertido en importadora neta de algodones[402]. Con la llegada de los telares mecánicos a partir de 1830, la ventaja británica en el hilado se extendió a los tejidos. A mediados de la década de 1830, más de la mitad de las exportaciones británicas a la India consistía en bienes de algodón, y la India se había convertido en el segundo mercado más importante para

los productos manufacturados de algodón[403]. Aquello invirtió las tornas de forma asombrosa. Al poner fin a la larga primacía de la India en el mercado mundial de los textiles, los británicos lograron introducir su comercio en todos los mercados de Asia cuyas puertas pudieran abrir. Las de la India fueron abiertas por el poder imperial británico. Quedaba por ver si ese poder también podía utilizarse contra otros mercados.

Quizá fuese algo más que una coincidencia que el Estado europeo que desempeñó el papel más activo en la colonización de Norteamérica, en la difusión del comercio de esclavos y en la reafirmación del control europeo en la India también estuviera a la vanguardia en la industrialización. Durante el siglo XVIII, los británicos lograron extender su comercio de ultramar a una escala masiva, multiplicándolo por más de cinco[404]. La demanda cada vez mayor de azúcar caribeño convirtió a las Indias Occidentales en boyantes consumidoras de productos manufacturados británicos y otros suministros de las colonias norteamericanas. Las ganancias norteamericanas también se gastaban en Gran Bretaña, y engrosaban así el volumen del comercio atlántico. Entre 1700 y 1774, las exportaciones británicas a Norteamérica y África se multiplicaron por nueve, superando así el valor de las enviadas a Europa[405]. El Caribe era también (y de forma tristemente célebre) un inmenso mercado de mano de obra esclava, y durante la década de 1780 es posible que una cuarta parte de las exportaciones británicas de algodón se enviaran a África como pagos por esclavos[406]. La importancia de todo ello residía en parte en el estímulo que dio a las redes de crédito y financieras, en particular las de Liverpool, que se había convertido en el principal puerto para el comercio americano y de África occidental. Engendró una red lista para ser utilizada en el desarrollo de nuevas rutas comerciales basadas en los procesos industriales: el suministro de algodón en rama llegó primero de las Indias Occidentales, y los productos manufacturados de algodón se enviaron a mercados consolidados. Ninguna barrera u obstáculo impedía la rápida

expansión de las nuevas exportaciones manufacturadas o el suministro de las materias primas que requerían. La simple magnitud del comercio británico en el exterior, incluso antes de la industrialización, tuvo otros efectos importantes. Ningún gobierno de Europa prestó mayor atención a las necesidades del comercio y de la industria, se mostró más sensible a la necesidad de salvaguardar el sistema financiero frente a la falta de confianza o estuvo más dispuesto a emplear su poderío naval en interés del comercio. Con la sola excepción de los Países Bajos, ningún otro Estado tenía una clase dominante tan profundamente involucrada en las inversiones comerciales o cuyos ingresos dependieran tanto de la expansión comercial. Por último, hay que mencionar la conexión india.

Antes hemos visto que una enigmática posibilidad que quizá ayudase a explicar la transformación industrial de Europa podría ser que esta se hubiera originado como una respuesta defensiva al predominio global de Asia en la exportación de productos manufacturados. Ya en 1700, el chintz y el percal hacían furor entre los consumidores británicos. «Vimos a nuestras personas distinguidas vestidas con alfombras indias», dijo Daniel Defoe en 1708[407]. La importación de textiles estampados de la India se prohibió en repetidas ocasiones para proteger la industria lanera, pero la demanda era insaciable. La industria algodonera británica comenzó como un esfuerzo por hacerse con este mercado mediante versiones producidas en Inglaterra, importando percales lisos y añadiéndoles diseños coloridos. Era «hija del comercio de las Indias Orientales»[408] y sus productos tenían nombres hindúes[409]. A partir de 1770, la nueva maquinaria de hilado permitió que los percales y muselinas de Lancashire fueran competitivos. «El objeto al que [los fabricantes textiles] aspiraban era […] establecer una manufactura en Gran Bretaña que rivalizara en alguna medida con los tejidos de Bengala»[410], declaró el agente londinense de Samuel Oldknow (el principal fabricante de muselinas) ante una investigación gubernamental. Sin embargo, una de las consecuencias

de las conquistas británicas en la India (sobre todo en Bengala) fue una avalancha de importaciones de algodón por parte de la Compañía Británica de las Indias Orientales que bajó los precios y amenazó con arruinar la nueva industria interior[411]. La competencia por parte de la India (y también por parte de Escocia, donde la mano de obra era más barata), dice el biógrafo de Oldknow, dio «un impulso más poderoso a la adopción del sistema fabril, no solo en los procesos de hilado y acabado, sino también en los de tejido»[412]. Durante la década de 1790 los impuestos se multiplicaron por tres para impedir la entrada de bienes indios, y por nueve en 1802-1819[413]: en efecto, a partir de esa fecha, las importaciones indias cayeron en picado. Por tanto, en lo que habría de convertirse en el sector punta para la penetración europea en el mercado asiático, la imitación, la protección y la mecanización se habían visto obligadas a avanzar juntas. Sin la capacidad de excluir los bienes competitivos de la India a la vez que se forzaban sus puertas para las exportaciones británicas allí, las cosas podrían haber sido distintas.

Culturas comparadas

La conquista territorial y la técnica industrial fueron los rasgos más evidentes de esta nueva reafirmación de Europa frente al resto de Eurasia. Sin embargo, este nuevo desequilibrio tenía una tercera dimensión. Fue en esta época cuando los europeos sostuvieron por primera vez que su civilización y su cultura eran superiores a todas las demás (no desde el punto de vista teológico, pues eso no habría supuesto novedad alguna), sino intelectual y materialmente. No es preciso que nos detengamos en torno a si esta afirmación era cierta o no. La voluntad de los europeos de comportarse como si lo fuera fue mucho más importante, y quedó de manifiesto en su afán de recopilar y clasi-

ficar los conocimientos que obtuvieron de otras partes del mundo. Se dejó ver en la confianza con la que hacían encajar estos conocimientos en una estructura de pensamiento en cuyo centro se encontraban ellos. La anexión intelectual de la Eurasia no europea precedió a la imposición del dominio físico. Hacia el final de nuestro periodo (antes, si incluimos la invasión francesa de Egipto) esa voluntad se expresó en la ambición de «rehacer» partes de Afroasia del mismo modo que se había «rehecho» el «Nuevo Mundo». Y, en última instancia, se apoyaba en la extraordinaria convicción de que solo Europa podía progresar a través de la historia, dejando al resto del mundo en un «estado estacionario» a la espera del contacto prometeico de Europa. Enseguida examinaremos más de cerca esta «revolución intelectual». Pero ¿qué estaba sucediendo en otras partes de Eurasia?

En China, entre las décadas de 1750 y 1820 no se produjo ningún gran cambio en el rumbo de la cultura, ninguna reevaluación drástica del lugar que ese país ocupaba en el mundo en conjunto, y, desde luego, ningún rechazo de su pasado cultural. Tampoco existía ningún motivo obvio por el que nada de eso tendría que haber ocurrido. Se trataba de una sociedad dominada por una pequeña nobleza, próspera, exitosa y sofisticada[414]. El reinado de Chien-lung (Qianlong) (1735-1796) estuvo caracterizado por la estabilidad política, la prosperidad y (en China propiamente dicha) por la paz. Según el eslogan de la época, aquella era la «Era Floreciente». Las conquistas en el Asia interior y la victoria final sobre la turbulenta estepa coronaron los logros de los Ching a la hora de pacificar, reunificar, consolidar y defender el reino. La amenaza perpetua del desmoronamiento dinástico como consecuencia del ataque de los bárbaros (la gran constante en la larga historia de China como Estado unificado) había desaparecido por fin, lo que confirmaba, caso de que fuera necesario, la superioridad cultural y tecnológica china en el aspecto en que más importancia tenía. Al fin y al cabo, se trataba de un triunfo cuya magnitud geográfica

e importancia geopolítica (aunque no su valor económico) equivalía al de Europa en América.

Existían, por supuesto, tensiones sociales y culturales: fracasos militares frente a Birmania y Vietnam, síntomas de una corrupción burocrática cada vez mayor y levantamientos populares milenaristas como el movimiento del Loto Blanco. Todo ello insinuaba el advenimiento de la decadencia dinástica, la extinción gradual del «mandato del cielo» del que se creía que dependía la legitimidad dinástica[415]. No obstante, la tradición confuciana seguía siendo poderosísima. Su supuesto central era que el bienestar social se elevaba al máximo bajo el gobierno de funcionarios eruditos impregnados de las enseñanzas paternalistas y jerárquicas de K'ung-fu-tzu. La síntesis confuciana, con sus elementos taoístas (que predicaban la necesidad de sencillez material y armonía con el universo natural), no se enfrentaba a ningún desafío intelectual importante. En China la religión desempeñaba un papel muy distinto que en Occidente. Si bien el taoísmo «puro» gozaba de cierta influencia intelectual y sus creencias místicas atraían a seguidores entre las clases populares, carecía de estatuto público y suscitaba las sospechas de la burocracia confuciana. La creencia en la salvación estaba muy mal vista[416]. En el Tíbet y Mongolia el budismo era la religión con más adeptos. Los emperadores tenían buen cuidado de tratarlo con respeto como concesión a las élites budistas cooptadas por su sistema de gobierno. En China propiamente dicha el budismo estaba marginado. A los monjes budistas, como a los sacerdotes taoístas, se los consideraba como elementos revoltosos y conflictivos[417].

Los burócratas-eruditos, y la pequeña nobleza culta de la que procedían, por tanto, no tenían que enfrentarse a competencia alguna por parte de una clase sacerdotal organizada. Los devotos del fanatismo religioso no lanzaron ningún desafío desde el seno de la élite social. Tampoco la educación clásica de los burócratas estaba amenazada por nuevas formas de saber «científ-

fico». Por razones sobre las que los historiadores han debatido largo y tendido, la tradición de experimentación científica se había esfumado, quizá en fecha tan temprana como 1400. Parte del motivo quizá residiera en la asombrosa ausencia en el pensamiento confuciano del «legislador celestial», un dios que hubiese prescrito las leyes de la naturaleza[418]. En Europa, la creencia en semejante figura providencial y la interrogación acerca de «sus» metas y su plan, había sido una de las motivaciones centrales (o quizá «la» motivación) de la investigación científica. Ahora bien, en China faltaba el supuesto fundamental de que el universo estaba gobernado por un sistema coherente de leyes físicas que podían verificarse empíricamente. Incluso el movimiento erudito *kaozheng* del siglo XVIII, que subrayaba la importancia de recopilar datos empíricos en una amplia gama de campos científicos y técnicos, rechazaba «la noción de un universo regido por leyes, uniforme y matemáticamente predecible»[419]. Al contrario, debería considerársele como parte integrante de la larga tradición de crítica y comentario del conocimiento «clásico», no como un ataque a sus supuestos.

Todo esto no significa que en China no existiera debate erudito. La élite de los literatos vivía para escribir. El sistema administrativo dependía de un flujo continuo de informes y de investigaciones, compilados, transmitidos y luego archivados. Los eruditos-caballeros redactaban artículos y ensayos sobre asuntos de interés público para atraer a mecenas poderosos y avanzar en sus carreras. En la región del delta del Yangtsé, rica, urbanizada, y considerada desde hacía largo tiempo como un hervidero de hostilidad contra los manchúes, los literatos confucianos eran muy numerosos. De allí salieron críticas de la costosa campaña del emperador para conquistar el Turquestán durante la década de 1750. No obstante, el debate estaba limitado por la naturaleza del sistema político chino. A diferencia de Europa, no existían «espacios libres» en el tablero político donde un intelectual disidente pudiera tener esperanza de refu-

giarse. Oponerse públicamente a la autoridad del emperador era peligroso. Un autor sospechoso de fomentar el descontento no podía esperar piedad alguna[420]. Al fin y al cabo, China era un *raj* manchú, en el que las posiciones claves del poder civil y militar estaban reservadas a la minoría manchú. Los miembros de esta etnia vivían de forma separada, en zonas especiales de las ciudades; se desalentaban los matrimonios entre manchúes y miembros de la mayoría Han, y se hacían vigorosos esfuerzos por conservar la lengua y la literatura manchú. Los grandes triunfos imperiales de mediados del siglo XVIII servían, en cualquier caso, para reafirmar el carácter manchú del régimen dinástico. Su inmenso feudo del Asia interior hacía del emperador algo más que un soberano confuciano: a lo que aspiraba ahora era a ser un monarca universal[421]. Puede que esto tuviese como efecto la reafirmación del conservadurismo de la cultura confuciana. Por más que refunfuñasen, para los portaestandartes de la tradición clásica de la pequeña nobleza erudita, el mundo parecía un lugar más seguro que en cualquier época anterior. La «trampa del equilibrio a alto nivel» (las cosas están demasiado bien para que cambiar valga la pena), que explica tan convincentemente el conservadurismo técnico de la vida económica, tenía su corolario cultural. Las influencias exteriores no estaban excluidas. Sin embargo, como en el caso de los cartógrafos jesuitas de la corte, estaban hechas a la medida de una cosmovisión monocentrista. La versión oficial de los mapas de los jesuitas eliminó las líneas de latitud y longitud para conservar la imagen de una China centro del mundo[422]. A partir de 1800, el conocimiento oficial de la geografía europea seguía siendo grotescamente impreciso[423]. Era una paradoja asombrosa que la víspera de la llegada en masa de los europeos a las costas de Asia oriental, los intelectuales chinos consideraran que había menos motivos que nunca para preocuparse porque su cultura dejase huella en el mundo exterior o por predecir su impacto sobre su propio universo moral. Cuando lord Macartney visitó China en 1793 con la intención de persuadir

al emperador Chien-lung para que estableciera relaciones diplomáticas con Gran Bretaña, los chinos rechazaron categóricamente su propuesta. Los regalos y artilugios que había traído consigo, esperando impresionar a la corte con la inventiva británica, fueron desestimados en tanto juguetes y baratijas. «No valoro los objetos extraños e ingeniosos», decía el mensaje del emperador con destino al rey Jorge III, «y los productos manufacturados de su país no me sirven para nada»[424].

A partir de 1750 el mundo islámico tuvo muchos menos motivos para confiar culturalmente en sí mismo. Desde el punto de vista político, el islam estaba en estado de sitio. Tanto el Imperio otomano como el iraní sufrieron derrotas militares y pérdidas territoriales, principalmente a manos de Rusia. Egipto había sido ocupado por los franceses en 1798, hasta que estos fueron expulsados por los británicos. A partir de 1760 el Imperio mogol se había convertido en un cascarón vacío. La Bengala musulmana se convirtió en una provincia británica. Mysore, gobernada por musulmanes, fue aplastada por los británicos en 1799. El dominio chino fue impuesto a los musulmanes de Sinkiang en Asia central. En el Sudeste asiático, en 1811 la invasión británica de Java allanó el camino para la posterior reafirmación del poder colonial holandés (cuando la colonia les fue devuelta) sobre los Estados musulmanes del interior de Java. Desde los dos extremos de Eurasia, el mundo islámico parecía estar llevándose la peor parte del imperialismo.

El mayor de los Estados islámicos también era el más expuesto a la construcción imperial, la expansión comercial y la influencia cultural europea. Los funcionarios otomanos y los ulemas (la clase erudita que abarcaba a los imanes y a los doctos intérpretes de la ley y la teología islámicas) se sintieron alarmados ante los indicios de colapso imperial que había puesto de manifiesto la derrota en la guerra ruso-turca de 1768-

1774[425]. Los expertos europeos, como el ingeniero militar Baron de Tott (autor de unas entretenidas *Memorias),* ya estaban siendo empleados para reforzar las defensas otomanas e instruir al ejército en los métodos europeos. Los escritores otomanos empezaron a prestar más atención a la política europea y a los recursos militares de las potencias europeas. Se tradujeron algunos libros europeos sobre geografía y cuestiones militares. Empezó a haber un flujo de viajeros musulmanes, algunos de los cuales dejaron constancia escrita de sus itinerarios para el gobierno otomano. El impacto que tuvo todo esto no está claro. Pocos eruditos musulmanes, posiblemente ninguno antes del siglo XVIII, conocían idiomas europeos[426]. Los conocimientos actualizados de la política europea eran escasos[427]. En realidad, a finales del siglo XVIII la vida cultural de los musulmanes otomanos parecía en buena medida ajena a la agitación que se vivía en Occidente. El legado intelectual del islam clásico seguía conservando un enorme vigor y estaba profundamente arraigado en las ocupaciones fundamentales de la clase erudita, la teología y el derecho. Esto era especialmente cierto en lo referente a la cultura literaria, y también se reflejaba en la continuidad de los motivos indígenas en la arquitectura y el diseño[428].

Todo esto podría menospreciarse como indicio de «decadencia»: la impotencia de una tradición que en otro tiempo había sido dinámica para responder al desafío intelectual planteado por la agresión europea. Eso sería un juicio superficial. El asalto geopolítico de Europa fue súbito y violento. Sin embargo, la naturaleza profunda de la «amenaza» europea solo se desveló de forma paulatina, y su significado apenas lograron captarlo los europeos involucrados, no digamos los observadores musulmanes que la contemplaban desde fuera. A posteriori, los historiadores se han quejado con frecuencia de que el Imperio otomano, como otras sociedades musulmanas, adoptó las pautas culturales de sus rivales europeos —es decir, la perspec-

tiva y los valores del Estado-nación, la ética del liberalismo y la mentalidad «tecnicista» de una economía industrializadora—con mucha lentitud. En realidad, abrazar dichos dogmas (que siguen siendo muy controvertidos entre los propios europeos) se les habría antojado a los pensadores musulmanes no como un mero salto en el vacío, sino como el camino más seguro hacia la autodestrucción. El colapso desde dentro habría apresurado la obra del ataque exterior. Parecía mucho más sensato continuar con la práctica, que venía de antiguo, de tomar prestados elementos de la pericia europea de manera paulatina y adaptar las técnicas extranjeras a las necesidades otomanas o iraníes, como en su día habían hecho los soberanos safávidas y mogoles.

Es fácil comprender por qué tenía que ser así. La vida cultural del islam (en el Imperio otomano y más allá) era asombrosamente cosmopolita. Un hombre culto podía buscar fortuna desde los Balcanes hasta Bengala. El historiador Abd al-Latif (1758-1806), nacido en Shustar, en la desembocadura del golfo Pérsico, adquirió su saber de manos de eruditos iraníes, pero la esperanza de medrar le condujo a la India, donde su hermano ya ejercía como médico en Awadh. Se convirtió en el *vakil* (agente) del soberano de Hyderabad ante el gobierno de la Compañía en Calcuta. Su perspectiva de la historia de la India era islámica, no «hindú»[429]. La noción de patriotismo territorial respecto de una «patria» otomana, iraní o mogola era profundamente ajena a la intelectualidad islámica. El Estado-nación como centro único de lealtad simplemente carecía de significado. En el Imperio otomano, los musulmanes (como los cristianos y los judíos) derivaban su identidad de su libro sagrado y de su religión, no de su lengua ni de un concepto de raza[430]. Los musulmanes ocupaban las posiciones de mayor importancia en un imperio mixto, en calidad de soldados, funcionarios, abogados y terratenientes. Un Estado-nación musulmán, un territorio habitado exclusivamente por musulmanes otomanos, habría supuesto el fin del imperio; es más, ese pro-

yecto solo se hizo posible cuando se produjo el final del Imperio, en 1918. Por lo demás, los guardianes de la cultura tampoco simpatizaban con la idea de un Estado más fuerte si eso suponía aumentar el poder del soberano. En una forma de gobierno musulmana, siempre existía cierta tensión entre el papel de los ulemas como intérpretes de la ley y el deber del soberano de hacerla cumplir y defenderla. Toda «reforma» que desplazase el peso de la autoridad hacia el soberano era forzosamente sospechosa. Desde este punto de vista, el *nizam-i jadid* —el «nuevo ejército» que el sultán Selim III (r. 1789-1807) había creado a imitación del modelo europeo— parecía más un arma a utilizar contra sus adversarios del interior que contra el agresor externo. Una *fatwa* emitida por el *sheij ul-Islam* (el decano de los ulemas) denunciando a la nueva fuerza militar del sultán dio la señal para que este fuera depuesto en 1807. En Irán, donde los ulemas añoraban las prerrogativas legales de las que habían gozado bajo el régimen de los safávidas (1501-1722) y consideraban a los sahs de Qayar a partir de 1790 aproximadamente como unos advenedizos ilegítimos, ese estado de ánimo estaba aún más arraigado[431]. Abbas Mirza, el príncipe heredero, que también fundó un *nizam-i jadid,* tuvo que aprender la instrucción militar en secreto. Sus adversarios ulemas decían que no era apto para reinar «porque se ha convertido en un *farengi* [esto es, un franco o cristiano] y lleva botas *farengi*»[432].

Incluso si la naturaleza de la «divergencia» europea se hubiera comprendido mejor y las élites «reformistas» hubieran tenido una mayor influencia, existían múltiples barreras que se oponían a un cambio radical. No había ninguna «opinión pública» laica cuyo apoyo pudiera movilizarse. La enseñanza y la cultura estaban muy descentralizadas en las numerosas madrasas en las que los eruditos llevaban la voz cantante. Al margen de la clase erudita, el nivel de alfabetización era bajo. La imprenta (en árabe) se introdujo en la década de 1720 en el Imperio otomano, pero después fue suprimida hasta la década de 1780. El primer periódico del imperio no apareció hasta 1828 y

se publicaba en El Cairo, que para entonces era la capital de un virreinato autónomo. Dado que muy pocos musulmanes habían viajado por Europa o dominaban sus lenguas, en sus tratos con los Estados europeos los soberanos otomanos e iraníes solían recurrir a agentes extraídos de las minorías cristianas griegas o armenias. Dado que parecía probable que sus propias comunidades se beneficiarían más de la influencia europea y de un empleo mayor de métodos europeos, la lealtad de dichos agentes no podía estar por encima de toda sospecha. En esas condiciones, era mucho más probable que los musulmanes alarmados por el devenir contemporáneo buscasen orientación en el seno de la tradición islámica. Los que emprendían la *haj* (la peregrinación a La Meca) regresaban a casa exhortando a una mayor conformidad en sus propias localidades o distribuían los textos de los eruditos a los que habían conocido allí[433]. El movimiento wahabí de la península Arábiga (cuyos seguidores tomaron La Meca y Medina en 1803-1805) suponía un rechazo extremo de toda influencia no coránica como fuente de corrupción y de maldad, y tenía adeptos en lugares tan lejanos como Java. Las hermandades sufíes, con sus ritos místicos, sus santos patronos, sus reliquias y amuletos, eran la principal expresión de la religiosidad popular. Contempladas con suspicacia por la élite de los ulemas, no podían ser ignoradas como vehículo potencial del descontento de masas con el rumbo que estaba tomando el cambio[434]. Hasta los observadores sofisticados de la derrota musulmana a manos europeas, como los historiadores-eruditos de finales del siglo XVIII en la India, la explicaron en gran medida como el fracaso «moral» de unos soberanos decadentes. Su ideal compartido seguía siendo la restauración de un Estado basado en la *sharia*[435]. Tampoco ayudó que los musulmanes experimentaran los métodos europeos bajo el impacto de la invasión. El gran historiador del Egipto tardío otomano Al-Jabarti (1753/4 -1825) quedó profundamente impresionado por la rapidez y eficacia del régimen de ocupación francés, aunque su brutalidad y su ateísmo le re-

pugnasen. «Estableció [...] unos cimientos impíos», escribió, «un baluarte de la injusticia y de toda suerte de innovaciones malvadas»[436]. El sentimiento predominante era de indignación, no de curiosidad.

Por supuesto, no deberíamos descartar del todo la capacidad de las sociedades musulmanas para reorganizar sus defensas contra la intromisión europea o para adoptar nuevas ideas. En 1826, en el momento culminante de la revuelta griega, el sultán otomano Mahmud II liquidó a los jenízaros, el cuerpo tradicional cuya alianza con los ulemas había sido la perdición de su predecesor. A continuación puso en marcha una serie de reformas con la aquiescencia, cuando no la bendición, de los ulemas más relevantes, entre ellas la prohibición del turbante en beneficio del fez. Sin embargo, antes de 1840 el ímpetu tras el cambio cultural e intelectual había sido relativamente pequeño, quizá como consecuencia del retraso en la percepción del desafío radical que ahora representaba Europa. Tampoco debemos imaginar que el islam estaba atravesando una fase de retroceso general. En África occidental, por ejemplo, el final del siglo XVIII fue una era de avance triunfal. Señores de la guerra musulmanes y hermandades sufíes ampliaron las fronteras políticas y religiosas. El momento elegido fue decisivo. Cuando Uthman dan Fodio fundó el Estado *yihad* de Sokoto (en la actual Nigeria) entre 1786 y 1817, él y sus homólogos del Sudán occidental (la actual Mali) erigieron una barrera contra los misioneros cristianos que no tardarían en llegar y el colonialismo occidental que luego le siguió[437].

Pese a todas sus diferencias, los universos culturales de China y del mundo islámico tenían varias características comunes. No eran ni estáticos ni «decadentes»; los eruditos debatían; los arquitectos diseñaban; los artistas pintaban; los poetas se inspiraban; la población urbana buscaba formas de entretenerse; los

médicos y abogados se formaban; los ricos deseaban objetos de consumo ostentoso; los cambios en la fortuna social o económica suscitaban ansiedad moral o religiosa; las revelaciones divinas o las profecías milenaristas impugnaban la ortodoxia intelectual. Los universos donde prosperaron el sufismo, el wahabismo o el movimiento del Loto Blanco no estaban estancados. No obstante, tres grandes constantes parecían enmarcar esta escena. En primer lugar, tanto en el mundo islámico como en China predominaban civilizaciones clásicas y literarias. La conformidad con sus preceptos éticos y estéticos seguía siendo el fundamento de la vida cultural. Explicar cómo el conocimiento del mundo natural confirmaba sus verdades metafísicas era la auténtica demostración de ingenio intelectual. En segundo lugar, en ambos mundos la autoridad cultural e intelectual estaba concentrada en manos de élites de escribientes cuya posición privilegiada afianzaba el poder político. En tercer lugar, y con unas cuantas excepciones insignificantes, los dos mundos se mostraban en gran medida indiferentes a Europa (y entre sí), como tampoco mostraban demasiado interés por el Mundo Exterior que estaba situado más allá de Eurasia.

El carácter distintivo de Europa no debe exagerarse. Los europeos también eran culturalmente introvertidos y estaban muy obsesionados con sus propias inquietudes religiosas e intelectuales. En su mayor parte seguían sometidos a sus creencias religiosas y eran muy intolerantes con las creencias de los demás. Las corporaciones clericales (las iglesias) contaban con grandes riquezas y controlaban la educación. Las iglesias y el Estado eran como hermanos siameses. A la mayoría de los europeos les parecía absolutamente obvio que ninguno de los dos podría sobrevivir sin el otro. Las élites sagradas gobernaban en conjunción con las laicas y los conjuros de los clérigos legitimaban a los monarcas. Tampoco la ciencia y la religión se habían convertido aún en los enemigos jurados en los que parecieron transformarse al llegar el siglo XX. Isaac Newton, cuya física había arrasado, creía que el universo natural estaba regi-

do por Dios, y que sus intervenciones ajustaban las imperfecciones de la naturaleza. Para la mayoría de los pensadores europeos, el orden natural había sido fijado de una vez por todas: la adaptación (en el sentido de Charles Darwin) era inimaginable o innecesaria. En buena parte, lo mismo podía decirse del régimen socioeconómico. Las grandes cabezas pensantes de la Ilustración apenas acusaron el impacto del cambio tecnológico e industrial. Eran tan propensas a creer en un proceso cíclico de avance y declive como en la marcha del progreso. Vivían, al fin y al cabo, en un mundo en el que en buena parte de Europa seguía vigente la servidumbre, en el que los derechos políticos estaban estrechamente restringidos y en el que los Estados más ricos eran los más fervientes practicantes del comercio de esclavos y de la esclavitud.

No obstante, en torno a la década de 1750, Europa se embarcó en una trayectoria que difería marcadamente de la de otras partes de Eurasia. En el seno de la élite intelectual podían expresarse abiertamente dudas acerca de la religión. El «escepticismo corrosivo» de Pierre Bayle (1647-1706)[438] y el ridículo que David Hume lanzó sobre la fe cristiana en los milagros hicieron escasa mella en la actitud popular. La adhesión al cristianismo (en sus distintas versiones) seguía siendo una de las condiciones de la aceptación social. No obstante, la fe religiosa se estaba transformando poco a poco en una cuestión de opinión que se defendía mediante la argumentación en lugar de imponerse mediante la norma. A partir de 1750, una avalancha de publicaciones puso de manifiesto la seriedad con la que los clérigos se tomaron el desafío representado por el descreimiento. En un solo año (1770) se publicaron en Francia noventa libros en defensa del cristianismo[439].

Esta tolerancia del escepticismo reflejaba un cambio más profundo en los supuestos culturales. La inmensa influencia intelectual que tuvo en Europa occidental el *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690) de John Locke puso de manifiesto el

atractivo de su psicología individualista y de su filosofía. Locke se hizo célebre cuando rechazó la noción de que los hombres entendían el mundo material por medio de «ideas innatas» inculcadas por Dios. Al contrario, dijo él, dependían de «impresiones sensoriales» para construir una imagen del mundo, y de la razón para organizar esas impresiones en patrones coherentes[440]. Los hombres tenían el deber, decía Locke, de negar su aquiescencia a aquellas verdades que estuvieran en conflicto con la razón y la experiencia, hábito intelectual que la educación debía fomentar[441]. No debían aceptar ciegamente creencias heredadas del pasado, y podían descubrir nuevas verdades por medio de la experiencia y la experimentación. Locke estaba convencido del valor de los «experimentos racionales y regulares», práctica con la que el medio intelectual en el que pasó gran parte de su vida estaba hondamente comprometido. Hacia mediados del siglo XVIII, esta práctica se había convertido en una actividad central en la cultura europea. La observación detallada del mundo natural para demostrar empíricamente las «leyes de la naturaleza» se convirtió en una costumbre intelectual, en un *hobby* elegante cultivado por las personas cultas. Eso no quiere decir que las versiones religiosas acerca del origen de la creación hubieran perdido toda fuerza. Gran parte de la investigación científica tenía como fundamento el papel desempeñado por un creador divino y la necesidad de desentrañar el plan de la Providencia. Ahora bien, hasta las teorías creacionistas requerían ser actualizadas constantemente para hacerlas cuadrar con los resultados de la observación. El estatuto de oráculo del conocimiento «clásico» había sido destruido para siempre.

Al escepticismo y a la experimentación podemos añadirle una tercera peculiaridad: la actitud europea hacia el tiempo y el espacio. Desde el final de la Edad Media, una intensa curiosidad respecto del resto del mundo había sido un rasgo evidente de la cultura europea. Quizá eso se debiera a la impresión omnipresente de que Europa estaba en el fin del mundo y no en su

centro. A partir de 1400, los viajes oceánicos y los informes que estos traían de vuelta provocaron una enorme difusión de la literatura que reflejaba esta curiosidad. Los intereses prácticos de comerciantes y colonizadores nutrían la demanda de datos geográficos, mientras que la controversia comercial (por ejemplo, acerca de si era sensato exportar oro y plata) daba a las informaciones precisas sobre el comercio asiático y africano un valor de actualidad. Los mapas y la cartografía adquirieron una importancia intelectual, comercial y estratégica cada vez mayor. Hacia mediados del siglo XVIII, la recopilación sistemática de conocimientos geográficos se había convertido en una de las principales obsesiones del pensamiento europeo. Las expediciones «científicas» y la meticulosa observación de los fenómenos humanos y naturales adquirieron un prestigio enorme. La impresión que causaron los informes de Cook sobre el Pacífico sur, la fundación de la African Institution (en 1788) para promover la exploración de ese continente, la extravagante dimensión del proyecto napoleónico de «Descripción de Egipto» (en 1798) y el impacto intelectual del relato de Von Humboldt acerca de sus viajes sudamericanos (1799-1804) mostraron hasta qué punto se había instalado en la imaginación europea la formación de un cuadro «global» del mundo. Como enseguida veremos, es posible que esta fascinación por el espacio contribuyese a engendrar una nueva visión del tiempo.

A mediados del siglo XVIII, pues, estaba en vías de surgir una «gran divergencia» entre la cultura europea y la de la mayor parte del resto de Eurasia. Lo que a menudo se denomina la «Ilustración» europea fue un movimiento intelectual cuyas raíces se remontan a finales del siglo XVII[442]. Su principal característica fue el desmoronamiento progresivo del monopolio escolástico del conocimiento «clásico», que seguía teniendo un poder tan inmenso en la cultura islámica y confuciana. El por qué esto tuvo que suceder en Europa es un rompecabezas histórico de mil piezas. La división de Europa en Estados sobera-

nos, el auge de las lenguas vernáculas impresas, los constantes cismas religiosos, la llegada «tardía» del Renacimiento europeo, y el desarrollo de un «público lector» (a su vez producto en parte de un debate religioso) quizá crearan las condiciones en las que la dominación de una élite de escribientes se hizo imposible. A esto podríamos añadirle la otra gran diferencia de la historia europea: solo los europeos adquirieron un «Nuevo Mundo». En qué medida esto cambió el rumbo del desarrollo económico de Europa es discutible, pero sin duda sería difícil exagerar el impacto de las Américas sobre la psique europea. Representaron un inmenso desafío intelectual. No fue una simple cuestión de la adquisición y organización de inmensas reservas de conocimientos como requisito previo del comercio y la dominación, sino de que en el continente americano los europeos descubrieron su capacidad de imponer cambios radicales a otras sociedades mediante la esclavización, la expropiación, la conversión, la emigración y la explotación económica. Fue allí donde comprobaron los devastadores efectos que una cultura o pueblo podían ejercer sobre otro, un impacto que carecía de paralelos en otras partes de Eurasia. Fue allí, sobre todo, donde los europeos descubrieron pueblos que vivían en lo que parecía una era anterior, llevando formas de vida que, según sugería la conjetura, posiblemente hubieran sido los predominantes en Europa en otro tiempo. «En los comienzos», dijo Locke, «todo el mundo era América»[443]. La consecuencia fue una gran extensión hacia atrás del pasado histórico (mucho más allá de los límites de la creación bíblica) y un nuevo modo especulativo de investigación a través del cual tuvo que pasar la sociedad europea para adquirir su forma contemporánea[444].

América revolucionó el sentido europeo del tiempo y animó a los europeos a concebir un marco histórico en el que pudieran hacer encajar a los pueblos y a los Estados del resto del mundo. Contribuyó a promover una historia hipotética del progreso en la que Europa había accedido a la etapa más alta. A finales del siglo XVIII, este sentimiento del primer puesto que

Europa ocupaba en el orden global se vio intensificado por tres ideas enormemente influyentes. La primera de ellas era la de la virtud del comercio como factor civilizador, en la que insistieron Hume y los autores de la Ilustración escocesa[445]. En *La riqueza de las naciones* (1776), Adam Smith defendió la libertad de comercio como la ruta más segura para acceder al progreso material, e Immanuel Kant adoptó la idea del comercio sin trabas como medio de acceder a una armonía universal en su *Sobre la paz perpetua* (1798)[446]. De ahí a argumentar (como los librecambistas victorianos) que Europa debía guiar al resto del mundo hacia el libre comercio universal y considerar el planeta mismo como un inmenso mercado único había poco trecho. La segunda de esas ideas era la extraordinaria confianza que mostraron los pensadores de la Ilustración en que las instituciones e incluso el comportamiento humano podían ser reconstruidos en clave «racional». Nadie llegó más lejos en este sentido que el filósofo inglés Jeremy Bentham, cuyo cálculo utilitario (la mayor felicidad para el mayor número) ofrecía una vara de medir con la que podían someterse a prueba las leyes e instituciones de cualquier parte del mundo[447]. Armado con ese cálculo, el legislador ilustrado (europeo) podía formular leyes mejores que los ignorantes lugareños, enfangados en la superstición y en prejuicios ancestrales. Según su discípulo James Mill, la historia de la India ponía de manifiesto que «las costumbres, instituciones y logros de los hindúes han permanecido estacionarios durante muchos años» (desde el 300 a. C., insinuaba)[448], imputación feroz que hizo extensiva a China[449]. El contacto prometeico de Europa ofrecía la única esperanza de reanudar el progreso. La tercera proposición era igual de alarmante. Se trataba de la convicción, cada vez más extendida hacia finales de siglo, de que las sociedades cristianas de Europa tenían la obligación urgente de llevar su evangelio al mundo entero. Lo más significativo era la fuerza que este impulso evangelizador tuvo en la Gran Bretaña protestante, el más rico y poderoso de los

Estados marítimos europeos, y ya en 1815 la potencia marítima dominante en todo el sur de Asia.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, pues, se fraguó una nueva y asombrosa perspectiva acerca del lugar que ocupaba Europa en el mundo. La conciencia de los límites y peculiaridades de la civilización europea que había caracterizado a la Era del Equilibrio fue sustituida por la convicción de que las creencias e instituciones europeas tenían validez universal. Esta afirmación tan prepotente se apoyaba en la ampliación de los dominios, del comercio y de la influencia de Europa, simbolizada de forma dramática en la conquista de la India. Hallaba inspiración en el convencimiento de que el pensamiento europeo había explicado las etapas de la historia, y que la ciencia europea podía proporcionar —de forma sistemática— todos los datos necesarios para comprender el planeta como un todo. Los ingredientes decisivos para una nueva mentalidad de preponderancia global estaban reunidos.

Perspectivas

Ahora podemos tomarle la medida a la Revolución euroasiática en sus tres dimensiones. Podemos ver que puso en marcha la gran reordenación de las relaciones entre Estados que acabó por desembocar en la era de los imperios sobre los que nunca se ponía el sol y en una hegemonía europea aparentemente inexpugnable. En 1830 eso aún no había sucedido. Sin embargo, las inmensas cabezas de puente nuevas establecidas por europeos y no europeos y las pautas imprevisibles de sus conflictos y sus conquistas ya habían producido dos resultados importantes. El primer resultado fue la apertura del interior norteamericano, cuya rápida ocupación por los (neo)europeos y sus esclavos provocó una extensión colosal de la economía europea a mediados del siglo XIX. El segundo resultado se debió al des-

enlace, estrechamente relacionado con el primero, de las guerras en Europa y en el sur de Asia, que tuvo como consecuencia la quiebra del viejo sistema de imperios mercantiles que había incrementado los costes y obstaculizado el desarrollo del comercio europeo con Asia. En cuanto los británicos dominaron las vías marítimas que conducían a la India, el Sudeste asiático y China, cerrando así la larga etapa de la lucha marítima en el océano Índico, apareció un enjambre de nuevos aspirantes que quiso probar suerte en la promoción del comercio, el cristianismo y la colonización en el mundo situado al este de Suez. La era del «libre comercio» estaba a punto de comenzar.

Parte del motivo residía en el misterioso dinamismo de las economías europeas, sobre todo la británica, y la ventaja comercial y tecnológica que esto les proporcionaba. El desplazamiento de los productores asiáticos, primero en sus mercados de exportación y luego en su mercado interior (cuando los británicos empezaron a vender su hilo de algodón en la India) degradó a los antiguos rivales manufactureros a la posición, más humilde, de abastecedores de materias primas, aunque no lo hiciera de golpe y nunca lo lograra de forma total. El cambio tecnológico, sobre todo el empleo del vapor y de procesos que consumían una gran cantidad de energía, empezó a conferir toda una serie de ventajas: facilitar el acceso a regiones del interior (eliminando la antigua seguridad de los Estados no marítimos); velocidad de movimiento (sobre todo de tropas) y transmisión de información. Hacia la década de 1840, ningún Estado que careciera de estas nuevas tecnologías de la comunicación podía esperar hacer frente a la potencia a larga distancia de los que sí las poseían. La consecuencia fue que se vieron colocados constantemente a la defensiva, rodeados estratégicamente, de modo muy semejante a como el nuevo patrón del comercio había comenzado a cercarlos económicamente.

Es más, la transformación en curso casi podría resumirse de forma apresurada y rudimentaria como la paulatina ocupación

por Europa de un imaginario «lugar central» a partir del cual podría aguijonearse a la diplomacia y al comercio del resto del mundo y darles la forma que más convenía. Las grandes rutas del comercio internacional (de bienes, ideas y personas) pasaron a estar bajo la vigilancia de agencias europeas (como la marina británica). En la sección anterior vimos como a finales de siglo esta embriagadora sensación de que Europa era el centro de todo —la principal fuente de energía cultural, el cuartel general del conocimiento, el puerto franco del comercio mundial y (para los evangélicos) la gran depositaria de la verdad— se había convertido en algo que el pensamiento europeo daba casi por sentado. Ni siquiera China logró conservar su mística. «El Imperio de China es una loca y vieja cañonera de vela de primera, que una afortunada sucesión de oficiales capaces y atentos ha logrado mantener a flote durante los últimos ciento cincuenta años, intimidando a sus vecinos únicamente por medio de su mole y de su aspecto», escribió lord Macartney al final de su abortada misión de 1794. Sin embargo, con hombres de menos valía al timón estaba destinada a hacerse añicos contra la costa[450].

¿Cómo explicar este gran cambio en el equilibrio de Eurasia (y por tanto del mundo)? ¿Alguna causa general había decidido los destinos de Eurasia occidental (y de su anexo norteamericano) y el resto de la «isla mundial»? Podría argumentarse de forma verosímil a favor del papel del aumento del comercio como factor decisivo. No solo del comercio a larga distancia, sino del aumento de la actividad comercial que se produjo en toda Eurasia como resultado de la división del trabajo, la especialización y la ampliación de los mercados. La comercialización fue un fenómeno no solo económico, sino también político y cultural. Alteró viejas costumbres, fomentó nuevos gustos, creó nuevas insatisfacciones, minó el poder de viejos soberanos y promovió nuevos intereses. Estiró y tensó el tejido social. Fue una fuente no solo de complacencia, sino también de alarma, sobre todo, quizá, en los Estados más ricos. En la Gran Bretaña

hannoveriana tardía, la desazón ante la nueva riqueza y sus dudosos orígenes creó un nuevo ambiente moral en el que el comercio de esclavos (que llegó a su punto culminante durante la década de 1780) se vio sometido a ataques cada vez más feroces tanto por parte de la opinión conservadora como radical[451].

Según este argumento, lo que de verdad importaba era que algunas partes de Eurasia tuvieron mayor éxito que otras a la hora de adaptarse a los requisitos de la comercialización y la explotación de sus beneficios. Es más, la cuestión decisiva para la supervivencia y cohesión de los Estados y las sociedades se puede describir de forma más precisa: giraba en torno a si sus gobernantes serían capaces de controlar los nuevos caudales de riqueza para reforzar el poder del Estado contra los ataques exteriores. Hay cuatro casos distintos que indican cómo se hacía esto. En el noroeste de Europa, los gobiernos británicos pudieron estrangular (mediante el despliegue implacable de su poderío marítimo y la reglamentación comercial) la competencia holandesa en el comercio atlántico, así como gravar la nueva riqueza de Gran Bretaña para financiar los costes de guerras globalizadas. En la Eurasia central, el Imperio otomano rechazó las doctrinas mercantilistas fomentadas por Gran Bretaña, lo que permitió que el transporte marítimo y el comercio (así como los ingresos que prometían) cayesen en manos extranjeras y de los cristianos «levantinos», que obtuvieron «protección» extranjera. Los recursos fiscales necesarios para financiar el Estado más poderoso que hacía falta en la década de 1780 estaban, por tanto, ausentes o eran insuficientes. En la India, había dos lugares distintos donde podrían haber prosperado Estados mercantilistas. El primero era Bengala, que se había venido abajo durante la crisis de 1756-1757 y se convirtió en colonia económica de la Compañía Británica de las Indias Orientales. El segundo era Mysore, cuyos dirigentes políticos fueron mucho más astutos. A los británicos les costó treinta años y tres guerras aniquilar Mysore. En el último caso, Asia oriental, la cuestión siguió abierta hasta bien entrada la década de 1830, ya

que aquí, con mucho mayor éxito que en ningún otro lugar situado más allá de Europa, los gobernantes (de China y de Japón) habían conservado el control sobre el comercio exterior. Estaba mucho menos claro si su dominio sobre las fuentes de riqueza interior permitiría a las cortes de Edo y de Pekín mantener la guardia alta frente a la intromisión occidental.

No obstante, no deberíamos pensar que los Estados no occidentales habían perdido todo margen de maniobra. Durante la década de 1830, el Imperio otomano atravesó una terrible crisis y estuvo a punto de desmembrarse en 1833 y 1839. En ambas ocasiones lo que lo salvó fue la intervención de las potencias europeas, que reconocían así de forma tácita que su supervivencia (no solo como guardián del Estrecho sino también como regente de gran parte de los Balcanes, Anatolia y los territorios árabes) se había convertido en un puntal fundamental del equilibrio de poder europeo de la posguerra. Mahmud II (r. 1808-1839) y Abdul Mejid (r. 1839-1861) utilizaron la presión exterior para forzar los cambios con los que pretendían fortalecer su control sobre el sistema imperial y volver a centralizar un régimen descentralizado[452]. Por una ironía de la historia, la mayor amenaza para la dominación otomana no procedía de los europeos, sino de un vasallo rebelde, el pachá de Egipto. Mehmet Alí (un mameluco albano), que había llegado a Egipto en 1805 como gobernador otomano, explotó la destrucción del antiguo régimen a manos de Napoleón. Destruyó los restos del poder mameluco, recuperó los impuestos territoriales hasta entonces en manos de los recaudadores de impuestos privados y transformó las exportaciones egipcias (de algodón y trigo) en monopolios estatales. En 1816 puso en marcha una fábrica textil[453]. Al igual que Tipú Sultán en Mysore, su objetivo era construir un Estado fiscal-militar capaz de dominar la región. En 1820 invadió la parte superior del valle del Nilo (el actual Sudán) y fundó Jartum en busca de esclavos negros con los que engrosar las filas de su nuevo ejército[454]. Hacia la década de 1830 disponía de un enorme ejército de conscripción formado

por campesinos egipcios y había obligado al sultán a reconocer la autonomía del Gran Egipto, que comprendía Siria, Creta y Sudán, además de Egipto propiamente dicho. Sin la intervención europea en 1839-1840, es más que probable que este aguerrido aventurero y su Estado militarista hubieran absorbido la mayor parte del Imperio otomano en Asia[455]. Aunque estaba bajo control, había convertido a Egipto en un Estado dinástico cuya economía era la más dinámica de toda la región.

También Irán se recuperó de forma sorprendente de las condiciones caóticas predominantes tras la muerte de Nadir Sah en 1747. En el oeste del país surgió un Estado sin recursos bajo un líder tribal zand, Karim Kan, que gobernó (al menos de forma nominal) en calidad de virrey safávida[456]. El norte y el este (Jorasán) permanecieron fuera de su control. A su muerte estalló un nuevo periodo de desórdenes, pero a mediados de la década de 1790 otro clan túrquico del norte había recobrado la mayor parte de lo que en otro tiempo habían gobernado los safávidas. El primer sah de la dinastía Qayar, Agha Mohammed, fue coronado en 1796. Su sucesor, Fath Ali (r. 1797-1834), se vio obligado a ceder la soberanía de Georgia y de parte de Azerbaiyán al agresivo imperialismo de los generales rusos en el Cáucaso. Los intentos de resistencia desembocaron en los humillantes tratados de 1813 y 1828. No obstante, mediante un cauteloso acercamiento a los suspicaces ulemas, la meticulosa renovación de la ancestral tradición imperial, el empleo de tácticas maquiavélicas contra las tribus refractarias que controlaban gran parte de Irán[457] y una habilidad cada vez mayor para enfrentar a británicos y rusos entre sí, los sahs de Qayar lograron remontar un curso que conducía al colapso interno y ganar tiempo para realizar reformas[458].

En el Sudeste asiático continental, la era de la dominación europea parecía aún más remota. El Imperio birmano, que tenía su capital en Ava, sobre el alto Irrawady, se vio sumido en crisis a mediados del siglo XVIII (en torno a la época de Plassey)

por la revuelta de sus pueblos sometidos, los mon y los shan. Sin embargo, lejos de desmoronarse, logró recuperarse de forma dramática bajo los reyes Kon-baung[459]. Su expansión hacia los Himalayas, no la agresión británica, fue la causa de la primera guerra anglobirmana, en 1824-1825. En Siam, a partir de 1750 pudo constatarse una pauta de consolidación semejante. Al igual que los reyes birmanos, la monarquía Chakri se quedaba con la crema de los beneficios del «comercio del país» entre la India y China para mantener a su clientela y aumentar su prestigio cultural. Lo más asombroso de todo fue la reunificación de Vietnam, dividido durante largo tiempo, bajo los emperadores Nguyen en 1802. En todos estos casos, las divisiones locales y los conflictos que en la India marítima y el archipiélago indonesio habían favorecido a los europeos estuvieron visiblemente ausentes[460].

Por otra parte, el avance de Europa no siempre obró como barrera para la expansión del resto de Eurasia. Se podía sacar partido de los mercados y los mercaderes europeos, lo mismo que de su política. El imán de Mascate, cuyo dominio omaní custodiaba la entrada al golfo Pérsico, los utilizó todos en su provecho. Los marinos y comerciantes omaníes tenían antiguos vínculos con la costa oriental de África. Hacia la década de 1820 le quitaron el negocio de la venta de esclavos a los portugueses en Mozambique y convirtieron Zanzíbar en un emporio que atraía a embarcaciones británicas, alemanas y estadounidenses. La creciente demanda de esclavos (en Oriente Próximo) y de marfil (en Europa) impulsó el veloz crecimiento de un imperio mercantil en África oriental. Durante la década de 1840, Zanzíbar había prosperado tanto que el imán trasladó allí su capital[461]. Pero ¿por qué los británicos —comprometidos desde 1807 con poner fin al comercio marítimo de esclavos— eximieron al imán de su prohibición general? Era un aliado demasiado útil de su poderío marítimo en el Golfo y la fuente principal de su influencia sobre el sah de Irán. Suprimir demasiado bruscamente su lucrativo negocio, advirtió el virrey de la

India, podría hacer que «incluso nuestro viejo y fiel aliado, el imán de Mascate […] se enemistara con nosotros»[462]. No había mal que por bien no viniera, podría haber reflexionado al respecto el imán mientras meditaba sobre la expansión de su imperio monzónico.

Por último, deberíamos echar un vistazo al caso más enigmático de todos. Existía un gran Estado euroasiático que había permanecido casi intacto ante la expansión europea. Los sogunes Tokugawa habían mantenido el aislamiento de Japón mucho más rigurosamente de lo que los gobernantes Ching habían protegido a China. Consintieron que un puñado de comerciantes holandeses acudiera a Deshima, en el puerto de Nagasaki, y toleraron alguna visita esporádica a Edo, en parte, por lo visto, para divertirse viendo caminar y hablar a los bárbaros a su peculiar manera. También admitieron cierto grado de comercio con China (en Nagasaki había un barrio chino). A pesar de su hostilidad extrema a la influencia subversiva del cristianismo, permitieron la circulación restringida de «conocimientos holandeses» (es decir, occidentales) entre la clase erudita. Sin embargo, permanecieron vigilantes hasta el extremo de la paranoia frente a la actividad de «espías». Un visitante científico al que se sorprendió con mapas de Japón en su equipaje fue encarcelado durante un año, y a sus contactos japoneses se les impuso un castigo draconiano.

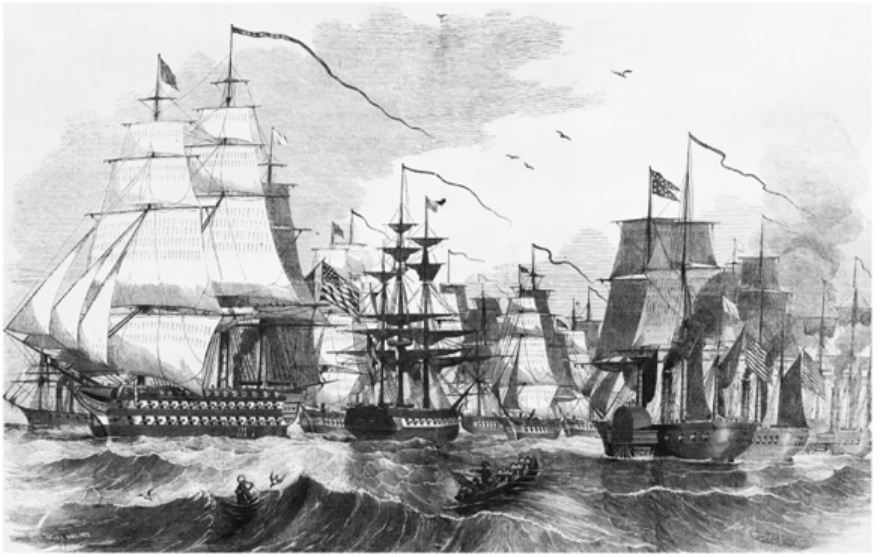
Como consecuencia del aislamiento, Japón se había vuelto en gran medida autárquico. El comercio exterior era minúsculo. La economía interior estaba dividida en distintos *han* o dominios del príncipe, aunque la demanda de Edo (cuyo millón de habitantes la convertía posiblemente en la ciudad más grande del mundo) había creado un comercio interno enorme, sobre todo en materia de productos comestibles. En el siglo XVIII, una población estable (en contraste con el gran crecimiento de la población china) y una «revolución industrial» —una agricultura más intensiva y el empleo del trabajo doméstico para hilar

y tejer— habían permitido un ligero incremento en la prosperidad. No obstante, había indicios de que la producción agrícola estaba llegando ya a sus límites. El mal tiempo provocó hambrunas durante la década de 1780 y, tras remitir brevemente, de nuevo en la década de 1830. La penuria rural provocó disturbios cada vez más importantes en el campo. El empobrecimiento de los samuráis y la disminución de los ingresos del sogún (ambos debido a la dificultad de subir los impuestos sobre la tierra frente a la resistencia campesina) suscitó un debate acerca del orden social y político. Por si eso no bastara, a partir de la década de 1790 se produjeron una serie de alertas que anunciaban que la larga inmunidad del Japón ante la intromisión europea estaba tocando a su fin. En 1792 se presentó en Hokkaido una expedición rusa. Diez años después los rusos volvieron para solicitar que se les permitiera comerciar en Nagasaki. Más alarmante todavía fue la llegada imprevista, en 1808, de un gran buque de guerra británico al puerto de Nagasaki, que solo se marchó después de que su amenazante exigencia de suministros fuese satisfecha. Ese fue el primer aviso para el sogún acerca de los cambios acaecidos en el mundo euroatlántico desde la década de 1770. Otros visitantes esporádicos, barcos balleneros que buscaban agua y alimentos, sirvieron de recordatorio molesto de que el tráfico marítimo occidental había llegado al Pacífico norte para los restos y de que Japón se encontraba del otro lado de la principal vía marítima entre América y China. Hasta la década de 1840, sin embargo, el impacto que tuvo todo ello fue sorprendentemente limitado. El punto de vista predominante entre los eruditos japoneses subrayaba con orgullo la superioridad innata del «reino divino» sobre los bárbaros occidentales y su insidiosa forma de pensar. La prohibición del desembarco de extranjeros se impuso con mayor severidad aún[463]. Y tal y como resultaron las cosas, el nicho geopolítico de Japón, que era el más alejado del poder europeo y estaba escudado por China (el objeto primordial de la atención europea), mantuvo el aislamiento del país durante dos

décadas (posiblemente decisivas) más. Ahora bien, la carrera contra el tiempo habría de llegar incluso al país nipón.

5

La carrera contra el tiempo



5. La entrada del comodoro Perry en el puerto de Tokio, 1853

El momento euroasiático

La Revolución euroasiática había marcado el advenimiento de un cambio sísmico en las relaciones entre los continentes y las civilizaciones. Transformó la geopolítica de la primera Edad Moderna. Cuando los rusos se apoderaron de Crimea, abrieron las defensas otomanas como si se tratara de una ostra y obtuvieron un trampolín para la anexión de Georgia por los Romanov en 1804. Georgia era la puerta hacia las provincias caspias de Irán, que no tardaron en ser arrancadas a los Qayar por medio de los Tratados de Gulistán (1813) y Turkmanchai (1828). Con sus defensas desequilibradas, los otomanos tuvieron que ver cómo Egipto era ocupado primero por los franceses y luego por los británicos, antes de obtener la independencia virtual bajo el virrey rebelde Mehmet Alí. Este cambio radical en la geoestrategia de Oriente Próximo hizo que tanto los otomanos como los iraníes fuesen mucho más vulnerables que antes a las ambiciones rivales de los Estados europeos. Sin embargo, el destino que corrieron no tuvo nada de excepcional. En el sur de Asia, donde un «Estado empresa» británico con base principal en Bengala se había convertido en el poder militar dominante en la década de 1830 y tras medio siglo de guerra, se había producido una revolución similar. Desde la ciudad portuaria de Bombay, ahora los británicos podían proyectar su influencia sobre el golfo Pérsico y desde el océano Índico hasta el sur de Arabia (Adén fue tomada en 1839), Zanzíbar y África oriental. Las fuerzas que quebraron el aislamiento histórico del

Imperio chino y obligaron a los Ching a abrir sus puertos en 1842 fueron enviadas por los británicos desde el este de la India y sus puestos de avanzada en el Sudeste asiático.

La invasión de los Estados asiáticos por parte de los europeos, su conquista del interior norteamericano (en cuanto los colonos se deshicieron del control imperial británico en 1783), sus cabezas de puente en el Pacífico sur y sus espasmódicos avances en el oeste y el sur de África demostraron hasta qué punto se habían liberado de las restricciones de la era moderna. Ya hemos visto la forma en que su oportunismo fue estimulado por la demanda de los consumidores europeos de mercancías atlánticas y artículos de lujo asiáticos. Las aspiraciones cada vez más universalistas de la cultura religiosa e intelectual europea producían justificaciones de estas conquistas, una explicación de su éxito y un programa para seguir adelante. La innovación tecnológica hizo que (algunos) europeos fueran más productivos que los asiáticos y los emancipó de la dependencia ante los lujos importados del mundo asiático, sobre todo los textiles y la porcelana. Hacia la década de 1830, los europeos estaban reuniendo los medios para dominar física, comercial y culturalmente a regiones que solo sesenta años antes estaban fuera de su alcance, y cuyas civilizaciones habían considerado formidables e inexpugnables en otro tiempo las comunidades europeas, apretujadas en un extremo de la masa continental euroasiática.

Pero incluso en la década de 1830, la supremacía europea no era algo que estuviera cantado. La segunda ronda de descubrimientos e invasiones y la innovación técnica que subyacía a la expansión comercial y militar europea habrían servido de poco de no ser porque las sociedades europeas se adaptaron a ella de formas que elevaron al máximo su poder en el mundo no europeo. Imaginar un escenario alternativo en el que la nueva ola de expansión europea se hubiera ralentizado o se hubiera visto completamente frenada no es difícil. El obstáculo más probable era la reanudación del conflicto en el seno de la propia Europa.

La paz de 1815 selló la derrota del imperialismo napoleónico. Ahora bien, una superpotencia inestable que para ser derrotada había requerido una coalición continental, el legado ideológico de una revolución violenta, Estados de pacotilla (como los Países Bajos), nacionalidades oprimidas (como Polonia) y la frágil dominación del aparato dinástico sobre la Europa central y del sur (el Imperio de los Habsburgo) constituían una receta poco prometedora para la paz continental. Una nueva ronda de guerras abiertas o incluso una paz armada (una guerra fría) habría tenido consecuencias mucho más importantes. Habría bloqueado los canales del comercio y alentado un retorno general a la autosuficiencia mercantilista que pronosticó el economista Robert Malthus y habría estrangulado el experimento industrial británico. («No se conoce ningún caso de un gran Estado comercial de la era moderna [...] que haya cosechado permanentemente beneficios superiores a la media del resto de Europa»[464], dijo Malthus). Habría demorado la difusión del capital y de la tecnología que la era ferroviaria puso en marcha en Europa a partir de 1830[465]. Habría detenido en seco la corriente migratoria desde Europa, que solo era viable cuando las vías marítimas eran seguras y el reclutamiento militar moderado. Es más, una guerra generalizada en Europa habría cambiado la faz del mundo decimonónico. Como en conflictos previos, los Estados europeos habrían trasladado sus disputas a otros continentes. La tentación de buscar aliados entre los grandes Estados asiáticos habría sido irresistible. Incluso cuando estaban en paz entre sí, Gran Bretaña, Francia y Rusia competían ferozmente por los favores de otomanos, egipcios, iraníes y chinos. Con aliados europeos, a los gobernantes asiáticos podría haberles resultado mucho más fácil de lo que en realidad les resultó modernizar sus ejércitos y gestionar el ritmo del cambio político. Entretanto, el crecimiento de las «neo-Europas» de ultramar en el continente americano y Australasia se habría estancado en la medida en que los flujos comerciales, de capitales y de mano de obra de los que dependían se vieran

contenidos o congelados. Tras los trastornos de 1750-1830, el mundo habría derivado hacia un nuevo equilibrio. Resguardados por el encono de las divisiones europeas, el resto de Eurasia y muchos pueblos indígenas del Mundo Exterior habrían obtenido un respiro para reconocer el terreno, rearmarse y reformarse.

Por el contrario, se vieron inmersos en una carrera contra el tiempo para «reforzarse» por cuenta propia antes de que el poder y la riqueza europeos abrumaran sus defensas. Lejos de reanudar sus querellas intestinas, las sociedades europeas retrocedieron ante la guerra y emprendieron por el contrario un experimento de incierto resultado en la cooperación política y económica bajo el estandarte de un liberalismo receloso, limitado e impugnado. Surgió una «Gran Europa» que incluía tanto a Rusia como a Estados Unidos en una inmensa zona en la que las diferencias políticas y culturales eran moderadas por un sentimiento de «europeidad» compartida (la «americanidad» no era más que una variante provincial) frente a una naturaleza recalcitrante, indígenas hostiles o competidores «asiáticos». Supuso un desenlace decisivo aunque inesperado, una enorme acumulación de fuerzas por defecto y un inmenso refuerzo material, ya que si Europa había de trascender sus antiguos límites euroasiáticos y dominar el centro del mundo, tenía que convertirse en algo más. Tenía que reinventarse como «Occidente».

La invención de Occidente

Quizá resulte extraño afirmar que a mediados del siglo XIX predominó una especie de *pax* a lo largo de la vasta extensión del mundo septentrional que iba desde el oeste americano hasta el oeste ruso. Inmediatamente se vienen a la mente media docena de excepciones. Entre los Estados europeos hubo guerras: la guerra de Crimea (1854-1856), en la que Gran Bretaña,

Francia y el Imperio otomano lucharon contra Rusia; las guerras de unificación italiana (1859-1860) y alemana (1866), en las que tomaron parte Francia, Piamonte-Cerdeña, Nápoles, Austria y Prusia; la guerra de los Ducados Daneses (1864) y la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Hubo guerras en las fronteras de Europa entre rusos y otomanos en 1877-1878, entre franceses y musulmanes en el norte de África y entre británicos y egipcios en 1882. El conflicto más largo y más sangriento de todos se libró en el continente norteamericano: la guerra de Secesión entre el Norte y el Sur (1861-1865). Sin embargo, por abundantes y sangrientos que fueran estos conflictos, ninguno de ellos desembocó en una conflagración *generalizada* entre los Estados y las sociedades de la Gran Europa. La guerra de Crimea, en la que participaron tres grandes potencias y casi una cuarta (Austria), se limitó prácticamente a los mares Negro y Báltico. Las guerras por Italia, Dinamarca y de unificación alemana, así como la guerra franco-prusiana, fueron campañas breves y relativamente limitadas en las que las grandes potencias que no se vieron directamente afectadas se negaron a participar. La guerra ruso-otomana de 1877-1878 terminó sin derramamiento de sangre entre las potencias europeas. En la guerra de Secesión estadounidense no participó ninguna otra potencia, aunque el bloqueo del Sur por parte del Norte estuvo a punto de provocar la intervención británica.

Y lo que viene más al caso, el resultado de estas guerras no instigó una lucha más amplia por la supremacía en el continente o el hemisferio norte. En Italia, Alemania y Estados Unidos, su principal efecto fue demoler las barreras regionales que obstaculizaban la construcción de Estados-nación más unificados. Por devastadoras que fuesen para los combatientes y los civiles que se vieron envueltos en ellas, es posible que el carácter limitado de estas «guerras occidentales» contribuyese a la creencia muy extendida de que el conflicto armado era un medio aceptable, quizá necesario, para resolver las diferencias internacionales y «edificar la nación». Ahora bien, ¿qué fuerza evitó que

los europeos emprendieran aquellas guerras ilimitadas de destrucción mutua en las que habían tomado parte antes de 1815, y a las que recurrieron, de forma aún más catastrófica, a partir de 1914?

La influencia más importante fue el recuerdo de la gran guerra que había barrido Europa durante una generación a partir de 1792. El ciclo sin fin de campañas y de conflictos, la aparente imposibilidad de una paz duradera, la experiencia de la efervescencia revolucionaria y el despotismo militar, así como la aterradora fragilidad del tejido social de las naciones puesta de manifiesto por las guerras, impresionaron tremendamente a la opinión pública europea. Desacreditó al Antiguo Régimen, que había fracasado totalmente en mantener la paz, y a la vieja diplomacia, que ahora parecía haber actuado de forma sumamente cínica, oportunista e irresponsable. Demostró la urgente necesidad de la acción colectiva contra cualquier gran potencia que pareciera estar amenazando la paz general. Y subrayó la importancia de reconstruir Europa de acuerdo con los intereses de su estabilidad geopolítica. El acuerdo de Viena de 1815 y el «sistema de concertación» que había de sustentarlo fueron obra de estadistas cuya contraseña era «nunca más»[466].

La acción colectiva contra las infracciones del Tratado de Viena no tardó en venirse abajo. Ahora bien, los principios fundamentales del sistema de concertación tuvieron una vida mucho más prolongada. Proscribieron todo acto unilateral que trastornara el equilibrio colectivo de influencias de las cinco grandes potencias europeas, el «comité de administración» de sus asuntos públicos: Austria, Gran Bretaña, Francia, Prusia y Rusia. Los cambios en el control de los Estados menores de Europa o en las provincias de sus imperios dinásticos requerían el consenso colectivo de las potencias reunidas en conferencia. Por supuesto, hasta esa disposición caía en desuso cuando las grandes potencias se peleaban entre sí: su desunión fue explotada por los franceses y el Piamonte contra Austria en 1859, y

por Bismarck contra Austria y luego contra Francia. No obstante, la convención subyacente se mostraba asombrosamente firme. Incluso Rusia, representada a menudo como el oso incivilizado de la diplomacia europea, que tenía un apetito insaciable por el control de los Estrechos, acató la idea de la concertación, y su diplomacia en los Balcanes fue mucho menos aventurera de lo que a menudo hicieron ver sus críticos en Gran Bretaña y Francia[467].

La fuerza del sistema de concertación residía en el interés particular: no solo el miedo a la guerra, sino la inquietud en relación con el cambio geopolítico. A veces los dirigentes británicos eran propensos a los gestos de cara a la galería interna y denunciaban la política de sus vecinos europeos. Uno de sus blancos favoritos era la represión austriaca en el norte de Italia y Hungría. No obstante, incluso un ministro tan pugnaz como lord Palmerston solía preferir la retórica a la acción[468]. Austria, Prusia y Rusia estaban unidas en una alianza conservadora tácita por vínculos mucho más fuertes que el principio de concertación. Los tres Estados regían enormes extensiones de Europa oriental haciendo caso omiso de todo principio de nacionalidad. Los tres tenían motivos para temer (sobre todo tras las revoluciones de 1848) que cualquier desencuentro entre ellas desencadenase una explosión general en la que la Polonia subyugada (de la que cada uno tenía una parte) daría el toque inicial y el más sonoro (la revuelta polaca de 1863 se lo recordó oportunamente). De ahí que por más que Bismarck (que era un *junker* prusiano del este del Elba) hablase de «sangre y hierro» y pese a su reputación de partidario impenitente de la *Machtpolitik,* se guardó bien de todo reordenamiento radical del mapa europeo. Su «Imperio alemán» de 1871 conservó cuidadosamente los viejos Estados y monarquías de la Confederación Germánica y repudió el ideal *Grossdeutsch* de unificar a todos los alemanes étnicos (incluidos los que se encontraban bajo la dominación de los Habsburgo) en un solo Estado. Es más, el principal elemento en discordia del orden de Viena hasta 1870

no fue Prusia, sino Francia. Fue Luis Napoleón, el sobrino de Bonaparte que se había proclamado emperador en 1851, quien tramó la caída de la hegemonía austriaca en la península Itálica. No obstante, ni siquiera a los franceses (y menos aún a los campesinos de cuyos votos dependía Luis Napoleón) les apetecían guerras revolucionarias, y el resultado paradójico de su intervención no fue el Estado cliente en el norte de Italia que deseaban, sino un rival mediterráneo panitálico. Diez años más tarde, en 1870, la oquedad de las aspiraciones francesas a la primacía continental quedó brutalmente al descubierto en Sedán.

De ahí que quizá fuera excesivo pretender que entre las décadas de 1830 y 1880 en el «área occidental» prevaleciese la paz. Ahora bien, sería razonable concluir que se mantuvo una estabilidad geopolítica general, una *pax*. Dicha estabilidad tuvo varias consecuencias importantes. En primer lugar, aunque la primacía marítima de Gran Bretaña nunca estuvo garantizada del todo[469], las rutas marítimas en el seno de la Gran Europa (sobre todo el Atlántico norte), así como entre Europa y el resto del mundo, permanecieron abiertas y seguras a lo largo de todo este periodo[470]. Eso tuvo una enorme importancia para el abaratamiento, la fiabilidad y la rapidez de las conexiones internacionales y la extensión gradual del comercio con base en Europa. En tiempos de desorden marítimo, la gran inversión en nuevas flotas de vapores realizada a partir de la década de 1840 habría sido impensable. En segundo lugar, el cuidadoso equilibrio que los Estados continentales mantenían entre sí, combinado con el poder marítimo de Gran Bretaña, excluía la intervención tanto en Norteamérica como en Sudamérica, y permitió a Estados Unidos desarrollarse *como si* ese Estado estuviera de veras aislado, liberándole de la carga de la defensa exterior. Esta enorme ventaja permitió al país concentrar sus esfuerzos, con determinación inquebrantable, en el crecimiento económico y la solución local de las violentas disputas que amenazaron constantemente con desgarrar la República estadounidense hasta el mismo instante de la solución final a la que

se llegó en 1865. En tercer lugar, la estructura de la diplomacia europea otorgaba una amplia libertad a Rusia, Francia y Gran Bretaña (las tres potencias «mundiales» hasta la década de 1880) para que defendieran sus intereses fuera del continente, pero al mismo tiempo las disuadió de lanzarse a una refriega imperial generalizada. La cuidadosa conservación del imperio colonial holandés en el Sudeste asiático a partir de 1815 y la igualdad de derechos comerciales y consulares de la que gozaron la mayoría de los Estados europeos en China a partir de 1842 (garantizados principalmente por la fuerza británica) fueron síntomas de la preocupación de los gobiernos de la metrópoli por evitar un choque de intereses violento en Asia o en el Mundo Exterior. En cuarto lugar, la estabilidad geopolítica de la Gran Europa favoreció el desarrollo (gradual, irregular e impugnado) de una ideología mínima común de «liberalismo restringido».

Quizá eso parezca mucho decir respecto de un conjunto de Estados cuyas instituciones abarcaban todo el espectro político existente, desde la democracia popular (en Estados Unidos) hasta el despotismo zarista semiteocrático pasando por el régimen parlamentario censitario. Qué duda cabe de que los pensadores políticos europeos libraban guerras de panfleto ideológicas en las que denunciaban (o ensalzaban) la monarquía, el republicanismo, el socialismo, el capitalismo, el anarquismo, el imperialismo y un sinfín de otras cosas. Las historias de Europa de esa época transmiten vívidamente las frustraciones de los liberales, los radicales y los socialistas enfrentados al conservadurismo acérrimo de los reyes, emperadores, aristócratas y campesinos. En las revoluciones fallidas de 1848, los movimientos liberales, radicales y nacionalistas fueron vencidos por sus enemigos conservadores, que gozaban del apoyo de los militares, los burócratas y el clero. No obstante, a partir de la década de 1870, apenas había un Estado en Europa (sin excluir a Rusia) que careciera de al menos los rudimentos de una constitución liberal.

El liberalismo europeo tenía un largo linaje, pero como programa práctico debía su atractivo a la gran crisis política europea que tuvo lugar entre 1789 y 1815. Los violentos trastornos de esa época encerraban una doble advertencia. Demostraron, en primer lugar, que hasta el más poderoso de los Estados del Antiguo Régimen podía ser derrocado por un movimiento surgido desde abajo. El absolutismo a la antigua era un rompeolas débil frente al desasosiego popular. La estabilidad social y política requería algo más que un «legitimismo» simplón nostálgico del pasado. La segunda advertencia era igual de seria. En Francia la violencia revolucionaria había sido contenida, pero por el despotismo de Napoleón Bonaparte. El legado napoleónico era ambiguo; en Francia y en Italia, sobre todo, era objeto de admiración debido al genio creador de Napoleón como estadista: el código civil, la simetría administrativa, la reforma educativa, la visión de un Estado que ponía orden e introducía mejoras, y, sobre todo, las perspectivas de hacer carrera que ofrecía a todo aquel que tuviera talento. Ahora bien, en el resto de Europa, e incluso en Francia, lo que había dejado una huella más profunda era la terrible energía de la ambición napoleónica, la brutal destrucción de soberanos, Estados e instituciones (y su invención igualmente brutal), la espantosa facilidad con la que el emperador autocoronado había demolido a sus enemigos e impuesto su dominio sobre el continente[471]. Si la Europa del Antiguo Régimen había sido vulnerable a la agitación popular, parecía poco menos que indefensa ante un despotismo «moderno».

Las creencias centrales del liberalismo decimonónico surgieron de la reflexión sobre este aterrador periodo de la historia europea. Escapar del ciclo de guerras y revoluciones exigía instituciones políticas que defendieran al Estado por igual ante la revuelta popular que ante el despotismo de cualquier advenedizo. Los gobernantes tenían que ser más «legítimos». Tenían necesidad de la lealtad de una gama más amplia de comunidades e intereses. Había que mantener bajo control a sus servidores y

funcionarios, y la forma ideal de hacerlo era a través de un cuerpo representativo. Eso suscitó la cuestión de quién debía representar a quién. Y sobre todo, suscitó la cuestión de hasta dónde debía regular un gobierno la vida social y económica de sus ciudadanos. La respuesta del liberalismo era la clave de su postura, la premisa fundamental de su teoría política.

Esa postura fue brillantemente esbozada por el francés de origen suizo Benjamin Constant, cuyos escritos políticos representaban un feroz rechazo de la violencia revolucionaria y de la tiranía napoleónica. Constant sostuvo que la gente común siempre se resistiría a la intromisión en su vida privada y social y que los actos arbitrarios por parte del Estado destruían la confianza mutua entre los individuos, de la que dependían todas las relaciones sociales y comerciales. Distinguió entre la esfera correcta (y estrecha) de la autoridad y el ámbito más amplio (lo que en la actualidad se denomina la «sociedad civil»), en la que debía prevalecer la autorregulación de los intereses privados. Las sociedades modernas, insinuaba, eran demasiado complejas para ser gobernadas políticamente como las antiguas ciudades-Estado, modelo al que habían apelado muchos escritores anteriores (entre ellos Rousseau). La diversidad, el pluralismo y el localismo eran el secreto de la estabilidad y de la libertad. En segundo lugar, el poder legislativo, ante el que el ejecutivo debía ser responsable, debería estar compuesto por los individuos menos proclives a favorecer la ampliación del poder arbitrario o ser seducidos por demagogos. La política debía ser el coto de personas acaudaladas, que ejercerían una saludable (y culta) influencia sobre los «pobres laboriosos». Las personas adineradas eran los verdaderos guardianes del interés público. En tercer lugar, era preciso que los derechos de propiedad y otras libertades cívicas estuvieran protegidos por reglas bien arraigadas, ideal que implicaba la codificación del derecho y su maquinaria[472].

Constant propuso otra justificación decisiva más de su sistema liberal: era el único compatible con el progreso social. Tarde o temprano, toda forma de gobierno arbitrario tendía a imponer la uniformidad. Ahora bien, sin libertad de pensamiento todas las sociedades estaban condenadas a estancarse, pues la expresión e intercambio de ideas eran el medio de avanzar en todos los ámbitos. Además, sin la libre circulación de ideas, los propios gobiernos apenas sabrían qué rumbo seguir. Ni Constant ni los pensadores liberales que le sucedieron pretendían fomentar la anarquía intelectual. Su verdadera preocupación era la liberad intelectual de las personas cultas, ilustradas y adineradas, puesto que eran (o eso suponían ellos) la auténtica nación política, las defensoras de la libertad, los ingenieros de la mejora social. Bajo su tutela, la sociedad civil sería libre, pero también dinámica.

Por supuesto, alrededor de esas creencias se arremolinó un mar de debates. ¿Podía confiarse en un monarca hereditario como jefe de Estado o era una república la única forma de gobierno representativo segura? ¿Podían las mujeres formar parte de la nación política o constituía su «fragilidad física» un impedimento decisivo? ¿Confería la riqueza comercial e industrial virtudes políticas a sus poseedores o estas surgían solo de la propiedad territorial? ¿La religión era enemiga de la libertad de pensamiento o el puntal fundamental de la moralidad social? ¿Debían las leyes encarnar las «costumbres del país» (y convertirse en tema de investigación histórica) o —como creían los seguidores «utilitaristas» de Jeremy Bentham— debían emancipar a la sociedad del peso muerto del pasado? Y luego estaba esa pregunta que sacaba de quicio al liberalismo más que ninguna otra: ¿era el establecimiento de la nacionalidad —una identidad étnica, lingüística y (a veces) religiosa— la condición previa fundamental para el correcto funcionamiento de las instituciones liberales?¿Y qué sucedía si el establecimiento de la nacionalidad estaba en conflicto con los principios fundamentales del programa liberal: libertad de pensamiento y estricta li-

mitación del poder gubernamental? ¿Era el nacionalismo una ideología que miraba hacia el futuro o (salvo en unos cuantos enclaves afortunados y «progresistas») el credo de los reaccionarios y los ignorantes?

Las principales ideas del programa liberal se difundieron ampliamente por la Gran Europa entre las décadas de 1830 y 1880 sobre este polémico telón de fondo. Eso no quiere decir que fuesen uniformemente adoptadas. Donde más firmemente arraigado estaba el gobierno representativo era en Gran Bretaña y Francia, aunque no sin un veranillo de San Martín aristocrático en la primera y rachas de fanatismo revolucionario y napoleónico en la segunda. En los Estados alemanes, Prusia y Austria, las ideas liberales contribuyeron en 1848 a barrer los restos de la servidumbre y a afianzar formas de gobierno parlamentarias en los dos grandes Estados de Europa central que surgieron de las guerras de 1866 y 1870-1871: los imperios alemán y austrohúngaro. El nuevo Estado-nación italiano, fundado en 1860, con su cámara electa, su monarquía limitada y sus valores laicos, encarnaba las expectativas del liberalismo burgués. A sus críticos, la nueva Europa de las décadas de 1850 y 1860 se les antojó monótona, egoísta, obsesionada por el comercio y vulgarmente materialista. Thomas Carlyle y Karl Marx denunciaron la forma implacable en que el capital burgués trataba al trabajo proletario. Para otros escritores, de perspectiva impecablemente liberal, el auge de la «opinión pública» como influencia formativa en la vida nacional amenazaba con aplastar al individuo bajo el lastre de los prejuicios populares[473]. El historiador Jacob Burckhardt, miembro de la élite patriarcal de Basilea, lamentó la desaparición de la «vieja Europa» y denunció la mentalidad irreflexiva, groseramente empirista y burocrática de lo nuevo, así como su fe autosatisfecha en el progreso[474].

A ojos de muchos liberales europeos, Rusia era la gran excepción en una historia por lo demás feliz, y las pretensiones

absolutistas de su monarquía zarista eran enemigas de la libertad no solo en Rusia, sino en cualquier parte de Europa donde imperase su influencia. Ahora bien, ni siquiera Rusia era inmune a las ideas liberales. Para un grupo influyente en el seno de la aristocracia rusa, la guerra contra Napoleón había puesto de manifiesto los defectos del absolutismo y la urgencia de cimentar el Estado imperial sobre la lealtad de las masas campesinas, cuya devoción lo salvó durante la terrible situación de emergencia de 1812. Imaginaron un régimen en el que personas cultas e ilustradas extraídas de entre la pequeña nobleza y la alta burguesía dirigirían el gobierno y transformarían a las masas sometidas a la servidumbre en una nación leal. Tras el fracaso de un intento prematuro de reforma en forma del fallido golpe «decembrista» de 1825 (Sergei Volkonski, uno de los principales decembristas, había sido miembro brevemente del salón de Constant en París)[475], el nuevo zar, Nicolás I, dio comienzo a un régimen de treinta años de reacción. Los simpatizantes decembristas fueron exiliados a Siberia o se replegaron en la literatura cifrada y alegórica que en Rusia habría de convertirse en una larga tradición. La censura y la vigilancia de la pequeña nobleza y la alta burguesía se intensificaron. La pertenencia a grupos radicales o revolucionarios se castigaba salvajemente. En 1849, el escritor Fiódor Dostoievski fue condenado a muerte por formar parte de un grupo socialista, castigo conmutado en el último instante por el exilio en prisión en Siberia. No obstante, bajo la superficie política, la presión para reinventar a Rusia como una comunidad «nacional» dotada de su propia literatura, música y arte —en lugar de la vieja sociedad de castas en la que las personas cultas hablaban francés o alemán, y donde ruso se consideraba un dialecto campesino— crecía a pasos agigantados. Su gran fuente de inspiración literaria fue Alexander Pushkin (1799-1837), cuya escritura encarnaba el deseo de concebir a Rusia en términos europeos, pero con una cultura y un carácter propios y distintivos. La misma ambición subyacía al *Guerra y paz* de Tolstói, cuyo título original era *Los decembris-*

tas y que acabó publicándose en 1865[476]. Cuando Rusia fue derrotada en la guerra de Crimea, el nuevo zar (Nicolás había muerto en 1855) Alejandro II emprendió un programa de reformas.

La clave de bóveda de esta reforma fue la abolición de la servidumbre, decretada en febrero de 1861. La servidumbre había sido el símbolo de un atraso castigado por la derrota militar en 1856. Se emancipó a los siervos y se les otorgaron tierras en las fincas de sus señores, pero en concepto de tenencia comunal, a través de la cooperativa aldeana o *mir.* Como parte de la reconstrucción de la sociedad rural, se crearon cuerpos electivos o *zemstvos* en los que se suponía que la pequeña nobleza debía desempeñar un papel activo y de «mejora» de la vida local. Las reformas judiciales introdujeron un «sistema de justicia moderno y europeo»[477]. Se introdujo el jurado, junto con los jueces de paz, para difundir nociones modernas de derecho en el ámbito rural[478]. El estatuto universitario de 1863 otorgó a los profesores rusos la misma libertad que tenían los estadounidenses[479]. Se redujo la censura y se suprimieron las restricciones más draconianas sobre la libertad individual. A partir de 1865, hasta se permitió fumar en la calle. En literatura y música, ciencias naturales, derecho y teoría política, Rusia convergía cada vez más con el resto de Europa, incluso si (siguiendo el ejemplo europeo) muchos escritores y artistas rusos proclamaron la particularidad estética y la superioridad moral de su propia tradición (lo que también era una costumbre inglesa). Incluso los llamados «eslavófilos», que rechazaban el «encogimiento cultural» de los «occidentalizadores» ante el pensamiento y las costumbres europeas como una tendencia alienante y atea, imaginaban a Rusia como una nación cristiana eslava con una élite reformista en sintonía espiritual y política con las masas campesinas. Con la reforma liberal llegó la difusión de la prensa, el auge de la alfabetización en las ciudades (hacia 1860 los niveles de alfabetización en San Petersburgo superaban el 55 por ciento)[480], el florecimiento de la literatura rusa, un auge

espectacular en el prestigio cultural ruso y un enorme incremento en el tráfico intelectual entre Rusia y el resto de Europa.

En muchos aspectos, por supuesto, Rusia seguía siendo una sociedad muy antiliberal. Seguía siendo un régimen burocrático y autoritario en el que la libertad de crítica se retiraba con la misma velocidad con la que se concedía. Sin embargo, las reformas de la década de 1860 representaron el reconocimiento por parte del zar de que era necesario imitar parcialmente las reformas ensalzadas por los liberales europeos para que Rusia no se quedara rezagada con respecto a las demás grandes potencias y abandonase el proyecto europeizador al que la dinastía Romanov había estado asociado desde los tiempos de Pedro el Grande. Tanto el reformismo zarista como el liberalismo decembrista reafirmaron la aspiración de Rusia de ser un Estado europeo cuya misión histórica era la colonización y la civilización de su inmenso interior «asiático», el gran tema de Vasili Kliuchevski, el historiador más grande de la Rusia decimonónica[481]. No fue casualidad que mientras Alejandro II «liberalizaba» en el interior, sus soldados y diplomáticos ampliasen las fronteras imperiales en la cuenca del Amur en Asia oriental y en el Asia central transcaspia. Se trataba de una paradoja en ciernes. El papel de Rusia (y fue un papel muy importante) en la expansión de Europa fue alentado y facilitado por la visión social dinámica del liberalismo europeo, por su noción del progreso constante, por su énfasis en la libertad económica y por el contraste que este establecía entre la libertad de Occidente y la «asfixiante uniformidad» de Oriente. Ahora bien, la naturaleza multiétnica del Imperio ruso, la fragilidad de sus lazos sociales y su débil infraestructura constituían un recordatorio constante de que sin el «armazón de acero» de la autocracia, el gran edificio imperial podía venirse abajo al primer indicio de problemas. Rusia, al parecer, podía ser un Estado-nación, según el modelo liberal, o un imperio, pero no las dos cosas.

Así como Rusia fue el ala oriental de este universo liberal, Estados Unidos fue su ala occidental. En las versiones convencionales (y estadounidenses) del pasado norteamericano se subraya el aislamiento y la distancia de Norteamérica con respecto a Europa, la forja de una tradición política separada y la constitución de un «excepcionalismo» norteamericano. Los europeos estaban atrapados por su historia, condenados a resolver las consecuencias de las luchas dinásticas, de clase y étnicas hasta el final. Los estadounidenses, sin embargo, eran libres de crear su propio futuro y de gozar de la libertad sin las trabas representadas por las desigualdades y antagonismos del Viejo Mundo. En buena medida, esta historia no es más que una versión grandilocuente del mito de la colonización: se pueden encontrar versiones de esta en la mayoría de las sociedades coloniales del siglo XIX y en la mayoría de sus historiografías «nacionalistas» del siglo XX. Estados Unidos fue la prolongación occidental de la Gran Europa.

Ideológicamente, por supuesto, Estados Unidos presentaba ciertas peculiaridades. Su constitución había sido redactada antes de los grandes trastornos de 1789-1815, que marcaron al liberalismo europeo de una forma tan indeleble. La conocida suspicacia estadounidense ante el poder ejecutivo debía más a la tradición del «partido rural» de la Gran Bretaña del siglo XVIII que al liberalismo de Constant. A ojos de los europeos, Estados Unidos, con sus colosales dimensiones (incluso antes de la inmensa expansión territorial que acarreó la anexión de Texas y la guerra entre México y Estados Unidos en 1846-1848) y su descentralización extrema, apenas era un Estado propiamente dicho. No tenía política exterior, ni ejército ni marina dignos de ese nombre (entre 1815 y la guerra de Secesión), y prácticamente no tenía gobierno. A los británicos, que conservaron el control de casi la mitad de Norteamérica a partir de 1783, les atemorizaba no tanto el asalto deliberado contra sus posesio-

nes como el obstruccionismo de un señor de la guerra fronterizo que el presidente del momento fuera demasiado débil para impedir. A los europeos también les desconcertaba y alarmaba el populismo estadounidense, la gran extensión del sufragio (entre los varones blancos) y la tendencia universal a hacer electivos los cargos públicos, incluso en el caso de los funcionarios policiales o judiciales. El radical inglés Edward Gibbon Wakefield condenó la movilidad y el desarraigo de la sociedad norteamericana, su carencia de toda conciencia de las jerarquías sociales, de la tradición o de la historia, y, ante todo, la inevitable (en su opinión) vulgarización que sobrevendría como consecuencia de la ausencia de una élite culta y ociosa que marcase las pautas a seguir. «Vi un pueblo sin monumentos, sin historia y sin vínculos locales […] sin amor alguno por sus lugares de origen, sin patriotismo…»[482]. Alexis de Tocqueville, que visitó el país durante la década de 1830, admiraba el asombroso vigor del autogobierno estadounidense, pero dudaba de que a largo plazo su populismo fuera compatible con la independencia intelectual[483]. Ahora bien, el rasgo más paradójico de la democracia estadounidense era la tolerancia de la esclavitud de los negros. Fue una de las principales fuentes de tensión angloamericana antes de 1863 (cuando se abolió la esclavitud). Alimentó las sospechas del otro lado del Atlántico de que el populismo estadounidense era una versión tosca y degradada del liberalismo europeo, violento, racista e inestable. El oeste norteamericano, comentó el historiador inglés T. B. Macaulay, era como las áreas más salvajes de la Inglaterra del siglo XVII, en las que la justicia se administraba con cuchillos y pistolas.

Por supuesto, los estadounidenses también repararon en los defectos del populismo. Los políticos *whigs* (liberales) denunciaron el «jacksonismo» por su expansionismo temerario, su desprecio de los tratados pactados con los nativos americanos, su tosco agrarismo y su antagonismo hacia el *establishment* comercial y financiero del viejo nordeste del país[484]. Durante la década de 1850, el auge del abolicionismo y la competencia en-

tre los estados esclavistas y los estados libres por el control del oeste (lucha cuyo detonante fue Kansas) crearon una nueva ideología popular de «tierra libre» y «trabajo libre». La víspera de la guerra de Secesión, la coalición republicana forjada por Abraham Lincoln unificó a los sectores del nordeste y del medio oeste contra el Sur y destruyó los vestigios del jacksonismo. Tras la victoria del Norte en 1865, la política norteamericana ya no diferiría tan marcadamente de los modelos europeos del Estado liberal. El aplastamiento del Sur esclavista confirmó la supremacía del viejo nordeste, el corazón de la Norteamérica industrial y financiera, y de la inmensa ciudad portuaria de Nueva York. El auge de los bancos de Wall Street y la concentración del poder financiero en forma de monopolios y cárteles engendró una nueva clase de magnates dotada de una influencia política y social inmensa. Había llegado la plutocracia, el primo advenedizo de la aristocracia. Durante la «Edad Dorada» posterior a 1865, la corrupción de la política estadounidense llegó a ser legendaria. «Tenemos los legisladores más caros del mundo», dijo irónicamente Mark Twain. Al mismo tiempo, la magnitud del empleo en la industria, la rápida expansión de las grandes ciudades, la aparición de una clase trabajadora reconocible como tal y el inminente fin de la vieja frontera de tierra «libre» —que hasta ese momento había sido la válvula de seguridad (en teoría) de las tensiones sociales del este industrial — dejó sentado que aunque Norteamérica siguiera siendo diferente de Europa —más rica, más libre, más segura— se enfrentaba a cuestiones políticas y sociales comparables, cuando no análogas. Cabe ver un reflejo de ello en el cambio gradual de las actitudes estadounidenses hacia la expansión imperial de los Estados europeos. El «antiimperialismo» estadounidense tenía sus raíces en la hostilidad universal de las comunidades de colonos a la autoridad imperial y el temor a ser explotados por los comerciantes, banqueros, armadores y abastecedores de la metrópoli. Hasta la década de 1860, estuvo marcada por el resentimiento sureño contra la postura antiesclavista británica y por

la feroz competencia entre el viejo nordeste y Gran Bretaña por la supremacía comercial y financiera en el continente americano. No obstante, ya en la década de 1880, el viejo nordeste había ganado esa batalla y sus élites estaban adoptando actitudes imperiales y valores sociales mucho más acordes con los de sus homólogos en Gran Bretaña. Se estaba preparando el terreno para el «gran acercamiento».

Sería insensato negar que entre los cincuenta años transcurridos entre 1830 y 1880 hubo amplias diferencias entre las actitudes políticas de estadounidenses y rusos, británicos y franceses, alemanes e italianos. No obstante, hay que poner esas diferencias en perspectiva. Por muchas diferencias surgidas de la tradición local y las historias particulares que hubiera, el rasgo más llamativo de la época fue la continua convergencia de todas las áreas de la Gran Europa hacia una especie de «liberalismo genérico». Los beneficios fueron inmensos. A partir de 1815, la Europa decimonónica logró evitar las violentas disputas religiosas que la habían desgarrado durante el siglo XVII, las grandilocuentes visiones dinásticas tan proclives a provocar conflictos del XVIII y las guerras ideológicas genocidas que acabaron siendo su destino en el XX. La convergencia ideológica (vacilante, parcial, a regañadientes) permitió a los países de la Gran Europa (un «proto-Occidente» que durante la década de 1860 abarcaba la mitad septentrional del planeta) contrastar su suerte con la del resto de Eurasia y el Mundo Exterior. Confirmó la impresión de progreso y dinamismo que tenían, en la que tanto énfasis había hecho el liberalismo genérico, y subrayó las diferencias con los «Estados estacionarios» de Asia. Y lo que era de vital importancia, proporcionó a todas las comunidades de la Gran Europa expansionista una «hoja de ruta» que podían aplicar casi de forma universal a la hora de interpretar, organizar y justificar sus relaciones con los pueblos no europeos. La

«misión civilizadora» (no la misión de convertir a los infieles) era una doctrina liberal que atraía (por tosca que fuese la forma bajo la que se presentó) tanto a los funcionarios imperiales rusos como a los habitantes de la frontera occidental norteamericana. A diferencia de las ideologías anteriores propugnadas por expansionistas europeos (el imperialismo de cruzada, el mercantilismo, el absolutismo dinástico), el liberalismo genérico logró ejercer un notable atractivo cuando menos entre una parte de los colonizados. Sus valores eran, o parecían ser, universales: atrajeron a las élites indias, chinas, africanas y árabes casi tanto como a las europeas. Esa fue una asombrosa tercera dimensión sin precedentes del poder de expansión de los europeos. Los dotó (es decir, a los practicantes más hábiles de la política ideológica) de un arma nueva y flexible a la hora de buscar aliados en el mundo no occidental. Los ayudó a abrir unas sociedades que estaban cerradas a todas sus demás amenazas y adulaciones. Era (o así se lo parecía a sus resentidos adversarios) el caballo de Troya del imperialismo europeo.

Hacia una economía mundial

Hay mucho que decir respecto a la tesis de que a mediados del siglo XIX la fuerza transformadora más importante en todo el mundo fue la capacidad de los europeos de penetrar en las economías de Asia, África, Sudamérica y el Pacífico mucho más profundamente que nunca antes. El impulso de comerciar más, de descubrir nuevos mercados, de buscar nuevos productos y mercancías, así como de incorporar el comercio de todo el mundo a una única red centrada en las grandes ciudades portuarias de Occidente (Londres, Liverpool, Hamburgo, Burdeos, Marsella y Nueva York) fue la dinámica principal tras la constitución paulatina, entre las décadas de 1860 y 1880, de una «economía mundial», es decir, de un sistema único de inter-

cambio global. Tras la depresión económica de la década de 1840, se entró en una época de continuo aumento de los precios y de creciente demanda de materias primas hasta que se produjo la gran ralentización de mediados de la década de 1870. Por supuesto, inmensas áreas del mundo permanecieron al margen de la órbita del comercio internacional debido a que eran demasiado inaccesibles, demasiado pobres o a que estaban demasiado aisladas del contacto con el exterior por controles políticos o religiosos. El sello distintivo de la «economía mundial» no fue la ubicuidad del comercio internacional, sino la forma en que se fueron desmoronando los sistemas regionales más antiguos de intercambio y de fijación de precios y créditos, así como las jerarquías regionales del poder mercantil (como la que proporcionó tanta riqueza y poder a los comerciantes árabes de la costa de África oriental). Ya no era una simple cuestión de bienes de lujo. Hacia 1880, el coste de las mercancías fundamentales (como los cereales) venía fijado por su precio en el mercado mundial[485]. La oferta de crédito e inversión comercial reflejaba el nivel de la demanda internacional, ya no solo de la local, cambio que pudo apreciarse en la aparición de bancos comerciales de tipo occidental en determinadas partes de Asia e Hispanoamérica. Los exportadores, los comerciantes, los banqueros y las aseguradoras con sede en Occidente tendían a desplazar, o a subordinar, a las élites mercantiles locales en el comercio internacional[486].

La paz general y un grado importante de convergencia ideológica fueron elementos fundamentales para la capacidad del Occidente emergente de asentar su dominación económica y crear una economía mundial para satisfacer sus necesidades. Sin embargo, el tercer y decisivo factor fue la progresiva integración económica entre los propios países occidentales. Sin ella mal podría haberse producido el inmenso aumento en el volumen y el valor del comercio internacional. El volumen de ese comercio se multiplicó por veinticinco entre 1820 y 1913, y la tasa de crecimiento más rápida se dio entre 1840 y 1870. Es-

ta integración más amplia de los mercados internacionales fue posible en gran parte debido a la medida en que Occidente se había convertido en un único espacio económico[487].

Enseguida examinaremos la lógica que subyace a esta afirmación, pero primero deberíamos reparar en que, incluso en un periodo de crecimiento asombrosamente rápido del comercio mundial, el rasgo más destacado del panorama internacional fue el volumen de los intercambios entre los países occidentales. En 1876-1880, Europa y Norteamérica fueron responsables del 76 por ciento de las exportaciones y recibieron el 77 por ciento de las importaciones que circulaban en el comercio internacional[488]. Gran Bretaña era, con mucho, la nación comercial más grande durante el siglo XIX. En 1850, 1860 y 1880, más del 60 por ciento del comercio británico tenía lugar con la Europa continental y Norteamérica; el resto se dividía entre Asia, África, Sudamérica y el Pacífico[489]. Solo el comercio de Gran Bretaña con Estados Unidos era una quinta parte más grande que su comercio con el conjunto de Asia: en 1880, el valor de sus importaciones de Estados Unidos representaba el equivalente al conjunto del comercio británico con Asia[490]. Tampoco es que esta pauta resulte sorprendente. En parte, puede explicarse por la cercanía: habría sido muy extraño que los británicos no hubieran comerciado más con sus vecinos más próximos. No obstante, Gran Bretaña comerciaba más con Estados Unidos, país situado a casi cinco mil kilómetros de distancia por mar, que con Francia, Bélgica y los Países Bajos juntos, aunque estos países fuesen comparables en materia de población y desarrollo comercial. Lo que fomentó el comercio y fijó la pauta de las relaciones comerciales fue la especialización. La maximización de la producción en los sectores más rentables fue el motor de la acumulación de riqueza, pero requería un alto grado de dependencia mutua entre socios comerciales. La velocidad, fiabilidad y baratura de las comunicaciones fue el factor que posibilitó esa especialización. Fue así

como los países de la Gran Europa fueron adquiriendo una ventaja decisiva sobre el resto de Eurasia y el Mundo Exterior.

A partir de las décadas de 1830 y de 1840, la rápida difusión del telégrafo (que transmitía información comercial, sobre todo en materia de precios) y del vapor (al principio utilizado sobre todo para el transporte de correo y pasajeros) contribuyó a unificar la inmensa región situada entre el Misisipi y los Urales. Con el telégrafo llegó el auge de las agencias de prensa: Havas (con sede en París) en 1835; la Associated Press de Nueva York en 1848 y Reuters en Londres en 1851[491]. Ahora bien, el factor más poderoso de conexión económica fue sin duda el ferrocarril. A medida que los ferrocarriles se fueron haciendo más eficientes, dinamizaron las áreas en las que penetraban. Podían hacer descender hasta en un 80 por ciento el coste del transporte interior (allí donde no había vías fluviales). Regiones en las que la norma había sido la autosuficiencia porque el transporte de grandes volúmenes por carretera consumía todos los beneficios a partir de los treinta kilómetros aproximadamente, ahora podían enviar sus productos a mercados mucho más lejanos. La dependencia y la especialización (los hermanos gemelos del crecimiento económico) se hicieron viables. El kilometraje ferroviario, por consiguiente, es un indicio revelador de la integración económica y de sus ventajas. Aquí el contraste entre Occidente y Afroasia resulta abrumador. En 1850, cuando en los países occidentales había 38.000 kilómetros de vías férreas, Asia, África e Hispanoamérica apenas tenían 400 en conjunto[492]. En 1860, la proporción era de 104.000 frente a 2.900. Hasta en 1880, cuando la construcción de vías férreas ya llevaba tiempo en curso en una India dominada por Gran Bretaña, en los países occidentales seguía habiendo (con 338.000 kilómetros) diez veces más vías férreas que en el resto del mundo tomado en conjunto. Rusia, el menos desarrollado de los países de la Gran Europa, tenía más kilómetros de vía férrea en 1870 (y en 1890) que la India, cuya población era tres veces mayor. En 1890 prácticamente no había vías férreas en China.

La capacidad de transportar bienes con rapidez y de forma barata entre los países occidentales fue a la par con la creación de una infraestructura financiera. Surgieron cada vez más bancos mercantiles y compañías de crédito comercial para proporcionar los fondos necesarios para el comercio a larga distancia. El instrumental crediticio ofrecido en Londres (la financiación del comercio mediante letras de cambio emitidas en Londres) se convirtió en la moneda común del comercio internacional. Los banqueros de Londres y París (los Rothschild operaban en ambas ciudades) se convirtieron en intermediarios para la recaudación de fondos para préstamos exteriores. Al principio ofrecieron estos servicios ante todo a los gobiernos de Europa y América, pero en torno a 1860 se los proporcionaron cada vez más a empresas privadas, especialmente para la construcción de vías férreas. A partir de 1856, el gobierno ruso acudió a la inversión extranjera (sobre todo francesa) para financiar la modernización exigida por los reformadores. Se estableció una bolsa de valores y apareció la banca comercial[493]. Más allá de Europa y Norteamérica, esta clase de relaciones financieras solo parecía posible en ciertos enclaves privilegiados que tuviesen vínculos comerciales especialmente fuertes, o en colonias como la India, cuyo sistema financiero estaba supervisado por una potencia imperial.

Este desarrollo precoz del transporte y las finanzas ayuda a explicar por qué una parte tan grande del comercio mundial transcurría entre los países de Occidente. Sin embargo, hubo un tercer elemento que contribuyó a hacer de la Gran Europa la zona comercialmente más dinámica del planeta: el rendimiento de su capital humano. A partir de 1830, el goteo de la emigración europea fue aumentando de forma paulatina hasta que en la década de 1850 se convirtió en una riada. Más de ocho millones de personas salieron de Europa entre 1850 y 1880, casi todas ellas con destino a Estados Unidos. Esta gran oleada migratoria tuvo un doble efecto. Alivió al Viejo Mundo de gran parte de su superpoblación rural y transfirió sus exce-

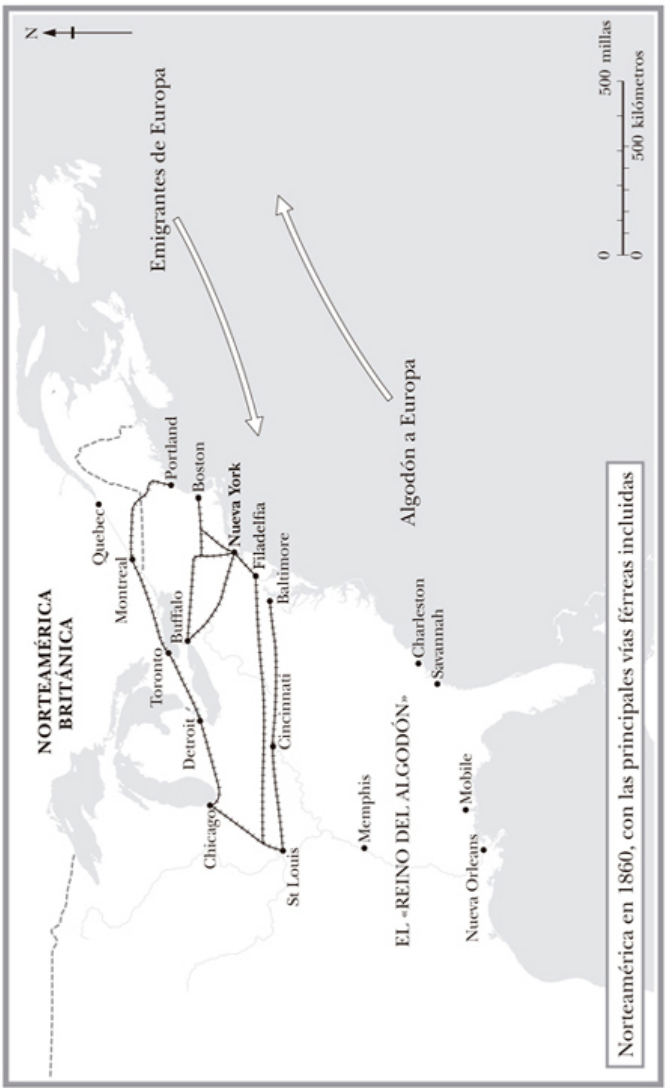
dentes de población a una región en la que los emigrantes pobres podían transformarse en productores y consumidores a una escala más amplia. En segundo lugar, la transmisión en forma humana de los conocimientos artesanales europeos (pues no todos los emigrantes eran pobres) a un entorno excepcionalmente benévolo contribuyó al crecimiento de lo que hacia 1880 se había convertido en la mayor economía del planeta.

Lo que convirtió al crecimiento económico estadounidense en una prolongación tan valiosa del mundo europeo fueron sus pautas peculiares. El hecho más llamativo de Norteamérica eran sus inmensas reservas de tierras «libres» a la espera de ser explotadas por un ejército ambulante de colonos blancos y (en el Sur hasta 1865) sus esclavos negros. El coste que tuvo la obtención de esas tierras, ya fuese a la fuerza o comprándoselas a otros pretendientes (franceses, mexicanos, nativos americanos) fue increíblemente bajo. El rendimiento de unas tierras agrícolas que contenían siglos de «fertilidad acumulada» por consumir y que solo requerían un mínimo de inversión y de cultivo (desde la perspectiva euroasiática) para hacerlas productivas era tan alto que incluso en la década de 1830 la productividad agrícola estadounidense era un 50 por ciento mayor que la de Gran Bretaña (patria del *high farming* intensivo en capital) y tres veces mayor que la de la Europa continental[494]. La rápida conquista de este botín territorial permitió que un caudal de exportaciones atravesara el Atlántico y que se sufragase un caudal igualmente grande de importaciones. A partir de 1840, el 70 por ciento de las exportaciones estadounidenses tuvieron como destinataria a Europa, de la que procedía el 60 por ciento de las importaciones[495]. Ese comercio desempeñó un papel fundamental en la prosperidad cada vez mayor de la región más rica de Europa, su extremo Atlántico. El comercio de Gran Bretaña, el país más rico de Europa, con Estados Unidos en 1860 era mayor que con los países más ricos de la Europa del norte u occidental[496]. Fue desde la «Europa atlántica» (Gran Bretaña, Francia, Bélgica y los Países Bajos) desde donde se di-

fundieron capitales y conocimientos, sobre todo de ingeniería, hacia el este y el sur, al resto del continente[497]. Ahora bien, lo que convirtió la enorme riqueza norteamericana en algo tan excepcionalmente beneficioso para Europa fue la contribución que los propios estadounidenses fueron capaces de hacer a acelerar la velocidad e incrementar la magnitud de su crecimiento.

En teoría, la apertura de una frontera agrícola tan inmensa (dejando a un lado los costes de la tierra) exigía una gran carga de inversiones (en materia de transporte), un gran suministro de bienes manufacturados (tanto de herramientas como de bienes de consumo) y una sofisticada red comercial que aportara crédito a los granjeros y les permitiera llevar sus bienes al mercado. La historia económica de Hispanoamérica hasta la década de 1880 había demostrado lo lento e inseguro que podía ser el desarrollo de los «países nuevos». Ahora bien, en Estados Unidos las cosas habían sido completamente distintas. Desde los primeros días de la independencia (es más, incluso antes), la vida comercial estadounidense, centrada en torno a los puertos de Filadelfia, Boston, Nueva York y Charleston, había sido equiparable en sofisticación y eficiencia con la de sus homólogos de Europa occidental. Después de la revolución no menos que antes de ella, los comerciantes norteamericanos mantuvieron contactos muy estrechos con sus socios comerciales de Gran Bretaña. Eran tan expertos como sus homólogos británicos en solicitar préstamos y extenderlos, y es posible que el ambiente de especulación de la nueva república extendiera la costumbre de correr riesgos financieros mucho más ampliamente que en el Viejo Mundo. En consecuencia, de las grandes cantidades de capital necesarias para la edificación de una economía moderna (cuya área territorial se multiplicó por tres entre 1790 y 1850), más del 90 por ciento, quizá el 95, fueron proporcionadas por los propios estadounidenses, si bien el capital extranjero (sobre todo británico) desempeñó un papel fundamental en la financiación de la construcción de vías férreas[498]. La consolidación de Nueva York como primer puerto del país, a

donde llegaban (ya en 1860) dos tercios de las importaciones y desde donde se enviaba un tercio de las exportaciones, engendró una gran metrópoli comercial, el centro de la inteligencia mercantil y (gracias a la proliferación de los bancos) del poder financiero. La víspera de la guerra de Secesión, su población había superado los 800.000 habitantes y empezó a rivalizar en magnitud con la de Londres. Gracias a su élite comercial segura de sí misma —que incluía a emigrantes como August Belmont, que tenía excelentes contactos en ultramar—, sus canales y sus vías férreas que penetraban profundamente en el interior del país y sus vías marítimas que se extendían arriba y abajo del litoral atlántico, Nueva York disponía de la pericia, la información y los recursos para explotar la inversión interior al máximo y sacar el máximo provecho de sus créditos en ultramar. El auge de la ciudad de Nueva York significó que gran parte de las necesidades comerciales y financieras de una economía grande y dinámica podían ser satisfechas desde el interior[499].



Norteamérica en 1860, con las principales vías férreas incluidas

En segundo lugar, y pese a que su economía era predominantemente agrícola, Estados Unidos estaba lejos de depender completamente de Europa en materia de productos industriales. Desde sus comienzos tuvieron una capacidad industrial significativa, si bien antes de la década de 1860 gran parte de ella estaba organizada en talleres y no en fábricas. Incluso en 1830, Estados Unidos ocupaba el segundo puesto (junto a Bélgica y Suiza) en la producción industrial mundial, detrás de Gran

Bretaña pero por delante de Francia[500]. Hacia 1850, alrededor de un 22 por ciento del producto interior bruto estadounidense procedía de la industria y la minería (en Gran Bretaña la cifra correspondiente era del 34 por ciento)[501]. Los estados del viejo nordeste, como Nueva Inglaterra, Nueva York y Pensilvania, se convirtieron en una especie de Lancashire, Yorkshire y Midlands norteamericanos. El país era cada vez más capaz de atender a las necesidades de su inmenso sector agrícola (en 1851 Cyrus McCormick estaba fabricando un millar de cosechadoras al año en su fábrica de Chicago)[502] y a las de una población en expansión que había pasado de 15 millones de personas en la década de 1830 a más de 44 millones en la de 1870, a la vez que recurría relativamente menos a la capacidad industrial de Gran Bretaña y Europa. Mientras que entre 1854 y 1880 las importaciones británicas de Estados Unidos pasaron de 77 millones a 107 millones de libras esterlinas, las exportaciones aumentaron de forma más modesta, de 21 millones a 31 millones de libras esterlinas[503].

Ahora debería ser posible constatar la importancia de América para la historia general del afianzamiento de la hegemonía europea en Eurasia, y el avance de la «Gran Europa» hacia la primacía global. A Norteamérica se la ha dejado convencionalmente al margen del relato del imperialismo europeo durante el siglo XIX, y solo entra en escena en 1898, con ocasión de la guerra de Cuba. En realidad, el peculiar camino norteamericano hacia el crecimiento fue muy influyente. A pesar de la magnitud de su frontera agrícola, la capacidad industrial y financiera de Estados Unidos convirtió a ese país en parte integral del «núcleo» atlántico que impulsó la expansión y la integración de Europa. Su comercio contribuyó a enriquecer a sus socios atlánticos sin consumir una parte excesiva del capital del que disponían estos. Sus innovaciones en materia de agricultura, minería, tecnología hidráulica y ferroviaria se difundieron fácilmente hacia otras fronteras de la expansión europea. El telégrafo fue una invención norteamericana. También lo fueron

otros tres aparatos que desempeñaron un importante papel en la conquista europea de Afroasia: el revólver (inventado por Samuel Colt) y las ametralladoras Gatling y Maxim. En materia de comunicaciones y armamento, la inventiva norteamericana contribuyó inmensamente al arsenal de la técnica colonizadora europea. Pero quizá otro aspecto fundamental de la historia económica de Estados Unidos fuese aún más decisivo.

Durante casi todo el siglo XIX, el algodón en bruto fue el mayor producto de exportación de Estados Unidos, la mitad del total de las exportaciones entre 1830 y 1860 y casi una cuarta parte de ellas en fecha tan tardía como 1913[504]. A partir de 1830, con la consolidación del «Reino del algodón» en Georgia, Alabama y Misisipi, la producción aumentó de forma espectacular bajo el régimen de plantaciones basadas en la mano de obra esclava. El negocio del algodón fue el lubricante de la economía estadounidense y el secreto del auge comercial de Nueva York. El mayor mercado para el algodón, con diferencia, eran las fábricas de Lancashire, Gran Bretaña. Los suministros baratos, fiables y abundantes de algodón fueron el ariete con el que los británicos lograron penetrar por primera vez en los mercados asiáticos, si bien con el opio como punta de lanza en China. En cuanto remitió la era del saqueo, lo que convirtió a la India —un mercado cautivo al que no se podía permitir que se autogobernase, no fuera a ser que en su estela se aprobaran aranceles— en un inmenso activo económico fue la demanda de bienes de algodón. Con la India en sus manos, los británicos se convirtieron en la máxima potencia militar entre Suez y Shanghái, así como en todos los litorales del océano Índico. Así pues, el «Reino del algodón» y su sistema de mano de obra esclava, la industria de Lancashire y la dominación británica en la India estaban ligados entre sí por una simbiosis extraordinaria. En este aspecto, como en tantos otros, por muy «anticoloniales» que fuesen sus opiniones políticas, los estadounidenses fueron los socios indispensables de la expansión europea en Afroasia.

Las fronteras de la Gran Europa

A partir de 1830, las características geopolíticas, ideológicas y económicas de la Gran Europa contribuyeron a convertirla en un gran conglomerado expansionista a una escala muchísimo mayor que en siglos anteriores. Los viajes de descubrimiento habían sido sensacionales. La irrupción de los europeos en el universo comercial del océano Índico fue un triunfo de la técnica naval y militar. La conquista de los Estados ricos en minerales de la América precolombina fue una recompensa asombrosa para filibusteros audaces. La construcción de una economía atlántica basada en los esclavos, los metales preciosos y la producción azucarera había demostrado que el desarrollo precoz del comercio a larga distancia y el crédito a largo plazo en la Europa atlántica podía crear un apéndice muy rentable de la economía europea. Ahora bien, hasta que se produjo la Revolución euroasiática posterior a 1750, nada de esto había supuesto una diferencia decisiva en la influencia europea sobre el mundo en conjunto, y menos todavía en el resto de Eurasia. En los mares de Asia los europeos se habían hecho un hueco como «guerreros mercantiles» que navegaban agresivamente en torno a los márgenes marítimos de los Estados asiáticos. En tierra llamaron ruidosamente a las puertas de los Imperios otomano e iraní. En casi toda África, su presencia directa era insignificante, pese a que el impacto comercial y humano del comercio de esclavos se hizo sentir en las profundidades del África occidental, de Angola y de la cuenca del Congo.

Durante la era de agitación que siguió a 1750, muchas de las limitaciones físicas y algunas de las comerciales que pesaban sobre la expansión europea comenzaron a ser eliminadas. Empezaron a vislumbrarse inmensas oportunidades en la India, China, el Pacífico y hasta el África tropical, que los viajes de

Mungo Park en el África occidental desvelaron al público británico. Las Américas, familiares en líneas generales pero misteriosas en detalle, fueron atravesadas sistemáticamente por Alexander Mackenzie (que cruzó el Canadá actual), por Meriwether Lewis y William Clark, en su épico viaje desde el Pittsburgh actual hasta el océano Pacífico en 1803-1806[505], y por el gran geógrafo alemán Alexander von Humboldt en América del Sur. Suscitaron una inmensa emoción intelectual. Los sueños de codicia se multiplicaron. No obstante, fue después de 1830, no antes, cuando los europeos empezaron a reforzar su control sobre otros continentes y a allanar el camino para la supremacía global que parecía ofrecérseles irresistiblemente durante la década de 1880.

Este gran impulso expansionista estuvo propulsado por tres fuentes de energía: cultural, comercial y demográfica. Como vimos en el capítulo 4, la era de la Revolución euroasiática había provocado un asombroso florecimiento no tanto de la curiosidad de los europeos acerca del resto del mundo como de su aparato de recopilación de información y de organización de un marco intelectual en el que pudieran colocarse los nuevos conocimientos. La verosimilitud de los nuevos modelos universalistas del progreso social, comercial y cultural propuestos por (y nos ceñimos solo a ejemplos británicos) David Hume, Adam Smith, Jeremy Bentham y James Mill (cuya *Historia de la India* se publicó en 1817) acabó con viejas dudas acerca de la capacidad (y el derecho) de los europeos para remodelar drásticamente las sociedades extranjeras con las que chocaron o en las que se introdujeron subrepticiamente. Incluso a finales del siglo XVIII, los primeros conquistadores británicos de la India se sintieron intimidados por la longevidad y la sofisticación de las culturas del subcontinente. A partir de 1800, esta actitud se vio sustituida por una convicción cada vez mayor de que los sistemas de pensamiento hindúes y las prácticas sociales que les servían de fundamento eran decadentes u obsoletos, y que había que hacerles caso omiso o extirparlos según dictasen las cir-

cunstancias. Y tras el nuevo fervor intelectual con el que los europeos eran propensos a denunciar las creencias de los no europeos se hallaba una fuerza que, si bien no era nueva en el panorama europeo, estaba en pleno proceso de resurrección radical: el cristianismo misionero.

Hacia 1830 el misionero se había convertido en un agente activo, aunque no ubicuo, de la influencia europea, si bien en algunos aspectos de forma contradictoria. En Europa las empresas misioneras habían sido reanimadas por la reacción emocional contra el racionalismo de la Ilustración, la espantosa experiencia de la guerra revolucionaria y (de forma muy evidente en Gran Bretaña) por la inquietud moral que despertó la rapidez del cambio social y económico. La ansiedad religiosa se sublimó en el deber evangélico de salvar a los paganos mediante la acción directa o a través de los esfuerzos de sociedades misioneras. Ahora bien, además de ser emisarios religiosos, los misioneros eran los ojos y oídos de Europa en el interior africano, en la costa china (donde Charles Gutzlaff fue un evangélico pionero) y en la remota Nueva Zelanda. Sus mensajes, informes, peticiones de ayuda, giras de recaudación de fondos, sus «periódicos» misioneros y sus memorias propagandísticas espoleaban a la opinión pública de su país de origen para que actuase recaudando más dinero o presionando a los políticos para que interviniesen o hasta para que anexionasen. A menudo, como en Nueva Zelanda, el motivo era proteger a un rebaño de conversos nuevos o prometedores de la actividad depredadora de europeos degenerados que vendían ron o compraban sexo, o (como en África oriental) contra los traficantes de esclavos árabes. El más grande de todos estos misioneros-publicistas fue David Livingstone. Su prestigioso estatus de héroe en la Gran Bretaña victoriana puso de manifiesto el enorme atractivo de esta religiosidad exteriorizada.

Hasta los misioneros se subieron a la ola del cambio comercial, y sin ella, su influencia, actividad y recursos hubieran sido

mucho menores. Es más, misioneros como Gutzlaff o Henry Williams (en Nueva Zelanda) mezclaron con mucho gusto sus actividades religiosas y empresariales, en el caso de Gutzlaff vendiendo opio a la vez que predicaba. Los comerciantes europeos (sobre todo los británicos) exigían poder acceder a los otrora cerrados mercados de África, Asia y el continente americano, y presionaban a sus gobiernos para forzar esa entrada en caso necesario. Un *lobby* de comerciantes había acabado con el viejo monopolio comercial de la Compañía Británica de las Indias Orientales con la India en 1813 y con China en 1833. La presión de los comerciantes condujo a Londres a la primera guerra del Opio (1839-1842) y, a través del Tratado de Nankín en 1842, a la primera apertura real de China al comercio europeo. Armados con los productos de una Europa en vías de industrialización, sobre todo con sus tejidos hechos a máquina, los comerciantes europeos disponían por fin de un cargamento de atractivo cuasi universal, pues los tejidos de algodón baratos eran un bien de consumo que podía venderse en casi cualquier parte, incluso frente a la competencia artesana local. El único requisito era un mercado «abierto» en el que los bienes europeos pudieran venderse sin barreras arancelarias o prohibiciones. Para el comerciante europeo, lo importante era el «libre comercio», no la conquista ni la dominación política.

Esta prioridad comercial ayuda a explicar la pauta distintiva de la expansión de Occidente a partir de 1830. En gran parte del mundo, el deseo de los europeos de «globalizar» los mercados, vender sus productos manufacturados y llenar sus barcos de cargamentos destinados a sus países de origen creó una nueva forma de imperio comercial que no llegaba, ni mucho menos, a la dominación colonial. Con frecuencia, los comerciantes y sus gobiernos obtenían acceso comercial por medio de acuerdos con gobernantes locales y élites en unas condiciones que eran, o parecían ser, mutuamente rentables. El comerciante, al fin y al cabo, solo podía vender si también compraba. Lo que ofrecía a quienes controlaban la tierra era un mercado para

productos agrícolas y ganaderos que no podían vender en las cercanías, ya que la tierra abundaba y sus productos eran baratos. Los terratenientes que en otro tiempo estuvieron condenados a una economía de subsistencia ahora podían ser consumidores —de ropa, mobiliario, artículos de hierro, productos comestibles (como el té o el café) y herramientas— si eran capaces de sacar adelante los cultivos que los europeos les comprarían. Donde este acuerdo comercial funcionaba mejor, como en ciertas partes de Hispanoamérica, existía poco incentivo para que los Estados europeos intrigasen en torno a la conquista. Allí donde la cooperación local no estaba disponible y los gobernantes estaban decididos a excluir el comercio exterior o reglamentarlo estrechamente (el caso más conocido es el de China), el programa de los comerciantes exigía que su gobierno actuase. No obstante, hasta en China (donde el gobierno británico les ayudó con mucho gusto) esta intervención mediante la fuerza —a través de las guerras del Opio de 1839-1842 y 1856-1860— dio lugar a poco más que a un condominio marítimo en forma de una serie de «puertos de tratado» desperdigados por la costa china que llegaban hasta el Yangtsé. En ellos los europeos gozaban de una libertad de comercio privilegiada. Sin embargo, en la década de 1870, penetrar en el interior parecía desalentadoramente difícil.

De hecho, en muchas partes del mundo no occidental, los comerciantes europeos se vieron obligados a aceptar una división del trabajo improvisada. Allí donde tenían prohibido el acceso al interior —ya porque los comerciantes nativos los excluyesen o porque las complicaciones de la moneda, el crédito y la distribución locales les desconcertasen—, como solía suceder en China y en el interior de África, apenas les quedaba otra opción que recurrir a los intermediarios locales. El comerciante europeo permanecía en la costa en su *godown* (o «almacén») o iba navegando alrededor de ella, práctica común en África occidental[506]. En la India, donde la dominación colonial sí se extendió rápidamente antes de 1850, los detalles diferían pero

la pauta era similar. Los comerciantes británicos instalados en sus *agency houses* (en 1835 había cuarenta y siete de ellas en Calcuta) concentraban sus esfuerzos en el negocio de exportación-importación en las principales ciudades portuarias y atendían a las necesidades de la minúscula población extranjera que residía en el interior, pero hicieron pocos intentos por hacerse con el control del comercio de las regiones del interior o de la inmensa economía agrícola. En casi todas partes, el riesgo de fracaso comercial era muy grande. Las temperaturas extremas, la información poco fiable, las monedas volátiles, las pérdidas en el mar o la agitación política multiplicaban tanto los riesgos ordinarios del comercio a larga distancia que la «mortalidad» entre las empresas europeas en la India o en China era elevada. Aquella fue la época de los pioneros comerciales, tan brillantemente evocada en los relatos de Conrad, que recorrían los mares de Oriente en busca de cargamentos y buena suerte.

Aun así, en los cincuenta años posteriores a 1830 la frontera comercial de Europa avanzó constantemente hacia el interior de Afroasia. En Asia oriental, el primer gran aluvión de comerciantes tuvo por destino Hong Kong, que había sido tomada por los británicos durante la primera guerra del Opio y conservada como puerto estratégico en la costa china. En 1860, había más de cuarenta empresas británicas con sede en dicho puerto, atraídas por los rápidos beneficios que reportaba el comercio de opio[507]. También estaban allí comerciantes parsis de Bombay y un puñado de otros europeos y norteamericanos. Tras la segunda guerra del Opio, el número de puertos creados a raíz de tratados creció rápidamente y se construyeron pequeñas ciudades de estilo europeo dotadas de parques, paseos marítimos, bancos y oficinas en calidad de enclaves dentro (o cerca) de las principales ciudades chinas. A esas alturas Shanghái ya se había convertido en el auténtico puerto libre para comerciar en China y en el principal puerto de entrada desde Europa y América. Se encontraba al final de lo que se estaba transformando rápidamente en la mayor vía de comunicación entre

Europa y Asia, que discurría a través de Bombay, Colombo, Rangún (que estaba creciendo rápidamente como centro del comercio de arroz y madera) y a través de la encrucijada marítima de Singapur, fundada en fecha tan reciente como 1819, pero que hacia la década de 1870 ya tenía una población de más de 100.000 habitantes[508].

La red de comunicaciones más o menos veloces y regulares que apareció entre Europa y Asia a partir de 1840 era sintomática de este desarrollo comercial. Ese año, la Peninsular and Oriental Steam Navigation Company (más conocida como «P&O») obtuvo una cédula real para el monopolio del transporte de correo entre Londres y Alejandría. Dos años después tenía un contrato para transportar correo entre Suez, Sri Lanka, Madrás y Calcuta, y en 1845 amplió su servicio a Singapur y China. En las décadas de 1860 y 1870, la India y China estuvieron vinculadas a Europa por el telégrafo. Ahora bien, el cambio más grande se produjo con la apertura del canal de Suez en 1869, que redujo en varias semanas la duración de la ruta marítima para llegar a la India, aceleró el tránsito de pasajeros y de correo y destruyó la barrera (tanto psicológica como física) que en otro tiempo había separado a Europa del «mundo oriental». «La perforación del istmo de Suez, como la ruptura de un dique, había inundado el Oriente de nuevos barcos, nuevos hombres, nuevos sistemas de comercio», escribió Joseph Conrad en 1902[509]. Disponer de acceso más fácil a Europa despertó el interés de los comerciantes por las zonas olvidadas que estaban situadas al margen de la principal ruta marítima. El golfo Pérsico y la costa de África oriental, en otro tiempo coto de los veleros árabes o *dhows,* comenzó a atraer la atención de los comerciantes británicos con sede en Bombay[510]. Se había abierto un nuevo frente comercial.

No obstante, de momento había pocas señales de que esta efervescencia económica fuera a suponer una extensión a gran escala de la dominación europea en Afroasia. Los europeos, con

los británicos a la cabeza, adquirieron enclaves, bases, puestos fortificados y emporios comerciales como Adén, Singapur, Saigón, Hong Kong, Lagos o San Luis en Senegal. Irradiaban su actividad comercial y su influencia política a partir de estas y otras cabezas de puente. Se establecían (o se imponían) tratados para prohibir el comercio de esclavos o erradicar la piratería. Surgían semiprotectorados con el objeto de apuntalar a gobernantes maleables, muchas veces con resultados ambiguos o insatisfactorios. Sin embargo, hasta la década de 1880 ningún esquema general de reparto imperial había parecido deseable, necesario o factible. Las principales excepciones eran la India (donde regían condiciones especiales), partes de Asia central próximas a las provincias rusas del Caspio, el lejano noroeste y sur de África y el Sudeste asiático, donde los británicos, franceses y holandeses penetraron con cautela en la península Malaya, Indochina y las «islas exteriores» del archipiélago indonesio. Fue la inmensa ampliación de estos «imperios inciertos» bajo las nuevas condiciones globales inauguradas por la década de 1880 lo que desencadenó la etapa de máxima dominación occidental antes de la crisis de 1914.

En muchas partes del mundo, las fronteras de la Gran Europa eran vagas e imprecisas; se trataba de zonas en las que se interactuaba con africanos y asiáticos más que intentar incorporarlos de forma deliberada. Las fronteras de los misioneros y los comerciantes, fuese en pos de dios o del dinero, dependían de la cooperación de los lugareños. No obstante, estos estuvieron lejos de ser los escenarios exclusivos de la expansión europea o los más importantes. Hasta la década de 1880 y durante mucho tiempo después, la frontera más dinámica de Europa fue demográfica: su frontera de colonización. Aquí la magnitud del avance era asombrosa. En 1830, los colonos blancos de Estados Unidos llegaron hasta el Misisipi. Hacia 1880 habían conquistado u ocupado la práctica totalidad de lo que después se convertiría en los cuarenta y ocho estados (menos Alaska y Hawái). En Canadá, habían ocupado las tierras agrícolas del es-

te y estaban preparados (aunque finalmente la demora fue considerable) para seguir adelante, ocupando las praderas. Hacia la década de 1880, en Australia 2¼ millones de colonos se habían extendido en abanico sobre la mayor parte de las tierras cultivables o aptas para la cría de ovejas, dejando de lado solo el inmenso interior desértico. En Nueva Zelanda, donde la colonización apenas había comenzado en 1840, la mayor parte de las tierras aprovechables ya estaban ocupadas en la década de 1880, con la excepción de los reductos maoríes en North Island. En todos estos lugares, la marea de colonización blanca expulsó todo lo que tenía delante, trasladando o excluyendo a las poblaciones nativas, encerrándolas en «reservas», destruyendo con mucha frecuencia sus medios de subsistencia y haciéndolas depender de la caridad de los blancos. A partir de 1880 solo quedaban cuatro áreas por colonizar a gran escala por los europeos: las praderas canadienses, la pampa argentina, las tierras templadas del sur de Brasil y Siberia. En una quinta zona, el sur de África, convertida por la fuerza en un «país de hombres blancos», estos últimos tenían capacidad de dominar, pero no eran lo bastante numerosos para excluir a la población negra o subsistir sin su trabajo. En una sexta zona, el África mediterránea, la colonización europea fue la hijastra enfermiza del poder militar francés desde el principio (1830) hasta el fin (1962).

Este gran movimiento de avance alteró de forma permanente la geografía económica, cultural y política del planeta. Hacia finales de siglo, hasta los comentaristas más sobrios podían asumir que el futuro del planeta iba a ser europeo. En 1800 la población de la Europa «nueva» y «vieja» era de 170 millones de personas, según los cálculos del eminente estadístico británico sir Robert Giffen. En 1880 era de 400 millones. En comparación, dejando a un lado a la India, «las razas no europeas han permanecido estacionarias [...] Las fuerzas de la civilización, frente a las razas negras y amarillas, se han vuelto prácticamente irresistibles»[511]. Giffen creía que para el año 2000

los «europeos» alcanzarían una cifra de entre 1.500 y 2.000 millones, y que los chinos serían solo 400. Giffen extrapolaba demasiado, pero la explosión demográfica de la Gran Europa fue bien real. Sin embargo, en 1800, salvo en partes del este de Norteamérica, la gran rebatiña europea en pos de tierra apenas era más que una serie de pretensiones sobre territorios y poblarlos, un mero sueño. ¿Cómo y por qué se poblaron, y además de forma tan rápida?

La condición previa para el imperialismo demográfico de Europa era que había muchos europeos deseosos de abandonar sus hogares y libres de hacerlo. No fue ninguna coincidencia que hasta 1880 la mayoría de emigrantes procedieran de regiones con acceso fácil a los puertos atlánticos. Ahora bien, eso no lo explica todo, ya que de Francia muy pocos emigrantes salieron, y ni siquiera de España hasta finales de siglo. Lo que impulsó a la gente a marcharse fueron sus expectativas de vida en sus países de origen y las oportunidades imaginarias en el exterior. Hasta las últimas décadas del siglo XIX, las islas Británicas fueron la principal fuente de emigrantes, y la fuente más grande en conjunto hasta 1914. También formaban parte de la Europa que se vio afectada primero por los cambios sociales y económicos que acarreó la industrialización. Los cambios en la utilización de las tierras (como la transformación de tierras de cultivo marginales en pastos para ovejas) expulsaron a la gente de estas y hacia las ciudades, o la hicieron emigrar. En ciertas partes de Inglaterra, la decadencia de las viejas industrias rurales tuvo efectos parecidos. No existía ningún inmenso interior constituido por pequeñas granjas agrícolas (como en Francia) que pudiera absorber a los parados o subempleados. El caso más extremo fue el de Irlanda, donde la terrible crisis de subsistencia de 1845 provocó la muerte de quizá dos millones de personas e hizo emigrar a millones más, parte de ellas a Gran Bretaña. Era relativamente sencillo para quienes ya estaban yendo de un lado para otro proseguir el viaje, más allá de la Gran Bretaña urbana rumbo a Norteamérica (la mayoría) o

Australia (unos pocos). Las vías marítimas eran pacíficas. No existían barreras legales que impidieran la emigración. Y ahora había sistemas de transporte capaces de trasladar grandes cantidades de pasajeros a los puertos y embarcarlos de forma rápida y veloz para la travesía del Atlántico.

Así fue como las consecuencias físicas de la industrialización empujaron a la gente a emigrar y la ayudaron a hacerlo. Los efectos sociales y culturales de la industrialización también desempeñaron un papel. La mayoría de quienes se vieron desarraigados hicieron su primera parada en las ciudades británicas. Si las condiciones urbanas hubieran sido distintas y hubieran existido redes de seguridad más fuertes, es posible que un número mayor de ellos se hubieran quedado. Por el contrario, lo que surgió fue una cultura de la movilidad, alimentada por la propaganda entusiasta de las agencias de emigración, las navieras, las inmobiliarias y los fanáticos religiosos, y diseminada de forma barata a través de la palabra impresa, otra de las consecuencias de la industrialización. El ansia de emigración, que tenía sus raíces en la pobreza y la inseguridad económica, estaba alentada por la fe en la emigración como medio de llegar a una vida mejor. Hábilmente inflada por un montón de «empresarios» de la emigración (pues la emigración era un negocio), echó raíces con una velocidad asombrosa en el imaginario social.

Ahora bien, la emigración no era solo una cuestión de sueños y esperanzas, y ni siquiera de que un billete solo de ida fuera más o menos asequible. Gran parte de esos billetes se pagaban con dinero remitido a los países de origen por la «vanguardia». Para grandes cantidades de emigrantes pobres, la «emigración en cadena» era entonces (como lo es ahora para los inmigrantes del Tercer Mundo) la única forma factible de emprender el viaje. Sin embargo, la «emigración en cadena» también presuponía informes favorables acerca del destino preferido y del éxito económico de quienes habían realizado el viaje

primero. Para que se produjeran movimientos de la magnitud de los que tuvieron lugar a partir de 1840, era fundamental que las sociedades de acogida admitiesen a los recién llegados y que sus economías fuesen capaces de absorberlos. Si las condiciones económicas hubieran sido desfavorables, la pobreza en los países de origen habría sido sustituida por la indigencia en el extranjero (donde las redes de seguridad social eran aún más pequeñas) y la cadena se habría roto. La perspectiva de una horda de emigrantes que iba a hacer bajar los salarios e inundar el mercado de trabajo habría predispuesto muy pronto a los «viejos habitantes» en contra de abrir las puertas a más inmigrantes. La gran oleada migratoria se habría detenido abruptamente.

La mayoría de los emigrantes acudían a Norteamérica, y la extraordinaria historia económica de Norteamérica explica por qué la gran oleada migratoria tuvo éxito. ¿Qué es lo que hacía tan atractiva a Norteamérica? Y lo que viene más al caso, ¿qué es lo que hacía que su economía tuviera tal capacidad de absorción? Parte de la respuesta reside en sus asombrosas riquezas naturales: las inmensas reservas de tierras fértiles, las grandes extensiones de bosques madereros, los yacimientos de hierro, carbón, plomo, plata y oro, y un sistema fluvial que permitió acceder al interior y transportar sus productos. Ahora bien, lo que hizo tan receptiva a Norteamérica no fue la explotación paulatina de estas riquezas naturales, sino la asombrosa velocidad con la que fueron enjaezadas a una economía de mercado. Lo decisivo a la hora de permitir a la población norteamericana crecer de forma tan rápida y acoger a tantos europeos sin más signos de tensión social fue la velocidad. Lo que permitió poblar Norteamérica (no solo mediante la inmigración sino también a través del incremento natural) de una manera tan veloz e hizo tan dinámica esta frontera de la Gran Europa fue (una vez más) el impacto de la industrialización, la industrialización trasplantada a Norteamérica.

Podemos constatarlo de muchas formas: la colonización agrícola a gran escala exigía herramientas, organización social y una gran diversidad de servicios (entre ellos, y no en último lugar, los financieros) para que los colonos no permanecieran en la condición de granjeros de subsistencia aislados, ignorantes y extremadamente pobres. Esas necesidades tenían que satisfacerse localmente para que se adaptaran a la «clientela» y no fuesen demasiado prohibitivas. Del mismo modo que un ejército en campaña necesita una nutrida «retaguardia» que le proporcione suministros, información y orientación, también un ejército de colonos necesita una «retaguardia» urbana en las inmediaciones para obtener aperos de labranza, información sobre mercados y servicios culturales. Sin todo ello se deslizaría rápidamente hacia el abismo del estancamiento. El rasgo extraordinario de la frontera norteamericana no fue tanto el aluvión de granjeros que se trasladó hacia el oeste, sino la rapidez con la que surgieron ciudades a su paso. Las ciudades se desarrollaron mucho más rápidamente que la población en conjunto[512]. Los emplazamientos urbanos atraían a artesanos con conocimientos industriales. En las décadas de 1820 y 1830, en las nuevas ciudades del oeste podían encontrarse fundiciones y fábricas afanosamente atareadas en proporcionar suministros a su clientela local. La energía proporcionada por el vapor estuvo presente muy pronto. Mucho antes de 1830, en el oeste se estaban construyendo cientos de motores de vapor, muchos de ellos con destino a los buques que navegaban por las aguas del Ohio y del Misisipi. Dada la disponibilidad de conocimientos de ingeniería e industriales, no es de extrañar que el ferrocarril se difundiera con rapidez, lo que permitió llevar los medios de transporte industriales directamente hasta las regiones fronterizas. El ferrocarril y los buques de vapor no solo trasladaron allí a las personas, también las trasladaban hacia nuevas oportunidades y aceleraban la movilidad demográfica de la que dependía la colonización industrializada.

Las raíces más profundas de esta historia de éxito —el círculo virtuoso del crecimiento incesante— se encuentran en las benévolas condiciones de las que gozaba Norteamérica en tanto parte de la Gran Europa. Una de ellas era la ausencia de amenazas exteriores, que hizo mucho más fácil sustentar una cultura «de empresa» descentralizada frente a una economía burocrática[513]. El legado colonial del comercio transatlántico era otra. Juntas contribuyeron a convertir el viejo nordeste en una región comercial e industrial a escala europea y muy eficiente (en parte por motivos lingüísticos) en lo referente a importar y reorientar conocimientos y personas dotadas de ellos desde las regiones más avanzadas de la Europa atlántica. La frontera estadounidense, pues, no dependía pura y simplemente del Viejo Mundo. Solo requería (como ya hemos visto) pequeñas cantidades de capital europeo. Realzaba sus importaciones de bienes y de capital con el «valor añadido» de unas capacidades, una producción y unas instituciones desarrolladas en su propio «patio trasero». Lo que subyacía a su éxito era la fusión dinámica de la vieja y la nueva Europa. En Australia y Nueva Zelanda, las fronteras más remotas de la colonización europea, podían verse los mismos estimulantes en acción, pero a una escala mucho más modesta. La dotación natural de estos países era menos generosa. Los dos estaban más lejos que Norteamérica, y la distancia era costosa[514]. Carecían de la ventaja de la que gozaba Norteamérica antes de 1800. Eran más dependientes de las aportaciones de Europa. Sin embargo, en otros aspectos echaron mano de la misma caja de herramientas industrial para adaptar sus entornos a la colonización. Introdujeron nuevas especies de plantas y animales y transformaron el paisaje con implacable energía (a menudo mediante el fuego) para satisfacer sus necesidades. Una caja de fósforos, se decía cínicamente, era la herramienta más útil del pionero. Se adaptaron menos ellos de lo que adaptaron su entorno a una comunidad europea. Haber hecho tanto de forma tan rápida, a una distancia tan grande del «hogar» y a la escala requerida para

mantener el ímpetu de la colonización, habría sido imposible sin el aparato físico e intelectual de una civilización industrial[515].

Había otra similitud de enorme importancia en el relato de la frontera. Esta solía ser un lugar en el que los avances se producían de forma paulatina y constante, pero también fue en muchas ocasiones el escenario de una «fiebre» no solo de tierra, sino de oro y plata. Era una zona de especulación febril impulsada por la sed de dinero contante y sonante, más la consecuencia de manías y de modas que de cálculos económicos sobrios. Esta era la tendencia maniaca de la cultura industrial de la movilidad, y tuvo importantes repercusiones. Las «fiebres» cambiaban no solo el ritmo, sino también el rumbo de la expansión colonial al crear nuevas e imprevistas líneas de avance. Los efectos demográficos podían ser electrizantes. El descubrimiento de oro hizo duplicarse la población de Australia durante la década de 1850 y la de Nueva Zelanda durante la de 1860. En Estados Unidos, la deriva hacia el Pacífico de los granjeros pioneros se convirtió en aluvión en 1849, cuando se descubrió que había oro en el Central Valley de California. San Francisco vivió un *boom* como metrópoli minera del Lejano Oeste[516]. Su influencia comercial, financiera y técnica no tardó en difundirse por toda la costa del Pacífico y en el interior hasta llegar a lugares tan lejanos como Nevada, Utah e Idaho[517]. La nueva riqueza de California aceleró la llegada del telégrafo en 1861 y del ferrocarril Union Pacific (en 1869). Cuando en 1858 se descubrió oro en las Montañas Rocosas, a 965 kilómetros al oeste de la frontera de la colonización, 100.000 personas llegaron al territorio del Colorado en poco menos de un año[518]. Otro aluvión de aspirantes a nuevos ricos salió hacia el norte a toda velocidad cuando en 1863 se descubrió oro en Viriginia City: en un año llegaron 30.000. Las consecuencias no fueron simplemente económicas.

Hasta ahora hemos dejado de lado una influencia decisiva sobre estas historias de la frontera: la resistencia de los pueblos indígenas frente a la reubicación o la conquista. Pese a que hubo variaciones menores, hacia la década de 1880 en Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda la oposición indígena había sido borrada del mapa. La colosal victoria de los lakota sobre Custer en Little Big Horn en 1876, o la de los nez perce en Big Hole un año después, no supusieron ninguna diferencia al respecto. Pero ¿por qué la resistencia de los nativos americanos, de los aborígenes australianos y de los maoríes de Nueva Zelanda se vio arrollada de forma tan abrumadora en el espacio de cuarenta años o menos? En parte, la respuesta reside en el armamento[519], aunque los pueblos nativos adquirieron armas de fuego sofisticadas y las emplearon con buenos resultados (en el caso de Custer, con resultados sorprendentemente buenos). En las llanuras norteamericanas, el cambio medioambiental repentino (el exterminio de las manadas de bisontes a manos de cazadores comerciales dotados de rifles modernos) destruyó gran parte de los fundamentos de la subsistencia y la cultura de los nativos. Sin embargo, en casi todas partes, el motivo subyacente fue el ritmo frenético del avance del hombre blanco: a los pueblos nativos prácticamente no les dio tiempo a reorganizarse políticamente, reorientarse socialmente, formar alianzas más amplias o a desarrollar tácticas militares más eficaces. Aquí es donde reside la gran importancia de las «fiebres». Los blancos no avanzaban a un ritmo uniforme. Se lanzaban hacia delante en tropel recorriendo inmensas distancias en busca de oro, plata o tierras «libres». Fue una fiebre del oro la que obligó a los nativos americanos a abandonar las tierras que ocupaban en Dakota de acuerdo con un tratado y acabó en el enfrentamiento del que la derrota de Custer fue el preludio dramático. En otros lugares, las estampidas especulativas flanqueaban a los pueblos indígenas de forma continua o los enfrentaban a un enemigo irresistible cuyo número, organización, recursos, equipamiento y capacidad de transporte llevaba

el sello distintivo de la industrialización. Hacia la década de 1870, en las tierras templadas de la colonización, los europeos habían ganado la carrera contra el tiempo de manera decisiva.

Imperios inciertos

En otras partes, el veredicto estaba mucho menos claro. La Revolución euroasiática permitió a los europeos forzar su entrada en partes de Afroasia en las que antes de 1750 solo habían tenido una cabeza de puente o una factoría en el mejor de los casos. A medida que tuvieron a su disposición nuevas tecnologías, bienes comerciales más atractivos y mayor información, pudieron aventurarse en el interior con más confianza. Si se daban las condiciones apropiadas, los gobernantes que ponían obstáculos y sus ejércitos podían ser hechos a un lado, comprados o jubilados, proceso que llegó a su culminación (por motivos expuestos más adelante) en el subcontinente indio. Hacia las décadas de 1830 y 1840, los europeos estaban llamando ruidosamente a las puertas de China, forzando la entrada de sus productos en el Imperio otomano, infiltrando la esfera iraní en el Caspio y el Golfo, promoviendo el cristianismo en Indochina y hasta reconociendo el terreno en Japón. Se trazaron planes para colonizar el valle del Níger, y hubo una invasión francesa de la ciudad islámica de Argel (germen de un inmenso imperio norteafricano), además de un imperio privado en la isla de Borneo con el que se hizo el aventurero inglés James Brooke. En 1839, los británicos tomaron el control de la yerma roca de Adén.

Sin embargo, a pesar de este frenesí de activismo comercial, político y filantrópico, la imposición del control europeo efectivo sobre los Estados y los pueblos de Afroasia siguió siendo la excepción y no la regla hasta la década de 1880. En gran parte de Afroasia, los años comprendidos entre 1830 y 1880 fueron

una especie de «calma chicha» antes de que la disparidad cada vez mayor de poder, riqueza, armamento, movilidad e información entre (la mayoría de) afroasiáticos y los europeos llegase a su punto máximo. Solo entonces se combinaron una nueva forma de «economía mundial» y un nuevo sistema de «política mundial» para engendrar un orden mundial eurocéntrico y la difusión casi universal del colonialismo formal e informal.

En el ínterin, el movimiento progresivo hacia el control europeo daba señales recurrentes de vacilación e incertidumbre. Existía una abundante presión para penetrar más y de un modo más amplio para expandir así las cabezas de puente de la influencia europea. Los comerciantes se quejaban de las restricciones sobre el comercio. Los misioneros querían salvar más almas, o salvar las que ya habían conquistado. Los soldados querían una colina estratégica y los marinos anhelaban un anclaje más profundo. Los altos funcionarios coloniales decían que una colonia más grande abarataría el coste de gobernarla. Todos estos grupos podían contar en sus países de origen con *lobbies* que acosaran a su gobierno para que interviniera o emprendiera la conquista. Todos podían echar mano de la retórica seductora del libre comercio, la «misión civilizadora», el deber religioso, la «defensa imperial» o la amenaza de rebelión para aumentar su atractivo en la prensa, en el parlamento o entre la opinión pública. A veces a los gobiernos europeos les resultaba más fácil plegarse a estas exigencias que resistirse a ellas. Pero eran igual de propensos a dar marcha atrás si un fracaso militar o un problema financiero socavaba el apoyo a una política de conquista progresiva. En retrospectiva, esto podría parecer un juego de espera anterior al imperialismo plenamente desarrollado de la década de 1880. No obstante, para los coetáneos, los límites, la magnitud, la estabilidad y hasta el sentido que tenían los imperios afroasiáticos fueron cuestiones especulativas, controvertidas e inciertas.

El motivo más importante era un escepticismo ampliamente difundido acerca de si los beneficios de tales imperios justificarían sus costes. Dicho coste podía residir en la necesidad de defenderlos de los rivales europeos. Ahora bien, la causa inmediata de la duda solía residir en la dificultad de imponer la autoridad europea a unos gobernantes y unos pueblos decididos a resistirse a ella. En gran parte de Afroasia, la fase de calma chicha anterior a la tormenta fue una era de resistencia. En el Magreb norteafricano, los esfuerzos de los franceses por conquistar las tierras del interior situadas detrás de Argel duraron décadas, pese a que Argel propiamente dicha fuese reinventada como ciudad europea. En África occidental, el gobernador Faidherbe extendió la influencia francesa por el valle del Senegal y a lo largo de la costa. No obstante, la expansión se estancó después de 1860 y no se reanudó hasta la década de 1880[520]. En Costa de Oro (la actual Ghana), la marchita colonia costera británica estaba tan amenazada por el reino ashanti del interior que durante la década de 1860 se debatió la posibilidad de abandonarla. Hasta en Sudáfrica, donde los bóers conquistaron la región interior del *highveld* después de 1840, la auténtica supremacía blanca se demoró hasta la década de 1880. La república del Transvaal quebró como consecuencia de su guerra fracasada contra los pedi en 1876, mientras que la «amenaza» zulú se cernió sobre la colonia británica de Natal hasta la guerra anglozulú de 1879.

En muchas partes de Asia, los intentos de reafirmar la dominación europea tuvieron que enfrentarse a obstáculos similares. En el norte del Cáucaso (la actual Chechenia), los rusos libraron una guerra larga y sangrienta antes de acabar con la resistencia «circasiana» en 1864. Solo entonces lograron abrir la ruta hacia el Asia central. La dominación rusa se impuso allí de forma paulatina, pero no hasta las décadas de 1870 y 1880. Las dos invasiones británicas de Afganistán (1838-1842, 1879-1880) se saldaron con fracasos. Los británicos se quedaron con las provincias costeras del reino de Birmania en 1826 y 1852,

pero el Estado del interior sobrevivió hasta su derrocamiento en 1885. En Indochina, la intervención francesa de 1858 para proteger a los católicos de Tonkin acabó en la ocupación de Cochinchina (en el delta del Mekong) y el establecimiento de un protectorado nominal sobre la vecina Camboya. Sin embargo, no se logró establecer un verdadero *imperium* francés sobre el resto de Vietnam, Laos y Camboya hasta las décadas de 1880 y 1890. En las islas del Sudeste asiático la historia era parecida. Los holandeses controlaban Java y gran parte de Sumatra, pero en Aceh (en el norte de Sumatra), Bali, Borneo oriental, Sulawesi y el archipiélago que se extendía hacia Nueva Guinea su supremacía se demoró hasta el final del siglo e incluso más allá.

¿Por qué fue tan efectiva esta resistencia? No solía ser capaz de excluir toda influencia europea (o de intentarlo siquiera) pero sí logró conjurar su dominio. En algunos casos, por supuesto, resistirse un poco frente a unos intrusos europeos desprovistos de los medios, los recursos humanos y los motivos para perseverar cundía mucho. Quizá la lejanía y la pobreza fueran la mejor defensa, pero lo normal era que esa resistencia exigiera que los Estados y sociedades afroasiáticas conservaran un nivel decisivo de solidaridad y cohesión frente a las intromisiones o ataques de los europeos. De hecho, muchos de estos Estados estaban sorprendentemente bien dotados para hacer frente al estilo europeo de guerra colonial. Los ejércitos coloniales —británico, francés, holandés, ruso, estadounidense— gozaban de ciertas ventajas. Eran (más o menos) profesionales. Solían disponer de una potencia de fuego superior. Donde el acceso por mar era posible, podían presentarse de repente (como hicieron los franceses frente a Da Nang en Vietnam en 1858) y contar con el factor sorpresa. A veces podían utilizar su potencia de fuego naval para intimidar a la defensa, como hicieron los británicos durante la primera guerra del Opio en China. Ahora bien, las campañas coloniales estaban radicalmente sujetas a la ley de rentabilidad decreciente. Ninguna de las potencias imperiales podía permitirse el lujo de mantener a un gran

número de sus soldados inmovilizados indefinidamente en regiones fronterizas. Eso era costoso, y hacían falta en otros lugares. En segundo lugar, cuanto más tiempo permanecieran allí las tropas extranjeras, más difícil era garantizar sus suministros y el mantenimiento de su potencia combativa. A lo largo de todo el siglo XIX, las enfermedades continuaron haciendo estragos en la salud de las tropas europeas destinadas en los trópicos. En tercer lugar, muchas veces la otra cara del factor sorpresa era la carencia de información fundamental. Es posible que los afroasiáticos no supieran que iban a aparecer los europeos, pero estos tampoco sabían muy bien adónde acababan de llegar y a qué iban a enfrentarse. Con escasa información acerca de los planes del gobernante local, sus puntos fuertes, sus debilidades, suministros y recursos humanos, a menudo una fuerza invasora se veía reducida a jugar a la gallina ciega. De ahí el patrón de tantas campañas coloniales: la puesta en escena de una victoria simbólica —la destrucción de un palacio o la quema de una capital— antes de la retirada al litoral con una actitud de decorosa impotencia. La descripción que ofrece Joseph Conrad (en *El corazón de las tinieblas*) de un crucero francés «disparando contra el continente»[521] es un comentario irónico acerca de esta violencia sin rumbo.

La derrota o la contención de una invasión colonial ponían de relieve lo que hacía falta para que un Estado afroasiático opusiera resistencia a la conquista europea. La verdadera clave consistía en mantener más o menos intacta la red de comunicaciones del propio Estado para permitir el movimiento de personas, ideas e información. Solo las sociedades más pobres y primitivas no necesitaban tal sistema o no lo habían desarrollado. En casi todas partes era esencial para que el gobernante, las élites y las ciudades recibieran suministros de alimentos e ingresos, si es que se pretendía algo más que mantener las formas más localizadas de gobierno y si se pretendía conservar una economía que estuviera por encima del nivel de subsistencia. Todos los Estados afroasiáticos más importantes, ricos y pode-

rosos (además de muchos que no lo eran) dependían de complejas redes para la recaudación y distribución de impuestos, productos comestibles, bienes de lujo y productos esenciales como la sal. A menudo el prestigio de sus gobernantes y el alcance de su poder no eran tanto una cuestión de territorios como de control sobre las rutas comerciales, los impuestos y (a veces) las peregrinaciones. La circulación de bienes y de dinero servía al mantenimiento de una clase de comerciantes ricos cuya lealtad interesada contribuía a sostener al régimen político. Lo fundamental era que esta red preservara su interior, una «zona de seguridad» en la que no tuviera que enfrentarse a la competencia exterior o correr el riesgo de dislocarse.

Los Estados que lograron rechazar a los europeos a partir de 1840 fueron los que consiguieron mantener esa zona de seguridad, un interior lo suficientemente grande como para salvaguardar la superestructura política. Por supuesto, la mayoría de ellos disponían de otros recursos con los que reforzar su solidaridad frente a los intrusos europeos y negarles los colaboradores de los que dependían de forma casi invariable. Quizá el más importante fuera la religión. Durante la década de 1860, los burócratas-eruditos leales a la monarquía confuciana unificaron la resistencia vietnamita frente a los franceses en el Mekong[522]. El budismo popular ayudó al Imperio birmano a librarse del control británico. En el norte de Sumatra, la lucha de Aceh contra los holandeses estuvo en manos de líderes que predicaban una *yihad* panislámica contra los invasores cristianos. Formas carismáticas de fe islámica sustentaron la resistencia al avance francés en las tierras musulmanas del norte y el oeste de África. El cristianismo copto dotó al Imperio etíope de una cohesión frente a los ataques exteriores que su destartalada estructura administrativa no dejaba traslucir. En entornos hostiles en los que casi cualquier forma de contacto externo representaba una peligrosa amenaza para la cohesión social, los incentivos para colaborar podían ser todavía más débiles. Tales lugares solían ser marginales a los intereses europeos por su

propia naturaleza, salvo cuando se encontraban en el camino hacia ámbitos más ricos[523].

Si una zona de seguridad y una red eran elementos gemelos indispensables para la supervivencia, también eran (en potencia) dos rehenes del azar. Si los europeos lograban desbaratar la red, podían deshacer el Estado y socavar la lealtad de sus elementos más poderosos. Si lograban desplegar su arsenal de movilidad propulsada por vapor, bienes de consumo industrializados y crédito barato para romper los vínculos que mantenían unida a la economía local, el efecto era como un cortocircuito eléctrico. En el Estado nativo haría falta una acción implacable para reparar los daños. Sin embargo, la «cura» podía llegar a ser tan drástica que desestabilizara la organización política y cambiara la naturaleza de la propia resistencia. Podemos ver este proceso en acción en los «años de en medio» entre 1830 y 1880. A medida que el ámbito de la colonización, el comercio y la religión europeos se ampliaba, los puntos de fricción con los Estados afroasiáticos se multiplicaron de forma inevitable. En muchos casos, como ya hemos visto, las intervenciones subsiguientes no fueron concluyentes. No obstante, muchas veces, ya fuese porque así se hubiera planeado o por accidente, los europeos lograban dislocar la organización política que habían elegido como objetivo a través de medios indirectos. Esto resultó muy evidente en casos como los de los Estados marítimos del mundo malayo, cuyo comercio por mar (su fuente principal de riqueza e ingresos) fue erradicado por los competidores occidentales. La consecuencia no fue una victoria fácil para el imperialismo europeo. Cuando el poder de los gobernantes se desmoronaba, aquellos a los que estos habían mantenido a raya se hacían más fuertes. Si la red del gobernante se deshilachaba, hombres locales o depredadores sociales a los que había mantenido bajo control no tardaban en ponerse en marcha. Las sectas religiosas (como los Mesías budistas de Birmania), el contrabando, la piratería o las incursiones en busca de esclavos (como sucedía en África oriental) podían conver-

tirse en la base de un nuevo orden social. Este podía ser más descentralizado que el régimen anterior. Muchas veces era más xenófobo y más violento. Los europeos se vieron enfrentados a una clase de resistencia distinta que confirmaba sus sospechas de que gran parte de Afroasia era peligrosa y bárbara. Sin embargo, finalmente esa resistencia solía ser demasiado fragmentada e inestable para soportar el control cada vez más intenso de los europeos sobre las rutas, los enlaces y las conexiones que ligaban a una región con otra y a un lugar con otro, o para frustrar las coaliciones locales que el dominio sobre los desplazamientos permitía construir a los europeos. En última instancia, una resistencia puramente localizada se podía vencer poco a poco o bien dejar que se pudriera en los márgenes de la colonia.

Sin embargo, este «final de partida» solo se hizo evidente de forma gradual. En gran parte de Afroasia, eso quería decir a partir de 1880 o incluso después de 1900. Entretanto, en todos los lugares donde los europeos aún no habían reunido los medios para disolver las redes locales y reemplazarlas por las suyas, las perspectivas imperiales parecían más bien pobres. En gran parte de África occidental era mucho más probable alguna forma de poder musulmán que de dominación europea, en opinión del viajero filosófico Winwood Reade: «En el supuesto de que los turcos fueran expulsados de Europa, probablemente se convertirían en emperadores de África, lo que sería un acontecimiento afortunado desde la perspectiva de los intereses de la civilización»[524]. El oficial de marina francés que exploró el río Mekong escribió con amargura acerca de la «profunda indiferencia» de la opinión pública francesa ante la visión imperial que él había puesto de manifiesto[525]. Para los gobiernos europeos tenía muy poco atractivo librar incesantes «guerras nativas» contra enemigos escurridizos sin disponer de los medios para obtener una victoria rápida o el apoyo local al dominio permanente. Podían autorizar avances parciales desde cabezas de puente consolidadas y probar suerte con intentonas de asestar golpes decisivos, pero en gran parte de Afroasia estaban re-

signados a la supervivencia de los grandes Estados indígenas y no tenían más remedio que tolerar la resistencia de los pequeños.

La gran excepción era la India, quizá el caso más notable de imperialismo de la historia contemporánea. En 1820 los británicos se habían convertido en la potencia dominante en el subcontinente. En 1856, la víspera de la Rebelión, habían conquistado Sind y el Punjab y se habían anexionado Awadh. Parecían empeñados en controlar directamente toda la India, incluidos aquellos Estados cuyos príncipes reconocían su supremacía. No obstante, la conquista de la India no fue rápida ni estuvo desprovista de polémica. Fue emprendida a un coste muy alto en una época de crisis, causada en parte por el peso de la tasación sobre los nuevos súbditos coloniales. Inspiraba aversión en Londres, donde el riesgo de que la Compañía Británica de las Indias Orientales (que seguía siendo la encarnación del poder británico en la India) quebrase como consecuencia de la conquista despertó el temor a una crisis parlamentaria de la magnitud de la de la década de 1780. Las tensiones que provocó en la sociedad india acabaron estallando en la Gran Rebelión de 1857. Para muchos radicales británicos, la India era un engorro despótico que corrompía la política británica y estaba destinada a arrastrar a Gran Bretaña a una sucesión sin fin de guerras asiáticas.

Y sin embargo, pese a todas las objeciones, el ímpetu de la expansión rara vez desfalleció. En Londres se refunfuñaba, pero sin atreverse a desautorizar a sus hiperactivos cónsules. Cuando la Rebelión fue reprimida y la Compañía quedó desacreditada, el gobierno británico asumió el papel de señor de la India. Esta buena voluntad era tanto más sorprendente teniendo en cuenta que el lastre estratégico que suponía defender la India contra rivales del norte y del oeste ya se había convertido en una de las principales obsesiones de la diplomacia británica. Las cosas empeoraron como consecuencia de la reorganización

militar que la Rebelión hizo indispensable. En interés del «nunca más», hasta 70.000 soldados británicos habrían de estar permanentemente emplazados en la India: un soldado británico por cada dos hindúes. Eso equivalía a entre una tercera parte y la mitad de los efectivos del ejército británico, una guarnición quizá tres veces mayor de la que había antes de la Rebelión y una carga colosal para la defensa militar del resto del Imperio. Por tanto, hay que dar respuesta a dos preguntas. ¿Por qué se conquistó la India antes y de forma más completa que casi cualquier otra parte de Afroasia? ¿Y por qué estuvieron los británicos dispuestos a asumir los grandes riesgos y los enormes costes de esa dominación?

Responder a la primera pregunta supone volver sobre las circunstancias en las que la India atravesó una doble revolución y el poder británico se asentó por primera vez en la parte inferior del Ganges. Durante esa doble revolución, los mogoles, los gobernantes nominales del norte y el centro de la India, quedaron fuera de combate como consecuencia de una invasión terrestre encabezada por el Napoleón iraní, Nadir Sah, y luego por su heredero afgano, Ahmad Sah Durrani. De forma casi simultánea, las regiones marítimas —sobre todo la dinámica economía textil de Bengala— se volvieron más dependientes de su comercio exterior y tuvieron una relación más conflictiva con los comerciantes extranjeros. Cuando la Compañía Británica de las Indias Orientales hizo a un lado al nawab bengalí Suraj ud-Daula con la ayuda de aliados locales e instaló en el poder a un soberano títere, no tardó en descubrir que el viejo control imperial ejercido desde Delhi prácticamente se había derrumbado. A principios de la década de 1800 la Compañía se había ido abriendo paso por el curso del Ganges, ocupó Delhi y convirtió a los mismos mogoles en una dinastía-títere. Los servidores de la Compañía, como se llamaba a sus funcionarios, tenían mucho que ganar personalmente con la ampliación del poder de esta, ya que su control sobre el comercio generaba un torrente de honorarios y su burocracia cada vez mayor una ria-

da de empleos. El Estado de la Compañía aplastaba a cualquier soberano que amenazara sus intereses. Pronto se convirtió en un tópico atribuir su triunfo al asentamiento de la voluntad británica sobre el caos y el aletargamiento de la India nativa. Pero en realidad la clave del poder británico no residía en el atraso ni la indolencia de la India, sino en su carácter abierto y accesible, así como en la sofisticación de su vida financiera y comercial.

El carácter abierto de la India ayudó a los británicos de varias formas. Fue parte del motivo de la doble revolución. A diferencia de China, ninguna Gran Muralla impedía acceder a las llanuras del Indostán desde el Asia central, ni los comerciantes extranjeros estaban confinados en puertos como el de Cantón. Para los europeos era muchísimo más fácil recopilar información sobre la India que sobre China. Era mucho menos difícil para los comerciantes europeos comerciar con sus homólogos hindúes. La economía comercial de la India —el centro del comercio textil del mundo durante el siglo XVIII— estaba mucho más volcada hacia el exterior que la de China, y sus banqueros y comerciantes estaban mucho más libres del control gubernamental. En la India marítima, los británicos se toparon con Estados comerciales, no con una burocracia hostil que respondía ante un emperador lejano. Cuando sus intereses se veían amenazados, les resultaba fácil coaligarse con los súbditos desafectos de los soberanos marítimos. Sus limitadas reservas de fuerza material maximizaban grandes inversiones realizadas por hombres locales para los que el comercio con la Compañía era algo demasiado valioso para perderlo.

Ahora bien, en sí mismo eso apenas explicaría la relativa sencillez con la que los británicos lograron penetrar en el interior del subcontinente. En este caso pudieron explotar otras tres ventajas de la primera Edad Moderna de la India. En primer lugar, gran parte de la India ya estaba unificada por un sistema de crédito que desplazaba los saldos de un extremo a otro

del subcontinente. En el transcurso de sus múltiples guerras, los británicos podían combinar los beneficios que extraían del comercio con los servicios financieros de banqueros hindúes a fin de superar los contratiempos de los fracasos militares y sobrevivir a sus enemigos[526]. En segundo lugar, y empezando por Bengala (la región más próspera), podían echar mano de los ingresos de un sistema muy arraigado de impuesto territorial: el *land revenue.* Podían pagar a sus nutridos ejércitos y después anexionar ingresos frescos para financiar nuevas guerras. Se trataba de un colonialismo autopropulsado que apenas podría haber funcionado en las regiones menos desarrolladas de Afroasia, y de ningún modo en economías no monetizadas sin sistemas fiscales. En tercer lugar, y en parte porque en las tierras bajas de la India ya existían castas organizadas por oficios muy desarrolladas y ejércitos mercenarios (el contraste sería con las lealtades de clan y las levas feudales), a la Compañía le resultaba fácil reclutar (del mismo modo que era posible pagar) un ejército profesional de cipayos leales a su pagador extranjero. Hacia 1835, el ejército bengalí disponía de unos sesenta y cuatro regimientos de «infantería nativa», y los ejércitos indios de la Compañía eran mucho mayores que el ejército británico en su conjunto, tanto en Gran Bretaña como en el extranjero[527]. Con este ejército permanente como ariete, la Compañía pudo derribar a todos los adversarios salvo a los más decididos.

Así pues, la India proporcionó a su invasor europeo los recursos que se utilizaron en la tarea de su conquista[528]. De forma asombrosamente precoz, por consiguiente, la Compañía creó su propia «zona de seguridad» y se convirtió en un poder hindú (o «del país») que competía bajo condiciones hindúes con rivales hindúes. Pudo utilizar la fluidez de la sociedad hindú en provecho propio. La India occidental había estado abierta a las élites comerciales extranjeras desde largo tiempo atrás, sobre todo a los parsis, que procedían de Irán y acabaron por dominar la ciudad portuaria occidental de Bombay. Eran los

socios naturales de la Compañía. En Bengala, una nueva élite hindú, los *bhadralok* («personas distinguidas»), reemplazó rápidamente a la vieja guardia musulmana y suministró los colaboradores cultos de los que dependía el *raj* de la Compañía. Con aliados como estos, la Compañía pudo reunir las redes locales que necesitaba para presionar —y llegado el caso, asfixiar— el comercio y los ingresos de cualquier rival hindú. Esto también tuvo el efecto de apartar el equilibrio de costes y riesgos de Gran Bretaña, beneficiaria última del Imperio en la India, y aproximarlo a la organización política híbrida «angloindia» que surgió por primera vez en la «cabeza de puente» de Bengala. Fue Angloindia, no Gran Bretaña, la que financió las guerras de conquista. Cuando Londres enviaba tropas para echar una mano, era la Compañía la que pagaba su contratación, y ese fue uno de los motivos por los que su utilización fue objeto de menos reproches en Westminster que el de fuerzas más pequeñas enviadas a colonias pobres como Nueva Zelanda o Sudáfrica.

Las dimensiones y la riqueza del Estado de la Compañía tuvieron otra consecuencia. Desde sus inicios había sido una mina para aquellos que en Gran Bretaña (y sobre todo en Escocia) lograban obtener una nominación para servir en él como administrativos, funcionarios o para el cuerpo de oficiales de sus ejércitos. Hacia la década de 1830, esos hombres y sus familias representaban unos intereses creados formidables, y tenían mucho que ganar con el auge de la Compañía. Sus escritos y sus memorias constituyeron la base de un mito angloindio en el que la centralidad de la India para el poderío británico se convirtió en el tema principal. Lo más asombroso de todo era que el dramático espectáculo de la conquista de la India, execrado en cierta ocasión por Edmund Burke, era justificado ahora por utilitaristas y liberales como el máximo ejemplo de reforma racional. Los residuos de la superstición y la ignorancia estaban siendo erradicados por la modernidad civilizada. La India era un proyecto, no un abuso. Es más, dos de los escritores más dotados de la Gran Bretaña victoriana estaban ansiosos por tocar

sin parar el tema de la India. Ambos habían cobrado de la Compañía. El historiador T. B. Macaulay había sido miembro de la Comisión Legislativa del gobierno de la Compañía en la India. Sus ensayos sobre Clive (1840) y Warren Hastings (1841) describieron a ambos como constructores de imperios progresistas en la tradición romana. John Stuart Mill, el profeta del individualismo liberal, fue uno de los directivos del cuartel general de la Compañía en Londres. En su *Del gobierno representativo* (1861), defendió con uñas y dientes la dominación británica como el único camino que conducía al progreso social.

Estas influencias ayudan a explicar por qué Londres se mostró tan tolerante con el imperialismo de la Compañía. Quizá fuera igual de revelador el hecho de que hacia 1840 la India se había convertido en uno de los principales activos de un imperio comercial. Hacia 1850, en las grandes ciudades portuarias de Calcuta y Bombay vivían casi 12.000 británicos[529]. A partir de 1830, las exportaciones británicas a la India sobrepasaron sistemáticamente las exportaciones a las Indias occidentales, la joya anterior del comercio imperial. Para abrir por la fuerza los puertos de China y proteger el comercio británico en el Sudeste asiático se utilizaron soldados indios. A medida que los huevos de oro se iban amontonando, era fácil olvidarse del estado de salud de la gallina, pero en 1857 las tensiones acumuladas durante la edificación imperial a un ritmo tan frenético estallaron en una gran revuelta.

La revuelta comenzó como un amotinamiento de cipayos (soldados) hindúes en Meerut, ciudad situada a unos sesenta y cinco kilómetros al nordeste de Delhi, contra el empleo de municiones profanadas con grasa animal. Detrás del estallido había una gran conspiración de la oficialidad hindú del ejército bengalí. Los bajos sueldos, la mala calidad de la oficialidad blanca, el deterioro del saqueo y un amargo resentimiento ante la disolución de un ejército de castas altas por reclutas de las castas inferiores los habían incitado a rebelarse. Su objetivo era

derrocar la dominación británica y ponerse al servicio de gobernantes hindúes[530]. Ahora bien, la rebelión se extendió con una rapidez asombrosa porque ante el aparente colapso del poder militar británico cobró vida un descontento mucho mayor. Detrás de esta revuelta más amplia había tres clases distintas de agravios. Entre las élites musulmanas del viejo interior mogol, el prestigio en declive del emperador mogol —que había sido un regente títere desde 1803— se interpretó ampliamente como una amenaza para el islam hindú, y la Rebelión se convirtió en parte en una reacción musulmana contra un señor infiel. Cuando los amotinados entraron en Delhi en mayo de 1857, prometieron resucitar el poderío mogol. En segundo lugar, la súbita implosión del control británico sobre el valle del Ganges ofreció a muchos magnates regionales la oportunidad de recuperar el poder que habían perdido (o esperaban perder) como consecuencia de la intensificación del control del *raj* de la Compañía. Esto era especialmente cierto en el reino de Awadh, anexionado por la Compañía el año anterior, y entre los soberanos locales de las tierras altas del centro de la India. En Kanpur, Nana Sahib, que soñaba con restablecer la confederación maratha, desarticulada por la Compañía en 1818, se hizo con el poder. En tercer lugar, el peso de los impuestos territoriales de la Compañía y sus intentos por reglamentar la posesión de las tierras y los títulos benefició a ciertos intereses locales, pero suscitó las iras de muchos otros. El resultado fue una revuelta agraria irregular e imprevisible. En una amplia franja del norte de la India, estos tres elementos se encontraban entremezclados en un frente anticolonial dotado de escasa coordinación.

Aquella fue una situación de grave emergencia para la dominación británica. La Compañía se enfrentó a una larga y costosa guerra de reconquista complicada por peligros externos y furibundas críticas políticas en Gran Bretaña. La Rebelión mostraba peligrosos indicios de extenderse a los demás principados, cuyas fuerzas también se sublevaron contra sus oficiales europeos. En la práctica, la Rebelión, que se prolongó hasta 1859 en las montañas y los bosques periféricos, fue aplastada

en el interior en poco más de un año. Awadh había sido reconquistada en julio de 1858. En abril de ese año, los británicos contaban con unos 90.000 soldados blancos y casi el mismo número de tropas hindúes leales contra unas fuerzas rebeldes compuestas por un máximo de 60.000 hombres[531]. Pese a la magnitud de la revuelta, los rebeldes se vieron frustrados por cuatro debilidades fundamentales. La Rebelión quedó circunscrita al norte de la India: no se extendió (pese a algunos indicios alarmantes) a Bengala, Bombay y Madrás, las regiones clave del comercio británico. Los británicos pudieron obtener tropas y suministros de estas zonas «leales» y solicitar ayuda a Londres. En segundo lugar, los británicos lograron aferrarse in extremis a algunos puestos fronterizos decisivos de la zona rebelde, entre ellos Agra y Benarés (la actual Varanasi), y conservaron el control de la nueva provincia del Punjab (donde fueron advertidos por telégrafo justo a tiempo). El Punjab era decisivo. De ahí salió el ejército (compuesto en su mayor parte por hindúes) que reconquistó Delhi en septiembre de 1857 y destruyó así el único centro creíble para la unidad de los rebeldes. En tercer lugar, cuando los británicos comenzaron a regresar en masa, las divisiones entre los rebeldes y la falta de un objetivo, de una ideología o de un liderazgo común les permitieron ir quebrantando la resistencia distrito por distrito. En cuarto lugar, los rebeldes no dispusieron de tiempo suficiente antes de que el contraataque británico destruyera la red de la Compañía y la sustituyera por una red propia. En el norte de la India no podría haber surgido ningún Estado neomogol, pues los gobiernos rebeldes de Delhi y de Lucknow ni siquiera eran capaces de pagar a sus cipayos. Si bien muchos hindúes distinguidos se unieron a los rebeldes cuando los británicos se esfumaron, tenían demasiado que perder para resistirse enconadamente cuando reaparecieron. La inflexible ferocidad de la reconquista británica, manifiesta en el saqueo de Delhi y la expulsión de sus habitantes musulmanes, no dejó espacio alguno para el compromiso político[532].

No obstante, no cabía duda alguna de que la impresión que causó la Rebelión afectó profundamente a la visión que los británicos tenían de su imperio en la India. La revuelta los había cogido completamente desprevenidos y se había extendido a una velocidad de vértigo. Murieron cientos de blancos, entre ellos gran número de mujeres y niños (más de doscientos en la masacre de Kanpur). Pese a los innumerables actos de lealtad y humanidad protagonizados por los hindúes, las relaciones angloindias quedaron inevitablemente envenenadas por los miasmas de la desconfianza. Los sentimientos racistas se exacerbaron. Muchos británicos estaban convencidos de que el origen de la Rebelión había sido una conspiración musulmana: «Los cipayos son simples herramientas en manos de los musulmanes»[533]. Se puso de moda sostener que la dominación británica dependía de la espada[534]. A partir de entonces, el miedo a los amotinamientos nunca anduvo lejos de las esferas oficiales. La dominación británica se volvió más cautelosa y conservadora. La carga imperial de defender a la India de los ataques del interior y el exterior pareció hacerse más pesada. Ahora bien, tenía compensaciones inmensas. A partir de 1860, con la difusión del ferrocarril, la India se desarrolló mucho más rápidamente como fuente de materias primas y se convirtió en el mayor de los mercados para el principal producto de exportación británico, los tejidos de algodón. Y si la carga que suponía mantener tropas en la India era pesada, al contribuyente británico no le costaba nada. En efecto, a partir de 1860, el mantenimiento de dos tercios del ejército permanente del Imperio británico (un total de unos 330.000 soldados británicos e hindúes) estaba a cargo de los ingresos indios, no británicos, y las fuerzas estacionadas en la India podían utilizarse (y lo fueron) en todas partes, desde Malta a Shanghái. A medida que a partir de 1880 se aceleró el reparto de Afroasia, el valor no solo geopolítico, sino también económico de la India se convirtió en uno de los axiomas de la política británica. Un imperio vacilante se había vuelto indispensable.

Lo que había sucedido en la India fue una advertencia, de haber hecho falta, acerca de lo que podía ocurrir en otras partes de Eurasia y África en cuanto los británicos se presentaran allí con su nuevo abanico de armas comerciales, culturales y militares. De forma más o menos consciente, los gobernantes y las élites del mundo afroasiático se encontraron inmersos en una carrera. Tenían que encontrar modos de mantener unidos unos Estados cuyos vínculos solían ser más bien laxos, reforzar los sentimientos de cohesión cultural, alentar más el comercio y obtener más ingresos. Y tenían que hacerlo a tiempo. Se enfrentaron al siguiente dilema una y otra vez. Si intentaban «reforzarse» por cuenta propia recurriendo a métodos «europeos» (ejércitos, burocracias, escuelas y tecnologías de tipo europeo) corrían un riesgo inmenso. La cohesión social a la que aspiraban desesperadamente podía disolverse en disputas con los viejos guardianes de la cultura: los maestros, clérigos y los hombres de letras y eruditos. La búsqueda de la unidad política podía ofender a los titulares actuales del poder, que se deleitaban en su autonomía provincial. Una mayor reglamentación del comercio podía enfurecer a los mercaderes y también a su clientela. Si dejaban entrar en sus países a más europeos en calidad de comerciantes, asesores y expertos, se exponían a una reacción violenta y a suscitar acusaciones de debilidad o incluso de traición. Sin embargo, si trataban de excluirlos, el proyecto de «reforzamiento» por cuenta propia podía perder ímpetu. Peor aún, podían provocar un ataque antes de estar preparados y acarrear así una catástrofe. Tenían que participar en dos carreras a la vez: una para «reforzarse» antes de que las fuerzas de los europeos se presentaran allí en masa, y otra para introducir

«reformas» antes de que las disensiones internas acabaran con toda posibilidad de éxito.

De todos los grandes Estados euroasiáticos que estaban más allá de Europa, China (sobre todo) y Japón siempre habían sido los más ricos, los más fuertes y los menos accesibles a la influencia europea. Hasta la década de 1830, parecían casi invulnerables a la agresión europea. Hacia 1840 esa inmunidad había muerto en el caso de China y en Japón agonizaba. Es más, ambos Estados estaban sometidos a una presión cada vez mayor por parte de los europeos. Gran Bretaña, Rusia y Estados Unidos tomaron la iniciativa. Exigieron el libre acceso a los puertos de Asia oriental, libertad de comerciar con los mercaderes chinos y japoneses y el fin de los protocolos diplomáticos bajo los cuales los occidentales tenían la consideración de bárbaros, cultural y políticamente inferiores al Reino del Medio y a Japón. Acompañaron esas exigencias con demostraciones de fuerza militar y el recurso a esta, y también con demandas territoriales, costeras y modestas por parte de los británicos (aunque estaban lejos de ser insignificantes) y mucho mayores por parte de la Rusia continental. Como es lógico, esta alteración traumática de su posición internacional tuvo consecuencias políticas, culturales y económicas de gran alcance tanto en China como en Japón. Antes de 1880, los dos países experimentaron una serie de cambios internos descritos de forma reveladora por sus autores como «restauraciones»: la restauración T'ung-chih («Unión para el Orden») en China y la restauración Meiji («gobierno ilustrado») en Japón[535]. Ambas restauraciones fueron la consecuencia de la convergencia de las tensiones internas y las amenazas externas. No obstante, como veremos, sus trayectorias fueron muy distintas, y también la magnitud de la transformación que prometían.

China fue la primera en padecer el peso del desagrado europeo. La ocasión para ello fue el desmoronamiento del antiguo «sistema Cantón» para el comercio chino con Europa. Bajo ese

sistema, Cantón era el único puerto en el que el comercio —ceñido a una cofradía estrechamente reglamentada de mercaderes chinos (los «Hong»)— era legal. Los europeos (a los que se les permitía mantener almacenes —«factorías»— en el muelle) tenían prohibido residir de forma permanente en la ciudad y se marchaban a Macao cuando terminaba la temporada comercial. El fin del monopolio de la Compañía Británica de las Indias Orientales sobre el comercio británico en 1833 y el rápido aumento del número de comerciantes británicos «libres» que vendían opio (prácticamente la única mercancía que los chinos aceptaban a cambio de su té, aparte de la plata) provocaron una crisis. Cuando las autoridades chinas, alarmadas por la riada de importaciones de opio y la salida de plata (la base de la divisa china) para pagarlas, así por como la desobediencia generalizada a la regla de que todo el comercio exterior tenía que pasar por Cantón, trataron de volver a imponer su control expulsando al funcionario británico enviado para supervisar el comercio y confiscar el opio de contrabando, el alboroto provocado en Londres desembocó en acciones militares. En febrero de 1841, la Marina Real británica llegó ante las costas de Cantón, destruyó la flota de guerra china y desembarcó una fuerza invasora en la ciudad. Cuando los chinos recurrieron a evasivas, una segunda fuerza entró en el delta del Yangtsé, ocupó Shanghái, aplastó a un ejército manchú y cerró al tráfico el río y el Gran Canal (la principal arteria del comercio interior chino). En agosto de 1842, los británicos llegaron a Nankín, la capital meridional del imperio, y se dispusieron a atacarla. El emperador capituló y se firmó el primero de los «tratados desiguales»[536].

Según lo estipulado por el Tratado de Nankín de 1842, se abrieron al comercio occidental cinco «puertos de tratado», la isla de Hong Kong fue cedida a los británicos, a los europeos se les permitió destinar cónsules en los puertos abiertos y el viejo sistema de Cantón quedó sustituido por la libertad de comerciar y la promesa de que no se cobraría más de un 5 por ciento

de impuestos sobre las importaciones extranjeras. Fue una inversión asombrosa de los viejos términos de acuerdo con los que China había comerciado con Occidente. Sin embargo, no hay que sobreestimar su relevancia (en esta fase). Por irritante que fuera para las autoridades chinas, tuvo ciertos méritos. A los extranjeros se les mantuvo bien lejos de Pekín, no podían viajar libremente y, bajo el sistema de la jurisdicción consular, quedaron meticulosamente segregados de la población china[537]. Para un gran imperio agrario del interior, los mordiscos de unos bárbaros en la costa lejana eran una molestia a neutralizar mediante el recurso a la habilidad diplomática.

Sin embargo, el tratado no puso fin al asunto. A este le siguió una fricción constante entre chinos y europeos. En 1854 los británicos estaban presionando a fondo para revisarlo, abrir más puertos y permitir a los europeos desplazarse libremente por el interior y ampliar su ámbito comercial. En 1856, el «incidente *Arrow*», en el que los chinos se apoderaron de un barco que supuestamente navegaba bajo bandera británica, se convirtió en el pretexto para una segunda ronda de coacción militar. Cuando los chinos paralizaron la puesta en práctica de un nuevo tratado firmado en 1858, una expedición anglofrancesa tomó Tientsin y marchó sobre Pekín, donde quemó el palacio de verano del emperador como venganza por sus pérdidas. El segundo gran convenio, la Convención de Pekín, abrió muchos más puertos en lugares situados tan al norte como Tientsin y en partes altas del curso del Yangtsé, y otorgó a los europeos (misioneros incluidos) el derecho a recorrer el interior chino. Además, puso firmemente fin a los viejos roces de la superioridad diplomática china obligando al emperador a permitir la presencia de diplomáticos europeos destinados en Pekín. China, al parecer, había sido integrada por la fuerza en el sistema internacional de los europeos, en condiciones humillantes y como potencia de segundo orden en el mejor de los casos.

Para los administradores y eruditos chinos más reflexivos (y el estamento funcionarial chino se reclutaba entre los eruditos clásicos más capacitados), estos alarmantes acontecimientos exigían una explicación. Extrajeron unas conclusiones desprovistas de concesiones. Sus métodos habían fracasado: era precisa una reforma urgente. Había que encontrar mejores métodos con los que enfrentarse a los bárbaros. Habría que traducir y difundir sistemáticamente los conocimientos occidentales. Había que mejorar los transportes y las comunicaciones. Y por encima de todo, China tenía que adquirir las armas modernas necesarias para impedir que Occidente pudiera atacar los puntos vitales del imperio prácticamente a voluntad. «Nos vemos vergonzosamente humillados por [Rusia, América, Francia e Inglaterra]», se quejó el reformador erudito Feng Kuei-fen (1809-1874), «no porque nuestro clima, nuestro suelo o nuestros recursos sean inferiores a los suyos, sino porque nuestro pueblo es realmente inferior [...] ¿Por qué son [los occidentales] pequeños pero fuertes? ¿Por qué nosotros somos grandes pero débiles?»[538]. No obstante, en el momento en que escribía Feng, el imperio estaba acosado por una crisis interna que parecía mucho más peligrosa que la coacción irregular infligida por los europeos. Durante las décadas de 1850 y 1860, inmensas áreas del centro y del sur de China, algunas de las regiones más ricas y productivas, estuvieron asoladas por rebeliones que paralizaron el comercio, cortaron las fuentes de suministro de los ingresos imperiales y presagiaron la cancelación del «mandato del cielo», la fuente de la legitimidad dinástica.

La más grave de estas sublevaciones, con diferencia, fue la Rebelión de los Taiping. Comenzó en el sudoeste de China con las visiones de un profeta milenarista cuyas prédicas combinaban elementos de las enseñanzas cristianas que había recibido de los misioneros con la enconada protesta de un campesinado oprimido por la mala fortuna económica. Hung Hsiu-ch'uan se declaró a sí mismo el hermano pequeño de Jesucristo, y en 1851 proclamó una nueva dinastía, la del Taiping T'ien-kuo, o

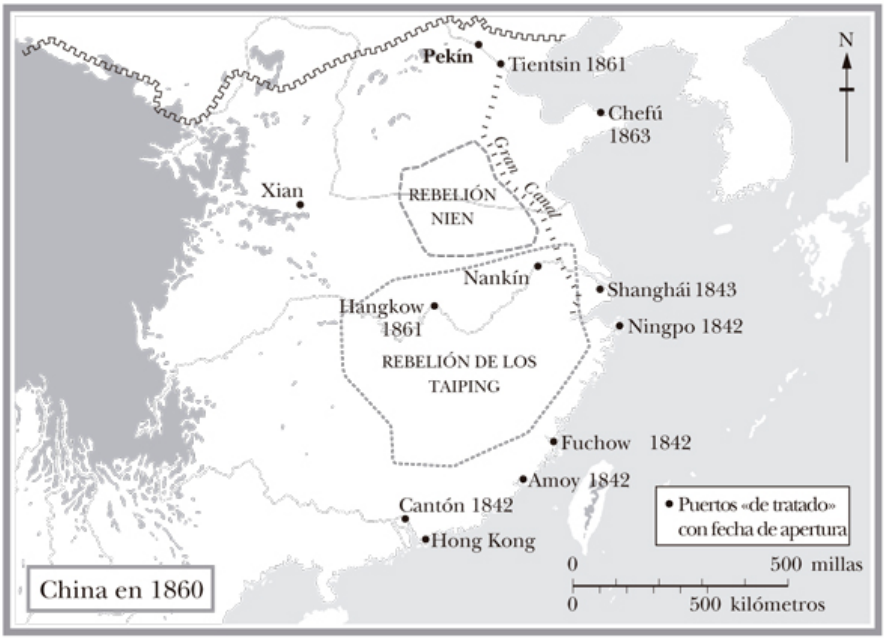
Reino Celestial de la Gran Paz, del que él era Rey Celestial. Con una rapidez asombrosa, su movimiento logró reclutar un ejército campesino, liquidar las guarniciones aisladas del gobierno Ching, y penetrar en el corazón de la región del Yangtsé. A comienzos de 1853 tomó Nankín. El objetivo de Hung, sin embargo, era reemplazar a la dinastía. En 1855 sus tropas llegaron a Tientsin y parecían estar a punto de capturar el galardón definitivo, la capital imperial. Era el punto de inflexión. A partir de ahí su ejército fue obligado a regresar poco a poco al valle del Yangtsé, pero su derrota final se demoró hasta 1864, cuando se produjo la muerte de Hung y la caída de Nankín a manos de las tropas imperiales[539].

La Rebelión de los Taiping, la gran Rebelión Nien, que se extendió por una inmensa región situada al norte del Yangtsé y duró hasta 1868[540], y la revuelta musulmana en el oeste (1862-1873) fueron los síntomas de un drástico desmoronamiento del orden político, social y económico. Puede que este tuviera sus raíces en la situación apremiante de la economía agrícola, que se vio azotada por una sucesión de desastres a partir de 1830. China había logrado un notable incremento de la producción agrícola durante el siglo XVIII. La deforestación de nuevas tierras y el cultivo más intensivo de las antiguas garantizaron que los suministros de alimentos se mantuvieran al día respecto al aumento de una población que en 1850 había llegado a los 430 millones de habitantes aproximadamente. La comercialización y el auge del comercio interior permitieron a los agricultores incrementar la producción mediante la especialización y el intercambio. Una oferta de plata en aumento (fruto de la ampliación del comercio exterior) lubricaba esta próspera economía preindustrial con un gran caudal monetario[541]. Sin embargo, esas fuentes de expansión económica se habían secado mucho antes de 1850. A medida que las importaciones de opio se dispararon, la afluencia de plata fue sustituida por su salida masiva[542]: es posible que a partir de 1820 hasta la mitad de la plata acumulada desde el año 1700 se perdiera en po-

cos años[543]. La brusca contracción de la oferta monetaria obligó a bajar los precios y paralizó el comercio. Las nuevas tierras ya no podían satisfacer la presión del aumento de la población. El esfuerzo por obtener aún más alimentos de las tierras antiguas llegó a su límite y quizá desencadenara una reacción ecológica caracterizada por la deforestación, la erosión del suelo, el encenagamiento de los ríos y una fertilidad en declive. En la China del norte y central, el cambio del curso del río Amarillo en 1855 fue un desastre medioambiental de una magnitud tremenda. Estos reveses múltiples estuvieron acompañados de tensiones sociales en aumento: entre los recaudadores de impuestos y los contribuyentes, entre los terratenientes y los arrendatarios, entre los lugareños y los recién llegados a regiones cuya prosperidad anterior había atraído a gente de otras partes, y entre las minorías étnicas y religiosas y la mayoría Han, que había llegado en masa a las tierras occidentales durante el movimiento de colonización del siglo anterior. Los funcionarios estatales, que se esforzaban por mantener el orden, recaudar el impuesto territorial, ocuparse del mantenimiento de las vías acuáticas y administrar las reservas de grano, se enfrentaban a una resistencia cada vez mayor por parte de una población descontenta. Su autoridad y su prestigio ya se habían visto socavados por las «privatizaciones» durante la era de la expansión comercial, cuando los comerciantes autorizados se hicieron progresivamente con el control de la recaudación de impuestos, el mantenimiento de las aguas y el sistema tributario cerealista, cambio que se equiparó fácilmente con el aumento de la corrupción burocrática. No fue ninguna casualidad que el programa de los Taiping exigiese más tierra para el campesinado y el retorno a una era más frugal y autosuficiente, ni que denunciara el uso del opio, postura que le aseguró la hostilidad furibunda de los comerciantes occidentales y de sus gobiernos.

Hacia 1860, pues, los funcionarios de la pequeña nobleza erudita que gobernaban el imperio Ching se enfrentaban al de-

sastre. Las exigencias de los británicos, los franceses, los estadounidenses y los rusos (que le habían sacado a Pekín la inmensa cuenca del Amur como consecuencia del Tratado de Aigun de 1958) estaban triturando su prestigio y su confianza en sí mismos. Su autoridad interna, y la base de ingresos que sustentaba toda la superestructura del gobierno imperial, fueron haciendo implosión a medida que la rebelión se extendía por las dieciocho provincias de China propiamente dicha, así como por las provincias del exterior. En esta situación tan apremiante, sus logros fueron extraordinarios. Nuevos generales como Tseng Kuo-fan (1811-1872) y Li Hung-chang (1823-1901) contuvieron, apretaron y acabaron asfixiando las grandes rebeliones. Reclutaron ejércitos de nuevo tipo dotados de armas occidentales en las provincias. Movilizaron a la pequeña nobleza provincial, que dotó de mandos a esas nuevas fuerzas regionales. Recaudaron nuevos impuestos sobre el comercio y el comercio exterior (a través del Servicio de Aduanas Marítimas administrado por los occidentales). A medida que las rebeliones se fueron extinguiendo, Tseng y Li buscaron formas de «reforzar» a China. Alentaron la importación de conocimientos científicos. Mandaron construir dos grandes arsenales para la producción de armas modernas. Estimularon a los comerciantes chinos con subsidios y monopolios para que invirtieran en empresas modernas, en particular en el transporte marítimo y la minería. Hasta hubo un intento abortado de adquirir una marina de guerra moderna en Occidente con oficiales europeos incluidos. En la China rural estos esfuerzos «modernizadores» estuvieron acompañados por el impulso de repoblar las tierras devastadas por las rebeliones, reparar los canales y restablecer la autoridad de los funcionarios eruditos[544].



Lo que no pudo conseguir este gran esfuerzo (y no pretendía lograr) fue transformar a China en un gran Estado a la occidental. Los límites del «reforzamiento» por cuenta propia de Tseng y Li quedaron humillantemente de manifiesto en agosto de 1884, cuando navíos de guerra franceses despedazaron la nueva flota (pero con cascos de madera) durante una disputa en torno a Vietnam[545]. Si bien la cooperación Estado-comerciantes podría haber hallado formas de fomentar las empresas industriales, eso habría estado muy lejos de industrializar la economía de manera más general. La combinación de la crisis agraria y la agitación política complicó aún más esa tarea. No existía posibilidad alguna, por ejemplo, de construir una nueva China en torno al núcleo de su región más próspera, en el delta del Yangtsé, el corazón de la economía comercial durante el siglo XVIII. Había quedado muy dañada durante la Rebelión de los Taiping y era demasiado vulnerable a la penetración occidental para servir a ese fin. Hasta podría decirse que la verdadera prioridad de la «restauración» había sido precisamente esa: restaurar la autoridad del Estado confuciano y sus valores de

frugalidad y disciplina social, no romper el molde confuciano[546]. Ahora bien, si los reformadores de la pequeña nobleza erudita esquivaron la cuestión de la transformación industrial, no por ello debería subestimarse la importancia de su labor de edificación estatal. Por necesidad, las reformas de mediados de siglo habían delegado un poder considerable en las provincias y la pequeña nobleza provincial. El programa de reactivación del campo contribuyó a resucitar el pacto no escrito entre el campesino y sus gobernantes de la pequeña nobleza erudita. Sin embargo, la pequeña nobleza también quedó más estrechamente ligada al imperio por el desplazamiento progresivo de los altos funcionarios manchúes por personas de etnia china: dotada de una élite más unificada, China se estaba convirtiendo paulatinamente en un Estado más plenamente chino, pese a que investigaciones recientes sugieran que el predominio manchú seguía siendo la manzana de la discordia[547]. Puede que China no fuera capaz de igualar la producción industrial o la potencia de fuego moderna de los Estados europeos, pero su solidaridad cultural y social se vieron reforzadas justo a tiempo para afrontar los años de crisis posteriores a 1890.

En el ínterin, tampoco los Estados europeos fueron capaces de convertir al Reino del Medio en una mera periferia semicolonial. Los tratados portuarios se consideraron como cabezas de puente para penetrar en la economía china, para abrirla a los industriales occidentales al estilo indio. No obstante, aunque el comercio exterior se amplió (con considerables beneficios para la economía rural), los comerciantes chinos se resistieron a la entrada de empresas extranjeras en la economía interna. Los extranjeros se vieron obligados a tratar con sus clientes chinos a través de un intermediario, el *comprador*[548](2). En un mercado ferozmente competitivo e inseguro, las ganancias fáciles no abundaban. Las empresas abrían y cerraban con rapidez. Hacia 1870, todos salvo dos de los comerciantes extranjeros, Jardine Matheson y Butterfield Swire, se habían ido a pique o

habían cedido el sitio a nuevos participantes[549]. En comparación con la India, China (que tenía el doble de población) era un mercado más pequeño y más difícil que consumía la mitad de importaciones que la India. Cuando a comienzos de la década de 1880 se produjo una crisis económica, el paraíso comercial que los europeos habían imaginado pareció haberse desvanecido casi por completo[550]. Ahora bien, la verdadera puesta a prueba de la independencia política y económica de China todavía estaba por llegar.

Durante las década de 1850 y 1860, todo parecía apuntar a que Japón correría la misma suerte que China, y de forma aún más drástica. Desde comienzos del siglo XIX, la apertura gradual del Pacífico norte había hecho aumentar cada vez más el tráfico marítimo en los mares que rodeaban a Japón por parte de Rusia (cuyo «salvaje este» estaba a solo unos centenares de kilómetros al norte), Gran Bretaña y Estados Unidos. En 1853, el sogún, aceptando que la era del *sakoku* (aislamiento) había tocado a su fin, dio una nerviosa bienvenida al comodoro estadounidense Perry. Cinco años después, mediante los «tratados desiguales» de 1858, se concedieron a las principales potencias occidentales privilegios similares a los que le habían sido arrancados a China en 1842. Los extranjeros tendrían libertad de residir y comerciar en varios «puertos de tratado» (el más importante era el de Yokohama, cerca de Tokio) donde quedarían bajo la protección de sus cónsules y estarían exentos de la jurisdicción japonesa. En estos puertos habría terrenos reservados para sus oficinas, almacenes y residencias. Japón solo podría recaudar impuestos aduaneros modestos para alentar el «libre comercio» y la difusión de los productos industriales occidentales. Una vez quebrado su antiguo aislamiento, Japón parecía mucho más vulnerable a la dominación occidental que su inmenso vecino del continente asiático. Su población (en torno

a los 32 millones de habitantes) era mucho más reducida, si bien lejos de ser despreciable en términos europeos. Sus principales ciudades estaban peligrosísimamente expuestas al poderío marítimo occidental (Japón no tenía marina). Los rusos habían invadido Sajalín (su primer desembarco tuvo lugar en 1806) y habían amenazado la escasamente poblada Hokkaido, la segunda isla más grande del archipiélago japonés. Y a comienzos de la década de 1860, el sistema político nipón estuvo al borde del colapso cuando estalló una guerra civil entre el sogún Tokugawa y sus vasallos más poderosos del sur y del oeste.

La presencia masiva de las potencias euroamericanas (como faceta secundaria de la coacción conjunta que ejercieron sobre China a partir de 1856) coincidió con, y agravó enormemente, la crisis del sistema Tokugawa que había gobernado Japón desde comienzos del siglo XVII. Formalmente, el sogún, al que siempre se elegía entre los extensos y poderosos clanes Tokugawa, era el virrey del emperador, que vivía sumergido en una majestuosa impotencia en su palacio de Kioto, a varios días de viaje de la sede gubernamental de Edo. En la práctica, el poder del sogún se basaba en la sumisión de los numerosos «dominios» *(han)* semiautónomos y de los líderes de sus clanes a su autoridad mediante una especie de vasallaje. Los *han* tenían que pagar tributos impositivos al *bakufu* (literalmente «gobierno de tienda») del sogún, y las élites que los gobernaban estaban obligadas a vivir por años alternos en los grandes complejos de viviendas que correspondían a cada clan en Edo, como otros tantos rehenes y en calidad de garantía de buena conducta. En última instancia el control del sogún dependía de la lealtad de los clanes Tokugawa y del apoyo del resto de sus vasallos hereditarios frente a los *tozama* o clanes «externos»[551]. Sin embargo, la fuerza del sistema *bakuhan* también se asentaba en los valores confucianos de los que estaba impregnado el estamento samurái y que hacían hincapié en la lealtad al emperador, así como en la amplia integración comercial que unía a los dominios en un mercado único con centro en Osaka y Edo.

Durante las décadas de 1820 y 1830, este antiguo régimen entró en una fase de tensión excepcional. Es posible que la causa subyacente fuera que la producción agrícola estuviera topando con sus límites medioambientales. La deforestación de los bosques y una forma de cultivo más intensiva ya no producían ganancias significativas: las tierras de cultivo marginales eran peligrosamente vulnerables a los azares climáticos[552]. En la década de 1830, las hambrunas «Tenpo», que fueron más graves en el nordeste, afectaron al conjunto de Japón. Los gobernantes de los dominios se vieron atrapados entre las obligaciones que tenían para con Edo y sus cargas locales, sobre todo los «estipendios en arroz» debidos a la élite de los samuráis, ahora en gran medida convertidos en miembros civiles de una clase burocrática. En varios grandes dominios, el grupo dominante adoptó medidas vigorosas para restaurar su solvencia, repudiando deudas, atacando a los monopolios, alentando nuevos cultivos e industrias y atesorando metales preciosos[553]. Estos grupos también dieron muestras de un interés cada vez mayor por el comercio exterior, sobre todo en Satsuma (cuya larga cola de islas en las Ryuku, que se extendía hacia Taiwán, había sido desde largo tiempo atrás la vía del comercio con China), y por la adquisición más sistemática de «conocimientos holandeses», es decir, la información acerca de Occidente y su civilización que se filtraba a través del puerto de Deshima, el establecimiento comercial holandés de la bahía de Nagasaki. Al mismo tiempo, los principales dominios del sur y el oeste, Choshu y Satsuma, eran cada vez más conscientes de la amenaza de intervención occidental, a la que se encontraban expuestos. Hacia la década de 1850, ambos dominios estaban adquiriendo armas de fuego modernas, cañones y buques de vapor, y experimentando a desgana con la metalurgia occidental para fabricar sus propias armas.

Tales cambios no podían por menos que situarlos en una ruta de colisión inevitable con el *bakufu* de Edo. El equilibrio de poder en el seno del sistema *bakuhan* estaba desplazándose. Los

tratados de 1858 y las tentativas del sogún por apaciguar la presión extranjera dividieron y debilitaron al *bakufu* y lo expusieron a las exigencias xenófobas de «cerrar el país». Los esfuerzos del *bakufu* por rearmarse fueron tímidos e irresolutos, pero se opuso a la apertura plena a Occidente en la que insistían ciertos reformadores, ya que temía el colapso de su prestigio ideológico. A medida que la presencia occidental se hizo más amenazadora, el ambiente político se tornó ansioso y violento. Tanto Choshu como Satsuma llegaron a las manos con Occidente en 1863-1864, y descubrieron de primera mano sus puntos fuertes y débiles. A lo largo de los tres años siguientes se produjo un rápido deslizamiento hacia la guerra civil a medida que Choshu y Satsuma, con aliados de otros dominios, intentaban obtener el apoyo del emperador contra los Tokugawa, y el *bakufu* a su vez le declaraba la guerra a Choshu[554]. No se pudo llegar a compromiso alguno entre las exigencias de los *han* de mayor autonomía y el empeño del sogún en reafirmar su control. En 1866, los principales clanes del sudoeste de Japón formaron una alianza contra él. En enero de 1868, las fuerzas de Choshu-Satsuma, mejor armadas y mejor dirigidas, arrollaron a los Tokugawa y obligaron al sogún a abdicar. Para llenar el vacío y legitimar su revuelta, los líderes rebeldes proclamaron la restauración del gobierno imperial.

Hasta ahí la crisis japonesa había seguido pautas bastante conocidas. El contacto estrecho con una potencia exterior y el seductor atractivo de su comercio y su tecnología habían desestabilizado la política local y desacreditado al gobernante. Mientras unos hombres nuevos luchaban por el dominio y el antiguo régimen caía en pedazos, maduraba el momento para la intervención extranjera en forma de una anexión, un protectorado o «tratados desiguales» todavía más onerosos. En parte, Japón se salvó de esta suerte por la reticencia de las distintas potencias occidentales a inmiscuirse en su guerra civil[555] —quizá porque ninguna de ellas estuviese segura de poder sacar partido de su incierto resultado—, pero aún más debido a la rapidez y la

determinación con las que el nuevo régimen emprendió la tarea de construir un Estado moderno[556]. El ritmo y la magnitud del cambio fueron asombrosos. El juramento de la constitución por parte del emperador (6 de abril de 1868) prometía un gobierno por medio del debate público (promesa diferida durante mucho tiempo) y la búsqueda del conocimiento «en todo el mundo». Se establecieron departamentos gubernamentales basados en el modelo occidental, entre ellos un Ministerio de Asuntos Exteriores. Mucho más significativo fue el fin del vasallaje, que transformó a los regentes hereditarios de los *han* en gobernadores revocables, paso al que le siguió en 1871 la completa abolición de los *han* y su sustitución por «prefecturas». El conglomerado feudal se había convertido en un Estado unitario con una capital única en Tokio, como fue rebautizada Edo en 1869. En 1872 el antiguo sistema de tributación fue eliminado y reemplazado por un impuesto territorial uniforme pagado en metálico, y en 1873 se introdujo el servicio militar universal para sustituir a los samuráis y a las levas feudales. Los samuráis fueron jubilados con dinero, no con arroz. En la tormenta reformadora que se desató entre 1870 y 1873, la igualdad ante la ley, la libertad de oficios, el derecho a vender tierras y hasta el calendario occidental transformaron el panorama social de la era Tokugawa. Los pasos titubeantes dados antes de 1868 para transformar Japón siguiendo el modelo occidental habían desembocado en una carrera precipitada hacia una «modernidad» a la europea. En la carrera contra el tiempo, los japoneses se habían convertido en los velocistas número uno.

Esto suscita dos preguntas. ¿Por qué se embarcó el nuevo gobierno en un cambio de rumbo tan espectacular, y cómo logró imponer unos cambios tan drásticos a una sociedad profundamente conservadora, por no decir xenófoba? Hubiera sido más que lógico que los dominios rebeldes se hubieran limitado a reemplazar al sogunato Tokugawa con el suyo. En realidad no podían hacerlo. Ninguno de los clanes rebeldes era lo bastante fuerte como para ocupar él solo el lugar de los Tokugawa, y

cualquier intento en ese sentido habría prolongado indefinidamente la guerra civil. La única garantía de paz política era la disolución de los *han.* En segundo lugar, las figuras más destacadas de la alianza rebelde estaban decididas a «reforzar» por cuenta propia a Japón frente a Occidente, y procedían de dominios en los que las ventajas del comercio exterior, de los conocimientos extranjeros y de los métodos extranjeros para alcanzar ese fin gozaban de amplio reconocimiento. La necesidad más urgente era disponer de un ejército único a la europea. Sufragarlo suponía la creación de un sistema impositivo y fiscal unificado. En tercer lugar y de un modo que sigue siendo hasta cierto punto oscuro, los samuráis reformistas que dirigían el nuevo régimen simpatizaban con las reivindicaciones de la clase de los comerciantes, que pedía el final de la reglamentación estricta de la vida económica y de la estratificación social. Ahora bien, una cosa era emprender un cambio tan ambicioso, y otra muy distinta imponérselo a los escépticos y a los disidentes. Cabría esperar que la enorme casta samurái (más de un millón de personas), en particular, se hubiera resistido a la abolición de su función militar y de su estatus hereditario. La mayoría campesina, sobre la que recayó una carga impositiva aún mayor, tenía todavía menos que celebrar. Las potencias occidentales aguardaban entre bastidores, decididas a castigar todo maltrato infligido a sus ciudadanos o a sus negocios.

En realidad la transición estuvo lejos de ser pacífica. Muchos de los líderes del nuevo régimen cayeron víctimas de *vendette* samuráis. Durante muchos años, Yukichi Fukuzawa, el más célebre representante del saber occidental, tuvo demasiado miedo a ser asesinado para salir de noche[557]. En 1877 la rebelión de Satsuma logró congregar a 30.000 samuráis y sus seguidores antes de que el nuevo ejército de Tokio la aplastara. Se produjeron numerosas insurrecciones campesinas. No obstante, los reformadores japoneses gozaban de condiciones mucho más favorables que sus homólogos de la China imperial. El nuevo gobierno controló desde el principio los dominios de los Toku-

gawa, que ocupaban una cuarta parte de la superficie de Japón y representaban una reserva decisiva de dinero y de hombres. En segundo lugar, el inmenso poder social de la casta samurái, tan peligrosa en potencia, fue utilizado en provecho del gobierno. Más que cualquier otro, este elemento fue decisivo para su éxito. El prestigio de líderes como Saigo Takamori y Yamagata Aristomo[558] desarmó los temores de los samuráis, y muchos de ellos se pusieron al servicio del Estado Meiji en calidad de soldados, burócratas, policías y administrativos. La disciplina social que habían ejercido tradicionalmente, sobre todo en el campo, ayudó a mantener a raya el descontento del campesinado, que había estado a punto de derrocar al gobierno Ching en Pekín. En tercer lugar y en una medida mucho mayor de lo que era posible en China, pudo reinventarse al emperador, marginado durante largo tiempo, como un poderoso símbolo del nuevo régimen, y como núcleo de una religión civil con santuarios y sacerdotes estatales incluidos[559]. Por último, el excepcional grado de homogeneidad étnica de Japón neutralizó una fuente potencial de división interna y consolidó al nuevo Estado frente a las influencias exteriores.

En el caso de que los reformadores hubieran fracasado en el segundo frente, esa fuerza política habría servido de poco. El «reforzamiento» económico era tan fundamental como el político. El fracaso económico habría sido el caballo de Troya a través del que la influencia foránea se habría convertido en control extranjero. Aquello habría podido ocurrir de varias formas. Los comerciantes occidentales podrían haber exigido un acceso mayor y haber acosado a sus gobiernos para que intervinieran más. De modo más insidioso, un gobierno modernizador en Tokio podría haber solicitado préstamos abundantes en el extranjero y haberse vuelto financieramente dependiente de sus acreedores occidentales. Y lo peor de todo, el difícil ingreso en el volátil mundo del comercio internacional conllevaba un alto riesgo de quiebra, y un régimen en bancarrota, desacreditado en el interior y vulnerable en el extranjero, disponía de pocas

defensas ante la intervención extranjera. Los japoneses sortearon estos riesgos con notable éxito. Por supuesto, no hay que exagerar sus logros. La industrialización fue relativamente lenta. En 1880, dos tercios de las exportaciones japonesas se componían de seda cruda y té. En 1887, quizá el 90 por ciento del comercio japonés en el exterior estaba administrado por comerciantes extranjeros[560]. En fecha tan tardía como 1890, en Occidente era fácil considerar a Japón como un pintoresco Estado oriental cuya solvencia dependía de una estrecha gama de exportaciones mercantiles. En realidad, ya se habían echado los cimientos principales de la independencia económica y del progreso industrial. En la industria clave de los textiles de algodón, hacia 1880 la producción interna había igualado a las importaciones, y las exportaciones comenzaron en 1883[561]. Las instituciones fundamentales para el éxito comercial e industrial —los bancos especializados en el comercio exterior, las grandes firmas comerciales *(zaibatsu)* que combinaban la industria y el comercio y el sistema de subvenciones gubernamentales— estaban todas ya en pie. La tremenda inflación de la década de 1870 (consecuencia de un exceso de papel-moneda) quedó salvajemente frenada por la deflación de la década de 1880 y se fundó una moneda estable. Durante la decisiva fase de transición, los japoneses prácticamente no solicitaron préstamos en el exterior. El cabo de Hornos de la modernización —el colapso financiero y la revuelta social— había sido atravesado.

A simple vista, los japoneses habían seguido la misma receta que los reformadores Ching. El Estado había alentado a los comerciantes a fundar empresas industriales y de transporte marítimo, y había subsidiado sus esfuerzos. Había otorgado una prioridad enorme a la fabricación de armas modernas. Había reconocido que los comerciantes extranjeros exigirían un acceso razonable, seguridad comercial e impuestos moderados. No obstante, los japoneses ya habían tenido mayor éxito que los chinos al despuntar la década de 1880, y en 1914 las diferencias de rendimiento ya eran espectaculares. Es posible que hasta

cierto punto esto fuera consecuencia del legado favorable que el Japón Meiji había heredado del pasado Tokugawa. El Japón «tradicional» había sido una sociedad caracterizada por altos niveles de alfabetización y de habilidades artesanales. También disponía de una economía notablemente centralizada cuyos centros respectivos eran Osaka y Edo. Existía una larga tradición de grandes banqueros-comerciantes, como la célebre casa de Mitsui, que se remontaba a comienzos del siglo XVII, y de la que surgieron los *zaibatsu.* Algunos de los grandes dominios habían alentado el comercio con el exterior y la adquisición de tecnología occidental mucho antes de la restauración. Ahora bien, no se debe abusar de estos argumentos. El Japón Tokugawa no era una economía de libre mercado. Sus niveles de ingresos estaban «muy por debajo» de los niveles iniciales de otros Estados que se industrializaron con éxito durante el siglo XIX[562] . Las penalidades del cambio económico podrían haber provocado fácilmente una retirada o haber desembocado en el caos. Para un recién llegado como Japón, el ingreso en la economía internacional requería al mismo tiempo un Estado fuerte y un orden social mucho más disciplinado de lo normal. Fue esto lo que hizo excepcional a Japón. El estamento samurái, cuyos líderes habían protagonizado la restauración, dominaba el nuevo Estado. Gobiernos encabezados por samuráis solicitaron préstamos a los grandes banqueros-comerciantes y los reembolsaron con la venta a bajo precio de empresas financiadas por el gobierno[563]. Se trataba de una alianza de conveniencia entre dos enemigos: Occidente y la amenaza de revuelta en el interior. El perdedor fue el campesinado. Gracias a su «nuevo» ejército y policía, el Estado Meiji pudo reprimir el descontento rural, gravar al campesinado como nunca antes y concentrar el poder económico en el campo en manos de los terratenientes[564]. Fueron los campesinos los que pagaron las consecuencias cuando la feroz deflación de la década de 1880 hizo bajar los precios. La adopción japonesa de métodos, reglas e instituciones occidentales había sido muy real, pero la explo-

tación implacable del campesinado para financiar la lucha por alcanzar la independencia industrial y comercial se encontraba en el corazón mismo del «capitalismo samurái».

Es posible que estos rasgos de la transición japonesa la convirtieran en algo único. Una economía preindustrial avanzada, un orden social y político excepcionalmente fuertes forjados como consecuencia de la restauración, la lejanía relativa de Occidente y de su potencia de fuego y la fortuna en la elección del momento que permitió que el «reforzamiento» comenzara antes de que se hiciera sentir todo el peso del poderío occidental en el Pacífico asiático fueron factores decisivos de su éxito en la carrera contra el tiempo. En el tercer caso, el del Imperio otomano, estos rasgos brillaron por su ausencia u obraron en su contra. Hacia el final de la década de 1880, el resultado fue la sumisión a una forma de tutela económica y una perspectiva cada vez más clara de desintegración y reparto al por mayor entre las potencias occidentales cuyas disputas en torno al «enfermo de Europa» daban en ocasiones la impresión de ser el principal motivo de su supervivencia. Era cierto, por supuesto, que el legado geográfico de los gobiernos otomanos era mucho menos favorable que el de los chinos o los japoneses. El Imperio otomano no era ni compacto como Japón ni estaba dotado de un inmenso interior agrícola como China. Desparramado entre tres continentes, estaba expuesto (hacia la década de 1830) en muchos lugares al poderío marítimo europeo. Además de su frontera «exterior» con Europa en los Balcanes, tenía que defender una serie de fronteras «interiores» contra grupos tribales, nómadas y habitantes del desierto: en Anatolia (contra los kurdos), en Al-Jezireh (el Irak actual, de mayoría chií), en Siria (donde los árabes del desierto estaban haciendo una presión cada vez mayor contra la franja cultivada) y en el lejano Yemen, el polo sur del imperio. Podría decirse que hacia la década de

1830 su equilibrio geoestratégico había sufrido daños irreversibles[565]. No obstante, los dirigentes otomanos habían asumido mucho antes, y de forma más completa que los chinos y japoneses, que la supervivencia del imperio dependía de injertar deliberadamente la técnica occidental en la estructura social y política de su imperio islámico.

Ese proceso ya había comenzado en la década de 1820 con la liquidación del excesivo poder de los jenízaros y su sustitución paulatina por un ejército de estilo más europeo. La terrible crisis de la década de 1830 —cuando la combinación de la agresión rusa desde el norte y la intentona del virrey otomano en Egipto, apoyada por los franceses, estuvo a punto de hacerse con el control del imperio— hizo mucho más urgente la introducción de cambios radicales. Para congraciarse con los británicos (un aliado de vital importancia), en 1838 Constantinopla acordó abrir sus mercados al comercio exterior. Después, en 1839, se anunciaron unas reformas de gran alcance conocidas con el nombre de *Tanzimat* o «reorganización», en parte, sin duda, para mejorar la imagen del imperio en el exterior y obtener el apoyo de las potencias europeas. De acuerdo con el Edicto de Gülhane, todos los súbditos otomanos tenían los mismos derechos (lo que ponía fin a las viejas distinciones entre musulmanes e infieles), se garantizó la protección de sus personas y de sus propiedades, y se propusieron cambios radicales en el sistema fiscal, así como en la administración del ejército y del sistema judicial, más o menos según el modelo de Estados europeos «avanzados» como Francia. Durante la «era Tanzimat» subsiguiente, entre 1839 y 1876, los sultanes otomanos (Abdul Mejid 1839-1861, Abdul Aziz 1861-1876) se comprometieron con un «reforzamiento» por cuenta propia sistemático que salvaguardase el imperio contra las presiones económicas, políticas e ideológicas emanadas de Europa. Cuatro antiguos estadistas, los pachás Reshid, Fuad, Ali y Midhat, estaban decididos a dotar al gobierno central y a sus funcionarios de un control mucho mayor sobre lo que se había convertido en un reino

descentralizado y caótico. Reorganizaron el ejército y (por medio de la conscripción) aumentaron inmensamente su tamaño (pasó de unos 24.000 hombres en 1837 a más de 120.000)[566]. Por medio de la ley *vilayet* de 1864, impusieron un sistema de gobiernos provinciales más uniforme y redujeron el poder de los notables locales. Promovieron la educación laica para formar a nuevas generaciones de burócratas y oficiales militares en los métodos científicos, técnicos y jurídicos de Occidente y reducir la influencia del clero musulmán. Establecieron un Ministerio de Finanzas y un sistema presupuestario, y fundaron además el Banco Imperial Otomano para hacerse cargo de algunos de los objetivos de un banco central. Por encima de todo, se esforzaron por promover una nueva concepción de la ciudadanía otomana para reemplazar al viejo régimen de los *millets,* o comunidades religiosas no musulmanas. Estas estaban agrupadas en torno a la población «núcleo» musulmana, de cuya lealtad siempre había dependido el poder del sultán, pero eran inferiores a ella. Se trataba de un programa heroico.

Al llegar la década de 1880, los beneficios de este gran intento de reforma parecían exiguos y sus costes prohibitivos. En 1878 el imperio sufrió una sucesión devastadora de pérdidas territoriales. Le fueron arrancadas casi todas las provincias europeas en las que había un número importante de cristianos. Valaquia y Moldavia, autónomas desde la década de 1820, se convirtieron en la Rumanía independiente. La provincia de Nish se incorporó a Serbia. Bulgaria se hizo autónoma, y unos años después se le permitió unirse a su tercio sur, la llamada Rumelia Oriental. La minúscula provincia de Montenegro se convirtió en un Estado soberano. Incluso Bosnia y Herzegovina, donde vivían muchos musulmanes, quedaron bajo la tutela de los Habsburgo. Para colmo de males, la isla de Chipre, otomana desde 1571, fue ocupada, aunque no formalmente anexionada, por los británicos como precio de su apoyo frente a Rusia, y Rusia se apoderó de los distritos de Kars y Ardan en la Anatolia oriental. Con anterioridad a esta catástrofe territorial,

el gobierno otomano ya se había visto obligado a admitir un régimen especial bajo supervisión extranjera en el distrito cristiano del Líbano («La Montaña») y en Creta, donde una revuelta de cristianos de lengua griega había estado desarrollándose entre 1866 y 1869. Y poco después, Egipto y Túnez, ambos técnicamente bajo dominio otomano, fueron ocupados por los británicos (que se apoderaron de Egipto en 1882) y los franceses. Por lo demás, la gran crisis de la década de 1870 no fue solo política; sus efectos se vieron agravados por el desastre financiero. En 1875 el gobierno otomano declaró una mora en el pago de sus préstamos exteriores y entró en bancarrota. El precio de su retorno a la respetabilidad financiera fue la aceptación de un régimen draconiano de inspección y control. A partir de 1881, la Ottoman Public Debt Administration (Administración de la Deuda Pública Otomana), compuesta y supervisada por una plantilla de banqueros y funcionarios europeos, tenía prioridad sobre los ingresos otomanos con objeto de reembolsar a los acreedores, y lo que sobraba se lo entregaba al gobierno del sultán. Desde el punto de vista material y simbólico, el imperio parecía haber quedado reducido prácticamente a la dependencia.

Al parecer, la Tanzimat no había conducido a un «reforzamiento», sino a la automutilación o algo peor. En realidad, los reformadores Tanzimat se habían enfrentado a una combinación de presiones internas y externas mucho más desalentadora que aquellas a las que se enfrentaban sus homólogos de Asia oriental. Estratégicamente, los otomanos eran muy vulnerables al poder militar ruso (a menos que el zar pudiera ser contenido por sus rivales europeos) y su posición empeoró aún más a raíz del espectacular declive de su poderío naval[567]. Fue la invasión rusa de 1877 la que desembocó en pérdidas territoriales en el Congreso de Berlín de 1878. No obstante, la debilidad subyacente era el rechazo del dominio otomano por parte de las minorías cristianas y sus insistentes peticiones a los Estados europeos para que intervinieran a su favor. A medida que transcu-

rría el siglo, este problema se agudizó cada vez más. La difusión de la «idea nacional» en el resto de Europa no podía por menos que infectar a las minorías otomanas, que mantenían estrecho contacto con sus hermanos étnicos de más allá del imperio. El cambio económico, del que los comerciantes griegos se beneficiaban más (por ejemplo) que sus congéneres musulmanes, creó una audiencia cada vez mayor y más ruidosa para los partidarios de los derechos políticos y tendía a socavar la posición del alto clero mediante el que el sultán había dominado los *millets* cristianos. La identidad, decían estos nuevos «nacionalistas», debía buscarse en un Estado territorial antes que en la pertenencia a una iglesia. La propia reforma Tanzimat había provocado una dependencia mayor del Imperio de los cristianos cultos. En estas condiciones, la esperanza de que los cristianos aceptasen una ciudadanía compartida otomana u «osmanli» y olvidasen sus diferencias en aras de la lealtad común al sultán tenía escasas posibilidades de realización. Es más, cuando durante la década de 1860 Midhat Pachá puso a prueba este programa en Bulgaria, se encontró con que le atacaban desde todos los bandos[568]. A muchos musulmanes la disolución del carácter islámico del imperio los ofendía profundamente, pues suponía marginar a los ulemas, la clase erudita local y los depositarios de la pericia jurídica y teológica, además de trasladar los cimientos del imperio desde el sólido fundamento de la lealtad musulmana a las arenas movedizas de la cooperación cristiana. El sentimiento antirreformista se vio agudizado por el resentimiento contra la centralización burocrática que había puesto en marcha la Tanzimat, y por la indignación ante el destino de los cientos de miles de refugiados musulmanes expulsados por los rusos del Cáucaso[569]. Es probable, desde luego, que el asentamiento de estos refugiados en las provincias otomanas llevase la temperatura de los antagonismos étnicos y religiosos al rojo vivo durante la década de 1870.

Cabe imaginar que una administración poderosa y bien financiada hubiese podido salir victoriosa de la batalla por el

control local y haber disuadido a sus enemigos extranjeros con mayor energía. Sin embargo, en este frente los reformadores también fueron derrotados. Se vieron obligados a pedir préstamos al extranjero por los costes exorbitantes de la guerra de Crimea (1854-1856) y luego administraron de forma incompetente las operaciones de préstamo. Durante la década de 1870, el cobro anual de estos préstamos representaba alrededor de dos tercios de los ingresos estatales, y en el caso de algunos de ellos se pagaba hasta un 30 por ciento de intereses anuales[570]. Pese a que los reformadores aumentaron los ingresos estatales en torno a un 50 por ciento, no lograron erradicar la vieja práctica de la recaudación privada de impuestos y controlar la recaudación de manera directa. Apostaron por el crecimiento del comercio para llenar las arcas del Estado, pero el aumento del comercio otomano estuvo muy por debajo de la media global[571] y la turbulencia política dañó tanto al comercio como a la calificación crediticia del Imperio otomano. Los esfuerzos de industrialización dirigidos por el Estado languidecieron, y las exportaciones de materias primas alentaron el desarrollo de enclaves en torno a los puertos, tendencia que se vio reforzada por las pobres comunicaciones del interior[572]. Prácticamente ninguno de los préstamos solicitados por el gobierno se invirtió en la construcción de infraestructuras como el ferrocarril. El contraste con el Japón Meiji apenas podía ser más llamativo. La diversidad étnica y la falta de un estamento semejante al de los samuráis para la conservación del orden social y político se vio agravada por una pauta de desarrollo económico en la que el control extranjero se fue haciendo «abrumador»[573].

No obstante, y a pesar del vapuleo al que se había visto sometido, el Imperio otomano no se hundió ni cayó bajo el dominio europeo sin oponer resistencia. La pérdida del grueso de sus provincias europeas convirtió al imperio en un Estado mucho más turco, árabe y musulmán. Bajo el sultán Abdul Hamid II (r. 1876-1909), el gobierno otomano fue mucho más favorable a los movimientos panislámicos y se volvió más consciente

de su papel internacional como guardián de los santos lugares, a los que acudía un caudal cada vez mayor de peregrinos islámicos en barcos de vapor y en ferrocarril desde la India y el Sudeste asiático. Al mismo tiempo, se siguió implementando el viejo programa de la Tanzimat. La maquinaria estatal fue modernizándose paulatinamente. Se amplió la red ferroviaria. Se amplió el control militar y administrativo a las provincias árabes. Los otomanos habían perdido el combate por conservar el gran imperio multiétnico que habían edificado durante el siglo XVI. A partir de 1880, emprendieron una nueva carrera para consolidar los territorios que les quedaban antes de que otra confrontación con Europa o el desarrollo del nacionalismo árabe acabaran por despedazar el imperio de Abdul Hamid.

Hubo otros dos Estados de Oriente Próximo que también se vieron arrastrados a la carrera contra el tiempo. Sus destinos serían diferentes. El primero fue Egipto, que formalmente seguía siendo parte del Imperio otomano. Bajo el gobernador otomano Mehmet Alí, enviado por el sultán tras la expulsión de los invasores franceses, la autonomía de hecho de la era de los mamelucos se hizo más definitiva. Alí construyó un Estado autoritario en torno a su nuevo ejército[574]. Su verdadera ambición era edificar un imperio egipcio que abarcase desde Sudán a Siria y convertirse en señor de las tierras árabes. Estuvo a punto de derrocar dos veces al sultán, y en ambas ocasiones las potencias europeas frustraron el intento. Estas le obligaron a abrir sus fronteras al comercio europeo y a abandonar su costoso experimento de industrias gestionadas por el Estado. Mehmet Alí murió en 1849, pero bajo sus sucesores Said (r. 1854-1863) e Ismail (r. 1863-1879), al menos una parte de su gran proyecto se fue poniendo en práctica regularmente.

Para estos dos gobernantes, el objetivo último era obtener para su dinastía la igualdad formal con el sultán otomano, así

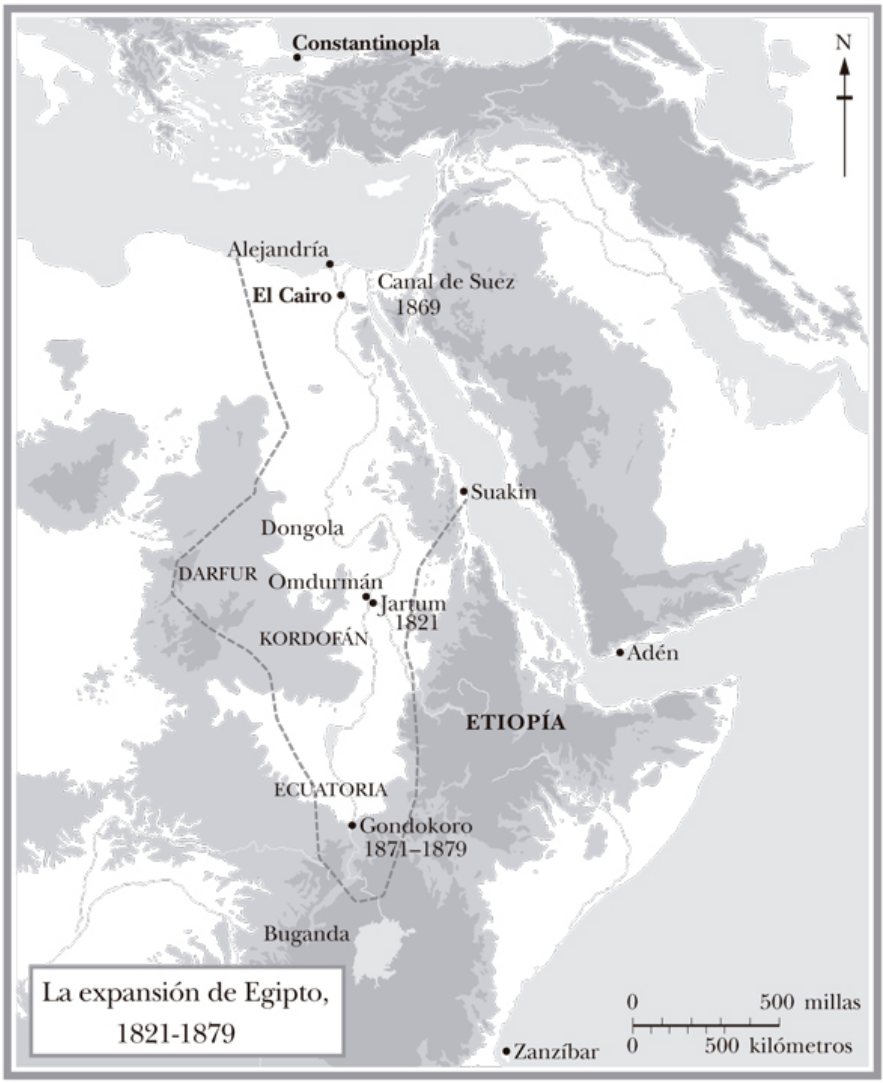
como la independencia soberana, libre de la pretensión del gobierno otomano de controlar sus relaciones con el exterior, determinar el tamaño de su ejército o (el peor de los casos posibles, que de hecho se materializó en 1879) destituirlos de sus cargos. Ninguno de los dos tenía en mente un Estado-nación sino un Estado monárquico en el que el poder del soberano fuera lo primero. La élite «turco-caucasiana» (una mezcla de la vieja clase dominante de origen mameluco y de los seguidores turcos y albaneses de Mehmet Alí) tendría que pagar el precio de su estatus privilegiado en una sociedad abrumadoramente «árabe» mediante el apoyo leal a su mecenas y protector. Ambos soberanos habían comprendido que sus posibilidades dependían del rápido aumento de la riqueza agrícola.

Los augurios eran favorables. Desde largo tiempo atrás, en la Europa industrial la demanda del producto principal de Egipto, el algodón, parecía casi insaciable, pero satisfacerla exigía una revolución agrícola. Entre 1813 y 1877, la extensión de las superficies cultivables se aumentó en un 60 por ciento[575]. Se drenaron y se despejaron las marismas del delta en las inmediaciones de El Cairo. El riego perpetuo proporcionado por una red de canales y presas sustituyó a la dependencia ante la inundación anual e hizo que se duplicara la producción. A mediados de la década de 1860, la inversión extranjera había aumentado y surgieron bancos de propiedad extranjera al servicio de la nueva clase terrateniente. Alejandría conoció un *boom* como ciudad portuaria mediterránea de la economía de exportación. Se construyeron vías férreas. Se diseñó un barrio de estilo europeo en El Cairo, junto al Nilo, dotado de un nuevo palacio real, una bolsa, una ópera y grandes bulevares, a imitación del modelo parisino[576]. Con su burocracia centralizada, su élite terrateniente, sus leyes de propiedad liberales y una nutrida comunidad extranjera (compuesta por 100.000 personas durante la década de 1870; en comparación, la cifra correspondiente en Irán era de menos de un millar), Egipto parecía el modelo de «Estado desarrollista», un triunfo de la reforma, un Japón islá-

mico. Atrajo los servicios de aventureros europeos como Charles «Chino» Gordon (posteriormente conocido como Gordon «de Jartum»), que fue enviado a gobernar Sudán y extirpar la esclavitud (¿qué mejor prueba de la modernidad de un gobernante?). Con el advenimiento de la década de 1870, la independencia plena parecía solo cuestión de tiempo. Quizá llegara por defecto como consecuencia de la próxima gran crisis de la fortuna otomana. Entretanto, una guía autorizada del país describía aduladoramente a Ismail (al que en 1867 se le había otorgado el título, más majestuoso, de «jedive») de esta guisa: «Su Alteza habla francés como un parisino […] Ya sea usted ingeniero, comerciante, periodista, político, perito agrónomo o prácticamente cualquier otra cosa, no tardará en tener la impresión de haberse encontrado con la horma de su zapato en materia de inteligencia especializada e información»[577].

Said e Ismail pretendieron coronar sus logros con la construcción del canal de Suez[578]. Los costes serían elevados, pero los beneficios serían descomunales. Los ingresos que les proporcionaría les aportarían una nueva fuente de riqueza. Su conexión con el Nilo (el canal Sweetwater) permitiría dedicar una nueva extensión de terrenos a la agricultura intensiva. Por encima de todo, prometía inmensos dividendos geopolíticos. En cuanto el soberano de Egipto se convirtiera en custodio del canal más valioso del mundo, las grandes potencias europeas reconocerían lo necesario que era protegerle contra toda amenaza de agresión y comprenderían lo lógica que era su independencia. No es de extrañar que persuadieran a Said para que adquiriera gran parte de las acciones de la empresa que Lesseps puso en marcha para la construcción del canal. Cuando a finales de la década de 1860 el precio del algodón se disparó (cuando el Sur de Estados Unidos fue aislado por un bloqueo y luego destruido por la invasión), a Ismail le fue fácil pedir préstamos en Europa hasta que la deuda nacional alcanzó los 100 millones de libras esterlinas. Sin embargo, cuando a mediados de la década de 1870 el precio del algodón cayó en picado, y antes de

que el canal (inaugurado en 1869) pudiera generar beneficios, se pasó del *boom* especulativo al descalabro financiero. En 1875 Ismail tuvo que vender sus acciones del canal al gobierno británico por cuatro millones de libras esterlinas, es decir, quizá por una cuarta parte de su valor. Un año después, él (y Egipto) estaban en bancarrota.



Entonces comenzó a pagarse el precio completo de la carrera contra el tiempo. El frenético cambio del orden social en Egipto había acumulado resentimientos. La clase terrateniente estaba ansiosa por poner coto al estilo autoritario del soberano. A los ulemas (cuyo cuartel general en al-Azhar en El Cairo —mitad mezquita, mitad universidad— era el centro de enseñanza más prestigioso del mundo islámico) les ofendía que el soberano hubiera adoptado las prácticas de los infieles extranjeros,

así como su red de corrupción y su forma de vida extravagante. En el ejército y en la burocracia, la clase culta árabe aborrecía la dominación ininterrumpida de la élite turcocaucasiana, que había recuperado el favor ante Ismail tras el flirteo de Said con una política más «árabe». Todos estos conflictos sin resolver estaban preñados de un sentimiento de malestar social: el temor y la suspicacia ante los aventureros políticos europeos, la inquietud moral ante la flagrante explotación de la clase de los *fellahin* (agricultores rurales), principales víctimas del cambio agrícola[579]. El ánimo de revuelta disponía ahora de una nueva voz en los periodistas y los periódicos que comenzaban a publicarse. Así, la crisis externa con motivo de la deuda extranjera (y la exigencia europea de control efectivo sobre las finanzas egipcias) se transformó rápidamente en una crisis en el interior en torno a la cuestión de quién tendría que soportar la carga de las exigencias extranjeras. El canal de Suez (el cohete acelerador para llegar a la independencia) se convirtió en el caballo de Troya del control extranjero y (de forma completamente literal) en la ruta de invasión para la dominación foránea.

Irán tuvo más suerte y sus gobernantes fueron menos temerarios. En cualquier caso, disponían de mucho menos margen de maniobra. Mehmet Alí había basado su Estado en el poder de su ejército y en la riqueza que podía obtenerse de la exportación de algodón. Los soberanos Qayar, que afianzaron su poder en torno a la misma época, carecían de esos recursos. Crear un ejército que disuadiera a los agresores extranjeros y a la disidencia interior resultó mucho más difícil y, en efecto, tuvieron que conformarse con una guardia de corps compuesta por 4.000 hombres[580]. Los sahs se enfrentaban a la antipatía de la élite clerical —los ulemas chiíes—, cuya influencia social era mucho mayor que la de los ulemas egipcios[581]. Tuvieron que fundamentar su autoridad hasta un extremo decisivo en una alianza de tribus, ya que los pastores nómadas representaban más de un tercio (quizá incluso la mitad) de la población de

conjunto y constituían una masa de ejércitos de hecho. No disponían de tierras «nuevas» con las que recompensar a una élite obediente o financiar una burocracia más numerosa. Y a pesar de que la economía iraní había conseguido recuperarse enormemente del caos y el desorden de finales del siglo XVIII, no existía ningún filón algodonero que atrajera la inversión extranjera y financiara un programa de mejoras públicas en materia de irrigación, ferrocarriles o carreteras. El país seguía inmerso en una etapa de localismo agudo, en la que tribu y subtribu, comunidad aldeana, gremio artesanal, barrio y distrito urbano, secta, religión o idioma seguían siendo las principales fuentes de identidad y las principales causas de división. En resumidas cuentas, faltaban casi por completo los medios para construir un poderoso Estado dinástico según el modelo egipcio.

Y no obstante, los Qayar estaban amenazados por peligros exteriores al menos tan graves como aquellos que acechaban al Imperio otomano. La expansión de Rusia en el Cáucaso les había salido cara. Los Tratados de Gulistán (1813) y Turkmanchai (1828) los forzaron a abandonar la reivindicación de Georgia y Armenia y a ceder a los rusos gran parte de Azerbaiyán. El crecimiento del poderío marítimo de Gran Bretaña en el golfo Pérsico no podía por menos que inquietarlos. Estimulaba la rebeldía de las grandes tribus del sur y amenazaba con quebrar la lealtad de sus comunidades costeras, como Mohammerah, cuyo gran jeque era de etnia árabe. Al fin y al cabo, incluso a finales de siglo, se llegaba mucho más rápidamente a Teherán atravesando el mar Negro y el Caspio en barco desde el Golfo y dirigiéndose luego al sur hasta llegar a la capital que directamente por carretera. Cuando en 1856 Naser al-Din tomó Herat (que estaba en el Afganistán actual, pero que era una de las posesiones más preciadas de los sahs), los británicos le obligaron a soltar la presa bombardeando Bushehr y enviando tropas a Mohammerah. Ningún sah podía permitirse el lujo de menospreciar el riesgo de que una derrota a manos del extranjero o la pérdi-

da de una provincia destruyera su prestigio y deshiciera los lazos que mantenían unido su imperio multiétnico.

Bajo Naser al-Din (r. 1848-1896) se hicieron algunos intentos de reforzar el poder del sah. El modelo otomano de la reforma Tanzimat fue influyente[582]. Se fundó un colegio universitario para difundir el conocimiento occidental y engendrar una nueva clase administrativa. Ahora bien, esta breve etapa de «reforma» coincidió con el auge de los babis, musulmanes disidentes, algunos de los cuales denunciaron la corrupción gubernamental. Cuando uno de ellos intentó asesinar al sah, el movimiento fue aplastado y el sah y los ulemas cerraron filas. El ministro encargado de la reforma fue condenado primero al olvido político y luego al físico. No obstante, aunque la autoridad del sah seguía sin tener más remedio que depender de la hábil manipulación de las comunidades y de los intereses, poco a poco aparecieron síntomas de una organización política más unificada. La frontera con los otomanos se decidió por fin en 1847, el control de Teherán sobre Sistán y Baluchistán fue reafirmado en 1866, y la frontera con Afganistán se estableció en 1872[583]. La influencia del islam chií —principal fuente de identidad cultural— se vio reforzada, en parte como consecuencia de la lucha contra los babis[584]. El radio de acción de la burocracia se amplió poco a poco, y la ley estatal reemplazó a la *sharia* en cuestiones de propiedad[585]. El telégrafo vinculó a Teherán con algunas de sus provincias. Las exportaciones de opio trajeron una mayor prosperidad a la parte occidental del país. No obstante, al llegar la década de 1870, ya había indicios ominosos de que se avecinaba una crisis.

El avance de Rusia fue el aviso más obvio. En 1859-1860 el ejército del zar estaba en el Turquestán. En 1866 Tashkent fue anexionado. En 1873 los rusos se encontraban en Jiva, frente a los dominios nororientales del sah y la ciudad santa de Mashhad. Naser al-Din disponía de pocos medios con los que resistirse. Sus ingresos estaban cayendo a la vez que los precios es-

taban atrapados en una espiral inflacionista. Viajó a Europa para obtener nuevos apoyos. La necesidad de dinero en mano le condujo a hacer un trato sensacional, la «concesión de Reuter». En virtud de los términos del pacto, los derechos generados por los beneficios de cualquier empresa nueva —ferrocarriles, minerales, obras de regadío, fábricas— en cualquier parte del país se cedían a un empresario extranjero (Julius Reuter, fundador de la agencia de noticias) a cambio de 40.000 libras esterlinas en efectivo. El furor que esto desató y la apresurada retirada del pacto pusieron de manifiesto lo lejos que estaba el sah de haber reforzado oportunamente las defensas de Irán. En su lugar, emprendió lo que más tarde acabó por considerarse un rumbo arriesgado aunque inevitable: permitir que los intereses comerciales extranjeros entrasen en el país. Quizá calculó que una cosa equilibraría la otra. Desde luego, era cierto que el antagonismo anglorruso era la mejor garantía de que ninguno de los dos países pudiera dominar a Irán. También lo era que la posición geoestratégica de Irán y su organización política descentralizada, así como el poder de su élite religiosa, convertían a este país en un hueso duro de roer. No obstante, pronto se comprobaría si los Qayar y la independencia iraní serían capaces de sobrevivir a las tensiones de la intrusión extranjera en un país en el que a los occidentales apenas se les había visto[586].

A mediados del siglo XIX muchos otros Estados afroasiáticos se enfrentaban al mismo desafío que China, Japón y el Imperio otomano, entre ellos Abisinia (la actual Etiopía) y Siam (la actual Tailandia). Temían que los invadieran y perder territorios fronterizos precariamente gobernados en los que apenas ejercían ya poder. Desconfiaban de los motivos de los comerciantes europeos. Estaban ansiosos por modernizar sus ejércitos y (necesariamente) sus fuentes de ingresos. Esperaban poder enfren-

tar a los europeos entre sí y conservar su libertad a través de medios indirectos. Juguetearon con métodos de desarrollo dirigistas, a veces otorgando permisos a concesionarios procedentes de Europa o alentando la inmigración. Todos ellos se enfrentaban al dilema de que al introducir cambios radicales en Estados en los que el poder central era débil se arriesgaban a terminar sumidos en el caos y la revuelta, lo que aumentaría el peligro de intervención exterior. Todos ellos se enfrentaban a la realidad de que, hacia la década de 1880, el abismo entre los recursos tecnológicos, financieros y demográficos de Europa y los de Afroasia parecía estar aumentando rápidamente. A partir de 1880, la carrera contra el tiempo entró en la recta final.

6

Los límites del imperio

6. Soldados franceses en Tientsin (Tianjin) durante la Rebelión de los bóxers

A partir de 1880, las fronteras de la Gran Europa avanzaron como si el sometimiento definitivo del mundo no occidental fuera solo cuestión de tiempo. El signo más evidente fue el veloz reparto de aquellas partes del globo que se habían librado de las atenciones de los colonizadores europeos en décadas anteriores. El caso más claro fue el de África, repartida entre Gran Bretaña, Francia, Italia, Portugal, España, Alemania y el rey belga (que tenía una inmensa participación en concepto de feudo privado) a través de una asombrosa sucesión de acuerdos a partir de 1884. Ahora bien, África no fue un caso aislado. En el Sudeste asiático y en el Pacífico sur se produjeron otros repartos. Por lo demás, el avance de la Gran Europa no fue meramente territorial: se produjo de la mano de una enorme ampliación del comercio internacional y de un incremento espectacular (a partir de unos comienzos modestos) de la cantidad de capital exportado a regiones hasta entonces consideradas demasiado arriesgadas o demasiado poco rentables; coincidió con un incremento colosal en la salida de emigrantes de Europa, la mayoría de los cuales se dirigía a América del Norte o a Sudamérica, pero dejando atrás un remanente lo bastante amplio como para proporcionar una punta de lanza constituida por colonos en el África tropical y en Asia, así como una cabeza de puente mucho mayor en el Asia rusa septentrional; desencadenó y extrajo fuerzas de la reafirmación, mucho más intensa que nunca, de la misión cultural de Europa de convertirse en motor del progreso material en el mundo entero y también en su fuente de verdad religiosa y filosófica. Los europeos eran sin-

gularmente progresistas, afirmaban diversas fuentes, como consecuencia de su evolución física, social o religiosa. Ese fue el fuero de su «supremacía racial». Por último y no menos importante, la expansión de la Gran Europa por territorios afroasiáticos que en épocas anteriores habían sido demasiado remotas o resistentes, parecía constituir un tributo a la primacía científica y tecnológica europea. A finales de siglo, el «abismo de saber» existente entre los europeos y (la mayoría de) los demás parecía haber aumentado en lugar de reducirse. Antes de que el mundo no occidental hubiera empezado a explotar el carbón y el vapor, algunas partes de Europa ya estaban entrando en la segunda Revolución industrial de la electricidad y la química.

El resultado fue la imposición, por vez primera en la historia universal, de una jerarquía global de poder material, económico y cultural. Esa jerarquía operaba a través de un conjunto de instituciones, prácticas y creencias convencionales que en gran medida se mantuvieron vigentes hasta la Segunda Guerra Mundial. El mundo de 1900 era imperial hasta un grado que hubiera sido inconcebible en una fecha tan tardía como 1860: un mundo de imperios territoriales que abarcaban gran parte del planeta, y de imperios comerciales informales, tratados desiguales y privilegios extraterritoriales (para los europeos), y de guarniciones y cañoneras para imponérselos al resto del planeta. Conceptos de derecho internacional (inventados en Europa) impugnaban las aspiraciones a la soberanía (y justificaban la intervención extranjera) a menos que el Estado en cuestión tuviera un «nivel de civilización» aprobado en Europa. En la teoría económica, y cada vez más en la práctica, este mundo imperial presuponía una división del trabajo. Las potencias imperiales también eran (en grados diversos) potencias industriales. Exportaban (o intentaban exportar) bienes manufacturados, inversiones de capital, saber técnico y personal cualificado. El papel de las colonias y de los países «semicoloniales» (como China o Argentina) consistía en producir los comestibles, las materias primas y las mercancías que el mundo industrial deseaba, y

aceptar a cambio sus productos manufacturados y su capital, orden económico que conllevaba la imposición del libre comercio frente a los intereses locales y sus mercados cautivos. Demográficamente, el mundo imperial era un mundo de hombres blancos. Los europeos eran más o menos libres (cuando lo permitían las guerras y las crisis) para emigrar allí donde quisieran o pudieran ganarse la vida. Los gobernantes imperiales fomentaban la emigración de los afroasiáticos para desarrollar sus colonias y desestimaron las reivindicaciones de las comunidades locales para quedarse con sus tierras. Quizá el rasgo más palmario de este mundo imperial fuese su teoría cultural. Los europeos se convencieron a sí mismos y persuadieron a otros de que si bien las civilizaciones no europeas eran exóticas, fascinantes, románticas o hermosas, representaban en el mejor de los casos una sucesión de callejones sin salida. La vía europea era la única vía probada para acceder al «progreso moral y material», título del informe anual publicado por el gobierno de la India (dirigido por británicos).

Sabemos, por supuesto, que este potente sistema de dominación europea nunca se pudo completar y que no perduró. Un ciudadano nacido en 1890 en su unidad más poderosa, el Imperio británico, quizá hubiera vivido lo bastante para presenciar su decadencia y su colapso. Una de las preguntas fundamentales de la historia universal contemporánea es por qué entró en decadencia y se derrumbó. En gran medida, la respuesta reside en la gran crisis mundial de 1914-1945. No obstante, también podemos encontrar pistas importantes en la fase anterior. El «colonialismo global» era un concepto impresionante, pero fue construido a gran velocidad y tenía unos cimientos poco profundos. Además, lo que quizá venga más al caso, su equilibrio dependía de una serie de condiciones que no podían permanecer estables. Resultó que la diplomacia del imperialismo, al igual que su economía e ideología, contenía una «tara genética» incurable.

Visiones imperiales

A partir de 1880, se convirtió en lugar común decir que el mundo había encogido. En parte, fue una reacción ante la rápida difusión de comunicaciones veloces. En Europa y Norteamérica la navegación a vapor, el ferrocarril y el telégrafo fueron adoptados de forma generalizada a partir de las décadas de 1830 y 1840. En el transcurso de la década de 1870 ya estaban colonizando zonas nuevas e inmensas del planeta y abriendo corredores de acceso en regiones en las que era difícil (y prohibitivo) desplazarse y la información escaseaba. En 1869 la apertura del canal de Suez extendió hacia Oriente los servicios regulares de las líneas del transporte marítimo a vapor, creando así la principal vía de comunicación de la navegación comercial, que llegaba hasta Shanghái y Yokohama. Ahora los cables submarinos y descubiertos del telégrafo eran capaces de traer noticias comerciales y políticas de Asia oriental a Europa en cuestión de días y, luego, de horas. Ahora bien, en lo fundamental fue el ferrocarril el que revolucionó el concepto de las distancias. El final del siglo XIX fue la gran era del imperialismo ferroviario. Los británicos y los franceses construyeron vías férreas coloniales en África occidental, oriental y del sur a fin de conectar unos interiores agitados con sus cabezas de puente costeras. El ferrocarril transcaspio (1880-1888) trasladó el poder ruso a Asia central. El ferrocarril transiberiano (1891-1904), el mayor de todos estos proyectos imperiales, tenía como objetivo convertir el Salvaje Este ruso en una prolongación de Europa. Se planificaron otras vías de dimensiones épicas pero quedaron sin completar: el Bagdadbahn, destinada a unir Hamburgo con Basora (y el golfo Pérsico); un ferrocarril «transpersa» que vinculara a Europa con la India; y el sueño de Cecil Rhodes, una vía férrea entre Ciudad del Cabo y El Cairo

que atravesara una África dominada por Gran Bretaña. Según el gran geógrafo británico Halford Mackinder, el ferrocarril iba a transformar la historia universal. La «era colombina», en la que el poder marítimo lo había sido todo, estaba a punto de dar paso a una nueva era, la de grandes imperios territoriales prácticamente inexpugnables y que disponían de recursos inmensos[587].

Hacia finales de siglo, ninguna parte del mundo podía considerarse inmune a los efectos transformadores de la revolución de las comunicaciones. Tanto desde el punto de vista estratégico como desde el económico, el mundo se había convertido (o se estaba convirtiendo) en un espacio único. La aniquilación de la distancia fue un cliché tardovictoriano. Las peleas de familia a las que los europeos estaban acostumbrados en su atestado continente las iban a reproducir ahora a escala planetaria. Las inclinaciones pendencieras que los europeos conocían tan bien (rivalidades comerciales, roces diplomáticos y animosidad cultural) exigirían soluciones globales, no solo continentales. La sociedad internacional, un concepto europeo, tendría que ser ampliada para incluir a los Estados no europeos con los que se estaba entrando en contacto con mayor frecuencia y regularidad. Debido a todo esto, era fácil imaginar que la época tendía hacia una interdependencia universal que los librecambistas de mediados del siglo XIX (como Richard Cobden) habían considerado como la mejor garantía del progreso y de la paz generales. No obstante, este futuro «cosmopolita» (venerado por muchos pensadores liberales) estaba atravesado por una tendencia opuesta que acabaría distinguiendo retrospectivamente a la época.

Ya hemos visto en capítulos anteriores cómo la riqueza y el poder cada vez mayores del mundo euroamericano habían invadido el ámbito de muchas sociedades africanas y asiáticas. Algunas fueron conquistadas, otras fueron dislocadas y aun otras informadas de que, si no se renovaban con rapidez, sus

posibilidades de sobrevivir como Estados autónomos eran escasas. No obstante, hasta la década de 1870 aún cabía dudar de la magnitud de la transformación y de la velocidad a la que se estaba produciendo. Los recursos de Europa eran limitados. Los gobiernos europeos se mostraban reticentes a asumir nuevas responsabilidades como consecuencia de la resistencia o la rebelión en sus respectivos dominios. «Convendría que nuestros compatriotas en China entendiesen que no estamos dispuestos a asumir las responsabilidades de una segunda India», comentaba el *Times* en 1875[588]. Todavía se consideraba plausible que los Estados afroasiáticos se restableciesen por sus propios medios. Durante la década de 1870 se produjo un cambio radical. Hacia el final de la misma, los Estados de Afroeurasia que seguían siendo independientes estaban inmersos en una descomunal crisis política: en el Magreb norteafricano, en el África subsahariana, en el Oriente Próximo otomano, egipcio e iraní, en los kanatos del Asia central, en el Sudeste asiático continental y en China. Se trataba de un conjunto de Estados aparentemente fallidos, lo que un estadista coetáneo calificó de «naciones moribundas» y otro de «Estados orientales supervivientes». Sus sistemas políticos parecían encontrarse al borde del colapso. En el interior el orden se desmoronaba. Sus finanzas estaban sumidas en el caos. Eran incapaces de defender fronteras a menudo imprecisas y carecían de medios para proteger las propiedades y las personas de los extranjeros. La violencia, el bandidismo y el fanatismo religioso estaban minando el antiguo orden social. La pregunta era: ¿qué sería de ellos?

Fue la combinación de un mundo «globalizador» y la debilidad y la decadencia de los Estados no europeos la que alborotó y alarmó, sin distinción de razas y culturas, a la opinión de la época. Contribuye a explicar la sensación de urgencia con la que políticos, diplomáticos, comerciantes, colonizadores y misioneros europeos debatieron su futuro «imperial». Tres perspectivas distintas conformaron sus expectativas. El mundo, en tanto «sistema único» cada vez más unido por los eslabones

de hierro de las vías férreas y los vínculos invisibles de las finanzas y el comercio, ofrecía un espectáculo de abundancia. El comercio se ampliaría, las inversiones prosperarían y se incorporarían más territorios a la producción comercial. La esfera de influencia europea (y la religiosa no sería la menor de ellas) crecería de manera proporcional. No es de extrañar que estallara una epidemia de actividad empresarial especulativa y que aparecieran grupos de presión con el fin de recaudar fondos, hacerse publicidad y presionar a sus gobiernos para que los ayudasen. En la nueva economía internacional se podía ganar mucho dinero. La segunda perspectiva, en cambio, resultaba menos reconfortante. Junto a la impresión de un mundo accesible que ya no estaba protegido por el foso de la distancia, se hallaba el temor omnipresente de que este estuviera «llenándose» rápidamente. En 1893 el joven historiador estadounidense Frederick Jackson Turner declaró que la frontera norteamericana se había cerrado, y pronto surgieron advertencias similares de Australia y Nueva Zelanda[589]. Sin «tierras vacías» en las latitudes templadas que absorbieran sus energías, los europeos competirían entre sí por el control de los trópicos y los territorios y el comercio de las «naciones moribundas»[590]. En esos países, donde el orden local era débil, una fuerte presencia extranjera solía serlo todo. Un tratado, una vía de ferrocarril, un banco o una base creaban un protectorado virtual, un cliente diplomático o una zona de comercio exclusiva. En el orden mundial incipiente, el oportunismo y la vigilancia eran el precio de la supervivencia. No obstante, el resultado iba a ser una rivalidad cada vez más virulenta entre las potencias europeas y un riesgo cada vez mayor de enfrentamientos entre ellas.

Existía una tercera perspectiva y un tercer conjunto de inquietudes. Para los observadores japoneses, chinos, hindúes, de Oriente Próximo o africanos, el peligro residía en la arrogante facilidad con que la intromisión europea se mostraba capaz de minar su cohesión social y su autoestima cultural. Cuanto más accesibles eran sus Estados al transporte y al comercio euro-

peos, más fácil era para los intereses y la influencia extranjeros asaltar sus defensas, instalar nuevos enclaves y subvertir la autoridad local. Hasta en Asia oriental resultaba fácil prever un futuro no muy lejano en el que el comercio, el poderío marítimo, las bases militares, los «puertos de tratado» y los misioneros occidentales habrían dividido la región y trastocado su cultura, dejándola lista para ser conquistada a placer. El mundo se había vuelto pequeño, dijo el historiador japonés y experto en China Naito Konan. Europa y Norteamérica habían cercado a Asia oriental y era inminente una guerra racial[591]. Entre los euroamericanos, la perspectiva de unas relaciones económicas más estrechas con las grandes sociedades afroasiáticas suscitó inquietudes de otra clase. Puede que los europeos fuesen los amos del universo, pero la forma radical en la que se impusieron a los pueblos más «atrasados» había engendrado una «crisis en la historia universal», señaló el historiador y político James Bryce[592]. «A efectos económicos», pensaba, «la humanidad entera se está convirtiendo en un solo pueblo» en el que las «naciones atrasadas» quedarían reducidas a la categoría de una especie de proletariado no cualificado. No iba a ser fácil evitar el «antagonismo racial» que esto suscitaría, dado que a los blancos no les gustaba la idea de los matrimonios mixtos[593]. En su influyente libro *Social Evolution* (1894), Benjamin Kidd (que simultaneó la investigación social con su profesión de recaudador de impuestos) advirtió de que los europeos solo podrían mantener su posición de predominio mediante la concienzuda búsqueda de la «eficacia social», ya que ni el color, ni la ascendencia ni la capacidad intelectual constituían las claves de su primacía. La movilidad del trabajo en la nueva economía global era otra fuente de inquietud. En muchos países fundados por colonos (Canadá, los estados pacíficos de Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica), el temor a la inundación de mano de obra japonesa, china, india y africana engendró fantasías paranoicas sobre una invasión silenciosa.

Así pues, los pronósticos triunfalistas sobre la supremacía global de Europa tuvieron un corolario mucho más negativo. Sería precisa la segregación para prevenir las fricciones interraciales, la exclusión sistemática (como en la política de «Australia blanca») para impedir que los no blancos inundaran las templadas latitudes «de hombres blancos» y un riguroso control sobre los nuevos pueblos sometidos, no fuese a ser que el menor indicio de debilidad provocara una revuelta. Aun así, reflexionó Charles Pearson en *National Life and Character* (1893), seguía viéndose venir un cambio de tornas. En cuanto se hubieran ocupado todas las tierras templadas y ya no quedaran salidas para los excedentes de población europeos, sostenía, la economía comenzaría a estancarse. Y puesto que las «razas inferiores» se reproducirían mucho más rápidamente que las «superiores», el triunfo de Europa estaba destinado a ser breve. «Llegará el día, y quizá no esté muy lejos», advertía a sus lectores,

> en que el observador europeo mirará a su alrededor y verá al globo rodeado por una franja continua correspondiente a las razas negra y amarilla, que ya no serán demasiado débiles para agredir ni estarán bajo tutela, sino que serán independientes o casi, en que gobernarán, monopolizarán el comercio en sus propias regiones y pondrán límites a la industria europea; en que los chinos y las nacionalidades del Indostán, los Estados de América central y del sur, en los que para entonces predominarán los indígenas, y […] las naciones africanas del Congo y el Zambeze, sometidas a una casta dominante de gobernantes extranjeros, estén representados en las flotas de los mares europeos, sean invitadas a conferencias internacionales y solicitadas como aliadas en las disputas del mundo civilizado […] Nos despertaremos y recibiremos empujones y codazos, y quizá hasta nos veamos marginados por pueblos a los que siempre habíamos mirado por encima del hombro y creíamos condenados a atender a nuestras necesidades. El único consuelo será que esos cambios habrán sido inevitables[594].

África y la geopolítica del reparto

La ampliación de la capacidad de intrusión de los europeos a partir de 1880 fue un fenómeno universal. Ahora bien, en ningún lugar fue tan vertiginosamente veloz ni tan asombrosamente total esa expansión imperial como en el África subsahariana, el «continente oscuro» sobre cuyo interior los europeos habían tardado mucho en tener pretensiones. Ese es el motivo por el que el caso africano ha fascinado tanto a los historiadores. Más de un siglo después, la «carrera» por hacerse con África durante la década de 1880, así como el «reparto» y la «conquista» del continente, sigue suscitando emociones intensas y debates acalorados. Eso se debe, por una parte, a que resultan ofensivas para las nociones contemporáneas de justicia racial, y, por otra, a que la situación poscolonial de África ha hecho de su pasado colonial algo más dolorosamente real de lo que fue el caso en regiones más afortunadas. El dramatismo y la violencia con los que la dominación europea se impuso en África también han contribuido a fomentar la idea de que fue el ejemplo clásico del imperialismo europeo. De hecho, la expansión europea en el África tropical no fue más típica que el imperialismo comercial practicado en Hispanoamérica y China, los imperialismos de colonos de Norteamérica y Australasia o el imperialismo del dominio que crearon los británicos en el subcontinente indio. Comparado con la lucha por la supremacía imperial en las inmensas extensiones de Eurasia, lo que sucedía en África era secundario. No obstante, el caso africano nos permite ver con mayor claridad que otros algunas de las condiciones geopolíticas que favorecieron la primacía europea a partir de 1870. También podría hacer que nos preguntáramos por qué las sociedades africanas eran tan sumamente vulnerables a trastornos fomentados desde el exterior (en cuanto los europeos dispusieron de los medios y la voluntad de infligirlos) en comparación con la mayoría de sus homólogas asiáticas.

¿Qué fue lo que impulsó el gran salto adelante de los europeos en África? Sus orígenes están en la aplicación gradual a este, el menos accesible de los continentes, de los medios de pe-

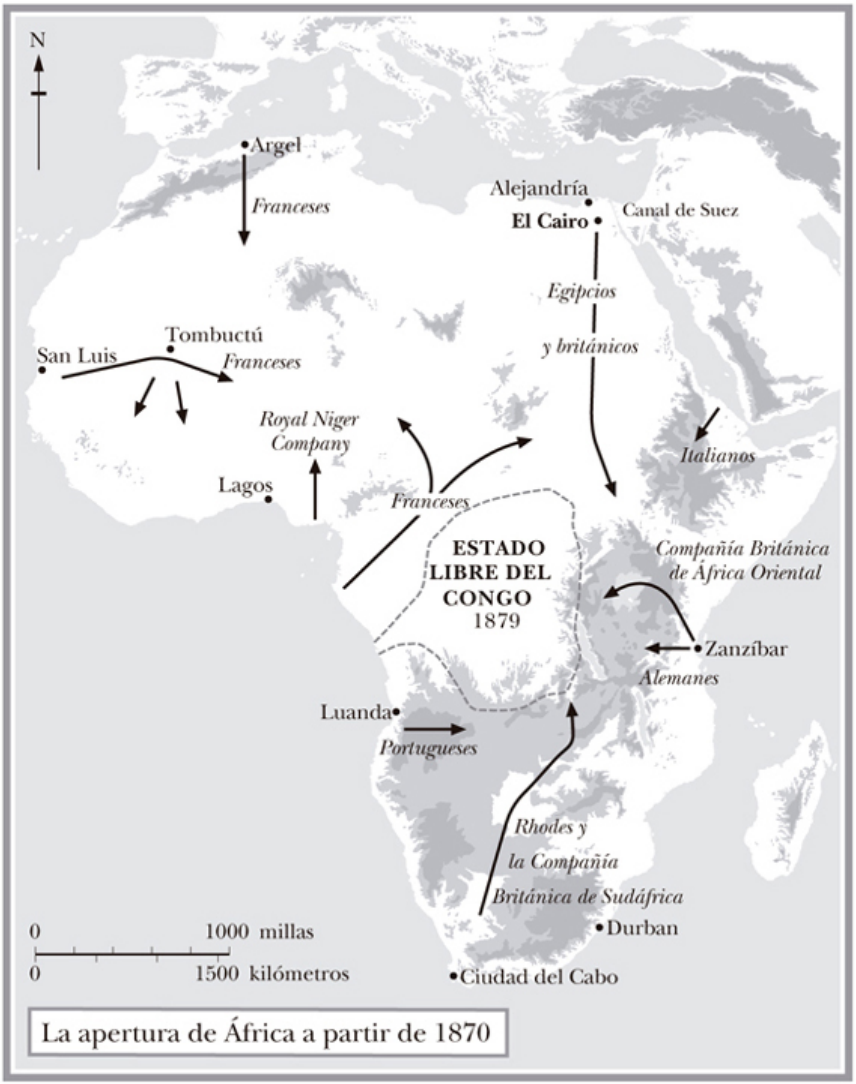
netración ya empleados en otras partes. La navegación a vapor y el ferrocarril fueron los arietes con los que los comerciantes europeos lograron romper los monopolios que las élites costeras africanas y sus aliados del interior habían intentado conservar sobre sus fuentes de recursos internas. En el oeste, el este y el sur, la década de 1870 fue una época en la que los europeos estaban elaborando planes para penetrar más en el interior. En eso no estaban solos. Los egipcios (en el sur del Sudán moderno) y los zanzibareños (en la región de los Grandes Lagos) también esperaban crear nuevos imperios comerciales. Lo que hizo parecer viables (y potencialmente rentables) estas empresas no fue solo una nueva y oportuna tecnología de transporte. También influyeron otros tres factores. El primero fue la forma en que el tráfico cada vez mayor en las grandes rutas comerciales próximas a la costa africana estaba reduciendo el coste de incorporar su comercio a los principales circuitos globales. Esto resultaba especialmente obvio en África oriental, donde el canal de Suez y el tráfico mucho más intenso que había entre Europa y Asia produjo una revolución comercial en el océano Índico y la costa de África oriental[595]. Y lo mismo sucedía en el oeste y en el sur. El segundo gran factor fue la disponibilidad de dinero. En la década de 1870 el desarrollo de la maquinaria financiera europea (sobre todo en Londres) hizo que fuera mucho más fácil que antes reunir las sumas necesarias para lanzar una ofensiva especulativa en territorio poco conocido. Entre las clases acaudaladas europeas, la costumbre de invertir en el extranjero arraigó cada vez más y se practicó más ampliamente. Las oscuras artes de la publicidad fraudulenta gozaron de una temporada de apogeo para exagerar las perspectivas de los paraísos más inverosímiles y embaucar a los codiciosos y los ingenuos. En tercer lugar, lo que contribuyó a dar pábulo a los sueños de prosperidad fue la realidad de la bonanza material en ciertas partes de África. Durante la década de 1870, en Sudáfrica se descubrieron tanto diamantes como oro, lo que constituyó el preludio de la fiebre del oro de la década siguiente. Eso

atrajo un caudal de capital especulativo a la prospección de oro en áreas situadas aún más al norte. En cuanto Cecil Rhodes y sus amigos obtuvieron el control de los yacimientos de diamantes de Kimberley para su nuevo conglomerado, De Beers Consolidated, emplearon los beneficios para financiar la gran expedición pirata que convirtió al moderno Zimbabue y a Zambia en un inmenso imperio privado, dominio de su «Compañía Británica de Sudáfrica»[596]. En Gran Bretaña había mucha gente deseosa de adquirir acciones de la gran empresa de Rhodes.

Ahora bien, esta solo es una parte de la historia. La invasión paulatina de los intereses privados europeos —algunos comerciales y otros filantrópicos— y el activismo carrerista de oficiales y soldados en los confines de las zonas coloniales existentes habría engendrado una frontera de influencia y autoridad que cambiaría con lentitud. El proceso habría sido desordenado. El fracaso de los avances hacia el interior, la furiosa rivalidad comercial, las empresas corruptas, los actos de resistencia y las guerras fronterizas habrían retrasado el proceso de ocupación europea y lo habrían hecho mucho más lento que la conquista de Norteamérica, aunque solo fuese porque el peso demográfico de los europeos recién llegados era infinitamente menor. Sin embargo, no fue esta la pauta de la «carrera por África». Fue excepcionalmente veloz y (desde el punto de vista cartográfico) extraordinariamente completa. Ante todo, fue un proceso en el que los gobiernos europeos participaron activamente, aunque solo fuera acordando los términos del reparto y aceptando la obligación de imponer su dominio. La actividad local de los habitantes fronterizos europeos se vio envuelta de repente en planes diplomáticos de gran trascendencia. ¿Por qué sucedió esto?

En buena parte, la respuesta reside en los efectos colaterales de sucesos que se estaban produciendo en otros lugares. La década de 1870 fue una época de crisis en varios de los grandes Estados no europeos que abarcaban Eurasia, pero en ningún

lugar más que en el Imperio otomano, cuyas dificultades financieras ya hemos señalado. Entre 1875 y 1881, este imperio se hallaba en plena turbulencia. Quebró, fue invadido y la conferencia de paz subsiguiente redujo sus territorios. Durante varios años estuvo en duda hasta su supervivencia. Su bancarrota (en 1875) contribuyó a la caída de su dominio nominal, el jedivato (o virreinato) de Egipto, cuya emprendedora dinastía había intentado modernizar el país con una precipitación casi temeraria en torno a la gran pieza central del canal de Suez, uno de los logros de ingeniería más grandes del siglo XIX. El soberano de El Cairo se había endeudado enormemente con prestamistas europeos. Sin embargo, cuando a mediados de la década de 1870 sus ingresos decayeron, sus acreedores se negaron a seguir prestándole más dinero y, privado de liquidez, el gobierno de El Cairo declaró una mora en sus pagos[597].



La apertura de África a partir de 1870

El jedive egipcio Ismail no se atrevió a abandonar a sus acreedores europeos. Es muy posible que temiera que sus gobiernos intervinieran. Sin embargo, también estaba ansioso por reanudar tarde o temprano el programa de modernización sobre el que se asentaba su dinastía. Así que aceptó nombrar una comisión de vigilancia formada por dos europeos para que supervisaran sus finanzas y fueran recortándolas hasta recuperar la solvencia. Era un experimento arriesgado. Sin duda irritaría

a quienes iban a padecer los recortes, ofendería a sus funcionarios y a sus ministros y minaría su prestigio. Y en un país musulmán, además, alimentaría las sospechas (la sede del mayor centro de enseñanza islámico del mundo estaba en al-Azhar) en torno a un complot de los infieles para hacerse con el poder político. Poco tuvo de sorprendente que la comisión descubriera enseguida que se hacía caso omiso de sus «reformas». Sus protestas animaron a los gobiernos de Londres y París a exigir un régimen más estricto, el llamado «Control Dual», que ellos pudieran controlar más de cerca. No obstante, la principal consecuencia fue desencadenar un movimiento popular y nacionalista contra la injerencia extranjera y los poderes autoritarios del jedive. Cuando en 1881 la comisión de Control Dual intentó reducir el tamaño del ejército, estalló una revuelta bajo el mando de un oficial carismático, el coronel Arabi.

Londres y París, por no hablar del jedive, se encontraban en un dilema. El jedive tuvo que incorporar a Arabi a su gobierno, pero era evidente que este solo podría conservar el apoyo del que gozaba si se enfrentaba al regente y ponía fin al Control Dual. Los ministros británicos y franceses estaban sometidos a la presión de sus hombres sobre el terreno y a las escabrosas advertencias de los periodistas europeos: en 1881-1882 solo el *Times* publicó casi setecientos artículos acerca de la «crisis» en Egipto. Arabi encabezaría un régimen fanático; la propiedad extranjera estaría perdida; los préstamos no se recuperarían nunca. La minoría cristiana sería perseguida (o peor) por el populacho musulmán. En Londres otros dos factores pesaban sobre la reflexión ministerial. Si bien existían pocos indicios de que el canal de Suez corriera peligro directo, su valor estratégico era ya incalculable como ruta decisiva para el transporte de tropas británicas a la India en caso de estallar una segunda Rebelión (y el recuerdo de la primera seguía muy fresco). En segundo lugar, para los funcionarios británicos que dirigían el gobierno de la India y que consideraban el fanatismo islámico como la máxima amenaza para su Raj angloindio, una revuelta

triunfante contra la influencia europea a lo largo de la ruta principal para llegar a la India representaba un desafío inaceptable a lo más importante de todo: su prestigio. Aquello podría hacer saltar la chispa de una conflagración mucho mayor[598].

Un cóctel de argumentos políticos, financieros y estratégicos condujo al gobierno liberal de Gladstone primero a adoptar la torpe iniciativa de bombardear Alejandría (para intimidar a Arabi) y después a invadir Egipto abiertamente en septiembre de 1882 (los franceses decidieron no tomar parte). Arabi fue derrotado y se vio obligado a exiliarse. La autoridad del jedive fue confirmada, aunque le cortaron las alas. Se impusieron asesores británicos y se redactó una nueva constitución por sugerencia británica. En 1883, Evelyn Baring (de la conocida familia de banqueros del mismo nombre) llegó para supervisar la retirada británica en cuanto las condiciones fueran estables. No obstante, hacia el final de la década, los británicos habían decidido quedarse de forma indefinida, y el propio Baring permaneció en Egipto durante veinticuatro años. Egipto se había convertido en un «protectorado velado» en el que los británicos fingían que la ocupación era temporal y se limitaban a asesorar al gobierno egipcio. En realidad su control estaba asegurado por una guarnición en El Cairo y por su poderío naval en el Mediterráneo oriental.

Para el gobierno británico, estar atrapado en Egipto era hipotecar su futuro (esa fue la principal razón de que se pospusiera durante tanto tiempo la decisión de quedarse). Al resto de las grandes potencias les irritó enormemente la forma en que Gran Bretaña se había apoderado de una de las provincias más grandes del Imperio otomano (teóricamente, ese era el caso de Egipto). El aislamiento como consecuencia de lo de Egipto suponía correr el riesgo de que los intereses británicos en otras partes sufrieran graves daños colaterales. Tampoco una pronta retirada habría sido una solución fácil. Los británicos necesitarían el acuerdo activo de las potencias europeas que tenían voz

y voto en la junta que administraba la deuda egipcia. Sin una rápida reforma financiera, la crisis egipcia empeoraría y Londres se enfrentaría a un dilema desagradable: optar entre abandonar Egipto (y los intereses británicos) o atrincherarse allí, a despecho de contrariar a las grandes potencias. Para escapar de su inminente «cautiverio en Egipto» (a los contemporáneos les deleitaban las alusiones bíblicas), los británicos adoptaron la política del apaciguamiento. Ofrecieron concesiones allí donde menos (les) importaba. En ciertas partes de África occidental, del este y del sur, donde habían asumido el predominio informal por defecto, admitieron las reivindicaciones francesas y (sobre todo) alemanas. También aceptaron que se estableciera un nuevo conjunto de reglas para decidir la distribución de las zonas reivindicadas cuando estuvieran en litigio. En la Conferencia de Berlín de 1885 (la sede es significativa), se estipuló la «ocupación efectiva» como criterio fundamental a la hora de atribuir derechos. Para reducir el riesgo de conflicto comercial, se declaró una zona de libre comercio en las cuencas del Níger y del Congo[599].

El «acuerdo» africano bastó para disminuir la fricción diplomática en torno a Egipto y dividir a los críticos de Gran Bretaña, pese a que la ocupación siguió siendo una fuente de bochorno para los británicos hasta que en 1904 estos sobornaron a los franceses reconociendo su predominio en Marruecos. Parece harto improbable que sus autores esperasen consecuencias drásticas de ninguna clase, y menos en África. Es muy posible que creyeran que, exigiendo como condición la «ocupación efectiva», retrasarían indefinidamente la extensión formal de la dominación europea al interior africano. De hecho, su fórmula se convirtió en el pistoletazo de salida para la división del continente. Los motivos tuvieron poco que ver con una política deliberada por parte de los gobiernos europeos. No habría sucedido gran cosa de no ser porque ya había aspirantes a constructores de imperios in situ, decididos a obtener riqueza, publicidad y fama con independencia de lo que pensara el lejano

mundo oficial. La única gran excepción fue el rey de los belgas, Leopoldo II. Sin embargo, hasta su «Estado Libre del Congo», cuyas pretensiones sobre la cuenca del Congo logró que las demás potencias aceptaran en 1884-1885 (quizá porque así se solucionaba el problema de a quién otorgársela en caso contrario), era un imperio privado de su propiedad personal, no del Estado belga. En otras partes de África, las «reglas de Berlín» se convirtieron en un incentivo para que las ambiciones territoriales de los aventureros europeos obtuvieran el respaldo de sus gobiernos. La lógica de dichas reglas era sencilla. En cuanto se excluía a los demás europeos, era mucho más fácil para esos aventureros imponer su voluntad a las comunidades africanas cuyas tierras, trabajo y comercio codiciaban. La verdadera sorpresa fue lo fácil que les resultó presionar a los gobiernos de la metrópoli para que apoyasen sus reivindicaciones.

Desde mediados de la década de 1880 hasta alrededor de 1900, la «rebatiña» (término acuñado al parecer por el periódico *The Times* en septiembre de 1884) se desarrolló a una velocidad de vértigo. A lo largo de una inmensa franja del África occidental situada entre el desierto y la selva, un grupo de oficiales de marina franceses bajo el mando del comandante Louis Archinard, fundó con sus tropas de color un feudo militar que derrotó o absorbió a todos los Estados africanos que encontró a su paso[600]. Haciendo caso omiso de las airadas quejas de París, esta camarilla militar, los *officiers soudanais,* conquistaban primero y pedían permiso después[601]. Retaron a los políticos a que desautorizaran sus triunfos. Las noticias que publicaba sobre su heroísmo la prensa popular y la debilidad gubernamental ante una Asamblea Nacional dividida bastaron para lograr que no se les ordenara retirarse y así cayeran en desgracia. Entretanto, en la parte inferior del valle del Níger, un duro soldado británico convertido en empresario llamado George Goldie había convertido una compañía familiar en vías de hundirse en un nuevo tipo de empresa. Una competencia intensa (gracias a la aparición de la navegación a vapor) y una brusca caída en el

precio del principal producto de exportación del África occidental, el aceite de palma (cuyo precio se redujo a un tercio de su valor habitual a finales de la década de 1880), habían convertido el control de la oferta en la clave de la supervivencia[602]. En 1886, tras presionar sin descanso al gobierno londinense, Goldie obtuvo una cédula real, una licencia de hecho para ejercer un mínimo de control administrativo en partes del sur de Nigeria (como luego se denominaría) en las que comerciaba su empresa. Goldie convirtió su «Royal Niger Company» en una potencia regional dotada de un ejército privado y de artillería ligera traída de Inglaterra[603]. A partir de entonces fue cuando pudo tasar con impuestos a los comerciantes africanos rivales e imponer un monopolio casi total en el comercio de aceite de palma, principal fuente de ingresos de la región. No pasó mucho tiempo antes de que el ejército de la Compañía, bajo el mando de otro exoficial con amplia experiencia en África, Frederick Lugard, comenzase a librar escaramuzas con los *officiers soudanais* en los distritos noroccidentales de la moderna Nigeria.

En África occidental, los intrusos europeos lograron reunir la potencia de fuego suficiente para penetrar en el interior desde la costa y derrotar a sus adversarios locales, a veces por márgenes muy estrechos. Sus adversarios africanos hacían un uso muy hábil del fuego como arma de guerra, advirtió Goldie a sus oficiales, y lo utilizarían para expulsarlos si tenían ocasión[604]. Frente a un ejército africano de 30.000 hombres, «lo único que nos salvó de ser aniquilados fueron los cañones de doce y nueve libras», informó a Londres unas semanas después[605]. En África oriental (región mucho más aislada antes de 1870), los europeos podían explotar el hecho de que el sultanato de Zanzíbar (una dinastía árabe del Golfo) estuviera sumido en una crisis política en el mismo momento en que el acceso a la región se había vuelto más fácil y más barato como consecuencia de la nueva ruta de Suez. Los viajes, muy publicitados, y la muerte, aún más publicitada, de David Livingstone (el san-

to misionero de la Gran Bretaña victoriana) convirtieron el comercio de esclavos en África oriental y a sus practicantes árabes en el centro de la atención humanitaria. El sultán de Zanzíbar se vio obligado a ilegalizarlo. En Escocia, sobre todo, existía un deseo ardiente de honrar la memoria de Livingstone llevando «el cristianismo, el comercio y la civilización» (su célebre fórmula) al escenario de sus últimos grandes viajes por las modernas Uganda y Malaui. William Mackinnon, empresario con sede en Bombay, constituyó una compañía que presionó con éxito al gobierno para obtener una cédula en 1888. Ahora bien, el poder cada vez más reducido del sultán de Zanzíbar ya había animado a comerciantes alemanes como Carl Peters a obtener el apoyo de Bismarck para una «zona de protección» acordada con los británicos en 1884-1885. La compañía de Mackinnon intentó obtener beneficios (sin éxito) en Uganda, donde se desarrollaba una furiosa guerra civil entre conversos musulmanes y cristianos. Después de más presiones frenéticas de los *lobbies,* que se vieron asistidas en parte por el temor del gobierno británico a que todo el «imperio» de Zanzíbar acabase en manos de los alemanes y los franceses, en 1895 se declararon territorio británico dos nuevos protectorados que abarcaban la moderna Uganda y Kenia. África oriental había sido repartida.

En África del sur y central, la rebatiña fue en gran medida obra de dos magnates impacientes. En el Estado Libre del Congo de Leopoldo, una banda políglota de oficiales de media paga (belgas en su mayor parte) y vagabundos se dispuso a extender su dominio sobre una franja colosal del tamaño de Europa occidental. Para darle a su régimen un barniz de respetabilidad, Leopoldo intentó contratar como gobernador a otra celebridad victoriana, el soldado evangélico Charles «Chino» Gordon (que prefirió irse a Jartum). Ahora bien, el verdadero objetivo del caótico «gobierno» de Leopoldo era coaccionar a la población para que recogiera marfil y caucho (dos productos muy rentables). Pasaron más de veinte años antes de que la aterradora brutalidad genocida desatada por este régimen (puede que unos

diez millones de congoleños murieran como consecuencia directa e indirecta de su implantación)[606] obligara a poner fin al Estado privado de Leopoldo y a reorganizarlo como colonia bajo la dirección del gobierno belga[607].

Cecil Rhodes tenía unos objetivos mucho más ambiciosos, y utilizó métodos menos toscos. Rhodes estaba más que dispuesto a comprar las influencias que necesitaba (las juntas directivas de sus empresas estaban llenas de lores con problemas de liquidez), a engañar al inversor y a recurrir a la fuerza bruta contra toda comunidad africana que se resistiera a su poder. Su empresa libró guerras tanto contra los ndebele como contra los shona en lo que hoy en día es Zimbabue, y se apoderó de tierras africanas para él y sus seguidores (así fue como se repartió gran parte de la actual Zimbabue)[608]. Ahora bien, Rhodes no aspiraba solo a una mera rebatiña por tierras o a su propio enriquecimiento. Estaba decidido a unificar casi todo el sur de África en un único gran Estado llamado «Sudáfrica británica». Y no solo buscaba imponer la autoridad de Londres, pues lo que pretendía Rhodes era que los colonos blancos de origen y cosmovisión británicos tuvieran el control y convirtieran aquel enorme subcontinente en un «país de hombres blancos» como Canadá (o como el ejemplo supremo, por el que Rhodes sentía una enorme atracción: Estados Unidos). No obstante, sin la ayuda de Londres, Rhodes carecería en última instancia de la fuerza para imponer su plan a sus adversarios locales: dos repúblicas bóeres que tenían voluntad y medios para luchar en defensa de su libertad.

El extraordinario curso que siguió la rebatiña africana suscita toda una serie de interrogantes. Para empezar, ¿por qué creyeron los gobiernos europeos que tenían derecho a proponer reglas para el gran latrocinio de África? Al fin y al cabo, no habían diseñado ningún programa semejante para Oriente Próximo, China o Hispanoamérica. Gran parte de la respuesta tiene que residir en su actitud hostil hacia los Estados y culturas afri-

canas. Del interior africano se sabía poco, y la mayor parte de lo que se sabía reflejaba los prejuicios interesados de los misioneros, exploradores y hombres de negocios dudosos que allí hicieron carrera. Se pueden aportar argumentos convincentes para sostener que gran parte de lo que relataban los viajeros como verdadero acerca del «continente oscuro» era el fruto imaginario de mentes enturbiadas por el alcohol, las drogas (el cóctel de medicamentos necesarios para prevenir enfermedades) y atiborradas de sueños de gloria y oro[609]. A ningún regente africano (con la posible excepción del emperador cristiano de Etiopía) se le consideraba capaz de ejercer todas las funciones de la soberanía. Al contrario, la suposición de que los Estados del interior estaban sumidos en un caos de barbarie donde florecía la esclavitud y la civilización se había estancado estaba muy extendida. Según las «reglas de Berlín», las potencias europeas que hicieran valer sus derechos tenían la obligación de suprimir la una y fomentar la otra. No obstante, esto no explica por qué los gobiernos europeos estaban dispuestos a permitir que comerciantes y soldados fronterizos les metieran en compromisos que no solían ser de su agrado alegando (ciertos) riesgos y gastos.

En este caso la respuesta es triple. En primer lugar, los intereses fronterizos eran extremadamente hábiles en el arte de presionar a sus gobiernos a través de sus patrocinadores de la metrópoli. Se aprovechaban de los sentimientos religiosos y humanitarios, así como de la emotividad patriótica y la codicia comercial. Pusieron el dedo en la llaga de la ansiedad económica en una época de descenso de los precios que se prolongó hasta mediados de la década de 1890. Explotaron al máximo los nuevos medios de publicidad que ofrecía la prensa popular (como *Le Petit Journal,* que tenía un millón de lectores)[610]. Como solían controlar la poca información existente, a menudo resultaba difícil poner en entredicho su versión de los acontecimientos. En manos de un maestro como Rhodes, todo esto se combinaba con un asombroso talento para obtener el apoyo de

gente de alcurnia, con frecuencia gracias a una generosa distribución de acciones de sus empresas. El segundo factor es financiero. Es dudoso que incluso obrando con suma habilidad, los *lobbies* hubieran logrado sacarles fondos a los gobiernos de la metrópoli. Si la expansión de las fronteras se hubiera traducido en grandes sumas de dinero a expensas del contribuyente, sus beneficios se habrían puesto en entredicho, los políticos habrían sido más precavidos y la controversia hubiera sido mucho mayor. Tal como fueron las cosas, la ocupación de África resultó ser asombrosamente barata, y esa fue una de las razones por las que el entusiasmo público, en lugar de decaer, aumentó a en el transcurso de la década de 1890. Los imperios privados de Leopoldo y Rhodes no le costaron nada al contribuyente. Las conquistas de los *officiers soudanais* en el África occidental incorporaron al imperio francés más de cinco millones de kilómetros cuadrados por un precio equivalente a cinco millones de libras esterlinas[611]. En tercer lugar, puede decirse en buena medida lo mismo de las perspectivas de guerra. A pesar de la agresividad verbal con la que solían debatirse en público los conflictos de intereses entre las distintas colonias, quedaba sobreentendido que estos nunca podían llevarse tan lejos como para correr el riesgo de provocar un conflicto europeo. Incluso la larga lucha de Francia por desbancar a los británicos en Egipto partía del supuesto de una solución diplomática: el apoyo alemán en una conferencia internacional para «resolver» la cuestión egipcia[612]. Si bien no llegó a materializarse y una expedición francesa al Alto Nilo se topó con el ejército de Kitchener en Fashoda a finales de 1898, el tufillo bélico bastó para provocar un humillante repliegue por parte de Francia[613].

Los dos últimos puntos requieren un examen más a fondo. ¿Por qué resultó tan barato ocupar el interior africano? ¿Por qué no vendieron más cara su independencia los regentes africanos? Sería imprudente generalizar, y seguimos sabiendo poco acerca de la mayor parte del África precolonial, pero existe un amplio consenso entre los historiadores sobre un hecho

fundamental. En casi toda el África subsahariana la población era muy escasa, lo que dejaba inmensas franjas de tierra deshabitadas y sin explotar. Es posible que esto se debiera a un entorno inusitadamente hostil, al impacto del comercio de esclavos y a los efectos de las enfermedades. Las consecuencias fueron decisivas. En el África precolonial, la construcción de Estados era una tarea excepcionalmente ardua. En cualquier parte del mundo era difícil de por sí recaudar impuestos entre súbditos reacios. Pero allí donde rebelarse no exigía sino marcharse para formar una comunidad escindida, el bando negativo tenía todas las de ganar. Salvo en ciertas localidades favorecidas (como determinadas partes del África occidental), donde los gobernantes podían estrechar su control sobre el comercio, desde el punto de vista europeo, en África los Estados seguían siendo pequeños y débiles. Estaban mal situados para explotar el crecimiento del comercio internacional. Casi ninguno de ellos disponía de los medios para adquirir armas modernas o reunir fuerzas lo suficientemente poderosas como para repeler un ataque europeo decidido. Para colmo de males, quizá, la típica ausencia de una unidad política o cultural más amplia exponía a los gobernantes africanos a una debilidad insidiosa. En casi todos los enfrentamientos, a los invasores europeos les resultaba muy fácil encontrar aliados locales. En lo que acabaría convirtiéndose en el África occidental francesa, los *officiers soudanais* forjaron su Estado guerrero con un ejército de soldados negros a los que pagaban con esclavos. De ahí que costara tan poco. En el África oriental británica, fueron los guerreros masai los que ayudaron a coaccionar a los kikuyu y embu a cambio de una parte del ganado capturado[614]. Para los gobernantes africanos, lo mejor que cabía esperar era que conservaran cierto grado de autonomía local. Sus posibilidades mejoraban mucho en este aspecto si lograban mantener la lealtad de sus súbditos y seguidores y llegar a acuerdos razonables con sus nuevos «soberanos» europeos. En el norte y el oeste de Nigeria, así como

en Buganda (parte de la moderna Uganda), los soberanos precoloniales consiguieron hacerlo con llamativo éxito.

Pero ¿por qué estaban tan poco dispuestas las potencias europeas a enfrentarse entre sí por sus imperios africanos? El reparto de África fue (al menos para los europeos) pacífico. Hubo diplomacia malhumorada, debates furiosos en la prensa y muchos insultos y amenazas por parte de sus representantes in situ. No obstante, los europeos no se enfrentaron entre sí. Los gobiernos de la metrópoli hacían un doble juego. Les inquietaba la posibilidad de ofender a los poderosos *lobbies* colonialistas o que se les acusara de debilidad ante las reivindicaciones territoriales de sus rivales, y nunca faltaron políticos deseosos de promocionarse agitando la bandera imperial. Había quienes creían que sin una cuota adecuada en el futuro reparto del planeta la decadencia sería inminente. No obstante, para todos los gobiernos europeos el mantenimiento del equilibrio continental del poder era una prioridad mucho mayor que cualquier aventura colonial. La visión que tenían de Europa era profundamente conservadora. Se negaban a creer que, de estallar una crisis, ningún imperio africano merecería correr el riesgo de una conflagración europea, de la que ninguno de ellos consideraba probable que se beneficiara. Estaban dispuestos a contemplar la posibilidad de una esfera colonial en África, pero con la estricta condición de que no representara amenaza alguna para su seguridad en Europa. También estaban decididos a que, en la medida de lo posible, las disputas territoriales de sus representantes sobre el terreno se solucionaran pacíficamente en Europa y no mediante la fuerza in situ. Tuvieron éxito debido al consenso de los diplomáticos de que, aparte de Suez y Ciudad del Cabo (donde solo los británicos estaban dispuestos a luchar), lo que estaba en juego en África era invariablemente poco. Por encima de todo era una cuestión de ajustar cuentas con los *lobbies.* Así que aunque los europeos hubieran librado guerras por el reparto de las Américas, y amenazaban periódicamente con hacerlo a cuenta de Oriente Próximo, se repartieron

África con sorprendente cordialidad. Eso tuvo dos consecuencias decisivas. Redujo las posibilidades de que los líderes africanos explotaran las diferencias entre los europeos y por tanto prorrogasen su libertad, y significó que, una vez establecidas, las fronteras coloniales no tenían que ser defendidas (hasta la Primera Guerra Mundial) de ningún adversario europeo.

La rebatiña por África fue el caso más evidente del creciente apetito de Europa por la supremacía global y de la irresistible energía que era capaz de desplegar en esa tarea. Ahora bien, fue también una paradoja. Para empezar, los gobiernos europeos mostraron poco entusiasmo por ampliar su control sobre el interior africano. Respondieron a regañadientes al clamor de los *lobbies.* En segundo lugar, una vez establecidas sus esferas de influencia, se conformaron con poco más que el control nominal sobre los pueblos y las áreas situadas en los mapas establecidos por los tratados. No vieron necesidad inmediata alguna de ganarse la lealtad de los africanos o de construir un patriotismo colonial. El Estado colonial siguió siendo un Estado superficial: gobernado con escasa seriedad por un puñado de extranjeros, muy dependiente de los «colaboracionistas» locales, cuyos abusos de poder, cuando se descubrían, apenas podían controlarse. En tercer lugar, la «misión civilizadora» (el estandarte ideológico que justificó la rebatiña) llevaba una extraña doble vida. Es posible que (en Europa) su espíritu fuese fuerte; en África su carne era invariablemente débil. Esta torpe indiferencia ante las obligaciones del dominio explica en parte por qué la experiencia africana del colonialismo global fue excepcionalmente brutal. Puede que el Congo fuera un caso extremo, pero existen pruebas abundantes de que los europeos estaban dispuestos a emplear la violencia física sin pensárselo demasiado y a considerar la propiedad africana como un contrasentido. El desprecio racial y cultural fue uno de los motivos, pero también lo fue la voluntad de los gobiernos europeos de dejar a sus súbditos africanos a merced de los intereses del comercio o de los colonos, los retoños de los *lobbies* que habían tramado el re-

parto. En un entorno difícil, donde la gente escaseaba, ninguna empresa podía sobrevivir sin explotar el trabajo de los africanos y conservarlo, por medios lícitos o ilícitos. Existía, por tanto, una simetría terrible en los motivos que hicieron que África fuese tan vulnerable primero a la conquista y luego a algunos de los regímenes más crueles ideados por los europeos en ningún lugar del mundo.

En la era del reparto hubo una parte de África donde se rompieron las reglas. Durante la guerra de los Bóeres de 1899-1902 hombres blancos lucharon contra hombres blancos. Decenas de miles de ellos, mujeres y niños incluidos, murieron de forma violenta, como consecuencia de las enfermedades o de los efectos del encierro en campos de concentración. Hombres blancos destruyeron las propiedades de otros hombres blancos, quemaron sus granjas o les robaron el ganado. También se vieron envueltos en esta guerra hombres negros y la padecieron de forma similar[615]. ¿Qué fue lo que la causó?

El sur de África había sido (y así siguió siendo durante mucho tiempo) una extraña mutación en la historia subsahariana de África. Fue el único lugar donde los europeos habían establecido una colonia permanente mucho antes del siglo XIX. Desde alrededor del año 1700, granjeros de habla holandesa (bóeres) habían ido ascendiendo desde Ciudad del Cabo e imponiendo lentamente su poder a los pueblos africanos con los que se encontraron. A finales de la década de 1830 avanzaron mediante una serie de expediciones hasta ocupar la mitad septentrional de la moderna Sudáfrica, las llanuras del *highveld.* A partir de 1870, nuevas riquezas minerales dinamizaron súbitamente esta forma localizada de colonización europea: primero se descubrieron diamantes y después, oro. Para el gobierno británico, señor de Ciudad del Cabo desde 1815, representaba la ocasión perfecta para sacar a una región atrasada de su ciclo de

costosas guerras fronterizas. Quería que Sudáfrica fuese como Canadá: un dominio federal, económicamente progresista, de cosmovisión «británica» y leal al imperio. El comercio británico prosperaría y Ciudad del Cabo sería un lugar seguro para el tráfico indio de Gran Bretaña. Ese era también el objetivo hacia el que maniobraba Rhodes y el principal motivo por el que Londres decidió respaldar sus aspiraciones sobre el moderno Zimbabue y Zambia. «Ha puesto los cimientos de un imperio espléndido», dijo con admiración lord Salisbury[616]. Ahora bien, los bóeres disidentes del interior septentrional no veían las cosas del mismo modo. Desde la década de 1850 habían gozado de una independencia casi total. A comienzos de la década de 1880, los transvaalers derrotaron una torpe tentativa británica de convertir su destartalada «república» en una colonia como tenía que ser. Durante la década de 1890, gracias a los ingresos cada vez mayores que extraía de las minas de oro del Rand, el Transvaal, que en otro tiempo había estado en bancarrota, se estaba convirtiendo en el Estado dominante de todo el sur de África. Su tenaz y bravo presidente, el excombatiente de la frontera Paul Kruger, frustró el gran plan de Rhodes y aplastó su intentona golpista, la infame incursión de Jameson (1895). Hizo gala de una considerable habilidad para dividir a la comunidad inmigrante (en gran medida británica) que había acudido en gran número al Rand y para paralizar las exigencias de Londres de que se le concediesen plenos derechos políticos. Sin embargo, cuando (en septiembre de 1899) Kruger pareció insistir en la independencia plena (es decir, en el derecho a mantener relaciones directas con potencias extranjeras), metió el dedo en la llaga. Gran Bretaña vio en ello la amenaza del desmoronamiento de su primacía regional, lo que habría tenido consecuencias desastrosas para su prestigio diplomático y su seguridad estratégica. La guerra estalló en cuestión de semanas. Cuando tocó a su fin casi tres años después, los bóeres del Transvaal y del Estado Libre de Orange se vieron obligados a reconocer que eran súbditos británicos. No obstante, en el con-

junto de Sudáfrica, los blancos seguían gobernando a los negros.

Coexistencia competitiva

El reparto de África fue la prueba más dramática de que el mundo situado más allá de Europa y Estados Unidos se enfrentaba a un futuro colonial (o semicolonial): ocupación y dominio u otras formas de dependencia económica. En el Sudeste asiático y el Pacífico sur se produjeron otros repartos que extendieron la dominación francesa, británica, holandesa, alemana y (a partir de 1898) estadounidense por todo el borde marítimo de Eurasia. A partir de 1900, la mayor parte del globo se había convertido política y legalmente en una prolongación de Europa. Parecía razonable suponer que el resto del mundo (sobre todo el Asia oriental continental y Oriente Próximo) seguiría el mismo camino antes o después. En efecto, existían muchos indicios de que tal división era inminente, en el supuesto de que las grandes potencias lograran ponerse de acuerdo sobre qué partes le correspondían a cada una de ellas.

Ahora bien, el reparto no fue el único cambio que tuvo lugar en la faz política del mundo de finales de siglo. La generación que vino después de 1880 también fue testigo de la consolidación de cuatro o cinco grandes potencias de las que se esperaba que compartieran la dominación del planeta entre sí. Dos de ellas eran recién llegadas a la etapa imperial. La más sorprendente era Estados Unidos (la otra era Alemania). Sus relaciones simbióticas con el Viejo Mundo europeo estaban estrechándose cada vez más. Un flujo cada vez mayor de emigrantes europeos llegó al otro lado del Atlántico. Italianos, polacos, rusos, judíos y muchas otras nacionalidades establecieron nexos transatlánticos con casi todas las demás partes de Europa, redoblando y diversificando la influencia europea sobre la sociedad

y la cultura norteamericanas. En el año 1900, Estados Unidos tenía la mayor población de origen europeo (82 millones de habitantes sobre un total de 92 millones, afroamericanos incluidos) de cualquier país del mundo salvo Rusia. También se había convertido en la mayor economía industrial del mundo y, en 1910, producía más hierro en lingotes y acero que Gran Bretaña, Francia y Alemania juntos. La república de granjeros independientes de Thomas Jefferson se había convertido en el hogar de inmensas plantas industriales, de la excavación de hierro y carbón, de la fabricación de textiles y acero, de la construcción de locomotoras, barcos y hasta automóviles, del procesamiento de alimentos y bebidas. Tenía una extensa clase trabajadora, parte de ella alojada en condiciones miserables que guardaban estrecha semejanza con la clase trabajadora europea, como el investigador social Jacob Riis le reveló a un público escandalizado[617]. Si bien el nivel de vida era más alto, las relaciones de clase eran menos rígidas y la movilidad mucho mayor de lo habitual en Europa; a finales de siglo se había hecho muy visible la existencia de una clase alta que estudiaba en escuelas elitistas, imitaba el estilo de vida de las clases superiores del otro lado del Atlántico y se lamentaba del populismo y la vulgaridad de la política norteamericana. También manifestaba una enigmática tendencia a casarse con personas del otro lado del «charco», creando así alianzas familiares con la aristocracia británica, una de las cuales habría de engendrar al pequeño Winston Churchill.

Estados Unidos seguía distinguiéndose por su populismo democrático y su reconocimiento abierto de la segregación racial. No obstante, en otros aspectos ahora se parecía cada vez más a un Estado europeo «normal». En torno a 1890 comenzó a dejar de ser una sociedad de la frontera con inmensas franjas de tierras sin revindicar o desocupadas. Una nueva conciencia de la limitación de los recursos naturales alentó una actitud mucho más protectora ante un entorno muy maltratado. La otra cara de la moneda fue una conciencia mucho mayor de su destino

imperial. Era una fuente de irritación que las valiosas tierras caribeñas que estaban a la vuelta de la esquina padecieran la negligente gestión de sus guardianes hispánicos, españoles europeos en Cuba o criollos locales en otras partes de América central. En la costa del Pacífico (donde existían viejos vínculos con China y Japón) había quienes consideraban California como la base de Estados Unidos en la lucha por Asia oriental y la bahía de San Francisco como el trampolín hacia el imperio[618]. La presteza con la que Estados Unidos había utilizado un presunto agravio con España para despojarla de Cuba y de las islas Filipinas durante la «espléndida guerrita» de 1898 probó que esta concepción ampliada de los intereses nacionales estadounidenses se había vuelto políticamente viable. Bajo la presidencia de Theodore Roosevelt (1901-1909) esa concepción se llevó más lejos. La preeminencia norteamericana en el Caribe se anunció sin rodeos a través del «Corolario de Roosevelt». Según este, en caso de faltas menores o moras por parte de los Estados independientes del Caribe, Estados Unidos actuaría en representación de la potencia extranjera agraviada, cuya intervención directa se consideraría muy inoportuna. Y, a instancias de Roosevelt, Estados Unidos obraría en último término como una gran potencia naval (el gran profeta del poderío marítimo, Alfred T. Mahan, era un almirante norteamericano). En 1907, la «Gran Flota Blanca» (nombre que hacía alusión al color del que estaban pintados los cascos) de la marina estadounidense emprendió un crucero muy publicitado alrededor del Pacífico[619].

De estas diversas formas, Estados Unidos estaba afirmando su condición de gran potencia mundial en pie de igualdad con los Estados europeos más grandes. Como potencia colonial (a partir de 1898) con privilegios extraterritoriales en China, sus intereses y su punto de vista se asemejaban extraordinariamente a los de Europa. Estados Unidos, según declaró el influyente historiador Frederick Jackson Turner, era «una república imperial con dominios y protectorados […] una nueva potencia

mundial»[620]. La revolución mexicana que estalló en 1910 impulsó a Washington más aún hacia una mentalidad imperial. Para forzar la destitución del dictador Huerta, en 1914 Estados Unidos ocupó el principal puerto de México durante ocho meses[621]. No obstante, las similitudes y paralelismos tampoco deberían exagerarse. La actitud norteamericana hacia el colonialismo global de Europa seguía siendo un tanto distante. Estados Unidos no había desempeñado papel alguno en el reparto de África, si bien un representante norteamericano asistió a la Conferencia de Berlín. Antes de la década de 1890 no tenía posesiones en Asia. El papel imperial asumido en 1898 suscitó una controversia política mucho más enconada que los debates coloniales que de vez en cuando estallaban en Europa. El programa naval de Roosevelt fue escatimado y obstaculizado por los escépticos en el congreso[622]. El propio Roosevelt concebía su nueva marina modelo como el socio minoritario en una alianza informal de potencias marítimas «anglosajonas». La supremacía naval de Gran Bretaña, comentó, «era la gran garantía de la paz en el mundo»[623]. En el frente económico, seguían existiendo diferencias significativas. Prácticamente no había capital estadounidense invertido en el extranjero y la mayor parte del que había se encontraba al otro lado de la frontera con México. La industria norteamericana atendía principalmente a la inmensa demanda interior y a una enorme economía de granjeros. Solo el 5 por ciento de la producción estadounidense se enviaba al exterior (la cifra británica correspondiente era del 25 por ciento). Las colonias económicas de las empresas norteamericanas estaban en el oeste y el sur de Estados Unidos, no en ultramar. No existía ningún consenso de cara a adoptar los ademanes agresivos o la preparación militar de otras grandes potencias. No obstante, lo que resultó decisivo a la hora de conformar el punto de vista estadounidense fue el asombroso crecimiento de la economía industrial norteamericana, que desencadenó el temor a quedarse fuera de otros mercados mundiales. Dado que disponía de una porción tan peque-

ña de territorio imperial, con pocas perspectivas de aumentarla, y que (en 1913) ya tenía la mayor capacidad industrial del mundo, no es de extrañar que los líderes estadounidenses llegaran a considerar cualquier reparto del mundo como algo cada vez más dañino para los intereses de Estados Unidos.

Para las perspectivas de Rusia como potencia mundial, las tres décadas que siguieron a 1880 fueron igual de fundamentales. Las historias convencionales del periodo zarista tardío son muy dadas a subrayar los fracasos del viejo régimen. El descontento campesino, una clase media débil, una industrialización demasiado apresurada y una autocracia «obsoleta» son los culpables habituales. El zarismo era una revolución anunciada. No obstante, subrayar en exceso el declive y la decadencia conduciría a una visión miope de la historia contemporánea de Rusia. Pese al impacto catastrófico de la guerra y de la revolución durante la era turbulenta que transcurrió entre 1917 y 1921, el imperio ruso no se desmoronó. Es más, logró recuperarse asombrosamente a mediados de la década de 1940, hasta alcanzar un cenit de poder que hasta el funcionario más visionario habría desechado como absurdo durante la era zarista.

Resulta tanto más sorprendente si se tiene en cuenta que antes de 1880 una parte tan grande del imperio euroasiático de Rusia era poco más que un esqueleto. La conquista imperial del Asia central musulmana acababa de empezar. En el norte de Asia oriental, Rusia había aumentado enormemente su esfera de influencia a expensas de China como consecuencia de los Tratados de Aigún y Pekín de 1858-1860. No obstante, en la mayor parte de esa inmensa región, la presencia rusa era poco más que nominal. Las reformas de 1860 no habían suscitado ninguna diferencia inmediata en lo tocante a la fuerza material de Rusia: es más, los reveses de 1877-1878 en el exterior (cuando las esperanzas rusas de una rápida victoria militar sobre el

Imperio otomano se vieron frustradas) y la disidencia política en el interior indicaban todo lo contrario. La modernización de la economía tras la abolición de la servidumbre apenas había comenzado. Dada la rapidez de los cambios en otras partes del mundo (los flujos de inversión, el volumen cada vez mayor del comercio, el veloz desarrollo tecnológico), la aspiración de Rusia a permanecer en primera fila de las potencias mundiales parecía precaria en el mejor de los casos. La opresión y el caos parecían (para la mayoría de los observadores extranjeros) la característica dominante del sistema zarista. El resultado, como dijo un joven George Curzon con toda la confianza de un futuro virrey de la India, fue una política basada en la «alternancia de bravatas y de vacilación»[624].

Y sin embargo, pese a todo, el poderío ruso aumentaba. La industrialización había tardado en llegar, pero hacia la década de 1890 crecía con rapidez. Al final del siglo, la producción rusa de carbón era unas cincuenta veces mayor que en 1860, y la de acero dos mil veces mayor[625]. En 1913 ambas habían vuelto a duplicarse. Las exportaciones rusas aumentaron bruscamente —desde alrededor de 55 millones de libras esterlinas (la media en 1881-1885) a casi 100 millones (1901-1906)—[626]. Ucrania se convirtió en una gran productora de trigo. Odessa, la ciudad fundada por Catalina la Grande a orillas del mar Negro, era el gran emporio del nuevo comercio de cereales. Una vez formalizada la alianza entre Rusia y Francia (en 1894), afluyó a Rusia una oleada de préstamos franceses para modernizarla[627]. Ahora pudieron completarse los grandes proyectos ferroviarios para conectar el interior ruso con Asia central (el ferrocarril Oranienburg-Tashkent) y el Pacífico (el transiberiano). A medida que iba avanzando el ferrocarril, tras él aparecía un ejército de colonos, de campesinos hambrientos de tierras procedentes de las aldeas superpobladas de la Rusia europea. Estos colonos rusos, granjeros y ferroviarios, se desplegaron por el sur y el este y fueron el elemento más duradero del poder asiático ruso[628]. Al llegar el año 1914, más de cinco

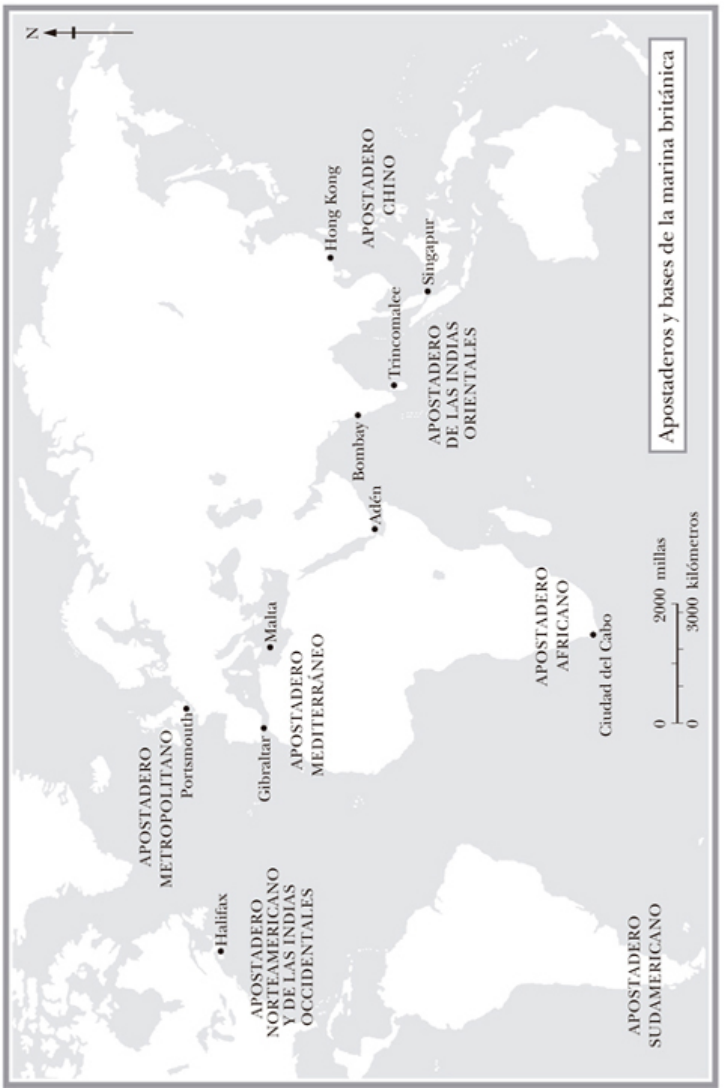
millones de rusos habían atravesado los Urales y se habían establecido en Siberia, y miles más se habían asentado en los antiguos kanatos musulmanes del Asia central rusa[629].

De esta forma gradual, antes de la Primera Guerra Mundial el régimen zarista había puesto en pie casi todos los elementos fundamentales del moderno sistema imperial ruso. Había mantenido el control sobre una Polonia rebelde, su extremo europeo, el baluarte defensivo del interior ruso y palanca para influir en la diplomacia de las grandes potencias. Ucrania se había convertido en una auténtica vaca lechera, el motor de la influencia comercial cada vez mayor de Rusia en la región del mar Negro, y la dinamo de la nueva economía de exportación de trigo. La prosperidad ucraniana y el sistema ferroviario ayudaron a reforzar el control de Rusia sobre las tierras fronterizas del Cáucaso, el puente vial para el acceso a Oriente Próximo, y (desde la perspectiva opuesta) la gran fortificación defensiva del valle del Volga, el Misisipi ruso. Antes de 1914, los yacimientos petrolíferos próximos a Bakú, en el mar Caspio, habían añadido una dimensión nueva al valor estratégico del Cáucaso. Gracias al ferrocarril, los colonos, una nueva economía algodonera y una fuerte presencia militar, Asia central quedó firmemente anclada en su papel colonial de custodiar la puerta sudeste de entrada al imperio euroasiático de Rusia. Su comercio fue cuidadosamente acordonado y convertido en un monopolio ruso[630]. Y a medida que Siberia fue colonizada y se mejoraron sus comunicaciones, el frágil control ruso sobre la costa del Pacífico se vio decisivamente reforzado[631]. Ni siquiera el desastre de la guerra ruso-japonesa (1904-1905), cuando los planes rusos con respecto a Corea y Manchuria fueron brutalmente aplastados (hubo un plan para infiltrar Corea con soldados rusos disfrazados de leñadores), logró poner fin a las aspiraciones de Rusia de convertirse en una potencia en el Pacífico o hacerle dar marcha atrás a su expansión en el norte de Asia oriental[632]. Así pues, pese a la fragilidad de su sistema imperial, su atraso tecnológico, su debilidad económica y su escaso magne-

tismo cultural[633], Rusia había hecho algo más que seguir el ritmo de las principales potencias mundiales: había seguido su propia trayectoria distintiva en el seno del colonialismo global.

En 1880, Gran Bretaña podía albergar razonablemente la pretensión de ser la primera potencia mundial, pues posiblemente fuera el único Estado con posesiones e intereses en todas partes del mundo. Su inmenso archipiélago de colonias y esferas iba del Canadá occidental a Sudáfrica y desde Suez a Hong Kong. Gran parte de ese imperio lo había ido forjando a partir de la década de 1830, y buena parte de él estaba escasamente poblado y apenas desarrollado. A lo largo de áreas inmensas, la influencia británica existía solo por defecto, ya que ninguna otra potencia tenía presencia alguna. Sin embargo, a partir de 1880, a medida que el mundo fue «llenándose», la influencia por defecto dejó de ser una opción. Los británicos se vieron forzados a formalizar sus reivindicaciones territoriales y en ocasiones a respaldarlas mediante exhibiciones de fuerza. A medida que el mundo se iba repartiendo cada vez más, los británicos adquirían conjuntos recién estrenados de vecinos potencialmente conflictivos, nuevas vallas que mantener y una nueva necesidad de mostrarse vigilantes. El resultado fue paradójico. Si bien el Imperio británico se hacía cada vez más grande, los diplomáticos y estrategas encargados de defenderlo se volvían cada vez más ansiosos. Como los británicos tenían tantos territorios desperdigados por el mundo, siempre parecían estar reñidos con todos los demás. El Imperio británico era como un enorme gigante, se quejaba un funcionario de alto rango, «que extendía sus gotosas extremidades en todas direcciones». En el momento en que alguien se le aproximaba, el gigante vociferaba ante el mero temor de sufrir daños[634]. Era una receta muy pobre para la armonía diplomática. Los estrategas estaban igual de nerviosos. Eran de la opinión de que el pode-

río naval de Gran Bretaña y su reducido ejército profesional abarcaban demasiado. Algunos de los observadores más perspicaces se preguntaban si la difusión del ferrocarril no había vuelto las tornas a la gran potencia marítima. Quizá la ventaja estuviese ahora de parte de los gobernantes de una masa terrestre inexpugnable (como Rusia, la «tiranía del interior») a resguardo de expediciones de castigo británicas.



Esta clase de temores llegó a adquirir una gran intensidad durante la guerra de los Bóeres, que puso de relieve un embarazoso déficit en la potencia militar británica. Todavía más preocupante era el riesgo de que las grandes potencias rivales de Gran Bretaña se abalanzasen sobre una oportunidad dorada para poner en aprietos los intereses británicos en otras partes del mundo: en Oriente Próximo, en China y quizá incluso amenazando con una invasión de la India a través de su frontera

noroeste. Esta aterradora perspectiva desató un frenesí de planificación militar, una de cuyas conclusiones fue que el ejército británico tendría que comprar todos los camellos que hubiera en Asia para transportar suministros a la línea del frente. Por uno de los motivos ya expuestos (el temor a alterar el equilibrio europeo) las demás grandes potencias se decidieron en contra de una coalición antibritánica. No obstante, en Londres la sensación de crisis fue real, y llevó a un replanteamiento a fondo de la estrategia naval y a la decisión de construir una flota nueva y moderna. Desembocó en una alianza con Japón (en 1902) para ayudar a custodiar los intereses británicos en Asia oriental[635]. En 1904 y 1907 condujo a una alianza primero con Francia y luego con Rusia, acuerdos por los que Gran Bretaña se incorporó a una alianza informal con uno de los bandos políticos formados de las grandes potencias europeas[636].

En la nueva era de «política internacional» inaugurada a partir de 1880, Gran Bretaña parecía haber sufrido un relativo declive. Ahora bien, se mire por donde se mire, su posición de conjunto seguía siendo inmensamente ventajosa. Existían muy pocos lugares del mundo en los que una sola potencia pudiera perjudicar seriamente sus intereses. La gran excepción (puesto que una invasión estadounidense de Canadá ya no parecía concebible) era una invasión rusa de Afganistán, y la amenaza que eso supondría para el poderío británico en la India. Era extremadamente improbable que las demás potencias permitieran que una coalición de potencias se expandiera a expensas de Gran Bretaña, aun en el caso de que se arriesgaran a intentarlo. Además, y por diversos motivos, los británicos parecían estar volviéndose cada vez más ricos y poderosos. Se habían beneficiado más que nadie de la inmensa expansión del comercio internacional. Solo el volumen de sus inversiones en el extranjero se duplicó entre 1900 y 1913. Su balanza de pagos tenía un

enorme superávit como consecuencia de sus exportaciones invisibles, y podían cubrir fácilmente los inmensos costes de una marina nueva. Las colonias a las que habían enviado su población excedente (una inmensa reserva de mano de obra de más de un millón de hombres en edad militar) estaban creciendo con rapidez. Lo mismo podía decirse de la India, reserva de soldados y fuente de financiación de su imperio en Asia. Su imperio comercial de empresas de ultramar dedicadas a la banca, los seguros, el transporte marítimo, el ferrocarril, el telégrafo, las minas y las plantaciones descollaba holgadamente sobre todos sus rivales. En caso de un ataque, podía poner en marcha las enormes reservas de poder de sus activos económicos mientras asfixiaba al enemigo mediante un bloqueo naval tan inexorable como las anillas de una boa. Al menos, ese era el plan.

A partir de 1904, los británicos esperaban que el principal candidato a plantear una amenaza semejante fuera Alemania. Al igual que Estados Unidos, Alemania era una recién llegada a la diplomacia de las grandes potencias y había irrumpido en escena tras derrotar a Francia y unificar los estados alemanes en un «imperio» semifederal bajo la monarquía prusiana en 1870. Alemania tenía no solo los medios, sino (a partir de 1900) también la ambición de practicar una *Weltpolitik,* es decir, de convertirse en una gran potencia internacional. La plataforma para lograrlo era el vertiginoso crecimiento de la economía alemana: entre 1873 y 1913 el producto interior bruto de Alemania se triplicó[637]. Su industria era especialmente competitiva en los nuevos sectores de la producción química y eléctrica. En 1900, Alemania ya disponía de un excelente sistema de vías férreas y su población era la mayor de todos los Estados europeos salvo Rusia[638]. Unas buenas comunicaciones, una gran base industrial y una población numerosa hacían del ejército de conscripción alemán el más eficiente de Europa, y de Alemania, la mayor potencia militar del continente. A mediados de la década de 1880, Bismarck había utilizado estos activos cada vez más grandes para recoger algunas colonias en calidad de tro-

feos durante el gran reparto de África (y una o dos más en el Pacífico sur). Sin embargo, todos los indicios apuntan a que el canciller consideraba que carecían de todo valor[639]. A partir de 1890, sus sucesores no se mostraron tan seguros. Si China llegara a ser repartida (cosa que no parecía improbable), si el Pacífico quedara dividido en esferas marítimas y el Imperio otomano fuese desmantelado (otra perspectiva que a mediados de la década de 1890 se consideraba probable), entonces Alemania debía reivindicar la parte que correspondiese a su estatus y su potencial económico. Si el futuro iba a ser una sorda lucha darwinista por la supervivencia o la supremacía en un sistema-mundo cerrado, cualquier otro rumbo equivaldría poco menos que a una abdicación.

El modo agresivo con el que los alemanes buscaron su «lugar bajo el sol» se ha convertido en un cliché histórico. No obstante, lo realmente asombroso en la *Weltpolitik* en la que se embarcaron a partir del final de la década de 1890 fue la tibieza con que la emprendieron[640]. En las distintas disputas coloniales en las que se vieron envueltos —Samoa, Marruecos (dos veces), África occidental y el ferrocarril de Bagdad hasta el golfo Pérsico—, los alemanes dieron marcha atrás o llegaron a compromisos. Tenían buenos motivos. A pesar de que el comercio de ultramar alemán era cada vez más activo (por ejemplo, en Hispanoamérica)[641], sus intereses económicos seguían encontrándose principalmente en Europa (al igual que las inversiones alemanas). El poder militar alemán era un fenómeno europeo. Sin una marina de alta mar tendría que seguir siendo así. Sin embargo, cuando Berlín emprendió la construcción de una flota de alta mar, topó de inmediato con la oposición de Gran Bretaña. A partir de 1909 quedó claro como el agua que los británicos harían cuanto hiciera falta para estar siempre un paso por delante de cualquier marina alemana, costase lo que costase. Y desde su gran base en las islas Orcadas, podían cerrarle el paso e impedir que escapara de sus puertos en el mar del Norte.

La postura alemana tenía una lógica brutal. La fuerza de Alemania residía en Europa, donde seguía habiendo millones de alemanes étnicos viviendo más allá de sus fronteras, una antigua tradición de preeminencia comercial y financiera alemana en Europa del este y central, y un conjunto de Estados clientes en potencia, incluido el Imperio austrohúngaro, que teóricamente seguía siendo una de las grandes potencias europeas. «Si el mundo de allende los mares se consolidase bajo la hegemonía de Inglaterra», dijo el propagandista colonial Carl Peters, «solo unos Estados Unidos de Europa podrían conservar la supremacía del Viejo Mundo»[642]. Lo que quería decir Peters estaba muy claro. El establecimiento de la hegemonía alemana en Europa (a expensas de Rusia, Francia y Gran Bretaña) compensaría de sobra la falta de un imperio como el de los británicos. También destruiría los puntos de apoyo geopolíticos sobre los que hasta entonces se había edificado el colonialismo global y abriría el camino a un nuevo reparto global favorable a Alemania. Ahora bien, obtener semejante hegemonía a la fuerza era un plan demasiado peligroso para adoptarlo a la ligera, o incluso para debatirlo abiertamente entre quienes fijaban el rumbo de la política alemana (uno de los motivos por los que el debate entre los historiadores acerca de la culpabilidad bélica alemana ha sido tan poco concluyente). Hasta 1914, esa hegemonía siguió siendo un premio imaginario que podían ofrecer de repente unas circunstancias imprevistas.

A primera vista, Francia parecía disponer de los recursos y los conocimientos para resistir la comparación con este cuarteto de potencias mundiales. Francia seguía siendo una potencia formidable en tierra y una gran potencia naval (aunque en relativo declive). En materia de inversión en el extranjero solo estaba por detrás de Gran Bretaña (aproximadamente la mitad de las inversiones), principalmente en Europa, y sobre todo en Ru-

sia. La influencia global de las ideas y la cultura francesas, así como el prestigio de sus escritores, instituciones y arte eran mayores que nunca. Desde la década de 1870, la condición de gran potencia de Francia quedó espectacularmente simbolizada en su imperio afroasiático. Entre 1880 y 1910, el tamaño de las posesiones francesas en ultramar se multiplicó por más de doce (había pasado desde 906.500 kilómetros cuadrados a 11,9 millones) y por más de dieciséis en población (de 3 a 50 millones de habitantes)[643]. Gran parte de África del norte, occidental y ecuatorial, además de Madagascar, Indochina y partes del Pacífico sur estaban bajo dominio francés. Francia había hecho valer enérgicamente su reivindicación de una generosa porción del reparto global. Y no obstante, no fue suficiente.

En tanto aspirante a potencia mundial, Francia padecía tres debilidades graves. El crecimiento de su población estaba estancado, y su desarrollo industrial iba muy por detrás del de Alemania, no digamos de Gran Bretaña. En segundo lugar, a pesar de la inmensa magnitud del imperio colonial francés, su potencial económico era débil. Francia no disponía de ninguna India con la que pagar sus facturas coloniales ni de colonias en las que colocar grandes excedentes de población y que pudieran actuar como sus socios comerciales y sus aliados en tiempos de guerra. Para colmo de males, gran parte de ese imperio estaba hipotecado, ya que se había permitido que el poderío naval necesario para defenderlo se erosionara poco a poco[644]. Una corriente de opinión encabezada por el gran ministro de Exteriores Théophile Delcassé (1898-1905) rechazaba la Indochina francesa y la consideraba casi totalmente carente de valor, insistiendo en cambio en un imperio afromediterráneo constituido fundamentalmente por Marruecos y Argelia[645]. En tercer lugar, la posición geográfica de Francia en Europa (tras la pérdida de Alsacia-Lorena en 1871) la hacía mucho más vulnerable a un ataque decisivo que cualquier otra potencia mundial: ninguna barrera oceánica o masa territorial se interponía entre un ejército invasor y los centros fundamentales de

gobierno e industria. De ahí que apenas resultara sorprendente que la opinión pública francesa oscilase inquietamente entre una amistad más estrecha con Gran Bretaña o la reconciliación con Alemania. La política facciosa de la Tercera República, la rápida sucesión de los gobiernos y las enconadas divisiones en torno a lealtades religiosas y laicas (que salieron a la luz a raíz del asunto Dreyfus) agravaron estas incertidumbres de la política exterior francesa.

Según una antigua tradición historiográfica, un imperialismo galopante y sangriento fue el anárquico preludio a la gran conflagración de la Primera Guerra Mundial. No obstante, antes de 1914 existían pocos indicios de que los Estados más poderosos del mundo tuvieran intención de enfrentarse entre sí por la supremacía global. Al contrario, adoptaron una modalidad de «coexistencia competitiva» y reconocieron que, al menos de momento, existía un equilibrio de poder aproximado entre ellas. Pese a los tiras y aflojas y a la fricción en sus relaciones mutuas, a grandes rasgos compartían (junto a las potencias coloniales pequeñas) la misma perspectiva en lo referente a cómo conducirse con los pueblos no europeos. En el mejor de los casos, apoyar a un movimiento colonial contra sus señores imperiales o propugnar doctrinas radicales de autodeterminación de las naciones habría sido contraproducente. Estos Estados daban por supuesto que sus culturas eran superiores y que su «nivel de civilización»[646] justificaba la intervención o la colonización de tierras «menos civilizadas». Bajo las condiciones modernas, un mundo dividido en grandes imperios coloniales parecía algo natural e inevitable. El progreso de los colonizados hacia el autogobierno (caso de darse en absoluto) sería de una lentitud exasperante. Entretanto, se consideraba probable que el mayor peligro para la paz internacional proviniese de los «imperios agonizantes» que hasta entonces habían conseguido

evitar el reparto. En los imperios otomano, iraní y chino, había más en juego y menos posibilidades de llegar a acuerdos: en torno a ellos sí que era posible que las potencias internacionales se pelearan. Resultó, sin embargo, que había un peligro mucho más inmediato. Siempre existía el riesgo de que el ruido de sables diplomático se les fuera de las manos. Un gobernante nervioso, un asesor oportunista, la precipitación irreflexiva de la prensa o un simple error de cálculo podían hacer que el fiel de la balanza se inclinara del lado de la paz o de la guerra. La frágil estabilidad del colonialismo global y la paz mundial dependían realmente de la mutua contención de los principales Estados europeos y de su respeto por el precario equilibrio de poder de su propio continente. Si eso cambiase, entonces la geopolítica del imperio se hundiría en el caos.

Economía global

El colonialismo global no fue una simple cuestión de la ampliación del área dominada por los Estados europeos. Semejante cambio geopolítico tuvo un corolario económico. Desde la década de 1870 en adelante, se había establecido una economía internacional moderna[647]. Por supuesto, el comercio entre los continentes siempre había existido. En efecto, como vimos en un capítulo anterior, en el siglo XVI el acceso europeo a la plata americana creó un sistema de intercambio global, si bien se ceñía en gran medida a metales preciosos y artículos de lujo. En el siglo XVIII se produjo una gran expansión del comercio marítimo, incluida la exportación de té desde China y de algodón y tejidos desde la India, a mercados tan alejados como los de América y África occidental. Ahora bien, el tráfico intercontinental más intenso con diferencia era el que tenía lugar entre los dos lados del Atlántico. Antes de terminar la primera mitad del siglo XIX se había llegado a un alto grado de integración

económica entre el noroeste de Europa y las islas Británicas y el este de Norteamérica. En parte, la economía internacional de finales del siglo XIX fue la consecuencia de la extensión de las densas redes comerciales de la cuenca del Atlántico norte a nuevas áreas del globo: Sudamérica, ciertas partes de África, la India, el Sudeste asiático, Australasia y Asia oriental. Uno de sus rasgos distintivos era que, a lo largo y ancho del planeta, no solo el precio de los artículos de lujo, sino también el de mercancías muy comunes (como los cereales) venía determinado no por factores locales o regionales, sino por las fuerzas del mercado a escala mundial[648]. Sin embargo, no fue una simple cuestión de que hubiera mayor comercio, pese a que el valor y el volumen de este siguieran disparándose. En 1880 había alcanzado un valor de casi tres mil millones de libras esterlinas, cuatro mil millones en 1900, y entre 1900 y 1913 casi se duplicó y alcanzó la cifra prebélica de casi ocho mil millones de libras[649]. El gran aumento del comercio estuvo acompañado por (y de hecho dependía de) otros dos cambios que vincularon estrechamente la vida comercial de distintas regiones del planeta.

El primero de esos cambios fue la aparición de un «circuito» de pagos internacional del que cualquier país podía echar mano para obtener las divisas extranjeras necesarias para pagar sus importaciones. Ya no era necesario que cuadrase sus cuentas con todos sus socios comerciales: mientras tuviera un superávit en alguna parte, podía utilizarlo como crédito en el circuito de pagos[650]. Eso alivió un importante cuello de botella que había obstaculizado el comercio. El segundo fue el crecimiento, a partir de 1870 aproximadamente, de las exportaciones europeas de capital a una escala muchísimo mayor y a destinos mucho más variados que en años anteriores. Pese a que la mayor parte estuviera invertida en el continente americano y en otras partes de Europa (hacia 1913, alrededor de un 30 por ciento de las inversiones extranjeras británicas estaban en Afroasia), el mundo se había convertido en un mercado único de capitales.

Eso otorgaba mucha importancia a una información comercial rápida y precisa (la principal función del telégrafo), pero también a una mayor coordinación de las prácticas financieras y de propiedad. En efecto, el colonialismo global en su faceta comercial exigía atraer al resto del mundo hacia un sistema económico centrado en Europa y su prolongación occidental en Estados Unidos. Y lo que viene más al caso, requería una división internacional del trabajo en la que los productos fabriles, el capital y el crédito de los países industrial-imperiales se intercambiaban por los productos agrícolas y las materias primas del resto del mundo.

Por supuesto, este nuevo mercado global no era solo el resultado de una actividad puramente comercial, ni tampoco podría haberlo sido. En varios aspectos decisivos, dependía de la afirmación del poder, de una expansión del imperio tanto directa como indirecta. En Asia oriental, por ejemplo, el régimen de libre comercio fue impuesto a la fuerza y a través de la diplomacia armada de los «tratados desiguales». En la India se mantenía gracias a la inequívoca insistencia del gobierno de Londres (frente a las dudas de los funcionarios locales británicos). En segundo lugar, la pauta multilateral de los pagos comerciales que estaba centrada en Gran Bretaña habría funcionado con mayores complicaciones (suponiendo que hubiera funcionado) de no ser porque los británicos gozaban de una balanza de pagos favorable con su imperio hindú, asegurado en idéntica medida por la dominación (los hindúes pagaban «gastos de mantenimiento» a sus señores extranjeros) y por el éxito comercial[651]. En tercer lugar, en Australia, Nueva Zelanda, el Canadá occidental e Hispanoamérica, y de modo más marginal en África, el mercado internacional fue ampliado por el imperialismo demográfico de Europa, por la ocupación de tierras por parte de colonos europeos y por el desplazamiento (mediante acuerdos, por la fuerza o de manera fraudulenta) de sus propietarios nativos. Como puso de manifiesto el flujo del comercio y las inversiones, desde el punto de vista económico esta forma

de «imperio» era con mucho la más dinámica. En cuarto lugar, en sus territorios coloniales y también en otros países, los gobiernos europeos fomentaron un régimen de propiedad que salvaguardase los intereses de las empresas de sus ciudadanos expatriados[652]. A través de la legislación local en caso de que fuera posible, y mediante privilegios extraterritoriales en caso de necesidad (como en el Imperio otomano, Egipto, Irán, Siam, China y Japón), la esfera de las instituciones de mercado fue ampliándose de manera constante.

La principal fuerza propulsora detrás de la nueva economía global fue la gran mejora en los transportes y su difusión mundial. Entre 1869, cuando se inauguró el canal de Suez, y 1914, cuando se terminó la construcción del canal de Panamá, gran parte del resto del mundo se incorporó al nexo de comunicaciones ya existente entre Europa y América. La navegación a vapor, el ferrocarril y el telégrafo eléctrico, con sus cables submarinos, abarcaban ahora toda la tierra. A partir de 1900, la extensión de esta red para incluir a todas las regiones productivas parecía solo cuestión de tiempo. El intercambio de productos a una escala cada vez mayor alentaba la especialización y la dependencia económica mutua. A medida que aumentaban los flujos comerciales, estos parecían suscitar un apetito inagotable de productos exóticos. Lo mismo sucedía con las cambiantes exigencias de la producción industrial en América y Europa. El caucho, el estaño, otros metales de baja ley y el fuel se sumaron a los viejos productos básicos del comercio internacional: el algodón, la lana, los cereales, la madera, el azúcar, el té y el café. A partir de la década de 1880, la nueva tecnología de refrigeración permitió que surgiera un comercio de exportación de productos perecederos desde localidades remotas como Argentina y Nueva Zelanda con destino a consumidores europeos situados a muchas semanas de viaje. Nada simbolizó mejor las asombrosas posibilidades de una economía internacional que la dependencia cada vez mayor de Gran Bretaña de productos co-

mestibles transportados por vía marítima durante más de 19.000 kilómetros.

El desarrollo de nuevos negocios y la expansión de los viejos se plasmaron de forma clara y visible en el crecimiento de las ciudades portuarias de todo el mundo. En el universo del Atlántico norte eran muy numerosas, pero a finales del siglo XIX, aparecieron nuevas ciudades portuarias (o mucho más grandes) en otros continentes. La población de Buenos Aires, el centro comercial para las pampas recién conquistadas, pasó de los 300.000 habitantes en 1880 a 1,3 millones solo treinta años más tarde[653]. Ciudad del Cabo creció rápidamente para atender a las necesidades de de las prósperas zonas productoras de diamantes y oro del norte. Bombay sacó partido del canal de Suez para dominar el comercio de la India con destino al oeste y extender su influencia al golfo Pérsico[654]. Singapur prosiguió su meteórico ascenso como puerta occidental del mar de la China Meridional y gran puerto franco del comercio del Sudeste asiático[655]. Shanghái consolidó su aspiración a ser el principal puerto de China y la salida comercial de su región más productiva en la cuenca del Yangtsé. Melbourne y Sídney (así como la remota Dunedin) vincularon el interior de Australasia con sus proveedores y mercados del otro lado del mundo.

Ser una ciudad portuaria exitosa significaba una actividad febril de mejora del puerto, organizar los muelles, construir inmensas terminales ferroviarias y hacer penetrar las vías del ferrocarril (o su equivalente fluvial) todavía más en el interior[656]. El signo exterior del éxito comercial era la rápida construcción de aduanas, estaciones de ferrocarril, bancos y hoteles, así como suntuosos clubes y residencias para la nueva clase comercial. La estación de ferrocarril de Bombay, el hotel Raffles en Singapur, el esplendor «parisino» del nuevo Buenos Aires, el Standard Bank de Ciudad del Cabo (donde Rhodes tenía su cuenta), el Bund de Shanghái, Collins Street en Melbourne y la exuberante arquitectura de los principales bancos de

Sídney (alrededor de Martin Place) ponían de relieve la confianza y la prosperidad de este mundo comercial. Estaba atendido por un creciente ejército de estibadores, porteros, ferroviarios, embaladores, almacenistas y oficinistas. Sus señores eran una élite móvil y a menudo cosmopolita cuyos vínculos a larga distancia constituían a menudo la clave de su éxito comercial y de su calificación crediticia. En todos los continentes podían encontrarse empresarios británicos y, sobre todo, escoceses. Sin embargo, existían otros muchos igualmente emprendedores. En el Próximo Oriente y el mar Negro solían ser griegos. Los comerciantes más importantes de Bombay eran parsis (originariamente procedentes de Irán), no hindúes. Los parsis, los judíos y los armenios siguieron las rutas comerciales rumbo al este[657]. Sus *business houses* podían encontrarse en Singapur (donde sigue habiendo una iglesia armenia), Hong Kong y Shanghái. Uno de los mayores armadores del Singapur de finales del siglo XIX era de ascendencia árabe y formaba parte de una comunidad de comerciantes y marinos establecidos desde mucho tiempo atrás en el archipiélago malayo. Otros eran chinos. El abuelo del primero de todos los primeros ministros de Singapur, Lee Kuan Yew, era propietario de una compañía naviera que efectuaba el recorrido entre Singapur y Batavia (la moderna Yakarta).

A finales del siglo XIX no era pecar de falta de realismo pensar que, a pesar de las diferencias culturales, los miembros de esta red mercantil tenían mucho en común. Por instinto, eran liberales en economía. Eran partidarios de poder desplazarse sin trabas entre jurisdicciones y fronteras. Les disgustaba la interferencia de burócratas y funcionarios. Querían gobiernos comprensivos que invirtieran en el «progreso» (en sus formas más concretas). Valoraban mucho el cumplimiento de los contratos y el respeto al derecho de propiedad. Necesitaban monedas estables y bancos dignos de confianza. Sus intereses, en resumen, eran contrarios a un reparto global que habría dividido

el mundo en bloques imperiales cerrados. Les interesaba menos todavía el tipo de régimen colonial que desdeñaba la influencia de los negocios y practicaba la exclusión racial. El resentimiento contra esto último llevó a los parsis de Bombay a estar entre los primeros defensores de los derechos de los hindúes frente al Raj británico. Por otra parte, ni siquiera los comerciantes no europeos sacarían algo en limpio si el mundo creado por el comercio quedara dividido en un mosaico de Estados-nación rivales en los que los objetivos de los gobernantes difícilmente armonizaran con los de las cámaras de comercio de las grandes ciudades portuarias.

Los intereses de los comerciantes podían resumirse brevemente en una «economía abierta» sin obstáculos al comercio y a los flujos de crédito y capital o al movimiento de las personas (especialmente de trabajadores). Ese era el «imperio del libre comercio» al que los británicos habían aspirado desde la década de 1840, cuando trataron de imponerlo (con cierto éxito) a Hispanoamérica y Oriente Próximo además de a la India y China. Fue precisa la nueva tecnología del transporte para incorporar al resto del mundo a la zona de altas presiones del comercio euroamericano. Ahora bien, eso no fue todo. Como hemos visto, una de las principales barreras al comercio había sido la dificultad de establecer un equilibrio entre dos mercados diferentes para que cada uno de ellos pudiera sufragar las compras realizadas en el otro. La solución fue un sistema multilateral de divisas para que un país pudiera adquirir bienes que no podía pagar de forma directa. Sin embargo, para que dicho sistema funcionara, tenía que existir alguna clase de «moneda común» en la que la mayor parte de los comerciantes confiase para realizar todas sus operaciones. En segundo lugar, tenía que existir un lugar donde los comerciantes pudieran canjear esos réditos o cambiarlos por bienes del mismo valor.

Puesto que era capaz de cumplir todos estos complejos requisitos, Londres se convirtió en la capital de la nueva econo-

mía internacional. La libra esterlina, convertible a voluntad y basada en el patrón oro, era la moneda más estable del mundo, y las letras de cambio en libras esterlinas se convirtieron en la forma más fiable de cambio internacional. En tanto puerto de libre comercio con base en la esfera euroamericana y capital del «sistema» angloindio, Londres era el mayor mercado del mundo. Entre los comerciantes y banqueros que abarrotaban la Milla Cuadrada de la «City» no había problema alguno para cambiar una factura en libras esterlinas por otra moneda, encontrar un cliente o comprar un cargamento que pudiera venderse en otra parte. Londres se convirtió en el cuartel general de la amplia gama de servicios comerciales de los que dependían los negocios. Los bancos, compañías de seguros y de transporte marítimo británicos en ultramar acaparaban la mayor parte del nuevo tráfico entre los continentes. Los vapores y las navieras británicas se volvieron omnipresentes. A partir de 1870, Londres incorporó a su arsenal la inversión en el extranjero, una reacción ante el hecho de que la economía británica crecía ahora con mayor lentitud que las «nuevas» economías de ultramar. Desde entonces hasta 1914, Londres fue el origen de más de la mitad del capital exportado por Europa. Gran parte de ese capital se invertía en sistemas de transporte destinados a abrir nuevos mercados y establecer vínculos con nuevos productores. Al llegar el año 1913, más del 40 por ciento del capital británico en el extranjero se había invertido en ferrocarriles, o controlados por el Estado (como en Australia o la India) o privados[658]. El torrente de divisas británicas tuvo otros efectos importantes. Suavizó las depresiones y los picos del ciclo comercial y fomentó la estabilidad monetaria en lugares donde de otro modo habría sido difícil[659]. Reforzó el control de Londres sobre las capitales de los negocios del mundo extraeuropeo, cuya prosperidad dependía (era fácil creer que así era) de la disponibilidad de crédito del prestamista de último recurso mayor del mundo. Ayudó a acelerar el sorprendente proceso por el que cada vez más Estados adoptaron el «patrón oro», fi-

jando el valor de su moneda en oro para ampliar su comercio y fomentar la inversión interna[660].

Así pues, el tamaño y la riqueza de Londres crecieron en sintonía con el incremento vertiginoso del comercio internacional[661]. Entre sus comerciantes y banqueros, era artículo de fe que lo que era bueno para Londres era bueno para el mundo. Las ideas del libre comercio y de la economía abierta fueron adoptadas por Londres en el transcurso de las décadas de 1840 y 1850 no solo como política, sino como cosmovisión total, como una ideología promovida con celo de cruzado. Evocaban la imagen de un mundo en el que la marea alta del comercio liberaría a los pueblos de su sujeción a sus gobernantes. La libertad individual y el comercio internacional avanzarían de la mano. El libre comercio se consideraba no solo como la clave del éxito económico británico, sino también la del progreso económico en el resto del mundo. (La alternativa, el proteccionismo, había sido rechazada políticamente en Gran Bretaña antes de 1914, y sus partidarios estaban divididos en torno a qué era lo que había que proteger). Sus defensores insistían en que dejar que el mercado decidiera lo que tenía sentido producir era la forma más eficiente de emplear los recursos económicos. Los países carentes de capital o de base industrial debían concentrar sus esfuerzos en la fabricación de «productos básicos»: las materias primas o los comestibles para los que existía una demanda internacional. Debían utilizar los ingresos que esos productos básicos generaran para adquirir los productos manufacturados que necesitaran y para pagar los intereses del capital que tomaran en préstamo, ya que la producción de comestibles y materias primas solo se podía ampliar si había ferrocarriles y puertos para llevar esos bienes al mercado. Cualquier otra política (por ejemplo, desarrollar la producción industrial tras una barrera arancelaria) no solo sería ineficaz (puesto que en el exterior podrían adquirirse bienes industriales a un precio más reducido), sino también injusta. Supondría gravar al consumidor en beneficio de quienes habían obtenido la protección

arancelaria, proceso político que (eso insinuaban los defensores del libre comercio) era invariablemente corrupto. Por consiguiente, la gobernación colonial progresista debía imponer el libre comercio (como hicieron los británicos en la India) y una diplomacia sensata debía alentarlo siempre. El enorme incremento de las exportaciones a finales del siglo XIX, incluidas las procedentes de la India y (a partir de 1890) China, parecían constituir demostraciones ulteriores de la validez universal de esta receta económica. Así pues, el papel central de Londres en la nueva economía internacional no solo era rentable, también era benéfico. Hasta la exportación de capital podía ser descrita convincentemente como la oferta de un servicio esencial. «Canadá» (quizá el principal destinatario del capital británico entre 1900 y 1914), dijo el banquero intelectual Robert Brand, «tiene tanto interés en mantener un flujo ininterrumpido de capital procedente de Inglaterra como una ciudad lo tiene en impedir que se interrumpa su suministro de agua»[662].

La teoría del libre comercio proclamaba la agricultura comercial como la liberación del campesinado del mundo entero. Evocaba fantásticas visiones de hindúes y chinos convertidos en clientes satisfechos ataviados con prendas de algodón fabricadas en Lancashire. Ensalzaba las virtudes pacíficas de la interdependencia económica. La guerra era impensable, declaró un célebre folleto de la época, porque las potencias que podrían librarla tendrían demasiado que perder como consecuencia de la interrupción del comercio[663]. No obstante, esta incesante insistencia en los beneficios mutuos de la nueva economía internacional subestimaba sus fricciones y daba la espalda a su precaria estabilidad. Era evidente que muchos de los nuevos miembros del club económico no habían sido admitidos bajo las mismas condiciones que los antiguos. Los nuevos adeptos de la economía internacional tenían que ocupar los pocos espacios libres que quedasen. Tenían que producir las mercancías que los competidores consagrados desde hacía más tiempo ya no querían ofrecer, y tenían que reducir sus costes de produc-

ción para compensar los defectos de su maquinaria comercial. En otras palabras: sus costes laborales tenían que ser muy baratos. Para colmo de males, sucedía a menudo que el paso a los cultivos comerciales amenazaba con provocar una crisis social. Una cosa era introducir colonos en un territorio vacío, y otra muy distinta producir cultivos comerciales para la exportación en un entorno densamente poblado donde el derecho de cultivar y la exigencia de renta eran las claves de las relaciones y el estatus sociales. En este caso, «despejar» la tierra de su campesinado «sobrante» para hacer sitio a una producción agrícola eficaz equivalía a una revolución social. Esa perspectiva atemorizó tanto a los gobernantes británicos de la India que (a partir de 1870 en adelante) restringieron cada vez más la transferencia de tierras de las castas cultivadoras tradicionales a empresarios urbanos. En el panorama africano, con frecuencia era la escasez de mano de obra, no la oferta excesiva, lo que paralizaba el tipo de desarrollo que recomendaba el libre comercio. Las compañías mineras y los colonos se quejaban constantemente de que «los nativos eran perezosos» y que no estaban dispuestos a trabajar a cambio de los salarios mínimos, que eran lo único que podían ofrecer en aquella zona marginal del mundo capitalista. En este caso la noción del beneficio mutuo quedaba sometida a una presión excesiva. Obligar a los africanos a «trabajar» se convirtió en la excusa para un régimen colonial que los convertía (en el peor de los casos) en una clase de siervos. Las cargas fiscales coercitivas (para hacer forzoso el trabajo asalariado), una disciplina laboral salvaje[664], la prohibición de cualquier forma de organización de los trabajadores y la expropiación de las tierras que tuvieran valor comercial fueron parte del arsenal del capitalismo colonial en su entorno africano. Tuvo muy poco de sorprendente que allí y en otras partes la economía comercial se identificara ampliamente con los privilegios racistas blancos.

Incluso allí donde la nueva economía internacional gozaba del apoyo de las élites locales que (como los estancieros(3) ar-

gentinos) esperaban beneficiarse del valor en alza de la tierra y de la nueva prosperidad urbana, ese apoyo era mucho más condicional de lo que a los librecambistas les gustaba imaginar. Para mantener el flujo de crédito, atraer más capitales y obtener todo el provecho posible del boyante mercado de cultivos comerciales y materias primas había que aceptar disciplinas a menudo dolorosas. Para mantener la estabilidad de la moneda había que contener el gasto. Para fomentar el comercio, había que tener aranceles bajos y sacrificar así a la industria local. Para tener contento al inversor extranjero, había que mimar y cortejar a sus empresas ferroviarias y sus bancos. En el mundo extraeuropeo había mucha gente que consideraba la economía librecambista como un chollo unilateral y que se sentía ofendida por el poder ejercido desde Londres. En la India y en África occidental, donde los comerciantes indígenas tendían a ser partidarios del librecambismo, había gente que se sentía ofendida por la posición de privilegio de los negocios europeos. Mientras el valor del comercio estuvo en una curva ascendente, se puso sordina a estos puntos de vista. Ahora bien, no podía haber garantía alguna de que las condiciones comerciales que hacían de la nueva economía internacional una fuerza tan dinámica fuesen a ser estables o duraderas. Si el *boom* de las materias primas diera paso a la quiebra, si el mercado mundial se viera perturbado por un conflicto entre las grandes potencias o si Londres fuera incapaz de cumplir con su papel de fuente de crédito y capital, los enemigos del libre comercio empezarían a hacer piña. Las demás grandes economías del mundo euroamericano se inclinaban más hacia el proteccionismo. Hasta cierto punto, el rápido crecimiento del comercio internacional había refrenado este instinto, pero en el caso de que la expansión se viera obstaculizada y el ámbito de la zona de libre comercio centrada en Londres se contrajera y dispusiera de menos riqueza, la alternativa más probable era una serie de bloques controlados por las potencias internacionales rivales. El antagonismo mutuo de las grandes potencias mundiales se intensificaría mu-

cho más sin una «zona abierta» en la que tuvieran intereses en común. El régimen económico que había contribuido a subvencionar la creación del colonialismo global daría marcha atrás.

Es más, antes de 1914 ya habían comenzado a aparecer ciertos síntomas de tensión. La frenética expansión del comercio empezó a ralentizarse. No se pudo mantener el colosal aumento en la exportación de cereales. Entre los países industriales, lo más destacado fue el extraordinario crecimiento de la economía norteamericana. Sin embargo, ya estaba en el aire la pregunta de si este Leviatán industrial no desestabilizaría la nueva «economía internacional» centrada en Europa y, sobre todo, en Londres. Estados Unidos se había convertido en una gran potencia industrial, pero era en gran medida autosuficiente en cuestión de materias primas y productos comestibles. Su mercado de productos industriales era fundamentalmente interno. Tenía pocos incentivos para adoptar el librecambismo, y sus aranceles eran mucho más elevados que los de los Estados industriales europeos, con la excepción de Rusia[665]. Disponía de inmensas reservas de oro (casi un tercio de la oferta mundial en 1910)[666], y cualquier aumento de su proporción (si una racha de crecimiento atrajera oro a Estados Unidos) podía crear condiciones de crisis en otras economías basadas en el oro, ya que entonces la disponibilidad de dinero de estas disminuiría. No obstante, en caso de producirse una crisis semejante, la inmensa magnitud de la economía estadounidense y el creciente poder de Wall Street harían que a la banca internacional con sede en Londres le fuera difícil imponerle sus «consejos». Si se abriera una fisura entre las dos grandes mitades del mundo industrial, la economía global que acababa de comenzar a formarse podía resultar demasiado discordante para gestionarla.

El colonialismo global había suscitado una jerarquía política de las potencias imperiales y sus dependencias coloniales (o semicoloniales). En gran parte del mundo, la nueva economía comercial creó un universo paralelo de señores industrial-capitalistas (europeos) y de «servidores» dedicados a la producción de materias primas (en su mayoría no europeos) pobremente protegidos ante los altibajos de la demanda internacional. El colonialismo global tuvo una tercera dimensión. Proyectó una jerarquía cultural de asombrosa fuerza e influencia omnipresente. Durante este periodo, la primacía cultural europea fue reafirmada más agresivamente que antes o después. La pura y simple magnitud del predominio físico de Europa a partir de 1880 en Asia, África y el Pacífico significó que su influencia cultural se diseminó de una forma más extensa y autoritaria que en épocas anteriores. Las categorías de pensamiento europeas, sus formas de investigación científica, sus interpretaciones del pasado, sus ideas de orden social, sus modelos de moralidad pública, sus conceptos de delito y de justicia, así como sus modos de expresión literaria, además de las recetas europeas en materia de salud, ocio y hasta formas de vestir, se convirtieron en el baremo «civilizado» frente al que habían de medirse las demás culturas, que generalmente no daban la talla. Entre las élites cultas del mundo no europeo, cada vez más expuestas a la autoridad política de gobernantes europeos, reconocían con pesar la alarmante disparidad de conocimientos y de poder. Los pensadores musulmanes la consideraban especialmente peligrosa. Pero ¿cómo iban a impugnar las pretensiones culturales de una Europa en expansión? Rechazar de entrada la versión europea de la modernidad habría equivalido a hacer una llamada contraproducente a favor de una especie de estasis cultural. Una cura semejante habría acelerado la enfermedad que habían diagnosticado. Pero el rumbo opuesto, consistente en adaptar

los métodos europeos a sus propios requisitos culturales (utilizando nuevos motores europeos para impulsar su propia resurrección cultural) parecía casi igual de arriesgado. Amenazaba con dividir a la élite cultural local, minar la tradición y allanar el camino al triunfo definitivo de Europa por una ruta diferente.

Los europeos suponían que su repentino acceso a una posición de tal predominio entre los continentes y las culturas se debía a que habían descubierto el progreso perpetuo. Ellos y solo ellos habían logrado escapar del ciclo de crecimiento y decadencia al que estuvieron sujetas todas las demás civilizaciones. Solo ellos habían descubierto el secreto de la riqueza de las naciones. Habían alcanzado un dominio tecnológico sin par. Habían derribado las viejas barreras de la superstición y el mito para fundamentar su vida intelectual en la recopilación rigurosa de conocimientos empíricos. Se daba ampliamente por sentado que habían cosechado semejante recompensa mediante la meticulosa observación de cuatro reglas cardinales. La primera consistía en alentar el libre intercambio de ideas y limitar el poder de quienes (como los diversos sacerdocios) pudieran intentar restringirlo. La segunda consistía en garantizar el derecho del individuo a la propiedad individual (y por tanto a la motivación para mejorar su situación) frente a la delincuencia común o la depredación de los déspotas. La tercera consistía en edificar un orden social que mantuviese la disciplina moral, y sobre todo sexual, entre aquellos de cuyo trabajo dependía el progreso material. El trato correcto dado a las mujeres en su «esfera separada» se convirtió en la prueba de fuego de una sociedad desarrollada. La última consistía en fomentar el vigor físico y el valor, las cualidades «viriles» a las que los europeos en el extranjero tendían a atribuir sus proezas militares y su dominio político. Ahora bien, cómo y por qué se habían llegado a adoptar estas costumbres y actitudes y hasta qué punto estaban firmemente arraigadas en las sociedades europeas seguía siendo una cuestión hondamente controvertida.

La confianza en su singular dominio del progreso explica en parte la desconcertante arrogancia de la que tan a menudo hacían gala los europeos con respecto a otras culturas. Se ha dicho de modo verosímil que la invención de un «otro» oriental hundido en el lodazal del «atraso» moral e intelectual fue fundamental para la autoimagen europea del progreso. Solo insistiendo en los puntos débiles de «Oriente» (en la práctica, de todos los pueblos no occidentales) podían los europeos estar seguros de su propia identidad progresista. Con casi toda certeza, esto representa una exageración del interés intelectual que tenían los europeos por otras partes del mundo. Como la mayoría de civilizaciones, la europea no estaba obsesionada con otras, sino consigo misma. Fue de la contemplación de su propio pasado de donde extrajeron la conclusión de que habían realizado progresos asombrosos, si bien no existía ningún acuerdo general en torno a cómo había sucedido tal cosa. También eran conscientes de que en muchas partes de Europa ese progreso había sido lento, en los casos en los que se había dado siquiera. Los debates más virulentos del pensamiento europeo no versaban sobre Europa, sino sobre hasta qué punto era seguro abandonar las creencias y valores del pasado preindustrial europeo. Algunos de los intercambios de palabras más mordaces entre la intelectualidad europea tuvieron que ver con el lugar que ocupaban en una sociedad moderna la religión, la moral «tradicional», la cultura y el lenguaje «populares», así como las relaciones sociales premodernas (paternalismo social)[667]. Existía la impresión generalizada de que el progreso era frágil. Estaba amenazado por la «reacción», sobre todo, pensaban los liberales, bajo la forma de la Iglesia. Podría ser derrocado desde abajo, por una revuelta popular contra su feroz disciplina económica (la amenaza del socialismo o del anarquismo). Podría conducir a la «degeneración» como consecuencia física y moral, como solía decirse a menudo, de la vida urbana e industrial. Podría resultar autodestructivo, al borrar al individuo en beneficio de la masa y sustituir lo espiritual por un materialismo

grosero. Una impresión de pánico social impregnó estos argumentos de una sensación de urgencia[668]. En medio de estas inquietudes introvertidas, las actitudes europeas hacia el mundo no occidental se caracterizaban por la ignorancia y la indiferencia. Sus habitantes eran espectadores en la gran lucha de la vida. La tarea de ofrecer interpretaciones sobre ellos recayó sobre una pequeña minoría. Era muy fácil explicar sus culturas en términos de un pasado estancado del que solo Europa o sus regiones más desarrolladas habían logrado escapar.

Esta tendencia se vio muy reforzada por las circunstancias en las que el público europeo se vio expuesto a información sobre gran parte de la no-Europa. Por supuesto, una amplia literatura presentó el mundo afroasiático a los lectores europeos. Ahora bien, gran parte de ella se derivaba de las peculiares actividades a las que se dedicaban allí los europeos. En los reportajes de soldados, exploradores y misioneros, lo que más se enfatizaba eran la violencia y el carácter remoto y supersticioso de las sociedades afroasiáticas. En las colonias existentes (el mejor ejemplo es la India), en gran medida fueron funcionarios europeos quienes llevaron a cabo la investigación etnográfica[669]. Poco tiene de sorprendente que recurrieran a las teorías raciales y fisiológicas entonces en boga (como la frenología), ideadas originariamente para explicar diferencias en el interior de Europa[670], para hacer hincapié en la ausencia de los rasgos «progresistas» que podrían poner plazo a la necesidad de que fueran gobernados por extranjeros. Lejos de ir escalando posiciones siguiendo la estela de Europa, a la mayoría de hindúes y africanos se les retrataba como a seres encadenados a unas tradiciones que convertían el autogobierno en algo impensable, y que solo podrían modificarse a lo largo de un periodo de duración indefinida. En los dominios coloniales recién ocupados era aún más fácil argumentar que los trastornos causados por la intromisión europea constituían la prueba irrefutable del carácter caótico y bárbaro del orden precolonial. Lejos de caminar lenta y fatigosamente hacia la lejana meta de la moderni-

dad, abandonadas a sí mismas, las sociedades no occidentales iniciarían una espiral descendente de decadencia social y ética. Allí donde se enfrentaban a la competencia directa de los pueblos europeos, es posible que su destino fuera la extinción pura y simple, desenlace pronosticado a menudo en relación con los maoríes de Nueva Zelanda y los aborígenes australianos.

Hacia finales del siglo, los comentaristas europeos tendían cada vez más a considerar el «estancamiento» de las sociedades no europeas como un mal hereditario. Las diferencias culturales, cualquiera que fuese su origen, se convertían en diferencias «raciales», y las costumbres culturales en producto del «instinto» racial[671]. Una intervención poco cuidadosa, una reforma apresurada o una explotación irresponsable (la altanera visión oficial de la actividad de los comerciantes y los colonos) podían provocar una explosión y echar por tierra la cohesión de la que dependía todo orden. La estabilidad era una necesidad apremiante, y la mejor forma de fomentarla era favoreciendo la ley consuetudinaria local (en lugar de la jurisprudencia importada), y a los gobernantes neotradicionales (dignatarios locales que aceptaban su estatus colonial) en lugar de a la élite colonial educada en Occidente, que constituía una «minoría microscópica», según la despectiva expresión de un virrey de la India[672]. En algunos casos, se pensaba, la mejor forma de garantizar la estabilidad era mediante una política deliberada de segregación territorial, la solución sometida a debate por una comisión oficial sobre los «asuntos nativos» de Sudáfrica[673]. Así pues, los europeos no tenían ninguna gran teoría acerca de sus futuras relaciones con el mundo no occidental. La muy cacareada influencia del darwinismo social no encerraba ningún mensaje claro de expansión imperial: es más, muchos darwinistas sociales se oponían a la dilución cultural y racial que creían que acarrearía[674]. Del mismo modo que discutían acerca de los motivos del excepcional dinamismo de Europa, los europeos discrepaban marcadamente sobre las causas y los efectos del «estancamiento» no europeo. Diversas interpretaciones so-

bre la India la presentaban como una sociedad inmovilista formada por aldeas autosuficientes, una reliquia del Medievo o como la desgraciada consecuencia de la mezcla racial entre los gobernantes arios originarios y los dravídicos autóctonos[675]. Algunos pensadores europeos, desencantados con la sociedad industrial, encontraron muchas cosas admirables en el oriente «espiritual»: la supervivencia de la artesanía, la ausencia de conflictos de clase o la «proximidad a la naturaleza» de las sociedades no occidentales[676]. Los europeos se esforzaban por clasificar la apabullante variedad de las culturas no occidentales. Reconocían pragmáticamente el estatus privilegiado de los grupos especiales sobre los que se asentaba su dominación: las «razas marciales» necesarias para sus ejércitos coloniales o las élites islámicas de Nigeria y el norte de la India. Carecían de los medios, así como de la osadía para imponer su propio programa cultural (suponiendo que lo tuvieran). Se veían obligados a depender de informadores locales que les proporcionaban gran parte de los datos a partir de los que se compilaban las historias oficiales, los manuales, los códigos legales, los índices geográficos y las etnografías. De ahí que no resulte sorprendente que en la India la sabiduría oficial decretase la preeminencia tradicional de la casta de los brahmanes y declarase que las castas eran el fundamento de la sociedad hindú: los funcionarios habían obtenido gran parte de sus conocimientos sobre el pasado de la India de los eruditos y pandits brahmanes[677].

La importancia que esto tenía era que en la mayoría de las regiones que cayeron bajo dominio europeo las élites indígenas aún podían encontrar espacios para la resistencia cultural. Cabe describir tres tipos de «guerras» culturales libradas por ellas. La primera se apoyaba en buena medida en modelos europeos de cambio cultural. En Bengala, por ejemplo, la nueva clase instruida que surgió para ocuparse de la maquinaria administrativa británica adquirió rápidamente una educación «inglesa». No obstante, también deseaba dotar a Bengala de una imagen cultural basada en el modelo inglés. El bengalí debía convertirse

en una lengua literaria. La poesía, la narrativa, la historia y el periodismo en lengua vernácula crearían una nueva conciencia de la identidad bengalí[678]. Docentes y periodistas crearían un pueblo bengalí moderno. Las instituciones embrionarias del régimen colonial se convertirían en un protoparlamento, en un futuro Westminster. El papel decisivo de líderes políticos como Surendranath Banerjea, el rey no coronado de Bengala, fue desarrollar el marco del autogobierno para una nueva nación de estilo europeo[679]. Pudo constatarse una pauta similar en Maharashtra, en la India occidental, donde se utilizó deliberadamente la historia al estilo occidental en lengua vernácula para crear conciencia política y cultural[680]. Esta clase de ambiciones formaron parte del meollo del primer nacionalismo hindú. Ahora bien, como estrategia cultural requerían la presencia de una élite fuerte e instruida que actuase como intermediaria entre la potencia colonial y la sociedad local.

En parte por este motivo, una forma más habitual de resistencia cultural fue la resurrección religiosa. Con escasas excepciones, los europeos eran propensos a considerar que los grandes rivales euroasiáticos del cristianismo, como el islam o el hinduismo, eran decadentes o estaban moribundos. Desdeñaban la enseñanza islámica calificándola de una escolástica obsoleta que tenía un pasado glorioso pero ningún futuro intelectual. Los eruditos islámicos estaban encadenados a sus textos clásicos, y eran incapaces de comprender que el mundo había cambiado o de adaptar sus ideas a la avalancha de nuevos datos empíricos. Este fracaso por parte de los eruditos ortodoxos (los ulemas u hombres sabios) ofreció grandes oportunidades a las «hermandades» sufíes y a sus líderes carismáticos, los jeques y morabitos. Abrió un espacio para que los movimientos «fundamentalistas» librasen la guerra santa contra los infieles, los paganos y los musulmanes corruptos. Los europeos sentían una aversión y un miedo especiales por este «fanatismo» musulmán, sintomático, en su opinión, del desarrollo atrofiado del islam. Su victoria más célebre a finales del siglo XIX fue la revuel-

ta del Mahdi contra la dominación colonial egipcia en el Sudán nilótico, que culminó en 1885 con la toma de Jartum y la muerte del general Gordon, el gobernador general enviado por el gobierno egipcio (bajo una intensa presión británica) para llevar a cabo una retirada ordenada[681]. Cuando los británicos volvieron a entrar en la ciudad trece años después, tras derrotar al ejército mahdi en Omdurmán, Kitchener ordenó arrojar al Nilo los huesos del primer gobernante mahdi (Muhammad Ahmad, 1844-1885). Fue necesaria la intervención de la reina Victoria para evitar que utilizara el cráneo del mahdi como cenicero.

En realidad la reacción musulmana general ante la expansión cultural europea fue mucho menos espectacular y mucho más duradera. Los mahdíes eran predicadores carismáticos situados en los márgenes del mundo islámico. Los maestros musulmanes de los principales centros de enseñanza eran muy conscientes de que su erudición clásica estaba anticuada. Había que encontrar formas de adaptar la enseñanza ortodoxa a las ideas modernas. Ese fue el proyecto de los dos grandes eruditos musulmanes de finales del siglo XIX, Jamal al-Din al-Afgani (1839-1897) y Muhammad Abduh (1849-1905). Ambos se esforzaron mucho por dominar el pensamiento europeo, y los dos estudiaron en París. Ambos estaban comprometidos con mantener la solidaridad musulmana frente al avance de Europa, que vieron de primera mano en la ocupación británica de Egipto, sede (en El Cairo) del mayor centro de la vida intelectual en al-Azhar. El objetivo final era revitalizar la *umma,* la comunidad de los fieles musulmanes en el mundo entero, y reeducar a los ulemas, sus guías y consejeros eruditos. Eso significaba erradicar las supersticiones, las creencias heterodoxas y las prácticas sincréticas incorporadas por los musulmanes a partir de la gran variedad de culturas en las que se había difundido el islam. Significaba la purificación, pero también una especie de modernización. Unos ulemas reformados estarían en contacto más estrecho con los principales centros de erudición.

Se les formaría adecuadamente en la teología e historia musulmanas. Estarían mejor equipados para rebatir las ideas europeas con una respuesta islámica convincente. Transmitirían el mensaje del islam a los fieles con mayor confianza y medios más eficientes. La prédica, la enseñanza y la difusión de ideas explotarían los nuevos medios (la baratura de la impresión de periódicos y libros), las nuevas formas de educación (utilizando aulas y escuelas de tipo occidental) y las nuevas facilidades para viajar. La navegación a vapor y el ferrocarril permitieron a un número de musulmanes mayor que nunca realizar la *haj* (la peregrinación a La Meca), sentarse a los pies de los principales eruditos y captar la plena extensión del mundo islámico. La solidaridad panislámica, una élite más competente, una *umma* más disciplinada y una conciencia mucho más aguda del especial lugar que ocupaba el islam en el mundo moderno serían la recompensa prometida[682].

Para muchos observadores musulmanes, en 1914 no parecían haberse realizado sino progresos limitados hacia esa meta. La tarea de movilizar a una *umma* inmensa, desperdigada y a menudo analfabeta y pobre era desalentadora. El mundo islámico estaba atravesado por divisiones políticas, étnicas y lingüísticas. La modernización del árabe, la lengua clásica de la ciencia, el derecho y la teología musulmanes constituía un desafío ingente. Los principales Estados musulmanes sufrieron (como veremos) ulteriores derrotas y humillaciones a manos de los europeos. Es más, en algunas comunidades musulmanas, el nacionalismo étnico y el Estado territorial ofrecían un fundamento más prometedor para la resistencia anticolonial que el remoto ideal de la unidad panislámica. A veces surgían desacuerdos virulentos entre quienes insistían en que el islam no tenía nada en contra de la ciencia y la política occidentales y quienes consideraban que la influencia de ambas era corruptora. Ahora bien, tampoco podía dudarse de que el sentimiento de identidad islámica, cada vez más agudizado, que Al-Afgani y Abduh promovieron con tanto entusiasmo había comenzado a

dinamizar a una gran variedad de sociedades musulmanas. En África occidental, la élite religiosa musulmana, además de aumentar su control sobre la comunidad de los fieles, afianzó su influencia sobre las autoridades francesas[683]. En Egipto, epicentro del modernismo islámico, la inquietud musulmana por la reforma moral y por una mayor disciplina social aumentó el atractivo del nacionalismo político entre la clase culta[684]. En la India, es posible que la nueva universidad musulmana fundada en Aligarh (el «Colegio Anglo-Oriental») hiciera hincapié en el valor del conocimiento moderno de Occidente, pero fue al mismo tiempo el seminario de los «jóvenes líderes musulmanes» que destacarían a partir de 1914[685]. En el Sudeste asiático colonial, los movimientos reformistas y los nuevos medios impresos contribuyeron a difundir la conciencia islámica, y en las Indias Orientales Holandesas esto adquirió la forma de un movimiento político, Sarekat Islam[686].

En el hinduismo se desarrolló una tendencia parecida hacia la purificación y codificación de la práctica religiosa. Movimientos reformistas como Arya Samaj reconocían implícitamente el atractivo espiritual del culto cristiano y su insistencia en la relación del individuo con Dios. A nivel popular, esta resurrección religiosa pudo observarse en campañas por la «protección de las vacas» y a favor de alentar el culto del panteón hindú frente a las deidades locales. La mejora de los medios de transporte animó a más peregrinos a desplazarse hasta Benarés y Madre Ganges, así como a otros centros de devoción hindú. Entre las personas cultas, la palabra impresa en lenguas vernáculas ayudó a extender la influencia de los maestros y de los movimientos espirituales. No obstante, quizá el acontecimiento más notable anterior a 1914 fue el manifiesto de Gandhi a favor de la resistencia cultural, publicado en 1909 bajo el título *Hind Swaraj* («autogobierno indio»)[687]. *Hind Swaraj* (escrito mientras Gandhi viajaba por mar entre Londres y Sudáfrica, donde vivió y trabajó entre 1893 y 1915) era una brillante síntesis de religión, cultura y política. Exponía una tercera gran

estrategia para la resurrección cultural. Reafirmaba el valor de un hinduismo purificado como fundamento moral de la sociedad. También adoptaba el punto de vista europeo acerca de la sociedad india como un mosaico inmenso de «comunidades aldeanas». El objetivo de Gandhi no era repetir el diagnóstico de «estancamiento». Al contrario, insistió en la superioridad moral de la aldea autosuficiente sobre la civilización artificial, explotadora y disgregadora impuesta por Occidente. Así pues, los hindúes no accederían al autogobierno solo apoderándose de las instituciones del gobierno colonial (conservando la naturaleza del tigre tras haberse deshecho del tigre, según la pintoresca expresión de Gandhi). El autogobierno suponía repudiar todo lo que había traído consigo la dominación occidental, incluyendo el derecho y la medicina, el ferrocarril y el telégrafo, y el propio Estado indio. De acuerdo con la formulación de Gandhi, la reforma religiosa se fusionaba con la reforma moral, y la reforma moral con la reforma social, y la reforma social con la lucha política. La emancipación moral conduciría a la libertad política, ya que en cuanto los hindúes rechazaran la hegemonía espiritual de la que dependía la dominación británica (los hindúes, decía Gandhi, habían *permitido* a los británicos dominarlos), revocarían la colaboración que había constituido el fundamento de la edificación del Raj. Con asombrosa habilidad (y en una extensión de poco más que un panfleto) Gandhi había demostrado cómo un movimiento cultural podía evitar la confrontación directa con el régimen colonial hasta la llegada del momento decisivo. Sin embargo, cuando el proceso de emancipación (mental) fuese completo, el asalto final sería breve e incruento.

Quizá tenga poco de sorprendente que el gobierno de la India prohibiera inmediatamente *Hind Swaraj* por subversivo, y el propio Gandhi no se convirtió en un personaje influyente allí hasta 1918. Algunas de las ideas que propuso (sobre todo la necesidad de autosuficiencia cultural y económica) ya estaban presentes en la llamada campaña *swadeshi* de Bengala a partir

de 1905, así como en los escritos polémicos del político del Congreso Nacional Indio Bal Gangadar Tilak. Sin embargo, carecían del toque de genio político del que los impregnó Gandhi. Fue el modelo gandhiano de resistencia política y cultural, concebido en el momento de mayor expansión imperial europea, el que convirtió el nacionalismo en un movimiento no violento de masas durante el periodo de entreguerras.

Sería erróneo subestimar el enorme impacto de las ideas occidentales y la medida en que estas se infiltraron en el pensamiento de casi todas las sociedades expuestas a la influencia euroamericana. A menudo esto tuvo como consecuencia —tanto más poderosa debido a su carácter insidioso— que los pueblos no europeos comenzaran a verse a sí mismos (así como a los europeos) desde la perspectiva de las ideas y los prejuicios occidentales. Ahora bien, sería igual de erróneo negar que gran parte de ese impacto se debía a la atracción y la simpatía, no a la imposición forzosa. La libertad individual, el gobierno representativo, el ideal del Estado-nación, la ciencia empírica y las doctrinas cristianas ejercieron un enorme atractivo en el mundo no occidental. Y tampoco era cuestión de que esta influencia cultural se pusiera al servicio de los gobiernos coloniales o fuera desplegada en interés de la dominación imperial. Su contenido era pluralista y en ocasiones contradictorio. Evocaba reacciones imprevisibles y variadas. Topaba con redes culturales locales profundamente arraigadas y en las que las actitudes culturales estaban estrechamente unidas a la identidad religiosa. Existían pocos regímenes coloniales deseosos o capaces de desplazar a los «guardianes» de la sociedad local, cuya cooperación tenía que ser comprada a través de una especia de «contrato» cultural. Y precisamente las armas mediante las que se difundieron tan ampliamente las ideas occidentales (los medios impresos, la baratura del transporte y las instituciones educativas) podían utilizarse en las tareas de renovación y resistencia cultural.

Esto pudo comprobarse hasta en el uso que se hizo de la idea de «raza», que solía considerarse como el arma más poderosa del arsenal cultural europeo. Pese a que su supuesto fundamental era que las diferencias culturales eran hereditarias, el racismo europeo era una doctrina incoherente sin pretensión alguna de ser precisa. A pesar de los mejores esfuerzos de sus practicantes «científicos», borraba las distinciones entre atributos culturales y físicos. Dependía de una gran masa de descripciones estereotipadas para lidiar con las diferencias en el seno de la misma Europa, y la inmensa variedad de las culturas y pueblos del mundo no occidental. Ahora bien, fue el racismo «vulgar», no su variante «intelectual», la que tuvo mayor impacto. Los europeos que vivían en Asia y África sabían perfectamente que su estatus e ingresos dependían de la presunta existencia de diferencias insuperables entre ellos y los nativos. Para ligar estas pretensiones a la historia del avance material de Europa y reinventarse así a sí mismos como los agentes indispensables de la civilización y el progreso no hacía falta realizar un gran esfuerzo de imaginación. La necesidad de seguridad, el miedo a la enfermedad y la sospecha omnipresente de que, abandonados a sí mismos, los europeos sin compromisos sencillamente adoptarían el modo de vida de los nativos (subvirtiendo así el orden social y cultural), alentó diversos grados de segregación y separación. Así pues, a menudo el racismo europeo aparecía menos como una teoría cultural que como un conjunto de actitudes sociales burdas desplegadas de forma brusca y con frecuencia agresiva.

Ahora bien, la idea de la raza no se mantuvo en calidad de monopolio europeo (o euroamericano) exclusivo. Demostró ser sumamente exportable. Si el secreto del poderío europeo consistía en constituir una «raza», entonces el atractivo de tal idea era evidente. Hacia finales del siglo, el nuevo nacionalismo chino de Sun Yat-sen estaba recurriendo a la noción de una raza Han distintiva, que constituía la auténtica nación china. En la Bengala colonial, donde a los *bhadralok* («gente distinguida»)

hindúes les ofendía su exclusión del gobierno y el lenguaje desdeñoso de sus señores coloniales, la retórica nacionalista cambió las tornas raciales. La «raza hindú» era con mucho la más civilizada. Compartía con los europeos su origen ario. Tenía una misión racial distintiva: no la grandeza política o el poderío militar, sino el ejercicio de la «energía espiritual». Insistiendo deliberadamente en las diferencias culturales (vistiendo ropa indígena), en el culto de la fuerza física y del valor, así como en el redescubrimiento de un pasado heroico, los bengalíes podían adquirir todos los rasgos de una «raza», distinta pero igual de válida que la versión europea[688]. «Una raza que tiene un pasado […] también ha de tener un futuro», comentó la revista *Bharati* en 1904[689].

Puede que la trayectoria de Edward Wilmot Blyden represente el caso más fascinante de cómo se adaptó la idea racial[690]. Blyden nació en las Antillas, y viajó primero a Estados Unidos y luego (en 1850) a Liberia, en tanto integrante del movimiento que pretendía trasladar a los esclavos liberados «a su hogar» en África occidental. Se convirtió en pastor presbiteriano. La convicción de que las barreras entre las razas se estaban endureciendo llevó a Blyden a sostener que lo que necesitaban los africanos era una conciencia más intensa de su identidad racial. «Nos hace falta una potencia africana, algún gran centro de la raza donde pueda congregarse nuestra fuerza física e intelectual», escribió. Blyden estaba pensando en una nación de África occidental, pero insistía en que esta fuese auténticamente africana. Los africanos debían evitar la vestimenta occidental[691]. Debían conservar las costumbres indígenas. También debían evitar los matrimonios interraciales[692] (Blyden creía que solo los negros «puros» podían fomentar el nacionalismo africano y rechazaba la idea de la «fusión racial»)[693]. En *Christianity, Islam and the Negro Race* (1887), sostuvo que el islam era más apropiado para África que la religión cristiana. Curiosamente, Blyden, que sirvió durante algún tiempo como funcionario colonial en Sierra Leona, no veía conflicto alguno

entre sus ideales raciales y su proyecto de construir una nación africana occidental bajo los auspicios del poder colonial británico. Con todo, ya antes de 1914 era evidente que la apelación a la raza podía utilizarse tanto en defensa de la hegemonía europea como en su contra.

Cuestiones pendientes: Asia oriental y Oriente Próximo, 1880-1914

Al llegar la década de 1880, los europeos y norteamericanos llevaban más de un siglo sondeando la promesa comercial de Asia oriental. Habían establecido cabezas de puente comerciales (los «puertos de tratado») en China y Japón y sometido a ambos países a «tratados desiguales» que otorgaban privilegios extraterritoriales a los residentes y a la propiedad extranjeros. Habían impuesto un régimen de bajos aranceles en interés de su comercio. Habían librado dos guerras contra China para hacer valer esos derechos y extenderlos geográficamente. Habían obligado al emperador Ching a reconocer la igualdad diplomática de los Estados occidentales y a adoptar (en 1876) la práctica europea de los embajadores residentes[694]. No obstante, en 1880, a pesar de la magnitud de la presencia extranjera, estaban lejos de haber impuesto a China en su conjunto (no digamos ya a Japón) el tipo de sujeción colonial —o incluso de dominación semicolonial— que se estaba convirtiendo rápidamente en la norma en otras partes de Afroasia.

Uno de los motivos era que Asia oriental seguía estando relativamente lejos de Europa, y el volumen del comercio entre ambas regiones era considerablemente menor del que había entre Europa y la India (por no hablar de las Américas). Ahora bien, la cautela de los europeos también reflejaba la inmensa fuerza residual de China como cultura unificada y sistema político todavía vigente. Los aventureros y filibusteros que pene-

traron en el interior de África a tiros y se forjaron imperios privados con un puñado de mercenarios no habrían tardado en llevarse su merecido en China. La fragmentación cultural y política que facilitó tanto a los intrusos europeos adquirir aliados locales en África no tenía allí paralelo alguno. En el frente comercial la pauta era similar. Los comerciantes europeos, en sus *godowns* de los puertos de tratado, no se encontraban en una posición que les permitiera controlar el comercio interior. Se enfrentaban a una vida comercial muy organizada, atrincherada tras las barreras idiomáticas y las complejidades de la moneda china. Se veían obligados por necesidad a hacer sus tratos a través de los grandes comerciantes chinos, que actuaban como «compradores» (intermediarios) para las empresas occidentales[695]. En fecha tan tardía como 1893, esta relación comercial todavía era considerada por parte china como una relación basada en el beneficio mutuo, no en la explotación extranjera[696]. Pese a todas sus penalidades, en torno a mediados de siglo, la estructura política imperial seguía funcionando bajo el gobierno reformista de Li Hung-chang, el funcionario más poderoso durante la mayor parte del periodo que transcurrió entre los años 1870 y 1900. La conciencia étnica de la mayoría Han todavía no había despertado del todo frente a la casta manchú dominante que dirigía la ciudadela interior del régimen Ching[697]. No menos importante, el gobierno imperial Ching, dada su tradición de parsimonia, había evitado cuidadosamente contraer deuda exterior, el caballo de Troya de la intromisión extranjera. Mediante el trato conciliador dispensado a los enclaves e intereses extranjeros, y tolerando la gestión de los expatriados occidentales (bajo autoridad china) en la delicada esfera de las aduanas marítimas, Pekín esperaba evitar una confrontación violenta mientras China se «reforzaba a sí misma».

No obstante, el prestigio manchú y la estabilidad del gobierno de los Ching también dependían del lugar central que China ocupaba en el «orden mundial» de Asia oriental. El ma-

yor logro de los Ching había sido vincular el inmenso *hinterland* del interior asiático, compuesto por el Tíbet, Sinkiang, Mongolia y Manchuria, con el centro asiático oriental de China propiamente dicha. La penetración extranjera en esta periferia imperial amenazaba con deshacer esta vasta red de poder. Durante la década de 1880 los europeos fueron arañándola poco a poco. Los rusos avanzaron desde Asia central. Los británicos conquistaron la parte septentrional de Birmania. Francia obligó a Pekín a renunciar a la reivindicación de la soberanía sobre Annam (gran parte del Vietnam moderno). Ahora bien, lo que provocó la crisis fue el destino de Corea, país vulnerable a la presión exterior de Rusia (que envidiaba sus puertos sin hielo) y de Japón. Su organización política confucionista se había visto trastornada por adversarios interiores, algunos de ellos cristianos. La corte de Pekín no podía correr el riesgo de que Corea se inclinase hacia otra potencia y cortase sus ancestrales lazos con China. El «reino ermitaño» era la puerta marítima de entrada en el Asia interior. Era el trampolín para avanzar hacia el espacio vacío de Manchuria. Su pérdida podía desestabilizar gran parte de la diplomacia china de la estepa y convertir el Asia interior en un territorio fronterizo hostil. De manera que cuando en 1894 un golpe apoyado por los japoneses derrocó al régimen sinófilo de Corea, Pekín se negó a echarse atrás. No obstante, durante la breve guerra que siguió, entre julio de 1894 y marzo de 1895, fue China la que padeció una humillante derrota.

El Tratado de Shimonoseki (firmado en abril de 1895) desencadenó una tempestad de transformaciones. Obligó a China a reconocer la independencia de Corea. Estipuló la transferencia de una parte de Manchuria a Japón, así como de Taiwán y de las islas Pescadores. China tuvo que pagar una inmensa indemnización financiera equivalente al valor de sus ingresos públicos durante un año. La dinastía Ching sufrió una pérdida de prestigio devastadora entre la clase erudita china, la pequeña nobleza provincial de cuya lealtad dependía su futuro. Para col-

mo de males, ahora el gobierno imperial se vio obligado a solicitar préstamos en el extranjero para ayudar a pagar la indemnización y resarcir sus destrozadas fuerzas militares. Entre las potencias europeas, ya alarmadas ante los síntomas de colapso inminente, esto desató una carrera por prestarle a China sumas garantizadas con el aval de derechos territoriales y comerciales. Rusia dio el primer paso extendiendo un préstamo a cambio del permiso de Pekín para construir una vía férrea que atravesara Manchuria hasta llegar a su nueva ciudad oriental de Vladivostok, junto a un contrato de arrendamiento para explotar durante ochenta años los recursos económicos encontrados a lo largo de dicha vía[698]. En 1898, Alemania, Rusia y Gran Bretaña adquirieron respectivas bases navales en el norte de China, cerca del acceso marítimo a Pekín. Las grandes potencias establecieron acuerdos entre sí acerca de las zonas donde tendrían preferencia en las concesiones de vías férreas que el gobierno Ching ahora parecía estar dispuesto a conceder. En este clima febril, la corte imperial anunció de pronto una larga lista de decretos para reformar la educación, el ejército y el sistema burocrático, a grandes rasgos de forma semejante al Japón Meiji. Antes de que pudieran ser puestas en práctica, la madre del emperador, la infame emperatriz viuda (Tz'u-hsi), organizó un golpe de Estado y cesó a los reformadores. En un ambiente de resentimiento y de conflicto político irrumpieron los violentos desórdenes dirigidos contra las conversiones cristianas en el nordeste de China, la Rebelión de los bóxers de 1898-1900. Con la complicidad de la corte, los bóxers (literalmente los «Puños de la Justa Armonía», un movimiento ferozmente anticristiano) y sus simpatizantes ocuparon Pekín, aislaron la ciudad del exterior y sitiaron las legaciones extranjeras. Si el objetivo había sido fomentar sentimientos xenófobos masivos en defensa de la dinastía (el lema de los bóxers era «Apoyar a los Ching, destruir a los extranjeros»), el tiro salió espectacularmente por la culata. Las potencias extranjeras (los europeos, norteamericanos y japoneses) enviaron un nutrido contingente

armado (45.000 hombres) a rescatar a sus diplomáticos y castigar a los bóxers. Sea como fuere, daba la impresión de que los regentes de China habían cometido el error garrafal de embarcarse en una confrontación armada con el resto del mundo.

El desenlace inevitable fueron ulteriores humillaciones. La emperatriz viuda y su corte huyeron de la ciudad. A China se le impuso otra inmensa indemnización. Según los términos pactados para poner fin a la rebelión, el gobierno chino también tendría que aceptar reformas arancelarias que favoreciesen el comercio exterior. Subyugado por el «cuerpo diplomático» (el peso colectivo de los embajadores extranjeros), parecía prácticamente seguro que Pekín otorgaría concesiones ferroviarias que ampliasen el control extranjero en las profundidades del interior de China. Al mismo tiempo, todos los indicios apuntaban a que los ejércitos invasores que habían reprimido a los bóxers no se iban a marchar apresuradamente. Más de dos años después, pese a la promesa de marcharse, Manchuria fue ocupada por casi 150.000 soldados rusos[699]. El ímpetu hacia el reparto económico, o incluso una rebatiña territorial a medida que las demás potencias reaccionasen ante la ampliación de Rusia, parecía ahora imparable.

Y no obstante, China evitó el reparto y la tutela económica de la que esperaban beneficiarse los intereses comerciales extranjeros. Los motivos eran complejos. En primer lugar, apenas existía posibilidad alguna de que las grandes potencias se pusieran de acuerdo de cara al reparto, como acababan de hacer en África. Puede que a los rusos les hubiera gustado un imperio en el norte de China, pero los británicos, cuyos intereses comerciales eran los mayores con diferencia, estaban empeñados en no aceptar la división. En parte, esto se debía a la opinión prevaleciente en Londres de que no debía haber «más Indias», es decir, inmensas posesiones asiáticas que defender y controlar, y menos aún una «segunda India» con un ejército ruso a la vuelta de la esquina[700]. El hecho de que la crisis de los bóxers

coincidiese con la embarazosa dificultad que Gran Bretaña experimentaba para derrotar a los bóeres, así como un creciente hartazgo bélico entre la opinión pública en el interior, habría hecho de cualquier plan semejante una forma de suicidio político. Una China indivisa con un gobierno complaciente representaba una opción mucho mejor tanto para el comercio como para la inversión. De ahí que los británicos y los norteamericanos animaran a Japón a oponerse al avance de Rusia, y que en 1902 los británicos llegasen a un pacto regional, la Alianza anglo-japonesa, prometiendo apoyo militar (es decir, naval) si Japón llegase a las manos con más de una gran potencia, es decir, si Francia, aliada de Rusia, entrara en liza[701]. Ni Francia ni Alemania, las otras grandes potencias que tenían intereses en China, tenían incentivo suficiente ni medios adecuados para tratar de forzar un reparto en contra de la voluntad de Londres y Washington.

Ahora bien, no se trataba solo de una mera cuestión de lo que quisieran los imperialistas. Igualmente importante fue la tenaz resistencia demostrada por los chinos. Siempre había sido difícil acabar con la cohesión de la autoridad china, basada en la lealtad interesada de la pequeña nobleza erudita al régimen dinástico que la empleaba. Cabía esperar que la sucesión de desastres acaecidos desde 1894-1895 debilitase la pretensión de los Ching al «mandato del cielo». Y así fue. No obstante, el resultado paradójico fue un nuevo ambiente político mucho más fervientemente hostil a la intromisión extranjera. Durante la década de 1890 había crecido con rapidez un movimiento político que rechazaba la idea de que la unidad de China dependía del gobierno dinástico. Sun Yat-sen y sus seguidores insistían en que China era el Estado-nación del pueblo Han (de lengua china) y que este solo podía ser gobernado por sus líderes electos[702]. La dinastía Ching o manchú era una tiranía extranjera[703]. Y el nacionalismo de Sun tampoco fue la única forma de militancia política existente. La nueva vida comercial que había en los alrededores de las ciudades de los tra-

tados portuarios creó nuevas formas sociales. Surgieron asociaciones para atender a las necesidades de la nueva clase media urbana que estaba creando conscientemente una sociedad china «moderna»[704]. La industrialización inducida por los tratados portuarios engendró una clase trabajadora china, una masa popular que podía ser utilizada para intimidar a los intereses y los enclaves extranjeros. La pequeña nobleza provincial, que desde la Rebelión de los Taiping había gozado de una autonomía cada vez más grande, heredó el papel de defender a China contra la amenaza extranjera de lo que parecía una dinastía corrupta e impotente. Cuando Pekín volvió a emprender el camino de la reforma tras la crisis de los bóxers, hizo el juego a la pequeña nobleza. El nuevo ejército (inspirado en los modelos de Europa y Japón), la nueva burocracia, los nuevos colegios y universidades, y la abolición (en 1905) del ancestral sistema de examen y de su temario confuciano, rompió los pocos lazos de lealtad que quedaban entre la pequeña nobleza erudita y el centro imperial. En las provincias, los funcionarios de la pequeña nobleza bloquearon todos los intentos de utilizar las concesiones ferroviarias para ampliar la influencia extranjera. «Las vías férreas no avanzan en China», comunicó el corresponsal del *Times* a la directora de la sección de asuntos internacionales[705]. Para los financieros británicos, como Charles Addis, del Hong Kong and Shanghai Bank, la reivindicación china de «derechos de recuperación» significaba que si bien los extranjeros podían invertir en la construcción de vías férreas, no podían tener la esperanza de controlarlos[706]. Cuando el gobierno de Pekín, en un intento desesperado por restablecer su autoridad en vías de disolverse y sanear sus finanzas, se propuso quitar a las autoridades provinciales el control de las vías férreas (un edicto imperial de mayo de 1911 «nacionalizó» las principales vías)[707], desencadenó una revuelta que provocó la caída de la dinastía. El final del gobierno de los Ching en 1911 dio paso a cuatro décadas caóticas y turbulentas para el pueblo chino. No obstante, también marcó el fin de la era en que el so-

metimiento de China a un sistema internacional *eurocéntrico* habría sido posible.

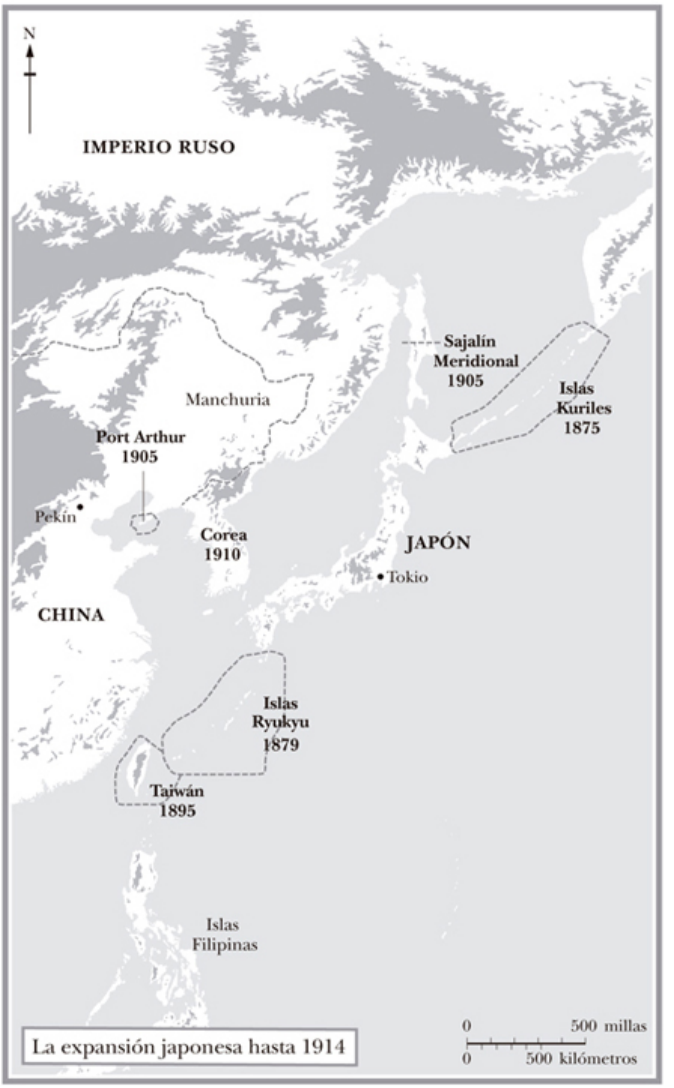
A partir de la década de 1890, Japón desempeñó un papel fundamental a la hora de contener el avance europeo en Asia oriental. Por una ironía de la historia, fue la victoria japonesa en la guerra de 1894-1895 la que desencadenó la carrera por obtener bases y concesiones entre las potencias europeas. No obstante, Japón no desempeñó el papel de «hermano pequeño» de los imperialistas occidentales. La opinión pública japonesa seguía recelando profundamente de las intenciones europeas y temía un asalto combinado euroamericano contra su precaria autonomía. Los europeos, comentó Ito Hirobumi durante su gira de investigación del constitucionalismo occidental en 1882, «ayudan y aman a sus familiares y amigos, y tratan de exterminar poco a poco a quienes se encuentran muy lejos y carecen de parentesco con ellos [...] La situación en Oriente es tan frágil como una torre hecha de huevos [...] Tenemos que hacer cuanto podamos para fortalecernos y ampliar nuestro armamento»[708]. En *Datsua-ron* —«Abandonar Asia, entrar en Europa» (1885)— el gran profeta de la modernización Yuikichi Fukuzawa equiparaba a Asia con el atraso. Ahora bien, su objetivo no era que Japón se aliase con las potencias occidentales. Al contrario, el destino manifiesto de Japón era asumir el liderazgo de Asia para asegurar la libertad asiática. Es más, el pensamiento japonés reflejaba una profunda ambivalencia hacia China: desprecio por el «atraso» chino, codicia de sus recursos y temor a que, de no mediar una acción preventiva, gran parte de China quedara bajo control europeo. El nacionalismo chino inspiraba abundantes simpatías, y muchos miles de estudiantes chinos pasaban temporadas en Japón. A su vez, el asombroso éxito de Japón en lo tocante a la reforma gubernamental y

mantener a raya a las potencias extranjeras hizo que el modelo japonés fuera muy influyente en China.

Por supuesto, Japón había hecho algo más que dar ejemplo. Desde la década de 1870, había seguido una política de resistencia cautelosa ante la expansión rusa en el norte de Asia oriental. Al llegar la década de 1890, esa suspicacia mutua estaba concentrada en Corea, según la mitología japonesa, «la daga que apunta a nuestro corazón». A Rusia le desagradaba e inquietaba profundamente el auge del poderío japonés allí a partir de 1895. Un acuerdo para evitar la confrontación en 1898 canjeando la preponderancia rusa en Manchuria por la de Japón en Corea fracasó como consecuencia de la concentración de tropas rusas durante la Rebelión de los bóxers. Cuando los rusos se negaron a retirarse de Manchuria o reconocer las aspiraciones japonesas a la preeminencia en Corea (donde el control de Tokio estaba lejos de estar asegurado), el recurso a la guerra se hizo inevitable. El resultado fue pasmoso. Cuando la flota rusa del Báltico dio la vuelta al mundo para aplastar a la nueva marina japonesa, fue aniquilada en la batalla de Tshushima (mayo de 1905), en los estrechos mares que separaban Corea de Japón. Poco después un ejército japonés inferior en número derrotó a los rusos en la batalla de Mukden, en pleno corazón de Manchuria. En el tratado de paz subsiguiente, los japoneses se apoderaron de las bases rusas en la península de Kwantung y de sus concesiones comerciales en el sur de Manchuria, y recibieron la mitad sur de Sajalín, la isla estratégica que se encontraba al norte de Hokkaido. Se había allanado el camino hacia un protectorado sobre Corea, que en 1910 se convirtió en anexión plena. De golpe, Japón se convirtió en la potencia naval y militar más fuerte de la región, y sería preciso su consentimiento antes de que cualquier potencia exterior interviniera masivamente.

No debe exagerarse la fuerza de los japoneses. La lucha contra Rusia había tensado los recursos financieros de Tokio

hasta el límite. Los planificadores de la política japonesa temían una reacción violenta de Occidente contra su expansión imperial. «Manchuria no es territorio japonés», advirtió el veterano estadista Ito Hirobumi[709]. El antagonismo estadounidense se hizo más explícito[710]. Con todo, el ascenso de Japón fue asombroso. Japón se había convertido en una potencia colonial en Asia oriental. Había adquirido un ejército y una marina modernos (la mayor parte de sus buques de guerra fueron construidos en Gran Bretaña). Había derrotado militarmente a un gran Estado europeo. Se había quitado de encima (mediante negociación) los tratados desiguales que concedían a los occidentales privilegios extraterritoriales (China tuvo que esperar hasta 1943 para hacer otro tanto) y había recuperado la plena autonomía arancelaria (en 1911). Se había convertido en una gran potencia de hecho, con una esfera de intereses que estaba a una distancia segura del centro de gravedad de sus rivales más probables. Ya se cernía sobre la presencia comercial de Occidente en China de una manera que suscitaba una mezcla de envidia y de alarma[711]. Ahora bien, ¿cómo había logrado tener éxito Japón en este desafío sordo pero muy efectivo en una época en que los Estados europeos se encontraban en la cima de su poder?



En parte quizá, debido a que los observadores occidentales subestimaron una y otra vez las fuentes de la fuerza de Japón. Por motivos obvios, en la prensa occidental no existían buenos informes acerca de Japón, y hasta a los espectadores veteranos les resultaba muy difícil explicar la política japonesa. En la Gran Bretaña victoriana, lo que más llamaba la atención era la singularidad nipona. Japón era una «isla de elfos» gobernada por un mikado (la opereta de Gilbert y Sullivan se estrenó en

1885)[712]. Lo que hubo tras el desastre naval ruso de 1905 fue una infravaloración catastrófica del poderío y la destreza japoneses. No obstante, Japón también gozaba de un singular nicho geopolítico desde el que defender sus intereses. Ocupaba una zona fronteriza entre la Eurasia continental y el Mundo Exterior. Estaba tan lejos como resultaba posible de las potencias marítimas europeas y de la Rusia europea, y apenas estaba al alcance de las unas y de la otra. (Incluso en la era de los barcos de vapor, Tokio se encontraba a treinta y dos días de navegación de los puertos británicos, y estaba a más de 2.500 kilómetros de la base británica de Hong Kong, que constituía en sí misma un puesto de avanzada remoto del poderío naval británico). A partir de la década de 1870, los gobiernos japoneses explotaron hábilmente esta ventaja para consolidar su control sobre los accesos marítimos y terrestres al archipiélago japonés. Un tratado con Rusia en 1875 sacó el máximo provecho de una situación que tenía mal arreglo, canjeando la reivindicación japonesa de Sajalín por las islas Kuriles. Algunos años más tarde, Japón absorbió las islas Ryukyu, que se extendían hacia el sur en dirección a Taiwán[713]. La propia Taiwán era una sociedad fronteriza en la que el control chino nunca había sido firme. Era uno de los trofeos que los japoneses conservaron tras su guerra con China en 1894-1895. La penetración, ocupación y anexión final de Corea, el control de la península de Kwantung y la recuperación de la mitad sur de la isla de Sajalín completaban el anillo defensivo que rodeaba a las islas del archipiélago nipón. El riesgo de invasión —una preocupación ancestral de los gobiernos japoneses— se había vuelto casi nulo.

Esto habría tenido menos importancia si los cambios internos de Japón hubieran desestabilizado su política, amenazado a las personas y propiedades extranjeras y ofrecido ocasiones para la intervención de las grandes potencias de Europa. La alineación de Francia, Rusia y Alemania para limitar los beneficios que Japón iba a extraer de China en 1895 demostró que no se podía hacer caso omiso de esa amenaza. Lo decisivo en este

caso fue la particular senda de desarrollo económico elegida por Japón. Como vimos en un capítulo anterior, al llegar la década de 1880 Japón ya estaba a punto de competir exitosamente en el comercio internacional: no solo en especialidades locales como la seda cruda, sino en hilados de algodón y tejidos, quizá el producto manufacturado con el que más ampliamente se comerciaba. Sin embargo, y de manera crucial, la vía japonesa hacia la industrialización no dependía de grandes importaciones de capital, la fuente más peligrosa de dependencia exterior. Pese a que en 1913 ya trabajaban en la industria cuatro millones de personas, casi todas ellas lo hacían en talleres que empleaban a cinco personas o menos y utilizaban poca maquinaria o ninguna[714]. El billete de ingreso de Japón en la economía global fue una mano de obra muy barata (sobre todo la de las mujeres), no la eficiencia mecanizada[715]. La tecnología importada fue adaptada y simplificada, lo que redujo tanto su coste como la dependencia de Japón de la pericia y las piezas extranjeras. Y detrás de esta vanguardia industrial había un inmenso sector agrario que seguía empleando a la gran mayoría de la población. En fecha tan tardía como 1903, menos del 8 por ciento de los japoneses estaban clasificados como población urbana[716].

El resultado fue una sociedad en la que la influencia extranjera había sido cuidadosamente filtrada (en no poca medida por la barrera del idioma) y donde el cambio social había sido claramente limitado. En el campo, sobre todo, la vieja jerarquía rural (que requería que los inferiores se hiciesen a un lado para ceder el paso a sus superiores y les mostrasen una deferencia exagerada) seguía en vigor. En círculos más intelectuales, el apoyo a la adaptación política y cultural coexistía con un profundo recelo hacia la *Oshu-shugi* (la «europeidad»), su materialismo declarado, sus divisiones sociales y su arrogancia cultural. La actitud oficial hacia el cristianismo también era hostil. La desconfianza frente a lo extranjero seguía muy arraigada. En un célebre incidente, el futuro zar Nicolás de Rusia, mien-

tras visitaba Japón en 1891, fue atacado y herido por un policía que pensaba que se estaba produciendo una invasión rusa. En semejante ambiente, no resulta difícil comprender por qué los estadistas samuráis de la era Meiji lograron imponer una versión tan autoritaria del Estado moderno. La constitución de 1889, que pretendía rematar la adopción de una soberanía de tipo occidental por parte de Japón, afianzó el poder de los oligarcas de Satsuma-Choshu, los *genro* o ancianos que elegían al gabinete. Apenas un 1 por ciento de la población tenía derecho al voto. La Dieta, o parlamento, no podía cambiar el gobierno. El control del ejército y de la marina estaba cuidadosamente separado de los ministros civiles. Una cámara alta, la «Cámara de Pares», estaba llena de individuos designados por Satsuma y Choshu. Y para dotar a esta ingeniosa distribución del poder con un aura de santidad, fue sagazmente presentada como la leal aplicación del «derecho imperial». El emperador y el «culto al emperador» se convirtieron en el centro de un culto patriótico que se fomentaba en los colegios junto a la enseñanza occidental.

Utilizando estos medios, los dirigentes japoneses lograron obtener una trayectoria singularmente favorable con la que ingresar en un mundo dominado por Occidente. Ahora bien, no eran invencibles. La guerra contra Rusia los forzó a acudir a prestamistas extranjeros. Las emociones patrióticas que suscitó en el interior hicieron peligrar el tenor oligárquico de la política japonesa. Con su nueva carga de deuda, la economía japonesa cayó en el déficit. Corría el riesgo de padecer la misma suerte que otras economías semiindustriales que se hallaban en la misma posición: contracción monetaria (Japón estaba en el patrón oro), una demanda menor de los productos manufacturados en el interior y una dependencia mayor de las exportaciones de materias primas[717]. Tampoco la victoria de 1905 estaba garantizada más allá de toda duda. Rusia colocó una segunda vía del ferrocarril transiberiano, la arteria de acero de su imperio oriental. En China, entretanto, Yuan Shih-k'ai, protegido de

Li Hung-chang y adversario de Japón desde sus tiempos de emisario chino en Corea en 1884, había impuesto su control como «hombre fuerte» presidencial. A finales de 1913 gozaba del apoyo de las principales potencias occidentales en tanto gobernante efectivo con el que hacer negocios, estatus que Japón tuvo que aceptar a regañadientes[718]. Ahora bien, el momento oportuno lo es todo. Antes de que estos sucesos pudieran socavar la recién estrenada preeminencia regional japonesa, la guerra europea trastornó todos los pronósticos.

Asia oriental no era la única «cuestión pendiente» del colonialismo eurocéntrico global. En Oriente Próximo, y a pesar de lo cerca que había llegado a estar de la catástrofe en 1875-1878, el Imperio otomano había demostrado ser sorprendentemente resistente. El sultán Abdul Hamid II siguió adelante con el «reforzamiento» otomano, explotando la incapacidad de las grandes potencias para ponerse de acuerdo en un reparto que podría haber acabado con su autoridad. El poder estatal se amplió y sus tentáculos arraigaron más profundamente. Las escuelas y los gendarmes lo trasladaron a los distritos locales. Una burocracia en expansión atrajo a las élites locales[719]. Poco a poco, en las provincias árabes el dominio otomano se volvió más eficaz[720]. El ferrocarril de Hejaz, entre Alepo y Medina, estrechó el control otomano sobre la costa del mar Rojo y los grandes centros de peregrinación. A lo largo del «litoral árabe» del golfo Pérsico, las fuerzas otomanas hicieron sentir su presencia en la región de El Hasa, entre Kuwait y Bahréin (donde la influencia británica iba en aumento). Entretanto, la economía otomana se estaba beneficiando del auge del comercio de materias primas a partir de 1896[721]. Pese a que las fábricas modernas mecanizadas eran contadísimas, las manufacturas de algodón y de alfombras crecían a ritmo constante[722].

En tanto Estado puramente asiático, el Imperio otomano quizá hubiera podido aunar su influencia diplomática y su cohesión cultural a fin de ganar el tiempo imprescindible para construir una estructura estatal y una economía más fuertes. Ahora bien, su mitad occidental estaba peligrosamente expuesta a la presión incesante de los nacionalismos europeos locales, directamente expresados como lucha religiosa y étnica. A partir de 1878, los otomanos se habían aferrado a una parte sustancial de su imperio. Ahí, en Albania, Kosovo, Macedonia, Rumelia y Tracia, más de la mitad de la población era musulmana[723]. Sin embargo, todos los esfuerzos por consolidar la autoridad otomana parecían no lograr otro efecto que exasperar las divisiones étnicas y religiosas y redoblar el antagonismo de los pueblos subyugados, tanto cristianos como musulmanes. Así, los musulmanes albaneses se resistieron ferozmente a la amenaza de la pérdida de su autonomía local. A finales de la década de 1890, la violencia étnica en Creta involucró a los otomanos en una guerra con Grecia y, tras la intervención de las grandes potencias, acarreó el cese virtual de su dominio sobre la isla. En 1908 parecía que las revueltas locales y la intromisión extranjera habían conducido a la región clave de Macedonia (pivote estratégico de la Europa otomana) al borde de la independencia. Para los combativos «Jóvenes Turcos» del ejército y la burocracia otomanas, «la independencia de Macedonia significa la pérdida de la mitad del Imperio otomano y […] su completa aniquilación». Haría retroceder las fronteras otomanas hasta Constantinopla, y sacaría la capital de Europa. «La cuestión de Macedonia es la cuestión de la existencia de los turcos»[724]. No fue una coincidencia que el golpe político de 1908 para marginar al sultán y reconstruir el imperio en torno a un núcleo étnicamente turco fuese puesto en marcha desde Salónica. A corto plazo, por lo menos, hizo poco bien. Ese mismo año, pero un poco más tarde, Austria-Hungría se anexionó Bosnia (que técnicamente seguía siendo territorio otomano) de forma unilateral. En 1911 los otomanos estaban en guerra con Italia

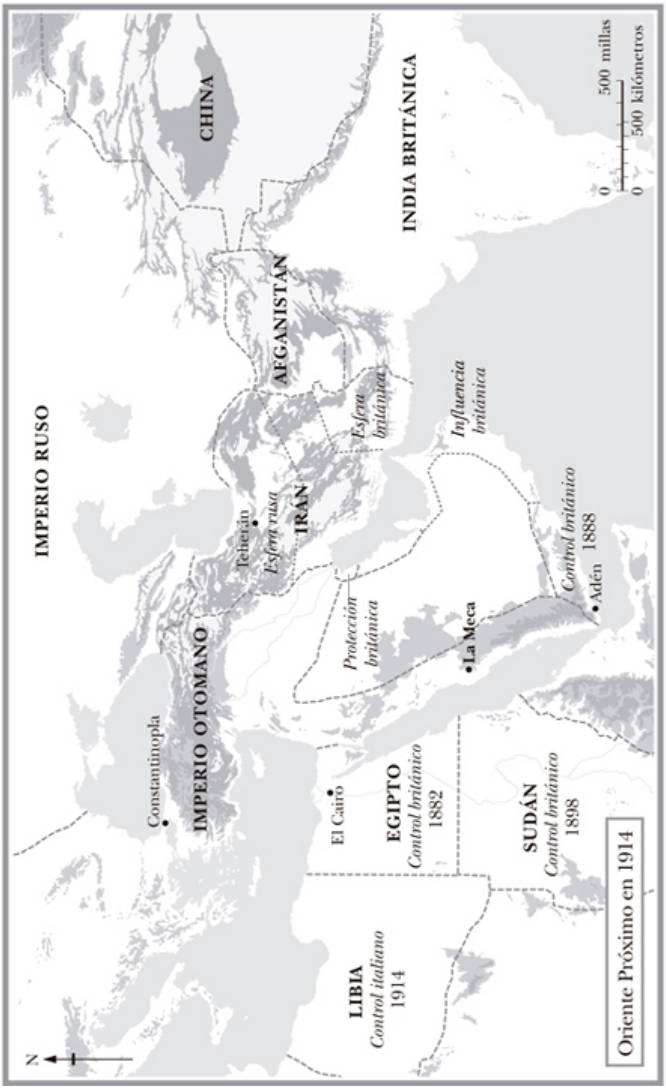
en una lucha desesperada por mantener el control sobre Libia. Al año siguiente, Bulgaria, Serbia, Grecia y Montenegro aprovecharon la oportunidad para liquidar lo que quedaba de la Europa otomana. Tras una segunda guerra entre los Estados vencedores, en los Balcanes se estableció una frágil paz. El gobierno otomano había mantenido el control de los Estrechos (la sede de su capital imperial). No obstante, su prestigio hecho añicos y los indicios de resistencia a la «turquificación» en las provincias árabes hicieron que pareciera más dependiente que nunca ante los altibajos de la diplomacia de las grandes potencias si quería evitar ser descuartizado.

Al llegar el año 1914, Irán (país al que por aquel entonces se solía seguir llamando Persia) parecía hallarse aún más al borde del abismo. Incluso bajo el mandato de un sah enérgico como Naser al-Din, hábil en el manejo de las divisiones tribales, lingüísticas, religiosas y sociales que recorrían la sociedad iraní, el objetivo de reforzar el Estado se había mostrado esquivo. Entre los comerciantes del bazar y los ulemas, así como entre las élites comerciales y religiosas, otorgar concesiones a extranjeros para recaudar más ingresos era algo muy impopular. Tras el asesinato de Naser en 1896, su sucesor, Muzaffar al-Din, prosiguió la búsqueda de fondos nuevos con aún más urgencia. Nombró a un belga para que se hiciese cargo del servicio de aduanas, principal fuente de ingresos del Estado. Obtuvo un gran préstamo de Rusia, garantizado con los ingresos aduaneros de los puertos caspios. Otorgó una gran concesión a un prospector británico que buscaba petróleo en la boca del Golfo: esta fue la concesión D'Arcy, de la que surgió la Compañía Petrolera Anglopersa, antecesora de British Petroleum. Sin embargo, ahora el sah estaba cada vez más atrapado entre la espada y la pared. A medida que los intereses extranjeros se hacían más importantes, también aumentaba la influencia extranjera. A medida que un número mayor de iraníes viajaba al exterior o tenía contacto con Europa, entre la élite comenzaron a circular ideas liberales, nacionalistas y hasta socialistas. Empezó a pro-

ducirse un extraordinario florecimiento de actividad política en clubes y sociedades. Cuando Rusia se vio sumida en el torbellino revolucionario en 1905, lo que estranguló la principal salida del comercio iraní y desató el pánico comercial, una élite descontenta hizo causa común con comerciantes, clérigos y los kanes de la gran tribu de los bajtiari para derrocar al sah en la revolución constitucional de 1906[725].

Los resultados fueron desalentadores. Pese a que el sah se vio obligado a aceptar la nueva constitución (que consagró el islam chií como religión del Estado, además de crear un parlamento), lo hizo de mala gana. Cuando organizó un golpe de Estado para recuperar su poder, el tiro le salió por la culata. No obstante, aunque se logró salvar la constitución, el daño ya estaba hecho. A medida que facciones rivales luchaban por controlar el gobierno, el poder del centro empezó a disolverse. Los gobernadores provinciales y los líderes tribales, con sus ejércitos privados, se convirtieron en la verdadera fuente de autoridad. «En la Persia moderna», le dijo un miembro de la tribu de los kashgai a un cónsul británico, «el rifle es el cetro y […] cada tirador es un sah»[726]. De ahí a buscar la protección de las principales potencias extranjeras no existía más que un paso. A partir de 1907, cuando Rusia y Gran Bretaña acordaron dividir Irán entre ellos en tres esferas de influencia (una rusa, una neutral y una británica) esta tendencia se hizo cada vez más fuerte. Las tropas rusas intervinieron en el norte para detener la lucha entre partidarios y enemigos del sah. En 1911 forzaron la dimisión del experto estadounidense contratado para poner orden en las finanzas iraníes. Luego, bajo protección rusa, las autoridades provinciales desviaron recaudación fiscal y afianzaron su independencia práctica ante sus amos nominales en Teherán. La víspera de la Primera Guerra Mundial, los británicos se quejaron airadamente de que el norte de Irán se había convertido en un «protectorado político» ruso impuesto por una guarnición de 17.000 hombres. «El norte de Persia estaba siendo gobernado como una provincia rusa», dijo el embajador británi-

co[727]. La respuesta de San Petersburgo fue fría y displicente. El gobierno de Teherán estaba compuesto por demagogos que tenían «ideas ultranacionalistas que no estaban en concordancia con el nivel cultural o ético de esas esferas»[728].



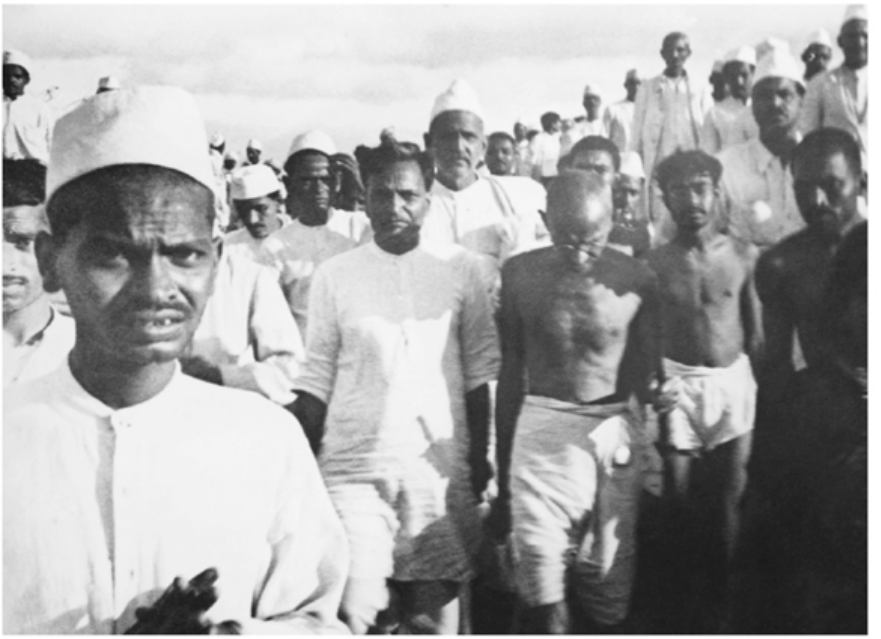
¿Se había estrangulado a Irán, como sostuvo el experto estadounidense despedido?[729] Casi, pero no del todo. A pesar de la drástica descentralización del poder que había supuesto la revolución y que la presencia extranjera alentaba, parece probable que a partir de la década de 1890 la conciencia de la identidad nacional de Irán saliera reforzada no solo entre la clase culta laica, sino también entre el clero. No obstante, era difícil ver cómo se podría evitar el reparto virtual impuesto por los

rusos con la complicidad británica. A menos, claro está, que sucediera algo que perturbara el marco geopolítico y aflojase la presa en la que las potencias exteriores tenían sujeto al país.

Estas condiciones en el «Oriente Próximo» (denominación europea de una vasta región que también abarcaba a Irán) y Asia oriental constituían la prueba más clara de que un orden global administrado por las grandes potencias europeas y diseñado para servir a sus intereses imperiales seguía siendo, en el mejor de los casos, una tarea en curso. Los europeos se habían repartido con entusiasmo los territorios situados más allá de Eurasia, en el Mundo Exterior. Allí resultó relativamente fácil vincular (mediante la coacción o la cooperación) las economías menos desarrolladas al centro comercial e industrial de la cuenca del Atlántico norte. También allí impusieron su dominio y crearon «neo-Europas» en un asombroso estallido de imperialismo demográfico. Sin embargo, en el «Viejo Mundo» de Eurasia, resultaba mucho más difícil absorber a los Estados y culturas asiáticos en un «sistema» europeo, o ponerse siquiera de acuerdo en un reparto colonial. Se trataba de los inmensos e inquietos territorios fronterizos del colonialismo global europeo. Si los europeos reñían entre sí y su «economía internacional» perdía su poder magnético, podían enfrentarse a una rebelión contra su preeminencia mundial. Esa puesta a prueba de su poder no tardaría en llegar.

7

HACIA LA CRISIS MUNDIAL, 1914 -1942



7. La «Marcha de la Sal» de Gandhi hacia el mar, 1930

Una época de desorden

Ya antes de 1914 hubo signos premonitorios advirtiendo de que un imperio mundial no era garantía alguna de paz y prosperidad universales. El futuro de Asia oriental en tanto esfera de influencia occidental era cuando menos incierto. Las grandes potencias europeas se habían peleado agriamente por el reparto de territorios e influencia en el norte de África y Oriente Próximo. Las dimensiones y la escala de la economía norteamericana suscitaban la incómoda pregunta de hasta qué punto podrían tener cabida los intereses estadounidenses en una economía global con centro en Londres y espacialmente repartida entre las potencias coloniales europeas. El frenético ritmo al que habían ido creciendo el comercio y las inversiones parecía estar ralentizándose. El malestar social existente en las economías industriales europeas amenazaba con cortarles las alas a los gobiernos de las grandes potencias y refrenar sus ambiciones y estrategias globales. Ahora bien, antes de que se notara ninguno de estos cambios en el ámbito internacional, la política mundial fue transformada por una explosión volcánica que comenzó en Europa pero que se extendió rápidamente hasta alcanzar a todos los Estados importantes de Eurasia.

La Primera Guerra Mundial puso fin violentamente a la tentativa de las seis grandes potencias (Gran Bretaña, Rusia, Alemania, Francia, Estados Unidos y Japón) de ejercer una forma de imperialismo más o menos cooperativa. La cuestión del reparto, que se había quedado medio solucionada, medio archiva-

da antes de 1914, tuvo que replantearse. Dio lugar a una concepción nueva de la sociedad internacional que, en teoría aunque no en la práctica, se daba de bofetadas con la extensión cada vez mayor de la dominación colonial. Provocó una inmensa fisura ideológica entre una de las antiguas potencias coloniales, Rusia, y las demás grandes potencias. Abrió una brecha enorme en la economía internacional, cerrando rutas comerciales, incidiendo sobre divisas y pagos y creando desabastecimientos artificiales y economías de guerra en tiempos de paz. Hubo que movilizar los recursos de las colonias, incluidos los humanos, lo que suscitó reacciones intensas entre los pueblos colonizados, que se negaban a aceptar las nuevas cargas y reglas que se les imponían y que rompían los viejos «acuerdos» que regían la política colonial. Acabó con el mito de una cultura europea singularmente progresista y debilitó tanto la hegemonía de las viejas élites culturales como de las ideas que defendían.

Tuvo muy poco de sorprendente que en la posguerra no se recuperara la «normalidad»; no hubo ningún acuerdo general sobre las reglas que regían el orden internacional. Los bolcheviques, herederos del imperio zarista, repudiaron enérgicamente las anexiones y tratados que constituían el núcleo «jurídico» del sistema colonial, así como las ampliaciones semicoloniales y de sus prolongaciones en China y otras partes. Estados Unidos rechazó ser miembro de la nueva Liga de Naciones, un club creado por los vencedores para vigilar la puesta en práctica de los acuerdos de posguerra. Las amargas disputas sobre las reparaciones de guerra dilataron mucho la recuperación económica de Europa y dañaron su estabilidad social y económica. A lo largo y ancho de Eurasia (en el Cáucaso, Asia central, Oriente Próximo y zonas del este asiático) fue la fuerza (o la amenaza de emplearla) más que la diplomacia la que decidió quién iba a gobernar y dónde. En el seno de los imperios coloniales (sobre todo del británico) las exigencias nacionalistas de independencia o autogobierno habían arraigado con una fuerza sin precedentes. El Sinn Fein en Irlanda, el movimiento Wafd

de Egipto y la gran campaña de «no cooperación» de Gandhi en la India (1920-1922), en la que también participaron los musulmanes, plantearon enormes desafíos a la autoridad británica y pusieron de relieve los límites de la coacción como modo de dominio. El ánimo de revuelta no se ceñía exclusivamente a la política. En todos estos lugares y en otros (sobre todo en China) también se expresó mediante la exigencia de una cultura verdaderamente local pero orientada (a través del consumo de masas) a vincular más estrechamente a los líderes y al pueblo frente al mundo exterior (e imperialista).

Las tremendas secuelas de la Primera Guerra Mundial tuvieron un impacto colectivo, pues acabaron con el Antiguo Régimen a lo largo y ancho de Eurasia. La guerra se convirtió en la tumba de los imperios, tanto europeos como asiáticos. Los Hohenzollern, los Habsburgo y los Romanov fueron destronados (eso cuando no corrieron peor suerte) y sus feudos fueron disueltos. El Imperio otomano siguió sus pasos y el desafortunado intento de infundirle nueva vida al gobierno imperial Ching bajo una dinastía advenediza se desmoronó en 1916. El inmenso centro del mundo era un reñidero político en el que movimientos, ideologías, religiones, nacionalidades e intereses pugnaban por construir un nuevo sistema de Estados, y las potencias imperiales (o lo que quedaba de ellas) maniobraban para proteger sus reivindicaciones e intereses. A finales de la década de 1920 se había alcanzado una frágil tregua en torno a muchas de estas cuestiones que no duró mucho. A raíz del desastre político generado por la Gran Depresión, a partir de 1930 el orden de posguerra se disolvió en medio de una gran acritud. A mediados de la década los nuevos y virulentos imperialismos de Alemania, Italia y Japón decidieron desafiarlo abiertamente y lucir un nuevo estilo político mucho más agresivo y de ambiciones menos moderadas que los de sus predecesores europeos de las décadas de 1880 y 1890. Entre 1937 y 1942 desataron una gran crisis euroasiática. En el Armagedón mundial subsiguiente pareció poco menos que inevitable que a los vencedo-

res, fueran quienes fuesen, no les quedase otro remedio que establecer un nuevo orden mundial.

¿Una guerra sin fin?

El puntal fundamental de la primacía europea en Eurasia y de la posición de fuerza de los grandes Estados europeos en el Mundo Exterior situado más allá había sido la voluntad colectiva de no enfrentarse entre sí. El rápido crecimiento del comercio, la continua expansión de la influencia y autoridad europeas y la ironía del reparto de África solo habían sido posibles gracias a la «paz atlántica» entre Europa y el continente americano. La reticencia de los gobiernos europeos a alterar el equilibrio de poder en el continente y a correr el riesgo de desencadenar los trastornos políticos y sociales que acarrearía una guerra general había limitado su propensión a buscar ventajas nacionales e imperiales. Incluso allí donde estaban en juego sus intereses (como en el caso del Imperio otomano) o las oportunidades económicas eran especialmente prometedoras (como en China) llegaron a acuerdos improvisados para prorrogar la vida del viejo régimen local anterior antes que afrontar las consecuencias de una «solución final» lograda por medio del reparto o la conquista. Por supuesto, para muchos observadores, tanto de entonces como de ahora, se trataba de un modelo intrínsecamente inestable. Antes o después, una intensa crisis local sería imposible de resolver recurriendo a métodos tan precarios. El equilibrio de fuerzas entre las potencias podía variar lo suficiente como para dar al traste con su comedimiento y engendrar la impaciencia con el reparto de esferas establecido. Los periódicos publicaban artículos que supuestamente reflejaban la «opinión pública» pero que en realidad expresaban la influencia de los *lobbies* que amenazaban la tradición cosmopolita de la «vieja» diplomacia y su aristocrático desdén hacia los me-

ros «negocios». Las monarquías imperiales de Europa central y oriental que gobernaban con inquietud imperios multiétnicos (incluso en el Imperio alemán había millones de polacos) podían ser peligrosamente propensas a considerar el prestigio dinástico (en lugar de los intereses materiales) como motivo de guerra y eran muy susceptibles ante el espíritu militarista que imperaba en sus cortes y sus ejércitos[730]. Hasta los medios que las grandes potencias habían empleado para disuadir sus agresiones mutuas (la carrera armamentística) podían convertirse en el factor desencadenante de una guerra si el miedo a la debilidad futura alentaba un ataque preventivo.

No obstante, hasta 1914 la rivalidad entre las grandes potencias europeas en África, el Pacífico, Asia oriental y Oriente Próximo (incluidos los territorios asiáticos de los Imperios otomano e iraní) había dado pocas muestras de que fuera a desencadenar un vórtice incontrolable de conflictos militares. A su vez, eso disuadió a los japoneses de seguir penetrando en el nordeste de Asia a costa tanto de China como de Rusia. La ruptura decisiva de las relaciones entre las grandes potencias no se produjo en torno a sus ambiciones en el mundo extraeuropeo, sino en torno al equilibrio de influencias en su patio trasero: los Balcanes. En realidad, por supuesto, la volatilidad política de los Balcanes surgió directamente de la progresiva incapacidad del Imperio otomano para contener el nacionalismo militante de sus súbditos cristianos. Durante la terrible crisis de 1911-1913, los otomanos fueron atacados primero por los italianos (que se apoderaron de la actual Libia y de parte del Dodecaneso) y luego por una coalición integrada por Serbia, Grecia y Bulgaria, que prácticamente expulsaron al imperio de Europa (los turcos apenas conservaron una pequeña parte de Tracia). A diferencia de lo ocurrido en crisis anteriores, las grandes potencias no lograron apuntalar los vestigios del dominio otomano en Europa y el resultado no tranquilizó políticamente la región, ya que enseguida los Estados balcánicos comenzaron a luchar entre sí por el botín. Todo ello no hizo sino suscitar de

forma más descarnada que nunca la duda en torno a cuál de las potencias exteriores acabaría predominando en aquella zona, pues nadie creía que los gobiernos balcánicos fueran a respetar las fronteras, controlar a sus nacionalistas militantes, suprimir los conflictos interétnicos, o resistirse a la tentación de sacar partido de las intrigas locales que las grandes potencias se traían entre manos.

Retrospectivamente, puede que lo más asombroso fuera la incapacidad de las grandes potencias para llegar a un reparto pacífico de las esferas de influencia, como hacían habitualmente en su diplomacia extraeuropea. Ahora bien, no iba a resultar nada fácil ejercer un control indirecto en una región inaccesible en la que existía una larga tradición de violencia interétnica local, donde los gobiernos eran débiles y había armas por doquier. También se daba el caso de que en los Balcanes había más en juego geopolíticamente que en cualquier otra zona de Eurasia, no digamos del Mundo Exterior. Era de suponer que un fracaso allí dañara irremediablemente los intereses estratégicos a largo plazo (y, por lo tanto, la cohesión política), tanto de Rusia como de Austria-Hungría y, por extensión, de todas las alianzas europeas de las que formaban parte dichas potencias. De consolidarse los Balcanes como protectorado virtual de la monarquía de los Habsburgo y su gran aliado septentrional, entonces los alemanes y los austriacos no tardarían en ejercer su predominio también en los Estrechos, donde una de las consecuencias del golpe turco de 1913 había sido el fortalecimiento de los lazos con Berlín. En tal caso, Alemania y Austria-Hungría hubieran obtenido una victoria aplastante sin disparar un solo tiro: Rusia estaría cercada por sus Estados clientes, su comercio quedaría estrangulado entre el mar Negro y el Mediterráneo, y la vieja meta rusa de hacerse con el dominio de Constantinopla (la actual Estambul) quedaría para siempre fuera de su alcance. El prestigio de los Romanov caería en picado. Por el otro lado, si se permitía que una Serbia enormemente ampliada fomentara el nacionalismo contra los Habsburgo entre los esla-

vos del sur bajo los auspicios de Rusia, la geometría triangular de la política austrohúngara (el antagonismo mutuo entre alemanes, magiares y eslavos) podría romperse y desembocar en el caos[731]. Una gran zona débil en Europa central y del este arruinaría el equilibrio de poder exponiendo a una debilitada Alemania a la negra pesadilla de una «pinza» estratégica de consecuencias estremecedoras. Los extraordinarios sucesos de 1911-1913 habían trasladado la vieja línea de falla representada por los Balcanes en la diplomacia de las grandes potencias al corazón de Europa e incorporado a Asia Menor a la zona sísmica.

Habría hecho falta una habilidad y una buena voluntad excepcionales para evitar que el magnicidio del heredero de los Habsburgo en Bosnia a manos de un asesino serbio provocara un enfrentamiento armado entre las grandes potencias. La crisis de julio de 1914 fue el resultado de la exigencia austriaca de que los serbios aceptaran la supervisión austriaca de su seguridad interna como desagravio por ser la sede de la sociedad secreta a la que pertenecía el asesino. Serbia rechazó este estatus semicolonial con el apoyo diplomático de Rusia. En 1908-1909, los rusos se habían visto obligados a dar marcha atrás de forma humillante después de oponerse a la anexión de Bosnia por parte de Austria. Sin embargo, en 1914 no podían hacer lo propio sin padecer una enorme derrota geopolítica de repercusiones internas alarmantes. Y no lo hicieron. Cuando los rusos y los austriacos empezaron a movilizar a sus ejércitos para demostrar que iban en serio, la incógnita inmediata consistía en saber si las demás potencias europeas insistirían en que se celebrase una conferencia para resolver la cuestión. Esa fue la fase decisiva de la crisis, pues los alemanes se vieron forzados a mostrar sus cartas. Sin su apoyo incondicional, el gobierno de Viena, que habría tenido que enfrentarse a una guerra en dos frentes contra Serbia y contra Rusia, podía verse forzado a retirarse y dejar escapar a los serbios. Rusia recobraría mucha influencia en los Balcanes y su creciente poderío militar, al que

los alemanes atribuían una importancia exagerada (estaba previsto que el «gran programa» ruso condujera a la creación de un ejército tres veces mayor que el alemán en 1917)[732], inclinaría la balanza hacia el otro lado de la falla de los Balcanes. Para reforzar la determinación de su aliado más débil, los alemanes dieron carta blanca a Viena y vetaron de hecho una conferencia. La lógica de todo ello no hizo sino agravar la crisis y reducir las probabilidades de paz, porque si Alemania se viera obligada a entrar en guerra con Rusia, el plan estratégico requería la neutralización o la derrota de Francia, aliada de aquella. Solo entonces podría Alemania emplear con seguridad toda su fuerza militar en los vastos territorios del este. Para intimidar a Francia y aislar a Rusia, Alemania amenazó la neutralidad de Bélgica (la ruta de invasión lógica hacia París) y exigió a los británicos que prometieran no tomar partido. En menos de un mes, el intento de los austriacos de meter en cintura a un revoltoso Estado balcánico había desembocado en la aspiración alemana a la hegemonía europea. No hacía falta excesiva imaginación para prever lo que ocurriría si se rompía la alianza franco-rusa (la consecuencia inevitable de la neutralidad francesa), y la entente anglo-francesa quedara en papel mojado. Al producirse el rechazo británico de la exigencia alemana, la guerra generalizada en Europa se convirtió prácticamente en una certeza[733].

La crisis de julio reveló que el talón de Aquiles de la primacía mundial de Europa era el subdesarrollo del sistema de Estados europeo. Lo que convirtió un magnicidio en una guerra generalizada fue la súbita expansión de Europa en los Balcanes, la precaria estructura de sus imperios multinacionales y la caótica política de sus Estados más pequeños. El equilibrio de poder europeo no pudo soportar el colapso final del dominio otomano en los Balcanes. Justo antes de la guerra, a un observador avispado le habría parecido evidente que la paz internacional dependía de la sagacidad y la habilidad de los estadistas y los diplomáticos. Kurt Riezler, secretario privado del canciller alemán Bethmann-Hollweg, dijo que en un mundo tan interrela-

cionado el precio de una guerra casi siempre era excesivo. No obstante, también daba por supuesto que los Estados debían actuar con autoridad precisamente porque sus intereses estaban tan interconectados (el espléndido aislamiento había dejado de ser una opción) y seguir acumulando armamentos para demostrar su determinación. En el juego de las naciones a veces había que echar faroles, pero era el exceso de faroles lo que aproximaba el riesgo de una guerra[734]. La teoría de Riezler era una explicación convincente de la diplomacia de las grandes potencias europeas a partir de 1870, pero lo que no logró pronosticar fue una «supercrisis» europea en la que las dos partes en conflicto consideraran que una solución de compromiso equivaldría a una derrota de gran magnitud y en la que ambas creyeran (lo que era aún peor) que tenían considerables posibilidades de ganar. Menos todavía tuvo en cuenta los efectos de la miopía, es decir, de la incapacidad de los responsables políticos de prever todas las ramificaciones de una guerra general.

La guerra europea entre la Triple Entente formada por Rusia, Francia y Gran Bretaña por un lado y las Potencias Centrales (Alemania y Austria) por otro se convirtió rápidamente en una guerra mundial. A finales de octubre de 1914, el Imperio otomano (temeroso de las consecuencias de una victoria de la Entente) se sumó a las Potencias Centrales. Eso extendió la guerra al Cáucaso, a la frontera del Sinaí con un Egipto gobernado por los británicos y al golfo Pérsico, que por aquel entonces y desde el punto de vista naval era un lago de Gran Bretaña. En Asia oriental, Japón entró en guerra como aliado de Gran Bretaña para hacerse con la base alemana de Kiao-chao en China y sus derechos comerciales en la vecina provincia de Shantung (Shandong). En el este, oeste y sudoeste de África se desataron guerras coloniales entre los británicos, los franceses y los belgas por un lado y los alemanes por el otro. Y la guerra también llegó a los océanos. Los destructores alemanes y (con cada vez más frecuencia) submarinos libraron una guerra

contra las rutas marítimas que aprovisionaban a Gran Bretaña de los alimentos, las materias primas y las municiones requeridos por el esfuerzo bélico. A su vez los británicos libraron una guerra naval mediante un bloqueo para estrangular a la economía alemana e impedir la llegada de alimentos y materiales estratégicos de allende los mares. Ahí estaba la prueba de que, en una economía internacional y un único sistema político mundial, no había forma de evitar las consecuencias de la guerra, empezara donde empezara.

Ahora bien, si la guerra se había hecho mundial, tuvo que decidirse en el seno de Europa. A finales de 1915 parecía muy poco probable que ninguna de las partes obtuviera una victoria total. En el teatro bélico occidental, los alemanes habían ocupado rápidamente partes de Bélgica y Francia. Las campañas no concluyentes de 1915 mostraron que, al recurrirse a la guerra de trincheras, se había llegado a un punto muerto. Los franceses y los británicos no conseguían expulsar a los alemanes que, a su vez, no podían obligarlos a rendirse. En el este la guerra seguía una pauta similar. En septiembre de 1915 los ejércitos alemanes y austriacos habían hecho retroceder a los rusos hasta una línea de defensa situada muy en el interior de su imperio (iba de Riga a Chernivtsi) y ocupaban una amplia zona fronteriza a la que denominaban «Ober-Ost»[735]. Conquistaron Serbia y, con la ayuda de Bulgaria, controlaban un amplio corredor de los Balcanes que conducía al Imperio otomano. No obstante, si no vencían en Occidente, mal podrían reunir todos los hombres y materiales necesarios para derrotar a Rusia, que era un pozo sin fondo de soldados. En el bando de la Entente, la resistencia de los otomanos en Anatolia, Mesopotamia y Palestina (y peor aún, en Galípoli) supuso una tremenda decepción. El vientre presuntamente tierno de las Potencias Centrales demostró ser duro como el acero. Sin embargo, ninguna de las partes llegó a la conclusión de que la guerra hubiera demostrado que sus ejércitos estaban a la par ni creyó que fuera necesaria una salida diplomática. Ambas intentaron hacer realidad

sus esperanzas elevando las apuestas, movilizando a más hombres y más recursos para acabar con el enemigo mediante una guerra de desgaste. Ambas asumieron tácitamente que la guerra había puesto de manifiesto la bancarrota del orden prebélico.

De manera que el año 1916 marcó el inicio de una nueva fase de la guerra que, al final, resultó ser también una nueva fase de la historia universal. La voluntad de vencer a cualquier precio fue lo que provocó la terrible matanza de Verdún, en el Somme, y la ofensiva de Brusilov en el frente oriental, donde Rusia perdió más de un millón de hombres. A medida que aumentaba el número de bajas, se endurecían los requisitos previos para la paz en el mundo de la posguerra. Gran Bretaña, Francia y Rusia acordaron la partición del Imperio otomano. La división de Austria-Hungría en Estados-nación se convirtió en uno de los objetivos de guerra de los Aliados. La reconstrucción de Alemania para acabar con su «militarismo» se consideró como la mejor garantía del «nunca más». Por parte alemana, en cambio, se decía que la causa de todo había sido la «amenaza rusa» y que la destrucción definitiva del imperio zarista era el mínimo necesario para la seguridad de posguerra. Durante los años 1916-1917, en Alemania, Francia y Gran Bretaña llegaron al poder nuevos líderes dispuestos a luchar hasta el final. Sin embargo, y mucho antes de que saltara a la palestra la cuestión de la paz, el panorama completo del poder se vio reconfigurado por el desgaste de librar una guerra total. El recurso alemán a la guerra submarina ilimitada, en un intento desesperado por abreviar la guerra, fue el elemento que provocó la entrada de Estados Unidos en el conflicto en abril de 1917. Cualquier acuerdo de paz habría de lidiar ahora no solo con las pretensiones territoriales de las potencias europeas, sino también con la exigencia estadounidense de tener vía libre para sus actividades comerciales y su oposición a los imperios de estilo europeo en todas partes. Ahora bien, lo más espectacular de todo fue el súbito colapso de la monarquía rusa.

De todas las grandes potencias, Rusia había sido la que estaba peor equipada para una guerra total. Carecía del poderío industrial necesario para mantener a sus grandes ejércitos. Tenía que recurrir a la ayuda de sus aliados occidentales y precisamente ahí estaba el problema. Con los Estrechos bloqueados por Turquía, los únicos puertos accesibles para hacerles llegar ayuda eran Arkángel, muy al norte, y Vladivostok, muy al este, ambos muy lejos de ser ideales. Gran parte de la ayuda quedó almacenada inútilmente. Es dudoso que hubiera supuesto ninguna diferencia que se hubiera enviado todavía más. El sistema ferroviario ruso no daba abasto para aprovisionar los frentes y transportar el combustible y los alimentos necesarios para mantener la economía de guerra. La combinación de las privaciones, la ansiedad y la insatisfacción con unos líderes incapaces de obtener la victoria creaba tensión política en todos los países en guerra. El fracaso militar de Rusia, sus grandes pérdidas humanas y sus enormes pérdidas de territorio, era abrumador. El desesperante desabastecimiento que había en las principales ciudades industriales, sobre todo en Petrogrado, la capital imperial, acabó con la moral de los civiles y con la disciplina fabril. Reveses de aquella magnitud hubieran hecho tambalearse a cualquier gobierno y el régimen zarista era especialmente vulnerable. Carecía de un líder político capaz de dirigir el gobierno con la menor pretensión de apoyo popular. Sus ministros eran burócratas que respondían de su gestión ante el zar, y además de ser colegas políticos eran rivales. La Duma electa podía denunciar o insultar, pero carecía de la potestad para destituirlos. Se sospechaba ampliamente que la corte zarista albergaba a derrotistas o traidores. A medida que aumentaba el descontento, el único recurso disponible era la represión. La autoridad del zar dependía del control policial de las multitudes, y en último término de la lealtad del ejército. Durante la primavera de 1917, ante una oleada de disturbios populares en Petrogrado, ambos cuerpos se vinieron abajo. Bastó menos de una semana para que el zar abdicara y se pusiera punto final a

una monarquía que tenía mil años de antigüedad. Un historiador inglés que había pasado la guerra en Rusia comentó: «El levantamiento fue espontáneo y elemental. Fue como si un pueblo pasivo hubiera estado debajo de un cadáver que, con un solo empujón desde abajo, hubiera rodado al suelo por sí solo»[736].

Al principio pareció que el nuevo Estado ruso, cuyos líderes respondían ante la Duma, tendría el empuje patriótico, el apoyo público y la energía política necesarios para reavivar el esfuerzo bélico y reanudar la ofensiva. Sin embargo, la economía de guerra rusa estaba demasiado gravemente dañada y el descontento organizado había arraigado demasiado entre los trabajadores industriales como para que pudiera producirse una recuperación rápida. Quizá lo único que hubiera salvado al Estado liberal poszarista hubiera sido el hundimiento de Alemania. Al cabo de poco más de seis meses hubo de enfrentarse a la misma combinación de descontento popular, desastre económico y fracaso militar, pero sin la maquinaria represiva de la que habían dispuesto los zares. La penuria de los campesinos y su hambre de tierras disolvió el viejo orden rural a medida que se expulsaba a la nobleza rural (o se la asesinaba) y se repartían sus fincas. (Hacia 1914, las comunidades campesinas y los particulares ya eran dueños de tres cuartas partes de la tierra cultivable y es posible que la consolidación de la propiedad territorial en manos de los campesinos más ricos agudizara la sensación de escasez de tierras)[737]. El golpe bolchevique de octubre de 1917 aupó al poder a un gobierno revolucionario que sabía que su propia supervivencia dependía de que Rusia abandonara la guerra. Es más, fue su promesa de paz y su aparente apoyo a la revuelta campesina lo que le aseguró un precario triunfo en la lucha por el poder.

El precio se pagó en marzo de 1918 en la ciudad de Brest-Litovsk, donde se firmó el tratado de paz. Para comprarle la paz a los alemanes, los bolcheviques se vieron obligados a hacer con-

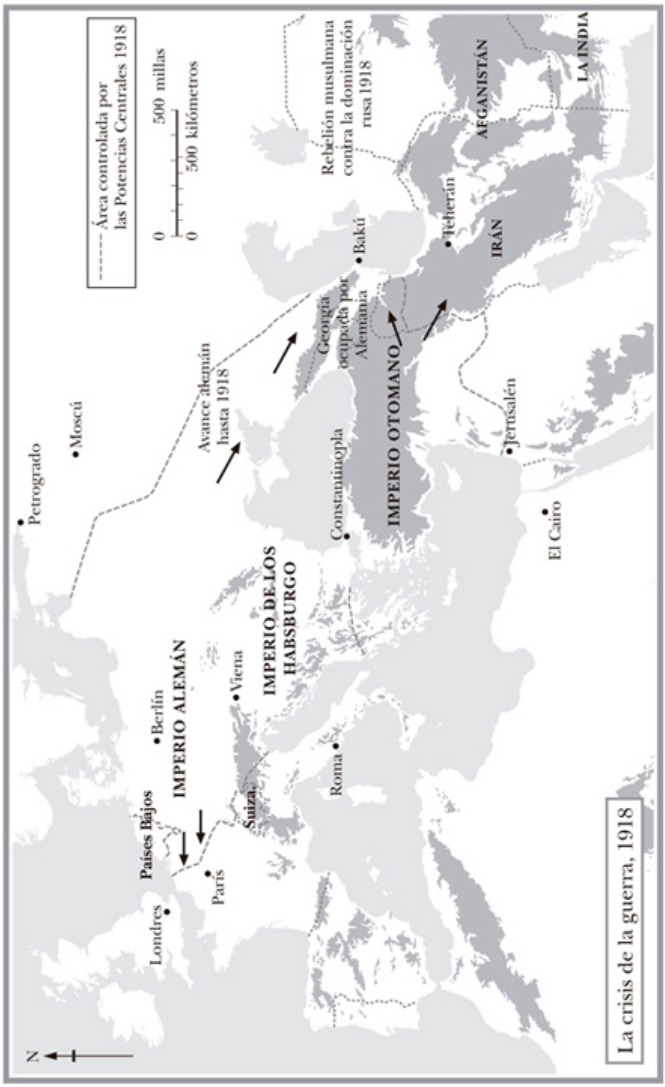
cesiones de una magnitud tremenda. Tuvieron que renunciar a la mayor parte de Rusia occidental, incluyendo Polonia, las provincias bálticas y la actual Bielorrusia. Los vastos territorios que habían hecho de Rusia una gran potencia en Europa le fueron arrancados sin más. Igual de fundamental fue la pérdida de Ucrania, donde los invasores alemanes habían apoyado al régimen separatista de la Rada. El inmenso granero de Rusia (la fuente de gran parte de sus ingresos por exportaciones antes de la guerra), su mayor fuente de carbón y sus mayores centros industriales estaban controlados ahora por un Estado cliente de Alemania. De hecho, el tratado de Brest-Litovsk solo fue el preludio de un drama mayor. El poderío militar alemán estaba listo para extenderse en torno al mar Negro «liberando» los territorios coloniales rusos del Cáucaso y posiblemente más allá del mar Caspio. Y a medida que en los territorios rusos restantes se incubase la guerra civil, el control del centro sobre la vieja periferia imperial en Asia central y las provincias de Extremo Oriente también parecía destinado a derrumbarse. Uno de los grandes remaches que habían mantenido unida a Eurasia se estaba partiendo por la mitad.

De hecho, la implosión de Rusia abrió las puertas a un gran reordenamiento de la masa territorial euroasiática. Su primer efecto inmediato fue permitir a los alemanes trasladar tropas del este para acabar con Francia y Gran Bretaña antes de que la ayuda estadounidense pudiera ser decisiva. Durante la gran ofensiva de marzo-junio de 1918 estuvieron a punto de lograrlo. Cuando los ejércitos de la Entente estaban tambaleándose, en Londres pareció que estaba a punto de producirse un cambio drástico en el rumbo de la guerra. Francia e Italia (tras el desastre de Caporetto en octubre de 1917, cuando los ejércitos italianos tuvieron que retroceder ante los austriacos) se encontraban al borde de la derrota. Eso habría supuesto que británicos y estadounidenses tuvieran que retirarse del continente, donde el control alemán sería total. Lo que quedaba de Rusia no era digno de mención, y es improbable que el régimen

bolchevique hubiera durado mucho si Alemania hubiera ganado la guerra. Junto a su aliado otomano y a sus nuevos amigos en Ucrania y el Cáucaso, los alemanes se hubieran convertido en el poder hegemónico en Oriente Próximo y Medio. Hubieran convertido a Irán en cliente y habrían avanzado sobre el Golfo. La India británica hubiera estado a tiro. Ante este espantoso panorama Londres no habría podido tener la certeza de que su aliado japonés no cambiara de bando para mantener lo que habían obtenido durante la guerra en el nordeste de Asia. Incluso aunque se firmara la paz, en tales condiciones habría estado seguida por una guerra fría imperialista. De quedar tan expuesta en Europa, Gran Bretaña se habría vuelto mucho más dependiente de su aliado estadounidense. El «mundo británico meridional» (una frase de la época en la gran estrategia británica) de África, la India y Australasia habría tenido que convertirse en un gran campamento armado durante un periodo indefinido, lo que habría tenido consecuencias imprevisibles para su futuro político[738].

Los líderes británicos llegaron a la conclusión de que la única salvaguarda contra el impacto global del dominio alemán sobre Europa consistía en redoblar los esfuerzos para controlar las encrucijadas euroasiáticas en Oriente Próximo. A partir de marzo de 1918, se empezaron a enviar pequeños contingentes británicos para reforzar la resistencia de los antiguos dominios rusos del Cáucaso y Asia central frente a la alianza germano-otomana. Otra unidad británica, «Norperforce», fue enviada al «norte de Persia» para garantizar que en Teherán hubiera un régimen amistoso. Se planeó una gran ofensiva contra el ejército otomano en Palestina en cuanto se pudieran desviar hombres del frente occidental y reclutar nuevas tropas en la India. La absoluta necesidad de acabar con el Imperio otomano e imponer algún tipo de supremacía británica en los vastos territorios que se extendían entre Afganistán y Grecia se convirtió en un elemento radicalmente nuevo de la política exterior británica que hubiera sido inconcebible antes de 1914[739]. Un

Oriente Próximo controlado por los británicos se habría sumado al África repartida en tanto dependiente de Europa, pese a que habría sido una Europa dividida (como todavía parecía probable en fecha tan tardía como julio de 1918) entre un poder hegemónico en el continente y una potencia isleña asediada. Sin embargo, antes de que se pudiera poner a prueba el realismo de este asombroso plan, en el oeste empezaron a cambiar las tornas militares.



Los alemanes habían intentado poner fin al *impasse* de la guerra de trincheras lanzando una gran ofensiva. Sin embargo, al igual que les había ocurrido a los británicos y a los franceses entre 1916 y 1917, les resultó difícil mantener el ímpetu en una forma de guerra que favorecía a la defensa. Si bien lograron algunas victorias que casi dividieron por la mitad a los ejércitos francobritánicos, su avance empezó a perder fuelle hacia mediados de junio. Fueron rechazados por una contraofensiva

muy bien organizada. La última esperanza alemana de obtener la victoria antes de que los estadounidenses entraran en el conflicto empezó a desvanecerse. Tras sufrir grandes pérdidas a principios de agosto, y el «día negro del ejército alemán», la «dictadura silenciosa» de Hindenburg y Ludendorff empezó a flaquear. Entre los signos de agitación social en el interior y las noticias cada vez peores procedentes de los frentes de los Balcanes y Palestina (donde Allenby había destruido al ejército otomano en Megiddo), Alemania decidió solicitar un armisticio. El bando Aliado, en el que franceses y británicos tenían que contar entre los costes de continuar con la guerra una influencia estadounidense cada vez mayor, no tenía la voluntad de exigir una rendición total de Alemania. Cuando llegó el armisticio, el 11 de noviembre, el frente alemán seguía estando en Bélgica. La invasión de Alemania hubiera prorrogado la guerra un año más. Ahí se encuentra el origen del omnipresente mito del periodo de entreguerras, según el cual el ejército alemán no había sido derrotado, sino «apuñalado por la espalda» por la traición de los socialistas en el interior. Ahí estaba también la raíz de la tenaz creencia en que la paz subsiguiente no había tenido en cuenta el balance militar y había supuesto una cruel injusticia para con el estatus alemán de gran potencia europea. En consecuencia, la gran lucha militar en el frente occidental no había resuelto nada. El armisticio no fue más que eso: una tregua temporal de la segunda guerra de los Treinta Años europea.

La prioridad número uno de la Conferencia de Paz reunida en París en enero de 1919 era redactar las condiciones de un tratado entre Alemania y la coalición de las cuatro potencias que la obligaron a abandonar la guerra. Había que tratar el tema de las fronteras alemanas, el de las reparaciones de guerra (que había que justificar) y lograr que Alemania se reconociera culpable de haber iniciado el conflicto. No obstante, la agenda era muy apretada. Lo más urgente era idear un nuevo sistema de Estados para Europa del este, central y del sur capaz de sustituir al malogrado orden imperial de los Romanov, los Habs-

burgo y los Hohenzollern. El futuro político del antiguo Imperio otomano y de las zonas fronterizas del eximperio zarista en el Cáucaso y Asia central, llenos de poblaciones mixtas compuestas por cristianos y musulmanes, también había de discutirse con urgencia. En Asia oriental, donde China había entrado en guerra sumándose al bando Aliado en 1917, los negociadores se enfrentaban a las aspiraciones japonesas de hacerse con la esfera de influencia alemana en Shantung (que en China suscitaban una oposición feroz). Había que afrontar la incómoda realidad representada por el creciente poderío de Japón en el nordeste del continente asiático después de que ocupara Vladivostok en abril de 1918 para ayudar a los Aliados a evitar que Rusia sucumbiera ante Alemania. También existía la cuestión de si se permitiría a Japón dominar la China posimperial. En el fondo se trataba de un plan de reconstrucción política de prácticamente toda Eurasia. En comparación, las disposiciones sobre cuál de las potencias vencedoras iba a administrar las colonias alemanas de África y el Pacífico y bajo qué condiciones parecían una menudencia. De hecho, era lo más fácil de solucionar[740].

En lo tocante a los temas de mayor trascendencia, las dificultades para llegar a acuerdos eran terribles. Aparte de la rivalidad ya existente entre las potencias vencedoras, la paz se hacía muy difícil debido a colosales incertidumbres. ¿Quién ganaría la guerra civil desatada en Rusia entre rojos y blancos? ¿Se difundiría al resto de Europa la política revolucionaria de Rusia? ¿Aceptarían sus fronteras los nuevos Estados-nación contemplados para Europa? ¿Cabía reconciliar las reivindicaciones étnicas de turcos, griegos, armenios, judíos y árabes entre sí y con los acuerdos establecidos para la partición del Imperio otomano durante la guerra entre Gran Bretaña, Francia e Italia? ¿Y qué sucedería en caso contrario? ¿Quién acabaría controlando el antiguo imperio asiático ruso? De haber gozado las potencias vencedoras de un poderío militar abrumador y haberlo empleado de forma conjunta, podrían haber impuesto sus solucio-

nes preferidas (en el supuesto de que hubieran sido capaces de ponerse de acuerdo sobre ellas). La realidad era muy distinta. La desmovilización fue rápida y había mucho hastío de guerra. Una opinión pública agitada dificultaba la adopción de políticas coherentes. El resultado fue un clima de revuelta casi idóneo. Por un lado, los líderes locales tenían todos los incentivos para reclutar ejércitos locales y forzar soluciones a ese nivel, presentando a los lejanos negociadores y a sus agentes, que gozaban de poco poder, una política de hechos consumados. Por otro, la nueva ideología de la autodeterminación de las naciones que ingleses y estadounidenses habían difundido como arma de guerra y esgrimido como *leitmotiv* durante la Conferencia de Paz de París, daba esperanzas de ser reconocido a cualquier nacionalismo plausible. Entre abundantes signos de que el flujo de la guerra había borrado el antiguo orden imperial euroasiático, apenas podía sorprender que surgieran síntomas de revolución en casi todas partes.

Revoluciones e imperios

En marzo de 1919, se había puesto en marcha una crisis general del control europeo en gran parte de Asia. El 10 de marzo, los funcionarios británicos en Egipto informaron del estallido de revueltas en El Cairo tras el arresto de un destacado nacionalista, Saad Zaghlul. En cuestión de días la violencia se había extendido a las ciudades del Delta y al Alto Egipto. Mil egipcios murieron antes de que se hubieran reprimido del todo las revueltas, pero fue mucho más difícil poner coto al malestar político. A principios de abril se produjeron desórdenes violentos en la India gobernada por los británicos. En la provincia del Punjab (la zona donde se levaban la mayoría de los soldados para el ejército británico) los británicos se enfrentaron a lo que consideraron un levantamiento organizado para poner fin a su

control. Su brutal reacción culminó de forma sangrienta en los sucesos de Amritsar del 13 de abril, cuando la tropa mató a unos 400 manifestantes. En la Anatolia turca, algunas de cuyas regiones habían sido asignadas a una Grecia expansionista durante la Conferencia de Paz de París, comenzó un levantamiento nacional bajo el liderazgo de Mustafá Kemal, un «joven turco» anterior a la guerra y general del ejército otomano en tiempos de guerra. En el sudeste de Anatolia, una revuelta kurda amenazaba el precario control que los británicos mantenían en la provincia de Mosul. En el Oriente Próximo árabe, con Damasco como epicentro político, se aguardaba con impaciencia y con una suspicacia cada vez mayor que las grandes potencias autorizaran la creación de un Estado árabe libre. En el antiguo imperio zarista, la lucha por la libertad de baskires, tártaros, kazajos, azerbaiyanos y los pueblos musulmanes del Asia central rusa, que comenzó tras la Revolución rusa de 1917, también pendía de un hilo. Lo más trascendental de todo fue que los sucesos de mayo de 1919 demostraron que la revolución china, aparentemente paralizada desde 1911, por fin había despegado. Las manifestaciones del 4 de mayo en Pekín, que exigieron que París modificara su decisión de conceder a Japón una esfera de influencia en Shantung, fueron la chispa que desencadenó una difusión mucho mayor de la conciencia nacionalista. Toda la opinión culta parecía aceptar ahora que China habría de ser un Estado constitucional y no un imperio dinástico. Los objetivos de este nuevo nacionalismo chino eran el restablecimiento de la plena soberanía, el desmantelamiento de los enclaves extranjeros (sobre todo británicos) y la anulación de sus privilegios, y la inclusión de China en la comunidad internacional como miembro de pleno derecho. Eso tendría enormes implicaciones para Asia oriental y los Estados que circundaban las fronteras chinas o contaban con minorías chinas en su seno.

Por supuesto, estos movimientos y otros parecidos no surgieron de la nada en 1918-1919. En la mayoría de los casos se

basaban en exigencias anteriores de autodeterminación nacional, de autonomía o, al menos, de reconocimiento como comunidades con identidad propia. La movilización forzosa (tanto de soldados como de abastecimiento) y el sufrimiento indirecto generado por la penuria y las pérdidas encendieron los ánimos y ampliaron las bases de la oposición nacionalista. Cuando terminó la guerra o cuando, como en el caso de Rusia, se hundió la autoridad imperial, el entorno político se puso al rojo vivo. El clima de miedo y esperanza no hizo sino avivar el fuego: miedo a que la represión de tiempos de guerra prosiguiera infinitamente y de que se perdiera la ocasión de acceder a la libertad; esperanza de que la quiebra del orden imperial europeo y las promesas de autogobierno emitidas por los Aliados en 1918 marcaran el inicio de una nueva era «nacional». En Egipto, en Turquía, en los países árabes, en Irán o en China, los líderes nacionalistas tenían como objetivos fundamentales obtener el reconocimiento de su causa en París, persuadir a los negociadores de que se reparasen agravios históricos y obtener autorización para emprender una existencia política separada. Cuando este gambito no prosperaba o se perdía la esperanza, apretaban el gatillo y pasaban a utilizar medios más expeditivos.

Los resultados fueron ambivalentes. En Egipto, la breve explosión de violencia popular dejó un residuo amargo de malestar político. Una investigación británica atribuyó gran parte de su furia al resentimiento causado durante la guerra por la inflación, el desabastecimiento y la imposición del trabajo forzoso a hombres y animales para el esfuerzo bélico imperialista contra el Imperio otomano. Sin embargo, la élite egipcia tenía la profunda sospecha de que los británicos pretendían absorber de forma más plena a Egipto en su sistema imperial cuando acabara la guerra (Egipto nunca había sido anexionado formalmente). Se creó el partido Wafd («delegación») para que expusiera el caso de Egipto ante la Conferencia de Paz de París y obtuviera apoyo internacional para recuperar la independencia virtual (o incluso plena) de la que había disfrutado el país hasta 1882. La

brusca negativa de los británicos a permitir esa iniciativa y el encarcelamiento de los líderes del Wafd para prevenir una campaña popular produjo disturbios en marzo de 1919, cuando las huelgas y manifestaciones, junto a los efectos de los rumores y el miedo, se unieron a otras fuentes de tensión social en una sociedad profundamente estratificada. Cuando la violencia se apaciguó fue reemplazada políticamente por un clima de enconado resentimiento. Los británicos controlaban Egipto a través de ministros egipcios y de su monarca (rebautizado como sultán en 1917). Preferían esta forma de gobierno indirecto porque era una forma menos conflictiva de obtener lo que querían: el monopolio de la influencia extranjera y una seguridad absoluta para el canal de Suez, la arteria vital de su imperio en el este. Adujeron que Egipto nunca podría gozar de una independencia «real». Sin embargo, a partir de marzo de 1919, ningún ministro egipcio duraba en el poder a menos que los británicos prometieran eso precisamente. Sin ministros egipcios, los británicos tenían que enfrentarse a una oposición sin cuartel desde todos los sectores de la opinión pública. Los funcionarios no cooperaban, los maestros y los clérigos protestaban y se declaraban huelgas en sectores clave como los transportes y los servicios públicos. A veces incluso se recurría a los métodos «irlandeses» que temían por encima de todo: el boicot, el asesinato y el terror. Entre marzo de 1919 y febrero de 1922 los británicos se afanaron por encontrar una fórmula que apaciguara a un grupo «moderado» de líderes egipcios y dividiera la coalición nacionalista formada contra ellos. El intenso sentimiento antibritánico solo empezó a decaer cuando los británicos declararon que Egipto sería un Estado independiente (aunque obligado a seguir los «consejos» británicos en materia de política exterior y de defensa)[741].

En los territorios árabes la cuestión era más complicada. Tras la exigencia de un Estado árabe estaba la alianza entre Faysal y su clan hachemita (los gobernantes hereditarios de los lugares santos en tiempos de los otomanos) y los notables sirios.

Fue Faysal quien, en tanto hijo del jerife de La Meca, encabezó la revuelta árabe contra el Imperio otomano posterior a 1916 con la ayuda y el apoyo británicos, y el que había arrancado a los británicos la promesa de la creación de un Estado árabe tras la guerra. Los notables sirios ya habían maniobrado en este sentido antes de 1914 al urgir a la creación de una conciencia árabe contra la autoridad otomana. De hecho, en Siria (Suriyya) ya se hablaba de una patria árabe desde la década de 1860[742]. Tanto Faysal como los sirios tenían motivos para estar angustiados. Sabían que Palestina se convertiría en un distrito aparte a efectos administrativos para permitir la fundación de un «hogar nacional» judío. También sabían que en 1916 Gran Bretaña y Francia habían acordado el reparto de los territorios árabes, lo que situaría a Siria y al Líbano bajo supervisión francesa y la mayor parte del actual Irak bajo supervisión británica. Para empeorar las cosas, pronto quedó claro que el nuevo régimen que los británicos habían establecido en Bagdad consideraba la idea de una nación árabe como algo irrelevante en el mejor de los casos y absurdo en el peor. No tenía ninguna intención de permitir que los notables iraquíes hicieran causa común con sus amigos de Damasco. Faysal esperaba que los británicos cambiaran de opinión, denunciaran el acuerdo con Francia y crearan un Estado o Estados árabes bajo un protectorado laxo. Los británicos le habían permitido encabezar un gobierno provisional en Damasco bajo su supervisión. El mismo Faysal trató de comprar a los franceses y de convencer a los líderes judíos de que su «hogar nacional» estaría a salvo bajo un gobierno árabe. No obstante, tanto sus esperanzas como su diplomacia se derrumbaron. A finales de 1919 los británicos habían aceptado retirar sus tropas de Siria y dejársela a los franceses. En la primavera siguiente, las potencias europeas vencedoras (Estados Unidos había optado por el «aislamiento») decretaron (en calidad de Consejo Supremo de la Liga de Naciones) que los países árabes habrían de ser divididos y gobernados como «mandatos» hasta que cada unidad fuera considerada apta para

autogobernarse. Palestina y Transjordania serían británicas, al igual que el nuevo Estado de Irak, un extraño conjunto que comprendía tres provincias dispares: Mosul, de población mayoritariamente kurda, Bagdad, controlada por la élite suní, y Basora, al sur, de mayoría abrumadoramente chií. No obstante, Siria acabó siendo francesa y perdió territorio al desgajarse de ella el Líbano (que se convirtió en un mandato francés) y los mandatos británicos del sur. Un «Congreso sirio» reunido en Damasco lanzó un último reto denunciando los mandatos y haciendo un llamamiento a la unidad y la independencia árabes bajo el gobierno del rey Faysal, que intentó resistirse a la ocupación francesa con un ejército improvisado. Tras una batalla desesperada en julio de 1920, marchó al exilio.

Si bien el sueño de una «Gran Siria» había desaparecido del panorama como nación árabe libre, el reparto franco-británico distaba mucho de estar asegurado. La resistencia había pasado de Siria a Irak. Los notables de Bagdad, algunos de ellos vinculados entre sí a través de una sociedad secreta de la que también formaban parte los partidarios de Faysal, se oponían con todas sus fuerzas a la dominación de estilo colonial que los británicos habían impuesto al finalizar la guerra. En junio de 1920 sus quejas políticas tuvieron un eco de masas. En las comunidades rurales del valle del Éufrates, el resentimiento contra la dominación extranjera y sus impuestos desataron una oleada de violencia. Mientras los británicos tenían que emplear cada vez más tropas y dinero para contenerla, los argumentos a favor de un gobierno encabezado por los propios árabes se hicieron cada vez más apremiantes. Fue idea de Winston Churchill (a la sazón ministro para las Colonias y responsable del Oriente Próximo árabe, aunque no de Egipto) sugerir que Faysal, ahora en el exilio, sería el mejor líder, dado que parecía el único con la suficiente capacidad y prestigio como para mantener unido aquel conjunto destartalado. No se sabía si lo lograría o bajo qué condiciones podría hacerlo, pues el destino de Irak era solo una parte de un problema más general. A finales de 1920 pare-

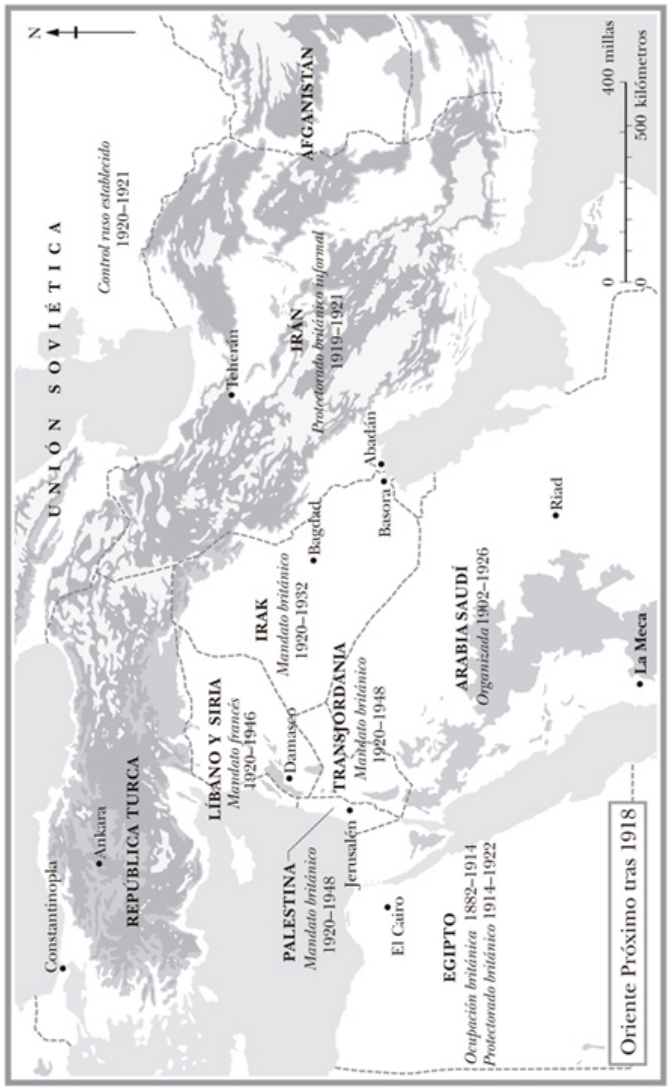
cía cada vez más probable que un nuevo Estado turco, hostil y agresivo, surgiría de las cenizas del Imperio otomano y exigiría ocupar su antiguo papel en la política regional. En 1921-1922, Mustafá Kemal impuso la autoridad de la república turca en todo el Asia Menor, acabando así tanto con las esperanzas británicas de un nuevo Estado cliente turco débil gobernado por el sultán como con el proyecto griego de convertir a gran parte de Anatolia occidental en la prolongación «jonia» de una «Gran Grecia»[743]. En septiembre de 1922, Kemal tomó Esmirna (Izmir) y marchó sobre Constantinopla, la antigua capital imperial, cuando se topó con una pequeña guarnición británica estacionada en Chanak para custodiar los Dardanelos. Una gran crisis pareció dibujarse en el horizonte. Si se desataba una nueva guerra entre británicos y turcos, el futuro político de todo Oriente Próximo volvería a estar sobre el tapete[744].

Al cabo de varios meses de tensa diplomacia, el resultado fue un tratado de paz acordado en Lausana en julio de 1923, en el que se reconocía que Turquía era una república independiente y Constantinopla una ciudad enteramente turca. (Fue rebautizada oficialmente con el nombre de Estambul en 1930). El tratado invalidó la pretensión de conservar esferas europeas en el corazón de Anatolia. Acabó con el antiguo sistema de privilegios extraterritoriales (las «capitulaciones») y liberó a Turquía del yugo de la Administración de la Deuda Pública de preguerra. Preveía un intercambio de población por el que se expulsaría de Turquía a los «griegos» cristianos y de Grecia a los turcos «musulmanes»: era el anticipo de lo que después vendría[745]. Los turcos aceptaron la desmilitarización de los Estrechos, la pérdida de su imperio árabe y accedieron a someter a arbitraje su reivindicación sobre Mosul. Fue un acuerdo realmente asombroso que reflejaba la reticencia, tanto de los británicos como de los turcos, a volver a empuñar las armas, la discreta reafirmación de la influencia rusa en la región a partir de 1920 (véase más adelante) y el deseo de Kemal de edificar su nuevo Estado turco de acuerdo con los criterios europeos que

habían preconizado los reformadores de preguerra. Fue la etapa decisiva en el afianzamiento del control que los británicos y los franceses ejercían sobre sus nuevos mandatos. Dejó manos libres a Francia para dividir Siria y aplastar la gran revuelta subsiguiente de 1925-1927. Permitió que se mantuviera a bajo coste la presencia británica en Irak, donde Gran Bretaña cambió la potencia de fuego aérea (para aplastar a los adversarios de Faysal) por las bases que necesitaba para custodiar el acceso al Golfo y que la India estuviera al alcance de su aviación. Ahora bien, la magnitud de la resistencia de posguerra había dejado una honda huella en la política de Oriente Próximo. Tanto en Siria como en Palestina las exigencias de autogobierno árabe habían sido rechazadas de plano, pero en Egipto y en Irak los británicos no habían tenido más remedio que conceder una amplia autonomía local y reconocer el derecho a la independencia de ambos Estados, a Egipto en 1922 y, una década después, al Irak de Faysal a cambio del control británico de sus zonas estratégicas, sobre todo del canal de Suez. Hasta a Transjordania se le permitió tener su propio rey hachemita. A pesar del trauma de la partición, el Oriente Próximo no había sido transformado plenamente en una colonia, y el panarabismo, tan vivo antes de la guerra, no se había extinguido y tenía mucho espacio para seguir creciendo. El arraigo de la autoridad europea (mayoritariamente británica) era muy superficial desde el punto de vista social y cultural. Dependía en gran medida de contingencias geopolíticas como la relajación temporal de la rivalidad entre las grandes potencias como consecuencia del ocaso de Alemania y del aislamiento de Rusia. En una época de crisis económica, ni la difusión del comercio ni el acceso de la región a la economía internacional contribuyeron a afianzarla. El crecimiento de la industria del petróleo se había diferido demasiado (en 1920, la producción petrolera de Oriente Próximo solo representaba un 1 por ciento del total mundial; en 1939 esa cifra solo había llegado al 5 por ciento, que correspondía en su práctica totalidad al sudoeste de Irán) para que pudiera conver-

tirse en el caballo de Troya de la influencia imperial europea. En cuanto se disipó el breve enardecimiento generado por el imperialismo bélico, la idea de un imperio árabe ya no despertaba excesivo entusiasmo ni en Francia ni en Gran Bretaña, y menos si iba a costar dinero[746]. Si el reparto de Oriente Próximo había supuesto la marea alta del imperio, fue una marea de vida muy corta y el momento imperial más breve de todos.

Los que más parecían haber ganado con la era de turbulencia que tuvo lugar entre 1918 y 1923 fueron Turquía e Irán. Ambos se habían enfrentado a la posibilidad de acabar relegados al estatus de protectorado o aún peor: Turquía, como la grupa ocupada del Imperio otomano; Irán, como Estado cliente de una Gran Bretaña victoriosa. Ambos se beneficiaron de la drástica reducción de una presión exterior que había resultado casi insoportable antes de 1914. Ni Rusia ni Gran Bretaña dieron muestras de excesivo interés en intervenir en sus asuntos internos a partir de 1923, pues tenían demasiados problemas internos de los que ocuparse. Dos destacados constructores de Estados aprovecharon la oportunidad para imponer reformas con las que los reformadores de antes de 1914 solo habían podido soñar. Mustafá Kemal (posteriormente bautizado como «Atatürk») fundó una república turca en el núcleo anatolio de las ruinas del antiguo Imperio otomano, en buena medida «limpio» de minorías cristianas. El mayor enemigo de la república de Kemal era el islam conservador, obstáculo principal a la creación de un Estado moderno capaz de defenderse de las malas intenciones de las grandes potencias. Las nuevas leyes sobre indumentaria (que prohibían el típico fez turco sin ala que permitía a los fieles musulmanes tocar el suelo con la frente), el alfabeto (que reemplazó los caracteres árabes por los latinos), la educación (que ilegalizó la instrucción religiosa en las madrasas) y los apellidos (se obligó a los turcos a adoptar apellidos al estilo occidental) exacerbaron el conflicto entre una identidad musulmana y la lealtad que el Estado laico exigía a sus ciudadanos «nacionales».



La base del éxito de Kemal fue el movimiento «nacional» creado para ganar la guerra a los griegos y restablecer la independencia turca. Kemal dirigió un ejército que estaba (y siguió estando) muy comprometido con su programa nacional. También heredó una estructura administrativa moderna de las reformas otomanas anteriores a 1914. En Irán todo iba a ser más difícil. Allí la guerra y sus secuelas habían agudizado los conflictos en el seno de la sociedad y poco menos que habían des-

truido el gobierno central de Teherán. La ocupación extranjera (por parte de fuerzas británicas, rusas y luego soviéticas), los gobiernos disidentes, los movimientos étnicos, el malestar social y la reafirmación de la identidad de las tribus amenazaban con hacer ingobernable al país. En esas condiciones desesperadas, el golpe militar que en febrero de 1921 dio Reza Kan, un oficial de la Brigada Cosaca (la única fuerza regular que se hallaba bajo el control nominal de Teherán), obtuvo un amplio apoyo y permitió a Reza negociar la retirada de británicos y soviéticos. Una vez afianzado en el poder, adoptó rápidamente un programa de cambios muy parecido al que había puesto en práctica Kemal en Turquía. Se creó un gran ejército para aplastar las rebeliones provinciales y acabar con la indisciplina tribal. Se construyeron nuevas carreteras y vías férreas para incrementar la capacidad de control del gobierno. Las nuevas leyes aprobadas por Reza sobre los tocados (se exigió que estos fueran gorras o sombreros), sobre la adopción de apellidos (Reza adoptó el de «Pahlevi»), sobre el trato dispensado a las mujeres y la ilegalización del velo tenían como objetivo principal reducir la influencia de los mulás. Al topar con resistencia, Reza se convirtió virtualmente en un dictador: en abril de 1926 se coronó a sí mismo sah. Al poder que le proporcionaban el ejército y la burocracia se sumaron el clientelismo de la corte y unas propiedades dinásticas inmensas. Reza había fundado un Estado imperial mucho más poderoso de lo que hubieran podido soñar nunca los Qayar, y pudo hacerlo sin depender de fondos extranjeros o recurrir a las concesiones que habían permitido hacer causa común a los adversarios de las reformas de los Qayar. La razón fundamental era una nueva fuente de riqueza, porque, si bien Reza, como dictaba la prudencia, no llegó al extremo de hacerse con el control de los campos de petróleo situados al norte del Golfo y que pertenecían a la compañía de propiedad británica que tenía la concesión (la Compañía Petrolera Anglopersa, de la que el gobierno británico poseía el 51 por ciento de las acciones), sus ingresos se beneficiaron al cen-

tuplicarse los ingresos que producían a partir de 1913. Sin embargo, tanto para él como para la república de Atatürk (que murió en 1938) la prueba decisiva consistiría en comprobar qué sucedería cuando la tregua geopolítica que habían explotado tan eficientemente desembocara en una nueva guerra a partir de 1939[747].

En esta etapa turbulenta en una parte tan grande del sudoeste de Asia, la política «islámica» había estado manifiestamente ausente. No cabe duda de que cierta conciencia de una identidad musulmana había desempeñado un importante papel a la hora de consolidar la resistencia ante el control extranjero. No obstante, los movimientos nacionalistas de Turquía, Irán, Egipto y las tierras árabes eran mayoritariamente laicos. En Siria en particular, los cristianos habían figurado entre los promotores más fervientes de un nacionalismo árabe cuyo lazo de unión fuera lingüístico y cultural, en lugar de fundamentalmente religioso. Donde la influencia islámica desempeñó un papel mucho mayor fue más al este, en la India. Entre los musulmanes indios, la conciencia del lugar que ocupaban en el mundo había ido marcadamente en aumento antes de 1914. El impacto de la guerra entre los británicos y los otomanos había sido tanto mayor, pues el sultán otomano también era (aunque solo fuera nominalmente) el califa, el «comandante de los fieles (musulmanes)». Debido al gran número de soldados musulmanes que tenía en su ejército indio (gran parte del cual fue enviado a luchar contra las fuerzas otomanas), el gobierno británico de la India se apresuró a reprimir hasta las más leves expresiones de sentimiento panislámico por parte de los políticos musulmanes, y varios destacados musulmanes indios pasaron la mayor parte de la guerra en la cárcel. Fue en este sector en el que se suscitó un gran resentimiento cuando a las promesas británicas de reforma (de una participación mucho mayor de los líderes hindúes electos en los asuntos provinciales) se sumó la amenaza de prolongación indefinida de los poderes extraordinarios de arresto y detención con motivo de la guerra contemplados en

la llamada Ley Rowlatt[748]. Fue la protesta contra esto, orquestada por Gandhi durante su primera gran campaña como líder político en el ámbito de toda la India, la que contribuyó a desencadenar la violencia en 1919 y condujo indirectamente a la masacre de Amritsar, la salvaje venganza del general Dyer por la muerte de europeos en aquella ciudad[749].

A primera vista, Gandhi parecería un aliado para el islam indio. Era un reformador hindú que pretendía ligar una versión más sencilla y más espiritual del hinduismo a un programa de mejoras sociales y morales. La templanza, la castidad, el dominio de uno mismo y la modestia eran todos ideales gandhianos. Sin embargo, como vimos en el último capítulo, en su manifiesto prebélico *Hind Swaraj* Gandhi había ligado esas virtudes al autogobierno indio. En realidad solo podían practicarse, o eso argumentaba, en las comunidades aldeanas autosuficientes de las que en otro tiempo había estado compuesta la India. Se trataba de una versión extravagante del pasado indio que debía un poco a las historias escritas por funcionarios británicos y mucho a la influencia de la escritura posterior de Tolstói (que falleció en 1910) y su visión idealizada de las comunas campesinas rusas. Ahora bien, en un país que seguía siendo abrumadoramente rural, su atractivo era enorme. No obstante, fue la insistencia de Gandhi en que la remoralización solo podría comenzar cuando hubiera finalizado la dominación británica lo que hizo que su mensaje fuera tan radical. La dominación británica era el vehículo a través del cual la cultura foránea de Occidente había corrompido a la India. Su derrocamiento era urgente, aunque debía efectuarse a través de la presión moral, no la fuerza física. Lo que Gandhi quería era una inmensa campaña de liberación psicológica para poner fin a la sumisión de la India, ya que eran indios quienes habían *permitido* a los británicos dominar, en deferencia a sus sistemas de justicia y derecho, y los que habían adoptado sus ideas acerca de la economía y la política y copiado su forma de abordar la educación y la cultura. Romper con esta servidumbre psíquica, reivindicar la liber-

tad de pensar a la manera india y no a la británica, recurrir a la *satyagraha* («insistencia en la verdad») contra el poderío físico, era la forma más segura, por no decir la única, en la que la India podía lograr rápidamente una independencia verdadera.

Esas ideas se encontraban a años luz de las de la corriente mayoritaria dentro de la política nacionalista india. El Congreso Nacional Indio había emprendido campañas a favor del autogobierno desde la década de 1880. Sin embargo, sus dirigentes querían apoderarse del Estado indobritánico, no destruir su autoridad sobre la sociedad rural o crear una utopía anarquista. Admiraban las instituciones británicas, como el gobierno representativo y la administración pública, y las consideraban los cimientos para la construcción de una nueva nación india edificada de arriba hacia abajo, no de abajo hacia arriba. Lejos de ser favorables a una ruptura completa con Gran Bretaña, su objetivo era ser un dominio autogobernado (como Canadá), leal a la corona y en el seno del imperio. Consideraban las ideas de Gandhi —tanto más extraordinarias en un abogado educado en Inglaterra que había pasado veinte años de su vida en Gran Bretaña o Sudáfrica (Gandhi tenía cuarenta y seis años cuando regresó a la India en 1915)— como las de un excéntrico, inofensivo o peligroso según los gustos. Los dirigentes del Congreso habían esperado que la lealtad de la India durante la guerra les reportara una recompensa política. Y hasta cierto punto lo hizo. Sin embargo, las «reformas» que les ofrecieron en 1918 supusieron una gran desilusión. Prácticamente no hacían concesión alguna a la reivindicación del Congreso de un sistema parlamentario con ministros indios en el gobierno central, siguiendo el modelo de los «dominios blancos». Al contrario, hacían de la provincia la principal arena política, con el objetivo transparente (creían muchos líderes del Congreso) de inflar las diferencias entre las regiones de la India y cerrar el camino hacia un auténtico Estado-nación. La frustración con la reforma hizo parecer mucho más atractivos los métodos de acción política directa de Gandhi, hasta que quedaron desacreditados por

la violencia y los desórdenes de 1919 (la mayoría de los políticos del Congreso eran respetables propietarios). No obstante, en 1920 Gandhi descubrió otra forma de ganarse al Congreso[750].

El secreto residía en la ira cada vez mayor de los musulmanes más destacados ante las condiciones de paz impuestas por las potencias vencedoras al Imperio otomano. La derrota otomana y la descomposición del último gran imperio islámico habían alarmado a los musulmanes indios. Les preocupaba la custodia de los lugares santos del islam: es más, los que había en Jerusalén ya habían caído bajo control británico. Les enfurecieron los planes para negar la soberanía turca en Constantinopla, cosa que consideraban como una humillación deliberada del sultán/califa y un ataque directo al prestigio del islam como religión universal. Para aumentar la presión sobre el gobierno británico (el principal autor de dichos planes) lanzaron una campaña para movilizar la indignación entre los fieles de la India contra el ataque cristiano contra el *khilafat* o califato, el cargo hereditario del sultán como Comandante de los Fieles. La respuesta de Gandhi fue todo un acierto. Unió la brutal represión de su campaña de la *satyagraha* en el Punjab (el «agravio del Punjab») al «agravio del *khilafat*» y llamó a los musulmanes y a los hindúes a apoyar la desobediencia civil en masa para obtener la «*swaraj* (autogobierno) en un año». Se animó a los musulmanes a ingresar en el Congreso y elegir a los delegados enviados a su conferencia anual. El resultado fue un golpe. Con fuerte apoyo musulmán, Gandhi obligó a la vieja guardia del Congreso a apoyar la acción directa. Convirtió lo que había sido un club político elitista en un movimiento popular con una cuota nominal de afiliación y una auténtica presencia de base. Transformó un mentidero político en una máquina de combate para acosar al Raj y hacerse pasar por un gobierno paralelo allí donde pudiera.

Desde finales de 1920 hasta comienzos de 1922, utilizando el Congreso Nacional Indio como herramienta, Gandhi libró una guerra pacífica contra la dominación colonial británica. El meollo de la «no cooperación» —la negativa hindú a otorgar su consenso a las autoridades británicas— consistía en manifestaciones y marchas, en boicots de los tribunales y las escuelas gubernamentales, en la negativa a comprar bienes británicos importados y en el rechazo a las reformas que había ofrecido el gobierno (entre ellas el reparto del poder en las provincias). Al coincidir, como sucedió, con tantos disturbios en otras partes, y amenazar con desembocar en desórdenes a gran escala, la no cooperación fue una fuente de gran alarma para los amos británicos de la India. No obstante, lo que más temían era el elemento islámico de la campaña de Gandhi, el atractivo religioso de la causa del califato para las masas musulmanas, la influencia de los imanes, y un súbito recrudecimiento del fervor islámico que pudiera extenderse sin obstáculos a la policía y el ejército, cuerpos ambos en los que los musulmanes estaban desproporcionadamente representados[751]. De hecho, la campaña de Gandhi llegó a un punto culminante terrible. Comenzó con la agresión de los arrendatarios musulmanes pobres contra los terratenientes hindúes en parte del sur de la India —el levantamiento «Moplah», que costó 10.000 vidas— y terminó con la quema de una comisaría de policía del norte a manos de una multitud furiosa, que se saldó con la muerte de veintidós agentes. Entre indicios de que la no cooperación se había descontrolado, Gandhi desconvocó la lucha en marzo de 1922 y fue encarcelado poco después. Al cabo de un par de años, la participación de masas en el Congreso se redujo hasta quedar en nada. La campaña *khilafat* corrió una suerte parecida. En 1924 el cargo de califa fue abolido, no por los británicos, sino por la república laica turca de Mustafá Kemal. La alianza musulmana-hindú para conquistar el autogobierno de la India perdió todo sentido. El gran experimento gandhiano había quedado, al parecer, en mucho ruido y pocas nueces.

Desde luego, así lo esperaban los británicos. No obstante, la fase revolucionaria de la política india había dejado tras de sí un poderoso legado. Había demostrado por primera vez que la dominación británica podía ser desafiada por un movimiento de masas organizado a lo largo y ancho del subcontinente. El colapso de la no cooperación había sido un duro golpe para los discípulos más cercanos de Gandhi. Su significado evidente era lo difícil que era controlar un movimiento semejante y a la vez mantener su ímpetu. Y sin embargo, por su parte, los británicos ahora ya nunca podrían estar seguros de cuándo tendrían que enfrentarse a una nueva ronda de acciones de masas que socavara su prestigio y deshiciera la lealtad que ligaba a los soldados, los policías, los funcionarios y los notables locales hindúes a su sistema de gobierno. Es más, el temor a una repetición dominó su política durante los veinticinco años siguientes. En segundo lugar, el ataque de Gandhi contra el Raj británico había sido un éxito ideológico. Muchos nacionalistas indios seguían sintiendo una profunda atracción hacia las instituciones representativas creadas por los británicos. El logro de Gandhi consistió en persuadir a una enorme masa de partidarios en potencia de que su versión del nacionalismo, gracias a su contenido social y moral, reuniría las condiciones para satisfacer las necesidades y carencias de las masas rurales de la India, y de que los problemas indios exigían soluciones indias. En resumidas cuentas, había creado un nacionalismo indio y no «indobritánico». En tercer lugar (y en parte como consecuencia), Gandhi convirtió el nacionalismo —y al Congreso— en un movimiento de base que atrajo a campesinos, mujeres, obreros industriales, pueblos «tribales» de los bosques y las montañas e intocables. Por supuesto, el nivel de interés popular y el número de afiliados al Congreso podía aumentar o descender (como sucedió después de 1922), pero los cuadros gandhianos que se esforzaban por «sostener a las aldeas» o promover los proyectos educativos y de higiene de Gandhi formaron una red de activistas

preparada y a la espera de la próxima campaña *satyagraha.* Quedaba por ver cuándo llegaría su oportunidad[752].

De momento, sin embargo, hasta el autogobierno nominal de la clase concedida a Egipto seguía siendo una posibilidad lejana. Gandhi había hecho tambalearse la confianza de los británicos en sí mismos. No obstante, el «armazón de acero» del Raj británico —el ejército, la policía y la burocracia— con sus decenas de miles de leales servidores indios, seguía en pie. Las divisiones religiosas y sociales que Gandhi tanto había deseado superar suponían que una gran coalición nacionalista contra el control extranjero era algo en lo que tener esperanzas, no una base práctica para la acción política en el futuro inmediato.

China era un caso distinto. Entre 1919 y 1922, contra todo pronóstico, los líderes chinos reafirmaron el derecho de su país a la soberanía plena, que tanto peligro parecía haber corrido a partir de 1890. Obtuvieron para China un lugar en el nuevo Consejo de la Liga, el comité de dirección de la Liga de Naciones. Al negarse a firmar el Tratado de Versalles (debido a la cláusula sobre Shantung), acabaron forzando la adopción de un nuevo acuerdo para Asia oriental en los Tratados de Washington de 1921-1922. Incluso lograron lo que parecía casi imposible antes de 1914: un programa para revocar los «tratados desiguales» y conquistar la autonomía arancelaria, abolir los privilegios extraterritoriales y cerrar los numerosos enclaves extranjeros en suelo chino. La revuelta de China contra un orden mundial en el que el imperio era la norma fue mucho más completa que en casi cualquier otra parte del mundo afroasiático[753].

Por supuesto, parte del motivo se debía a que, a pesar de que Occidente había vulnerado la independencia de China durante el siglo XIX (buen número de países occidentales gozaban de derechos extraterritoriales, entre ellos Estados Unidos, Brasil, Perú y Bolivia), durante la decisiva década anterior a 1914 los chinos se resistieron de forma virulenta a ser reducidos a una es-

pecie de dependencia semicolonial. Al contrario, la necesidad de convertir a China en un Estado-nación (no un imperio dinástico) dotado de un gobierno republicano que expresara la voluntad popular fue aceptada con asombrosa rapidez entre la clase culta. La explosión de resentimiento que se produjo en mayo de 1919, cuando la reivindicación china de Shantung fue rechazada en París, demostró que aquel nuevo estilo de patriotismo no había terminado ahí. El Movimiento del Cuatro de Mayo comenzó entre los estudiantes de Pekín, pero rápidamente se convirtió en una protesta mucho más amplia, que reclutó a artesanos y comerciantes para sus manifestaciones y boicots y que se extendió mucho más allá de la capital. Fue una demostración gráfica de que los intereses empresariales extranjeros podían verse gravemente perjudicados por la indignación popular y de que las multitudes furiosas iban a seguir el ejemplo de la retórica nacionalista de los nuevos literatos. No obstante, este nuevo estado de ánimo popular no se plasmó en gobierno nacional fuerte. Entre 1919 y 1922, China tuvo un gobierno en Cantón y otro en Pekín. El gobierno de Pekín era un reñidero de facciones, y su ley apenas iba más allá de las murallas de la ciudad[754]. A lo largo y ancho de gran parte de China, la auténtica voz de la autoridad era el *dujun* provincial, el comandante militar o (se trata de una traducción hostil) «señor de la guerra»[755]. Hacia 1922 la lenta ebullición de la hostilidad de estos jefes provinciales y sus agrupaciones facciosas había desencadenado guerras civiles que dominaron la política china hasta que Chiang Kai-shek tomó Pekín en 1928. El aval entusiasta a la soberanía estatal de China y la promesa solemne de respetarla en los Tratados de Washington resultan, por consiguiente, más bien desconcertantes. Si acaso, la agitación interna de la China posimperial parecía invitar a las potencias extranjeras a inmiscuirse tanto, si no más, como antes de 1914.

Desde luego, así había parecido durante la Primera Guerra Mundial. En enero de 1915, en cuanto percibieron la gigantesca magnitud del conflicto europeo, los japoneses presentaron

sus célebres Veintiún Demandas al gobierno chino, en papel del Ministerio de la Guerra «con filigranas en forma de ametralladoras y acorazados»[756]. Propusieron la madre y el padre de los tratados desiguales. A China se le presionó para que aceptara que Japón se apoderara de las concesiones alemanas en Shantung, que se ampliasen las concesiones y arrendamientos japoneses en Manchuria durante lo que quedara de siglo, que no tomara préstamos de capital extranjero sin el permiso de Japón para desarrollar Fukien (una provincia costera que se encontraba muy al sur de la esfera habitual de influencia japonesa) y que contratara a asesores japoneses «en cuestiones políticas, financieras y militares»[757]. A todos los efectos, propusieron un protectorado virtual. Desprovisto de aliados y de armas, el gobierno chino cedió y el tratado se firmó. Abrió el camino al rápido afianzamiento de la influencia japonesa en el norte de China y a una dependencia cada vez mayor del gobierno de Pekín de los préstamos de Tokio. La caída del zar y el desmoronamiento de su imperio pusieron fin al último obstáculo real a la dominación japonesa: ni Gran Bretaña ni Estados Unidos estaban dispuestos a desafiar a Tokio a aquellas alturas de la guerra. Cuando acordaron intervenir en Siberia para impedir que Rusia acabara bajo control alemán (el resultado previsto del Tratado de Brest-Litovsk de marzo de 1918), fue Japón quien proporcionó la mayor fuerza militar con diferencia y quien esperaba obtener la mayor ventaja: la extensión de su influencia en las profundidades del Asia interior. La decisión de Shantung de 1919, por tanto, estaba en consonancia con el enorme desplazamiento de poder que se había producido en Asia oriental durante la guerra. A medida que la unidad de China se rompió (el gobierno rival de Cantón había aparecido en 1917), y sus jefes provinciales acababan en nómina de los japoneses, parecía que quizá se convirtiera en parte de un inmenso imperio informal con centro en Tokio.

Sin embargo, eso no fue lo que sucedió. La explicación reside en una poderosa convergencia entre la política china y las rela-

ciones conflictivas de las grandes potencias en Asia oriental. Era verdad que Pekín no podía imponer su voluntad a los *dujun* provinciales. No obstante, había pocas dudas de que en materia de «recuperación de derechos» el programa nacionalista de su élite intelectual (centrada en la nueva universidad de Pekín) [758] tenía un apoyo masivo en las ciudades de los tratados portuarios de la China marítima. Ahí estuvo la relevancia del Movimiento Cuatro de Mayo. A finales de 1920, el gobierno de Pekín había revocado los privilegios extraterritoriales de Alemania y Austria-Hungría, sus enemigos durante la guerra. El gobierno bolchevique había renunciado a las concesiones rusas. Parecía más que probable que Pekín acabara denunciando el estatus privilegiado de las potencias de tratado restantes, entre ellas Gran Bretaña, Japón y Estados Unidos[759]. Era fácil imaginar el efecto explosivo que semejante iniciativa habría tenido en Shanghái y en otras partes, así como la enorme dificultad para defender los intereses y la propiedad extranjeros contra las manifestaciones de masas y boicots que sin duda se producirían. Parecía mucho más seguro obtener el apoyo de Pekín para un cambio gradual. Los británicos y estadounidenses tenían un motivo añadido para llegar a un acuerdo con Pekín. Habían observado alarmados el creciente poder de Japón, y desconfiaban de la «camarilla militarista» que dirigía su política[760]. A lo largo del año 1920 presionaron al gobierno japonés para que reuniera sus concesiones comerciales en un consorcio internacional y se opusieron a su pretensión de tener una posición especial «más allá de la muralla» en Manchuria[761]. Esta presión angloamericana provocaba temor y resentimiento en Tokio, pero los dirigentes japoneses tenían otros motivos para cambiar de rumbo en Asia oriental. Se enfrentaban al malestar interno, el fruto parcial de la presión económica del periodo bélico[762]. La expedición siberiana, con sus costes y sus pérdidas, había sido profundamente impopular[763]. Sin la vieja amenaza rusa era todavía más difícil de justificar. En Corea, donde en 1919 se había aplastado brutal-

mente una campaña por la independencia, hacía falta tranquilidad política de forma urgente[764]. Y los japoneses compartían la alarma de los occidentales ante la posibilidad de que la animosidad contra los extranjeros se desbordara en China e infligiera grandes pérdidas a sus intereses comerciales, sobre todo como consecuencia del boicot chino de sus exportaciones textiles[765]. Los argumentos a favor de la conciliación se habían vuelto abrumadores.

El resultado fue el sorprendente acuerdo encarnado en los Tratados de Washington de 1921-1922. Las potencias occidentales y Japón garantizaban la independencia y la integridad de la república china. Se estipuló la reforma de los tratados desiguales. Ninguna potencia debía buscar concesiones especiales ni hacer tratos exclusivos. China, al parecer, había recobrado la dignidad nacional a la que había renunciado dolorosamente durante la caótica década de 1890. Sin embargo, la revolución en el estatus de China no fue el final de la historia. A partir de 1922 en adelante, los intereses extranjeros en China se enfrentaron a un nacionalismo militante a una escala cada vez mayor. Una segunda revolución, social y política, hizo que la agenda pausada de los Tratados de Washington para la recuperación de la soberanía plena de China pareciera extrañamente autosatisfecha. El epicentro era Cantón, la metrópoli sureña. Cantón había sido el centro de la política anti-Ching. Los cantoneses, dijo un viejo retrógrado de la costa china, eran «los irlandeses de China» (y no se trataba de un cumplido)[766]. Cantón se encontraba a menos de ciento treinta kilómetros de Hong Kong, que le había servido de puerto subsidiario y de refugio para la disidencia en época imperial. Fue allí donde Sun Yat-sen había luchado antes de 1911 por construir su partido revolucionario, que más tarde se llamaría el Kuomintang o Partido Nacionalista (KMT)[767]. Sin embargo, al no tener un seguimiento masivo, Sun estaba mal situado para explotar el creciente antagonismo de los comerciantes y artesanos hacia las exacciones y opresiones de los nuevos gobernantes provinciales (muchos de

ellos militares) que habían desplazado a los eruditos-mandarines del viejo sistema imperial. Tampoco podía apelar a la clase culta (categoría a la que pertenecía el joven Mao Tse-tung), tremendamente resentida ante su desplazamiento del poder por señores de la guerra y soldados. En 1922 incluso fue expulsado de Cantón por una facción de señores de la guerra. Sin embargo, durante los tres próximos años se produjo un cambio asombroso, ya que en 1923 Sun llegó a un acuerdo con un agente enviado por la Rusia bolchevique. Aceptó la oferta de ayuda militar y un cuerpo de asesores soviéticos[768] para reconstruir el KMT siguiendo el modelo leninista, asociándose con el recién fundado Partido Comunista Chino (PCCh). El KMT-PCCh comenzó a reclutar una base de masas entre los campesinos y los trabajadores urbanos[769]. Y cuando tuvo su propio ejército de partido, por fin dispuso de los medios para derrotar a los señores de la guerra y construir un nuevo Estado[770].

El año revolucionario fue 1925. Empezó mal para el KMT, que perdió el control de Cantón (brevemente) y a su líder, Sun, que murió de forma prematura. No obstante, el 30 de mayo la tensión laboral en Shanghái (donde estaban concentradas las empresas extranjeras) dio paso a la violencia cuando los disparos de la fuerza de policía británica del Asentamiento Internacional mataron a doce chinos durante una gran manifestación. Una enorme ola de protesta barrió el valle del Yangtsé y la costa hasta llegar a Hong Kong. El 23 de junio hubo más tiroteos en el enclave europeo de Shamian, en Cantón. Se organizó una huelga general y un boicot del comercio británico en Hong Kong, lo que representaba un desafío directo a las autoridades británicas. Ahora el KMT cosechó los beneficios de su nueva credibilidad como movimiento nacionalista dotado del poderío físico para gobernar efectivamente. El apoyo soviético, el movimiento de masas contra los extranjeros y una sangrienta guerra civil entre los señores de la guerra en el norte despejaron el camino para reunificar China bajo un gobierno nacional comprometido con la expulsión de todas las potencias extranjeras[771].

En julio de 1926, el ejército del KMT partió de Cantón en su «Expedición del Norte» con destino a Pekín. A finales de año había llegado a Wuhan, la gran ciudad-encrucijada situada en medio de China. Nankín y Shanghái estaban a su alcance. La soberanía nominal de China (que había sido aclamada con entusiasmo en la conferencia de Washington) se había vuelto aterradoramente real. Para los británicos, que tenían más interés que nadie en el mantenimiento del viejo orden, había comenzado una carrera para retirarse de los puestos de avanzada más vulnerables antes de que comenzara el tiroteo[772]. Lo que le deparaba el futuro a la gran presencia extranjera (japonesa y occidental) en Shanghái, el mayor puerto de tratado de todos, era algo que nadie sabía.

Esta historia de revolución e imperio durante la etapa de posguerra tiene un epílogo extraño pero importante. En gran parte del norte de Eurasia, lo que más importaba era el destino de la Rusia imperial, aparentemente disuelta en el caos en 1918. Al derrumbarse el zarismo, los pueblos sometidos de lo que Lenin calificó de «prisión de las naciones» vislumbraron la libertad. En Ucrania, el Cáucaso y Asia central, así como entre las minorías étnicas de Rusia propiamente dicha (como los bashkires y los tártaros), regímenes independientes intentaron hacerse con el poder. A primera vista, parecían tener grandes posibilidades de lograrlo. En 1918-1919 los bolcheviques estaban luchando por sobrevivir en el transcurso de una guerra civil. Además, el punto de vista bolchevique había abogado a favor de la liberación de las nacionalidades oprimidas de Rusia y las consideraba como aliados en la lucha contra la autocracia zarista. El mismo Lenin había proclamado en su célebre folleto escrito durante la guerra *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1916) que la emancipación de las colonias era el primer paso decisivo hacia la destrucción del capitalismo en el corazón de Europa. Durante el estado de sitio al que se vieron sometidos después de 1917, los bolcheviques descubrieron que este principio revolucionario coincidía con sus intereses propios

más inmediatos. Estaban ansiosos por anticiparse a la amenaza del sentimiento panislámico entre los musulmanes del Cáucaso y de Asia central. Y como ya hemos visto, el temor a la expansión japonesa y a la influencia angloamericana en su frontera de Asia oriental había estado detrás de la intervención de Moscú en 1922-1923, primero en el norte de China y luego, más provechosamente, en el sur nacionalista[773].

Al igual que los Romanov antes que ellos, sin embargo, los bolcheviques se dieron cuenta muy pronto de que ningún Estado ruso estaba seguro sin el dominio político de la Eurasia interior y sus estratégicas tierras fronterizas. Para derrotar a los blancos durante la guerra civil, movilizaron a un ejército de más de cinco millones de hombres[774]. Los polacos frenaron el intento del Ejército Rojo de llevar la lucha revolucionaria a Europa central en 1920. No obstante, Moscú recobró el control de la mayor parte de Bielorrusia y de Ucrania, de las que el Tratado de Brest-Litovsk lo había despojado. En la región del Volga, donde al principio Moscú pareció acoger con agrado un Estado independiente para los bashkires y los tártaros, el poder del centro se reafirmó mediante la fuerza a lo largo de 1920[775]. En Asia central, la comunidad de colonos rusos, gran parte de ella compuesta por ferroviarios, resistió el intento de la élite musulmana local de recuperar las libertades que habían perdido cuarenta años antes. Sin embargo, el factor decisivo fue la llegada del Ejército Rojo para tomar Jiva en febrero de 1920 y Bujará en septiembre. Pese a que los luchadores «basmachi» libraron una guerra de guerrillas hasta 1921, su causa estaba perdida. En el Cáucaso, al principio Moscú anduvo con pies de plomo. No quería distanciarse ni de Turquía ni de Irán, ambos aliados en potencia contra la influencia británica en Oriente Próximo. Carecía del poder militar necesario para subyugar a una región fracturada. Se enfrentaba a un gobierno georgiano duro de pelar, cuya independencia había reconocido en mayo de 1920. Ahora bien, a finales de ese año la posición estratégica de Rusia se había vuelto mucho más favo-

rable. El poderío británico estaba retrocediendo desde el nivel máximo alcanzado al final de la guerra[776]. Por temor a ser conquistados por una Turquía renaciente, los armenios renunciaron a la independencia para beneficiarse de la protección rusa. Al año siguiente, por motivos similares, los georgianos hicieron lo mismo. A finales de 1921, Moscú era dueño de las viejas provincias caucásicas del zar. A continuación, en 1922, la retirada de Japón de Siberia restableció el control ruso de los territorios pacíficos arrebatados a China a partir de 1860. El imperio había vuelto[777].

Esta asombrosa recuperación sin duda debió mucho a la destreza militar del Ejército Rojo de Trotski. También fue decisivo el hecho de que, en el seno de la inmensa esfera geográfica constituida por la Eurasia interior, ningún Estado rival pudiera competir con los recursos humanos y materiales que Moscú era capaz de movilizar en la Rusia europea. No obstante, y a pesar de su triunfo, los bolcheviques no tenían ni los medios ni la voluntad de resucitar la pauta prebélica del poder imperial ruso. En medio del trauma político de 1918-1923, entre la guerra civil, la invasión extranjera, el colapso económico, las revueltas campesinas y los desastres militares, difícilmente podía ser de otro modo. Lenin insistió en que la lealtad de los no rusos del viejo imperio zarista tendría que ganarse mediante concesiones políticas y muestras de simpatía hacia sus aspiraciones nacionales. El comisario para las nacionalidades que aplicó esta política, Iosif Stalin, era un expatriado georgiano. Stalin era el decano de la guerra en las regiones fronterizas y el maestro de la «política de la estepa»[778]. En sus hábiles manos, la política de las nacionalidades se convirtió en el medio de lograr otro fin en la lucha de conjunto. «En el transcurso de cuatro años de guerra civil y debido a la intervención extranjera, tuvimos que demostrar el liberalismo de Moscú en la cuestión nacional»[779]. Los agentes de Moscú recibieron orden de refrenar los instintos chovinistas de comunidades de colonos rusos como las que había en Asia central[780]. A medida que las provin-

cias fronterizas (como Ucrania y Bielorrusia) renunciaron a su fugaz independencia, fueron reinventadas como repúblicas socialistas soviéticas bajo el gobierno de sus propios líderes bolcheviques. Las naciones subyugadas más pequeñas también fueron apaciguadas mediante la promesa de convertirlas en repúblicas separadas y regiones autónomas. Sus líderes serían naturales de dichas regiones. Gozarían de «autonomía cultural» para promover su propia lengua, educación y cultura. Eran libres para construir sus naciones. Por supuesto, la intención de Stalin era que esta oferta de libertad no llegara ni de lejos a la soberanía. Las repúblicas autónomas no habrían de tener relaciones con el extranjero. Los «comunistas nacionales» deberían mayor fidelidad a la causa bolchevique. El Partido-Estado bolchevique iba a tener un «imperio de partido» de hecho hasta que las naciones soviéticas acabaran fundiéndose en un solo pueblo soviético. A finales de 1922, Stalin advirtió con irritación de que los comunistas de las regiones fronterizas «se negaban a comprender que el juego de la independencia era un juego» y estaban intentando convertirlo en realidad (una queja del mismo tenor que las británicas en torno a Egipto)[781]. Hasta querían tener una política exterior propia. Stalin abogó por incorporar todas las nuevas repúblicas soviéticas en una federación rusa. Lenin se negó. La nueva constitución soviética de 1924 mantuvo la ficción legal de una «unión» soviética compuesta por Estados iguales entre sí. La auténtica garantía de la autoridad de Moscú sobre las repúblicas asociadas sería la mano invisible del poder del Partido. Sin embargo, el principio de las nacionalidades, fruto de una crisis desesperada, quedó inscrito indeleblemente en el sistema soviético.

Un orden mundial fragmentado

Hacia mediados de la década de 1920, tras la etapa de mayor agitación, gran parte del mundo parecía estar moviéndose hacia un estado más reposado. Quienes vieron retrospectivamente los años que precedieron a la guerra como una forma de «anarquía internacional» o se escandalizaron ante los excesos predatorios del imperialismo europeo consideraron la Liga de Naciones como un nuevo comienzo. El antiguo régimen de los imperios dinásticos se había convertido en un «mundo de naciones». El «convenio» de la Liga, que vinculaba entre sí a los Estados miembros, declaró fuera de la ley la agresión armada y prescribía la resolución pacífica de las disputas internacionales. La tradición ancestral según la cual las conquistas coloniales eran un botín de guerra legítimo había sido barrida. Las colonias que perdió Alemania y las provincias que perdió Turquía habrían de convertirse en «mandatos» internacionales abiertos a inspección por parte de los funcionarios de la Liga e igualmente abiertos al comercio de todo el mundo. Para algunos de ellos al menos, existía la presunción favorable de un pronto autogobierno. La propia Liga albergaba una esperanza mayor: que una sociedad internacional que compartía valores liberales y un marco legal común se extendiera irresistiblemente desde Europa hacia las «neo-Europas» (como los Estados hispanoamericanos) y el mundo no occidental[782].

Se esperaba que la Liga actuase como el viejo Concierto de Europa, pero a escala mundial y con la democracia liberal como referencia ideológica. Al igual que en el Concierto, los miembros de mayor peso ejercerían la persuasión moral en relación con los socios menores más pendencieros. Lo que hacía de la Liga una institución fundamental, a ojos de sus defensores, era que en el futuro la política internacional iba a ser todavía más «global» que antes de la guerra. Los intereses internacionales de los Estados estarían más estrechamente entrelazados; el interés colectivo en una conducta no agresiva se haría sentir de forma más apremiante; las influencias ideológicas (sobre todo el nacionalismo y la democracia) se difundirían de

forma más amplia. Sin embargo, para que la Liga ejerciera de guardián colectivo de la paz internacional había una cosa esencial. Todos los Estados soberanos tenían que ingresar en ella como miembros y reconocer sus reglas. Por supuesto, eso nunca sucedió.

De hecho, el mundo de posguerra que tomó forma durante la década de 1920 estuvo dividido desde el principio en cuatro zonas geopolíticas. La mayor de todas ellas era sin duda la que correspondía a los Estados miembros de la Liga. Constituía una confederación internacional muy laxa bajo el quisquilloso liderazgo de Gran Bretaña y Francia. La mayoría de sus miembros eran europeos o hispanoamericanos. Incluía a China y también a Japón (hasta 1933). Al principio, ni Rusia ni Alemania fueron invitadas a sumarse a ella (Alemania la abandonó en 1933; Rusia ingresó en ella en 1934). Estados Unidos rechazó hacerse miembro. Fuera de Europa, la esfera de la Liga tenía prácticamente la misma extensión que los sistemas imperiales de Gran Bretaña y Francia, y de potencias coloniales menores como los Países Bajos y Portugal. Los hispanoamericanos permanecieron medio ajenos. La capacidad de la Liga de impedir agresiones y defender el orden de posguerra dependía en gran medida del poderío naval y militar de sus dos grandes rectores. No obstante, a su vez ellos necesitaban estabilidad en Europa (fundamentalmente la promesa de la amistad francogermana) para tener libertad de acción. El Tratado de Locarno de 1925, por el que Francia y Alemania se comprometieron mutuamente a respetar la frontera que los separaba, pareció marcar una nueva era en la que los asuntos de Europa iban a ser gestionados amigablemente por sus cuatro grandes potencias: Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia. Una Liga que gozase de su apoyo colectivo habría sido sin duda una potencia real en el mundo y habría permitido la resurrección tácita de gran parte de la primacía prebélica europea. Sin embargo, en menos de diez años los cuatro estaban implacablemente enfrentados y la propia zona de la Liga se había convertido en un escenario de trastornos. La in-

capacidad de la Liga para impedir la conquista italiana de Abisinia, uno de sus Estados miembros, fue la consecuencia indirecta de los temores anglo-franceses acerca de Alemania, y señaló el brutal derrumbamiento del último experimento de mantenimiento del orden mundial centrado en Europa.

La negativa norteamericana a sumarse a la Liga resultó desconcertante en un principio, puesto que la Liga parecía encarnar en gran medida la visión de Woodrow Wilson, su defensor más poderoso. Estados Unidos también se había convertido en una potencia internacional mucho más poderosa desde 1914. Había construido, o estaba construyendo, una marina mucho mayor, al menos tan grande como la de Gran Bretaña. La magnitud de sus intereses económicos en ultramar se había ampliado enormemente. En 1914 las inversiones estadounidenses en el extranjero eran del orden de 4.820 millones de dólares (en torno a los 1.000 millones de libras esterlinas), una cifra ligeramente inferior a los préstamos del exterior, del orden de unos 5.000 millones de dólares. En 1919, la situación se había invertido por completo, y el balance positivo era de más de 10.000 millones de dólares. Diez años más tarde, Estados Unidos había prestado en el exterior la inmensa cifra de 35.000 millones de dólares, superando así a Gran Bretaña como el acreedor más grande del mundo[783]. Gran parte de esa suma estaba invertida en Europa. Estados Unidos también desempeñó (como ya hemos visto) un papel decisivo en los acuerdos de Asia oriental de 1921-1922. Para los seguidores de Woodrow Wilson, saltaba a la vista que el poderío estadounidense debía utilizarse a través de la Liga para crear un nuevo orden mundial. La demolición progresiva de los imperios europeos, el libre comercio universal y la «puerta abierta» al comercio, así como la prohibición de los sistemas de alianzas que pudieran amenazar los intereses norteamericanos, eran los trofeos que buscaban. No obstante, fueron vencidos por el miedo a que formar parte de la Liga obstaculizara la libertad estadounidense o explotase su poderío. Ingresar en la Liga significaba avalar la conservación

del Imperio británico, dijo el senador Borah: representaba «el máximo triunfo de la diplomacia inglesa». El Convenio convertiría cualquier guerra futura en una guerra mundial, dijo el senador Knox: «Así nos vemos plenamente arrojados al terrible caldero de la política europea». Las flotas y ejércitos norteamericanos podrían ser enviadas a la guerra por otras naciones, advirtió Henry Cabot Lodge, el crítico más encarnizado de Wilson[784].

Por una ironía de la historia, quienes se opusieron al ingreso en la Liga fueron aquellos que, como Cabot, querían que Estados Unidos se impusiera en el mundo, así como quienes (como Borah) consideraban los compromisos en el extranjero como unos grilletes que impedirían a Estados Unidos utilizar su verdadero poderío y lo ligarían a un sistema dirigido por Europa y dominado por Gran Bretaña. La influencia norteamericana podía aplicarse mejor desde fuera de la Liga. Si el poder económico había sustituido al control territorial como prueba de poderío a escala mundial, como sostenían ahora muchos expertos[785], los banqueros de Wall Street, no los diplomáticos de Ginebra, iban a ser los auténticos ingenieros de la futura preeminencia estadounidense. De ahí que el rechazo de la Liga no significara el repliegue de Estados Unidos hacia el aislamiento. Las empresas norteamericanas eran extremadamente activas en Europa, en Hispanoamérica e incluso en Asia. La cultura estadounidense, suministrada por Hollywood, se difundió todavía más[786]. Los líderes norteamericanos promovieron la idea de la paz universal y colaboraron con Gran Bretaña frente a la carrera armamentística naval. No obstante, en el fondo, el pensamiento estadounidense era favorable al desarme unilateral. Esperaba que Estados Unidos superase el orden mundial existente, no que ayudara a conservarlo. Se negaba a considerar a Norteamérica como uno más dentro de un grupo de grandes potencias y en pie de igualdad. Reflejaba la sospecha de la América profunda de que los compromisos con el extranjero eran arriesgados y las naciones extranjeras malignas. De ahí que Es-

tados Unidos tratara con la Liga como si fuera una potencia rival en ocasiones amistosa. Al primer indicio de peligro reconstruyó los muros de protección comerciales con la Tarifa Fordney-McCumber de 1922. Durante la crisis de Manchuria de 1931-1932 (véase más adelante), Washington se opuso instintivamente a la acción colectiva[787]. De ahí que el periodo de entreguerras no fuera un preludio al «siglo americano», sino una era de *impasse.* Los dirigentes norteamericanos estaban insatisfechos con el estado del mundo, y lo estuvieron mucho más cuando estalló la crisis durante la década de 1930. Sin embargo, no tenían ninguna idea práctica acerca de cómo rehacerlo y apenas podían imaginar en qué posibles condiciones podía cooperar con ninguna otra gran potencia, ni siquiera con Gran Bretaña[788].

Podría decirse tres cuartos de lo mismo de la potencia dominante en la tercera gran zona. Hacia 1922-1923 el gobierno bolchevique había recuperado el control del inmenso dominio zarista de la Eurasia interior, con excepción de las provincias a las que hubo de renunciar en beneficio de Polonia, Finlandia y los Estados bálticos. Como ya hemos visto, la nueva «Unión Soviética» mantuvo firmemente en sus manos el control real de todas las relaciones exteriores. Moscú estaba comprometido con la promoción de la «revolución mundial» con la Internacional Comunista (o Komintern) como socio teóricamente autónomo, pero que en realidad era una agencia del gobierno soviético. Durante la década de 1920 este esfuerzo estuvo concentrado, por buenas razones estratégicas, en China. Al mismo tiempo, se produjo una apertura hacia Occidente para favorecer la recuperación económica. Bajo el gobierno de Stalin, el primer plan quinquenal para la industrialización acelerada (1928-1932) se plasmó en una dependencia importante de la maquinaria importada e hizo aumentar la deuda exterior hasta alcanzar los niveles anteriores a la guerra. Sin embargo, no había ninguna posibilidad de acercamiento entre el mundo soviético y el mundo de la Liga. Los líderes soviéticos consideraban

a los grandes Estados de la Liga como enemigos ideológicos condenados a la extinción antes o después. Entretanto, suponían una amenaza potencialmente mortífera para el gran experimento socialista. El plan quinquenal de Stalin no tenía como objetivo ampliar la parte soviética en el comercio internacional: todo lo contrario. Su doble intención era crear la clase proletaria como fundamento sobre el que construir el Partido-Estado soviético y suministrar los medios industriales para defender la revolución. Es más, a partir de 1932 Rusia se replegó hacia una forma extrema de autarquía: el comercio exterior se redujo a una quinta parte de su valor en 1913[789].

La política exterior de Stalin era defensiva hasta el extremo de la paranoia. Su objetivo supremo era asegurar la inmensa zona soviética. «Los zares rusos hicieron muchas cosas malas», dijo durante una cena privada en 1937, «crearon un inmenso Estado de aquí a Kamchatka. A nosotros nos han legado ese Estado. Y por primera vez, nosotros, los bolcheviques, hemos cohesionado este Estado y lo hemos reforzado como un Estado unitario e indivisible»[790]. Y no obstante, su cohesión, como sabía Stalin, no se podía dar por hecha. Le preocupaba cerrar las fronteras de la Unión Soviética: a partir de 1930, las poblaciones fronterizas de lealtad incierta fueron bruscamente reubicadas[791]. Temía un ataque desde el este por parte de Japón, país al que pretendía aplacar (vendiendo los derechos ferroviarios de Rusia en Manchuria), a la vez que reconstruía su presencia militar y naval[792]. Sin embargo, temía más todavía un ataque desde Occidente, donde la pérdida de Polonia y de las provincias bálticas había debilitado de manera drástica la posición estratégica de Rusia, particularmente en relación con una Ucrania de dudosa lealtad. De ahí que la política soviética consistiera sobre todo en mantener buenas relaciones con Alemania. La cooperación económica y militar (discreta) había sido estrecha durante la década de 1920. El ascenso de Hitler al poder obligó a reevaluar las cosas: Stalin ingresó en la Liga (1934) e hizo un pacto con Francia. Su preferencia, sin embargo, era

proteger la seguridad soviética evitando la ruptura con el Estado nazi. No había ninguna intención seria de alinearse con la Liga, en cuyos motivos desconfiaba. En Europa (a través de la intervención encubierta en la Guerra Civil española de 1936-1939) y en Asia oriental (a través de la ayuda militar para el Kuomintang), Stalin jugó en solitario.

La cuarta zona era Asia oriental. Su acuerdo de posguerra había consistido en un pacto tripartito entre Gran Bretaña, Japón y Estados Unidos. Sin embargo, rápidamente se hizo evidente que su destino era ser una esfera disputada donde ni la Liga ni ninguna gran potencia tendrían autoridad decisiva. Hacia mediados de la década de 1920, los británicos (que tenían más que perder en Asia oriental que ninguna otra potencia extranjera) estaban a la defensiva, temerosos de que un nacionalismo insurgente los expulsara de los enclaves establecidos en los tratados portuarios y convirtieran hasta a Hong Kong en una pesada carga. Enviaron un cuerpo expedicionario a Shanghái en 1927, pero estaban deseosos de negociar con el Kuomintang. Estados Unidos, que se jugaba mucho menos (en 1931 las inversiones norteamericanas en China constituían solo un 6 por ciento del total de las inversiones extranjeras, muy por detrás de las de Gran Bretaña que representaban el 37 por ciento del total, de las de Japón, que suponían el 35 por ciento, e incluso de las de Rusia, que representaban el 8,4 por ciento)[793], prefirió confiar en las buenas relaciones con el régimen del Kuomintang, algunas de cuyas principales figuras tenían fuertes lazos estadounidenses. Los norteamericanos estaban ansiosos por apartar al Kuomintang de sus vínculos con Rusia. La misma antipatía por la influencia soviética los hizo renuentes a suscitar el antagonismo de Japón, principal enemigo de la Unión Soviética en el norte de Asia oriental. Cuando Japón ocupó Manchuria en 1931, Estados Unidos expresó contundentemente su desaprobación, pero se abstuvo de oponerse activamente, a la espera de que los políticos de Tokio refrenaran al ejército[794]. El enfriamiento de las relaciones angloameri-

canas a partir de 1931 (resultado en parte de la fricción económica) acabó con la principal garantía de que el «sistema de Washington» fuera sustentado en Asia oriental.

A partir de 1931, lo que más importaba era la rivalidad triangular del gobierno del Kuomintang, ahora establecido en Nankín, la Unión Soviética, que estaba reforzando ansiosamente su presencia colonial, y el Japón imperial. El gobierno de Nankín había salido victorioso de las guerras civiles de 1928-1931, que junto con el hambre se combinaron para acabar con las vidas de seis millones de personas[795]. Sin embargo, no llegó a gozar del monopolio de la fuerza (la prueba de fuego del gobierno efectivo) en toda China propiamente dicha. Era impotente para prevenir el salvaje ataque japonés contra Shanghái en 1932, cuando la ira china ante la ocupación de Manchuria desembocó en violencia contra los intereses japoneses locales. Bajo Chiang Kai-shek, en 1928 el liderazgo del Kuomintang había roto decisivamente con los elementos comunistas del partido y los había expulsado. No obstante, aunque el ataque del Kuomintang contra el «sóviet» de Kiangsi/Jiangxi obligó a Mao y sus seguidores a emprender una retirada épica (la «Larga Marcha») para llegar a lugares seguros en el noroeste de China en 1934-1935, los comunistas sobrevivieron para contarlo y volverían a la carga bajo los auspicios de los soviéticos. La acción de los soviéticos en Asia oriental estaba ideada para apuntalar la influencia de Moscú, impedir la destrucción del Partido Comunista Chino y contener las incursiones japonesas en Asia interior y su dominio sobre China. Sin embargo, se vio obstaculizada por la debilidad militar y logística, la animosidad del Kuomintang y (como ya hemos visto) el temor a provocar una guerra en dos frentes.

En Asia oriental la iniciativa la llevaba Japón. Su poder fue menospreciado por las potencias occidentales durante la década de 1920: «una potencia más débil que fuerte», dijo el embajador británico en 1924[796]. En realidad los Tratados de Was-

hington, que prohibían nuevas fortificaciones en el Pacífico occidental (entre ellas la base británica en Hong Kong), habían hecho a Japón menos vulnerable a un ataque naval que antes de 1914. La política de Tokio buscaba evitar la confrontación con los británicos y estadounidenses y, a la vez, consolidar su posición en Manchuria mediante un protectorado virtual sobre el señor de la guerra que la gobernaba[797]. Manchuria era la pieza central de la reflexión estratégica japonesa. Obsesionaba al ejército, que había labrado allí su reputación. Era el gran bastión contra el regreso de la influencia rusa a la región. Su importancia económica como inmensa región fronteriza se daba por supuesta. A partir de 1928, sin embargo, el predominio informal de Japón empezó a verse sometido a una presión cada vez mayor por parte de una China cada vez más asertiva. Había una fricción en aumento con motivo del ferrocarril del sur de Manchuria (el pulpo comercial japonés) y con el ejército de Kwantung que custodiaba la «zona ferroviaria». Cuando el ejército de Kwantung organizó un incidente violento y a continuación ocupó Mukden, la capital de Manchuria, en septiembre de 1931, Tokio consintió a regañadientes. La gravedad de la crisis y la oposición conjunta del ejército y de la marina a las cláusulas de desarme que Japón había aceptado durante la Conferencia Naval de Londres de 1930 habían creado un nuevo estado de ánimo político[798]. Japón abandonó la Liga de Naciones (en 1933), repudió los Tratados de Washington mediante la creación del Estado títere de Manchukuo y fue penetrando cada vez más profundamente en el norte de China. A medida que el gobierno del Kuomintang se preparaba para la lucha[799], las auténticas incógnitas giraban en torno a cuándo estallaría la guerra, quién más tomaría parte, cómo acabaría y qué efectos tendría sobre un orden mundial fracturado.

La incapacidad de construir un sistema de posguerra a través del cual los países más poderosos pudieran resolver sus diferencias y construir coaliciones contra los Estados que rompieran las reglas podría haber sido mitigada por la buena voluntad económica. A mediados de la década de 1920 parecía que la gran recuperación comercial fuera a ocuparse de esto último y más. Una economía mundial dinámica atraería a Estados Unidos hacia Europa, estimularía el liberalismo en Alemania, eliminaría los temores japoneses y mantendría entreabierta la puerta entre Occidente y Rusia. La intensa contracción del comercio que se hizo notar ya en 1930 tuvo el efecto contrario. Los más duramente afectados, con diferencia, fueron aquellos que dependían de productos primarios como su principal fuente de ingresos: a medida que esos ingresos se venían abajo, también lo hacían sus compras. A medida que los mercados se desplomaron y cayeron los precios (muchos de ellos en hasta un 50 por ciento), los principales Estados comerciales se apresuraron a proteger su parte. Los aranceles norteamericanos, ya elevados, aumentaron en un 25 por ciento en 1930. Para proteger el valor de la libra esterlina, los británicos abandonaron el librecambismo (al menos de forma provisional) y levantaron un muro arancelario en torno a su imperio[800]. La Rusia soviética poco menos que se retiró por completo del comercio mundial. Las víctimas más evidentes de este comercio no libre (aparte de los empobrecidos productores de materias primas y alimentos) fueron las economías industriales de Japón y Alemania. La recuperación alemana posterior a 1933 se basó en la producción para la demanda interna y un control estricto de los intercambios para reducir al mínimo las importaciones. También dependía de acuerdos de trueque con sus vecinos del sur de Europa oriental: hacia mediados de la década de 1930, el acceso privilegiado a las materias primas en Europa oriental (una zona donde Alemania controlaba de hecho el comercio) se había convertido en una parte importante del plan nazi de restaurar el estatus de Alemania como gran potencia mun-

dial[801]. En el caso japonés el dilema era todavía más grave. Japón tenía que importar sus materias primas y su combustible (algodón en bruto de la India y petróleo de Estados Unidos). Los pagaba con exportaciones, sobre todo de productos textiles, exportando tres veces más de su producción nacional que Estados Unidos[802]. Las principales ventajas de Japón eran sus bajos costes laborales, la asombrosa eficiencia de sus grandes empresas comerciales y los inmensos incrementos de productividad realizados en la producción de tejidos[803]. Todos estos factores ayudaron a Japón a lograr el crecimiento industrial durante la década de 1930, cuando otros Estados industriales tenían serias dificultades. Sin embargo, el país siguió gravemente expuesto a la amenaza de barreras comerciales (como las que parecía probable que surgieran en 1933-1934 para cerrarle el acceso a su segundo mercado más importante, la India), caídas de los precios (como el de la seda cruda en Estados Unidos), boicots (una amenaza recurrente en China) y la súbita dislocación de toda su economía, con aterradoras consecuencias para el orden social y político. La respuesta de Tokio fue una devaluación feroz (de casi un 50 por ciento), controles sobre las importaciones, una diplomacia agresiva para obtener cuotas de exportación en los mercados de ultramar y el intento de crear un «bloque del yen» en Asia oriental. Se trataba de los síntomas de un nuevo orden mundial en ciernes. La politización del comercio, la creencia cada vez más extendida de que el comercio internacional estaba destinado a decaer más todavía en relación con la producción y la urgencia de afianzar el control político de los mercados y los suministros fundamentales fueron los rasgos distintivos de una época que había sido testigo de cómo la «globalización» de finales del siglo XIX había iniciado una brusca marcha atrás[804].

Quizá no fuera sorprendente que las divisiones geopolíticas y económicas tuvieran intensas repercusiones culturales. Antes de 1914, el programa de los liberales occidentales para la construcción de una cultura moderna no había dejado de suscitar desafíos. Los pensadores religiosos (en todas partes del mundo) consideraron sus pretensiones como un reto ante el que movilizarse. Mientras que se recurrió de buen grado a ideas occidentales acerca del cambio tecnológico, la libertad de elección individual y la esfera pública, se recurrió también a nuevos medios de comunicación y a nuevas formas de asociación en la lucha por fabricar «altas culturas» marcadamente nacionales a partir de tradiciones más antiguas. La Primera Guerra Mundial había supuesto un hito. Su impacto explosivo sobre la psique y la imaginación dio un giro salvaje a la pérdida de las certidumbres liberales. El caso más extremo fue el de Rusia. La supervivencia del bolchevismo como nuevo orden dominante exigía no solo una revolución política, sino también cultural. Se suponía que la nueva cultura soviética debía alcanzar la modernidad técnica mediante el esfuerzo proletario colectivo, no la autoayuda burguesa. Esto formaba parte de la inmensa campaña de «deskulakización»[805](4). El nuevo «hombre soviético» abrazaría la ciencia y el socialismo con la firme creencia de que las sociedades capitalistas estaban en vías de autodestrucción. En Alemania también, la cultura del liberalismo se vio criticada con ferocidad a partir de 1918 y no fue una casualidad. Tanto por parte de la izquierda como de la derecha, existía una antipatía por los efectos corrosivos del capitalismo liberal que se remontaba a mucho tiempo atrás. Parte del atractivo de una Mitteleuropa dirigida por Alemania había residido en su oferta de una camino intermedio entre un Oriente atrasado y un Occidente excesivamente comercializado. El trauma de la derrota, la «pérdida» de millones de alemanes permanentemente separados del nuevo Estado alemán, y el impacto devastador de los choques económicos procedentes del exterior habían creado una intensa sensación de crisis social y cultural. Solo un Estado

fuerte podía salvar al *Volk* alemán de ser sacrificado en aras del capitalismo internacional, implacablemente indiferente a la autenticidad y a las nociones de pertenencia y arraigo. Estos puntos de vista, ya muy extendidos antes de 1929, adquirieron una autoridad añadida tras el ascenso de Hitler al poder, en enero de 1933[806].

Las culturas nazi y soviética estuvieron de acuerdo en ofrecer versiones alternativas de la modernidad. Ambas hacían hincapié en su dinamismo tecnológico. Cada una de ellas decía que la tecnología estaba siendo puesta al servicio de un objetivo social colectivo. Ambas insistían en la necesidad de la autarquía cultural para excluir la influencia extranjera. Cada una de ellas denunciaba a Occidente como corrupto y decadente y sostenía que su declive era imparable. La incapacidad de los principales Estados capitalistas (Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia) para llegar siquiera a un acuerdo sobre un plan para salvar el sistema de comercio internacional, ya no digamos actuar en consecuencia, parecía confirmar esas críticas de la izquierda y de la derecha. Por supuesto, el ataque cultural contra Occidente no se limitaba a Europa. En Japón, donde la industrialización se aceleró bruscamente durante las décadas de 1920 y 1930 (recurriendo de forma masiva al trabajo femenino), el éxodo hacia las ciudades, la presión sobre el ámbito rural, el impacto de los nuevos medios de comunicación (sobre todo las películas norteamericanas) y el temor al desmoronamiento de las viejas disciplinas sociales suscitaron síntomas de profunda ansiedad cultural[807]. Los acontecimientos posteriores a 1930 parecían confirmar el carácter ajeno y la bancarrota del orden internacional impuesto por Occidente a un Asia oriental recalcitrante. En la China gobernada por el Kuomintang, donde las esperanzas de apoyo occidental recibieron un duro golpe como consecuencia de la tímida reacción de la Liga ante el ataque de Japón en Manchuria y donde la lucha contra el comunismo era un motivo de preocupación fundamental, la ideología nacionalista subrayó la disciplina social a través del movimiento de la

«Nueva cultura» y resucitó nociones confucianas de los deberes comunitarios. En la India gobernada por los británicos, el Partido del Congreso era el principal vehículo del nacionalismo. Hacia la década de 1930, las lealtades intelectuales de su «alto mando» estaban divididas entre la utopía autárquica del gandhismo y el socialismo de inspiración soviética, por el que se inclinaba el cerebral protegido de Gandhi Jawaharlal Nehru. El resurgimiento de la religión (tanto entre los hindúes como entre los musulmanes) y el gandhismo popular, que fomentaba la idea de una India inmaculada, rural y piadosa, llevaron a cabo un asalto conjunto contra los valores culturales de la dominación imperial, condenada como una violación extranjera del orden moral de la India. En África la misma clase de objeciones fueron expresadas por los notables kikuyu, que temían que la ocupación por parte de los colonos en Kenia destruyera su sistema social y ético[808]. En *Facing Mount Kenya* (1938), Jomo Kenyatta (que había sido formado en Londres como antropólogo bajo la tutela del gran Bronislaw Malinowski) denunció la dominación colonial como un vandalismo que había destrozado las bases materiales de la cultura kikuyu, y de paso había destruido una conciencia de la libertad y la responsabilidad de la que los ignorantes europeos no tenían la menor noción[809].

Frente a este sombrío panorama, no es de extrañar que el destino de los imperios europeos de ultramar pareciera incierto en el mejor de los casos. Desde sus distintas perspectivas, marxistas, imperialistas acérrimos y hasta liberales ansiosos pronosticaron la pronta desaparición del imperialismo europeo[810]. Sin medidas drásticas, no tardaría en caer en la bancarrota política, económica y cultural. Entre estos indicios de júbilo entre la izquierda y de melancolía en la derecha, los gobernantes imperiales daban muestras periódicas de crisis de confianza. Entretanto, las profecías de derrumbe agudizaban la ira de quienes se sentían vulnerables ante su impacto inmediato, caso de las minorías blancas de África del sur y central o de los expatriados residentes en Shanghái[811]. Sin embargo, al

igual que la necrológica de Tom Sawyer, los concienzudos pronósticos de la «pérdida de los dominios» o la «revuelta mundial contra Europa» acabaron siendo prematuros. Los sistemas imperiales de las principales potencias coloniales europeas (Gran Bretaña, Francia, los Países Bajos, Portugal y Bélgica) demostraron ser sorprendentemente resistentes. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial seguían territorialmente intactos. Incluso allí donde el nacionalismo había obtenido el máximo apoyo, el salto hacia la libertad demostró ser escurridizo. En 1938, tras dos décadas de lucha, Jawaharlal Nehru prácticamente había perdido la confianza en las perspectivas políticas de la India[812]. La verdadera independencia seguía pareciendo algo muy lejano.

En parte, la supervivencia de los imperios era el resultado del pragmatismo imperial. La política colonial rechazaba la dependencia de la coacción como algo costoso, torpe y contraproducente. La agitación de posguerra había recalcado esa lección. Encontrar aliados locales suponía ceder más poder a escala local. Los británicos pusieron en práctica esta doctrina a fondo a partir de 1920. En Irak y Egipto renunciaron a la supervisión directa de los asuntos internos, prefiriendo basar su pretensión de preeminencia en las condiciones de un tratado[813]. No hay que confundir esto con la admisión tácita de que el poder imperial se hubiera acabado. En la India, sobre todo, los británicos combinaron una ampliación paulatina de los derechos políticos de los indios con cambios constitucionales cuidadosamente diseñados para hacer de la provincia, no de la nación, el centro de la vida política. A medida que los líderes provinciales asumieran la plena responsabilidad de los asuntos de las provincias, sus electorados esperarían que se concentrasen en cuestiones «de cuchillo y tenedor» en materia de desarrollo y bienestar, en lugar de marear la perdiz con la «independencia ahora». Y no solo eso. Las provincias presentaban una gran variedad en lo tocante a su composición religiosa y lingüística. Era poco probable que sus nuevos líderes apoyasen incondicio-

nalmente al Congreso Nacional Indio, el principal adversario del Raj británico, dominado políticamente por hindúes del norte de la India. En dos de las provincias más importantes, Bengala y el Punjab, el autogobierno provincial había llevado al poder a los musulmanes. En 1935 los británicos llevaron su maquiavelismo liberal a un grado todavía más alto. Prometieron a la India el autogobierno como dominio federal. Sin embargo, parecía prácticamente seguro que las normas constitucionales, que garantizaban una gran cuota de asientos para los musulmanes y los príncipes (la federación habría de unir a la India «británica» con la «principesca»), mantendrían alejado del poder al Congreso e incluso que garantizarían una eventual ruptura[814].

Sería erróneo exagerar la astucia que había detrás de estas maniobras imperiales. Lo asombroso, sin embargo, es la fría expectativa de que la política colonial podía «gestionarse» de formas que dejaran a salvo los intereses imperiales fundamentales: el empleo estratégico de los recursos locales y el control exclusivo sobre las relaciones exteriores. No se trataba de algo irracional. Hasta finales de la década de 1930, los británicos, los franceses y los holandeses podían asumir que el riesgo de que otra gran potencia se atreviera a inmiscuirse en la política interna de sus imperios era prácticamente nulo. Si bien eso seguía siendo cierto, los líderes nacionalistas locales no tenían esperanza alguna de enfrentar a sus amos imperiales con otro gran cliente. Tampoco podían tener la esperanza de aumentar el precio de su lealtad. Peor todavía, la ausencia virtual de una amenaza externa dejaba libres a los gobernantes coloniales para utilizar tácticas coactivas contra los opositores locales a los que definieran como «extremistas». Dotados de unos servicios de inteligencia mucho mejores que antes de 1914, ahora los regímenes coloniales podían golpear con dureza a los movimientos «subversivos»: durante la década de 1930, las rebeliones comunistas en la Indochina francesa y las Indias Orientales Holandesas fueron desarticuladas con bastante facilidad[815]. La otra

gran palanca a la que podían acudir los gobernantes era el carácter dividido de la mayoría de las sociedades coloniales.

Una de las paradojas decisivas de la política colonial fue que el cambio social y cultural obró tanto a favor como en contra de la causa del nacionalismo. En la mayor parte del mundo, las fronteras coloniales eran esencialmente artificiales. Los Estados coloniales pegaban entre sí con celofán distritos y regiones que tenían muy poco en común. Las fronteras y las divisiones imperiales eran determinadas por la conveniencia administrativa, el patrón de la conquista o la diplomacia de la partición, no por el deseo de mantener la unidad etnolingüística o los viejos lazos comerciales y de intercambio. Por supuesto, en cuanto el Estado colonial empezaba a tomar forma y asentar su autoridad en el conjunto del territorio que le correspondía, tendía a estimular un crecimiento paralelo entre sus súbditos coloniales. Cuando hasta los distritos más alejados empezaban a acusar las exigencias de un gobierno lejano y a percibir los efectos de las «decisiones políticas» tomadas en la capital colonial, sus líderes y notables tenían un poderoso motivo para construir alianzas más allá del ámbito local. Solo un movimiento a escala de toda la colonia podía aplicar la presión necesaria sobre los funcionarios coloniales y ejercer una influencia local sobre los puntos de decisión, es decir, sobre el centro colonial. Esta clase de nacionalismo recibió un impulso añadido gracias a dos tendencias importantes. La primera fue el estrechamiento de los lazos entre distintas partes de la colonia por unos medios de transporte más rápidos, la circulación del conocimiento (a menudo por obra de la prensa) y nuevas formas de educación (en universidades y escuelas de estilo europeo). La segunda fue la adopción por parte de la emergente «élite-educada-en-Occidente» de la ideología política, no de sus dominadores coloniales, sino de sus lejanas patrias en la remota Europa. La igualdad ante la ley, la libertad de palabra y el derecho al autogobierno se convirtieron en el grito de batalla de uno de los primeros y más grandes de estos movimientos (y modelo para muchos

otros), el Congreso Nacional Indio. En principio, la confluencia entre una élite habilidosa, sofisticada y bien conectada en la capital colonial, bien versada en los libros de reglas de la gobernación colonial, y los notables de distrito locales, ansiosos por influir sobre las decisiones de gobierno (en las finanzas, la educación, el transporte o la agricultura) señaló el momento del despegue para el nacionalismo de masas. Lo único que hacía falta era mantener el punto de ebullición de los resentimientos locales en el nivel justo, mientras la élite nacionalista iba sacándole a sus desconcertados gobernantes cuotas sucesivas de poder político.

Esa era la teoría. En la práctica, las cosas solían ser distintas. Los gobernantes coloniales se ocupaban de echar por tierra las reivindicaciones de los líderes nacionalistas, cuyas motivaciones y autenticidad procuraban contrastar de manera desfavorable con las de las autoridades tradicionales: príncipes, terratenientes, jeques y jefes. En gran parte del África gobernada por los británicos, durante el periodo de entreguerras se difundió implacablemente el «gobierno indirecto», que transfirió el control de los asuntos locales no a manos de cuerpos electos, sino a los jefes y sus seguidores («tribus»)[816]. Al conceder poderes de tasación limitados y fomentar el recurso a la ley consuetudinaria (versiones codificadas de las prácticas locales), el gobierno indirecto convirtió al Estado colonial en una confederación laxa de distintas unidades étnicas cuyos vínculos y conexiones, fuesen horizontales o verticales, podían ser fácilmente «patrullados» por los funcionarios coloniales[817]. Ese fue uno de los desafíos a los que tuvo que enfrentarse el avance de la política nacionalista, pero no el más peligroso. Mucho más grave fue el auge de los «subnacionalismos», nuevas solidaridades basadas en la lengua, la religión, la etnia o el estatus, que negaban la realidad del Estado colonial como unidad cultural o política. Era fácil comprender cómo habían surgido. La difusión desigual de la alfabetización y la imprenta, el impacto diferencial del cambio económico y las fronteras cada vez más marca-

das y reñidas entre las distintas confesiones y creencias religiosas movilizaron a una sucesión de «nuevas» comunidades, con frecuencia hostiles a los nacionalistas originarios. El caso clásico fue el de la India. «Considero que el autogobierno dentro […] o fuera del Imperio británico, la formación de un Estado musulmán del noroeste consolidado, es el destino final de los musulmanes, al menos de los del noroeste de la India», declaró el poeta-filósofo Muhammad Iqbal en el transcurso de su alocución presidencial a la Liga Musulmana en diciembre de 1930[818]. «Nosotros los hindúes estamos unidos no solo por el vínculo del amor […] a una patria común […] sino […] por el vínculo del homenaje común que le rendimos a nuestra gran civilización, nuestra cultura hindú», afirmó V. D. Savarkar en su folleto *Hindutva: Who is a Hindu?*[819], en el que rechazaba la noción de un nacionalismo hindú laico. «Los británicos tienen un imperio», exclamó B. R. Ambedkar, el líder de los intocables. «Los hindúes también. ¿Acaso el hinduismo no es una forma de imperialismo y acaso no son los intocables una raza subyugada que debe lealtad y servidumbre a su Amo Hindú?»[820]. Durante la década de 1930, la afirmación de Gandhi según la cual el Congreso era el representante exclusivo de toda la opinión pública india había perdido credibilidad. En otras regiones coloniales, el despertar político o cultural fue la señal para exigir la separación de, o la protección contra, otros grupos indígenas cuya explotación pasada suscitaba resentimiento o cuya futura dominación se temía. Para los pueblos de los Estados de las colinas de Birmania, o los lao y los jemeres en la Indonesia francesa, los gobernantes coloniales eran mucho menos amenazadores que los birmanos étnicos o los vietnamitas. No había ningún motivo para pensar que, a medida que pasara el tiempo, los movimientos nacionalistas originarios mantendrían la delantera respecto de los nuevos subnacionalismos o que sobrevivirían el intento de aplastarlos o contenerlos. Se temía que el Congreso sucumbiera a las fuerzas magnéticas de los intereses provinciales, sectoriales, de clase o religiosos que

tanto deprimieron a Nehru hacia finales de la década de 1930. Si la oportunidad de la independencia se perdía, era posible que no volviera jamás, salvo en una forma demasiado limitada para ser real.

Por tanto, era difícil concebir una pronta desaparición de los imperios europeos. Es más, los británicos, que tenían el mayor de todos ellos, estaban tendiendo más bien a fortalecer su dominio sobre aquellas partes de su sistema que (como Argentina) se habían vuelto más dependientes del mercado británico o que (como Australia y Nueva Zelanda) sentían mayor necesidad que nunca de la protección estratégica británica. En grandes zonas de África, Asia y Oriente Próximo donde el imperialismo europeo dependía de la aquiescencia refractaria de sus aliados y clientes locales, en realidad se había llegado a una especie de punto muerto. El ímpetu colonial (que nunca había sido demasiado fuerte en la mayoría de esos lugares) se había perdido. Los recursos del poder estaban en horas bajas. Se había perdido el norte. No obstante, el colonialismo seguía siendo una «empresa en marcha». Sus enemigos locales aún no habían encontrado la salida del laberinto que había edificado. Sería precisa una tremenda conmoción exterior para ayudar a abrir una brecha en el.

Imperialismos en guerra

Podría definirse el imperialismo como el intento de imponer el predominio de un Estado sobre otras sociedades asimilándolas a su sistema político, económico y cultural. Como ya hemos visto, no fue solo un fenómeno europeo, aunque los europeos tendieron a llevarlo más lejos que nadie. Tampoco se practicó bajo una única modalidad. A veces requería el control político directo de la zona de expansión. No obstante, a menudo era conveniente retrasar o disfrazar el hecho del predominio ex-

tranjero dejando en pie un gobierno nominalmente soberano. A veces conducía a la reubicación de los pueblos por una masa de recién llegados que colonizaban sus tierras. Sin embargo, en el transcurso del avance de Europa hacia Afroasia, esa tendencia había sido débil. Con mucha frecuencia su motivación era delimitar una esfera de exclusión económica y reservar el comercio y la inversión para la potencia imperial. Ahora bien, no siempre era ese el caso: el mayor imperio de todos, el británico, había practicado el libre comercio hasta la década de 1930. Solía basarse en una reivindicación ideológica (la «misión civilizadora») y en la apelación a la noción de una jerarquía cultural en la que la capacidad de los colonizadores para el «progreso moral y material» se contrastaba marcadamente con la regresión de los colonizados. Sin embargo, y a pesar de toda su arrogancia, este imperialismo cultural carecía de la brutal certeza del «racismo biológico». Entre los imperialistas decimonónicos, la creencia en los límites marcados por la descendencia étnica sobre el desarrollo intelectual o moral estaba muy extendida. Tanto en el imperio francés como británico (en contraste con Estados Unidos), el potencial para la igualdad entre las personas de todas las razas seguía siendo la posición formal de la ley, en las instituciones y en la ideología oficial.

Por tanto, el imperialismo debe considerarse como una continuidad con una amplia variedad de objetos y métodos. En un argumento ahora célebre, los máximos historiadores del imperialismo británico demostraron que su modo de expansión difería de un lugar a otro y que estaba determinado fundamentalmente por las posibilidades que había de cooperar con las élites locales. Cuando los intereses británicos requerían más de lo que podían dar estas élites, se imponía el dominio «formal», pero no en caso contrario[821]. Se puede ampliar esta constatación. Los Estados que albergaban ambiciones imperiales presentaban una considerable variedad en sus capacidades de expansión, en sus nociones de interés propio y en las oportunidades disponibles. Una escasez de capital y una influencia geopo-

lítica limitada aumentaban el atractivo de un imperio exclusivo, pero reducían las oportunidades de obtener uno grande. Llegar tarde a la carrera podía significar que las suculentas ganancias habían desaparecido antes de que hubiera tiempo para reclamarlas en serio. Los costes y los riesgos de la expansión en un momento concreto podían parecerle mucho mayores al grupo dominante de la potencia imperial en ciernes que cualquier posible beneficio. Fue esto en parte lo que aseguró que el avance de los imperios a partir de 1880 transcurriera sin el recurso a las armas entre los Estados europeos. La diplomacia del reparto también reflejaba el hecho de que allí donde había más en juego (en Oriente Próximo y en China) el orden existente aún no se había derrumbado y ninguna potencia aislada tenía la motivación o los medios para imponer una división.

A los historiadores les han fascinado las rivalidades imperiales de finales del siglo XIX. No obstante, el «nuevo imperialismo» del que procedían fue un asunto tibio: tenía poco en común con las brutales expansiones de las décadas de 1930 y 1940. Fue entonces cuando la lucha por el imperio, reprimida por el desenlace de la Primera Guerra Mundial, llegó a su brutal punto culminante. En esas décadas, la lucha por apoderarse de territorios por parte de potencias imperiales en ciernes asumió una urgencia infinitamente mayor que antes de 1914. La amenaza que eso planteaba para el orden internacional no se pudo desactivar, como en épocas anteriores, desviando su impacto hacia los espacios débilmente gobernados del Mundo Exterior. Tres condiciones decisivas intensificaron su ferocidad y destruyeron la posibilidad de llegar a compromisos. La primera fue la profundidad de la crisis económica a partir de 1930 y el temor a un inmenso colapso social que suscitó. La segunda fue la violencia de la guerra ideológica entre los Estados (comunista, fascista y liberal) y el abismo de desconfianza que eso contribuyó a ampliar. La tercera fue el miedo a verse rodeados económica, racial o geoestratégicamente de manera inminente en un mundo cuya división en bloques mutuamente enfrentados

era el futuro más probable. Para empeorar las cosas, los regímenes que más en riesgo se sentían debido a estos peligros (Alemania y Japón) eran los menos propensos a sostener el equilibrio de poder del viejo orden social, los dos grandes frenos al aventurerismo imperial de antes de 1914. Era aún menos probable que consideraran legítimas las fronteras existentes. El nuevo imperialismo de la década de 1930 era el producto tóxico de un mundo preocupado, descontrolado e inseguro.

¿Qué forma adoptó? Su promotor fue Alemania. En cuanto Hitler llegó al poder, la revuelta alemana contra los líderes del «Mundo de la Liga» se hizo imparable. Desobedeciendo abiertamente las reglas del desarme del Tratado de Versalles, militarizando Renania, unificándose con Austria (el *Anschluss)* y forzando el descuartizamiento de Checoslovaquia mediante una diplomacia agresiva, Hitler humilló y desmoralizó a los dos garantes del orden de posguerra, Gran Bretaña y Francia. Alentó la deserción del que había sido en tiempos su socio menor, Italia, que ahora también se rebelaba contra las reglas del Mundo de la Liga. El imperialismo de Hitler, la búsqueda de *Lebensraum,* tenía como objetivo Europa oriental, Ucrania y Rusia. Estaba destinado a construirse sobre las ruinas físicas e ideológicas del imperio soviético. En cambio, se interesó poco por los imperios coloniales de Gran Bretaña y Francia y consideraba el desafío alemán a Gran Bretaña anterior a 1914 como un error catastrófico[822]. Sin embargo, en 1939 descubrió que las dos potencias occidentales no iban a dejarle ser el poder hegemónico en Europa oriental sin lucha. Para ganar esa guerra, el prólogo necesario de la lucha principal contra Stalin, Hitler llegó al pacto nazi-soviético de agosto de 1939. Los dos socios ganaron tiempo, Alemania para obtener la supremacía en Europa occidental y central, y Stalin para prepararse para la lucha venidera. De los dos, pareció durante algunos meses que la apuesta de Hitler era mayor. Al fin y al cabo, si la Primera Guerra Mundial servía de comparación, parecía muy poco probable que pudiera vencer a Gran Bretaña y a Francia en una guerra sin cuartel,

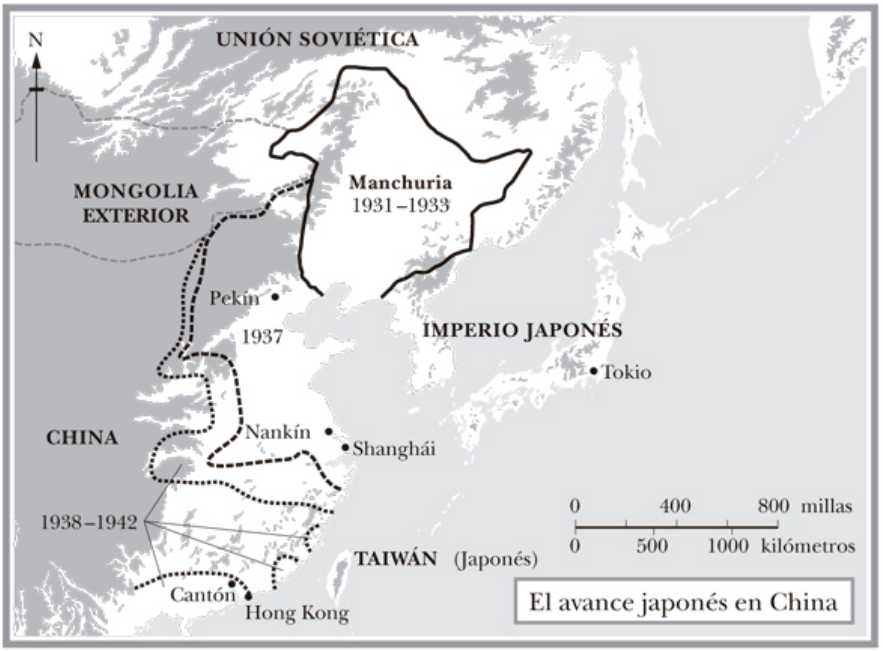
sobre todo si tenía que mirar por detrás hacia una Rusia hostil. Incluso ya terminada la primera fase de la guerra y después de la partición de Polonia entre sus dos brutales vecinos, en Occidente reinaba una tregua no declarada, la «guerra falsa» o *drôle de guerre.* Si Alemania no lograba vencer con rapidez, se daba ampliamente por supuesto que su sobrecargada economía se derrumbaría mucho antes que las economías de los británicos y los franceses, que tenían grandes inversiones e imperios en el extranjero[823]. Al cabo de seis meses de «guerra», quizá los alemanes se asustaran y se echaran atrás. «Hitler ha perdido el tren», dijo el primer ministro británico Neville Chamberlain en abril de 1940[824].

No obstante, durante la guerra relámpago de mayo-junio de 1940 y contra todo pronóstico razonable, Hitler se apoderó de la mayor parte del continente europeo. Desde la costa atlántica francesa pudo aplicar el torniquete de la guerra submarina contra las rutas marítimas de Gran Bretaña. Más pronto o más tarde podría iniciar la conquista de la Unión Soviética y garantizar el dominio alemán desde el Atlántico a los Urales. Entretanto, su dramática derrota de las potencias occidentales marcó el colapso del orden posterior a la Primera Guerra Mundial, y no solo en Europa. En cuanto cayó Francia, Italia entró en guerra para hacerse con un imperio mediterráneo atacando Grecia y Egipto, el bastión estratégico del poderío británico en Oriente Próximo. Si los británicos perdían El Cairo (su gran centro de comunicaciones imperiales) y el canal de Suez, quedaría despejado el camino para el avance del Eje hacia el golfo Pérsico y (con el tiempo) las fronteras de la India. La ironía es que para Hitler el avance italiano sobre Grecia y Egipto fue una distracción perjudicial. Retrasó el gran ataque contra la Unión Soviética, «Operación Barbarroja», que emprendió en junio de 1941. A medida que los ejércitos alemanes arremetían contra Rusia y penetraban en Ucrania, se puso en marcha una gigantesca revolución geopolítica. Había todos los indicios de que en un año los alemanes controlarían la masa terrestre soviética al oeste de

los Urales, así como el Cáucaso y sus inmensos suministros de petróleo. Habrían edificado un imperio de la máxima magnitud. Controlarían aquello que Mackinder había llamado el «corazón» y serían la potencia dominante en la Eurasia continental al empujar a Gran Bretaña (y a Estados Unidos) hacia sus franjas marítimas y el Mundo Exterior situado más allá de ellas. «Seríamos nosotros los que nos veríamos sometidos a un bloqueo», declaró un experto estadounidense[825]. Era inconcebible, si eso sucediera, que sobreviviera gran parte del viejo orden colonial en Asia, África u Oriente Próximo. Es más, a mediados de 1941 los signos de crisis ya eran evidentes en la mayor colonia de todas. Frente a la supremacía alemana y la nueva amenaza de Oriente Próximo, los británicos se habían visto obligados (en contra de sus planes originarios) a movilizar recursos indios. Ahora tendrían que pagar el precio exigido por los nacionalistas y subnacionalistas hindúes o enfrentarse a una revuelta política. Se embarcaron en el tortuoso camino de concesiones que condujo, a mediados de 1942, a la fatídica promesa de la independencia india al final de la guerra.

En el extremo oriental de Eurasia, ya había comenzado un segundo e inmenso trastorno. Tras la conquista de Manchuria, los japoneses habían continuado penetrando lentamente en el norte de China y habían incorporado la Mongolia interior a su esfera de control a mediados de 1936. En julio de 1937 su ejército en China chocó con las fuerzas del gobierno del Kuomintang e inició una guerra sin cuartel. El objetivo de Tokio era convertir a China en parte de su sistema en Asia oriental, suprimiendo sus conexiones con Occidente y Rusia. El imperialismo japonés estaba impulsado por una sensación de ansiedad cultural, por el atractivo de una revuelta «panasiática» contra el Occidente colonialista[826] y por la convicción cada vez más arraigada de que el poder de Europa en Asia se encontraba en un proceso de declive imparable[827]. Japón había gozado de éxito económico durante la década de 1930, pero sus mercados fundamentales en el exterior dependían plenamente

de las buenas relaciones con Gran Bretaña (mientras los británicos gobernasen la India) y Estados Unidos. De todas las grandes potencias, Japón era la más vulnerable a la perturbación exterior de su economía industrial: un imperio comercial propio era la mejor garantía contra los efectos catastróficos de una perturbación semejante. Es más, el alto mando del ejército, la fuerza dominante en el gobierno de Tokio, daba por hecho que pronto el mundo quedaría dividido en esferas regionales y zonas económicas cerradas. En una futura guerra, podría expulsarse a la Unión Soviética y a Gran Bretaña de Asia oriental. Entretanto, proseguía su razonamiento, la paulatina extensión del poder japonés sobre China podía seguir adelante sin riesgo de entrar en guerra con Estados Unidos, cuya intensa hostilidad a la Unión Soviética equilibraría su aversión a la construcción imperial japonesa[828]. Tanto la sorprendente incapacidad de los británicos y estadounidenses para acordar una respuesta frente al ataque japonés contra China como la decisión del congreso de Estados Unidos en 1938 contra la construcción de nuevos acorazados, así como la postura defensiva de la marina norteamericana en el Pacífico, parecían confirmar ese juicio[829].



Ese juicio resultó ser erróneo. Los británicos y estadounidenses no se echaron atrás: tanto los unos como los otros continuaron enviando ayuda a Chiang Kai-shek incluso después de que fuera expulsado de Nankín a Chungking, en el lejano oeste de China. No obstante, Londres y Washington también se habían equivocado en sus cálculos. Descartaron la voluntad japonesa de enfrentarse militarmente a ellos. A partir de junio de 1940 y de la caída de Francia, sin embargo, las bazas de Japón se hicieron mucho más fuertes. El 23 de septiembre, el régimen cliente de Hitler en Francia permitió al ejército japonés entrar en la Indochina francesa. Pocos días después (el 27 de septiembre), los japoneses firmaron el Pacto Tripartito con Alemania e Italia, quizá para disuadir el envío de más ayuda angloamericana al gobierno del Kuomintang. En abril del año siguiente llegaron a otro acuerdo. En agosto de 1939 el ejército japonés libró una batalla decisiva contra fuerzas soviéticas en Nomonhan, en Mongolia. Ganó el Ejército Rojo. Ambos bandos sacaron la conclusión de que seguir luchando no tenía objeto, al menos de momento. El Pacto de Neutralidad de 1941 formali-

zó esa postura. Dejó libre al ejército soviético para luchar en el oeste y al ejército japonés para librar una nueva guerra en el sur. En julio de 1941 entró en el sur de Indochina, la plataforma de lanzamiento para la invasión de Tailandia, Malasia y las Indias Orientales Holandesas, con sus grandes reservas de petróleo. Cuando Washington replicó con un embargo petrolero (el 80 por ciento del petróleo japonés todavía procedía de Estados Unidos), se tomó la decisión de emprender una guerra preventiva. Al producirse el ataque contra Pearl Harbour el 7 de diciembre y la toma de Singapur solo dos meses después (victorias tan asombrosas como las de Hitler en Occidente), Japón se convirtió en el amo del Pacífico asiático. El Sudeste asiático colonial había caído: la invasión de la India parecía solo cuestión de tiempo. A mediados de 1942, el imperio soviético se tambaleaba y los británicos estaban contra las cuerdas. Había dos nuevos imperialismos a punto de repartirse Eurasia y quizá después, el mundo. Se estaba fraguando un «nuevo orden».

Estos asombrosos acontecimientos marcaron el colapso final del mundo centrado en Europa que tan seguro había parecido antes de 1914. También pusieron de manifiesto la aterradora fragilidad del «mundo liberal», cuya renovación de posguerra se había proclamado de forma tan estentórea. No se trataba solo de la cuestión del fin del librecambismo. La magnitud de la violencia política que se produjo durante la década de 1930 tanto en Europa como en Asia oriental no tenía parangón en el pasado. El control de las conciencias, la propaganda y la fuerza física se convirtieron en expedientes cotidianos de los gobiernos autoritarios. La guerra ideológica se libraba con una ferocidad inflexible. Los sentimientos normales de humanidad cedían ante tanta presión. Lo más terrible de todo era no solo el desbordamiento de la animosidad racial, sino del racismo programático, que llegó a su espantoso punto culminante en 1942, quizá el año más decisivo de la historia universal contemporánea. Una conferencia de burócratas en Wannsee, cerca de Berlín, señaló el momento en que el Holocausto se convirtió en

política del gobierno alemán[830]. Ese año, 1942, fue «el año más asombroso del Holocausto, uno de los años más asombrosos de asesinato en toda la historia de la humanidad»[831]. Prácticamente la mitad de los judíos que cayeron en manos nazis fueron asesinados en los doce meses posteriores a marzo de 1942. En esa orgía de asesinatos también podríamos ver el final de un mundo. ¿Qué era lo que había abierto ese abismo moral?

Es tentador rechazar las décadas de 1930 y de 1940 como una era estrafalaria de fanáticos y locos. Eso no tiene justificación alguna. El proceso es complejo, pero las principales líneas de causalidad parecen bastante claras. En la raíz de la violencia, el odio, los asesinatos, la búsqueda del aislamiento cultural y la autarquía económica estaba el choque entre las dos grandes fuerzas que habían conformado el mundo a partir de 1890. La primera era la intensa globalización que había abierto las culturas, las economías y los sistemas políticos a la influencia exterior a una escala masiva y a una velocidad tremenda. Pese a todos sus atractivos, apenas resulta sorprendente que en muchas sociedades hubiera múltiples síntomas de angustia y alarma, entre ellos la presencia de amplios movimientos a favor de la «purificación» cultural y racial. La segunda era la construcción de Estados, estimulada por muchas de las fuerzas que promovieron la globalización: la mejora de las comunicaciones, el auge de la gran industria y el desarrollo de nuevas comunidades. También podía explotarlas para crear nuevas formas de autoridad y nuevas técnicas de control. Los constructores de Estados descubrieron que podían aprovechar el temor a lo extranjero para reforzar la obediencia interior apelando al patriotismo. Hasta 1914, la globalización y la construcción de Estados habían avanzado juntas en precario equilibrio. Sin embargo, la gran crisis doble de principios del siglo XX había destrozado ese equilibrio. La Primera Guerra Mundial y su desenlace destruyeron la legitimidad del orden internacional, el marco político del que dependía la globalización. En los Estados más grandes de Europa, Rusia y Alemania, el impacto de la derrota desenca-

denó una reacción violenta contra la apertura económica y cultural. La gran contracción del comercio a partir de 1930 imprimió un giro feroz al ánimo de revuelta. El experimento globalizador había sido un desastre y su desaparición final no podía estar lejos: esta última era una convicción compartida por comunistas, fascistas y panasiáticos japoneses. En la lucha inminente por el poder, y quizá por la supervivencia, lo único que de verdad importaba era la fuerza y la cohesión del Estado-nación y la magnitud de su zona de expansión. En un mundo fragmentado en el que no existía ninguna voluntad colectiva, había muy pocas restricciones. La inmensa guerra euroasiática que había ocupado el horizonte a mediados de 1942 era la crisis mundial.

8

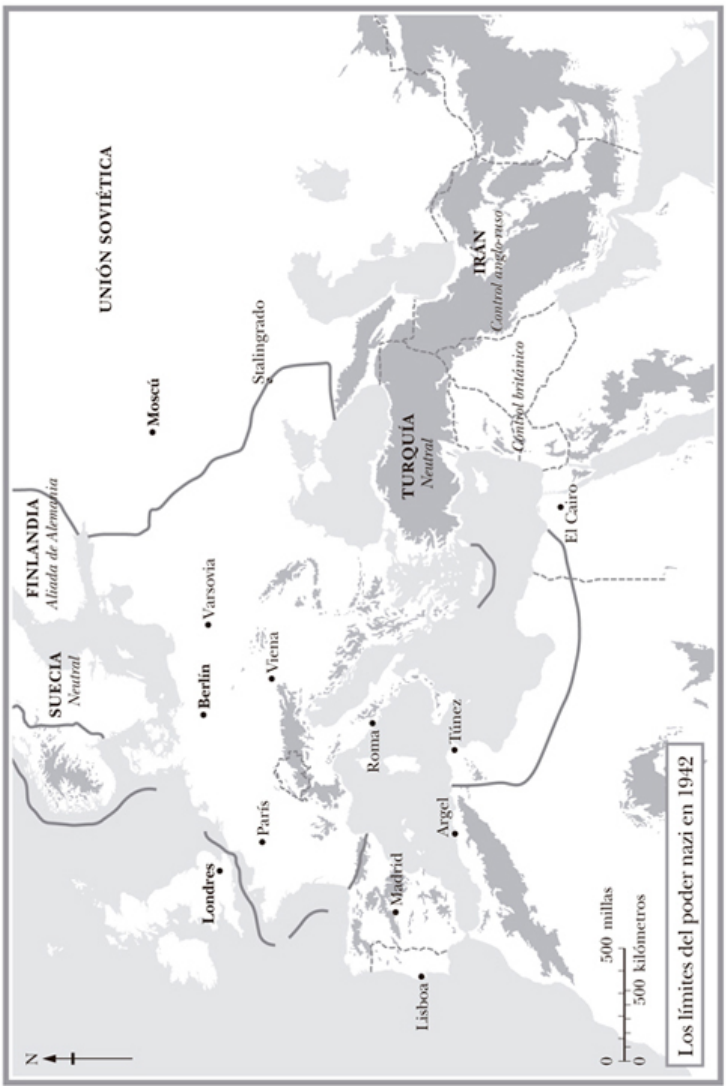
La negación del imperio

8. La nueva cara de la guerra: ensayo nuclear en las islas Marshall, 1952

Para quienes se vieron zarandeados por el horror de la Segunda Guerra Mundial, esta fue como el fin del mundo: aplastó la endeble estructura de la sociedad internacional, quebrantada ya desde 1918; destruyó Estados o arruinó su entramado y sus mecanismos; bloqueó los canales comerciales y creó nuevas formas de dependencia económica; impuso a pueblos y gobiernos inmensas cargas, financieras o físicas, que a duras penas pudieron sobrellevar; creó nuevas formas de poder coercitivo a través de la propaganda, las medidas policiales y una intrincada red de controles económicos; llevó el griterío ideológico al paroxismo en el afán por motivar y movilizar; propagó una enorme marea de desórdenes violentos que llegó mucho más allá de las zonas de combate o de avance de los ejércitos; y desplazó, esclavizó o asesinó a un número incalculable de personas, sobre todo en Europa, el Sudeste asiático y China. Independientemente de cómo acabase la guerra, su sombra iba a planear sobre la paz subsiguiente. La ingente tarea de reconstrucción iba a recaer sobre pueblos y gobiernos ya exhaustos y desorientados[832]. En el mundo de la posguerra, la cohesión —o la disciplina— social y política iba a ser un bien escaso. Los Estados que mantuvieron o incrementaron su producción después de la guerra iban a gozar de grandes ventajas en cualquier lucha por el poder. Lo indudable era que ya no se podía volver al statu quo anterior, si es que había existido tal cosa durante la turbulenta década de 1930. Al igual que había ocurrido con el mundo anterior a 1914, el anterior a 1939 había desaparecido para siempre.

Evidentemente, esto no significaba que el mundo fuera un paisaje lunar en el que todo iba a ser nuevo. Pese a los terribles trastornos provocados por el conflicto, amplias regiones del globo —en América y África— habían conservado su orden político y social. En gran parte del resto, el mayor deseo de la población civil era, sin duda, liberarse de las exigencias de la autoridad y recuperar algunos retazos de vida interna normal; soportarían de mala gana las nuevas reglas, nuevas exhortaciones al trabajo o nuevas penurias materiales. Las potencias victoriosas encaraban la paz desde muchos de los antiguos presupuestos y objetivos, por mucho que el insólito curso de la guerra los hubiese modificado. Donde quiera que pudieran, iban a aprovechar las fuerzas que la guerra había respetado para edificar un orden acorde a sus intereses, suponiendo que fueran capaces de decidir cuáles eran. En realidad, había muy pocas posibilidades de que se pusieran todos de acuerdo sobre un modelo para la paz, otro de los legados del periodo de entreguerras, o de que tuvieran la voluntad o los medios de imponerlo a escala internacional. En consecuencia, el mundo de la posguerra, fuesen cuales fuesen los sueños de profetas y planificadores, no iba a ser ni un nuevo comienzo ni un remedio para los conflictos. Era como una ciudad bombardeada en la que las necesidades más urgentes consistían en apuntalar los edificios que hubieran resistido a las explosiones y repartir los demás entre contratistas rivales; aunque, como no había acuerdo acerca de lo que había que reconstruir y lo que había que demoler, y como se disputaban la propiedad de las ruinas más grandiosas, la reconstrucción fue lenta, conflictiva y amarga. A partir de 1949, esta atmósfera envenenada se volvió todavía más irrespirable, pues las dos superpotencias disponían ya del medio de destrucción masiva representado por el arma atómica. Este fue el escenario en que se hundieron los antiguos imperios y se levantaron los nuevos.

El momento crucial de la guerra global tuvo lugar en 1942-1943: durante la batalla de Midway, en junio de 1942, Estados Unidos destruyó la potencia ofensiva de la marina japonesa en el Pacífico occidental; en El Alamein, en octubre-noviembre de 1942, el intento de alemanes e italianos de tomar Egipto y partir en dos el Imperio británico sufrió un revés decisivo; por encima de todo, Stalingrado y la batalla de blindados de Kursk acabaron con cualquier esperanza razonable de los alemanes de derrotar a la Unión Soviética. Independientemente de los éxitos que lograran, a partir de 1943 una victoria rotunda ya no estaba al alcance de las potencias del Eje, y quedaba descartado que un nuevo orden mundial fuera diseñado en Tokio y Berlín. Lo que seguía siendo enormemente incierto era cuándo y cómo acabaría la guerra, en qué estado se encontraría el mundo cuando lo hiciera y cuál sería el equilibrio de poder entre las potencias vencedoras cuando cesasen las hostilidades. Un desastre aliado en Normandía en junio de 1944, o una victoria japonesa en Imfal, en la frontera de la India, casi en los mismos días, hubieran tenido consecuencias extremas.



Mientras tanto, en el bando de las «Naciones Unidas», como empezaba a denominarse a sí misma la coalición contra el Eje, la desaparición del antiguo orden colonial era un objetivo manifiesto de los dos aliados más poderosos, Estados Unidos y la Unión Soviética. En Moscú, la hostilidad hacia el imperio era axiomática, salvo en su versión soviética. Su destrucción anunciaría la inevitable caída del capitalismo. El presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt nunca ocultó su aversión por la

dominación colonial europea, aunque por deferencia hacia Churchill reservaba la mayor parte de sus críticas para los pecados del colonialismo francés, y no tanto para los del británico. En todo caso, para la mayoría de los estrategas estadounidenses, pese a todo el heroísmo que había demostrado en la defensa de la isla, la decadencia de Gran Bretaña como potencia colonial era irreversible. De hecho, esta impresión la tenían también no pocos británicos. La caída de Singapur, la pérdida de Malasia y Birmania, la pobre actuación de las fuerzas británicas y la falta de entusiasmo por la causa imperial de los súbditos asiáticos de Gran Bretaña, especialmente en la India, apuntaban a que el siglo de dominio de los británicos en el sur y el sudeste de Asia había llegado a su fin: aferrarse al imperialismo a la antigua sería inútil y peligroso. En *Soviet Light on the Colonies* (una publicación Penguin Special de 1944), un crítico experto comparaba desfavorablemente la política colonial británica con la llevada a cabo por los soviéticos en las repúblicas de Asia central[833]. El propio gobierno, preocupado por la hostilidad de la opinión pública estadounidense, lanzó una campaña de seducción para presentar el dominio imperial como una asociación beneficiosa para promover la democracia y el desarrollo entre los pueblos «atrasados»[834], y a los gobiernos coloniales se les dio luz verde para que ampliasen el espectro político y celebrasen más elecciones. Ninguna de estas cosas pasó desapercibida a los políticos coloniales: fuese cual fuese el resultado de la guerra, parecía evidente que iba a poner fin al punto muerto de la política colonial de preguerra. Había ya un gran símbolo del cambio a la vista: en 1943, los últimos restos de tratados desiguales con China fueron finalmente eliminados cuando los británicos renunciaron, como si de otros tantos trastos inútiles se tratase, a los privilegios que aún tenían allí.

Y, sin embargo, el curso de la guerra no ofrecía certeza alguna de que el mundo de los imperios se fuese a transformar sin sobresaltos en un mundo de naciones. Oriente Próximo fue la

primera región cuyo control lograron asegurar las potencias aliadas, y el efecto inmediato fue la restauración del poder que los británicos habían ejercido desde 1918. Es más, la victoria les permitió afianzarlo más profundamente o, al menos, eso parecía. Habían hecho de El Cairo el centro de una enorme esfera de operaciones en el Mediterráneo y en Oriente Próximo. La «Zona del canal de Suez», demarcada en el tratado angloegipcio de 1936, era un gran enclave militar que albergaba miles de tropas, además de talleres, almacenes, campos de entrenamiento y aeródromos: era un bastión de poder desde el que el ejército británico podía desplegarse en todas direcciones. De hecho, los británicos no dieron ninguna muestra de creer que fuesen a tener que ceder el imperio de Oriente Próximo: temían un repunte del poder soviético, y sospechaban de los planes de Stalin respecto al norte de Irán (ocupado por tropas soviéticas durante la guerra) y el Bósforo y los Dardanelos. Estaban decididos a proteger sus concesiones petroleras en el sudoeste de Irán y la refinería de Abadán, en el golfo Pérsico. Así pues, veían Oriente Próximo como la plataforma imprescindible para proyectar su autoridad sobre la mitad oriental del mundo. Su intención no era imponer un dominio colonial a la antigua, abandonado dos décadas antes por poco práctico, sino reconfigurar las políticas de la zona a su conveniencia. Su supuesto fundamental era que los nacionalistas «moderados» de Egipto, Irán y los países árabes aceptarían una presencia británica más «discreta» a cambio de la promesa de protección contra ataques exteriores y un generoso paquete de ayuda económica. Lo que no fueron capaces de prever fue lo rápido que se intensificaría el conflicto árabe-israelí en Palestina (gobernada por los británicos bajo mandato internacional) a causa del torrente de refugiados judíos que afluyó a la región al acabar la guerra, ni lo mucho que iba a deteriorar su influencia la convicción de los árabes de que la creación de Israel —y la derrota árabe en la guerra que siguió a la retirada británica de Palestina en 1948— había sido una traición británica. El fin del imperio en Oriente Próximo no iba a

ser en absoluto una transición consensuada hacia la era del Estado-nación.

La cuestión de Palestina, el riesgo de un enfrentamiento anglo-soviético y la importancia cada vez mayor de sus reservas de petróleo vincularon el futuro de Oriente Próximo al resultado de la guerra en Europa. En un mundo ideal, hubiera habido un acuerdo global europeo para resucitar el sistema de Estados anterior a la guerra, restaurar el autogobierno democrático y promover la recuperación económica. De haber surgido una «nueva Europa» de ese tipo, que equilibrase el poder de Estados Unidos y de la Unión Soviética, la configuración general del mundo de la posguerra hubiera sido muy diferente, pero el curso de la guerra hizo imposible semejante resultado. La insistencia de los Aliados en la «rendición incondicional» (en parte por odio al régimen nazi, y en parte por miedo a que negociar los dividiese) y el empeño de Hitler en luchar hasta el fin hicieron de casi toda Europa un vasto campo de batalla en 1944 y 1945. Una gran parte del continente ya se había convertido en un colosal imperio nazi movilizado para la guerra, que había borrado Estados, desarraigado comunidades y liquidado minorías de antes de la guerra. Durante la espantosa agonía del imperialismo nazi en Europa oriental, occidental y central, la magnitud de la violencia, las divisiones étnicas e ideológicas y el estigma de la colaboración, forzosa o no, configuraron un legado fatal. En semejante clima de miedo, venganza y odio, la tarea de restaurar el autogobierno democrático era excesivamente vulnerable, especialmente en la Europa del Este, a los conflictos sociales o raciales y a las presiones exteriores, y por tanto no era posible que Europa recuperase rápidamente su lugar en el mundo. En lugar de esto, lo que hubo fue una guerra de sucesión entre las potencias victoriosas, y sus aliados locales, para hacerse con el control del difunto imperio nazi.

El reparto de Europa no se hizo de inmediato. Parece ser que las expectativas originales de Stalin, Roosevelt y Churchill im-

plicaban una división bastante aproximativa, basada en los intereses de cada uno y que reconocía el predominio soviético en Polonia, Rumanía y Bulgaria, pero que dejaba una amplia «esfera central» (que incluía Austria, Hungría y Checoslovaquia) cuyo futuro decidiría la paz europea. Ahora bien, solo se podía alcanzar una paz europea verdadera si se encontraba una solución para el problema de Alemania: la diplomacia aliada estaba dominada por el miedo a una recuperación alemana, a un nuevo imperio alemán o a un segundo imperio nazi basado en la ruina de Europa central y oriental; por razones evidentes, este era también el factor determinante de la concepción soviética. Así pues, se concibió una reconstrucción de Europa en la que el continente estuviera a salvo de cualquier agresión por parte de Alemania. Una comisión constituida por cuatro potencias (Francia se añadiría a los «tres grandes») tendría como misión desmantelar para siempre la estructura y las fuentes del imperialismo alemán, de forma que, desarmada, desnazificada y desindustrializada, Alemania ya no fuera capaz de volver a construir imperios. De todas formas, los Aliados se enfrentaron entre sí precisamente a raíz de este programa: para las potencias occidentales, lo más importante era la recuperación económica; temían que su retraso pudiese crear un malestar de las masas en Europa occidental y se negaron a posponer la normalización económica en la parte de Alemania ocupada por ellos. Stalin se opuso, pero siguieron adelante. Entonces Stalin respondió con el bloqueo de Berlín, y la supervisión conjunta de Alemania fue sustituida por una división de facto y el poder soviético consiguió instalar en toda Europa oriental y central gobiernos comunistas a las órdenes de Moscú, con la excepción de Yugoslavia. En Europa occidental, la ayuda financiera estadounidense que supuso el plan Marshall y la promesa de protección frente a la presión soviética apuntalaron una economía mixta y una política democrática.

La división de Europa fue un hecho crucial en el mundo de la posguerra, que marcó la ruptura definitiva de la unidad que

los Aliados habían tenido durante la guerra y reafirmó la convicción de Stalin de que se encontraba expuesto a una agresión estadounidense[835], dado que el capitalismo no podía tolerar el experimento soviético. Cuando al control soviético sobre Polonia, Rumanía y Bulgaria le siguieron intentos de reafirmar la influencia soviética en Irán, Turquía y Grecia, el enfoque de Washington empezó a cambiar rápidamente, ya que estos hechos parecían confirmar el punto de vista expresado por el principal experto estadounidense en política soviética, George Kennan, en su famoso «telegrama largo» desde Moscú, en 1946: que la Unión Soviética estaba volcada en la expansión. Parece que Kennan sostuvo tanto que la expansión soviética estaba dirigida por la ideología como que se trataba de la continuación de la expansión zarista bajo nuevos dirigentes[836]. En la política norteamericana, la contención de la amenaza soviética y la aceptación de un nuevo y enorme compromiso de defensa de Europa occidental se mezcló indisolublemente con el miedo paranoico a una conspiración comunista contra la libertad estadounidense —la pesadilla que acabaría por desembocar en el macartismo—, lo que dio lugar a una visión ideológica de rivalidad internacional y sentó las bases teóricas para la intervención estadounidense en cualquier parte del mundo. Cuando Corea del Norte (el estado perteneciente al bloque soviético en la península de Corea tras la retirada japonesa en 1945) atacó a Corea del Sur en junio de 1950, la convicción de que Estados Unidos se enfrentaba a una guerra fría global contra la expansión soviética se convirtió en la idea rectora de la política estadounidense. Mientras tanto, la división de Europa había llevado a su mitad occidental a ser mucho más dependiente del poder estadounidense de lo que nadie había podido prever al final de la guerra, modelo reproducido en el este controlado por los soviéticos. Para el resto del mundo, los efectos del reparto de Europa fueron aún más sorprendentes.

Ya hemos visto que los dirigentes estadounidenses sentían aversión hacia los imperios coloniales gobernados desde Euro-

pa. Para su forma de pensar, esos imperios eran supervivencias feudales: bastiones de privilegio, negaciones de la democracia, ineficientes, torpes y opuestos al progreso. Aún peor, funcionaban como zonas de exclusión económica, cerrando las puertas al comercio estadounidense y dificultando el crecimiento de sus exportaciones. La caída de los imperios de la Indochina francesa, de las Indias Orientales Holandesas y de Malasia y Birmania, gobernadas por los británicos, así como la inminente retirada de los británicos en la India, parecían resultados positivos de la guerra en el Pacífico. Tras una breve reocupación para expulsar a los ejércitos japoneses, Estados Unidos tenía todas las razones para insistir en la rápida disolución del dominio colonial: así, los Estados coloniales podrían renacer como naciones, antiguas colonias, que buscarían la ayuda y el consejo de la excolonia más grande del mundo. Se podía esperar que las potencias coloniales europeas, en su estado de debilidad y con preocupaciones más urgentes cerca de casa, adoptasen un punto de vista similar: el imperio era un lujo que difícilmente podían permitirse… o eso es lo que se hubiera podido pensar.

En un caso fundamental, esto fue exactamente lo que pasó. Los británicos habían librado la guerra para salvarse de Hitler, pero por insistencia de Churchill, el esfuerzo bélico británico se orientó también a la conservación de su poder imperial. «No he llegado a ser el primer ministro de Su Majestad para presidir la liquidación del Imperio británico», declaró Churchill en una famosa frase. Incluso él, sin embargo, durante la crisis desesperada de 1942, se vio obligado a admitir que la India tendría que ser independiente poco después del fin de la guerra. Tras la rendición de Japón, el gobierno laborista de Londres luchó durante dieciocho meses para hallar una fórmula política que otorgase la libertad a la India pero la mantuviese unida: se resistieron a las exigencias musulmanas de división de la India —en parte, porque el mayoritario Partido del Congreso no estaba de acuerdo, y en parte porque tenían la esperanza de que una India unida quisiese ser su socia en el Asia de la posguerra—

pero, a principios de 1947, a medida que la crisis económica se agravó y cundió el temor de verse atrapados en una guerra civil en la India, acabaron por tirar la toalla. Se envió a un nuevo virrey para liquidar el Raj en poco más de un año, aunque lord Mountbatten se excedió en sus obligaciones: después de persuadir al Congreso de que la división era el precio a pagar por una independencia rápida y de que retrasarla más podría significar un descenso a los infiernos, tras apenas seis meses en el cargo, en agosto de 1947, puso en marcha una retirada relámpago. En menos de un año, Ceilán (Sri Lanka) y Birmania se independizaron también.

Lo sorprendente fue que esta retirada del imperio no fuese general. Es cierto que los británicos también renunciaron a su mandato en Palestina, pero eso se debió fundamentalmente a que pensaron que seguir involucrados en el conflicto árabe-judío iba a arruinar la preponderancia en Oriente Próximo que tanto deseaban mantener. En lugar de sacar la lección de que su debilidad económica y su exposición estratégica habían convertido sus imperios en una carga nada rentable, Gran Bretaña, Francia, Holanda y Bélgica llegaron a la conclusión opuesta, es decir, que para reconstruir sus economías destrozadas por la guerra necesitaban materias primas baratas que pudiesen vender a cambio de dólares, los dólares necesarios para pagar sus importaciones de productos esenciales desde Estados Unidos. Las colonias parecían la fuente perfecta: se las podía obligar a aceptar precios inferiores a los del mercado internacional, y pagarles en endebles monedas europeas, no en dólares. El cacao de África occidental, el cobre del Congo, el estaño y el caucho de Malasia, y el azúcar, el café y el petróleo de las Indias Orientales Holandesas servirían para mantener la cabeza fuera del agua hasta que las economías metropolitanas recuperaran el equilibrio. Como decían en Holanda, «*Indië verloren, ramspoed geboren*» («Si se pierden las Indias, vendrá la ruina»). «Estamos al borde del abismo», dijo el ministro de Economía de los Países Bajos en abril de 1947, poco antes de la operación «poli-

cial» holandesa para recuperar el control de los principales activos económicos de Java[837]. Ni que decir tiene que la concesión petrolera británica en el sudoeste de Irán era aún más valiosa.

Las razones para mantener el imperio no fueron tan solo económicas. Un componente fundamental de la decisión británica de mantener su posición en Oriente Próximo fue geoestratégico, ya que sus estrategas llegaron a la conclusión de que la mejor forma de contrarrestar una agresión soviética en Europa central sería mediante el uso de la fuerza aérea: la gran flota de bombarderos que los británicos habían empleado contra la Alemania nazi. Los centros industriales de Rusia quedaban fuera del alcance de los aeródromos de Gran Bretaña, pero desde las bases de Oriente Próximo se podrían bombardear a placer; así, el dominio británico en Oriente Próximo compensaría su debilidad en Europa. Los dirigentes de la Francia de posguerra también estaban tan convencidos como los británicos, si no más, de la necesitad del imperio. Tras la derrota francesa en junio de 1940, fueron las colonias africanas las que apoyaron a la «Francia Libre», por lo que todas las esperanzas de recuperar el lugar que había tenido Francia en el mundo antes de la guerra parecían pasar por mantener intacto el imperio, y no en último término como fuente de reclutamiento militar.

De todas formas, quedarse no era una opción fácil: iba a costar dinero y desviar recursos imprescindibles para la reconstrucción en la metrópoli. En el Sudeste asiático, significaba reconstruir el poder colonial frente a movimientos de resistencia que habían surgido, en un primer momento, contra la ocupación japonesa. Como dependían de la ayuda financiera estadounidense, los imperialistas impenitentes no se habrían atrevido a desobedecer un veto de Washington, pero no tenían nada que temer: en cuanto Truman y sus asesores fueron conscientes de lo que consideraron como la amenaza soviética, su perspectiva acerca del colonialismo europeo dio un giro de

ciento ochenta grados. Ya no les parecía prudente obligar a sus aliados europeos a abandonar sus dominios. Cuando los británicos pidieron ayuda para financiar la ayuda militar a Turquía y Grecia, Washington respondió con la doctrina Truman, consistente en compartir los costes de contener a los soviéticos en el Mediterráneo y Oriente Próximo. El Estado Mayor estadounidense reclamó «todo el apoyo posible, político, económico y, si es necesario, militar [...] para el Reino Unido y las comunicaciones de la Commonwealth»[838]. Estados Unidos suscribió el coste de defender el imperio ultramarino británico con mil millones de dólares anuales, lo que suponía la aprobación tácita de la presencia británica en Oriente Próximo. A finales de la década de 1940, la lucha de Francia por aferrarse a Indochina fue apoyada con grandes paquetes de ayudas. El asombroso resultado de la guerra en Europa había sido convertir a Estados Unidos en el promotor y protector de los imperios europeos; eso sí, en un promotor que esperaba que, antes o después, las economías imperiales se abrieran a la suya.

Desde luego, no fueron solo los acontecimientos en Europa los que engendraron este resultado, pues el colapso del imperialismo nazi en el continente europeo había tenido su equivalente en Asia oriental. En todo caso, igual que en Europa, el final de la guerra en Asia tomó un rumbo imprevisible y generó unas consecuencias inesperadas. En la lucha contra Japón, la Unión Soviética era neutral. Una gran parte del ejército japonés, más de un millón de hombres, estaba destinada en China a fin de proteger los Estados títeres de Japón y aplastar la resistencia del ejército del Kuomintang. Por otra parte, el plan de ataque estadounidense previsto contra Japón suponía un avance lento y cruento de isla en isla que acabaría con un desembarco como el del Día D en el archipiélago nipón. El papel de China en la derrota de Japón y en el nuevo orden para cuando llegara la paz previsto por Washington cambió de forma radical durante el último año de la guerra. A finales de 1944, la desastrosa actuación del ejército de Chiang Kai-shek en la campaña

Ichigo había convencido a Roosevelt y a Churchill de que el Kuomintang iba a contar muy poco en el asalto a Japón, por lo que concentraron sus esfuerzos en convencer a Stalin de que atacase Japón en cuanto acabase la guerra en Europa. Durante la conferencia de Yalta, en febrero de 1945, acordaron que a cambio, Rusia recuperaría los territorios que había perdido en 1905 (las islas Kuriles y el norte de la isla de Sajalín), sus antiguos derechos ferroviarios en Manchuria y (lo más asombroso de todo) su antigua base naval en Port Arthur (la actual Lüshun), que dominaba el acceso por mar al norte de China. De esta manera tan poco ceremoniosa se dejó discretamente de lado la expectativa de que en el mundo de la posguerra la China del Kuomintang fuese uno de los «cuatro gendarmes» (junto con Estados Unidos, la Unión Soviética y el Imperio británico o Commonwealth) y el gran socio de Estados Unidos en el Pacífico asiático. La urgencia de forzar la rendición de Japón, el enorme número de bajas estadounidenses que se calculaba que iba a costar el desembarco y la necesidad decisiva de apoyo soviético acabaron por imponer un nuevo orden de prioridades.

Al final, la derrota de Japón no se logró gracias al apoyo soviético, sino mediante el lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki, pero el colapso del Imperio japonés y de su reivindicación de una «Gran Asia Oriental» no supuso ninguna ventaja para el Estado del Kuomintang. En la década de 1930, Chiang Kai-shek pudo tener esperanzas de que, si se derrotaba a Japón, la nueva China nacionalista ocupara un lugar predominante en el orden del este de Asia; una China renaciente podría maniobrar entre potencias enfrentadas y recuperar el control del extenso ámbito que habían dominado los Ching: Sinkiang, el Tíbet, Mongolia, Manchuria, Corea, Vietnam, y quizá hasta Birmania[839]. Durante unos cuantos meses, tras el final de la guerra, el gobierno del Kuomintang todavía parecía una fuerza irresistible: ni siquiera Stalin creía que los seguidores comunistas de Mao tuviesen posibilidad alguna de imponerse[840]. Pero lo cierto es que los ocho años (1937-

1945) de una guerra de resistencia habían minado gran parte de la fuerza del Kuomintang. Dado lo exiguo de la ayuda extranjera (solo un 3 por ciento del programa de Préstamo y Arriendo estadounidense estaba destinado a China), la tarea de crear una economía de guerra en la China no ocupada había resultado imposible. No había ingresos procedentes de la exportación, y el comercio interior, basado en el intercambio de productos agrícolas entre las regiones chinas, fue desbaratado por la guerra y la fragmentación que provocó. Mientras China se hundía en la economía de subsistencia, no había nada que respaldara la moneda del Kuomintang, que perdió prácticamente todo su valor. La recaudación de impuestos a los productores agrícolas se hizo cada vez más brutal y cada vez más difícil[841]. Así las cosas, al final de la guerra, era muy difícil para el gobierno del Kuomintang destruir el Estado comunista paralelo de Mao Tse-tung. El comunismo de Mao atraía al campesinado hostil a los terratenientes y a las ciudades, bases de la administración tributaria del gobierno, y prometía redistribuir la tierra como forma inmediata de remediar la miseria de las comunidades rurales[842]. La rápida entrada soviética en Manchuria aportó una ayuda decisiva a los ejércitos comunistas de Mao, que lograron acceder al arsenal de armas japonesas. Cuando Chiang Kai-shek se lanzó hacia el norte para hacerse con el control de la industria de Manchuria (el sur de la región era la zona más rica e industrializada de China)[843], sometió a una tensión excesiva los recursos de su debilitado régimen y, en 1949, la resistencia del Kuomintang se vino abajo. En octubre de aquel año se proclamó la República Popular China en Beijing (Pekín).

Las consecuencias fueron enormes. En ambos extremos de Eurasia la guerra había creado un subcontinente dividido. Así como no había un orden posbélico acordado para decidir el futuro de Europa, tampoco habría un acuerdo general de paz para poner fin a la guerra en Asia oriental. Mientras Washington hacía inventario del fracaso del Kuomintang, parecía cada vez más probable un brote de influencia comunista en las socieda-

des destrozadas por la guerra, desde Corea a Java, sin excluir Japón. Sin embargo, parecía impensable cualquier nuevo compromiso en el Asia continental añadido al esfuerzo de defender Europa, y este fue el dilema que imprimió su nuevo rumbo a la política de Estados Unidos: reforzó los argumentos para respaldar el colonialismo británico y francés frente a los movimientos comunistas de Vietnam y Malasia; perjudicó al apoyo a los Países Bajos frente a los nacionalistas indonesios, quienes, para alegría de Washington, aplastaron un levantamiento comunista en 1948; e hizo dar marcha atrás al plan de limitar la potencia industrial de Japón (destinado a ser «la Suiza de Asia» según la predicción del general MacArthur) en beneficio de China. En lugar de ello, Japón se convertiría en el aliado asiático de Estados Unidos, al que ofrecería un uso ilimitado de su territorio nacional a cambio de la protección estadounidense. Algunos observadores situaron este acuerdo inusitado en la gran tradición de los acuerdos desiguales.

«Vivimos en una era de transición revolucionaria», les dijo Jawaharlal Nehru a un grupo de líderes asiáticos en enero de 1949[844]. Era un análisis perspicaz. Los efectos de la guerra y los conflictos que le siguieron habían roto el hábito de la obediencia en muchas partes del mundo. Los historiadores suelen considerar los primeros tres o cuatro años posteriores a la Segunda Guerra Mundial como el prólogo a la Guerra Fría, primero en Europa y después en Asia, y es lo que acabaron siendo, pero la deriva hacia la Guerra Fría es solo una parte de la historia, y en muchos lugares del mundo, no la más importante. Tampoco estaba claro qué impacto tendría esa deriva sobre los muchos otros trastornos causados por la guerra, pues el estallido de los conflictos en ambos extremos de Eurasia había detonado toda una cadena de explosiones por todo el mundo, que dañaron y en algunos lugares quebrantaron un orden establecido en muchos casos reciente y frágil. Los excluidos del poder antes del estallido de la guerra, fueran comunistas, socialistas, nacionalistas, sionistas, islamistas o separatistas, acogieron con

entusiasmo la oportunidad de romper los moldes políticos. Los partidos e intereses locales se apresuraron a tratar de influir en la potencia regional dominante, y se movilizaron furiosamente para ganar fuerza sobre el terreno. Sin embargo, todas sus jugadas reflejaban un estado de extrema incertidumbre. ¿Impondrían las potencias vencedoras una serie de decisiones colectivas, como Mao seguía esperando que hicieran en 1946?[845] ¿Se enfrentarían de modo irreconciliable entre sí? ¿Regresaría Estados Unidos de nuevo al aislamiento, como en 1919? ¿Volvería a caer la economía global en la depresión? ¿Impediría la devastación de la guerra el comercio en gran parte del mundo? ¿Sería la autarquía de control estatal la única vía practicable de recuperación económica? ¿Se había alcanzado una igualdad definitiva y se habían borrado antiguas diferencias sociales con el asalto a la propiedad fruto de la guerra (por impuestos, confiscación o destrucción) y la pérdida general de los derechos individuales? ¿Triunfaría ahora una nueva cultura de masas, tanto sobre la alta cultura preindustrial como sobre la cultura popular tradicional? ¿Traería la era que se avecinaba un mundo de grandes Estados y grandes conglomerados continentales, o una confederación laxa de Estados-nación libres?

Durante la primera década de la paz, los indicios fueron contradictorios. Muchos Estados pequeños depositaron grandes esperanzas en la Organización de las Naciones Unidas, instituida en 1945 como versión más poderosa de la anterior Liga de Naciones, pero ¿sería un contrapeso a las potencias dominantes, o un mero escenario para su competencia y sus conflictos? Los acuerdos de Bretton Woods en 1944-1945 pusieron en pie una nueva maquinaria para impedir el regreso de una depresión económica catastrófica. El Fondo Monetario Internacional permitió a los Estados gestionar crisis pasajeras en su balanza de pagos sin tener que recurrir a los controles sobre el comercio y el cambio que habían hecho encoger la economía mundial durante la década de 1930. Con el fervor del converso, los estadounidenses exigieron la eliminación de tarifas y otros

frenos al comercio, pero a la vista del enorme desequilibrio entre la capacidad productiva de Estados Unidos y el resto del mundo, así como la escasez de dólares con los que comprar bienes estadounidenses, la nueva era del libre comercio no tardó en convertirse en letra muerta. El área de la libra esterlina (compuesta por Gran Bretaña, sus territorios coloniales, los países independientes de la Commonwealth, entre ellos la India, y algunos países de Oriente Próximo, como Egipto e Irak) formaba un ámbito comercial separado y con otra moneda, cuyas compras de dólares se controlaban estrictamente. No estaba nada claro, pese a los dólares del plan Marshall procedentes de Estados Unidos, cuánto tardarían la industria y los mercados de Europa occidental en recuperarse. En cuanto al bloque soviético, se replegó hacia la autarquía. En condiciones de semejante austeridad, era difícil imaginar una era de crecimiento, prosperidad y mayor libertad individual. La prioridad era incrementar la producción a casi cualquier precio, y el que fuera o no compatible con un avance rápido de las libertades políticas resultaba una cuestión interesante. Era algo incierto, en el mejor de los casos, que los Estados pequeños o carentes de acceso a las fuentes de un capital escaso fueran viables al margen de un bloque o imperio mayor.

No es de extrañar, por tanto, que no hubiera consenso acerca de la forma probable del nuevo orden mundial. En las antiguas potencias coloniales la mayoría de la opinión informada consideraba que la opción más segura era mantener el imperio allí donde las condiciones lo permitieran, aunque resultara aconsejable liberalizar la administración colonial. El imperio se podía justificar plausiblemente como algo conveniente desde el punto de vista material para los intereses de los pueblos en un mundo sumido en el caos. Los nacionalistas anticolonialistas podían alegrarse de la retirada apresurada del poder imperial británico de su *raj* en el sur de Asia, pero no había motivo para pensar que la caída de los imperios coloniales iba a ser un fenómeno universal ni veloz. Parecía casi igual de probable que en

gran parte del mundo las potencias coloniales recobraran el ímpetu y reconstruyeran sus Estados coloniales, con modificaciones y con el respaldo de Estados Unidos. La era revolucionaria de Nehru todavía se estaba fraguando.

La descolonización

Sabemos, por supuesto, que la reactivación colonial fue de ámbito limitado y de muy corta duración. La descolonización fue el fenómeno político predominante en gran parte de Asia, África y Oriente Próximo, y sus efectos también se hicieron sentir ideológicamente en Hispanoamérica. La descolonización suele entenderse como el equivalente del fin de la administración o los gobiernos coloniales, pero esa es una perspectiva demasiado estrecha. Resulta mucho más útil concebirla como la demolición de un orden imperial centrado en Europa en el que el imperio territorial se entreteje con «derechos» extraterritoriales. Las bases, enclaves, guarniciones, cañoneras, puertos abiertos por coerción y tratados desiguales (como en Egipto o China) que salpicaban el mundo afroasiático eran expresiones de este imperialismo europeo tanto como lo eran las colonias y protectorados coloreados de rojo, azul, amarillo o verde en los viejos mapas imperiales. Lo mismo puede decirse de la idea muy difundida de que la intervención estaba justificada por la incapacidad generalizada de los Estados no europeos para alcanzar el nivel de civilización que los huéspedes europeos tenían derecho a exigir. Este «orden» imperial imaginaba una jerarquía cultural en la que la capacidad de progreso de las sociedades del noroeste de Europa (y euroamericanas) contrastaba con el (a veces pintoresco) «estado estacionario» en el que se suponía estaban atascadas las sociedades no occidentales. También preveía, y donde era posible imponía, una división económica del trabajo en la que el capital, las manufacturas y la capa-

cidad técnica del mundo imperial-industrial se intercambiaba por las materias primas y los alimentos de los países no occidentales.

La mayor parte de este «régimen» global, si no todo él, fue rápidamente demolido en las dos décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Un orden mundial centrado en Europa ya no era sostenible. De hecho, el esfuerzo por parte de Gran Bretaña y Francia por mantenerlo en las zonas que administraban o en las que su influencia había sido predominante suscitó la resistencia que los obligó a abandonarlas. Podían haber permanecido más tiempo en calidad de subcontratistas de la influencia estadounidense, pero a mediados de la década de 1950 su patrón transatlántico había perdido ya la fe en sus métodos. El entorno había cambiado. El lenguaje del imperio y la dominación colonial había perdido casi toda legitimidad en las relaciones internacionales, y las dos mayores potencias del mundo llevaban mucho tiempo condenándolo. Existía ya un gran grupo de Estados excoloniales (el más destacado de los cuales era la India) para los que demoler el colonialismo era la prioridad más urgente, y por cuya buena voluntad y favor competían ambas superpotencias. Tanto las instituciones como la Carta de las Naciones Unidas —el principal escenario donde las superpotencias competían por imponer su influencia— contemplaban un mundo en el que el Estado-nación libre era el ideal y la norma. Se había retirado el puntal que sostenía al poder colonial.

La descolonización tuvo resultados muy chocantes: produjo una explosión en el número de Estados soberanos, poco menos que cuadruplicando el total del periodo de entreguerras; demolió el aparato del privilegio europeo en algunos Estados no europeos que habían sido solo técnicamente soberanos; destruyó la legitimidad del dominio imperial y ridiculizó las pretensiones benefactoras del imperialismo; despejó el camino para que los gobiernos posimperiales expropiaran propiedades extranjeras, controlaran el comercio exterior y llegaran a un acomodo

(a veces rentable) con las empresas multinacionales. Fue el estímulo fundamental para una gran revisión de los valores culturales, y para el rechazo —o cuestionamiento— de los que se consideraban como de origen europeo. Lo que estaba mucho menos claro (como veremos a continuación) era si el colapso de un orden imperial dominado por Europa produciría una verdadera transición hacia un mundo «de naciones», o si el reparto de Eurasia (como contexto decisivo en el que se produjo la descolonización) haría surgir nuevos tipos de imperio, mucho menos dependientes del dominio colonial que de formas de influencia que podían resultar igual de eficaces.

El fin del dominio británico en la India en 1947 y la retirada dos años después de las armadas europeas de China marcó el final de la «época de Vasco da Gama» en la historia de Asia. La era del dominio europeo era cosa del pasado, según el veredicto emitido por un historiador indio unos años más tarde[846]. Por supuesto, no hay que exagerar el peso de la presencia europea. Los europeos habían erigido grandes imperios coloniales, sobre todo en el sur de Asia: en el archipiélago malayo, en Indochina y, sobre todo, en la India. Habían dominado las rutas marítimas a Asia oriental a partir de 1840 aproximadamente, y estaban firmemente instalados en la China marítima en la década de 1860. Japón se había resistido a la subordinación a Europa, sin embargo, y había hecho más que conservar su independencia. El esfuerzo europeo a partir de 1890 por penetrar más profundamente en la economía y la sociedad chinas apenas había comenzado cuando quedó estrangulado por los cambios geopolíticos de la Primera Guerra Mundial. La colonización europea de Asia fue algo fragmentario, y su arraigo no fue profundo en gran parte del Sudeste asiático, donde la dominación colonial había hecho escasos progresos antes de la década de 1890. Su presencia era mucho más evidente en la franjas costeras que en el interior (un aspecto en el que, como en otros, la India era diferente). Esto es en parte lo que explica por qué se vino abajo

tan rápidamente en 1941-1942, y no tuvo más que una breve reaparición después de 1945.

El cambio a partir de 1945 fue muy real, sin embargo. Menos de diez años después, el dominio colonial había desaparecido prácticamente del sur, el este y el sudeste de Asia. Allí donde persistió, el calendario de la independencia estaba ya decidido, o bien la importancia del territorio en cuestión era trivial. La excepción fue Hong Kong, que siguió siendo colonia por obra y gracia del gobierno chino, y porque era lo que más le convenía[847]. Ante el panorama de una Europa dividida y destrozada por la guerra, no es de extrañar que a una nueva generación de líderes políticos asiáticos les impresionara la diferencia que habían supuesto solo unos pocos años. El desplome simultáneo de un orden mundial centrado en Europa y el resurgir repentino de Estados independientes por toda Asia prometía un nuevo comienzo. Los modos asiáticos de entender la raza y la cultura, la indiferencia asiática hacia las guerras fratricidas europeas y los intereses de las masas empobrecidas de Asia podían encontrar ahora su voz.

Este fue el espíritu de la conferencia afroasiática celebrada en Bandung, Indonesia, en mayo de 1955. El anfitrión era Sukarno, presidente de Indonesia y héroe de su revolución anticolonial. Los delegados asistentes procedían de más de veinticinco países, entre ellos la Costa de Oro y Chipre, que eran todavía colonias[848]. Gamal Abdel Nasser representó a Egipto. La presencia de Nehru y Chou En-lai, primeros ministros de la India y China, dio empaque y autoridad añadidos al acontecimiento. La conferencia no tenía una agenda formal, pero su propósito implícito era afirmar los derechos del mundo no occidental en la política internacional. Las resoluciones de la conferencia reivindicaron que hubiera un mayor número de miembros afroasiáticos en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, denunciaron la discriminación racial en todas sus formas y declararon que el colonialismo era un mal con el

que debía acabarse cuanto antes. En un discurso notablemente conciliatorio, Chou En-lai insistió en que China no tenía objetivos expansionistas y estaba dispuesta a negociar con Estados Unidos. Nehru denunció el ingreso en alianzas con Occidente como «una humillación intolerable para cualquier país de Asia o África», y a la OTAN como «uno de los protectores más poderosos del colonialismo». África y Asia debían mantenerse neutrales en el conflicto entre el este y el oeste: «¿Por qué tenemos que vernos arrastrados a sus riñas y guerras?»[849].

Tras los discursos de Nehru y Chou En-lai estaba la visión de una Asia y una África en las que la influencia exterior solo existiría en la medida en que estuviesen dispuestas a tolerarla. Era una concepción heroica de la descolonización que rechazaba cualquier vestigio de vínculos posimperiales. Los Estados asiáticos asumirían la lucha para liberar a los pueblos colonizados que quedaban, y la cooperación cultural entre asiáticos y africanos sustituiría a lo que hasta entonces había sido deferencia hacia las pretensiones civilizadoras de Europa. Estas ideas no perdieron su poder. Las posibilidades de un «Tercer Mundo» no alineado, independiente de ambas superpotencias, ejercieron una atracción enorme. La solidaridad del Tercer Mundo frente al colonialismo, expresada con vehemencia en las Naciones Unidas, contribuyó a acelerar el fin del dominio europeo, sobre todo en África a partir de 1960. Con todo su atractivo, sin embargo, el futuro poscolonial imaginado en Bandung estaba condenado desde el inicio. La descolonización no era una simple cuestión de acabar con la administración colonial o excluir la influencia europea. Ya en Bandung se había abierto una brecha entre los Estados afroasiáticos favorables a la línea neutral de Nehru y el considerable grupo de los abiertamente prooccidentales. Esto se debió en parte a la aprehensión (a pesar de las palabras tranquilizadoras de Chou En-lai) ante las intenciones de China y la Unión Soviética, pero había una causa más profunda en las tensiones complejas suscitadas en Asia al liberarse del dominio imperial, pues el hecho era que no había

salido una familia de nuevas naciones plenamente formadas del antiguo régimen. Allí donde los imperios habían tirado la toalla o habían sido derrocados, lo que siguió fueron luchas por la sucesión entre distintos aspirantes al título. Como los imperios en muchos casos habían congregado a distintos grupos étnicos e ignorado olímpicamente los antiguos límites étnicos y culturales, ni las nuevas identidades ni sus derechos territoriales eran algo que pudiera darse por supuesto sin más. Quizá habría sido más sencillo si este hubiera sido solo el caso de los imperios coloniales creados por los europeos, pero en la década de 1900 por toda Asia estaban los restos del desguace de otros imperios también. Las ambiciones imperiales de Gran Bretaña, Francia, Rusia, los Países Bajos y Portugal tenían su equivalente asiático en el vasto dominio de los Ching en el Asia interior, las colonias abandonadas por Japón en Corea y Taiwán, y en los imperios del Sudeste asiático, cuyos amos tailandeses, birmanos y vietnamitas se habían visto confinados y contenidos durante la era colonial. Cachemira, el Tíbet, Corea, el estrecho de Taiwán, Vietnam, Sumatra y Arakán en Birmania eran las heridas abiertas de esta transición dolorosa del imperio a la nación, la prueba evidente de que la construcción estatal posimperial rara vez era algo consensuado. La inmersión de Asia en la Guerra Fría en expansión enmascaró la amarga realidad de estos conflictos locales y regionales.

Como tantas otras veces en la historia de Eurasia, el papel de China fue fundamental. Al final de la década de 1950 la China continental había sido unificada bajo control comunista. Es posible que la extraordinaria victoria de Mao debiera mucho al «nacionalismo campesino» de las masas rurales chinas (alimentado por el odio a la ocupación japonesa)[850] además de al programa de reforma agraria del partido. Las respectivas proporciones siguen siendo materia de controversia[851]. De lo que no cabía duda es de que China había recuperado un lugar de primer orden en Asia oriental, con un ejército enorme y curtido en combate. En otras circunstancias, esto podría haber

desembocado en una política volcada en la reforma interna que dejara a los vecinos de China abandonados a su suerte, pero en el clima imperante a principios de la década de 1950 eso era algo improbable. Lo que ocurrió fue que los líderes del nuevo régimen adoptaron la perspectiva de sus predecesores republicanos, y de los Ching antes que ellos, de que sus dominios solo estarían seguros si los accesos terrestres a China estaban en manos fiables. Restablecieron por la fuerza la autoridad de Beijing en el Tíbet. Cuando pareció probable que el norte de Corea cayera bajo control no comunista, intervinieron masivamente en la guerra de Corea, en la que sirvieron dos millones de militares chinos, de los que murieron más de 150.000[852]. La perspectiva que Mao tenía acerca de la frontera sur de China era similar. En el momento decisivo de la lucha entre el Viet Minh y los franceses en el norte de Vietnam, la ayuda militar y el «asesoramiento» estratégico chinos desempeñaron un papel crucial en la aplastante derrota que sufrió Francia en Dien Bien Phu en mayo de 1954, el preludio al fin de su presencia colonial en Indochina[853]. El temor de Beijing a verse cercada se debía al hecho de que sus enemigos del Kuomintang habían sobrevivido (en Taiwán), y a que con ayuda estadounidense podrían reanudar la lucha política. Y es que pese a la magnitud de su victoria, Mao y sus colegas eran más que conscientes de que esta no había sido total. Se enfrentaban al desafío de construir un nuevo Estado industrial sobre la base agraria de China, que iba a tener que pagar la factura. Tenían que consolidar su poder en un nuevo orden social que estaba por crear. Había una revolución que defender.

La sensación de amenaza tanto exterior como interior descartaba la retirada al espléndido aislamiento preferido por los dinastas de épocas anteriores, lo que quedó dramáticamente de manifiesto cuando a China se le negó el ingreso en las Naciones Unidas, decisión instigada por Estados Unidos y que permaneció en vigor hasta 1971. En un principio la política china combinó la cautela y la esperanza. La evidente urgencia de un

programa industrial —además de la necesidad de un contrapeso a la ayuda estadounidense al enemigo del Kuomintang— empujó a la República Popular a aliarse con Stalin. En Corea y Vietnam en 1953-1954, Beijing aceptó el compromiso de una paz basado en la partición. Tras la derrota de Francia en la primera guerra de Indochina, Chou En-lai trató de calmar los temores regionales (y disminuir la influencia estadounidense) por medio de una diplomacia serena. A finales de la década de 1950 Mao estaba convencido de que eran precisos métodos más duros. Desconfiaba del llamamiento de Moscú a la coexistencia con el capitalismo, y vio en la diplomacia de cumbres del líder soviético Nikita Jruschov una traición a China. La solidaridad sino-soviética subistió apenas una década. Enfrentado al apoyo cada vez más cerrado de Estados Unidos al régimen de Taiwán, Mao elevó las apuestas mediante el bombardeo de Quemoy, una isla muy próxima al continente gobernada por el Kuomintang. Compensó la pérdida de impulso en la transformación interna de China con una nueva estrategia agresiva de colectivización rural, el llamado «Gran Salto Adelante». La redistribución de tierras de los terratenientes a los campesinos, como en Rusia, resultó no ser más que el preludio de la toma de control por el Estado. En 1960 dio su aprobación a la insistente demanda de Hanói de reanudar la lucha armada (suspendida desde 1954) por el triunfo comunista en Vietnam del Sur[854]. El nuevo curso de Mao consistió en convertir a China en patrocinador de la violencia revolucionaria contra los Estados coloniales supervivientes y los regímenes sucesores que estuvieran en colusión con el capitalismo. Su mensaje era simple: la derrota del imperialismo estaba lejos de haberse logrado. La descolonización debía llegar —si había de ser real— a través de una gran revuelta de campesinos empobrecidos, en el curso de una «guerra popular» global contra la burguesía mundial[855].

El drástico programa de Mao para un mundo posimperial despertó amplio entusiasmo, intelectual y político, y no en último lugar entre quienes esperaban saborear su victoria desde

una distancia cómoda. Durante las décadas de 1960 y 1970, ofrecía una alternativa esperanzadora a los fracasos y compromisos de los regímenes poscoloniales, y atrajo a quienes seguían queriendo revertir el resurgir inesperado del capitalismo en el mundo de la posguerra. Como pronto veremos, logró su éxito más impactante en las condiciones especiales del Sudeste asiático, pero vista desde una perspectiva más amplia, lo realmente importante fue la contención de China y del antiimperialismo maoísta. Esta se debió en parte a los efectos destructivos de las doctrinas políticas de Mao —sobre todo de la Revolución Cultural, una especie de purga masiva— sobre la economía china, y en parte reflejó el resurgir de la tensión con el gran vecino del norte, pero el obstáculo más serio a las ambiciones de Mao surgió de la divergencia radical entre los dos grandes Estados de Asia oriental.

Si el rumbo comunista de China echó por tierra la mayoría de las predicciones realizadas durante la guerra, la disposición de Japón a «abrazar la derrota»[856], por usar la impactante expresión de John Dower, no fue menos sorprendente. Al final de la guerra, Japón fue ocupado por una guarnición estadounidense, militar y civil, cuyo número llegaba casi a un millón de personas[857]. Durante más de seis años, un virrey norteamericano (el general Douglas MacArthur durante la mayor parte de ese tiempo) desempeñó el poder ejecutivo, y cualquier decisión importante requería su aprobación. La soberanía de Japón fue suspendida, los japoneses tuvieron prohibido viajar al extranjero, y no se permitió crítica alguna al régimen de ocupación. Se diseñó una batería de reformas para erradicar lo que se consideraban las fuentes del imperialismo militarista japonés. Se concedió el voto a las mujeres y se redujo la edad de voto, aumentando así en más del doble el electorado. Una nueva constitución prescrita por los ocupantes prohibió a las fuerzas armadas participar en el gobierno y consagró la renuncia a la guerra como instrumento de la política nacional. Los grandes grupos de empresas controlados por familias, los *zaibatsu,* fueron des-

mantelados. La reforma agraria redujo el poder de los terratenientes y dobló la proporción de los que cultivaban su propia tierra hasta llegar a aproximadamente un 60 por ciento[858]. Se favoreció la creación de sindicatos. Se redactaron nuevos libros de texto, y el programa educativo fue democratizado[859]. Un asalto tan feroz al orden anterior a la guerra podía haber provocado una reacción hostil, pues la élite civil con la que trataron los estadounidenses seguía siendo profundamente conservadora, pero de hecho formó parte de un pacto extraordinario. Cuando sus temores acerca de China los movieron a invertir el rumbo, los estadounidenses aceptaron que en Japón hacía falta un Estado fuerte con una economía industrial. Hicieron las paces con la poderosa burocracia, contando con el apoyo tácito del emperador de Japón, cuyo papel como figura simbólica se había tenido cuidado en mantener. Entre la creciente agitación del Asia oriental continental y el estallido de la guerra en la península de Corea en junio de 1950, los líderes conservadores de Japón también tenían escaso margen de maniobra. Estaban deseosos de poner fin a la ocupación norteamericana y restaurar la soberanía del país, pero un desafío abierto a la política de Washington podía haber irritado a la opinión estadounidense y retrasado la independencia, además de enardecer a la izquierda, que contaba con un tercio de los votos del electorado, y provocar cambios más radicales.

El resultado fue que los estadounidenses pudieron ejercer una influencia enorme sobre la forma y la dirección del nuevo Estado japonés. El tratado de paz firmado en San Francisco en 1951 restableció la soberanía de Japón, aunque ni la Unión Soviética ni China fueron signatarios. Los términos de Estados Unidos eran estrictos. Japón debía aceptar un pacto de seguridad mutuo que permitía a las fuerzas armadas de Estados Unidos usar cualquier parte del país y eximía a su personal de la jurisdicción japonesa. La isla de Okinawa, anexionada por Japón en 1879 y escenario de una batalla épica durante la guerra del Pacífico, se convirtió en una gran base estadounidense, y dejó

de ser gobernada como parte de Japón. La economía japonesa fue ligada a la de Estados Unidos por un tipo de cambio fijo, y su mercado chino se cerró en deferencia al embargo comercial estadounidense. En la fase decisiva de la formación posbélica de Asia oriental, Japón se había convertido en el baluarte indispensable del poder regional de Estados Unidos, la gran plataforma cercana desde la que su peso económico y su poderío militar servirían para poner coto al resurgir de China. La influencia estadounidense se hizo sentir también con fuerza en la cultura popular japonesa. Irónicamente, en el Asia oriental descolonizada, la influencia de Occidente (no solo Europa) se manifestó con mayor fuerza que antes de la Segunda Guerra Mundial.

El tercer gran Estado asiático era la India, que gozaba del prestigio de ser la mayor democracia del continente. Bajo el liderazgo de Nehru, es posible que el país esperara desempeñar un papel destacado a la hora de determinar el rumbo del Asia poscolonial[860]. Es más, como socio de Beijing, Nehru es posible que aspirase a excluir la influencia exterior de la política del continente, como había exhortado a hacer en Bandung, pero tenía las probabilidades en contra. Lo que obstaculizaba la influencia de la India era su propio legado poscolonial. Su independencia había estado acompañada de una secesión traumática y dejado tras de sí un conflicto sin resolver que envenenaba las relaciones. Otra desgracia fue que la cuestión de Cachemira (reivindicada por Pakistán pero en gran parte en manos de la India) no tardó en vincularse a la muy sensible cuestión de la autonomía tibetana. La brutal supresión del gobierno tradicional del Tíbet por China a partir de 1950 se logró en parte cortando sus lazos a través del Himalaya. Las dos rutas principales entre la India y el Tíbet pasaban por Sikkim, al sur, y por Leh, en Cachemira, al oeste[861]. La actividad militar en una frontera poco definida provocó tensiones entre la India y China, que desembocaron en guerra[862]. La derrota india (en 1962) fue simbólica del destino que aguardaba a las ambiciones más

grandilocuentes de Nehru. El sistema político indio (que delegaba poder y recursos considerables en los gobiernos estatales), la amenaza «en casa» de una guerra con Pakistán, y el deslucido progreso de la economía india (la participación del país en el comercio mundial cayó en dos tercios en las décadas de 1950 y 1960)[863] conspiraron para frustrar la aspiración de la India, en esta fase, de ser una «gran potencia» asiática.

En su sentido más amplio, las limitaciones y debilidades de sus Estados más grandes fueron las que conformaron el curso de la descolonización en Asia. Ni por sí solos ni en combinación podían esperar resolver las disputas sucesorias surgidas del pasado imperial de Asia o los conflictos ideológicos de su presente revolucionario. Esto dejaba abierta la puerta a las potencias exteriores que Nehru había querido excluir. Fue la sumisión china lo que permitió a Stalin lanzar el ataque norcoreano en junio de 1950[864] y fue el control de Japón lo que permitió el despliegue de un ejército estadounidense enorme para defender Corea del Sur. El principal escenario de conflicto en el que las potencias exteriores tuvieron un papel determinante, sin embargo, fue el Sudeste asiático.

Esto no tuvo nada de casual. Aquí el fin del colonialismo fue una cuestión mucho más confusa que en el sur de Asia (donde se había producido un colapso del dominio británico) o Asia oriental (donde la guerra había destruido el imperio japonés). Esto se debió en parte a la ayuda estadounidense a Gran Bretaña y Francia (mas no a los Países Bajos), pero era también el producto de las divisiones étnicas y religiosas, de una geografía fragmentada y de los progresos limitados de la construcción estatal durante el periodo colonial. Parecía en un principio como si la ocupación japonesa durante la guerra hubiera roto el espinazo del dominio colonial europeo en toda la zona, y permitido a los líderes políticos locales solo la libertad y el tiempo suficientes para establecer nuevas lealtades políticas y destrozar la antigua maquinaria colonial. En Birmania, Indochina y

las Indias Orientales Holandesas (Indonesia) aparecieron nuevos gobiernos «nacionales». Cuando las tropas aliadas del mando del Sudeste asiático (principalmente británicas e indias) volvieron siguiendo la estela de la retirada japonesa, toparon con nuevos titulares del poder ya instalados, y el resultado fue un punto muerto. La táctica de los poderes coloniales fue cooptar a los nuevos líderes con la promesa de traspasar el poder, y no de la independencia real, pero tanto la política de la zona como el entorno internacional eran demasiado inestables como para que se mantuviera acuerdo alguno. En Birmania, los británicos se vieron obligados a marcharse por el coste evidente de volver a imponer el control y los beneficios despreciables que reportaría el intentarlo[865]. En Indonesia, Indochina y la Malasia británica, el conflicto fue más prolongado.

En Indonesia, los Países Bajos esperaban poder explotar el respaldo limitado del nacionalismo en gran parte del archipiélago, donde el temor al dominio javanés y, en algunos casos, el sentimiento antiislámico, hacían del dominio colonial neerlandés el menor de dos males. Pero la realidad era que el control de todo el archipiélago, incluso por una mancomunidad de los Países Bajos e Indonesia, no era sostenible sin el apoyo de Java, la parte más desarrollada del complejo insular y donde vivían cinco octavas partes de su población. No lograr dicho apoyo, más la negativa estadounidense a apoyar una larga guerra de guerrillas en Sumatra y Java (que podía haber arruinado la economía indonesia y reforzado al comunismo) obligó a los Países Bajos a abandonar Indonesia en 1949-1950[866].

En Indochina las cosas fueron diferentes. Aquí los franceses fueron capaces de reintroducirse tanto en el norte (Tonkín) como en el sur (Cochinchina). Se enfrentaron a un movimiento formidable, el Viet Minh, liderado por Ho Chi Minh y apoyado por el campesinado del norte y la economía de plantación de Cochinchina. Lo que permitió a los franceses perdurar por un tiempo fue una ventaja decisiva: amplios sectores de la socie-

dad vietnamita eran contrarios a la clase de nacionalismo que propugnaba Ho Chi Minh —marxista y veterano de la Internacional Comunista de entreguerras—, entre ellos los propietarios, gran parte de la población urbana, los católicos (que constituían hasta el 20 por ciento de la población de Tonkín) y los adeptos de las sectas Cao Dai y Hoa Hao, además de parte de las minorías étnicas de las zonas montañosas[867]. Gran parte de estos sectores se mantuvieron ajenos al nacionalismo o respaldaron el intento del monarca vietnamita Bao Dai de obtener la autonomía vietnamita dentro de la «Unión Francesa», la plataforma para la campaña militar con la que Francia pretendía destruir al Viet Minh y para la masiva ayuda estadounidense destinada a impedir que Vietnam cayera en manos de —en el gráfico lenguaje del secretario de Estado de Estados Unidos— «*Chi commie hatchet men and armed forces*»[868] («los sicarios comunistas chinos y sus fuerzas armadas»). A mediados de 1953, sin embargo, la credibilidad de Bao Dai había llegado a depender abrumadoramente del prestigio militar francés, y cuando este saltó en pedazos al año siguiente en Dien Bien Phu, la posición de Bao Dai y la de Francia se volvieron insostenibles. El resultado, sin embargo, no fue un triunfo fácil para Ho.

La razón no se debió solo al afán estadounidense de enfrentarse a la expansión del ámbito comunista, que había movido a Estados Unidos a considerar una guerra abierta con China —principal respaldo de Ho— en 1954. Un segundo ingrediente crucial fue la habilidad con la que Ngo Dinh Diem, un notable católico bien relacionado, creó una red lo bastante poderosa como para conservar gran parte del sur. Diem era nacionalista, y fue lo bastante astuto para cultivar la simpatía de Estados Unidos y rechazar la semiindependencia ofrecida por Francia. Más adelante sería denostado como lacayo de los norteamericanos, pero su objetivo original era derrotar a Ho Chi Minh y construir un Estado vietnamita hecho a su medida[869]. En tercer lugar, el Viet Minh fue refrenado por su aliado chino, en parte por temor al poderío militar estadounidense, pero tam-

bién porque China no quería echar a Laos ni a Camboya en brazos de Estados Unidos. (A cambio, Laos y Camboya se declararon neutrales; Tailandia se había unido ya al Pacto de Manila de Estados del Sudeste asiático auspiciado por Occidente). En el Sudeste asiático continental, gran parte de las fricciones surgían de los proyectos de construcción estatal de birmanos, tailandeses, vietnamitas, laosianos y jemeres, siendo los conflictos entre ellos y en el seno de cada uno de esos países lo que atrajo a los foráneos a la zona e hizo difícil resistir las ofertas de ayuda extranjera. Muy similar era el caso de Malasia. Los líderes políticos malayos consideraron la insurrección comunista posterior a 1948 como un desafío chino a un futuro Estado malayo, tanto como una amenaza al dominio colonial británico. Para hacerle frente e impedir el abrazo del oso de su «hermano mayor» malayo —la Indonesia de Sukarno—, combinaron la independencia (en 1957) con una alianza con Gran Bretaña, en lugar de la no alineación o la neutralidad[870].

Entre 1945 y 1960, la fase crítica de la descolonización en Asia siguió, por tanto, un curso muy distinto a los sueños y esperanzas manifestados en Bandung. Lejos de desdeñar como vano el juego de la diplomacia de la Guerra Fría como había solicitado Nehru, muchos líderes asiáticos aceptaron la realidad de un mundo bipolar. Lejos de mantener una independencia orgullosa, tuvieron la esperanza de aprovechar la Guerra Fría en beneficio propio, y lo cierto, quizá, es que no tenían otra opción. Era previsible que la debilidad económica y militar, las divisiones internas, el descontento social y la costumbre que tenían desde hacía un siglo de mirar más allá de Asia en busca de la ruta hacia la modernidad desviaran la trayectoria poscolonial de Asia. Quedaba por ver en qué medida arrastrarían al continente rumbo a la órbita de un nuevo sistema imperial.

La descolonización en Oriente Próximo no fue menos tortuosa y amarga, y preñada de conflictos. El final de la Segunda Guerra Mundial fue acogido allí, como en gran parte del resto de Asia, como un nuevo comienzo. Con la paz llegó la promesa de la desaparición de la enorme maquinaria militar instalada por los británicos en toda la zona, un superimperialismo que había convertido a los Estados árabes y a Irán (ocupado en parte también por tropas rusas) en meros auxiliares del esfuerzo bélico imperial. Una vez lograda esa meta, la vida política podía comenzar de nuevo. Mejor aún, los británicos habían decidido (en beneficio propio) desplazar a los franceses de Siria y el Líbano, los mandatos franceses de antes de la guerra, y concederles la independencia (1946). Era un comienzo prometedor. También apoyaron la formación de la Liga Árabe en 1944-1945, confiando en que fuese un canal para la influencia británica y un modo de mantener unidos a los Estados árabes bajo el paraguas británico, y también que sirviera de vehículo para la cooperación árabe y la exclusión o contención de la influencia de otras potencias externas. La nueva escena geopolítica en la que el poder soviético y estadounidense aparecían como contrapeso del poder británico (si es que no lo desplazaban) hacían que esto fuera mucho menos improbable de lo que habría sido antes de 1939. Para muchos jóvenes árabes, parecía haber motivos para confiar en que el mundo de la posguerra suscitase una nueva «era nacional». El falso amanecer de la liberación del poder otomano en 1918, que había conducido por el contrario a la dominación británica, podía al menos dar paso al alba gloriosa de una nacionalidad árabe plena.

Las barreras empezaron a amontonarse casi de inmediato. Los británicos rechazaban la «lógica» de la retirada, y lo que hicieron fue atrincherarse[871]. Los argumentos estratégicos (como hemos visto) y la gran dependencia del petróleo (todavía procedente principalmente de Irán) hacían impensable la retirada. La vulnerabilidad estratégica y la debilidad económica con la que había abordado Gran Bretaña la paz, y que Londres

esperaba fuesen pasajeras, descartaban renunciar a activos imperiales salvo (como en la India) que fuera insostenible mantenerlos. En Oriente Próximo los británicos creían tener aún una buena baza. Su posición se cimentaba en la alianza con Egipto, el país más desarrollado de la zona, donde vivía más de la mitad de la población del Oriente Próximo árabe, diecinueve millones de personas de unos treinta y cinco millones[872]. El prolongado conflicto entre la monarquía egipcia y la clase terrateniente permitía a los británicos tener una influencia enorme en la política del país, y, en caso de ser necesaria una «persuasión» mayor, podían trasladar tropas a El Cairo desde la base del canal de Suez en cuestión de horas. Para mejorar las relaciones tras las tensiones de la guerra, jugaron con la promesa de reducir la presencia militar. Suponían que antes o después el Wafd o el rey querrían entenderse con ellos, dado que la influencia de Egipto en la zona, al igual que su estabilidad interna, requerían el apoyo británico. Por tanto, al embarrancar las negociaciones, los británicos no se movieron, con la intención de esperar hasta que las cosas «se calmaran». Podían permitírselo, o eso creían, pues podían contar también con la amistad política de las monarquías hachemitas de Irak y Jordania. Era bien sabido que la cohesión de ambos Estados (demarcados por los británicos a principios de la década de 1920) y la supervivencia de sus monarcas (colocados en el poder por los británicos poco después) dependía de la promesa de ayuda británica frente a las revueltas internas tanto como a ataques del exterior. Al sur y al este quedaba el golfo Pérsico, que seguía siendo un «lago británico». En su costa árabe, una serie de pequeños Estados, desde Kuwait hasta Omán, estaban vinculados a Gran Bretaña por la protección que les ofrecía contra vecinos potencialmente agresivos. En el extremo sur de Arabia estaba la antigua base británica de Adén, y una franja costera bajo un dominio británico laxo. Por si todo esto no fuera suficiente, los británicos tenían planes de instalar bases en Libia, de la que se había despojado a Italia y que estaba a la espera del autogobierno bajo un rey respaldado

por Gran Bretaña. Se daba por supuesto que los británicos ejercían un derecho preceptivo a regular la política de todo Oriente Próximo. El apoyo diplomático en una disputa entre Estados, la oferta de ayuda y la negativa a tratar con gobiernos hostiles eran las técnicas clásicas del control cuasi imperial, y los británicos llevaban una generación o más jugando a ese juego. Expulsarlos se presentaba como algo difícil que engendraría divisiones e incluso derramamiento de sangre.

Para los árabes más radicales la solución era obvia: solo se podía vencer al imponente monstruo imperial mediante la fuerza colectiva del nacionalismo panárabe. La perspectiva de una nación árabe común desacreditaría los compromisos de los soberanos y notables de los Estados árabes con los británicos, supondría un desafío para la complacencia de la élite terrateniente y mejoraría las condiciones sociales que mantenían la esperanza de vida árabe a la par con la de la India. De momento, sin embargo, la unidad árabe era un sueño lejano. Las divisiones étnicas, sociales y religiosas —en parte el legado de la dominación otomana y europea— estaban profundamente arraigadas. El nacionalismo panárabe tenía que hacer frente a la hostilidad endémica entre las élites gobernantes de la región. Los nacionalistas egipcios sentían una escasa afinidad con los demás Estados árabes («un montón de ceros a la izquierda», dijo con desdén Saad Zaglul en la década de 1920)[873]. Tenían la mirada puesta en las glorias del Egipto faraónico (animados por los grandes hallazgos de la tumba de Tutankamón en la década de 1920) y se veían a sí mismos como los verdaderos custodios del nacionalismo y la cultura árabes en su forma más depurada. La opinión egipcia despreciaba a los soberanos hachemitas de Irak y Jordania como unos títeres y unos advenedizos, y consideraba sus pretensiones de liderar el mundo árabe como absurdas e insolentes. Los reyes hachemitas estaban igualmente convencidos de su derecho histórico a encabezar la causa árabe. Al fin y al cabo, fueron ellos quienes dirigieron el levantamiento a partir de 1916 y proclamaron la nación árabe. Aspira-

ban a crear un Estado hachemita que incluyera a Siria (con la que se quedó Francia en 1920) y Palestina junto con Irak y Jordania. Profesaban la enemistad más feroz, más que correspondida, hacia la casa de Saud. Había sido el monarca saudí quien había arrebatado los lugares santos de La Meca y Medina a su guardián hachemita y convertido el Hiyaz hachemita en una provincia de lo que luego sería Arabia «Saudí». Gran parte de la rivalidad entre Egipto, los hachemitas y los saudíes se centraba en Siria, que por sus conflictos religiosos y regionales era un terreno abonado para la influencia exterior[874].

El impacto sísmico de la cuestión palestina no tardó en perturbar el equilibrio aproximado de fuerzas en el Oriente Próximo de posguerra. Los británicos tenían previsto mantener su dominio en la zona mediante una transición suave. Todos los Estados árabes serían independientes; algunos estarían vinculados por tratados a Gran Bretaña, y otros reconocerían su primacía de hecho como única gran potencia con fuerza real sobre el terreno. Gestionar ese cambio nunca iba a ser fácil en el caso Palestina, gobernada directamente por Gran Bretaña bajo un mandato de la Liga de Naciones desde la Primera Guerra Mundial. Reconciliar la promesa de un «hogar nacional» judío, en el que los judíos pudieran establecerse, con los derechos de los árabes que ya vivían allí ya había resultado más que difícil en la década de 1920. Con la ola de refugiados huidos de la opresión nazi en la década siguiente, se hizo prácticamente imposible. El plan de Londres de antes de la guerra había sido aplacar la indignación de los árabes palestinos ante la creciente inmigración judía fijando un límite que garantizara una mayoría árabe permanente. Establecido su futuro como Estado árabe, Palestina avanzaría poco a poco hacia el autogobierno. A partir de 1945 esta ingeniosa solución saltó en pedazos. La dificultad práctica y el riesgo político resultante de excluir a los refugiados judíos, la presión diplomática de Estados Unidos para impedirlo y la escala y ferocidad de la campaña terrorista llevada a cabo por colonos judíos destruyeron cualquier apariencia de

autoridad británica a mediados de 1948[875]. El resultado fue el peor de todos los mundos coloniales: un territorio ingobernable cuyo control se disputaban dos enemigos aparentemente irreconciliables, con apoyo exterior para reforzar la determinación de ambos contendientes, y la ausencia de medios y de métodos para imponer decisión alguna. El reparto propuesto por las Naciones Unidas no se podía imponer, y la guerra entre judíos y árabes (la población local palestina y los contingentes enviados por los Estados árabes) acabó en victoria para los judíos. El nuevo Estado de Israel era lo bastante fuerte como para imponer una segunda partición más favorable, pero no podía obligar a los Estados árabes a aceptar el resultado como algo permanente.

La catástrofe árabe marcó una fase fundamental en el fin del imperio en Oriente Próximo: fortaleció al sentimiento nacionalista panárabe, al que dotó de una causa y de un agravio. Fue una humillación aplastante para los regímenes gobernantes de los principales Estados árabes, en los que la inflación y las dificultades de la posguerra estaban alimentando un descontento masivo; las manifestaciones violentas de Al-Wathbah (el «salto») en Bagdad en enero de 1948 habían impedido ya la renovación del tratado anglo-iraquí[876]. Causó un amargo resentimiento en las filas de los ejércitos, que culparon de la derrota a sus líderes civiles. En Egipto el impacto fue mayor que en ningún otro país. El rey había insistido en enviar un ejército para ganar prestigio en el interior y afirmar la primacía egipcia entre los Estados árabes[877], y eso hizo que la conmoción fuera aún más profunda. Para empeorar las cosas, poco pudo hacer para que los británicos se marcharan de la extensa Zona del Canal, el gran símbolo manifiesto de la condición subalterna de Egipto, como tampoco sus viejos rivales políticos, los líderes del Wafd. Donde fracasó la diplomacia, intervino la acción directa, y el conflicto con los británicos fue cada vez más violento: huelgas, asesinatos y otros actos de terror explotaron la dependencia británica de la mano de obra egipcia y el estado vul-

nerable de las instalaciones y el personal británico, y las represalias y las venganzas se extendieron a las principales ciudades de Egipto. Al cundir la sensación de desorden, el rey planeó un golpe para purgar el descontento entre el ejército, pero antes de que pudiera actuar, en julio de 1952 el Movimiento de Oficiales Libres se hizo con el control del gobierno y obligó al rey al exilio.

En un primer momento los efectos estuvieron lejos de parecer radicales. El nuevo régimen se dedicó a reestablecer el orden, y aplastó a los Hermanos Musulmanes, movimiento islamista que gozaba de un enorme apoyo. Aceptó la pérdida de la influencia egipcia en el alto Nilo cuando al Sudán gobernado por los británicos se le prometió la independencia como Estado separado (Gran Bretaña rechazó la exigencia de El Cairo de respetar «la unidad del valle del Nilo»). Sobre todo, logró el acuerdo británico de abandonar la base de la Zona del Canal concediendo el derecho al retorno si era necesario utilizarla para repeler un ataque del exterior (es decir, una invasión soviética) en Oriente Próximo. Los británicos habían llegado a la conclusión de que, al disponer de la capacidad de disuasión de un arma nuclear aerotransportada, la base era no solo innecesaria, sino además políticamente costosa[878]. Probablemente confiaban en que el nuevo régimen de Nasser dedicaría su atención a la reforma interna. Egipto, creían ellos, ejercería una influencia limitada en el mundo árabe[879]. Entretanto podían remodelar su imperio sobre la base de una alianza más estrecha con los Estados hachemitas y un nuevo pacto militar. La influencia estadounidense, útil para llegar al acuerdo de Suez, caería del lado de estos últimos, y Egipto quedaría aislado y tendría que observar buena conducta por su propio bien. La respuesta de Nasser fue negarse a ceder, y su asombrosa rebelión contra el «sistema» británico fue el acontecimiento central en la descolonización de Oriente Próximo.

Como nacionalista egipcio (una de las primeras medidas del nuevo gobierno de los oficiales fue trasladar una estatua de Ramsés II a El Cairo), a Nasser no le faltaban razones para desconfiar de los británicos y procurar que se marcharan de todo Oriente Próximo, y también influían en su postura el sentimiento panárabe y la guerra de Palestina. Quería que una marea purificadora de política revolucionaria demoliera el viejo régimen de los terratenientes y reyes, la supervivencia de la era colonial en la zona, y temía tener el tiempo en contra. Cualquier gobernante de El Cairo se habría enfrentado a un dilema muy similar: se había perdido el Sudán, existía una tensión muy grande con Israel, y el este del mundo árabe (el Mashrek) se estaba cerrando a la influencia egipcia, y quizá incluso a su comercio. Sin mercados ni petróleo, se enfrentaba al estancamiento en el interior y a un descontento social cada vez mayor. Dependería peligrosamente de la ayuda económica occidental, su régimen no había sido puesto a prueba, sus críticos se multiplicarían y, en definitiva, su revolución fracasaría. Así las cosas, mientras los británicos armaban su Pacto de Bagdad (con Turquía, Irak y —confiaban— Jordania; Siria era la siguiente en la lista)[880], Nasser abrazó la causa del panarabismo y lanzó el contraataque. Con el apoyo saudí, respaldó a la facción antiiraquí de la política siria y animó a los opositores jordanos a sumarse al pacto. En septiembre de 1955 dio un golpe espectacular cuando se sacudió el embargo de armas impuesto por Occidente y acordó sus suministros con el bloque soviético. Ahora Egipto sería una verdadera potencia militar, y a principios de 1956 declaró una guerra política abierta a la influencia de Gran Bretaña en Oriente Próximo. El creciente nivel de violencia en la frontera con Israel le benefició, y se adueñó de la iniciativa política en la región con una facilidad aparentemente asombrosa. Había convertido a Egipto en paladín de la causa panárabe, y al sentimiento panárabe en una fuerza dinámica. En Londres la reacción fue de pánico y rabia.

La crisis de Suez en 1956 fue el fruto directo de esta confrontación. Cuando en Washington se retuvo un préstamo destinado a la Presa Alta de Asuán, ya no hubo vuelta atrás. Nasser expropió el canal de Suez, hasta entonces propiedad conjunta de Gran Bretaña y Francia. Pareció una temeridad, pero quizá Nasser adivinó que para los británicos iba a ser difícil derrotarle. Ya no tenían tropas en la antigua base de Suez, y un ataque abierto enfurecería a toda la opinión pública árabe. No era probable que la presión internacional (a través de las Naciones Unidas) lograra lo que realmente querían los británicos, el fin político de Nasser, y este quizá intuyó que Washington no compartía del todo la recalcitrante hostilidad de Londres. De hecho, la respuesta, cuando se produjo, puso de manifiesto la debilidad política de Gran Bretaña. Bajo el cínico disfraz de una intervención para evitar el enfrentamiento entre las fuerzas de Egipto e Israel (participante en la invasión), lo que pretendía la ocupación anglofrancesa del canal de Suez era humillar a Nasser y provocar su caída. La clave de la supervivencia de Nasser fue el enorme atractivo de su desafío ante la opinión patriótica árabe, que convenció al presidente Eisenhower de que permitir a los británicos anotarse la victoria uniría a los árabes en contra del conjunto de Occidente, abriría la puerta a una mayor influencia soviética y, de paso, se llevaría por delante los intereses de Estados Unidos. Por una amarga ironía, la fragilidad económica que había impulsado a los británicos a enfrentarse a Nasser —el temor a que su influencia dañara sus decisivas fuentes de petróleo— resultó ser ahora lo decisivo. Sin el asentimiento de Washington, se enfrentaban al colapso económico. Los británicos tuvieron que tragarse su orgullo y retirarse, y Nasser se quedó con el canal[881]. No fue él quien cayó por la trampilla política, sino el primer ministro británico, sir Anthony Eden[882].

Suez marcó el fin de la ambición británica de gestionar la política de todo el mundo árabe, y creó un vacío de influencia de las grandes potencias. Era el momento de forjar un nuevo

orden en Oriente Próximo, y Nasser destacó como un Napoleón árabe, dotado de un prestigio sin igual: era el *rais,* el jefe o guía. Con su gran clase media, sus grandes ciudades y puertos, su literatura y su cine, Egipto era el símbolo de la modernidad árabe, y el nacionalismo panárabe (inscrito expresamente en la nueva constitución egipcia) de Nasser encajaba bien con una fase de marcados cambios sociales en la mayoría de los Estados de Oriente Próximo. A los nuevos trabajadores urbanos, el número creciente de estudiantes y funcionarios y los oficiales jóvenes, les ofrecía un credo político y un programa cultural. Prometía poner fin al agravio palestino a través del esfuerzo colectivo de una nación revigorizada. Menos de dos años después de su triunfo en Suez, Nasser atrajo a Siria a una unión política formando con ella la República Árabe Unida. El mismo año (1958) llegó a su fin el reino hachemita en Irak. Nasser tuvo aún que vérselas con el poder de Estados Unidos (que intervino junto con Gran Bretaña para impedir el derrocamiento de los gobiernos jordano y libanés por facciones pronasseristas), pero el temor estadounidense a la creciente influencia soviética y la oposición de Nasser al comunismo permitieron un cauto acercamiento. Aparentemente, Nasser había logrado una doble victoria sorprendente al desplazar a los británicos como potencia en la región a cambio de una influencia estadounidense más laxa y tolerante. Se había convertido a sí mismo y a Egipto en socios indispensables de cualquier gran potencia que tuviera intereses en Oriente Próximo. La solidaridad panárabe bajo liderazgo egipcio (el nuevo gobierno iraquí, de simpatías procomunistas, fue cuidadosamente aislado) abría perspectivas esperanzadoras: permitiría acordar mejores condiciones con las potencias exteriores, recurrir al arma del petróleo (cuya producción crecía con extrema rapidez en la década de 1950) y quizá pudiera incluso «resolver» la cuestión de Palestina.

Sin embargo, la descolonización de Oriente Próximo acabó por quedar muy corta para los ideales panárabes. Quizá Nasser esperaba que los emiratos del golfo Pérsico, ricos en petróleo

(sobre todo Kuwait), abrazaran su «socialismo árabe» y derrocaran a sus monarcas, pero los británicos se aferraron al Golfo y apoyaron a los dirigentes locales contra el desafío de Nasser. En segundo lugar, el sentimiento panárabe con cuyo favor contaba Nasser se enfrentaba a un enemigo poderoso. En los primeros años de la posguerra, los nuevos Estados árabes parecían creaciones artificiales, y la élite culta árabe se movía con facilidad entre unos y otros, al igual que ocurría con sus ideas. Las estructuras estatales eran débiles, y la influencia exterior penetraba en ellas fácilmente. A la altura de 1960 esto había empezado a cambiar. El aparato del Estado fue ocupado por nuevas élites locales, y cada régimen se dotó de su propia *mujabarat,* o policía secreta. La conciencia de las diferencias nacionales entre los Estados árabes se volvió más sólida y nítida, lo que planteaba una lucha cuesta arriba para la política carismática del panarabismo de Nasser. Su unión con Siria se rompió al cabo de tres años[883]. En tercer lugar, el Estado israelí resultó ser mucho más resistente de lo que cabía haber esperado, y su práctico monopolio de las simpatías estadounidenses no daba muestra alguna de desfallecer; en todo caso, a principios de la década de 1960 se estaba reforzando[884]. En cuarto lugar, y en gran medida como consecuencia de lo anterior, el programa panarabista no podía avanzar sin ayuda exterior. La necesidad de armas, ayuda y mayor influencia frente a Israel (y los propios rivales locales) atrajo a los Estados árabes al laberinto de la diplomacia de la Guerra Fría. Por último, un capricho del destino geológico puso la riqueza petrolera de la región en manos de los Estados menos proclives a aceptar el liderazgo de El Cairo: Arabia Saudí, Irak y los protectorados de Gran Bretaña en el Golfo. Tampoco el petróleo se convirtió (como en su día sucedió con el carbón en Gran Bretaña) en el elemento dinamizador del cambio social e industrial. De hecho, la prosperidad árabe o sus perspectivas parecían terriblemente dependientes de una industria de la extracción, cuyo verdadero control estaba en manos extranjeras, es decir, de las «siete hermanas» mul-

tinacionales que gobernaban el mundo del petróleo[885]. La segunda catástrofe de la guerra de los Seis Días, que en 1967 enfrentó a Israel con Egipto, Jordania y Siria, fue un recordatorio brutal de que la riqueza en yacimientos no equivalía al poderío verdadero, y de que los petrodólares no suponían potencia industrial. En 1970, el año de la muerte prematura de Nasser, la promesa de libertad posimperial se había convertido en *the Arab predicament*[886], es decir, el aprieto árabe.

Los tres mayores Estados de Oriente Próximo eran Egipto, Turquía e Irán (cada uno de los cuales alcanzó una población de 66 millones de habitantes en 2001). Con el fracaso de Nasser en el intento de hacer de Egipto el centro de una revolución árabe, su sucesor, Anuar el-Sadat, dio la vuelta (como hiciera Mehmet Alí en la década de 1840) hacia un entendimiento con Occidente. A finales de la década de 1970, Egipto era el segundo país receptor de ayuda de Estados Unidos (después de Israel).

Turquía, bajo el antiguo teniente de Atatürk, el astuto Ismet Inonu, había mantenido una cuidadosa neutralidad durante la Segunda Guerra Mundial, pero, al terminar esta, el enorme avance del poder soviético y el abierto reconocimiento de Stalin de sus planes con respecto a los estrechos del Bósforo y los Dardanelos —«era imposible aceptar una situación en la que Turquía tenía una mano sobre la tráquea de Rusia», declaró en Yalta— empujó a Ankara firmemente hacia el bando occidental. Bajo la doctrina Truman (1947), Turquía fue incluida en el ámbito de la ayuda y protección estadounidenses, por vago que este fuera aún. En 1955 se convirtió en miembro de pleno derecho de la OTAN, y, en un grado que apenas habría soñado Kemal Atatürk, las pautas de la Guerra Fría habían abierto la puerta a la aceptación de Turquía como parte de Occidente. Al acabar el siglo, el país era un candidato ampliamente reconocido al ingreso en la Unión Europea. Las tensiones con Grecia y sobre el futuro de Chipre (que Turquía invadió y dividió durante la década de 1970) dificultaron en algunos momentos las

relaciones. Dentro de la propia Turquía, la cuestión clave durante gran parte del medio siglo posterior a 1945 fue hasta qué punto el gran proyecto de Atatürk de un Estado burocrático fuerte, con una base industrial moderna y una cultura laica, era compatible con la democracia representativa (la Turquía de Atatürk había sido un régimen de partido único) y una economía abierta y no dominada por el Estado.

El caso de Irán es el más peculiar de todos. Irán había sido ocupado conjuntamente por fuerzas soviéticas y británicas en 1941, en parte para bloquear el acercamiento de Reza Pahlevi a Alemania, y, sobre todo, para asegurar el paso a los suministros de Gran Bretaña a una Unión Soviética asediada. Reza Pahlevi abdicó y marchó al exilio, y el resultado fue que su Estado autoritario se desmoronó. Los notables resentidos (la poderosa clase terrateniente), los movimientos radicales de las ciudades (como el partido Tudeh), los líderes tribales (de los kashgai y bajtiari) y las minorías étnicas (kurdos, árabes y azeríes) desafiaron la autoridad del nuevo y joven sah y trataron de ganarse el favor de las potencias ocupantes. Al terminar la guerra, la inestabilidad fue a más: el Ejército Rojo permaneció en el Azerbaiyán iraní hasta 1946, los efectos de la inflación bélica asolaron la economía, y los partidarios del sah se enfrentaron a los radicales y notables por el control del Majlis, o parlamento. El gobierno topaba con una resistencia creciente de los grupos tribales, provinciales y étnicos. En 1949, sin embargo, el sah estaba a punto de recuperar el control, quizá debido a que la alternativa parecía ser una mayor fragmentación del Estado iraní y un ciclo agravado de descontento social.

Antes de que pudiera ocurrir esto se desató una gran crisis. Para recuperar su posición, el sah quería aumentar los ingresos de Irán procedentes de su principal fuente de riqueza, los vastos yacimientos petrolíferos del sudoeste del país, controlados por la británica Anglo-Iranian Oil Company (la actual BP). En julio de 1949 el llamado «acuerdo suplementario» propuso in-

crementar los derechos que pagaba la compañía del 15 al 20 por ciento, contemplando futuras subidas. El acuerdo topó con dos obstrucciones masivas: la primera, el miedo entre los adversarios del sah a que su nueva riqueza le permitiera restablecer el poder del que había gozado antes de la guerra; y la segunda, la hostilidad mucho más generalizada en la opinión iraní hacia el control extranjero del recurso fundamental de Irán y hacia la influencia que se consideraba que ejercía la compañía. Para agravar las cosas, mientras se debatía el asunto en el Majlis, se supo que Aramco, la empresa petrolera árabe-estadounidense, había ofrecido el 50 por ciento de sus beneficios a su gobierno anfitrión de Arabia Saudí. Mientras avanzaban las negociaciones con Anglo-Iranian, subió la temperatura política y, en marzo de 1951 el Majlis aprobó una ley para nacionalizar la compañía. Unos días después, Mohamed Mossadeq, veterano antagonista del sah y de su padre, ocupó el cargo de primer ministro[887].

El resultado fue un pulso: la idea británica de una intervención armada fue vetada en Washington, donde se consideraba temeraria y retrógada la actitud de Londres[888]. En su lugar, se retiró al numeroso personal británico de los pozos y de la refinería de Abadán. Las grandes empresas petroleras, temiendo que otros siguieran el ejemplo iraní, impusieron un boicot internacional muy eficaz al petróleo iraní. Mossadeq había parecido estar a punto de realizar una revolución institucional, pero sus apoyos —siempre carentes de cohesión— comenzaron a disgregarse. En Occidente se le consideraba como un demagogo peligroso que allanaba el camino al comunismo. En agosto de 1953 fue destituido por un golpe militar, apoyado y en parte financiado por agentes estadounidenses con algo de apoyo británico, y sustituido por un primer ministro leal al sah. En virtud de un nuevo acuerdo petrolero, el crudo iraní pasó a venderse a través de un cártel de compañías británicas y estadounidenses. Los ingresos petroleros del sah crecieron de forma espectacular: entre 1954-1955 y 1960-1961 se multiplicaron

por diez, hasta llegar a los 358 millones de dólares, y después, por quince, a la altura de 1973-1974. Igual ocurrió con su poder militar y político. A principios de la década de 1960 estaba sólidamente asentado como un importante aliado de Occidente, cuyo valor como baluarte frente al avance meridional de la Unión Soviética quedaba periódicamente en entredicho por el temor de que sus aspiraciones de convertirse en amo del golfo Pérsico desencadenaran un conflicto con los Estados árabes de la zona.

En términos de la Guerra Fría, el triunfo del sah sobre Mossadeq pareció ser una victoria para Occidente, pero lo cierto es que su éxito se debió tanto a los errores y las divisiones entre sus adversarios y al profundo conservadurismo de una sociedad dominada por los terratenientes como a las maquinaciones y maniobras de la CIA[889]. Desde otro punto de vista, el sah y Mossadeq habían producido entre los dos un cambio extraordinario en la situación general de Irán: de la condición semicolonial con la que ni siquiera Reza Pahlevi había acabado, los privilegios de Anglo-Iranian como poco menos que un Estado dentro del Estado y la amplia influencia que ejercían los británicos sobre la administración iraní y sus aliados provinciales no había quedado prácticamente ni rastro tras la retirada humillante que se había visto obligada a realizar la compañía. En una medida con la que no podía compararse a ningún otro dirigente de Oriente Próximo, el sah podía hacer valer no solo la independencia de Irán, sino también su aspiración a ser la potencia dominante en la zona. No deja de tener su ironía que quienes acabaron heredando el Estado que había construido fueran los enemigos más acérrimos de los cambios que había impuesto a la sociedad iraní.

Fue la sucesión de los acontecimientos en Asia oriental, el Sudeste asiático y Oriente Próximo lo que destruyó la ilusión

europea de que sus imperios coloniales podrían renacer en el mundo de la posguerra. Al menos durante un tiempo, en África las cosas parecieron distintas. Incluso los observadores bien informados dudaban de que África siguiera la estela de Asia, o que se le permitiera hacerlo sin una lucha cruenta. En los países del Magreb (Marruecos, Argelia y Túnez), el poder de Francia estaba firmemente asentado. La idea francesa de un «destino» mediterráneo excluía toda verdadera separación de unos territorios que se consideraban fundamentales para el lugar de Francia en el mundo. Con un millón de colonos en Argelia (todos ellos con voz en el sistema parlamentario francés) y una Armée d'Afrique (reclutada principalmente en el norte de África) que ocupaba un lugar decisivo en su sistema militar, los gobiernos franceses de la posguerra eran doblemente reacios a ver en su retirada forzosa de Indochina lección alguna que aplicar en el norte de África. En el África subsahariana, los británicos, franceses, portugueses y belgas veían menos razones aún para preparar una retirada en el futuro previsible.

El África subsahariana se había visto afectada indirectamente por algunas de las consecuencias de la guerra —inflación, carestía, reclutamiento, industrialización localizada y propaganda estridente—, pero, salvo de forma breve en Etiopía, no había habido una verdadera guerra en su suelo, y ninguna invasión había perturbado el régimen colonial. Dada la diversidad lingüística, étnica y religiosa, parecía descartado que el nacionalismo africano llegara a tener nunca la fuerza del panárabe, ni a movilizar apoyos masivos dentro de las fronteras coloniales, por no hablar de atravesarlas. Por razones similares, la perspectiva de que los líderes africanos pudieran crear movimientos políticos inspirados en el modelo del nacionalismo indio parecía muy remota. La vasta coalición subcontinental creada por Gandhi parecía algo de otro mundo si se tenía en cuenta el carácter localizado de la política colonial en África. De hecho, lejos de evolucionar hacia naciones africanas, los Estados coloniales del África subsahariana parecían estar moviéndose en la

dirección opuesta: el África «tribal» todavía se estaba inventando, en parte al menos como respuesta africana a las formas de gobierno indirecto impuestas por los europeos. A las élites africanas, crear «tribus» (algunas, como las de los yoruba, a muy gran escala) les seguía pareciendo la manera óptima de ejercer su influencia y afianzar su poder. Por último, en el «sur blanco», fue el nacionalismo de los colonos blancos y no el nacionalismo negro africano el que se movilizó más agresivamente a partir de 1945. El programa político de la década de 1950 en Sudáfrica consistía en imponer el *apartheid* (literalmente, «separación») y fortalecer la supremacía política blanca. Construir y defender un Estado dominado por los blancos en África central era el objetivo de los colonos en Rodesia del Norte y del Sur (las actuales Zambia y Zimbabue)[890]. Además, el reforzamiento del poder blanco tenía una dimensión añadida: con el redescubrimiento de su vocación colonial a partir de 1945, el Portugal de Salazar emprendió una colonización sistemática de sus dos grandes territorios africanos, Angola y Mozambique[891].

Irónicamente, por tanto, mientras las antiguas potencias coloniales se debatían por no ser expulsadas de Asia, creían que en África disponían de tiempo que utilizar a su favor. De las plumas de los planificadores coloniales fluían borradores burocráticos para el traspaso del poder en un futuro indefinido y tras una serie de fases, como si se tratara de cursos académicos a superar por un alumno zopenco. Lo realmente importante era la necesidad urgente de hacer producir a las colonias: cacao, aceite vegetal, algodón, sisal, tabaco, cobre, oro, uranio, cobalto, amianto y aluminio. Con la escasez de dólares y la tensión provocada por la Guerra Fría, África pasó de ser el marginado de los años de entreguerras a la cueva de Aladino de Europa. El Estado «guardián», ajeno y atento solo a evitar perturbaciones, tenía que convertirse en el Estado desarrollista que se inmiscuía en todo. Las comunidades de colonos blancos de África oriental y central, considerados como una molestia superflua

por los funcionarios de antes de la guerra, debían ser ahora mimadas y animadas a crecer. En el África occidental colonial, donde no había colonos blancos, los administradores buscaron el apoyo de la élite culta de las ciudades costeras. Vista con desdén antes de la guerra, ahora se esperaba que prestara ímpetu al afán de crecimiento. Con un curioso optimismo, más romántico que racional, los estrategas políticos de Londres y París creyeron que la promesa de autodeterminación a la larga bastaría para calmar la irritación que causaría una injerencia colonial mucho mayor y que pondría los cimientos de una colaboración «euroafricana» estrecha una vez abandonado, con el paso del tiempo, el dominio colonial.

Lo que no tuvieron en cuenta fue la condición precaria del Estado colonial, que en gran parte de África había sido siempre endeble. En la era del reparto y la conquista anteriores a 1914, su objetivo iba poco más allá de mantener una paz colonial tolerable, y la fiscalidad dependía de los ingresos de los colonos y titulares de las concesiones. En el periodo de entreguerras, el dogma imperante del gobierno indirecto (fundado en el temor a desestabilizar las sociedades africanas «tradicionales») y unos ingresos castigados por la depresión favorecieron un régimen de presupuesto mínimo que delegó el poder en las llamadas «autoridades nativas», de nivel local. Los administradores más perspicaces sabían de sobra que sin una política distinta sería cada vez más difícil mantener unidas sus colonias u obtener el consentimiento general para cualquier iniciativa de la administración central[892]. Solamente la guerra (con su exigencia intensificada de acción y gastos) y la situación resultante lograron que la reforma se planteara como algo urgente. Sin embargo, lo que los estrategas políticos pretendían que fuese un avance consensuado hacia una voz africana de mayor peso y un Estado más activo tenía un significado diferente desde la perspectiva africana. En la austeridad de posguerra, los gobiernos coloniales tenían que regular los precios, contener los salarios, reprimir el descontento de los trabajadores y limitar el consumo lo-

cal. Debían imponer mejoras agrícolas y ganaderas nada bienvenidas, tales como baños de insecticida para el ganado y medidas contra la erosión o la quema de cacaoteros enfermos. Con la marea de expertos foráneos y (en algunos lugares) nuevos colonos, el África colonial vivió lo que algunos historiadores calificaron de una «segunda ocupación colonial»[893]. No es de extrañar que este revuelo repentino de actividad del régimen colonial fuera recibido con sospecha y resistencia. En un espacio corto de tiempo, los gobiernos coloniales tuvieron que elegir entre dos alternativas: podían entregar más rápidamente el poder a los líderes africanos y tratar de obtener un mayor apoyo popular (la vía elegida por los británicos en Ghana tras los disturbios de 1948), o bien optar por la represión con la esperanza de que las medidas contundentes desalentaran a los «extremistas» (el término con el que se calificaba a los que se negaban a cooperar con los gobiernos coloniales) y poblaran las filas de aquellos (llamados moderados) que estaban dispuestos a aceptar cambios políticos lentos y un periodo indefinido antes del gobierno de la mayoría africana[894].

La opción preferida por los gobiernos de Londres y París (e incluso por Bruselas), una vez que quedó de manifiesto la magnitud del resentimiento de los africanos, fue evitar la confrontación y llegar a un nuevo acuerdo con sus líderes. En Kenia y África central, sin embargo, fue descartada por las comunidades de colonos blancos, que se hacían oír con fuerza. Cuando los colonos se convirtieron en blanco de los ataques de los africanos en Kenia (aunque el número de los asesinados fuese minúsculo) fue imposible resistirse a la exigencia de un estado de emergencia. Como resultado, se desató un enorme ciclo de violencia, pues en Kenia la insurgencia del Mau Mau entre los kikuyu se alimentaba en igual medida del resentimiento contra otros kikuyu que del odio por los colonos. El cambio económico había permitido a muchos notables kikuyu y a sus seguidores enriquecerse a expensas de los pobres, los que no poseían tierras y los peor relacionados. Las antiguas nociones de eco-

nomía moral y reciprocidad social se habían venido abajo[895]. Cuando el pánico de los colonos empujó al Estado colonial a recurrir a la represión, esta convirtió dichas tensiones en una guerra social: los jefes «leales» atacaron a los sospechosos de simpatizar con el Mau Mau, y estos respondieron con igual violencia o huyeron a la selva, base de la guerra de guerrillas. En 1956 se acabó con la resistencia del Mau Mau, pero incluso en Kenia, debido al coste de una operación de seguridad prolongada, la necesidad de atraer a las comunidades africanas al bando gubernamental y la pésima imagen engendrada por las atrocidades y brutalidades del aparato represivo (en particular los campos donde se «rehabilitaba» a los sospechosos de pertenecer al Mau Mau)[896]ya en 1960 el traspaso de poder se había vuelto inevitable. Para entonces la independencia bajo gobiernos elegidos y encabezados por africanos era ya la política aceptada por los gobiernos coloniales, con la excepción de Portugal, pero lo que se esperaba y pretendía era controlar el calendario del cambio, instalar regímenes «moderados» con los que mantener relaciones cordiales, y mantener una supervisión estrecha de las relaciones exteriores y el desarrollo interno de las excolonias. Como el África subsahariana seguía pareciendo un remanso de la escena internacional, lejos del frente de la Guerra Fría, los gobiernos coloniales creyeron disponer de tiempo de sobra para efectuar la transición poscolonial.

La crisis del Congo hizo añicos aquella ilusión. El gobierno belga había concedido la independencia en junio de 1960 sobre la premisa de un cambio mínimo en su papel e influencia en los asuntos del Congo[897]. Fue un error de cálculo catastrófico. En cuestión de días el ejército se rebeló sembrando el pánico y el terror entre la gran comunidad de los expatriados. El nuevo primer ministro, el carismático Patrice Lumumba, rechazó una asociación poscolonial estrecha. Las provincias de Kasai del Sur y Katanga, ricas en minerales, declararon su secesión unilateral de la nueva República del Congo, en el caso de Katanga con la connivencia de Bruselas, quizá con el objetivo de acabar

con Lumumba. En agosto de 1960 Lumumba pidió ayuda a la Unión Soviética, y las armas y el personal soviético no tardaron en llegar. Naciones Unidas envió una fuerza de diez mil hombres para mantener unido el país, pero con el surgimiento de nuevos gobiernos separatistas, la escalada de violencia en la lucha por el control de ejércitos rivales, el asesinato de Lumumba por soldados katangueses (y posiblemente belgas)[898]y las diferencias internacionales acerca del cometido de las fuerzas de la ONU, el país considerado solo tres años antes como colonia modelo se había convertido en «el desastre del Congo»[899]. Pese a que entre 1964 y 1965 se logró recuperar cierta apariencia de orden, la tragedia del Congo había transformado el sentido de la descolonización en África. Había puesto al descubierto el peligro inesperado de una competencia fruto de la Guerra Fría entre Occidente y la Unión Soviética en África, y vino a confirmar la conveniencia (desde la perspectiva de Londres) de una pronta retirada de las restantes colonias británicas en África central y oriental antes de que sufrieran el contagio del desorden. Lo más decisivo de todo fue que remachó entre los blancos que vivían al sur del Zambeze la noción de que la consecuencia inevitable de las concesiones a los nacionalistas africanos sería la anarquía y la barbarie. A la vez que se precipitaba la marcha hacia la independencia completa en el resto de África (incluso Argelia, a pesar del millón de *pieds noirs* —colonos franceses—, se había emancipado del control francés en 1962), en su tercio sur el control blanco se afianzó en un bloque sólido que incluía también a las colonias portuguesas de Angola y Mozambique. Era un nuevo y peculiar «reparto» de África.

Tanto como en Oriente Próximo o el resto de Asia, la descolonización en África no supuso una ruptura nítida con el pasado imperial, ni un billete de entrada en un «mundo de naciones»: los nuevos Estados africanos heredaron las debilidades de los predecesores coloniales cuyo lugar ocuparon tras unas transiciones muy breves. Las lealtades regionales o locales eran mucho más fuertes que el nacionalismo, y construir identida-

des nacionales sin una lengua vernácula común planteaba un reto formidable. El legado «tribal» del dominio colonial había calado hondo; de hecho, en muchas partes de África crear nuevas formas de etnicidad tribal fue el medio habitual de adaptarse a la mayor escala de la vida económica y social. Entretanto, la presión para aumentar el papel del Estado era intensa, ya fuese en los servicios sociales o el desarrollo económico. La necesidad imperativa de todos los nuevos regímenes era encontrar fuentes exteriores de ayuda financiera, y en muchos casos militar, antes de perder el apoyo de sus partidarios[900], una situación abonada para el crecimiento de la influencia exterior en un nuevo formato poscolonial. Si las mayores potencias del mundo encontraban motivo para hacerlo, los medios para construir nuevos imperios «de influencia» estaban más que disponibles.

Imperios no declarados

La descolonización se comprende mejor como la disolución del orden global (geopolítico, legal, económico, cultural y demográfico) característico surgido en la década de 1840, consolidado en la de 1890 y que continuó tambaleándose durante las de 1940 y 1950 allí donde las circunstancias favorecieron su supervivencia. La capacidad de mantener el viejo sistema imperial de las potencias coloniales supervivientes se fue esfumando rápidamente a partir de 1945, y ese, como hemos visto, fue uno de los elementos clave del nuevo paisaje internacional de posguerra. El otro, igualmente decisivo, fue el colapso sangriento de los imperialismos bélicos de Alemania y Japón. Fue la caída casi simultánea de ambos tipos de régimen imperial —el «antiguo régimen colonial» y el «nuevo imperialismo»— lo que abrió el espacio para que surgieran nuevos imperios mundiales dotados de nuevas ideologías, métodos y fines.

Aun así, la rapidez de la expansión del poder estadounidense tuvo algo de sorprendente. Aceptar compromisos fuera de América del Norte o Central había sido siempre algo polémico entre la opinión pública de Estados Unidos, y la aversión a las complicaciones en el exterior estaba muy arraigada. Muchos estadounidenses consideraban que su libertad había nacido del rechazo deliberado a la mentalidad atávica y a los afanes bélicos de un Viejo Mundo decadente, y que un contacto excesivo con él podía amenazar gravemente dicha libertad. El sistema político de Estados Unidos parecía mal equipado para formular y ejercer la política exterior, cuya continuidad embarrancaba a menudo en los bajíos de la controversia interna. La actitud de los estadounidenses tendía a la unilateralidad y a desdeñar la necesidad de las coaliciones y compromisos que por definición forman parte de una diplomacia activa, y venía a reforzarla mucho la tradición legalista que consideraba las relaciones exteriores como algo regulado idóneamente por decisión judicial y acuerdos solemnes vinculantes[901]. Por contraste, la diplomacia a la europea —el oportunismo en defensa del interés nacional— parecía cínica, autodestructiva y vana. La actitud descrita contribuyó a la negativa estadounidense a ingresar en la Liga de Naciones o a ayudar a contener la expansión nazi antes de 1939. Y sin embargo, a partir de 1945 los gobiernos estadounidenses se implicaron y asumieron responsabilidades enormes en todo el mundo, y tejieron una red de alianzas para mantener esa presencia. ¿Qué había cambiado?

Fueron dos los factores que transformaron la perspectiva estadounidense. El primero fue la extraordinaria brecha que se abrió entre el poderío material de Estados Unidos y el de cualquier otro Estado. En la década de 1950, cinco años después de la guerra, la economía norteamericana producía el doble que las de Gran Bretaña, Francia y Alemania juntas (frente a una igualdad aproximada en 1913)[902]. La ventaja económica quedaba subrayada de forma aplastante por la posesión de la tecnología nuclear y la capacidad exclusiva de desplegar armas

atómicas. Por sí mismas, quizá, estas nuevas fuentes de poder habrían favorecido una actitud aún más aislacionista que la del periodo de entreguerras, pero se combinaron con la conciencia de que el perímetro defensivo para la seguridad del país se había ampliado enormemente debido a los avances en el transporte aéreo, y con la necesidad de gestionar la economía internacional para evitar una depresión posbélica. La *Fortress America* («América Fortaleza») ya no era invulnerable, pero a cambio, los líderes estadounidenses podían aprovechar ahora un margen de poder tal que podían formar alianzas en términos que garantizaran la primacía de Estados Unidos. El miedo a volver a la pesadilla estratégica de 1941-1942 les proporcionó la motivación para hacerlo.

El resultado fue la creación de un «sistema» imperial estadounidense en todo salvo el nombre. En 1946 se trazaron los planes para un mando naval en el Mediterráneo. En 1947 la doctrina Truman prometió ayuda militar a Turquía y Grecia frente a la presión soviética, y el plan Marshall asignó los medios para reconstruir las economías deshechas de Europa occidental. A principios de 1948 Washington mostró su disposición a negociar un pacto atlántico que comprometiera a Estados Unidos en la defensa de Europa occidental y el Senado dio su bendición con la resolución Vandenberg. En abril de 1949 se firmó el Tratado del Atlántico Norte, y dos años después se desplegaron tropas estadounidenses para la defensa terrestre de Europa occidental. Hubo acuerdos paralelos con Canadá (sobre el que transcurría la ruta aérea más corta a la Unión Soviética) y Asia oriental, donde el pacto de seguridad mutua con Japón se firmó en 1951. Para entonces los elementos principales del sistema estaban ya en pie. No era un sistema simétrico: se componía de una alianza estrecha con Gran Bretaña, el miembro europeo decisivo del pacto del Atlántico Norte, y de una asociación defensiva con los demás Estados de Europa occidental. Alemania occidental (cuyo ejército estaba bajo un mando estadounidense de hecho) y Japón (donde Estados Uni-

dos gozaba de amplios derechos extraterritoriales) eran semiprotectorados. Las Filipinas (técnicamente independientes desde 1946) cedieron a Estados Unidos el control de unas veintitrés bases, y se comprometieron a no cederlas a nadie más sin su consentimiento; era un protectorado en todo salvo el nombre[903]. Micronesia permaneció bajo la supervisión directa de Estados Unidos en función de sus bases, sobre todo Guam, la fortaleza de Estados Unidos en el Pacífico occidental, con el fin de proteger la ruta a Japón y las Filipinas[904]. A esta lista se podría añadir la vasta esfera estadounidense de «imperio informal» en Hispanoamérica, donde la guerra había supuesto la extinción final de la presencia comercial británica. El Tratado de Río de 1947 (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca) contemplaba la ayuda militar de Estados Unidos frente a ataques armados u otro tipo de agresiones (léase subversión comunista) contra los Estados del continente. En la década de 1950 solo tres gobiernos latinoamericanos mantuvieron relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

No existían precedentes de un imperio tan colosal. Ninguna potencia mundial anterior se había atrincherado en ambos extremos de Eurasia ni había tenido el poder para hacerlo. Lo que lo hizo posible fue en parte el empeño con el que se procuraba la amistad de Estados Unidos y lo bienvenido de su liderazgo. La alianza anglo-estadounidense fue un ejemplo inusitado de cooperación entre una potencia imperial en declive (que esperaba recuperarse) y su evidente heredera. Durante una época crucial, ambas partes aceptaron el mito de la igualdad y ejercieron una especie de condominio. En Europa occidental, América construyó un imperio «por invitación», por emplear la impactante expresión de Geir Lundestad[905]. En Japón, como hemos visto, la élite política prefirió los términos onerosos del pacto de seguridad a los riesgos de un bandazo a la izquierda de la opinión pública. Fuesen reales o imaginarios sus motivos, el miedo al comunismo y la expansión soviética catalizó la colaboración en el exterior y alimentó dentro de Estados Unidos la

disposición a asumir las obligaciones del poder. En ninguna otra circunstancia podría haber contado Estados Unidos con una aquiescencia semejante para su nuevo papel mundial.

A principios de la década de 1950, la geopolítica y la ideología se vieron reforzadas por el tercer componente de la influencia estadounidense. Con la recuperación gradual de las economías europeas y de la japonesa, el efecto estimulante del plan Marshall y el acicate añadido del gasto militar durante la guerra de Corea, el comercio internacional rompió el largo estancamiento de 1913-1950. Las exportaciones mundiales doblaron su valor entre 1953 y 1963, y casi doblaron su volumen[906]. Estados Unidos había desempeñado el papel más importante en crear las condiciones de este *boom,* y sin su apoyo ni el Fondo Monetario Internacional (cuyo fin era favorecer la estabilidad de los tipos de cambio) ni el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio —GATT— (para liberalizar el comercio) habrían podido hacer nada. Por encima de cualquier otro factor, quizá fue el dólar estadounidense, convertible en oro, el que aportó la reserva de divisas universalmente aceptada de la que dependía la expansión del comercio. Estados Unidos, por supuesto, estaba perfectamente situado para cosechar los beneficios de la nueva economía comercial. Entre 1939 y 1950 el valor de las inversiones norteamericanas en el extranjero creció más del doble. La industria estadounidense alcanzó su cumbre competitiva en la década de 1950, y en sectores como el transporte aéreo y la industria del entretenimiento de masas, sus productos eran casi imbatibles. El «poder blando» de la influencia económica y cultural respaldaba el «poder duro» militar y estratégico, y ningún país que dependiera de una moneda para el comercio podía arriesgarse a desairar a Washington, no fuera que en un momento difícil se le retirara el apoyo del dólar.

El área enorme en la que Estados Unidos ofreció —o impuso — su protección estratégica (en 1955 disponía de 450 bases en

36 países) se solapaba con la esfera de la nueva economía internacional que giraba en torno a Estados Unidos, y combinadas constituían la llamada *Pax Americana.* Durante la década de 1950 esta se consolidó rápidamente, aunque no sin tensiones. El de 1956 fue un año crítico: la negativa estadounidense a ayudar a la revuelta húngara contra la hegemonía soviética señaló la aceptación tácita del reparto de Europa de 1945-1948. Casi simultáneamente, al obligar a Gran Bretaña y Francia (mediante la presión económica) a desistir de su intento de destruir el régimen de Nasser, Washington hizo saber a sus aliados europeos que debían gestionar lo que quedaba de sus ámbitos imperiales de una forma acorde con los planes de Estados Unidos. El regreso general a la convertibilidad de las monedas occidentales en 1958 marcó el final de la economía de emergencia y la normalización del comercio global[907]. En Oriente Próximo y el Sudeste asiático, una intervención limitada parecía suficiente para atajar la expansión de la influencia soviética y estabilizar los límites entre las esferas de las respectivas superpotencias. Con la línea de contención claramente delimitada en gran parte de Eurasia y los medios estratégicos (la amenaza de ataque nuclear) para prevenir el avance soviético sobre Europa occidental, el equilibrio global parecía sólidamente inclinado hacia la primacía de Estados Unidos.

De hecho, los efectos globales de la división de Eurasia no se podían contener tan fácilmente, y la principal razón era la trayectoria asombrosa del poderío soviético. En los tres años de guerra de 1942 a 1945, partiendo del borde del abismo de una derrota catastrófica, la Unión Soviética se recuperó y desempeñó el papel más importante en la victoria sobre Alemania. Como recompensa obtuvo una ampliación masiva de su esfera de influencia en Europa oriental y central, y, sobre todo, un poder de veto efectivo sobre la reunificación de Alemania. Este gran triunfo en el oeste puso los cimientos principales del poder mundial soviético. Quizá el elemento fundamental del poderío posbélico del sistema imperial soviético fue su superioridad

geopolítica: la avanzada militar de la que disponía en Alemania oriental amenazaba el núcleo mismo de Europa occidental y neutralizaba la ventaja estadounidense en armamento de alta tecnología. Sus satélites de Europa oriental custodiaban la ruta a Ucrania y el sur de Rusia que con tan devastadoras consecuencias había seguido la Wehrmacht en 1941-1942. En tanto se mantuviera este *limes,* la Unión Soviética era prácticamente invulnerable en una guerra convencional. Dos cosas hicieron mucho más fácil de lo que de otro modo hubiera sido remachar el control soviético sobre un área tan extensa de la Europa ocupada en 1945-1948: en primer lugar, la ausencia de toda amenaza seria procedente de Asia oriental comparable a la de Japón antes de 1941. Más aún, la victoria de Mao Tse-tung en la Guerra Civil china fue una bendición inesperada, y Moscú pudo dirigir toda su fuerza hacia el oeste. En segundo lugar estaba el legado del imperialismo nazi, que había decapitado prácticamente a las élites políticas de la Europa oriental de preguerra (tarea que el NKVD —la policía secreta de Stalin— tuvo mucho gusto en rematar) y sembrado amargas divisiones entre los grupos sociales, religiosos y étnicos a los que había favorecido o perseguido durante un conflicto desesperado.

Con todo, la brusca ampliación de la esfera soviética en Europa oriental y central era una carga colosal, en la que la cantidad de hombres necesarios no era el factor menos importante. Asumía esa carga un país que había perdido en la guerra un 14 por ciento aproximado de su población (la aplastante cifra ascendía a 27 millones de personas; Estados Unidos perdió 400.000) y quizá la cuarta parte de sus recursos[908]. El fracaso de la cosecha de 1946 provocó una hambruna a gran escala. La recuperación económica fue el logro final del orden industrial de Stalin: a una población atemorizada, mal alimentada y exhausta se le impuso una disciplina laboral feroz, el trabajo forzado y una gran dependencia de mano de obra esclava o semiesclava en una medida mucho mayor que antes de la guerra[909]. Quizá un 10 por ciento de la producción industrial

provino del Gulag[910]. Cuando murió Stalin en 1953, se habían compensado las pérdidas de la guerra y la Unión Soviética había alcanzado unos niveles de crecimiento solo superados por las milagrosas economías alemana y japonesa[911]; esta fue la plataforma sobre la que Jruschov edificaría una mayor expansión de la influencia soviética.

Jruschov encarnaba la nueva confianza soviética en poder competir con Occidente en pie de igualdad, y no solo en Europa, lo que suponía todo un cambio con respecto a la mentalidad de «búnker» del periodo estalinista. Los científicos espaciales soviéticos fueron los primeros en lanzar un satélite espacial, el Sputnik, en 1957, toda una afirmación de prestigio que mostraba que habían hecho más que alcanzar a sus competidores occidentales. Jruschov autorizó la expansión del poder marítimo soviético bajo la dirección del formidable almirante Gorshkov. A finales de la década de 1950 su gran fuerza de submarinos convirtió a la armada soviética en la segunda mayor del mundo[912], con el fin de seguir de cerca a las flotas estadounidenses y negarles el dominio del mar, entendido como el control indisputable de las vías marítimas del globo. Jruschov estaba también decidido a obligar a Occidente a aceptar la división permanente de Alemania, la causa de la crisis de Berlín en 1961. El Muro de Berlín (que siguió a la negativa occidental) indicaba la voluntad soviética de seguir rigiendo indefinidamente los destinos de su dominio europeo. El aspecto más radical del enfoque de Jruschov, sin embargo, fue su astuta comprensión de las posibilidades que ofrecía la descolonización. El resquebrajamiento de la hegemonía de Gran Bretaña en Oriente Próximo, la carrera hacia la independencia del África colonial y los conflictos sociales en Hispanoamérica abrían vías para salir de la contención en Eurasia y permitir que los soviéticos se abrieran paso en el Mundo Exterior. Lo que a la Unión Soviética le faltaba en atractivo económico quizá pudiera compensarse mediante el atractivo ideológico de la «modernidad soviética». En muchos nuevos Estados, el modelo soviético de

crecimiento industrial, la fuerza y eficacia (parecía entonces) del Partido-Estado soviético y la alquimia deslumbrante de gobierno autoritario y valores igualitarios que proclamaba el marxismo-leninismo ejercían una gran atracción. Había ahí una ruta (recorrida y probada) hacia el mundo moderno que no pasaba por el sometimiento continuado a los intereses comerciales extranjeros que prevalecieron durante la era colonial o semicolonial.

La meta de Jruschov, cabe deducir, era explotar la nueva fluidez de la política global antes de que el poder estadounidense y la economía centrada en Occidente se convirtieran en la influencia dominante del mundo poscolonial. Como el Imperio alemán antes de 1914, la Unión Soviética buscó su «lugar al sol» y el derecho a determinar el orden mundial emergente. A la altura de 1960 las muestras de rivalidad se sucedían rápidamente: cuando Washington intentó aplastar la revolución de Castro en Cuba prohibiendo la importación de azúcar cubano (táctica de eficacia comprobada), Jruschov prometió comprarlo en su lugar; al estallar el conflicto del Congo, denunció la falta de apoyo al gobierno de Lumumba y pintó a la ONU como una herramienta de Occidente que requería una reforma drástica. En Londres y Washington cundió una profunda alarma[913]. En 1961 se abrió un nuevo frente en el Sudeste asiático, cuando Ho Chi Minh inició la lucha contra el régimen de Diem en Vietnam del Sur. La revolución del Yemen en 1962 y la guerra civil subsiguiente hicieron que pareciera probable que Nasser (que intervino masivamente del lado del bando revolucionario) acabaría dependiendo mucho más de la ayuda soviética, y que la guerra yemení desestabilizara a Arabia Saudí. Muy a regañadientes, los estadounidenses prometieron ayuda ante cualquier ataque al Estado saudí por parte de los clientes yemeníes de Nasser[914]. El acontecimiento más dramático de todos fue el envío de misiles soviéticos al nuevo aliado de Jruschov en Hispanoamérica. La crisis de los misiles de Cuba en octubre de 1962 se resolvió al final con la retirada de las armas a cambio

de una concesión similar con los misiles que Estados Unidos tenía previsto desplegar en Turquía y la (posible) promesa estadounidense de no invadir Cuba. El resultado pudo parecer una cesión soviética, pero la crisis reveló el ámbito creciente de su rivalidad con Estados Unidos y, desde la perspectiva de la Casa Blanca de Kennedy, confirmó la necesidad de métodos más decididos para frenar la expansión de la influencia soviética en el «Tercer Mundo» de África, Asia y Hispanoamérica. Este fue el clima en el que el inminente colapso del Vietnam del Sur de Diem se revistió de una importancia que parecía trascender lo local.

Durante los veinte años siguientes la lucha por la influencia entre las superpotencias fue el rasgo predominante de la política global. El premio no era (como en la década de 1890) un gran dominio territorial, sino un imperio informal de clientes y aliados, aglutinado por el suministro de armas y misiones militares, la ayuda al «desarrollo» y las facilidades y acuerdos comerciales. En lo que se convirtió en una pugna cambiante e impredecible hay cinco rasgos destacados. El primero fue que a partir de 1962 ninguna de las dos superpotencias quiso desafiar directamente a la otra en su «patio trasero», actitud reforzada por la paridad nuclear alcanzada a finales de la década. No hubo réplica de la otra parte a la ocupación estadounidense de la República Dominicana en 1965, ni a la invasión soviética de Checoslovaquia tres años más tarde. La diplomacia de la disuasión de la década de 1970 asumió el carácter permanente de las divisiones de Europa: el Acta Final de los acuerdos de Helsinki en 1975 era a todos los efectos un tratado de paz europeo en virtud del cual todos los Estados de Europa se comprometían a aceptar las fronteras existentes. El segundo rasgo fue la disparidad relativa en el poderío económico de los dos contendientes. A pesar de los triunfos de su complejo militar-industrial, la economía soviética siguió siendo menor y más débil que la de su adversario estadounidense. Entre 1960 y 1975 sus exportaciones en el total del comercio global nunca rebasaron el 4 por

ciento[915], mientras que la exportación de manufacturas estadounidenses ascendía al 13 por ciento en 1976[916]. A la economía de mercado libre de la que Estados Unidos era el pivote le correspondía la parte del león del comercio internacional. El tercero fue la persistente inestabilidad de la amplia zona fronteriza en la que pugnaban ambas superpotencias, un estado turbulento de cosas que surgía de las dificultades de la edificación estatal en los antiguos dominios coloniales, de los conflictos anticoloniales en algunas partes de África, y de las conmociones económicas de la década de 1970 (la «crisis del petróleo» de 1973 y la drástica subida del precio del combustible). Esa inestabilidad dio lugar a una gran demanda de armas y ayuda por parte de los regímenes establecidos y sus rivales que garantizaba el papel de las superpotencias como patrocinadores o protectores y alimentó la mentalidad del efecto dominó de sus estrategas. Creó un ámbito cada vez mayor del Mundo Exterior en el que las superpotencias guerreaban subsidiariamente: a mediados de la década de 1970 la ayuda militar soviética y su influencia política se adentraban en el Cuerno de África y el tercio sur del continente. El cuarto rasgo fue consecuencia en parte de esta inestabilidad: las dos superpotencias quedaban expuestas a grandes reveses. La derrota humillante de Estados Unidos en su intento de conservar Vietnam del Sur como Estado no comunista fue el ejemplo más aplastante, pero el repudio repentino de la alianza con la Unión Soviética por parte de Egipto al año siguiente (1976) y la expulsión de un ejército de asesores militares fue casi igual de importante en términos geoestratégicos[917]. En quinto y último lugar, como se puede deducir de esto último, por imponente que fuese su poderío militar, el control que cualquiera de las dos superpotencias podía ejercer sobre unos clientes inquietos, insumisos y obstinados tenía límites muy estrechos. En consecuencia, ambas corrían el riesgo de comprometerse en exceso con aliados poco fiables y verse arrastrados a la confrontación tanto si la desea-

ban como si no. Además, al igual que en el siglo XIX, China se resistió a ser asimilada por sistema imperial alguno.

Para muchos analistas contemporáneos, no había razón para que este flujo y reflujo del imperialismo de las superpotencias no prosiguiera indefinidamente. Para los teóricos del declive en Estados Unidos, la lección de Vietnam era que el poder estadounidense había excedido su capacidad. El esfuerzo económico de la guerra de Vietnam y el repentino aumento en el precio del petróleo (parte del intento de los Estados árabes de presionar indirectamente a Israel) detuvo el rápido crecimiento de las economías de mercado a partir de 1970, y el poderoso dólar tuvo que desvincularse del oro. Los marxistas fantaseaban con un colapso del capitalismo y una revolución mundial. Hubo proyectos de un «nuevo orden económico internacional» para organizar la transferencia de tecnología y capital a los Estados en vías de desarrollo. En Occidente se temía un giro radical en el mundo excolonial, y, con una relación de fuerzas más igualada y mayores exigencias por parte de los países en desarrollo, parecía que el afán de influir en las zonas disputadas del globo se enfrentaría a una tarea cada vez más ardua. La lucha en Angola, donde había una guerra civil entre facciones marxistas y antimarxistas, mostró lo rápidamente que una guerra subsidiaria semejante podía arrastrar a todo un subcontinente[918]. En el Cuerno de África, la ayuda soviética a gran escala a los dirigentes marxistas de Etiopía tuvo su equivalente en el apoyo estadounidense a su vecina, Somalia[919]. Más alarmante aún era la intervención directa, sin embargo: la invasión soviética de Afganistán en 1979 fue vista en Occidente como la salva inaugural de una Guerra Fría «nueva», un zarpazo del *evil empire* («imperio del mal», el memorable calificativo de Ronald Reagan) gobernado desde Moscú. La contención había fracasado, dijo el secretario de Estado al senado de Estados Unidos en junio de 1983: «Las ambiciones y la capacidad soviéticas han rebasado hace tiempo los límites geográficos que esta doctrina daba por supuestos»[920]. Lejos de abrir el telón a un «mundo

de naciones», el inesperado curso de la descolonización parecía haber preparado el escenario para nuevos tipos de imperio. Más aún, se podía haber argumentado que los daños colaterales del imperialismo de finales del siglo XX —los efectos desestabilizadores de la intervención encubierta, el apoyo económico a líderes autoritarios y la militarización de la política facilitada por el enorme tráfico de armas—[921] fueron al menos tan graves como los de su versión de finales del XIX. Desde luego, parecía que la peligrosa incertidumbre de la «coexistencia competitiva» (con la perspectiva atroz de la «destrucción mutua asegurada» como consecuencia de una guerra nuclear) era el precio inevitable a pagar en un mundo bipolar. Sin embargo, no fue así como salieron las cosas.

El vuelco fue asombroso. A mediados de la década de 1980 la magnitud de las ambiciones soviéticas parecía mayor que nunca. Desde una base avanzada en la bahía de Cam Ranh, en el sur de Vietnam, la armada soviética podía hacer sentir su presencia entre las principales rutas marítimas del Sudeste asiático y el Índico, en lo que había sido un «lago británico» hasta la década de 1950[922]. Con la ayuda de nuevos y enormes portaaviones como el *Leonid Brezhnev,* Moscú trataba de rivalizar con la capacidad de Estados Unidos de intervenir en todo el globo. En menos de media década esta inmensa estructura imperial —la potencia que abarcaba todo el norte de Eurasia y el rival tenaz en el sur de Asia, África y Oriente Próximo— simplemente se vino abajo. En 1991 era un imperio en ruinas. No hubo «edad de plata» ni etapa de decadencia, solo un desmoronamiento calamitoso.

La explicación podría estar en las presiones convergentes hacia la reforma interna y los desafortunados planes de los líderes soviéticos para escapar del cepo que creían que se estaba cerrando sobre ellos. El principal fallo del sistema soviético era económico: a partir de 1970, el rápido crecimiento de las décadas anteriores no se pudo mantener. Los planificadores soviéti-

cos no sabían qué hacer para alcanzar la producción extra necesaria para mejorar el nivel de vida y financiar el aparato del poder militar. Sin el freno del terror, la economía planificada creada por Stalin no podía controlar a los trabajadores[923]. La ausencia de un mecanismo de precios para dirigir las inversiones y seleccionar la innovación resultó cada vez más costosa, y, para agravar las cosas, los reveses que habían afectado a las economías de mercado en la década de 1970 no fueron duraderos. Durante la década siguiente los países del G-7 (Alemania Federal, Italia, Francia, Gran Bretaña, Canadá, Japón y Estados Unidos), que constituían el núcleo del mundo capitalista, experimentaron un movimiento muy rápido hacia las formas características de la globalización comercial: una dependencia cada vez mayor de las exportaciones y el comercio, la actividad bancaria más allá de las fronteras nacionales, el flujo de capitales hacia la inversión exterior y la compraventa de divisas a gran escala[924]. La economía de empresa estadounidense se recuperó notablemente durante la década de 1980[925]. El crecimiento espectacular de los llamados nuevos países industrializados, como Singapur, Malasia, Tailandia, Taiwán y, sobre todo, Corea del Sur (el décimo productor de acero del mundo en 1989), la mayoría de ellos cobijados bajo la protección estratégica de Estados Unidos, borraron el temor a verse socavados desde dentro por movimientos marxistas de liberación. En el Sudeste asiático, la vía surcoreana a la prosperidad industrial, y no la vietnamita a la revolución campesina, fue la que ejerció mayor atractivo. En el imperio soviético la losa del gasto militar era cada vez más abrumadora, mientras que las economías satélites de la Europa oriental comunista miraban cada vez más al oeste en busca de inversiones y comercio.

La *perestroika* de Gorbachov fue un último esfuerzo desesperado de reforma imperial por parte de un nuevo líder soviético[926]. Su principal objetivo era «occidentalizar» tanto la economía interna de la Unión Soviética como la economía «imperial» del imperio exterior, para que respondieran mejor a la de-

manda de los consumidores y a la innovación tecnológica. La lógica del fenómeno tenía consecuencias de gran alcance: suponía promocionar a figuras «nuevas» y reducir el control de la burocracia del partido sobre la economía planificada; liberar recursos hasta entonces destinados al esfuerzo militar; aflojar la disciplina impuesta a los gobiernos satélite de Europa oriental y permitir el cambio «moderado»; y, por último, suponía negociar el acceso a las inversiones occidentales. Como nada de esto era posible sin calmar las tensiones de la Guerra Fría, también suponía reducir la magnitud de la presencia militar soviética: en Europa oriental y central, en los ámbitos de intervención de Asia y África, y sobre todo, en Afganistán. Sin embargo, es muy poco probable que Gorbachov pretendiera apear a la Unión Soviética de su condición de potencia global, la segunda del mundo nada menos. Lo que buscaba era una tregua, y su diplomacia de la distensión tenía el objetivo de proteger la delicada transición de Europa oriental desde la esfera del control soviético hacia un «imperio informal» o influencia fraternal. El imperio soviético se modernizaría ante la mirada de Occidente en un clima amable de «coexistencia cooperativa», y, recuperado y rejuvenecido, seguiría ofreciendo un modelo de «modernidad paralela».

Sin embargo, Gorbachov (como las antiguas potencias coloniales antes que él) se encontró con que el imperio informal no era una opción fácil. Renunciar al control y a la amenaza de la coacción suponía asumir un gran riesgo, y a falta de otros medios para mantener la lealtad de los antiguos clientes, podía resultar incluso fatal. Lo que Moscú podía ofrecer como aliciente económico era bien poca cosa en comparación con Occidente, y esto se apreciaba ya en el debilitamiento del control soviético en Polonia durante la década de 1980. Y así, a una velocidad de vértigo, la reforma en Europa oriental se convirtió en revuelta: en noviembre de 1989 cayó el Muro de Berlín, se produjo el colapso de los gobiernos prosoviéticos y se desvaneció el imperio exterior en Europa del Este. El desastre deshizo la autori-

dad y legitimidad del régimen soviético, y la economía planificada se vino abajo en el interior. Al año siguiente (1990), la revuelta se propagó rápidamente por el «imperio interior» de la Unión Soviética, cuyas repúblicas —incluida la propia Rusia, bajo Boris Yeltsin— exigieron su libertad. El intento abortado de los colegas de Gorbachov de atajar la marea política mediante un golpe de Estado y el estado de emergencia fue la gota que colmó el vaso. En diciembre de 1991 el Tratado de Alma Ata disolvió la Unión Soviética en quince nuevos Estados, reconociendo el fin de su dominio en el Báltico, Transcaucasia y Asia central. Quizá lo más revelador de todo es que incluso Ucrania, el auxiliar imprescindible del poder imperial ruso desde la década de 1650, votó por la plena independencia. La Rusia postsoviética seguía siendo una potencia colonial con un dominio enorme, pero, con una economía en graves apuros y la influencia creciente de Estados Unidos en el Asia interior, sus perspectivas quizá habrían abrumado incluso a Pedro el Grande.

¿Imperio ilimitado?

Durante la era bipolar, la construcción de imperios fue la otra cara de la descolonización. Dos grandes sistemas imperiales habían rivalizado entre sí por contener la expansión del sistema rival (real o imaginada) y estabilizar la amplia zona de inestabilidad poscolonial en beneficio propio. De hecho, la estabilización resultó ser un espejismo. Las posibilidades de que ambos rivales pudieran ponerse de acuerdo sobre un reparto global o hacer respetar siquiera los términos de este en caso de lograrlo eran todavía menores que antes de 1914. Para empezar, y al igual que la ideología interna de las dos potencias en liza, la nueva norma de soberanía inscrita en la carta de las Naciones Unidas excluía el recurso al control territorial abierto.

En segundo lugar, salvo en Europa, ninguna de las dos potencias estaba dispuesta a dar permanentemente por perdida ninguna región del mundo en la que quedara alguna esperanza de cambio político. También desde ese punto de vista la ideología interna se mantenía firme. En tercer lugar, en el mundo poscolonial el legado del imperio había sido cualquier cosa menos una forma serena de emprender una nueva vida. Las disputas geopolíticas entre los Estados poscoloniales, los conflictos religiosos y étnicos sin resolver, el uso del poder estatal para amasar fortunas privadas y la vulnerabilidad de Estados débiles ante la desestabilización económica procedente del exterior fueron algunos de los frutos amargos de la emancipación de las colonias, e incrementaron enormemente el riesgo de trastornos y el margen para intervenciones externas, bienvenidas o no. En cuarto lugar, y aunque las dos superpotencias habían establecido los límites de sus esferas imperiales, tenían que enfrentarse a la hostilidad irreconciliable del tercero excluido. Con independencia de que se cortejara a China o se riñera con ella, este país seguía siendo la gran incógnita en la política de las superpotencias. Ninguno de los dos bandos podía tener la certeza de cuándo o cómo iba a alterar las reglas de juego. Es más, a finales de la década de 1970 el giro de China hacia el capitalismo y el extraordinario crecimiento de una economía hasta entonces cerrada, introdujeron un enorme factor de incertidumbre en la última década de la rivalidad entre las superpotencias.

Ahora bien, ¿qué sucedería cuando el colapso de la Unión Soviética pusiera fin a la competición? Quedó claro inmediatamente que no iba a producirse ningún repliegue estadounidense hacia el aislamiento hemisférico. No se iba a dar marcha atrás a la gran ampliación del poderío y de la influencia norteamericanos que había tenido lugar a partir de 1945. La Guerra Fría fue la gran era de la expansión estadounidense. El inmenso volumen del comercio y de las inversiones norteamericanas, así como su dependencia de los productos de importación (en particular del petróleo), hacían que fuera igual de importante que

al final de la Segunda Guerra Mundial que ese país llevara la voz cantante a la hora de formular las reglas de la economía internacional. La revolución geoestratégica provocada por la potencia aérea, la tecnología de los satélites y las armas nucleares dejó todavía más sentado que la seguridad estadounidense era una cuestión global y no hemisférica. Así pues, la respuesta norteamericana al final de la Guerra Fría no consistió en considerarla como la ocasión para desprenderse de la carga imperial, sino como una oportunidad metahistórica para fijar el rumbo de la historia universal[927]. Había llegado el momento para rematar la transformación de la economía global, ya en curso durante las décadas de 1970 y 1980. Las economías cerradas debían abrirse; los monopolios estatales debían quebrarse; debía imponerse una política de puertas abiertas; la propiedad privada (sobre todo la propiedad privada extranjera) debía ser garantizada. La receta de Woodrow Wilson para la paz internacional, obstaculizada durante largo tiempo por el marxismo-leninismo, el nazismo y el colonialismo europeo a la vieja usanza, podría aplicarse por fin en el mundo entero. La marea regeneradora del libre intercambio económico y sus subproductos culturales arrastrarían consigo las diferencias políticas, las cicatrices del nacionalismo, las heridas dejadas a su paso por la guerra de clases y hasta los horrores del odio racial, pues la economía de mercado suscitaría una irresistible demanda de democratización. Libres de la tiranía de la economía planificada y la opresión espiritual de la guerra ideológica, los pueblos hasta entonces sometidos optarían de forma natural por la democracia liberal. El corolario decisivo de esta tarea global era geoestratégico. No se podía permitir que ningún Estado frustrara su realización a través del uso de la fuerza o que amenazase a sus vecinos para forjarse un «imperio» regional destinado a levantar una barrera ante la economía global y su cultura liberal. La enorme superioridad militar acumulada por Estados Unidos a finales de la Guerra Fría debía desplegarse ahora para congelar el equilibrio global del poder allí donde más importa-

ra. Para el veterano estratega Zbigniew Brzezinski la lógica de todo era obvia. La política norteamericana no tenía otra opción que desempeñar un papel de dirección en la geopolítica de Eurasia[928].

Apenas podía resultar sorprendente que el ámbito aparentemente ilimitado de la ambición estadounidense generara reacciones muy diversas. Libre de la restricción de tener que solicitar buena voluntad y de la necesidad de recurrir a sus alianzas de la era de la Guerra Fría, Estados Unidos no solo estaba cabalgando la ola del triunfo ideológico, sino que parecía tener plena libertad de utilizar su poder económico y militar frente a toda oposición y frente a la oposición de todos. Las referencias al «imperio» norteamericano, hasta entonces limitadas a la retórica de la izquierda, se hicieron cada vez más comunes. Un imperio universal en el que un Estado imponía sus leyes internas a todos los demás era algo diametralmente opuesto a la larga tradición del derecho internacional que se había venido desarrollando en Europa desde el siglo XVII. En esa tradición, lo que se subrayaba constantemente era la necesidad de respetar la soberanía de los Estados, así como el requisito de buscar el acuerdo de todos (en el siglo XIX, el de todos los Estados «civilizados») a la hora de formular las reglas de conducta internacional[929]. La inquietud de la izquierda se sumó a la sospecha de muchos Estados poscoloniales de que las libertades de las que habían gozado bajo las condiciones de la bipolarización estaban a punto de desaparecer, y con la queja más amplia de que la construcción de culturas descolonizadas (en las que la «normalidad» de Occidente ya no era algo que se daba por supuesto) era una tarea imposible frente a la «globalización» bajo los auspicios norteamericanos.

Estos temores se agudizaron al final del siglo, pues fue entonces cuando los supuestos fáciles acerca del mundo posterior a la Guerra Fría comenzaron a despejarse. En Oriente Próximo, en Asia oriental y en el África subsahariana, la conflictividad y

la inestabilidad de la era de la Guerra Fría daban muestras de gran persistencia. La historia no había llegado a su fin. La descolonización, en su sentido más amplio, seguía sin ser completa. En Estados Unidos la reacción consistió en afirmar con mayor rotundidad todavía que el poderío estadounidense debía ser utilizado para asegurar sus triunfos e imponer el programa del nuevo orden mundial posterior a 1989. El debate subsiguiente hizo aún más explícita la cuestión de si Estados Unidos era o no un imperio o debía adoptar el papel de una potencia imperial. Lo que percibieron los críticos fue el agresivo renacimiento de dos actitudes profundamente arraigadas ante el resto del mundo. La primera fue el unilateralismo: la reticencia a estar vinculado por normas establecidas para otros. Surgía de creencias acerca de los orígenes «excepcionales» de Norteamérica como una sociedad democrática en un mundo gobernado por déspotas o por los desechos feudales de la nobleza europea. La segunda fue el universalismo: lo que era bueno para Estados Unidos era bueno para el mundo. Las instituciones democráticas inspiradas en el modelo norteamericano, la versión estadounidense de la economía de mercado y una cultura comercial pensada para el consumo de masas eran las mejores garantías de riqueza y estabilidad, y negarse a adoptarlas era un acto de hostilidad contra la paz y el progreso. En una potencia aislacionista, el unilateralismo y el universalismo habrían sido flaquezas inofensivas. En la única superpotencia del mundo, se convirtieron en los elementos principales de una perspectiva imperial. En conjunción con el recurso a una diplomacia coercitiva o a la intervención armada, constituían la ruta que conducía a un «imperio» en el que la guerra perpetua en el exterior acabaría subvirtiendo la democracia en el interior[930].

Carece de objeto discutir si hay que considerar a Estados Unidos como una potencia imperial: eso ya ha quedado demostrado. A partir de 1990, este país se convirtió en el único imperio mundial. Un Estado que disponía de medios para intervenir por la fuerza en casi cualquier parte del planeta, que tenía una

ventaja inmensa en poderío militar sobre todo posible rival y que disponía de una economía avanzada cuyo tamaño era más de dos veces superior al de su competidor más próximo constituía, de hecho, un imperio de ese tipo. Que Estados Unidos careciera de las posesiones coloniales que en parte habían contribuido a la preeminencia mundial de la Gran Bretaña victoriana es un dato irrelevante. La ideología pública, los objetivos económicos y los métodos políticos de la Gran Bretaña victoriana eran muy diferentes a los de la Roma del siglo I, pero ambas regentaron imperios. Los imperios existen para acumular poder a gran escala, y la forma que adoptan refleja las condiciones preponderantes, no la adhesión espontánea a un modelo obsoleto. La cuestión realmente interesante en lo tocante al imperio estadounidense no es su existencia (que podemos dar por sentada) sino los límites a los que (al igual que todos los imperios anteriores) puede estar sujeto (o no).

Podemos enumerar brevemente los elementos de su poder. En 2003, Estados Unidos disponía de más de 700 bases (y 234 campos de golf militares) en 130 países, sin contar un gran número de instalaciones «temporales». Un contingente militar compuesto por más de 250.000 efectivos servía en ultramar en los inmensos comandos regionales («Pacom», «Southcom», «Centcom», etcétera) en los que estaba repartido el planeta. Con cincuenta y cuatro submarinos nucleares de ataque, doce portaaviones, una docena de portahelicópteros y una inmensa flota de buques de apoyo, Estados Unidos domina los mares. En el espacio, el aire y en la guerra terrestre moderna, la superioridad norteamericana es poco menos que incuestionable. En términos económicos, la magnitud de la riqueza estadounidense resulta igualmente abrumadora. En 1999 casi un tercio de la producción mundial bruta correspondió a Estados Unidos[931]; su producto interior bruto es cinco veces superior al de China. En tanto comprador y vendedor a escala masiva, voz cantante en la organización que regula el comercio y las finanzas mundiales y sede de muchas de las multinacionales más

grandes del mundo, Estados Unidos tiene la capacidad de ejercer un inmenso «poder blando». En tercer lugar, el éxito económico, el prestigio y el atractivo de la democracia a la americana se han coaligado para crear nuevas cabezas de puente de su influencia en todo el mundo. El voluminoso monedero con el que recompensar la cooperación y la amistad, y las redes sociales construidas por los vínculos de las instituciones educativas, las migraciones y las diásporas cuyos miembros más acaudalados residen en Estados Unidos, ofrecen los medios para hacer que esas cabezas de puente arraiguen cada vez más, pues al igual que antes había sucedido con el británico, el imperio norteamericano no es el coto de gobiernos y responsables políticos: gran parte de la energía que alimenta la expansión estadounidense es privada y no oficial.

No obstante, podría sostenerse que estos activos «imperiales» han sido sobreestimados, que menguarán poco a poco y que se echan fácilmente a perder. El poderío militar norteamericano, según insinúa un observador perspicaz, tiene la capacidad de dominar fácilmente los espacios comunes del planeta. Sin embargo, está mal preparado para la guerra irregular en territorios densamente poblados, en grandes complejos urbanos o en terrenos no aptos para el empleo de armamento mecanizado. En esos entornos, la pura superioridad numérica, al igual que la predisposición a sufrir grandes pérdidas, puede ser mucho más importante[932]. En el futuro, apuntalar regímenes amistosos o someter a la resistencia podría resultar igual de difícil que en Vietnam. El fracaso militar minaría el prestigio y la moral, y alentaría una contumacia aún mayor. A medida que Asia oriental y meridional se conviertan en las regiones más productivas del mundo, el poderío económico norteamericano podría enfrentarse a un desgaste similar. El valor del dólar ya depende del influjo de ahorro procedente de Japón y China, y padecería mucho si dicho influjo cambiara de rumbo. Como consecuencia de la difusión mundial de las prácticas empresariales estadounidenses, ahora la ventaja competitiva que esas

prácticas proporcionaban en otros tiempos la comparten en gran medida otras economías avanzadas[933]. Existe un poderoso argumento según el cual, pese a todo el poder de Estados Unidos, este país ya no puede soportar la carga representada por (al menos sin pagar un alto precio) la masa de reglas, normas, costumbres y convenciones que rigen los negocios mundiales y que dependen del consenso. Tampoco debería darse por sentada una dócil aquiescencia de la cultura popular estadounidense. La resistencia cultural, como puede comprobarse marcadamente en el caso del fundamentalismo islámico, podría difundirse con mayor rapidez a medida que las élites custodias de las culturas vernáculas teman por la pérdida de su influencia. Y a medida que los costes de la grandeza vayan aumentando y sus beneficios vayan disminuyendo, es posible que el contribuyente estadounidense acabe hartándose de las cargas del imperio y pierda la fe en el esfuerzo por mantener la preeminencia solitaria del poder estadounidense. El ciclo del cambio volvería a comenzar.

En teoría, todas estas cosas podrían corregir el desequilibrio de un mundo unipolar. Y cabe la posibilidad de que así sea. Ahora bien, es difícil estar seguro de ello. Puede que el poderío militar norteamericano carezca de los medios para ganar guerras en la «zona disputada» donde los conflictos son de «baja tecnología» y el número de víctimas es elevado. No obstante, es posible que encuentre aliados dispuestos (por un precio) a soportar los costes de librar tales «guerras sucias». Es posible que la industria estadounidense acabe por dejar de ser competitiva, y que su balanza de pagos comercial acabe siendo todavía más desfavorable. Sin embargo, el papel de Estados Unidos como pivote monetario de la economía global y el complejo vínculo existente entre el valor del dólar y el poderío militar norteamericano es capaz de imponer la exacción de una inmensa «renta» que otros pagarán hasta el lejano día en que aparezca un sustituto. En tercer lugar, está muy lejos de estar claro que la resistencia cultural (salvo en formas muy localizadas) limite de for-

ma efectiva la difusión de la cultura «anglo» de Estados Unidos, dotado de un inmenso arsenal de producción mediática, instituciones educativas y actividad investigadora. A comienzos del siglo XXI, la mayor parte de los indicios apuntan en sentido contrario. En cuarto lugar, aunque no cabe duda de que la colaboración de las élites políticas de distintas partes del mundo fluctuará, resistirse a la influencia norteamericana podría ser cada vez más difícil. Las fronteras de los Estados (sobre todo de los Estados débiles) se volverán cada vez más porosas, y parece probable que el poder de las empresas transnacionales dentro de ellas (ya se trate de compañías comerciales o de organizaciones no gubernamentales) aumente. Puede que movilizar al «nacionalismo» contra el opresor externo se vuelva más difícil todavía. Existe la misma probabilidad de que otras formas de resistencia se dirijan contra los Estados clientes de Estados Unidos que contra el propio Estados Unidos. Y a falta de otro gran «patrocinador» que ofrezca apoyo internacional, los costes de una resistencia que vaya más allá de lo puramente local podrían resultar excesivos. En quinto lugar, pese a todos los pronósticos sobre la aparición de nuevos rivales (el candidato habitual suele ser China), es por lo menos igual de probable que las tensiones internas del cambio sociopolítico hagan fracasar su avance hacia la condición de superpotencias. Por último, las posibilidades de una revuelta interna contra la carga imperial estadounidense dependerán en gran medida de los costes que esta imponga. Por todos estos motivos, dichos costes son muy difíciles de prever.

Con esto no pretendemos decir que el poder de Estados Unidos no tenga límites. No obstante, de acuerdo con casi cualquier criterio, ese poder trasciende los límites de los imperios que hemos visto constituirse desde comienzos del siglo XV. Aquellos autores que han comparado el estatus «hegemónico» de Estados Unidos con el de la Gran Bretaña victoriana demuestran una ignorancia asombrosa de la historia de ambos

países. Saber si ese poder se utilizará para hacer del mundo un lugar más seguro o para agudizar sus conflictos por medio de intervenciones mal administradas es una cuestión completamente distinta. Ninguna previsión es segura. Como todas las generaciones anteriores, nos enfrentamos al futuro con poco más que conjeturas en las que basar nuestros planes. En caso de que el ritmo de la integración económica (lo que denominamos «globalización») disminuyera marcadamente o diera marcha atrás, lo dicho en el párrafo anterior perdería gran parte de su relevancia, y nuestra perspectiva acerca del pasado, además de sobre el futuro, quedaría alterada una vez más.

9

La sombra de Tamerlán

9. La plaza de Tiananmen: el imperio continúa

Al principio de este libro se argumentó que la fisonomía del mundo contemporáneo no se puede explicar alegando que es el producto de una economía global y de sus efectos secundarios políticos y culturales. Tras las variaciones de riqueza y poder, las divergencias de instituciones y de valores y las diferencias en materia de lazos culturales y religiosos que tan visibles siguen siendo en el mundo del siglo XXI, subyace una historia mucho más compleja de construcción competitiva de imperios, Estados y culturas. Sin embargo, no se trata de una historia cuyas pistas sean fáciles de seguir, y sigue siendo muy controvertida. A veces se la retrata como la brutal saga de un imperialismo depredador, la invasión del desventurado mundo no occidental por parte de Occidente. La perspectiva contraria es igual de tosca: la historia del mundo se convierte en la larga marcha hacia la modernidad, con Occidente como guía y utilizando su plantilla. Puesto que ninguna de estas dos versiones es capaz de recabar sino apoyos partidistas, es fácil comprender el atractivo del repliegue sobre el determinismo geográfico. No obstante, aun en el caso de que fuera cierto que una mayor oferta de plantas y animales domesticables explicase por qué fue Eurasia la que conquistó el «Mundo Exterior» y no al revés[934], eso no dilucidaría el problema del que se ocupa este libro: el cambiante equilibrio de poder y riqueza dentro de la propia Eurasia a lo largo del último medio milenio.

Por mucha pasión que susciten, lo que se desprende de este libro es que las historias basadas en los grandes relatos rivales

de la «explotación» y la «modernización» tienen un valor limitado como guías del pasado euroasiático. Eso no se debe a que no podamos encontrar abundantes pruebas de ambos fenómenos en acción. Ahora bien, ninguno de los dos tuvo rienda libre. Cada uno se entremezcló con la política y la cultura de los Estados y regiones donde se hizo sentir su influencia. Cada uno de ellos tuvo que establecer compromisos para ganarse a los aliados y agentes locales sin los que solían estar atados de pies y manos. Ambos dependían de las condiciones fluctuantes que favorecían o desalentaban la ambición imperial, la expansión comercial y la reafirmación cultural en distintas partes del mundo. Ambos eran «proyectos» que podían ser vaciados, secuestrados o paralizados por formas sofisticadas de resistencia y adaptación. No existe ninguna cronología nítida del auge y la caída imperial, ninguna geografía nítida del dominio europeo sobre el resto de Eurasia. Tampoco el «imperio» de Occidente llegó a su fin en la hoguera de vanidades coloniales que llamamos descolonización.

Lo que necesitamos, en resumen, es una visión más realista de este polémico pasado para poder comprender nuestra época y empezar a verla no como un «presente» eterno, sino como un «periodo» histórico, abocado como todos ellos al cambio y a la decadencia. En partes anteriores de este libro, hemos hecho mucho énfasis en la tortuosa ruta que siguió el nacimiento del mundo contemporáneo. La narración que nos ofrece tiene poco en común con esas hojas de ruta de la historia sobre las que los ideólogos (de todas las tendencias) trazan sus líneas rectas. Indica, no obstante, que cierto número de grandes temas constituyen el núcleo del relato y ofrecen una mínima perspectiva sobre el destino de Eurasia y por tanto del mundo. Ahora nos ocuparemos de ellas.

Historias imperiales

Sostener que la historia del mundo es una historia imperial, una historia de imperios, resulta tentador. A partir de muchas historiografías sería fácil concluir que los imperios son anomalías: intrusiones no deseadas en un mundo no imperial. Su auge se atribuye a circunstancias excepcionales o la energía maniaca de una personalidad singular. Su caída es previsible, porque las circunstancias excepcionales que permitieron su auge tienen una vida limitada. Este punto de vista resulta atractivo, pero carece de otros méritos a su favor. Una ojeada a la historia universal indica, por el contrario, que durante la mayor parte del tiempo la opción por defecto en lo que a formas políticas se refiere fue el poder imperial. Los imperios eran sistemas de influencia o de gobierno en los que las fronteras étnicas, culturales o ecológicas se solapaban o no tenían importancia. Su ubicua presencia surgió del hecho de que tanto a escala regional como global, los atributos necesarios para construir Estados fuertes estaban distribuidos de manera muy desigual. No se trataba solo de una cuestión de llanuras cultivables o de ríos navegables, sino de solidaridad social y cultural y de la facilidad relativa con la que el Estado podía movilizar mano de obra y bienes. Fue esta clase de «modernidad» la que permitió crear un inmenso imperio chino hacia el 200 a. C. Era difícil resistirse a la atracción cultural o la fuerza física de un Estado imperial, a menos que pudiera contar con el refuerzo proporcionado por la lejanía geográfica o una cohesión fuera de lo común. Incluso aquellos Estados que se libraron de ser subyugados tuvieron que maniobrar entre potencias imperiales para evitar ser aplastados bajo los pies de sus elefantes.

Si los imperios eran algo común, también eran diversos. La mayor parte de los imperios que han existido a lo largo de la historia se nos antojan hoy como modestos, con poblaciones pequeñas y de alcance limitado. Incluso si limitáramos nuestra atención a los imperios más grandes sobre los que trata este li-

bro, nos encontraríamos grandes variaciones. Lo que a veces se denomina imperios «clásicos» fueron grandes burocracias agrarias. Su rasgo fundamental era el control de la tierra y de los excedentes que esta producía. Unos círculos oficiales más o menos centralizados, organizados y reclutados para imponer el poder del emperador frente a los intereses locales o los de la aristocracia terrateniente, recaudaban los ingresos y dispensaban la justicia imperial. El prestigio del emperador era un recurso fundamental, que había que custodiar cuidadosamente mediante la reclusión, el ritual y la ceremonia. Tras la caída del Imperio romano en Occidente, China fue el mejor modelo de cómo debía operar un imperio avanzado. En otras partes, solía haber condiciones menos favorables: la religión, la ecología o el entorno geopolítico impedía un gobierno imperial según el modelo chino. En Eurasia central, los gobernantes acudieron al expediente de los esclavos militares, los mamelucos, reclutados en los márgenes del imperio. En tanto extranjeros dependientes del favor del emir, o en tanto conversos al islam, los mamelucos no tenían vínculos locales, ni clanes ni parentescos que pudieran empañar su lealtad. Constituían el contrapeso de la solidaridad local de las ciudades, tribus y élites rurales con arraigo. Ambas clases de imperio eran muy diferentes de los imperios de ultramar que los europeos empezaron a construir a finales del siglo XV.

Por supuesto, estos imperios «coloniales» tenían múltiples versiones. No solían forjarse mediante la acción gubernamental, sino por obra de aventureros privados que gozaban de una licencia o una cédula del gobierno metropolitano. Algunos dependían de la explotación del trabajo de los pueblos a los que conquistaban y otros de la compra de mano de obra esclava en África. Algunos intentaban reproducir (o incluso de mejorar) el tipo de sociedades que habían dejado atrás en Europa. Estas eran las auténticas sociedades de colonos, de las que en gran medida estaban excluidos tanto los esclavos como los pueblos indígenas. Ni que decir tiene que estas formas coloniales hicie-

ron escasos progresos en Asia. Durante casi doscientos años, la invasión europea de Asia se limitó a bases y puertos estratégicos, puntos de apoyo y puestos de avanzada que miraban hacia el mar, no hacia el interior: Bombay, Goa, Pondicherry, Madrás, Calcuta, Batavia y Macao. Formaban parte de imperios mercantiles y marítimos que lindaban con los grandes Estados asiáticos. Su poder se hacía sentir, en el mejor de los casos, en las desiertas inmensidades oceánicas. Cuando los europeos comenzaron a amasar dominios territoriales a partir de finales del siglo XVIII (y sobre todo en el sur de Asia), prefirieron ocupar el lugar de gobernantes asiáticos anteriores antes que fabricar un nuevo orden con fundamentos «europeos». Fue el sistema fiscal de los mogoles, reforzado y perfeccionado, el que dotó a la Compañía Británica de las Indias Orientales de los medios financieros para construir un *raj* subcontinental en el siglo que siguió a la batalla de Plassey (1757).

Sería un error efectuar una distinción demasiado marcada entre métodos «europeos» y «asiáticos». Sin embargo, durante el largo siglo XIX (1815-1914), el poderío industrial transformó el panorama. La técnica industrial permitió a los europeos colonizar de forma mucho más veloz y a una escala mucho mayor de lo que hasta entonces había sido posible. Les aportó los medios para penetrar en nuevos mercados y aplastar a viejos competidores. Amplió su capacidad de recopilar información y explotarla de manera eficiente. Y por encima de todo, aumentó su capacidad de proyectar su poderío físico a distancias mucho mayores y a un coste mucho menor. En la era de la navegación a vapor y más tarde del ferrocarril, la lejanía estratégica perdió gran parte de su significado. Si un ejército europeo podía marchar sobre Nankín (como hicieron los británicos durante la primera guerra del Opio de 1839-1842), ningún lugar de Asia estaba a salvo. Una de las consecuencias fue permitir la existencia de muchas más «pequeñas Indias»: las colonias directamente gobernadas que empezaron a extenderse por Asia y entre las

que se repartió África a partir de 1880. Otra fue forjar una especie de tercera clase de imperio, de «influencia invisible»[935]: la acumulación sistemática de influencia y ascendencia sobre regiones y Estados cuyos gobernantes conservaban una soberanía puramente formal. Allí donde los banqueros, diplomáticos, comerciantes y misioneros europeos gozaban de un estatus privilegiado, administraban el grueso del comercio de ultramar, tenían el control de la inversión extranjera y podían amenazar con bloqueos o bombardeos en caso de que sus intereses peligraran, el trabajo de gobernar podía parecer redundante o inútil. Si el criterio a tener en cuenta eran los costes y beneficios, el «imperio informal» era la etapa suprema del imperialismo.

En teoría, todas las clases de imperio estaban inevitablemente sujetas a grandes tensiones, espasmos de crisis y una caída definitiva. Que ningún imperio era permanente era una perogrullada histórica. El colapso podía ser desencadenado por una amplia gama de causas. Allí donde un imperio dependía de la colaboración o de la lealtad de élites sometidas, la rebelión o la resistencia en un momento inoportuno podían infligir daños irreparables a su prestigio y autoridad. La necesidad de apaciguar a sus recalcitrantes aliados podía provocar una erosión más lenta pero fatal de los medios de control. Si el ejercicio del poder imperial requería la aprobación de la opinión pública de la metrópoli o infligía nuevas cargas sobre sus recursos humanos o su riqueza, una revuelta en el centro y no en la periferia podía ser el factor decisivo a la hora de acabar con un imperio. Nuevas ideologías (o religiones) podían destruir el crédito moral y político en el que los imperios pretendían basar su legitimidad, es decir, la noción de que formaban parte del orden natural de las cosas. Un peligro igualmente común era que se volvieran pesados y difíciles de manejar: cuando el peso de los compromisos adquiridos se hacía insoportable pero el dolor de ponerles fin era excesivo. La obesidad imperial era un desgaste de fuerzas físicas y una tentación para los rivales. Los imperios

también estaban expuestos a los peligros del cambio económico y medioambiental. Los recursos y las tecnologías sobre los que habían construido su poder podían empezar a agotarse o volverse obsoletos. La riqueza material y la destreza técnica podían erosionarse o acabar trasladándose a localidades más favorecidas. Para colmo de males, quizá, los imperios podían verse abocados a guerras de destrucción mutua en las que la búsqueda de objetivos limitados podía desencadenar, se quisiera o no, trastornos que alterasen el orden mundial. Incluso sin semejantes perspectivas apocalípticas, en el seno de la mayoría de sistemas imperiales acechaba un peligro insidioso. Era prácticamente inevitable que sus esferas dirigentes cayesen en manos de élites bien conectadas que se atrincheraban en ellas e iban convirtiendo paulatinamente la estructura imperial en un dominio semiprivado orientado hacia la promoción de sus intereses sectoriales. Estas élites obtenían el apoyo de otras facciones y agrupaciones para formar una gran coalición con el fin de defender un statu quo del que eran las principales beneficiarias. No obstante, esta renuencia al cambio era un error fatal, ya que el precio del imperio consistía en ajustarse continuamente a las presiones interiores, coloniales y exteriores, y explotar rápidamente las innovaciones en materia cultural o económica[936].

A finales del siglo XIX, sin duda, parecía que estas fuentes múltiples de decadencia y colapso iban a rehacer el mundo. La conclusión era evidente para la mayoría de los observadores occidentales. Los imperios indígenas que quedaban en Asia y África, grandes y pequeños, no podrían sobrevivir por mucho tiempo. El periodo durante el cual habían coexistido de manera precaria con los imperios europeos estaba llegando a su fin. El estancamiento económico, la senectud cultural y la corrupción sistemática habían destruido su voluntad política. Carecían de los medios para defender sus fronteras. Estaban amenazados por la revuelta de sus minorías étnicas. Su fracaso económico agudizaba los conflictos sociales. El estancamiento cultural fo-

mentaba el hambre de ideas extranjeras pero a la vez alimentaba reacciones airadas, xenófobas o fanáticas. Los acechaban el caos y la ruina: se trataba de «naciones moribundas», de imperios difuntos. Por el contrario, o al menos eso parecía, las potencias colonizadoras europeas y sus parientes norteamericanos habían descubierto el secreto del progreso perpetuo y del imperio eterno, la *hybris* contra la que había advertido Kipling[937]. Habían roto el ciclo de la decadencia imperial. La industrialización, los combustibles inorgánicos (el carbón) y unas bases de recursos muy alejadas, que utilizaban productos que se encontraban a miles de kilómetros de distancia, convirtió en irrelevantes las viejas limitaciones medioambientales. El comercio y la cultura de las potencias colonizadoras atraerían a una masa de nuevos súbditos, o al menos a sus élites, cuya lealtad (o colaboración) aseguraría que los costes del imperio fueran reducidos. La situación «interna» también había cambiado para mejor. El imperio «barato» y una sensación de dependencia cada vez mayor de unos mercados lejanos eran condiciones mucho más favorables para promover una ideología «imperial». El poder cada vez mayor del «Estado-nación» sobre la sociedad metropolitana reforzaba el ideal de una «comunidad» nacional dispuesta en caso necesario a apoyar el imperio en el extranjero. Quizá lo más potente de todo, la adopción de una política «liberal» (una mayor o menor libre competencia en la vida económica y política) parecía una garantía segura frente a la privatización corrupta del poder político y la resistencia rígida al cambio. Esta mentalidad progresista radicaba supuestamente en la «raza», una amalgama incoherente de rasgos físicos, sociales y culturales. De ahí que los europeos (o algunos de ellos) hubiesen descubierto el secreto de la evolución social. La recompensa, suponían, sería el dominio permanente sobre el resto del mundo.

El desenlace más probable (o eso parecía) era un nuevo orden global en el que el poder estuviera concentrado en manos de un puñado de «potencias mundiales». Los restantes Estados

e imperios del mundo no occidental serían divididos o, en caso de sobrevivir, se convertirían en semiprotectorados estrechamente vigilados. Se apoyaría a sus «reformadores» y «progresistas» a fin de quebrar la resistencia de sus inmensos y atrasados interiores. El precio sería la aceptación voluntaria de las reglas europeas: puertas abiertas al comercio y a la cultura, y nuevas normas legales para proteger a las personas y propiedades extranjeras. Se esperaba que esta era de tutela fuera larga, quizás infinitamente larga, con muchos fracasos y recaídas. Sin embargo, no fue así como salieron las cosas.

En parte, los motivos fueron geopolíticos. La condición previa fundamental para el avance de Europa en Asia había sido la paz entre los europeos, la necesidad de evitar una guerra generalizada. Por virulentas que fuesen, a mediados y finales del siglo XIX las rivalidades imperiales de Europa habían sido hábilmente administradas: los graznidos y fanfarronadas ocuparon el lugar de los conflictos reales. Ahora bien, en 1914 este largo interregno de coexistencia competitiva se quebró para siempre: los esfuerzos de posguerra por resucitarlo obtuvieron escasos resultados o ninguno. El orden mundial eurocéntrico quedó abortado casi antes de que se iniciara. Partes fundamentales de Eurasia mantuvieron a Occidente a raya durante una fase decisiva. La geopolítica, sin embargo, solo era parte de la historia.

La pauta de la perseverancia

La mayoría de las historias «imperiales» de mediados del siglo XVIII en adelante parten de un supuesto común: los únicos imperios que importan son los imperios coloniales de los europeos (hasta que Japón comenzó a hacer suya la idea colonial a comienzos del siglo XX). El drama de la rebatiña por África ha desembocado en una imagen distorsionada de un imperialismo rampante al que nada podía detener. No obstante, si echamos

una mirada más atenta a Asia obtendremos una impresión diferente. Por mucho que fuese devorando poco a poco sus franjas marítimas y avanzando titubeantemente hacia el interior al final del siglo (con la gran excepción de la India), en el mejor de los casos la dominación europea de Asia fue muy parcial. Podría argumentarse de forma verosímil que durante el largo siglo XIX la verdadera historia de Asia fue una historia de perseverancia, no de derrota. El gran ejemplo fue China. Pese a los estragos de la lucha dinástica, la guerra civil y la revolución, China conservó una unidad asombrosa hasta 1914. La idea de China sobrevivió tanto al final de la monarquía imperial en 1911 como a los cuarenta años de turbulencia, ocupación y guerra que no tardaron en sucederse. Más sorprendente, quizá, fue que China retuviese su inmenso imperio asiático del interior: Manchuria, Mongolia, Sinkiang y el Tíbet. Pese a la desesperada crisis de las décadas de 1930 y 1940, los conservó todos (menos Mongolia exterior). La China actual tiene poco más o menos las mismas fronteras que el inmenso imperio Ching contra el que Europa se estrelló durante la década de 1830. La perseverancia de Japón ante el desafío europeo fue aún más asombrosa. Reinventó su monarquía para crear el aglutinante ideológico de un nuevo orden político. El resultado fue un Estado lo bastante fuerte como para soportar la apertura a Occidente y para embarcarse muy pronto en su propia carrera imperial.

Puede constatarse una pauta similar en ciertas partes de Eurasia central. Pese a estar expuestos al poderío comercial y físico de Europa, los principales Estados musulmanes de Asia occidental no sucumbieron al colonialismo. Despojado de sus provincias europeas hacia 1913 y obligado después a renunciar a sus dominios árabes a partir de 1918, el núcleo anatolio del Imperio otomano logró evitar el reparto al que aspiraban los pacificadores y se convirtió en un nuevo Estado «turco». Bajo los safávidas y los Qayar, la extensión territorial del imperio iraní había sufrido muchos altibajos. No obstante, el área ahora

gobernada por la república islámica abarca la mayor parte del Irán «histórico», incluyendo las cuatro grandes ciudades de Tabriz, Isfahán, Teherán y Mashhad. Incluso aquellas partes de Eurasia central (como Egipto o la India) cuya forma política se vio drásticamente alterada por la intervención europea, mantuvieron o construyeron una identidad distintiva que trascendió los límites de una cultura colonizada.

¿Qué fue lo que lo posibilitó? En parte, la respuesta, como vimos en un capítulo anterior, es que los europeos carecían de los recursos y a veces de la motivación para consumar el imperio global. Su diplomacia imperial vaciló ante la tarea del reparto de China, Irán o el Imperio otomano antes de 1914. A partir de 1918, estaban más divididos y la tarea habría sido aún más dura. Sin embargo, esto solo era uno de los términos de una ecuación compleja. Igual de importantes fueron las tenaces tradiciones de autonomía política y cultural de los grandes Estados asiáticos, que acorralaban a los forasteros como una muralla invisible. Estas se vieron fortalecidas y profundizadas por el ímpetu de la construcción de Estados en Eurasia durante la primera Edad Moderna, cuyos efectos se hicieron sentir en todo el Viejo Mundo, no solo en Europa. La renovación Ming, la paz Tokugawa, el compromiso safávida y la transición otomana desde un Estado guerrero hasta constituirse en un imperio asiático, africano y europeo, fueron todos logros tan asombrosos como las nuevas monarquías absolutas que se estaban gestando en Europa, y dieron lugar a formas de gobierno que demostraron ser notablemente resistentes hasta en condiciones de gran tensión. Es posible que el cambio dinástico en China (de los Ming a los Ching) y la era de turbulencia en Irán durante el siglo XVIII hubieran acabado con sistemas políticos que gozaran de menor arraigo, al menos en Irán, con sus divisiones lingüísticas y sus grandes confederaciones tribales.

Estas reconstrucciones de la primera Edad Moderna tuvieron una importancia duradera. Contribuyeron a mantener una

práctica continuada del arte de gobernar hasta la época en que la presión europea se volvió mucho más intensa. Los Estados a los que se enfrentaron los europeos eran «antiguos regímenes» necesitados de renovación, no Estados con el espinazo quebrado que se hubieran desmoronado. A menudo quienes les habían servido eran conscientes de su debilidad y de la necesidad de «reformas». Ahora bien, eso significaba injertar nuevos métodos políticos en el tronco original, no imponer un proyecto ajeno hacia el que nadie sentía lealtad. Se trataba de una distinción fundamental. La república de Kemal en Turquía no apareció como por arte de magia, sino que se construyó sobre las bases de la reforma otomana. Su versión «oficial» de la historia no proclamaba la sumisión ciega de Turquía a Europa, sino la relevancia histórico-mundial del pueblo turco[938]. Su padrino político (por mucho que se le repudiara discretamente) fue el sultán Abdul Hamid II (r. 1876-1909), bajo cuyo gobierno se impulsó vigorosamente el control estatal de la sociedad[939]. Reza Sah Pahlevi (r. 1921-1941) podía invocar la ancestral tradición monárquica de Irán para afirmar su autoridad sobre las regiones y las tribus rebeldes y reforzar al Estado. En el Japón Meiji, la Carta de Juramento del emperador justificó la imposición de una forma de gobierno mucho más centralizada y privó a sus adversarios de una base ideológica. Incluso en China, donde el final de la dinastía Ching marcó una ruptura más completa con el pasado, el nuevo nacionalismo reivindicó el patrimonio del Asia interior que le habían legado los Ching y resucitó el viejo sistema de vigilancia doméstica para recuperar el control social durante la turbulenta década de 1920.

Esa perseverancia no solo fue política, sino también cultural. El papel de la religión, la lengua y la literatura a la hora de crear identidades nacionales en Europa es conocido. Eran varias las razones por las que antes de 1914 la idea del Estado-nación se desarrolló de forma más intensa en Europa que en otras partes de Eurasia, entre ellas los efectos de las revoluciones y guerras que incendiaron gran parte del continente entre 1789 y 1815.

En la mayor parte de Eurasia (y eso incluía gran parte de Europa oriental), el vínculo entre cultura y Estado no había seguido el modelo surgido en Europa occidental. La lealtad absoluta a un Estado territorial y a su gobernante chocaba con la noción de una comunidad islámica de fieles (la *umma)* y con la autoridad autónoma de quienes interpretaban el Corán y la *sharia.* En el inmenso imperio subcontinental chino, con su periferia de Estados más pequeños, más débiles o dependientes, la mentalidad de reñidero de los conflictos dinásticos y la construcción de Estados característica del nacionalismo europeo brillaban por su ausencia. En Japón, dos siglos de aislamiento habían reforzado una intensa desconfianza ante los extranjeros. No obstante, no hubo excesiva necesidad de identificar la «japonesidad» con un fuerte Estado central. Pero si la obsesión europea con el Estado-nación como unidad cultural y política tenía escasa relevancia en otras partes, el esfuerzo por unificar la sociedad mediante unos valores y unas prácticas comunes (desde la dieta y la vestimenta a la historia y la cosmología) se tomaron igualmente en serio. En el resto de Eurasia, al igual que en Europa, maestros y textos mantenían y transmitían las tradiciones docentes. Las élites cultas que gozaban de prestigio social y ejercían la autoridad cultural se agrupaban en torno a ellos. En Irán y en China, esta clase se identificaba estrechamente con la idea del Estado. Desde los tiempos de los safávidas en adelante, los ulemas habían afirmado que el primer deber del Estado iraní era salvaguardar el islam chií de los asaltos de sus enemigos. El estatuto minoritario del chiismo en el mundo islámico hacía de esto algo tanto más urgente. En China, la pequeña nobleza erudita proporcionaba los cuadros administrativos y la élite cultural del sistema imperial, papel que parece probable que siguiera desempeñando durante la era «nacionalista» subsiguiente. Incluso en la India, donde la dominación británica se impuso poco a poco a partir de mediados del siglo XVIII, las tradiciones precoloniales sobrevivieron porque ya estaban profundamente arraigadas en vigorosas culturas vernáculas. Los

patriotismos regionales, las ideas acerca del gobierno justo y las visiones alternativas de la historia coexistían de forma precaria con el aparato cultural del régimen colonial[940]. A finales del siglo XIX, cuando las lenguas vernáculas indias estaban siendo convertidas en lenguas literarias ordenadas, el sentimiento regional adquirió un medio nuevo y poderoso de expresar inquietudes sociales y políticas. Sin estos cimientos, parece muy poco probable que el movimiento a través del cual Gandhi logró convertir el nacionalismo hindú en una causa popular hubiera adquirido ímpetu tan rápidamente a partir de 1914.

La importancia de todo esto reside en que, cuando el impacto cultural de Europa sobre el resto del mundo alcanzó el punto culminante de su intensidad a finales del siglo XIX, se enfrentó a una resistencia cada vez mejor organizada. Y no obstante, a los guardianes de otras culturas euroasiáticas, la lucha por la supervivencia les pareció un combate muy reñido. Temían el colapso total de su tradición cultural como consecuencia del maremoto de la modernidad occidental. Les agobiaba el miedo a perder su autoridad sobre sus propias clases inferiores, de cuyo bienestar moral y cultural se consideraban responsables. Comprendían el significado del liderazgo tecnológico de Europa, y las innovaciones sociales y culturales que contribuían a mantenerlo, pero se mostraban profundamente ambivalentes respecto de sus efectos morales y sociales. De ahí que se sintieran fuertemente atraídos por aquellas versiones de la modernidad que, si bien formuladas en Occidente, eran tremendamente hostiles a sus valores capitalistas liberales y sus pretensiones imperiales. La campaña de Gandhi por despertar a las masas se inspiró en el ejemplo original de la concepción de Tolstói de una utopía rural autosuficiente. El atractivo del marxismo-leninismo residía en su promesa de progreso industrial sin los conflictos sociales que parecían inherentes al capitalismo. Ambos parecían ofrecer un camino hacia la modernidad que podía controlarse. En los regímenes surgidos a partir de 1918 en Irán,

Turquía y la China nacionalista, en el liderazgo político que gobernó la India a partir de 1947 y (aún más enfáticamente) en la China gobernada por los comunistas a partir de 1949, supervisar estrictamente las importaciones culturales extranjeras parecía algo tan fundamental como levantar barreras contra el poderío industrial extranjero. A dicha tarea se aplicaron las competencias cada vez mayores concentradas en manos del Estado a través de la educación, la radiodifusión, la propaganda y la censura. Apenas resulta sorprendente que esto acabara por asemejarse a una mentalidad de «estado de sitio» cultural. Las intensas tormentas ideológicas que barrieron el mundo durante la mayor parte del siglo XX convirtieron una sociedad abierta en una apuesta con el destino.

Los términos de la convergencia

Esta pauta de perseverancia política y cultural tendría poco sentido por sí sola. Sería difícil de explicar sin dilucidar en cierta medida las condiciones materiales en las que los gobernantes y las élites de distintas partes de Eurasia persiguieron sus objetivos. Las perspectivas de mantenimiento de la autonomía cultural y la libertad política dependían en parte del éxito económico. También era inevitable que influyese sobre ellas el atractivo magnético del comercio exterior y el encanto (o el horror) de lo que estuvieran vendiendo los forasteros. En todas las épocas de la historia universal (y hoy en día no menos), las recompensas del intercambio comercial, de abrir la puerta a los productos y empresas extranjeras, han estado igualadas por los riesgos culturales y políticos. El temor a ser dominados o absorbidos por «grandes potencias» comerciales, así como de ser invisiblemente colonizados por empresas de propiedad extranjera y sus colaboradores locales, rara vez ha estado ausente. Lo mismo cabe decir de la ansiedad de que nuevas formas de pro-

ducción o de consumo indujeran perniciosas perturbaciones sociales y culturales. De ahí que las normas para entablar combate en materia de relaciones económicas (las condiciones de ingreso en la economía global) siempre hayan sido decisivas.

Se pueden aportar argumentos contundentes en defensa de la tesis de que a partir del siglo XVI llegó a existir una especie de economía global[941]. En cuanto las Américas quedaron conectadas a Eurasia y África, comenzó a desarrollarse toda una nueva serie de intercambios. La plata americana ayudó a Europa a adquirir cantidades mucho mayores de tejidos, cerámica y té del sur y el este de Asia. El azúcar americano pagó la importación (con el tiempo) de millones de esclavos africanos, y aumentó indirectamente el consumo africano de los bienes comerciales por los que se cambiaban los esclavos. Los productos comestibles americanos, como la mandioca, el maíz, las judías y las patatas, transformaron (en algunos lugares) el potencial agrario de Europa, Asia y África. Una lucrativa red de vías marítimas a larga distancia contribuyó a convertir Europa en un gran puerto franco que dominaba los océanos. No obstante, esta economía mundial de la primera Edad Moderna (1500-1750) no dotó a Europa de ninguna ventaja decisiva sobre el resto de Eurasia. La dependencia de Europa de la producción de Asia aumentó, pero le proporcionó escasos medios para incrementar su parte en el consumo asiático[942].

A partir de 1750 esta pauta se alteró de forma radical aunque no lo hiciese de golpe. La conquista oportunista de la economía de Bengala ofreció a los británicos la ocasión de cambiar las condiciones de su comercio con China. La India era la fuente de opio y la base militar con la que forzaron su entrada en el comercio de Asia oriental. Ahora bien, el cambio decisivo tuvo lugar con el advenimiento de la producción mecanizada en Europa. Al cabo de unas pocas décadas, el mercado de exportación de textiles asiático había sucumbido ante la competencia europea, y los paños europeos penetraban incluso en las econo-

mías textiles de la India y China. El volumen del comercio internacional empezó ahora a crecer con rapidez y se multiplicó por veinticinco aproximadamente en el transcurso del largo siglo XIX. Sin embargo, las condiciones en las que Asia comerciaba ahora con Europa le proporcionaban un margen de maniobra mucho menor. Además de suministrar los artículos más valiosos, los europeos controlaban las redes del comercio a larga distancia. Para entrar a formar parte de este comercio y pagar los productos manufacturados europeos, las economías asiáticas estaban obligadas a exportar materias primas y productos comestibles. Para colmo de males, desde el punto de vista asiático, tenían que competir no solo entre sí, sino también con los productores de materias primas de la economía atlántica. El algodón y el trigo norteamericanos rivalizaban con los de la India, y el té indio reemplazó al chino en el mercado británico. Gracias a su dominio y control del comercio marítimo asiático, su recién obtenido acceso al consumidor asiático (mediante la conquista en la India y los tratados forzosos en China) y su gran ventaja industrial, los europeos parecían haber incorporado las economías asiáticas a un mercado globalizado en el momento de máxima divergencia de su fuerza respectiva. Las cifras son concluyentes. Mientras que en 1820 el producto interior bruto de la India y China, tomadas por separado, equivalía a la mitad del nivel del de Europa occidental, en 1913 se aproximaba más a una séptima parte[943].

Este lúgubre cuadro no representa toda la historia. Asia se convirtió en parte de una nueva economía global en cuyo seno el volumen de bienes intercambiados era inmensamente mayor que antes de 1750. Sin embargo, el control de los europeos sobre las economías asiáticas estaba lejos de ser completo por muchas razones. El capital del que disponían era insuficiente para «colonizar» plenamente a los productores asiáticos. Les desconcertaban los problemas que conllevaría penetrar más a fondo en la mayor economía de Asia. El idioma, la moneda y las redes mercantiles interiores de China los mantenían a raya.

Tampoco el tiempo estaba de su parte. Hasta bastante después de mediados de siglo, la construcción de vías férreas, el canal de Suez, la navegación a vapor y el telégrafo no acercaron ni siquiera al Asia marítima a Europa en la misma medida en que habían aproximado a las economías transatlánticas mucho antes. En el caso de Japón, donde la industrialización ya estaba en pleno auge durante la década de 1880, esto fue especialmente significativo. Lejos de reducir al Asia oriental a una región subalterna, las exportaciones de Japón a Occidente y los ingresos que le aportó desataron una rápida expansión del comercio *dentro* de Asia y *entre* las economías asiáticas. Muy pronto fueron los industriales japoneses (a menudo asociados con comerciantes chinos) y los propietarios de fábricas hindúes los que empezaron a suplir la demanda regional de más bienes de consumo. En 1914 el comercio de Asia con Asia estaba creciendo más rápidamente que su comercio con Occidente[944].

Cabría describir los cien años que condujeron hasta 1914, por tanto, como una era de «semiglobalización» en la que surgió un mercado mundial único de bienes primarios e industriales, así como de capital y servicios financieros. En muchos Estados (aunque no en la mayoría) el volumen del comercio en comparación con la producción total del Estado creció de forma muy significativa. El nivel, sin embargo, seguía estando muy por debajo del que se alcanzaría al final del siglo XX[945]. Y salvo en lo que se refiere a Asia oriental, la industria manufacturera estuvo concentrada en gran medida en la Europa atlántica y el viejo nordeste de Estados Unidos. Ninguna otra parte del mundo podía competir en esos mercados con bienes industriales. La semiglobalización se detuvo poco menos que en seco como consecuencia del estallido de la guerra en Europa. En la era de trastornos subsiguiente, la integración económica del mundo anterior a 1914 dio marcha atrás. Tras una breve recuperación a finales de la década de 1920, la economía global se contrajo. Su principal baluarte, Gran Bretaña, abandonó las políticas que habían suavizado sus intercambios: una

moneda internacional basada en el patrón oro y el compromiso con el libre comercio. La mayor economía del mundo, Estados Unidos, se replegó cada vez más hacia su cueva protectora. Gran parte del resto del mundo estaba dividido en bloques, cada uno bajo su potencia hegemónica respectiva y cada uno de ellos intentando reducir su comercio con los demás. La Unión Soviética se retiró poco menos que a una posición de aislamiento. Los Estados más pequeños se esforzaron por disminuir su dependencia del exterior. Los productores de materias primas vieron cómo sus ingresos se hundían. La economía de Asia oriental, en cuyo seno China venía industrializándose aceleradamente, fue partida por la mitad, primero por el «bloque del yen» japonés y luego (en 1937) como consecuencia de la invasión japonesa de China. Para cuando el mundo se había movilizado para una nueva guerra total, la gran expansión comercial del siglo anterior ya no se podía considerar como un indicio del futuro. La economía cerrada, la autosuficiencia y el desarrollo interno (no la promoción del comercio) se habían convertido en el precio de la supervivencia en un mundo segmentado.

Y esta visión tampoco se disipó completamente después de la Segunda Guerra Mundial. La recuperación de posguerra, cuando por fin se produjo, reflejaba las divisiones que la paz había dejado sin resolver. La visión del libre comercio global que inspiró la creación del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) tenía que afrontar la realidad de una guerra fría global. El imperio autárquico de la Unión Soviética se había ampliado enormemente en la Europa del este y central. El triunfo comunista en China afianzó aún más el reparto de preguerra de la economía de Asia oriental. China, como la Rusia estalinista, se replegó sobre el aislamiento planificado. Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur siguieron el camino de Japón y se convirtieron en sus socios comerciales. La Comunidad Europea, el vehículo de la recuperación de Europa occi-

dental, formó un bloque proteccionista. Sus acuerdos económicos reflejaban su objetivo primordial: asegurar el fin permanente del antagonismo franco-alemán, no promover una economía global abierta. Cuando los imperios europeos de ultramar se descompusieron y dieron lugar a una masa de nuevos Estados, a la hora de edificar una base industrial la mayoría de ellos se inclinó por una economía cerrada y gestionada por el Estado, así como por condicionar su alineamiento diplomático en función de la ayuda y las inversiones de las superpotencias rivales. Ahora bien, quizá el rasgo más significativo de esta era de recuperación fue la magnitud del poderío estadounidense. La Segunda Guerra Mundial convirtió a Estados Unidos no solo en la economía más grande del mundo, sino también en la más poderosa. Fue la guerra fría global la que convirtió a dicho país en la mayor potencia militar del mundo. Estos fueron los activos con los que Norteamérica ingresó en el mundo «globalizado» de finales del siglo.

Quizá hayamos dicho lo suficiente para dejar sentada una cosa. El régimen económico al que nos hemos acostumbrado durante la última década y media representa un momento extraordinario en la turbulenta historia de la economía global. Fue la consecuencia de un terremoto tan espectacular como cualquier otro acontecimiento de la historia universal moderna. Fue el fruto conjunto del cambio geopolítico (del súbito desmoronamiento del poder soviético y de la decisión china de abrazar la economía de mercado) y una revolución en las comunicaciones y en el transporte. El giro hacia el mercado en la República Popular China y en el antiguo bloque soviético supuso una enorme ampliación de la capacidad productiva y un enorme mercado nuevo. Coincidió con la expansión de unos transportes aéreos mucho más baratos, con la «revolución de los *containers*» en el transporte marítimo y, sobre todo, con la aplicación comercial de la tecnología de Internet. Pisándole los talones a la «liberalización» financiera de la década de 1980, que dio paso a una libertad mucho mayor para los servicios fi-

nancieros y las transferencias de capital entre países occidentales, se reunieron las condiciones para una fase de crecimiento excepcional en el volumen del comercio y una intensa integración de las actividades económicas a escala global que iba mucho más allá de las limitadas promesas del mundo anterior a 1914. La «gran divergencia» de riqueza y rendimiento económico entre el Occidente euroatlántico y la mayor parte de Eurasia ha engendrado la «gran convergencia», que, en caso de proseguir, restaurará a lo largo de los cincuenta años siguientes el equilibrio aproximado de hace medio milenio.

No obstante y en gran medida, el mundo que la «globalización» está en vías de rehacer se ha constituido en condiciones muy diferentes. Durante la mayor parte del periodo que abarca este libro, las relaciones económicas entre distintas partes del mundo contribuyeron poco a obstaculizar (y mucho a fomentar) la construcción de imperios, Estados y culturas dotados de valores, actitudes, instituciones e ideologías característicos. La interdependencia económica —la principal restricción que pesa sobre la diversidad cultural— fue demasiado efímera, se abandonó demasiado pronto y su impacto fue demasiado brusco para invertir esa tendencia. Por lo general se da por supuesto que esta larga era está tocando a su fin y que las culturas vernáculas y el Estado-nación no serán capaces de soportar los efectos invasivos del mundo de la libertad de movimientos en información, personas y bienes. De momento el recorrido de esa libertad de movimientos ha sido breve. Habrá que ver.

La sombra de Tamerlán

Quizá de eso se trate. Podría muy bien ser que estemos ahora al borde de una gran transformación (en geopolítica, economía y cultura) de una trascendencia al menos tan grande como la Revolución euroasiática de finales del siglo XVIII. De ser así,

apenas cabe dudar de que su impacto en distintas partes del mundo será enormemente variado. La historia de Eurasia indica que aunque se difundieron nuevos métodos de guerra y de gobierno, nuevas técnicas de producción, nuevas prácticas culturales y nuevas creencias religiosas de un extremo del Viejo Mundo al otro (y desde todas las direcciones), estos no lograron engendrar una visión común de la modernidad o de lo que suponía ser «moderno». Las pautas pretéritas de comercio y de conquista, de diáspora y de emigración, que acercaron y alejaron entre sí a regiones distantes y conformaron sus culturas y políticas, fueron extremadamente complejas. Su efecto no ha desembocado en la homogeneización del mundo, sino en la conservación de su diversidad. En contraste, hasta ahora la fuerza magnética de la economía global ha sido demasiado errática y se ha hecho sentir de manera demasiado desigual para imponer el comportamiento cooperativo y la fusión cultural a la que a menudo aspiraron los teóricos del libre comercio. Podría considerarse que lo que en la actualidad denominamos «globalización» surge de un conjunto de acuerdos recientes, algunos tácitos, otros formales, entre los cuatro grandes «imperios» económicos del mundo contemporáneo: Estados Unidos, Europa, Japón y China. El desafío, para ellos y para todos los demás Estados y sociedades, consistirá en reconciliar su cohesión interna con los efectos perturbadores de la libre competencia. La tensión será grande y el desenlace incierto. No obstante, si hay una continuidad que deberíamos ser capaces de deducir de una mirada prolongada sobre el pasado, es la oposición de Eurasia a un sistema uniforme, a un solo gran gobernante, o a un único conjunto de reglas. En ese sentido, seguimos viviendo a la sombra de Tamerlán; o quizá, para ser más exactos, a la sombra de su fracaso.

Lecturas complementarias

Esta no pretende ser una bibliografía completa de las fuentes empleadas en este libro. Los detalles correspondientes a dichas fuentes pueden encontrarse en las notas y referencias que acompañan a cada capítulo. Lo que aquí se ofrece es una selección de los libros y artículos que me han parecido especialmente útiles o interesantes, y que permitirán al lector interesado profundizar más en las ideas y los temas que yo he abordado de una forma demasiado sucinta.

1. General

W. H. McNeill, *The Rise of the West* (Chicago, 1964) sigue siendo hasta la fecha el intento más grandioso de escribir una historia del mundo en un solo volumen inmenso. Gran parte de él versa sobre el mundo anterior a 1500. Abunda en comentarios perspicaces y las conclusiones siguen siendo intelectualmente estimulantes. Pueden rastrearse algunas de las ideas fundamentales de McNeill en su *Europe's Steppe Frontier* (Londres, 1974) y en *Plagues and Peoples* (Londres, 1976) [Ed. cast.: *Plagas y pueblos,* Madrid, Siglo XXI, 1984], donde analiza la importancia de las epidemias como factor histórico. Fernand Braudel, *Civilisation and Capitalism 15th to 18th Century,* en tres volúmenes (trad. ingl.: Londres, 1981-1984) [Ed. cast.: *Civilización material, economía y capitalismo, s. XV-XVIII,* vol. 1: trad. de Isabel Pérez Villanueva, Madrid, Alianza, 1984; vol. 2: trad. de Vicente

Bordoy Hueso, Madrid, Alianza, 1984; vol. 3: trad. de Néstor Míguez, Madrid, Alianza, 1984], es una visión panóptica de las pautas económicas y sociales de la primera Edad Moderna. E. L. Jones, *The European Miracle: Environments, Economies and Geopolitics in the History of Europe and Asia* (Cambridge, 1981) [Ed. cast.: *El milagro europeo,* trad. de Manuel Pascual Morales, Madrid, Alianza, 1994], y Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy* (Princeton, 2000), ofrecen explicaciones (parcialmente) encontradas de la primacía económica europea. Marshall G. S. Hodgson, *The Venture of Islam* (3 vols., Chicago, 1974) y su *Rethinking World History: Essays on Europe, Islam and World History* (Cambridge, 1993), ambos publicados de forma póstuma, ofrecen una perspectiva de la historia universal en la que es el mundo islámico, no Europa, el que está en el centro.

Owen Lattimore, *The Inner Asian Frontiers of China* (Nueva York, 1940), cambió una visión oceánica, marítima y occidental de la historia china por una que hacía hincapié en los imperativos del interior de Asia. Al igual que Hodgson y McNeill, Lattimore hace hincapié en la interacción entre pueblos asentados y nómadas, tema que analizó con brillantez el historiador islámico Ibn Jaldún (1332-1406), cuyo *Al-Muqaddima: Introducción a la historia universal* fue escrito en 1377 y traducido al inglés en 1958 (existió una traducción anterior al francés) [Ed. cast.: *Introducción a la historia universal (al-Muqaddima),* trad. de Francisco Ruiz Girela, Córdoba, Almuzara, 2008]. P. S. Khoury y J. Kostiner (eds.), *Tribes and State Formation in the Middle East* (Londres, 1990), aplican las ideas de Jaldún a la historia contemporánea de Oriente Próximo.

Entre la masa de escritos que existen acerca del impacto de la expansión europea sobre otras culturas y pueblos hay que destacar *Europe and the Peoples without History* (Londres, 1982), de Eric Wolf, en parte por la perspicacia antropológica que lo impregna. Los lectores que busquen una explicación general

del imperialismo europeo no hallarán nada que iguale las ideas contenidas en J. Gallagher y R. Robinson, «The Imperialism of Free Trade», *Economic History Review,* nueva serie, 6, 1 (1953), pp. 1-15.

2. Eurasia medieval

P. Brown, *The World of Late Antiquity* (Londres, 1971) [Ed. cast.: *El mundo de la antigüedad tardía (de Marco Aurelio a Mahoma),* trad. de Antonio Piñero, Madrid, Taurus, 1991] es una explicación deslumbrante de los orígenes de la Eurasia medieval. R. W. Southern, *The Making of the Middle Ages* (Londres, 1953) [Ed. cast.:*La formación de la Edad Media,* trad. de Fernando Vela, Madrid, Alianza, 1984] sigue siendo la introducción más fascinante que hay a la historia de la Alta Edad Media. G. Duby, *The Early Growth of the European Economy* (1973; trad. ingl.: Ithaca, NY, 1974) [Ed. cast.: *Guerreros y campesinos: desarrollo inicial de la economía europea,* trad. de José Luis Martín, Madrid, Siglo XXI, 2009] debería compararse ahora con C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages* (Oxford, 2005) [Ed. cast.: *Una nueva historia de la Alta Edad Media: Europa y el mundo mediterráneo, 400-800,* trad. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar Barrena, Barcelona, Crítica, 2008]. R. Bartlett, *The Making of Europe: Conquest, Colonisation and Cultural Change 950-1350* (Londres, 1993) [Ed. cast.: *La formación de Europa: conquista, colonización y cambio cultural, 950-1350,* trad. de Ana Rodríguez López, Valencia, Servicios de Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2003] y R. Fletcher, *The Conversion of Europe* (Londres, 1997), describen la formación de la Europa cristiana. J. Abu-Lughod, *Before European Hegemony: The World System 1250-1350* (Nueva York, 1989), y Marshall G. S. Hodgson, *The Venture of Islam* (3 vols., Chicago, 1974), ofrecen visiones no eurocéntricas de la Eurasia medieval. A. Wink, *Al-Hind: The*

Making of the Indo-Islamic World, vol. 1: *Early Mediaeval India and the Expansion of Islam, 7th-11th Centuries* (Leiden, 1996), A. Hourani, *A History of the Arab Peoples* (Londres, 1991) [Ed. cast.: *La historia de los árabes,* trad. de Aníbal Leal Fernández, Barcelona, Zeta, 2008] y D. Pipes, *Slave Soldiers and Islam* (New Haven y Londres, 1981) [Ed. cast.: *El islam,* Madrid, Espasa, 1991], examinan el mundo del islam medieval. M. Elvin, *The Pattern of the Chinese Past* (Londres, 1973), A. Waldron, *The Great Wall: From History to Myth* (Cambridge, 1990) y J. A. Fogel, *Politics and Sinology: The Case of Naito Konan, 1866-1934* (Cambridge, Mass., 1984), ofrecen perspectivas de fundamental importancia. E. O. Reischauer y J. K. Fairbank, *East Asia: The Great Tradition* (Boston, 1958), sigue siendo un buen punto de partida. V. Lieberman, *Strange Parallels: Southeast Asia in Global Context c.800-1830* (Cambridge, 2003) es un fascinante ejercicio de historia comparativa.

3. Eurasia y la era de los descubrimientos

F. Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II* (1966; trad. ingl.: 2 vols., Londres, 1972-1973) [Ed. cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo,* trad. de Wenceslao Roces *et ál.,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2001], es una obra maestra asombrosa, una revelación de cómo se puede escribir la historia. C. Cipolla, *European Culture and Overseas Expansion* (Londres, 1970) [Ed. cast.: *Historia económica de la Europa preindustrial,* trad. de Esther Benítez, Barcelona, Crítica, 2003], examina una cuestión fundamental. J. D. Tracy (ed.), *The Political Economy of Merchant Empires: State Power and World Trade 1350-1750* (Cambridge, 1991) contiene buen número de ensayos fascinantes. Acerca de la expansión portuguesa, véase S. Subrahmanyam, *Vasco da Gama* (Londres, 1997) y *The Portuguese Empire in Asia 1500-1700* (Londres,

1993), del mismo autor; acerca de la española, véase H. Kamen, *Spain's Road to Empire: The Making of a World Power* (Londres, 2002) [Ed. cast.: *Imperio: la forja de España como potencia mundial,* Madrid, Aguilar, 2003]. La historia, menos conocida, de la expansión rusa, puede seguirse en G. V. Lantzeff y R. A. Pierce, *Eastward to Empire* (Montreal y Londres, 1973), W. C. Fuller, *Strategy and Power in Russia, 1600-1914* (Nueva York, 1992), M. Khodarkovsky, *Russia's Steppe Frontier: The Making of a Colonial Empire 1500-1800* (Bloomington, Ind., 2002), y A. S. Donnelly, *The Russian Conquest of Bashkiria 1552-1740* (New Haven y Londres, 1968).

Para el mundo islámico de «Eurasia central», véase H. Inalcik con D. Quataert (eds.), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire 1300-1914* (Cambridge, 1994), H. Inalcik, *The Ottoman Empire: The Classical Age, 1300-1600* (Londres, 1973), C. Kafadar, *Between Two Worlds: The Construction of the Ottoman State* (Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1995), M. Kunt y C. Woodhead, *Suleiman the Magnificent and his Age* (Londres, 1995), P. Jackson y W. Lockhart (eds.), *The Cambridge History of Iran,* vol. 6: *The Timurid and Safavid Periods* (Cambridge, 1986), J. F. Richards, *The Mughal Empire* (Cambridge, 1993), y S. A. M. Adshead, *Central Asia in World History* (Londres, 1993).

A. Reid, *Southeast Asia in the Age of Commerce, 1450-1680* (2 vols., New Haven, 1988, 1993), combina la historia medioambiental, económica y política de una forma que recuerda un tanto a Braudel. D. Twitchett y F. Mote (eds.), *The Cambridge History of China,* vol. 8: *The Ming Dynasty, 1368-1644,* 2.ª parte (Cambridge, 1998), y P. J. Smith y R. von Glahn (eds.), *The Song-Yuan-Ming Transition in Chinese History* (Cambridge, Mass., 2003), ofrecen investigaciones recientes sobre China.

4. La Eurasia de la primera Edad Moderna

R. J. Bonney (ed.), *Economic Systems and State Finance* (Oxford, 1995) trata sobre un aspecto fundamental de la Europa del Antiguo Régimen. A. Sorel, *Europe and the French Revolution: The Political Traditions of the Old Regime* (1885; trad. ingl.: Londres, 1969) es una introducción brillante, si bien cínica, a la diplomacia europea del siglo XVIII. J. de Vries y Ad van der Woude, *The First Modern Economy: Success, Failure and Perseverance of the Dutch Economy, 1500-1815* (Cambridge, 1997) explica los límites del crecimiento de la economía preindustrial con más éxito de Europa. L. Hughes, *Russia in the Age of Peter the Great* (Londres, 1998), evalúa el impacto de las reformas de Pedro el Grande.

El contexto de la actividad comercial europea en Asia puede seguirse en Holden Furber, *Rival Empires of Trade in the Orient 1600-1800* (Mineápolis, 1976; reed.: Nueva Delhi, 2004). J. E. Wills, «Maritime Asia, 1500-1800: The Interactive Emergence of European Domination», *American Historical Review* 98, 1 (1993), pp. 83-105, es una evaluación útil de escritos más recientes. S. F. Dale, *Indian Merchants and Eurasian Trade 1600-1750* (Cambridge, 1994) es un recordatorio de la importancia continuada del comercio terrestre. El estudio clásico sobre el cambio en el Imperio otomano es H. A. R. Gibb y H. Bowen, *Islamic Society and the West: A Study of the Impact of Western Civilisation on Moslem Culture in the Near East,* vol. 1: *Islamic Society in the Eighteenth Century* (2 partes, Londres, 1950, 1957). J. R. Perry describe el desorden que siguió a la caída de los safávidas en Irán en *Karim Khan Zand* (Chicago, 1979). Acerca del crecimiento del poderío mogol, véase J. F. Richards, *The Mughal Empire* (Cambridge, 1993), Jos Gommans, *Mughal Warfare: Indian Frontiers and the Highroads to Empire 1500-1700* (Londres, 2002), y R. M. Eaton, *The Rise of Islam and the Bengal Frontier 1204-1760* (Londres, 1993).

J. Spence, *Treason by the Book* (Londres, 2001), y P. C. Perdue, *China Marches West* (Cambridge, Mass., 2005), tratan sobre dis-

tintos aspectos de la gran era triunfal de China. L. Struve (ed.), *The Qing Formation in World Historical Time* (Cambridge, Mass., 2004), a pesar de que el título intimide un tanto, contiene una valiosa selección de trabajos recientes sobre historia china.

Para Japón, C. Totman, *Early Modern Japan* (Londres, 1993) y M. Jansen, *China in the Tokugawa World* (Cambridge, Mass., 1992).

5. La Revolución euroasiática

P. W. Schroeder, *The Transformation of European Politics 1763-1848* (Oxford, 1994) y C. A. Bayly, *Imperial Meridian* (Londres, 1988), ayudan a situar el marco geopolítico. R. J. Bonney (ed.), *The Rise of the Fiscal State in Europe c.1200-1815* (Oxford, 1999) trata sobre un elemento decisivo de la capacidad de los europeos para proyectar su poder.

P. Bairoch, *Victoires et déboires: Histoire économique et politique de monde du XVI siècle à nos jours* (3 vols., París, 1997), obra que de momento sigue sin traducir, ofrece una versión panóptica del cambio económico. El debate acerca del cambio económico en Gran Bretaña se puede seguir en P. Hudson, *The Industrial Revolution* (Londres, 1992), J. Mokyr, *The Lever of Riches: Technological Creativity and Economic Progress* (Oxford, 1990) [Ed. cast.: *La palanca de la riqueza,* trad. de Ester Gómez, Madrid, Alianza 1993], E. A. Wrigley, *Continuity, Chance and Change: The Character of the Industrial Revolution in England* (Cambridge, 1988) [Ed. cast.: *Cambio, continuidad y azar: carácter de la revolución industrial inglesa,* trad. de Elena Grau, Barcelona, Crítica, 1993], N. F. R. Crafts, *British Economic Growth During the Industrial Revolution* (Oxford, 1985) y J. E. Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England: A Study in International Trade and Economic Development* (Cambridge, 2002). Una reevaluación importante, basada en pruebas cuantitativas, del rendimiento

económico de Europa y Asia, es el de R. C. Allen, «Real Wages in Europe and Asia: A First Look at the Long-Term Patterns», en R. C. Allen, T. Bengtsson y M. Dribe (eds.), *Living Standards in the Past: New Perspectives on Well-Being in Asia and Europe* (Oxford, 2005).

R. Owen, *The Middle East in the Modern World Economy 1800-1914* (Londres, 1981), Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy* (Princeton, 2000) y C. A. Bayly, *Rulers, Townsmen and Bazaars: North Indian Society in the Age of British Expansion 1770-1870* (Cambridge, 1983), tratan sobre las respectivas historias económicas de Oriente Próximo, China e India.

P. Marshall (ed.), *The Eighteenth Century in Indian History: Evolution or Revolution* (Nueva Delhi, 2003), recopila gran parte de la investigación reciente sobre la historia india durante el periodo de la expansión británica. J. J. L. Gommans, *The Rise of the Indo-Afghan Empire, c.1710-1780* (Leiden, 1995), añade una importante dimensión a la historia del cambio político en el norte de la India. P. Kuhn, *Soulstealers: The Chinese Sorcery Scare of 1768* (Cambridge, Mass., 1990) y J. M. Polachek, *The Inner Opium War* (Cambridge, Mass., 1991), aclaran determinados aspectos de la política y la cultura chinas. En lo que a la vida cultural e intelectual se refiere, véase A. Hourani, *Islam in European Thought* (Cambridge, 1991), B. Lewis, *The Muslim Discovery of Europe* (Londres, 1982), A. Pagden, *European Encounters with the New World* (Londres, 1993), N. Hampson, *The Enlightenment* (Londres, 1968), Gulfishan Khan, *Indian Muslim Perceptions of the West in the Eighteenth Century* (Oxford, 1998), y R. Drayton, *Nature's Government: Science, Imperial Britain and the «Improvement» of the World* (Londres, 2000).

6. El largo siglo XIX

R. E. Robinson y J. A. Gallagher, *Africa and the Victorians* (Londres, 1961) es una brillante evocación de la psicología subyacente a la política imperial británica durante la era de la expansión. D. K. Fieldhouse, *Economics and Empire 1830-1914* (Londres, 1973) [Ed. cast.: *Economía e imperio: la expansión de Europa (1830-1914),* trad. de Juan Alfonso Ruiz de Elvira Prieto, Madrid, Siglo XXI, 1990] es un estudio sin par sobre las influencias económicas y no económicas en la construcción imperial europea. W. Woodruff, *The Impact of Western Man: A Study of Europe's Role in the World Economy 1750-1960* (Londres, 1966), proporciona muchos datos brutos. C. A. Bayly, *The Birth of the Modern World 1780-1914: Global Connections and Comparisons* (Oxford, 2004), subraya los paralelismos en los cambios sociales, culturales y políticos en gran parte del mundo. D. Abernethy, *The Dynamics of Global Dominance: European Overseas Empires 1415-1980* (New Haven, 2000), abarca un periodo más amplio y rebosa ideas analíticas. K. H. O'Rourke y J. G. Williamson, *Globalization and History: The Evolution of a Nineteenth Century Atlantic Economy* (Cambridge, Mass., 1999) [Ed. cast.: *Globalización e historia: la evolución de una economía atlántica del siglo XXI,* Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2006] es una interpretación dramática de la aparición de una economía internacional en el transcurso del siglo XIX. K. Sugihara (ed.) subraya la importancia del comercio de Asia oriental en *Japan, China, and the Growth of the Asian International Economy, 1850-1949* (Oxford, 2005). En J. W. Burrow, *The Crisis of Reason* (Londres, 2000) [Ed. cast.: *La crisis de la razón: el pensamiento europeo entre 1848 y 1914,* trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Crítica, 2001] se examina el pensamiento europeo. J. MacKenzie subraya de manera convincente la ambivalencia de las reacciones europeas ante «Oriente» en *Orientalism: History, Theory and the Arts* (Manchester, 1995).

En lo que a Rusia se refiere, no existe nada capaz de rivalizar con la efervescencia de M. Malia, *Russia under Western Eyes* (Cambridge, Mass., 1999), pero D. Lieven, *Russia's Rulers under*

the Old Regime (Londres, 1989), se mete bajo la piel del régimen zarista para mostrar cómo funcionaba (o no) en realidad. La mejor introducción a la historia africana es J. Iliffe, *Africans: The History of a Continent* (Cambridge, 1995) [Ed. cast.: *África: historia de un continente,* trad. de María Barberán, Madrid, Cambridge University Press, 1998]; la mejor narración acerca de una región africana es A. G. Hopkins, *An Economic History of West Africa* (Londres, 1973). Para el Oriente Próximo otomano, véase S. Deringil, *The Well-Protected Domains: Ideology and the Legitimation of Power in the Ottoman Empire, 1876-1909* (Londres, 1998), A. Hourani, *Arabic Thought in the Liberal Age 1798-1939* (Londres, 1962; reed.: Cambridge, 1983) y A. Hourani, «Ottoman Reform and the Politics of Notables», en A. Hourani, P. S. Khoury y M. C. Wilson (eds.), *The Modern Middle East* (Londres, 1993), pp. 83-109. Para Irán, H. Algar, *Religion and State in Iran 1785-1906* (Berkeley y Los Ángeles, 1969), es fundamental. K. Fahmy, *All the Pasha's Men: Mehmed Ali, his Army and the Making of Modern Egypt* (El Cairo, 2002), echa por tierra gran parte de la mitología acerca del Egipto decimonónico. A. Seal, «Imperialism and Nationalism in India», en J. Gallagher, G. Johnson y A. Seal (eds.), *Locality, Province and Nation* (Cambridge, 1973), ofrece la que sigue siendo la explicación más conmovedora de cómo la dominación colonial provocó una reacción nacionalista. R. Bin Wong, *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience* (Ithaca, NY, 1997) es un informe particularmente estimulante acerca de la experiencia china. J. Hevia, *English Lessons: The Pedagogy of Imperialism in Nineteenth-Century China* (Londres, 2003), examina los esfuerzos europeos por obligar a China a encajar en el molde colonial. E. H. Norman, *Japan's Emergence as a Modern State* (Nueva York, 1940) es un clásico olvidado.

Gran parte de la historia estadounidense sigue mostrándose tercamente renuente a la comparación con el exterior, y las relaciones de Estados Unidos con Europa (y con el resto del mundo decimonónico) han sido curiosamente descuidadas por

una historiografía introvertida. Sin embargo, la serie de libros de D. W. Meinig acerca de «The Shaping of America: A Geographical Perspective on 500 Years of History», sobre todo su *Continental America, 1800-1867* (New Haven, 1993), es un estímulo maravilloso para el pensamiento comparado. Y el más influyente de todos los historiadores norteamericanos, Frederick Jackson Turner, cuyo «The Significance of the Frontier in American History» fue publicado originariamente en 1893, sigue suscitando estudios comparativos. Véase M. Bassin, «Turner, Solov'ev and the "Frontier Hypothesis": The Nationalist Significance of Open Spaces», *Journal of Modern History* 65 (1993), pp. 473-511. J. C. Malin era un inconformista de Kansas. Su «Mobility and History: Reflections on the Agricultural Policies of the United States in Relation to a Mechanised World», *Agricultural History* 17, 4 (1943), pp. 177-191, desacredita muchos de los mitos sobre la frontera estadounidense.

7. La era de la crisis

H. Strachan, *The First World War: To Arms* (Oxford, 2001) [Ed. cast.: *La Primera Guerra Mundial,* trad. de Silvia Furió Castellví, Barcelona, Crítica, 2004] es el primero de tres volúmenes previstos. Su enfoque de la guerra y de los teatros de Oriente Próximo y África, así como de los aspectos económicos y la financiación de la guerra, es particularmente bueno. Z. Steiner, *The Lights That Failed: European International History, 1919-1933* (Oxford, 2005), ofrece una versión fidedigna de la diplomacia de posguerra. M. Mazower, *The Dark Continent: Europe's Twentieth Century* (Londres, 2000), aporta perspectivas refrescantes acerca del moderno «medioevo» europeo. En lo referente al colapso de la economía internacional, véase H. James, *The End of Globalisation* (Londres, 2001). Los tres volúmenes de la biografía de John Maynard Keynes —*John Maynard Keynes: Hopes*

Betrayed 1883-1920 (Londres, 1983) [Ed. cast.: *John Maynard Keynes. T. 1. Esperanzas frustradas, 1883-1920,* trad. de Juan Carlos Zapatero, Madrid, Alianza, 1986], *John Maynard Keynes: The Economist as Saviour 1920-1937* (Londres, 1992), y *John Maynard Keynes: Fighting for Britain 1937-1946* (Londres, 2000)— de Robert Skidelsky son una introducción espléndida a la historia económica de la primera mitad del siglo XX.

A. Iriye, *The Cambridge History of American Foreign Relations,* vol. 3: *The Globalising of America* (Cambridge, 1995), N. G. Levin, *Woodrow Wilson and World Politics: America's Response to War and Revolution* (Oxford, 1968), y M. J. Hogan, *Informal Entente: The Private Structure of Cooperation in Anglo-American Economic Diplomacy* (Columbia, Mo., 1977) debaten las actitudes y la política estadounidenses. Acerca de la Rusia soviética, véase R. Overy, *The Dictators: Hitler's Germany, Stalin's Russia* (Londres, 2004) [Ed. cast.: *Dictadores: la Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin,* trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Tusquets, 2006], R. Pipes, *The Formation of the Soviet Union: Communism and Nationalism 1917-1923* (ed. rev.: Cambridge, Mass., 1964), M. Malia, *Russia under Western Eyes* (Cambridge, Mass., 1999) y L. Viola, *Peasant Rebels under Stalin: Collectivization and the Culture of Peasant Resistance* (Nueva York, 1996).

En lo que se refiere a Oriente Próximo, B. Lewis, *The Emergence of Modern Turkey* (Londres, 1961), A. Mango, *Atatürk* (Londres, 1999) y M. E. Meeker, *A Nation of Empire: The Ottoman Legacy of Turkish Modernity* (Berkeley, Los Ángeles y Londres, 2002), explican la transición posimperial de Turquía. E. Abrahamian, *Iran Between Two Revolutions* (Princeton, 1982) es la narración indispensable de la historia moderna de Irán. M. E. Yapp, *The Near East since the First World War* (Londres, 1991) es una espléndida investigación general.

Acerca de la política de la India en la última fase de la dominación colonial, D. Hardiman, *Peasant Nationalists of Gujarat* (Delhi, 1981), ofrece un primer plano fascinante. S. Bose y A.

Jalal, *Modern South Asia: History, Culture, Political Economy* (Londres, 1998) es una narración vívida. La autobiografía de Gandhi puede leerse junto a la biografía moderna de J. M. Brown, *Gandhi: Prisoner of Hope* (Londres, 1991). B. Parekh, *Colonialism, Tradition and Reform* (Londres, 1989), expone las ideas de Gandhi. En lo que se refiere al desarrollo de la política musulmana, véase D. Page, *Prelude to Partition: The Indian Muslims and the Imperial System of Control 1920-1932* (Delhi, 1982).

Para los vínculos entre la historia de Japón y la trayectoria de su expansión, véase P. Duus, R. Myers y M. Peattie (eds.), *Japanese Informal Empire in China, 1895-1937* (Princeton, 1989), W. G. Beasley, *Japanese Imperialism 1894-1945* (Oxford, 1991) y H. Harootunian, *Overcome by Modernity: History, Culture and Community in Inter-war Japan* (Princeton, 2000). Hans van der Ven, *War and Nationalism in China 1925-1945* (Londres, 2003), es ahora una obra fundamental para comprender la fase más violenta de la historia china. R. Mitter, *A Bitter Revolution: China's Struggle with the Modern World* (Oxford, 2004), acentúa la significación ulterior del Movimiento del Cuatro de Mayo.

B. Berman y J. Lonsdale, *Unhappy Valley: Conflict in Kenya and Africa,* libro 2: *Ethnicity and Violence* (Londres, 1992), investiga brillantemente las tensiones en el seno de una sociedad africana colonizada. G. L. Weinberg, *A World at War: A Global History of World War Two* (Cambridge, 1994) [Ed. cast.: *Un mundo en armas,* trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Grijalbo, 1995] es la mejor investigación moderna en un solo volumen.

8. La negación del imperio

Acerca del escenario de la Guerra Fría en Europa y más allá, véase J. L. Gaddis, *We Now Know: Rethinking Cold War History* (Oxford, 1997) [Ed. cast.: *La guerra fría,* trad. de Catalina Martínez Muñoz, Barcelona, RBA, 2008], O. A. Westad, *Cold War and*

Revolution: Soviet-American Rivalry and the Origins of the Chinese Civil War (Nueva York, 1993) y O. A. Westad, *The Global Cold War* (Cambridge, 2005). Para una explicación general de la descolonización, véase R. F. Holland, *European Decolonisation 1918-1981* (Londres, 1985) y J. Darwin, *Britain and Decolonisation: The Retreat from Empire in the Post-War World* (Londres, 1988). William Roger Louis y Ronald Robinson exponen la estrategia subyacente a la transferencia del poder en los Estados coloniales en «The Imperialism of Decolonisation», *Journal of Imperial and Commonwealth History* 22, 3 (1994). Acerca de la revolución china y después, véase Westad, *Cold War and Revolution,* Chalmers Johnson, *Peasant Nationalism and Communist Power* (Stanford, 1962), y dos libros de S. Schram, *Mao Tse-tung* (Londres, 1967) [Ed. cast.: *Mao Tse-tung,* trad. de Jaime Macein Sinova, Madrid, Cid S. A., 1967] y *The Political Thought of Mao Tse-tung* (Londres, 1971). La Revolución Cultural es el tema de la trilogía de R. MacFarquhar, *The Origins of the Cultural Revolution,* vol. 1: *Contradictions among the People 1956-57* (Londres, 1974); vol. 2: *The Great Leap Forward 1958-1960* (Londres, 1983); vol. 3: *The Coming of the Cataclysm 1961-1966* (Londres, 1999) [Ed. cast.: *La revolución cultural china,* trad. de Michael Schoenhals y David Martínez Robles, Barcelona, Crítica, 2009]. En lo tocante a Japón, John Dower, *Embracing Defeat: Japan in the Aftermath of World War Two* (Harmondsworth, 1999), es fundamental.

Para Oriente Próximo, W. R. Louis, *The British Empire in the Middle East 1945-1951: Arab Nationalism, the United States, and Postwar Imperialism* (Oxford, 1984) es una investigación detallada de la política y de la planificación por parte de las dos potencias occidentales más involucradas en la región. M. J. Cohen, *Palestine and the Great Powers 1945-1948* (Princeton, 1982), explica las circunstancias geopolíticas en las que nació Israel. R. McNamara, *Britain, Nasser and the Balance of Power in the Middle East 1952-1967* (Londres, 2003), y K. Kyle, *Suez* (Londres, 1991), exploran el auge y la caída de Nasser y del movimiento panárabe que encabezó. E. Abrahamian, en *Iran Between*

Two Revolutions (Princeton, 1982), analiza la turbulencia de posguerra en Irán y la consolidación del poder del sah durante las décadas de 1950 y 1960. M. E. Yapp, *The Near East since the First World War* (Londres, 1991), sigue siendo una obra de inestimable valor. A. Sampson, *The Seven Sisters: The Great Oil Companies and the World They Made* (Londres, 1975) [Ed. cast.: *Las siete hermanas: las grandes compañías petroleras y el mundo que han creado,* trad. de J. A. Bravo y Fernando Quincoces, Barcelona, Planeta DeAgostini, 1995] es una narración accesible acerca de la industria petrolera internacional.

D. Anderson, *Histories of the Hanged* (Londres, 2005) es un examen forense de las realidades subyacentes a la crisis Mau Mau en Kenia, y de paso pone de relieve las tensiones que contribuyeron a destruir el Estado colonial tardío. P. Chabal y J.-P. Daloz, *Africa Works: Disorder as Political Instrument* (Oxford, 1999) y J.-F. Bayart, S. Ellis y B. Hibou, *The Criminalization of the State in Africa* (Oxford, 1999), contienen un debate fascinante acerca del Estado poscolonial. Acerca del crecimiento del «imperio» norteamericano, véase D. Lake, *Entangling Relations: American Foreign Policy in its Century* (Princeton, 1999) y G. Lundestad, *The American «Empire»* (Londres, 1990).

Las fuentes del poder económico soviético se explican en D. Filtzer, *Soviet Workers and Late Stalinism: Labour and the Restoration of the Stalinist System after World War Two* (Cambridge, 2002). H. van der Wee, *Prosperity and Upheaval: The World Economy 1945-1980* (Londres, 1986) [Ed. cast.: *Prosperidad y crisis,* trad. de Gustav Muñoz Veiga, Barcelona, Crítica, 1986], describe la economía internacional en su fase «preglobalizadora». Parte del debate acerca del uso y el abuso del poder estadounidense puede seguirse en Robert J. Art, *A Grand Strategy for America* (Londres, 2003), y Chalmers Johnson, *The Sorrows of Empire: Militarism, Secrecy and the End of the Republic* (Nueva York, 2004) [Ed. cast.: *Las amenazas del imperio: militarismo, se-*

cretismo y el fin de la república, trad. de María Isabel Campos Adrados, Barcelona, Crítica, 2004].

Notas

Prólogo

[1] Frederick Teggart, *Rome and China* (Berkeley, 1939), p. 245.

1. Orientaciones

[2] Sobre Ibn Jaldún, Y. Lacoste, *Ibn Khaldun* (París, 1969); *Encyclopaedia of Islam* (Leiden, 1999).

[3] El estudio más prestigioso es el de B. F. Manz, *The Rise and Rule of Tamerlane* (Cambridge, 1989).

[4] Existe un estudio reciente en el que se hace hincapié en los intercambios habidos en el Asia mongola: Thomas T. Allsen, *Culture and Conquest in Mongol Eurasia* (Cambridge, 2001). Véase asimismo John Masson Smith, «The Mongols and the Silk Road», *Silk Road Foundation Newsletter,* vol. 1, n.º 1, en: http://www.silkroadfoundation.org /newsletter/volumeonenumberone/mongols.html.

[5] Karl Marx, «The British Rule in India» (1853), reed. en E. Kamenka (ed.), *The Portable Karl Marx* (Harmondsworth, 1983), pp. 334-335. [Ed. cast.: «La dominación británica en la India», en *Obras escogidas,* t. 1, Moscú, Editorial Progreso, 1974].

[6] La obra de Lenin *Imperialism: The Highest Stage of Capitalism* [ed. cast.: *El imperialismo, fase superior del capitalismo,* Barcelona, Debarris, 2000] se publicó en Zúrich en 1916.

[7] Véase I. Wallerstein, *Historical Capitalism* (Londres, 1983), para un elegante esbozo de las ideas de esta escuela de pensamiento. [Ed. cast.: *El capitalismo histórico,* trad. de Pilar López Máñez, Madrid, Siglo XXI, 1998].

[8] M. Weber, *The Sociology of Religion* (1922; trad. ingl.: Londres, 1965), p. 270. [Ed. cast.: *Ensayos sobre sociología de la religión,* trad. de José Almazán y Julio Carabaña, Madrid, Taurus, 1998]. Weber señalaba asimismo los efectos del sistema de castas y la hostilidad de los literatos confucianos a la innovación. Véase H. H. Girth y C. Wright Mills (eds.), *From Max Weber: Essays in Sociology* (ed. de bolsillo, Londres, 1974), caps. 16 y 17.

[9] Un excelente repaso a la «historia subalterna» en V. Chaturvedi (ed.), *Mapping Subaltern Studies and the Postcolonial* (Londres, 2000), «Introducción».

[10] J. C. van Leur, *Indonesian Trade and Society: Essays in Asian Social and Economic History* (La Haya, 1955), p. 261.

[11] Sobre Van Leur, véase J. Vogel, «A Short Life in History», en L. Blussé y F. Gaastra (eds.), *The Eighteenth Century as a Category in Asian History: Van Leur in Retrospect* (Aldershot, 1998).

[12] S. Subrahmanyam, «Connected Histories: Notes towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia», *Modern Asian Studies* 31, 3 (1997), pp. 734-762.

[13] Véase el debate sobre el Asia monzónica y el Asia seca en J. Gommans, «Burma at the Frontier of South, East and Southeast Asia: A Geographic Perspective», en J. Gommans y J. Leider (eds.), *The Maritime Frontier of Burma: Exploring Political, Cultural and Commercial Interaction in the Indian Ocean World* (Leiden, 2002), pp. 1-7.

[14] Véase una buena defensa de este enfoque en Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy* (Princeton, 2000), de donde procede la expresión «sorprendentes semejanzas» (p. 29).

[15] E. Said, *Orientalism* (Londres, 1978). [Ed. cast.: *Orientalismo,* trad. de María Luisa Fuentes, Madrid, Debate, 2002].

[16] S. L. Eisenstadt, «Multiple Modernities», *Daedalus* 129, 1 (2000), pp. 1-29.

[17] Algunos autores sostienen que el sistema de castas fue poco menos que impuesto por los británicos. Un punto de vista más equilibrado atribuye un mayor papel a los informantes hindúes. Véase la postura extrema al respecto en N. Dirks, *Castes of Mind* (Princeton, 2001).

[18] T. Spear, «Neo-Traditionalism and the Limits of Invention in British Colonial Africa», *Journal of African History* 44 (2003), pp. 2-27.

[19] Véase abajo cap. 5, y también J. Belich, *The New Zealand Wars* (Auckland, 1986).

[20] Por vez primera en la ponencia que presentó ante la Royal Geographical Society titulada «The Geographical Pivot of History», *Geographical Journal* 23, 4 (1904), pp. 421-437.

[21] La obra clásica para seguir el debate sigue siendo D. Hay, *Europe: The Emergence of an Idea* (Edimburgo, 1957).

[22] Sobre el lugar que ocupa Rusia en la «gradación cultural» europea, véase Catherine Evtuhov y S. Kotkin (eds.), *The Cultural Gradient: The Transmission of Ideas in Europe 1788-1991* (Oxford, 2003).

[23] Un reciente examen del debate en P. K. O'Brien, «Metanarratives in Global Histories of Material Progress», *International History Review* 22, 2 (2001), pp. 345-367.

[24] Libro I, cap. 2.

[25] A. de Tocqueville, *Democracy in America* (1835; ed. de Everyman, Londres, 1994), vol. 1, p. 332. [Ed. cast.: *La democracia en América,* trad. de Dolores Sánchez de Aleu, Madrid, Alianza, 1980].

[26] Véase Eisenstadt, «Multiple Modernities».

[27] D. Obolensky, *The Byzantine Commmonwealth* (Londres, 1971), y M. Whittow, *The Making of Orthodox Byzantium 600-1025* (Londres, 1996), ofrecen una buena perspectiva general.

[28] El estudio clásico es el de G. Duby, *The Early Growth of the European Economy* (1973; trad. ingl: Ithaca, Nueva York 1974). [Ed. cast.: *Guerreros y campesinos: desarrollo inicial de la economía europea,* trad. de José Luis Martín, Madrid, Siglo XXI, 2009]. En la actualidad habría que contrastarlo con C. Wickham, *Framing the Early Middle Ages* (Oxford, 2005). [Ed. cast.: *Una nueva historia de la Alta Edad Media: Europa y el mundo mediterráneo, 400-800,* trad. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar Barrena, Barcelona, Crítica, 2008].

[29] Véase M. Lombard, «La chasse et les produits de la chasse dans le monde musulman VIIIe-XIe siècles», en M. Lombard, *Espaces et réseaux du Haut Moyen Âge* (París, 1972), pp. 176-204. Cuando se redujo la demanda por las alteraciones habidas en Oriente Próximo, los efectos se hicieron sentir con toda dureza. Véase R. Hodges y D. Whitehouse, *Mahomet, Charlemagne and the Origins of Europe* (Londres, 1983).

[30] Véase A. Lewis, *The Sea and Mediaeval Civilisation* (Londres, 1978), cap. 14; K. Leyser, «Theophanus divina gratia imperatrix Augusta», en su *Communications and Power in Medieval Europe: The Carolingian and Ottoman Centuries*, ed. de Timothy Reuter (Londres, 1994).

[31] Sobre la conversión al cristianismo de Vladimir de Kiev en la década de 980, véase S. Franklin y J. Shepard, *The Emergence of Rus 750-1200* (Londres, 1996), cap. 4.

[32] Un debate brillante sobre el tema en R. Bartlett, *The Making of Europe: Conquest, Colonisation and Cultural Change 950-1350* (Londres, 1993). [Ed. cast.: *La formación de Europa: conquista, colonización y cambio cultural, 950-1350,* trad. de Ana Rodríguez López, Valencia, Servicios de Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2003].

[33] Véase R. Fletcher, *The Conversion of Europe* (Londres, 1997); E. Christiansen, *The Northern Crusades* (Londres, 1980).

[34] Duby, *Early Growth,* pp. 257-262.

[35] Véase E. Ashtor, *Levant Trade in the Later Middle Ages* (Princeton, 1983), pp. 462, 469, 512.

[36] R. Fletcher, *Moorish Spain* (Londres, 1992), cap. 7. [Ed. cast.: *La España mora,* trad. de Fernando Santos Fontenla y Julio Rodríguez Puértolas, San Sebastián, Nerea, 1999].

[37] A. Wink, *Al-Hind: The Making of the Indo-Islamic World,* vol. 1: *Early Mediaeval India and the Expansion of Islam, 7th-11th Centuries* (Leiden, 1996), p. 23.

[38] Véase A. M. Watson, *Agricultural Innovation in the Early Islamic World: The Diffusion of Crops and Farming Techniques 700-1100* (Cambridge, 1975). [Ed. cast.: *Innovación en la agricultura en los primeros tiempos del mundo islámico: difusión de los distintos cultivos y técnicas agrícolas del año 700 al 1100,* trad. de Ana Vela Martínez, Granada, Editorial Universidad, 1997].

[39] Véase P. Ratchnevsky, *Genghis Khan: His Life and Legacy* (1983; trad. ingl.: Oxford 1991).

[40] Ibn Jaldún, *The Muqadimmah: An Introduction to History,* trad. de F. Rosenthal (Londres, 1967). El *Muqadimmah* se tradujo al francés en la década de 1860. La primera versión completa en inglés, resumida en este volumen, se publicó en 1958. [Ed. cast.: *Introducción a la historia universal (al-Muqaddima),* trad. de Francisco Ruiz Girela, Córdoba, Almuzara, 2008].

[41] El análisis clásico es el de P. Crone, *Slaves on Horses: The Evolution of the Islamic Polity* (Cambridge 1980).

[42] Véase D. Pipes, *Slave Soldiers and Islam* (New Haven y Londres, 1981).

[43] M. G. S. Hodgson, *The Venture of Islam* (3 vols., Chicago, 1974), es un brillante estudio analítico.

[44] R. R. Di Miglio, «Egypt and China: Trade and Imitation», en D. S. Richards (ed.), *Islam and the Trade of Asia* (Oxford, 1970), pp. 106-122.

[45] I. M. Lapidus, *Muslim Cities in the Later Middle Ages* (Cambridge, 1967), p. 9.

[46] Véase J. Abu-Lughod, *Before European Hegemony: The World System 1250-1350* (Nueva York, 1989), pp. 230 y ss.; C. Cahen, «Quelques mots sur le déclin commer-

cial du monde musulman à la fin du Moyen Âge», en C. Cahen, *Les peuples musulmans dans l'histoire médiéval* (Damasco, 1977), pp. 361-365.

[47] M. Elvin, *The Pattern of the Chinese Past* (Londres, 1973), p. 205. La cita es de un autor del siglo XIII.

[48] C. P. Fitzgerald, *The Southern Expansion of the Chinese People* (Londres, 1972), cap. 7.

[49] Esta sugerente idea en A. Waldron, *The Great Wall: From History to Myth* (Cambridge, 1990), pp. 190-192.

[50] Una comprobación reciente y autorizada de la hipótesis de Elvin en R. von Glahn, «Imagining Pre-Modern China», en P. J. Smith y R. von Glahn (eds.), *The Song-Yuan-Ming Transition in Chinese History* (Cambridge, Mass., 2003), pp. 35-70.

[51] Pueden seguirse las ideas fundamentales de Elvin en su *Pattern of the Chinese Past* (Londres, 1973), caps. 14 y 17, así como en «The High Level Equilibrium Trap», en *Another History: Essays on China from a European Perspective* (Sídney, 1996), cap. 2.

2. Eurasia y la era de los descubrimientos

[52] Véase F. Fernández Armesto, *Before Columbus* (Londres, 1987), pp. 216-220. [Ed. cast.: *Antes de Colón,* trad. de Francisco Rodríguez Martín, Madrid, Cátedra, 1993].

[53] Véase P. Chaunu, *European Expansion in the Later Middle Ages* (1969; trad. ingl.: Londres, 1979), pp. 95-97. [Ed. cast.: *La expansión europea,* trad. de Ana María Mayench, Cerdanyola, Labor, 1982].

[54] Véase A. Hamdani, «An Islamic Background to the Voyages of Discovery», en S. K. Jayyusi (ed.), *The Legacy of Muslim Spain* (Leiden, 1994), pp. 286-287.

[55] J. Phillips, *The Mediaeval Expansion of Europe* (Oxford, 1988), pp. 251 y ss. [Ed. cast.: *La expansión medieval de Europa,* trad. de Rafael Lassaletta Cano, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 1994].

[56] Para un estudio reciente, véase S. Subrahmanyam, *Vasco da Gama* (Cambridge, 1997).

[57] J. Vogt, *Portuguese Rule on the Gold Coast 1469-1682* (Athens, Ga., 1979), p. 89.

[58] M. N. Pearson, *The Portuguese in India* (Cambridge, 1987), p. 43.

[59] A. Das Gupta, «The Maritime Merchant of Medieval India», en *Merchants of Maritime India* (Aldershot, 1994), p. 8; Pearson, *Portuguese in India,* p. 56.

[60] S. Subrahmanyam y L. F. F. R. Thomaz, «Evolution of Empire: The Portuguese in the Indian Ocean in the Sixteenth Century», en J. D. Tracy (ed.), *The Political Economy of Merchant Empires: State Power and World Trade 1350-1750* (Cambridge, 1991), p. 318.

[61] Acerca de la importancia del comercio brasileño, J. C. Boyajian, *Portuguese Trade in Asia under the Habsburgs* (Baltimore y Londres, 1993).

[62] G. B. Souza, *The Survival of Empire: Portuguese Trade and Society in China and the South China Sea, 1630-1754* (Cambridge, 1986), p. 229.

[63] Hamdani, «Islamic Background».

[64] Chaunu, *European Expansion,* p. 170.

[65] R. Hassig, *Mexico and the Spanish Conquest* (Londres, 1994), p. 146.

[66] Véase T. Todorov, *La conquête de l'Amérique* (París, 1982). [Ed. cast.: *La conquista de América: el problema del otro,* trad. de Flora Botton-Burlá, Madrid, Siglo XXI, 2010].

[67] Estas cifras llevan décadas siendo debatidas por los historiadores. Para un estudio reciente, Linda A. Newson, «The Demographic Collapse of Native Peoples in the Americas, 1491-1650», en W. Bray (ed.), *The Meeting of Two Worlds: Europe and the Americas, 1492-1650,* publicado en *Proceedings of the British Academy* 81 (1993), pp. 249-277. Para la estimación de una pérdida del 90 por ciento en Perú, D. N. Cook, *Demographic Collapse: Indian Peru 1520-1620* (Cambridge, 1981), p. 116.

[68] P. Calvasco, «The Political Economy of the Aztec and Inca States», en G. Collier, R. Rosado y J. D. Wirth (eds.), *The Inca and Aztec States, 1400-1800: Anthropology and History* (Nueva York, 1982).

[69] B. A. Tenenbaum (ed.), *Encyclopedia of Latin American History and Culture* (Nueva York, 1996), vol. 4, p. 435.

[70] Véase G. L. Villena, *Les Espinosa* (París, 1968), acerca de Gaspar Espinosa, el comerciante asentado en Panamá.

[71] Véase G. W. Conrad y A. A. Demarest, *Religion and Empire: The Dynamics of Aztec and Inca Expansionism* (Cambridge, 1984). [Ed cast.: *Religión e imperio: dinámica del expansionismo inca y azteca,* trad. de Esther Benítez, Madrid, Alianza, 1988].

[72] Esta es la temática de S. Gruzinski, *The Conquest of Mexico* (1988; trad. ingl.: Londres, 1993).

[73] H. S. Klein y J. J. TePaske, «The Seventeenth-Century Crisis in New Spain: Myth or Reality?», *Past and Present* 91 (1981), pp. 116-135.

[74] J. Israel, *Race and Class in Colonial Mexico 1610-1670* (Oxford, 1975), p. 8.

[75] Gruzinski, *Conquest,* p. 152.

[76] F. F. Berdan, «Trauma and Transition in Sixteenth-Century Central Mexico», en Bray (ed.), *The Meeting of Two Worlds,* p. 187.

[77] Véase A. Hennessy, «The Nature of the Conquest and the Conquistadors», en Bray (ed.), *The Meeting of Two Worlds,* p. 23.

[78] Gruzinski, *Conquest,* pp. 176-187.

[79] Berdan, «Trauma and Transition», p. 190.

[80] J. Lockhart, *Spanish Peru 1532-60: A Colonial Society* (Madison, 1968).

[81] Hennessy, «Nature of the Conquest», p. 19.

[82] Ortega y Gasset, citado en J. Billington, *The Icon and the Axe: An Interpretive History of Russian Culture* (ed. de bolsillo, Nueva York, 1970), p. 71. [Ed. cast.: *El icono y el hacha: una historia interpretativa de la cultura rusa,* trad. de Ester Gómez, Siglo XXI, 2012].

[83] H. Birnbaum, «The Balkan Slavic Component of Medieval Russian Culture», en H. Birnbaum y M. S. Flier (eds.), *Medieval Russian Culture* (Londres, 1984), pp. 3-30.

[84] R. O. Crummey, *The Formation of Muscovy 1301-1617* (Londres, 1987), pp. 36, 41.

[85] Ibíd., pp. 36 y ss.

[86] Véase W. H. Parker, *An Historical Geography of Russia* (Londres, 1968), para la situación de Moscú.

[87] Véase N. Davies, *God's Playground: A History of Poland,* vol. 1: *The Origins to 1795* (Oxford, 1981), pp. 148-152, para el renacimiento polaco.

[88] D. Obolensky, «Russia's Byzantine Heritage», en su *Byzantium and the Slavs: Collected Studies* (Londres, 1971), p. 99; N. Andreyev, *Studies in Muscovy: Western Influence and Byzantine Inheritance* (Londres, 1970), pp. 14, 21; R. Wortman, *Scenarios of Power: Myth and Ceremony in Russian Monarchy,* vol. 1: *From Peter the Great to the Death of Nicholas I* (Princeton, 1995), p. 24.

[89] Billington, *Icon,* p. 64.

[90] Ibíd., p. 90.

[91] G. V. Lantzeff y R. A. Pierce, *Eastward to Empire* (Montreal y Londres, 1973), pp. 72, 107 y 109.

[92] J. L. Wieczynski, *The Russian Frontier: The Impact of Borderlands upon the Course of Early Russian History* (Charlottesville, Va., 1976), p. 77.

[93] Véase la descripción lírica de la estepa en el relato de Nikolái Gógol «Taras Bulba» (1835), en N. Gogol, *Village Evenings near Dikanka* y *Mirgorod* (trad. ingl.: Oxford, 1994), p. 257. [Ed. cast.: *Las veladas de Dikanka,* trad. de Víctor Gallego, Madrid, Gredos, 2002; *Mirgorod,* trad. de Víctor Gallego, Barcelona, Alba, 2004].

[94] Las dificultades del avance militar ruso por las estepas del sur se explican en W. C. Fuller, *Strategy and Power in Russia, 1600-1914* (Nueva York, 1992).

[95] Véase E. Keenan, «Muscovy and Kazan: Some Introductory Remarks on the Pattern of Steppe Diplomacy», *Slavic Review* 26, 4 (1967), p. 553. También A. S. Donnelly, *The Russian Conquest of Bashkiria 1552-1740* (New Haven y Londres, 1968), para una visión general de la expansión esteparia rusa.

[96] Para un paralelismo sugerente, F. Barth, *Nomads of South Persia* (Oslo, 1964), pp. 106-111.

[97] Keenan, «Muscovy and Kazan», p. 555.

[98] Véase las cautas conclusiones de Paul Bushkovitch en *The Merchants of Muscovy 1580-1650* (Cambridge, 1980), pp. 93-101.

[99] M. Khodarkovsky, *Where Two Worlds Meet* (Ithaca, NY, 1992), cap. 3.

[100] Véase W. D. Allen (ed.), *Russian Embassies to the Georgian Kings (1589-1605),* Hakluyt Society, 2.ª serie, 138, (2 vols., Cambridge, 1970), vol. 1, pp. 69-71.

[101] Acerca de esta interpretación, R. Hellie, *Enserfment and Military Change in Muscovy* (Chicago y Londres, 1971), y J. H. L. Keep, *Soldiers of the Tsar* (Oxford, 1985), pp. 47-48.

[102] Hellie, *Enserfment,* p. 164.

[103] Billington, *Icon,* pp. 102-104.

[104] E. S. Forster (ed.), *The Turkish Letters of Ogier Ghiselin de Busbecq* (Oxford, 1927), pp. 111-112.

[105] Acerca del trasfondo de este conflicto, Shai Har-El, *The Struggle for Domination in the Middle East: The Ottoman-Mamluk War 1485-1491* (Leiden, 1995).

[106] Forster, *Turkish Letters,* p. 112.

[107] En 1528 los otomanos tenían un ejército regular de unos 87.000 hombres. Véase H. Inalcik, «The Ottoman State: Economy and Society 1300-1600», en H. Inalcik con D. Quataert (eds.), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire 1300-1914* (Cambridge, 1994), p. 88.

[108] Acerca del poderío marítimo otomano, P. Brummett, *Ottoman Sea Power and Levantine Diplomacy in the Age of Discovery* (Albany, NY, 1994).

[109] Ibíd., p. 174; A. Hess, «The Evolution of the Ottoman Seaborne Empire in the Age of Oceanic Discoveries, 1453-1525», *American Historical Review* 75, 7 (1970), pp. 201-222.

[110] P. F. Sugar, *Southeastern Europe under Ottoman Rule 1354-1804* (Londres, 1977), p. 109.

[111] P. Mantran, *La vie quotidienne à Constantinople au temps de Soleiman le Magnifique et ses successeurs* (París, 1965), p. 295.

[112] Véase C. Kafadar, *Between Two Worlds: The Construction of the Ottoman State* (Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1995), p. 153.

[113] Forster, *Turkish Letters,* pp. 111-112.

[114] El relativo éxito de la economía otomana ha sido muy debatido. Las visiones más negativas de D. Goffman, *Izmir and the Levantine World, 1550-1650* (Seattle, 1990) y B. Masters, *The Origins of Western Economic Dominance in the Middle East: Mercantilism and the Islamic Economy in Aleppo* (Nueva York, 1988) se pueden contrastar con las de S. Faroqhi, «In Search of Ottoman History», en H. Berktay y S. Faroqhi (eds.), *New Approaches to State and Peasant in Ottoman History* (Londres, 1992), y en el debate de S. Faroqhi, «Crisis and Change, 1590-1699», en Inalcik con Quataert (eds.), *Ottoman Empire,* pp. 474-531.

[115] H. Islamoglu-Inan, *State and Peasant in the Ottoman Empire* (Leiden, 1994) para el vínculo entre la recaudación privada y la comercialización.

[116] Véase Rifa'at Ali Abou El-Haj, *The Formation of the Modern State: The Ottoman Empire, Sixteenth to Eighteenth Centuries* (Albany, NY, 1991), p. 10.

[117] Estos conflictos se estudian de forma brillante en W. D. Allen, *Problems of Turkish Power in the Sixteenth Century* (Londres, 1963).

[118] Acerca del marco general, W. Barthold, *An Historical Geography of Iran* (Princeton, 1984).

[119] P. Jackson y L. Lockhart (eds.), *The Cambridge History of Iran,* vol. 6: *The Timurid and Safavid Periods* (Cambridge, 1986), pp. 227-228.

[120] Para el islam chií en Irán, H. Halm, *Shiism* (Edimburgo, 1991), pp. 91 y ss.

[121] Véase J. J. Reid, «Tribalism and Society in Islamic Iran, 1500-1629», tesis doctoral, Universidad de California, Los Ángeles, 1978.

[122] Jackson y Lockhart, *Cambridge History of Iran,* pp. 246, 263. Véase también el capítulo de R. M. Savory sobre la administración safávida en el mismo volumen.

[123] D. Navridi, «Socio-Economic and Political Change in Safavid Iran in the Sixteenth and Seventeenth Centuries», tesis doctoral, Universidad Vanderbilt, 1977, pp. 71 y ss.

[124] J.-B. Tavernier, *Voyages en Perse* (París, 1970), pp. 251-252. La primera visita de Tavernier fue en 1639. *Voyages* se publicó originalmente en 1670.

[125] Navridi, «Safavid Iran», p. 168.

[126] J. Fryer, *A New Account of East India and Persia, Being Nine Years' Travels, 1672-1681,* ed. de W. Crooke (3 vols., Londres, 1909-1915), vol. 2, pp. 246-250.

[127] En el siglo xix, entre un tercio y la mitad de la población iraní era todavía nómada y tribal. A. Wink, *Al-Hind: The Making of the Indo-Islamic World,* vol. 2: *Slave Kings and the Islamic Conquest, 11th-13th Centuries* (Leiden, 1997), p. 15.

[128] Halm, *Shiism,* pp. 94-98.

[129] Acerca de los orígenes y las andanzas iniciales de Babur, S. A. M. Adshead, *Central Asia in World History* (Londres, 1993), pp. 131 y ss.

[130] J. F. Richards, *The Mughal Empire* (Cambridge, 1993), p. 6.

[131] S. F. Dale, *Indian Merchants and Eurasian Trade 1600-1750* (Cambridge, 1994), pp. 6-7.

[132] *Baburnama (Memoirs of Babur),* trad. ingl.: A. S. Beveridge (Delhi, 1921, 1989), pp. 531-532. [Ed. cast.: *Memorias,* trad. de Mercè Comes Maymó, Barcelona, Círculo de Lectores, 2001].

[133] Richards, *Mughal Empire,* p. 2.

[134] R. M. Eaton, *The Rise of islam and the Bengal Frontier 1204-1760* (Londres, 1993), p. 36.

[135] Acerca de los amires, Richards, *Mughal Empire,* p. 19. En 1595, dos terceras partes de la nobleza de Akbar eran de origen túrquico o iraní. Véase Eaton, *Bengal Frontier,* p. 165.

[136] T. Raychaudhuri e I. Habib (eds.), *The Cambridge Economic History of India,* vol. 1: *c.1200-1750* (Cambridge, 1982), p. 184; Richards, *Mughal Empire,* p. 66.

[137] Raychaudhuri y Habib (eds.), *Economic History,* vol. 1, p. 266.

[138] D. Streusand, *The Formation of the Mughal Empire* (Delhi 1989), p. 71.

[139] Ibíd., p. 130.

[140] Ibíd., p. 131.

[141] Véase F. C. R. Robinson, «Perso-Islamic Culture in India from the 17th to the Early 20th Centuries», en R. L. Canfield (ed.), *Turko-Persia in Historical Perspective* (Cambridge, 1991), pp. 110-111.

[142] Adshead, *Central Asia,* p. 131.

[143] Dale, *Indian Merchants,* pp. 15, 21; Raychaudhuri y Habib (eds.), *Economic History,* vol. 1, para un estudio de la economía mogola.

[144] Tan seguros como en Francia o Italia, observó Tavernier. Raychaudhuri y Habib (eds.), *Economic History,* vol. 1, p. 353.

[145] Acerca de estos aspectos, véase ibíd., pp. 288-301.

[146] Debo esta idea a un trabajo no publicado de David Washbrook.

[147] E. L. Farmer, *Early Ming Government: The Evolution of Dual Capitals* (Cambridge, Mass., 1976), p. 19.

[148] J. Dardess, «The End of Yuan Rule in China», en H. Franke y D. Twitchett (eds.), *The Cambridge History of China,* vol. 6: *Alien Regimes and Border States, 907-1368* (Cambridge, 1994), pp. 581-582.

[149] Véase R. Huang, *Taxation and Governmental Finance in Sixteenth-Century Ming China* (Cambridge, 1974), p. 55.

[150] Huang, *Taxation and Finance,* p. 310.

[151] Acerca de las relaciones de la China de los Ming con Tamerlán y sus sucesores, Joseph E. Fletcher, «China and Central Asia, 1368-1884», en John K. Fairbank (ed.), *The Chinese World Order: Traditional China's Foreign Relations* (Cambridge, Mass., 1968).

[152] A. Waldron, *The Great Wall: From History to Myth* (Cambridge, 1990), ofrece un relato excelente de los debates estratégicos durante el reinado de los últimos emperadores Ming.

[153] S. Jagchid y V. J. Symons, *Peace, War and Trade along the Great Wall* (Bloomington, Ind., 1989), p. 86.

[154] Véase D. O. Flynn, «Comparing the Tokugawa Shogunate and Hapsburg Spain», en J. D. Tracy (ed.), *The Rise of Merchant Empires* (Cambridge, 1990).

[155] Véase J. E. Wills, «Maritime China from Wang Chih to Shih Lang», en J. Spence y J. E. Wills (eds.), *From Ming to Ch'ing* (New Haven, 1979), p. 211.

[156] Véase A. Reid, «An Age of Commerce in Southeast Asian History», *Modern Asian Studies* 24, 1 (1990), pp. 9-10.

[157] Véase R. von Glahn, *Fountain of Fortune: Money and Monetary Policy in China 1000-1700* (Berkeley, 1997); F. W. Mote y D. Twitchett (eds.), *The Cambridge History of China,* vol. 7: *Ming Dynasty 1368-1644,* 1.ª parte (Cambridge, 1988), pp. 587-588; Reid, «Age of Commerce», pp. 10, 21-23.

[158] J. W. Hall (ed.), *The Cambridge History of Japan,* vol. 4: *Early Modern Japan* (Cambridge, 1991), p. 321.

[159] Véase M. Jansen, *China in the Tokugawa World* (Cambridge, Mass., 1992).

[160] Véase Wills, «Maritime China».

[161] Ibíd., p. 244.

[162] P. Burke, *Tradition and Innovation in Renaissance Italy* (ed. de bolsillo, Londres, 1974), p. 306. [Ed. cast: *El renacimiento italiano: cultura y sociedad en Italia,* trad. de Antonio Feros Carrasco, Madrid, Alianza, 2001].

[163] En su enormemente influyente *The Civilization of the Renaissance in Italy,* publicado en Basilea en 1860. [Ed. cast.: *La cultura del Renacimiento en Italia,* trad. de Fernando Jesús Bouza Álvarez, Juan Barja de Quiroga Losada y Teresa Blanco, Madrid, Akal, 2004]. La obra, sin embargo, no tuvo una amplia difusión hasta la década de 1880.

[164] Véase Jacob Burckhardt, *The Civilization of the Renaissance in Italy* (trad. ingl.: Londres, 1944), 1.ª parte.

[165] F. Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II* (1966; trad. ingl. 2 vols., Londres, 1972-1973), vol. 2, p. 913. [Ed. cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II,* Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1976].

[166] Véase G. Parker, *The Grand Strategy of Philip II* (Londres, 1998). [Ed. cast.: *La gran estrategia de Felipe II,* trad. de José Luis Gil Aristu, Madrid, Alianza, 1998].

[167] Véase G. Muto, «The Spanish System», en R. J. Bonney (ed.), *Economic Systems and State Finance* (Oxford, 1995), pp. 246, 248.

[168] Véase A. Peroton-Dumon, «The Pirate and the Emperor», en Tracy (ed.), *Political Economy of Merchant Empires,* pp. 196- 227.

[169] Véase D. F. Lach, *Asia in the Making of Europe,* vol. 1: *The Century of Discovery* (Chicago, 1964), cap. 4.

[170] A. R. Mitchell, «The European Fisheries in Early Modern History», en E. E. Rich y C. H. Wilson (eds.), *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. 5: *The Economic Organisation of Early Modern Europe* (Cambridge, 1977), pp. 157-158.

[171] W. L. Schurz, *The Manila Galleon* (Nueva York, 1939); H. Kamen, *Spain's Road to Empire: The Making of a World Power* (Londres, 2002). [Ed. cast.: *Imperio: la forja de España como potencia mundial,* trad. de Amado Diéguez Rodríguez, Barcelona, Círculo de Lectores, 2003].

[172] Acerca del «imperialismo mesiánico» de Felipe II, G. Parker, *Grand Strategy,* cap. 3.

[173] Acerca de los efectos que tuvo América, véase J. H. Elliott, «Final Reflections», en K. O. Kupperman (ed.), *America in European Consciousness 1493-1750* (Chapel Hill, NC, y Londres, 1995), p. 406.

[174] Véase J. de Vries, *The European Economy in the Age of Crisis 1600-1750* (ed. de bolsillo, Cambridge, 1976), p. 130. [Ed. cast.: *La economía de Europa en un periodo de crisis, 1600-1750,* trad. de Fernando Wulff Alonso, Madrid, Cátedra, 1987].

[175] Véase A. W. Crosby, *The Columbian Exchange* (Westport, Conn., 1972); A. J. R. Russell-Wood, *A World on the Move* (Nueva York, 1992).

[176] Véase B. Lewis, *Cultures in Conflict* (Oxford, 1995), para la indiferencia otomana ante las Américas.

3. El equilibrio de la primera Edad Moderna

[177] J. B. Brebner, *The Explorers of North America* (ed. de bolsillo, Nueva York, 1955), p. 255.

[178] Ibíd., p. 255.

[179] Ibíd., p. 299.

[180] El estudio clásico es J. Baker, *History of Geographical Exploration* (Londres, 1931).

[181] Véase J. C. Beaglehole, *The Life of Captain James Cook* (Londres, 1974).

[182] Véase R. Law, «"Here is no resisting the country": The Realities of Power in Afro-European Relations on the West African Slave Coast», *Itinerario* 17, 2 (1994), pp. 56-64.

[183] Para los *bandeirantes,* C. R. Boxer, *The Golden Age of Brazil 1695-1750* (Londres, 1962), pp. 31-32.

[184] N. Canny, *Europeans on the Move* (Oxford, 1994), p. 265.

[185] F. Jennings, *The Invasion of America* (ed. de bolsillo, Londres, 1976), pp. 30, 178-179, 300.

[186] T. Burnard, «European Migration to Jamaica, 1655-1780», *William and Mary Quarterly,* 3.ª serie, 52, 4 (1996), pp. 769-796.

[187] B. Bailyn, *Voyagers to the West* (Londres, 1986), p. 24.

[188] D. Eltis, «Free and Coerced Transatlantic Migration: Some Comparisons», *American Historical Review* 88, 2 (1983), pp. 252-255.

[189] R. S. Dunn, *Sugar and Slaves: The Rise of the Planter Class in the English West Indies 1624-1713* (Chapel Hill, NC, 1972).

[190] P. R. P. Coelho y R. A. McGuire, «African and European Bound Labour: The Biological Consequences of Economic Choice», *Journal of Economic History* 57, 1 (1997), p. 108.

[191] B. Solow, «Slavery and Colonization», en B. Solow (ed.), *Slavery and the Rise of the Atlantic System* (Cambridge, 1991), p. 29.

[192] I. Blanchard, *Russia's Age of Silver* (Londres, 1989).

[193] Acerca del consumo de azúcar en Europa, S. Mintz, *Sweetness and Power* (ed. de bolsillo, Londres, 1986), p. 67.

[194] K. N. Chaudhuri, *The Trading World of Asia and the East India Company 1660-1750* (Cambridge, 1978), pp. 7-10; L. Dermigny, *La Chine et l'Occident: le commerce à Canton 1719-1833* (3 vols., París, 1964), vol. 2, p. 691.

[195] Véase R. Davis, «English Foreign Trade 1660-1700», *Economic History Review,* nueva serie, 7, 2 (1954), pp. 150-166; R. Davis, «English Foreign Trade, 1700-1774», *Economic History Review,* nueva serie, 15, 2 (1962), pp. 285-303.

[196] N. Zahedieh, «Trade, Plunder and Economic Development in Early English Jamaica, 1655-1689», *Economic History Review,* nueva serie, 39, 2 (1986), pp. 205-222; K Glamann, «The Changing Pattern of Trade», en E. E. Rich y C. H. Wilson (eds.), *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. 5: *The Economic Organisation of Early Modern Europe* (Cambridge, 1977), p. 191.

[197] Véase J. de Vries, *The European Economy in the Age of Crisis 1600-1750* (ed. de bolsillo, Cambridge, 1976).

[198] Ibíd., p. 116.

[199] Ibíd., p. 125.

[200] Ibíd., p. 181.

[201] Véase, por ejemplo, J. H. Plumb, «The Commercialization of Leisure», en Neil McKendrick, John Brewer y J. H. Plumb, *The Birth of a Consumer Society: The Commercialization of Eighteenth-Century England* (Londres, 1982).

[202] Acerca de este argumento, L. Wallerstein, *The Modern World System* (2 vols., Londres, 1974, 1980).

[203] De Vries, *Crisis,* p. 142.

[204] Acerca de la Real Compañía Africana, K. G. Davies, *The Royal Africa Company* (Londres, 1962). Acerca de la Compañía de los Mares del Sur, J. Carswell, *The South Sea Bubble* (Stanford, 1960). La rentabilidad decreciente de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales y el fracaso de las dos Compañías de las Indias Occidentales holandesas se tratan en Jan de Vries y Ad van der Woude, *The First Modern Economy: Success, Failure and Perseverance of the Dutch Economy, 150o-1815* (Cambridge, 1997), pp. 463-464, 468.

[205] Véase Holden Furber, *Rival Empires of Trade in the Orient 1600-1800* (Mineápolis, 1976; reed. Nueva Delhi, 2004), pp. 334-339.

[206] Véase M. Korner, «Expenditure», en R. J. Bonney (ed.), *Economic Systems and State Finance* (Oxford, 1995), pp. 393-422.

[207] Véase N. Henshall, *The Myth of Absolutism* (Londres, 1992).

[208] Véase J. Berenger, *Finances et absolutisme autrichiens dans la seconde moitié du XVII*eme *siècle* (2 vols., París, 1975), vol. 2, p. 662; R. J. W. Evans, *The Making of the Habsburg Monarchy* (Oxford, 1979), pp. 96-99.

[209] E. Le Roy Ladurie, *L'Ancien Régime* (2 vols., París, 1991), vol. 2, p. 26.

[210] La expresión procede de J. Henretta, «*Salutary Neglect*» (Princeton, 1972).

[211] J. H. Parry, *The Spanish Seaborne Empire* (Londres, 1966), cap. 14. [Ed. cast.: *El imperio español de ultramar,* trad. de Ildefonso Echevarría, Madrid, Aguilar, 1970].

[212] D. Ogg, *Europe of the Ancien Regime 1715-1783* (Londres, 1965), pp. 41-44, que cita *Institutions politiques* (1760) de J. H. Bielefeld.

[213] Parry, *Empire,* pp. 202-205.

[214] E. S. Morgan, *American Slavery, American Freedom: The Ordeal of Colonial Virginia* (Nueva York, 1975), cap. 13.

[215] D. Baugh, «Maritime Strength and Atlantic Commerce», en L. Stone (ed.), *An Imperial State at War* (Londres, 1994), pp. 185-223.

[216] B. Bailyn, *The Origins of American Politics* (ed. de bolsillo, Nueva York, 1968), pp.72 -74.

[217] Korner, «Expenditure», p. 416.

[218] R. J. Bonney, «The Eighteenth Century II: The Struggle for Great Power Status and the End of the Old Fiscal Regime», en Bonney (ed.), *Economic Systems,* pp. 322 y ss.

[219] M. Anderson, *The War of the Austrian Succession 1740-48* (Londres, 1995), pp. 25 y ss.

[220] Véase B. Lenman, *Britain's Colonial Wars, 1688-1783* (Londres, 2001).

[221] Para las campañas en «Danubia», J. Stoye, *Marsigli's Europe* (Londres, 1994).

[222] Véase W. C. Fuller, *Strategy and Power in Russia, 1600-1914* (Nueva York, 1992).

[223] T. Smollett, *The Adventures of Roderick Random* (1748; ed. Everyman, Londres, 1927), cap. 34, p. 191. [Ed. cast.: *Las aventuras de Roderick Random,* ed. y trad. de Miguel Ángel Pérez Pérez, Madrid, Cátedra, 2012].

[224] G. W. Forrest, *The Life of Lord Clive* (2 vols., Londres, 1918), vol. 1, pp. 26-30.

[225] A. Osiander, *The States System of Europe 1640-1990* (Oxford, 1994), pp. 78-81.

[226] Acerca del «sistema» español, R. A. Stradling, *Europe and the Decline of Spain* (Londres, 1981). [Ed. cast.: *Europa y el declive del sistema imperial español, 1580-1720,* trad. de Jesús Fernández Zulaica, Madrid, Cátedra, 1983].

[227] Anderson, *Austrian Succession,* p. 58.

[228] W. Goetzmann, *New Lands, New Men: America and the Second Great Age of Discovery* (ed. de bolsillo, Londres, 1987), pp. 62-64.

[229] J. Tully, *An Approach to Political Philosophy: Locke in Contexts* (Cambridge, 1993), cap. 5.

[230] Véase J. Harrison y P. Laslett, *The Library of John Locke* (Oxford, 1965).

[231] Dermigny, *La Chine,* vol. 1, pp. 19-22.

[232] Montesquieu, *Lettres persanes* (1721), carta 121. [Ed. cast.: *Cartas persas,* trad. de José Marchena, Madrid, Alianza, 2000].

[233] Montesquieu, *The Spirit of the Laws* (1748; trad. ingl.: Nueva York, 1949), vol. 1, pp. 301-304. [Ed. cast.: *Del espíritu de las leyes,* trad. de Mercedes Blázquez Polo y Pedro de Vega, Madrid, Alianza, 2003].

[234] Ibíd., p. 368.

[235] Citado en N. A. M. Rodger, *The Command of the Ocean: A Naval History of Britain 1649-1815* (Londres, 2004), p. 235.

[236] J.-P. Rubiés, «New Worlds and Renaissance Ethnology», *History and Anthropology* 6, 2-3 (1993), pp. 157-197.

[237] M. J. Anderson, *Britain's Discovery of Russia 1553-1815* (Londres, 1958), p. 98.

[238] Véase Wallerstein, *Modern World System,* vol. 2.

[239] J. Billington, *The Icon and the Axe: An Interpretive History of Russian Culture* (Londres, 1970), pp. 146, 154, 166. [Ed. cast.: *El icono y el hacha: una historia interpretativa de la cultura rusa,* trad. de Ester Gómez, Madrid, Siglo XXI, 2012].

[240] J. M. Letiche y B. Dmytryshyn, *Russian Statecraft: The* Politika *of Iurii Krizhanich* (Oxford, 1985), p. xlvii.

[241] G. V. Lantzeff y R. A. Pierce, *Eastward to Empire* (Montreal y Londres, 1973), pp. 139 y ss.

[242] Blanchard, *Russia's Age of Silver,* p. 90.

[243] Acerca de este proceso, A. S. Donnelly, *The Russian Conquest of Bashkiria 1552-1740* (New Haven y Londres, 1968).

[244] En la actualidad el mejor relato de la política de Pedro es L. Hughes, *Russia in the Age of Peter the Great* (Londres, 1998). Para la declaración del senado, p. 296.

[245] O. Subtelny, *Ukraine: A History* (Toronto, 1988), p. 182.

[246] S. H. Baron, «Who were the *Gosti?*», en su *Muscovite Russia: Collected Essays* (Londres, 1980).

[247] Blanchard, *Russia's Age of Silver,* pp. 218 y ss. En 1710 la carga impositiva suponía el 64 por ciento de la cosecha de grano, lo cual ofrece una medida aproximada del producto nacional. Véase R. Hellie, «Russia», en R. J. Bonney (ed.), *The Rise of the Fiscal State in Europe c.1200-1815* (Oxford, 1999), p. 497.

[248] Hughes, *Russia,* caps. 7, 9.

[249] B. H. Sumner, *Peter the Great and the Emergence of Russia* (Londres, 1951), pp. 55, 72.

[250] Kliuchevskii citado en «The Weber Thesis and Early Modern Russia», p. 333, en Baron, *Muscovite Russia.*

[251] Letiche y Dmytryshyn, *Russian Statecraft,* pp. lviii-lix.

[252] S. A. M. Adshead, *China in World History* (3.ª ed., Londres, 1995), p. 243.

[253] *Ch'ing* significaba «puro».

[254] L. D. Kessler, *Kang-hsi and the Consolidation of Ch'ing Rule 1661-1684* (Chicago, 1976), p. 10.

[255] Véase J. E. Wills, «Maritime China from Wang Chih to Shih Lang», en J. Spence y J. E. Wills (eds.), *From Ming to Ch'ing* (New Haven, 1979), p.226.

[256] Kessler, *Kang-hsi,* p. 86.

[257] V. S. Miasnikov, *The Ch'ing Empire and the Russian State in the 17th Century* (1980; trad. ingl.: Londres, 1985), p. 183.

[258] Wills, «Maritime China», p. 228.

[259] J. E. Wills, «Ch'ing Relations with the Dutch 1662-1690», en J. K. Fairbank (ed.), *The Chinese World Order: Traditional China's Foreign Relations* (Cambridge, Mass., 1968), p. 245.

[260] Véase Joseph E. Fletcher, «China and Central Asia, 1368-1884», en Fairbank (ed.), *Chinese World Order.*

[261] J. Spence, *Emperor of China: Self-portrait of K'ang-hsi* (Nueva York, 1974), p. 9.

[262] Miasnikov, *Ch'ing Empire,* p. 94.

[263] Ibíd., p. 286.

[264] Pei Huang, *Aristocracy at Work: A Study of the Yung-cheng Period* (Bloomington, Ind., 1974), p. 181.

[265] Huang, *Aristocracy,* p. 160; para lo general, B. Bartlett, *Monarchs and Ministers* (Berkeley y Los Ángeles, 1991).

[266] Adshead, *China,* p. 253.

[267] P. C. Perdue, *Exhausting the Earth: State and Peasant in Hunan 1500-1850* (Cambridge, Mass., 1987), p. 10.

[268] Ibíd., p. 22.

[269] M. Elvin, *The Pattern of the Chinese Past* (Londres, 1973), p. 248.

[270] Acerca de la región de Kiangnan y su comercio de algodón, M. Elvin, «Market Towns and Waterways: The County of Shanghai from 1480 to 1910», en M. Elvin, *Another History: Essays on China from a European Perspective* (Sídney, 1996), p. 109.

[271] Para comparaciones entre las economías de China y Europa durante la primera Edad Moderna, K. Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy* (Princeton, 2000), pp. 106-107.

[272] Spence, *Emperor of China,* p. 78.

[273] Ibíd., p. 83.

[274] R. J. Smith, *China's Cultural Heritage: The Ch'ing Dynasty 1644-1911* (Boulder, Colo., y Londres, 1983), pp. 190 y ss.

[275] Ibíd., p. 108.

[276] C. P. Fitzgerald, *The Southern Expansion of the Chinese People* (Londres, 1972), pp. 152-155.

[277] Peng Yoke, «China and Europe: Scientific and Technological Exchanges», en T. H. C. Lee (ed.), *China and Europe: Images and Influence in Sixteenth to Eighteenth Centuries* (Hong Kong, 1991), p. 196.

[278] F. H. Bray, «Some Problems Concerning the Transfer of Scientific and Technological Knowledge», en Lee (ed.), *China and Europe,* p. 16.

[279] Smith, *Cultural Heritage,* pp. 185-187.

[280] Para dos perspectivas sugerentes de las tendencias a largo plazo de la organización política china, J. A. Fogel, *Politics and Sinology: The Case of Naito Kanan, 1866-1934* (Cambridge, Mass., 1984) y J. Schrecker, *The Chinese Revolution in Historical Perspective* (Nueva York, 1991).

[281] C. Totman, *Early Modern Japan* (Londres, 1993), p. 140.

[282] Edo fue la primera ciudad en alcanzar una población de un millón de habitantes. Véase Hidenobu Jinnai, «The Spatial Structure of Edo», en Chie Nakane y Shinzaburo Oishi (eds.), *Tokugawa Japan: The Social and Economic Antecedents of Modern Japan* (Tokio, 1990).

[283] Totman, *Early Modern Japan,* p. 149.

[284] S. Nakamura, «The Development of Rural Industry», en Nakane y Oishi (eds.), *Tokugawa Japan,* pp. 81-85.

[285] Véase E. Kato, «The Early Shogunate and Dutch Trade Policies», en L. Blussé y F. Gaastra (eds.), *Companies and Trade* (Leiden, 1981).

[286] A. Reid, «An Age of Commerce in Southeast Asian History», *Modern Asian Studies* 24, 1 (1990), pp. 10, 21.

[287] M. Jansen, *China in the Tokugawa World* (Cambridge, Mass., 1992), p.16.

[288] Ibíd., p. 7.

[289] Ibíd., p. 8.

[290] Totman, *Early Modern Japan,* p. 138; Jansen, *Tokugawa World,* p. 35.

[291] Véase Y. Yonezawa y C. Yoshizawa, *Japanese Painting in the Literati Style* (trad. ingl.: Nueva York, 1974).

[292] Jinnai, «The Spatial Structure of Edo», p. 148.

[293] Totman, *Early Modern Japan,* p. 261.

[294] A. Reid, *Southeast Asia in the Age of Commerce, 1450-1680* (2 vols., New Haven, 1988, 1993), vol. 2, cap. 3.

[295] J. S. Trimingham, *A History of Islam in West Africa* (ed. de bolsillo, Oxford, 1970), pp. 131-136.

[296] Ibíd., p. 122.

[297] B. Lewis, *The Muslim Discovery of Europe* (Londres, 1982), p. 237; H. A. R. Gibb y H. Bowen, *Islamic Society and the West: A Study of the Impact of Western Civilisation on Moslem Culture in the Near East,* vol. 1: *Islamic Society in the Eighteenth Century,* 1.ª parte (Londres, 1950), p. 214.

[298] Véase J. Mokyr, *The Lever of Riches: Technological Creativity and Economic Progress* (Oxford, 1990), cap. 4.

[299] Trimingham, *Islam,* pp. 141-142.

[300] Para un estudio reciente de este periodo, I. Parvev, *Habsburgs and Ottomans between Vienna and Belgrade (1683-1739)* (Nueva York, 1995).

[301] B. Masters, *The Origins of Western Economic Dominance in the Middle East: Mercantilism and the Islamic Economy in Aleppo* (Nueva York, 1988); D. Goffman, *Izmir and the Levantine World, 1550-1650* (Seattle, 1990).

[302] Lewis, *Discovery,* p. 296.

[303] *Memoirs of the Baron de Tott on the Turks and the Tartars* (trad. ingl., 2. vols., 1785), vol. 2, p. 15; Lewis, *Discovery,* p. 153.

[304] P. Goubert, *Cent mille provinciaux au XVII^e siècle: Beauvais et les Beauvaisis de 1600 à 1750* (ed. de bolsillo, París, 1968), pp. 172-173.

[305] Rifa'at Ali Abou El-Haj, *The Formation of the Modern State: The Ottoman Empire, Sixteenth to Eighteenth Centuries* (Albany, NY, 1991), p. 10.

[306] Carol B. Stevens, «Modernising the Military: Peter the Great and Military Reform», en J. Kotilaine y M. Poe (eds.), *Modernising Muscovy: Reform and Social Change in Seventeenth-Century Russia* (Londres, 2004), pp. 247-262, sobre todo las pp. 258-259.

[307] Véase L. Valensi, *Le Maghreb avant la prise d'Algers (1800-1830)* (París, 1969); A. C. Hess, «The Forgotten Frontier: The Ottoman North African Provinces», en T. Naff y R. Owen (eds.), *Studies in Eighteenth-Century Islamic History* (Carbondale, Ill., 1977), pp. 71-83.

[308] H. Inalcik, «Centralization and Decentralization in Ottoman Administration», en Naff y Owen (eds.), *Islamic History,* pp. 38-46.

[309] Véase B. McGowan, «The Age of the Ayans, 1699-1812», en H. Inalcik con D. Quataert (eds.), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire 1300-1914* (Cambridge, 1994), pp. 664-676.

[310] Acerca del comercio del café en El Cairo, A. Raymond, *Artisans et commerçants au Caire au XVIII^e siècle* (Damasco, 1972), p. 144. Acerca del rápido crecimiento de Izmir, S. Faroqhi, *Towns and Townsmen of Ottoman Anatolia* (Cambridge, 1984), p. 6.

[311] J. Carswell, «From the Tulip to the Rose», en Naff y Owen (eds.), *Islamic History,* pp. 328-329.

[312] Véase S. Faroqhi, «Crisis and Change, 1590-1699», en Inalcik con Quataert (eds.), *Ottoman Empire,* p. 526, y McGowan, «The Age of the Ayans», p.724.

[313] S. Blake, *Shahjahanabad: The Sovereign City in Mughal India 1639-1739* (Cambridge, 1991).

[314] R. M. Eaton, *The Rise of Islam and the Bengal Frontier 1204-1760* (ed. de bolsillo, Londres, 1996), pp. 228 y ss.

[315] C. A. Bayly, *Rulers, Townsmen and Bazaars: North Indian Society in the Age of British Expansion 1770-1870* (Cambridge, 1983), p. 155.

[316] T. Raychaudhuri e I. Habib (eds.), *The Cambridge Economic History of India,* vol. 1: *c.1200-1750* (Cambridge, 1982), p. 396; J. R. McLane, *Land and Local Kingship in Eighteenth Century Bengal* (Cambridge, 1993), p. 31.

[317] Raychaudhuri y Habib (eds.), *Economic History,* vol. 1, pp. 400-402.

[318] Ibíd., p. 417.

[319] Véase el brillante ensayo de Frank Perlin, «Commercial Manufacture and the "Protoindustrialisation" Thesis», en F. Perlin, *Unbroken Landscape: Commodity, Category, Sign and Identity: Their Production as Myth and Knowledge* (Aldershot, 1994), sobre todo las pp. 81-82.

[320] E. Maclagan, *The Jesuits and the Great Moghul* (Londres, 1932), p. 268.

[321] Ibíd., p. 269.

[322] Ibíd., pp. 243 y ss.

[323] L'Escaliot a sir T. Browne, 28 de enero de 1664, en N. C. Kelkar y D. V. Apte (eds.), *English Records on Shivaji* (Poona, 1931), p. 73.

[324] Ibíd., p. 374.

[325] S. Gordon, *Marathas, Marauders and State Formation in 18th Century India* (Nueva Delhi, 1994), p. 28.

[326] Ibíd., cap. 2.

[327] A. Wink, *Land and Sovereignty in India: Agrarian Society and Politics under the Eighteenth-Century Maratha Svarajya* (Cambridge, 1986), p. 40.

[328] Véase ibíd., pp. 7, 34.

[329] M. Alam, *The Crisis of Empire in Mughal North India: Awadh and the Punjab 1707-1748* (Delhi, 1986), p. 241.

[330] W. Irvine, *The Later Mughals,* vol. 2: *1719-1739* (Calcuta, 1922), p. 360.

[331] Acerca del núcleo originario del Imperio mogol, J. Gommans, *Mughal Warfare: Indian Frontiers and the Highroads to Empire 1500-1700* (Londres, 2002), p. 18.

[332] D. Ludden, *Peasant History in South India* (Nueva Delhi, 1989), p. 74.

[333] Véase Perlin, «Commercial Manufacture».

[334] Acerca de la trayectoria de White, M. Collis, *Siamese White* (Londres, 1936).

[335] Forrest, *Lord Clive,* vol. 1, p. 26.

[336] G. R. G. Hambly, «The Emperor's Clothes», en S. Gordon (ed.), *Robes of Honour* (Nueva Delhi, 2003), pp. 31-49, sobre todo p. 43.

[337] Véase el extraordinario estudio de J. J. L. Gommans, *The Rise of the Indo-Afghan Empire, c.1710-1780* (Leiden, 1995).

[338] Para una mirada fascinante sobre la política georgiana, W. E. D. Allen, *Russian Embassies to the Georgian Kings (1589-1605),* Hakluyt Society, 2.ª serie, 138 (2 vols., Cambridge, 1970), vol. 1, «Introduction».

[339] L. Lockhart, *Nadir Shah* (Londres, 1938), p. 268.

[340] Ibíd., p. 268; P. Sykes, *A History of Persia* (3.ª ed., 2 vols., Londres, 1951), vol. 2, pp. 241 y ss.

[341] Gommans, *Indo-Afghan Empire,* pp. 55 y ss.

[342] Ibíd., pp. 26-27.

[343] R. L. Canfield, *Turko-Persia in Historical Perspective* (Cambridge, 1991), p. 22.

[344] Lockhart, *Nadir Shah,* pp. 212 y ss.

[345] Gommans, *Indo-Afghan Empire,* p. 177.

[346] De Vries y Van der Woude, *The First Modern Economy,* p. 693.

4. La Revolución euroasiática

[347] S. F. Dale, *Indian Merchants and the Eurasian Trade 1600-1750* (Cambridge, 1994).

[348] P. C. Perdue, *China Marches West* (Cambridge, Mass., 2005).

[349] Acerca de la política de mediados del siglo XVIII en el Alto Nilo, véase J. J. Ewald, *Soldiers, Traders and Slaves: State Formation and Economic Transformation in the Greater Nile Valley 1700-1885* (Madison, 1990).

[350] El estudio clásico es el de P. J. van der Merwe, *The Migrant Farmer in the History of the Cape Colony, 1657-1842* (1938; trad. ingl.: Athens, O., 1995).

[351] W. P. Cumming, S. Hillier, D. B. Quinn y G. Williams, *The Exploration of North America 1630-1776* (Londres, 1974), pp. 233-234.

[352] Citado por R. J. Bonney, «The Eighteenth Century II: The Struggle for Great Power Status and the End of the Old Fiscal Regime», en R. J. Bonney (ed.), *Economic Systems and State Finance* (Oxford, 1995), p. 315.

[353] La mejor introducción a esta región sigue siendo *Europe's Steppe Frontier,* de W. H. McNeill (Londres, 1974).

[354] Según una investigación francesa de 1763, los ingresos de Francia (321 millones de *livres tournois)* estaban muy por delante de los de Gran Bretaña (224), mientras que los Países Bajos ocupaban el tercer puesto (120) y Austria, el cuarto (92). Véase Bonney, «The Struggle for Great Power Status», p. 336.

[355] W. Goetzmann, *New Lands, New Men: America and the Second Great Age of Discovery* (Nueva York, 1986), pp. 69-73.

[356] Acerca del poder de estas asambleas, véase B. Bailyn, *The Origins of American Politics* (ed. de bolsillo, Nueva York, 1968).

[357] T. Schieder, *Frederick the Great* (1983; trad. ingl.: Londres, 2000), pp. 116-117.

[358] En lo tocante a los temores de Federico ante la expansión rusa, ibíd., pp. 151-158.

[359] Fundamentalmente para recuperar Silesia, que había perdido a manos de Prusia en 1740.

[360] Véase S. Sebag-Montefiore, *Potemkin* (Londres, 2000); N. K. Gvosdev, *Imperial Policies and Perspectives toward Georgia, 1760-1819* (Londres, 2000), cap. 4.

[361] P. Mackesy, *The War for America* (Londres, 1964) sigue siendo la versión oficial.

[362] Véase G. Nobles, *American Frontiers: Cultural Encounters and Continental Conquest* (Londres, 1997), caps. 2 y 3, para una perspectiva reciente.

[363] Instrucciones de Cook, citadas en J. C. Beaglehole (ed.), *The Journals of James Cook. The Voyage of the Endeavour, 1768-1771* (Cambridge, 1957), p. cclxxxii.

[364] A. Wink, *Land and Sovereignty in India: Agrarian Society and Politics under the Eighteenth-Century Maratha Svarajya* (Cambridge, 1986).

[365] Dicha descripción figuraba en una carta publicada en el *London Chronicle* en julio de 1757. S. C. Hill (ed.), *Indian Records Series: Bengal in 1756-1757* (3 vols., Londres, 1905), vol. 3, p. 85.

[366] Pueden leerse gráficas versiones contemporáneas de dicha crisis en ibíd., apéndices 2 y 3.

[367] Clive a su padre, 19 de agosto de 1757, en ibíd., p. 360.

[368] Clive a William Pitt, 7 de enero de 1759, en W. K. Firminger (ed.), *Fifth Report... on the Affaire of the East India Company 1812* (1917; reed. Nueva York, 1969), p.

clvi.

[369] Clive a la Compañía Británica de las Indias Orientales, 16 de enero de 1767, en ibíd., p. clix.

[370] Véase B. Stein, «State Formation and Economy Reconsidered», *Modern Asian Studies* 19, 3 (1985), pp. 387-413; K. Brittlebank, «Assertion», en P. Marshall (ed.), *The Eighteenth Century in Indian History: Evolution or Revolution* (Nueva Delhi, 2003), pp. 269-292.

[371] R. Callahan, *The East India Company and Army Reform* (Cambridge, Mass., 1972), p. 6.

[372] Acerca de este comercio, véase E. H. Pritchard, *The Crucial Years of Anglo-Chinese Relations 1750-1800* (Pullman, Wash., 1936), y Holden Furber, *Rival Empires of Trade in the Orient 1600-1800* (Mineápolis, 1976; reed. Nueva Delhi, 2004).

[373] A. Sorel, *Europe and the French Revolution: The Political Traditions of the Old Regime* (1885; trad. ingl.: Londres, 1969), p. 119.

[374] R. J. Bonney, «France 1494-1815», en R. J. Bonney (ed.), *The Rise of the Fiscal State in Europe c.1200-1815* (Oxford, 1999), pp. 148-150.

[375] Para una versión reciente, véase M. Price, *The Fall of the French Monarchy* (Londres, 2002).

[376] A. Sorel, *L'Europe et la Révolution française: La chute de la royauté* (10.ª ed., París, 1906), p. 458.

[377] Bonney, «The Struggle for Great Power Status», p. 360.

[378] F. de Bourrienne, *Memoirs of Napoleon Bonaparte* (1836; trad. ingl.: ed. de E. Sanderson, Londres, s. f.), p. 68.

[379] F. Charles-Roux, *Bonaparte: Governor of Egypt* (1936; trad. ingl.: Londres, 1937), p. 2.

[380] Véase J. B. Kelly, *Britain and the Persian Gulf 1795-1880* (Oxford, 1968), cap. 2.

[381] Bourrienne, *Bonaparte,* p. 328.

[382] La mejor explicación actual del acuerdo es la que ofrece P. W. Schroeder, *The Transformation of European Politics 1763-1848* (Oxford, 1994), cap. 12. Véase también la brillante investigación de E. V. Gulick, *Europe's Classical Balance of Power* (Londres, 1955), 2.ª parte.

[383] Véase Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy* (Princeton, 2002).

[384] P. Bairoch, *Victoires et déboires: Histoire économique et politique de monde du XVI siècle à nos jours* (3 vols., París, 1997), vol. 2, p. 852. Sobre la dramática caída en los precios del hilo y los tejidos de algodón en Gran Bretaña, véase C. Knick Hartley, «Cotton Textile Prices and the Industrial Revolution», *Economic History Review,* nueva serie, 51, 1 (1998), pp. 49-83.

[385] Véase N. F. R. Crafts, *British Economic Growth during the Industrial Revolution* (Oxford, 1985).

[386] Véase E. L. Jones, *The European Miracle: Environments, Economies and Geopolitics in the Histories of Europe and Asia* (Cambridge, 1981). [Ed. cast.: *El milagro europeo,* trad. de Manuel Pascual Morales, Madrid, Alianza, 1994].

[387] Ese es el argumento fundamental de Pomeranz en *The Great Divergence.*

[388] Véase los sugerentes comentarios de D. Washbrook, «From Comparative Sociology to Global History: Britain and India in the Pre-History of Modernity», *Journal of the Economic and Social History of the Orient* 40, 4 (1997).

[389] Pomeranz, *The Great Divergence,* p. 85.

[390] Ibíd., p. 138.

[391] Para la economía otomana, véase B. McGowan, «The Age of the Aryans, 1699-1812», en H. Inalcik con D. Quataert (eds.), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire 1300-1914* (Cambridge, 1994), pp. 703, 724 y 727.

[392] W. Floor, *The Economy of Safavid Persia* (Wiesbaden, 2000), pp. 161, 331.

[393] J. E. Inikori, *Africans and the Industrial Revolution in England: A Study in International Trade and Economic Development* (Cambridge, 2002), p. 443. A comienzos del siglo XVIII el algodón indio «dominaba por completo» los mercados de África occidental.

[394] C. A. Bayly, *Townsmen, Rulers and Bazaars: North Indian Society in the Age of British Expansion 1770-1870* (Cambridge, 1983), p. 194.

[395] Véase Pomeranz, *The Great Divergence,* para el análisis subsiguiente.

[396] Ibíd., pp. 290, 325.

[397] Crafts, *British Economic Growth,* p. 138. Para ser exactos, 2.7.

[398] Harley, «Cotton Textile Prices», pp. 50 y ss.

[399] M. W. Flinn, *The History of the British Coal Industry,* vol. 2: *1700-1830: The Industrial Revolution* (Oxford, 1984), p. 114.

[400] Pasando de 68.000 toneladas a 240.000. T. S. Ashton, *Iron and Steel in the Industrial Revolution* (Manchester, 1924), p. 99.

[401] Véase G. N. von Tunzelman, *Steam Power and British industrialization to 1860* (Oxford, 1978), pp. 46, 224, 295.

[402] D. A. Farnie, *The English Cotton Industry and the World Market 1815-1896* (Oxford, 1979), pp. 96-97.

[403] J. A. Mann, *The Cotton Trade of Great Britain* (1860; reed. Londres, 1968), tabla 25. A partir de 1840, la India ocupó el primer puesto.

[404] P. Hudson, *The Industrial Revolution* (Londres, 1992), p. 183.

[405] R. Davis, «English Foreign Trade, 1700-1774», *Economic History Review,* nueva serie, 15, 2 (1962), pp. 285-303.

[406] Hudson, *Industrial Revolution,* pp. 197-198.

[407] P. Mantoux, *The Industrial Revolution in the Eighteenth Century* (ed. rev., Londres, 1969), p. 199.

[408] Ibíd., p. 203.

[409] G. Unwin, *Samuel Oldknow and the Arkwrights: The Industrial Revolution in Stockport and Marple* (Manchester, 1924), p. 44.

[410] Ibíd., p. 62.

[411] La Compañía fue acusada de vender bienes indios a precios baratos para pagar sus costes en Inglaterra. A. Redford, *Manchester Merchants and Foreign Trade 1794-1858* (Londres, 1934), pp. 122-123.

[412] Unwin, *Samuel Oldknow,* p. 98.

[413] Farnie, *English Cotton Industry,* p. 96.

[414] A. Feuerwerker, *State and Industry in Eighteenth Century China* (Ann Arbor, 1976), p. 111.

[415] J. Spence, *In Search of Modern China* (Londres, 1990), pp. 112-114. [Ed. cast.: *En busca de la China moderna,* trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Tusquets, 2011].

[416] M. L. Cohen, «Souls and Salvation», en J. L. Watson y E. Rawski (eds.), *Death Ritual in Late Imperial China* (Berkeley, 1988), pp. 200-201.

[417] P. Kuhn, *Soulstealers: The Chinese Sorcery Scare of 1768* (Cambridge, Mass., 1990), pp. 43-44.

[418] C. A. Ronan (ed.), *The Shorter Science and Civilization in China: An Abridgement of Joseph Needham's Original Text* (Cambridge, 1978), vol. 1, p. 305.

[419] R. J. Smith, «Mapping China's World: Cultural Cartography in Late Imperial Times», en Wen-hsin Yeh (ed.), *Landscape, Culture and Power in Chinese Society* (Berkeley, 1998), p. 75.

[420] Véase J. Spence, *Treason by the Book* (Londres, 2001).

[421] E. Rawski, «The Qing Formation and the Early Modern Period», en L. Struve (ed.), *The Qing Formation in World Historical Time* (Cambridge, Mass., 2004), p. 234.

[422] Perdue, *China Marches West,* p. 456.

[423] Smith, *Mapping China's World,* pp. 85 y ss.

[424] Citado por A. Singer, *The Lion and the Dragon* (Londres, 1992), p. 99.

[425] Una ansiedad que se hizo sentir en lugares tan lejanos como Mosul. A. Hourani, *Islam in European Thought* (Cambridge, 1991), p. 138.

[426] B. Lewis, *The Muslim Discovery of Europe* (Londres, 1982), pp. 81-83.

[427] Ibíd., p. 157.

[428] G. Goodwin, *Islamic Architecture: Ottoman Turkey* (Londres, 1977), pp. 21, 161-178.

[429] Acerca de la carrera y las ideas de 'Abd al-Latif, véase Gulfishan Khan, *Indian Muslim Perceptions of the West in the Eighteenth Century* (Oxford, 1998) pp. 100 y ss.

[430] Así, muchos cristianos «griegos» de Anatolia escribían en turco empleando caracteres griegos. Véase B. Lewis, *Multiple Identities in the Modern Middle East* (Londres, 1998), p. 8.

[431] H. Algar, *Religion and State in Iran 1785-1906* (Berkeley y Los Ángeles, 1969), cap. 1.

[432] Ibíd., p. 78.

[433] R. M. Eaton, *The Rise of Islam and the Bengal Frontier 1204-1760* (Londres, 1993), p. 282; M. Laffan, *Islamic Nationhood and Colonial Indonesia* (Londres, 2003), pp. 20, 23-24.

[434] El papel de los sufíes se debate en H. A. R. Gibb y H. Bowen, *Islamic Society and the West: A Study of the Impact of Western Civilisation on Moslem Culture in the Near East,* vol. 1: *Islamic society in the Eighteenth Century,* 2.ª parte (Londres, 1957), pp. 187-197, y en Hourani, *Islam in European Thought,* pp. 156-163. El jefe provincial otomano Ali Pasha patrocinó a los derviches de Bektashi para afianzar su poder. Véase F. W. Hasluck, *Christianity and Islam under the Sultans* (2 vols., Oxford, 1929), vol. 2, p. 537.

[435] Khan, *Indian Muslim Perceptions,* p. 375.

[436] Véase Abd al-Rahman al-Jabarti, *Chronicle of the First Seven Months of the French Occupation of Egypt,* ed. y trad. de S. Moreh (Leiden, 1975); S. Moreh, «Napoleon and the French Impact on Egyptian Society in the Eyes of al-Jabarti», en I. Bierman (ed.), *Napoleon in Egypt* (Reading, 2003).

[437] Véase J. S. Trimingham, *A History of Islam in West Africa* (Oxford, 1962), cap. 5, y G. Robinson, *Muslim Societies in African History* (Cambridge, 2004), cap. 10.

[438] J. Israel, *The Radical Enlightenment: Philosophy and the Making of Modernity 1650-1750* (Oxford, 2001), p. 10. El grueso de la investigación versa sobre la influencia intelectual radical que ejerció la filosofía materialista de Spinoza.

[439] N. Hampson, *The Enlightenment* (Londres, 1968), p. 131.

[440] Acerca de las ideas de Locke, véase M. Cranston, *John Locke* (Londres, 1957), cap. 20; Hampson, *Enlightenment,* pp. 38-39.

[441] J. Tully, *An Approach to Political Philosophy: Locke in Contexts* (Cambridge, 1993), pp. 201-202.

[442] Más recientemente en Israel, *Radical Enlightenment.*

[443] J. Locke, *Two treatises on Civil Government* (1690), ed. de J. W. Gough (Oxford, 1946), sección 49. [Ed. cast.: *Dos ensayos sobre el gobierno civil,* trad. de Francisco Giménez Gracia, Madrid, Espasa,1997].

[444] Para un estudio reciente, véase A. Pagden, *European Encounters with the New World* (Londres, 1993).

[445] Acerca de Hume, véase N. Phillipson, *Hume* (Londres, 1989), pp. 32-34.

[446] Véase H. Reiss (ed.), *Kant's Political Writings* (Cambridge, 1970), p. 106.

[447] J. W. Burrow, *Evolution and Society* (Cambridge, 1970), p. 39.

[448] Ibíd., p. 47.

[449] E. Stokes, *The English Utilitarians and India* (Oxford, 1959), p. 53.

[450] Citado en Spence, *In Search of Modern China,* p. 123.

[451] S. Drescher, *Capitalism and Anti-Slavery: British Mobilization in Comparative Perspective* (Londres, 1986).

[452] U. Heyd, «The Ottoman 'Ulema and Westernization in the Time of Selim III and Mahmud II», en A. Hourani, P. S. Khoury y M. C. Wilson (eds.), *The Modern Middle East* (Londres, 1993), pp. 29-59.

[453] R. Owen, *The Middle East in the World Economy 1800-1914* (Londres, 1981), pp. 65-72.

[454] Ewald, *Soldiers, Traders, and Slaves,* pp. 152-165.

[455] Para un análisis reciente del Estado de Mehmet Alí, véase K. Fahmy, *All the Pasha's Men: Mehmed Ali, his Army and the Making of Modern Egypt* (El Cairo, 2002).

[456] J. R. Perry, *Karim Khan Zand* (Chicago, 1979).

[457] Véase una entretenida descripción de las relaciones de Teherán con los bajtiari del sudoeste de Irán durante la década de 1940 en H. Layard, *Early Adventures in Persia, Susiana and Babylonia* (2. vols., Londres, 1887), vol. 2, caps. 11-16.

[458] Algar, *Religion and State,* pp. 45-47.

[459] V. Lieberman, «Reinterpreting Burmese History», *Comparative Studies in Society and History* 29, 1 (1987), p. 179; Thant Myint-U, *The Making of Modern Burma* (Cambridge, 2001), caps. 1 y 2.

[460] Para esta pauta, véase V. Lieberman, «Local Integration and Eurasian Analogies: Structuring Southeast Asian History, *c.*1350-*c.*1830», *Modern Asian Studies* 27, 3 (1993), pp. 475-572; y V. Lieberman, *Strange Parallels: Southeast Asia in Global Context c.800-1830,* vol. 1: *Integration on the Mainland* (Cambridge, 2003), caps. 2, 3 y 4.

[461] Sobre el auge de Zanzíbar, véase M. V. Jackson Haight, *The European Powers and Southeast Africa* (ed. rev., Londres, 1967), pp. 99-141.

[462] Informe de lord Auckland, 28 de febrero de 1842, en Kelly, *Britain and the Persian Gulf,* p. 449.

[463] Acerca de esto, véase C. Totman, *Early Modern Japan* (Londres, 1993), caps. 15-21, y M. Jansen, *The Making of Modern Japan* (Cambridge, Mass., 2000), caps. 8 y 9.

[464] T. R. Malthus, *Principles of Political Economy* (1820), edición variorum, ed. de J. Pullen (Cambridge, 1989), p. 234.

[465] Véase R. E. Cameron, *France and the Economic Development of Europe 1800-1914* (Princeton, 1961).

[466] Acerca de este argumento, piedra angular de su versión, véase P. W. Schroeder, *The Transformation of European Politics 1763-1848* (Oxford, 1994).

[467] Véase P. E. Moseley, *Russian Diplomacy and the Opening of the Eastern Question in 1838-1839* (Cambridge, Mass., 1934); B. H. Sumner, *Russia and the Balkans, 1870-1880* (Oxford, 1937); R. W. Seton-Watson, *Disraeli, Gladstone and the Eastern Question* (Londres, 1935), sobre todo las pp. 194-195.

[468] Véase D. Steele, *Palmerston and Liberalism 1855-1865* (Cambridge, 1991) acerca de las restricciones internas que pesaban sobre la diplomacia de Palmerston.

[469] Véase C. J. Bartlett, *Great Britain and Seapower 1815-1853* (Oxford, 1963); G. S. Graham, *The Politics of Naval Supremacy* (Cambridge, 1965); P. Kennedy, *The Rise and Fall of British Naval Mastery* (Londres, 1976), cap. 6.

[470] La única excepción fue el bloqueo impuesto durante cuatro años por el Norte al Sur durante la guerra de Secesión norteamericana.

[471] El prolongado debate acerca de la reputación y el legado de Napoleón es el tema de la brillante investigación de P. Geyl, *Napoleon: For and Against* (Londres, 1949).

[472] Las ideas de Constant (1767-1830) pueden leerse en sus ensayos *De l'esprit de conquête et de l'usurpation* (1814) [ed. cast.: *Sobre el espíritu de conquista y de la usurpación: en relación con la civilización europea,* trad. de Ana Portuondo, Madrid, Tecnos, 2008], *Principes de politique* (1815) [ed. cast.: *Principios de política aplicables a todos los gobiernos,* trad. de Víctor Goldstein, Madrid, Katz Barpal Editores, 2010] y *Mélanges de littérature et politique* (1829) en Benjamin Constant, *Écrits politiques,* ed. de M. Gauchet (París, 1997) [ed. cast.: *Escritos políticos,* trad. de María Luisa Sánchez-Mejía, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1989].

[473] Véase A. S. Kahan, *Aristocratic Liberalism* (Londres, 1992) para un estudio de Tocqueville, J. S. Mill y el historiador suizo Jacob Burckhardt.

[474] Para un estudio sobre Burckhardt, L. Grossman, *Basel in the Age of Burckhardt* (Chicago, 2000), caps. 5, 10, y 11.

[475] O. Figes, *Natasha's Dance: A Cultural History of Russia* (Londres, 2002), p. 76. [Ed. cast.: *El baile de Natacha,* trad. de Eduardo Hojman, Barcelona, Edhasa, 2006].

[476] Ibíd., cap. 2.

[477] H. Seton-Watson, *The Russian Empire 1801-1917* (Oxford, 1967), p. 355.

[478] B. Eklof, J. Bushnell y L. Zakharova (eds.), *Russia's Great Reforms 1855-1881* (Bloomington, Ind., 1994), pp. 214, 233.

[479] Ibíd., p. 249.

[480] G. Hosking, *Russia: People and Empire 1552-1917* (Londres, 1997), p. 333.

[481] Sobre Kliuchevskii, N. V. Riasanovsky, *The Image of Peter the Great in Russian History and Thought* (Oxford, 1985).

[482] E. G. Wakefield, *A Letter from Sydney* (1829; ed. de Everyman, Londres, 1929), p. 47.

[483] Para la visión cada vez más desfavorable de Estados Unidos en Francia hacia 1830, R. Remond, *Les États-Unis devant l'opinion française 1815-1852* (París, 1962), pp. 675, 731, 740, 863.

[484] Véase D. Potter, *The Impending Struggle* (Nueva York, 1976), p. 244; D. W. Howe, *The Political Culture of the American Whigs* (Chicago, 1974). Andrew Jackson fue presidente de Estados Unidos entre 1828 y 1836.

[485] A. J. H. Latham y L. Neal, «The International Market in Rice and Wheat, 1868-1914», *Economic History Review,* nueva serie, 36, 2 (1983), pp. 260-275.

[486] C. Jones, *International Business in the Nineteenth Century* (Brighton, 1987); G. Jones, *Merchants to Multinationals: British Trading Companies in the Nineteenth and Twentieth Centuries* (Oxford, 2000); D. R. SarDesai, *British Trade and Expansion in Southeast Asia, 1830-1914* (Nueva Delhi, 1977).

[487] A. G. Kenwood y A. L. Lougheed, *The Growth of the International Economy 1820-1980* (Londres, 1983), pp. 90-91 [ed. cast.: *Historia del desarrollo económico internacional,* trad. de Emilio de la Fuente, Madrid, Istmo, 1995]. Acerca de la integración económica en el Atlántico (una esfera que llegaba a lugares tan lejanos como Australia), véase K. H. O'Rourke y J. G. Williamson, *Globalization and History: The Evolution of a Nineteenth-Century Atlantic Economy* (Cambridge, Mass., 1999).

[488] Kenwood y Lougheed, *International Economy,* p. 93.

[489] W. Schlote, *British Overseas Trade from 1700 to the 1930s* (Oxford, 1952), pp. 156-158.

[490] B. R. Mitchell, *Abstract of British Historical Statistics* (Cambridge, 1962), p. 317.

[491] P. Bairoch, *Victoires et déboires: Histoire économique et sociale du monde du XVI siècle à nos jours* (3 vols., París, 1997), vol. 2, p. 34.

[492] Ibíd., p. 18.

[493] B. H. Sumner, *A Survey of Russian History* (Londres, 1944), pp. 356-357.

[494] Bairoch, *Victoires et déboires,* vol. 1, p. 467.

[495] S. L. Engerman y R. E. Gallman (eds.), *The Cambridge Economic History of the United States,* vol. 2: *The Long Nineteenth Century* (Cambridge, 2000), p. 713.

[496] Mitchell, *Abstract,* pp. 315, 318. Norte de Europa = Rusia, Suecia, Noruega y Dinamarca; Europa occidental = Francia, Bélgica y Holanda.

[497] Véase Cameron, *France and the Economic Development of Europe.*

[498] Engerman y Gallman (eds.), *Economic History,* vol. 2, p. 696; L. E. Davis y R. J. Cull, *International Capital Markets and American Economic Growth 1820-1914* (Cambridge, 1994), p. 111. La cifra para Australia a partir de 1860 se aproximaba más al 50 por ciento, ya que la mitad de las necesidades de capital las suministraba Gran Bretaña. Véase N. J. Butlin, *Australian Economic Development 1861-1900* (Cambridge, 1964), pp. 28-30.

[499] R. G. Albion, *The Rise of New York Port 1815-1860* (Nueva York, 1939); S. Beckert, *The Monied Metropolis: New York City and the Consolidation of the American Bourgeoisie* (Cambridge, 2001).

[500] Bairoch, *Victoires et déboires,* vol. 1, p. 410.

[501] Engerman y Gallman, *Economic History,* vol. 2, p. 50; P. Mathias, *The First Industrial Nation* (Londres, 1969), p. 243. [Ed. cast.: *La revolución industrial,* trad. de J. Bignozzi y G. Izard, Barcelona, Crítica, 1988].

[502] S. Bruchey, *Enterprise: The Dynamic Economy of a Free People* (Londres, 1990), p. 237.

[503] Mitchell, *Abstract,* p. 318.

[504] Engerman y Gallman, *Economic History,* vol. 2, p. 700.

[505] Véase S. Ambrose, *Undaunted Courage* (Nueva York, 1996).

[506] John Langdon, «Three Voyages to the West Coast of Africa 1881-1884», ed. de M. Lynn, en B. Wood y M. Lynn (eds.), *Travel, Trade and Power in the Atlantic 1765-1884* (Cambridge, 2002).

[507] Véase S. Bard, *Traders of Hong Kong: Some Foreign Merchant Houses 1841-1899* (Hong Kong, 1993).

[508] B. S. A. Yeoh, *Contesting Space-Power Relations and the Urban Built-Environment in Colonial Singapore* (Kuala Lumpur, 1996), p. 35.

[509] J. Conrad, *The End of the Tether* (Londres, 1902), p. 168. [Ed. cast.: *Con la soga al cuello,* trad. de Vlady Kociancich, Madrid, Espasa, 2002].

[510] J. Forbes Munro, *Maritime Enterprise and Empire: Sir William Mackinnon and his Business Network* (Woodbridge, 2003), caps. 5, 6, 7 y 8.

[511] R. Giffen, «The Statistical Century», en su *Economic Inquiries and Studies* (2 vols., Londres, 1904), vol. 2, pp. 270, 273.

[512] R. C. Wade, *The Urban Frontier: Pioneer Life in Early Pittsburgh, Cincinnati, Lexington, Louisville and St Louis* (Chicago, 1964), p. 341.

[513] Para un debate acerca del contraste entre una economía «de empresa» y otra en la que el Estado desempeñaba un papel mayor (en los casos respectivos de Estados Unidos y Canadá), véase W. T. Easterbrook, *North American Patterns of Growth and Development: The Continental Context* (Toronto, 1990).

[514] G. Blainey, *The Tyranny of Distance* (Melbourne, 1966).

[515] Para un debate brillante al respecto, véase G. Raby, *Making Rural Australia* (Oxford, 1996).

[516] G. Brechin, *Imperial San Francisco: Urban Power, Earthly Ruin* (Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1999).

[517] W. Issel y R. W. Cherny, *San Francisco 1865-1932* (Londres, 1986), cap. 2.

[518] Elliot West, *The Contested Plains: Indians, Goldseekers and the Rush to Colorado* (Lawrence, Kan., 1998).

[519] Acerca de la relevancia del revólver a la hora de permitir a los norteamericanos blancos conquistar a los indios de las grandes llanuras, véase Walter Prescott Webb, *The Great Plains* (Nueva York, 1936), pp. 167-179: «Permitió al hombre blanco combatir a caballo contra los indios de las grandes llanuras».

[520] D. Robinson, *Paths of Accomodation: Muslim Societies and French Colonial Authorities in Senegal and Mauretania, 1880-1920* (Athens, O., y Oxford, 2000), p. 59.

[521] *The Heart of Darkness* se publicó en 1902. Esta cita procede de la edición de Everyman (Londres, 1974), p. 62. [Ed. cast: *El corazón de las tinieblas,* trad. de Araceli García Ríos e Isabel Sánchez Araújo, Madrid, Cátedra, 2005].

[522] R. Ileto, «Religion and Anti-Colonial Movements», en N. Tarling (ed.), *The Cambridge History of Southeast Asia,* vol. 3: *From c.1800 to the 1930's* (ed. de bolsillo, Cambridge, 1999), p. 216.

[523] Véase C. H. Ambler, *Kenyan Communities in the Age of Imperialism* (New Haven, 1988) para un estudio sobre los Embu.

[524] Winwood Reade, *The Martyrdom of Man* (Londres, 1872), p. 242. El objetivo de Reade, en lo que hacia la década de 1920 se había convertido en un libro muy leído (además de extraordinariamente original), era insistir en que África no estaba al

margen de la historia universal, sino que había desempeñado en ella un papel central.

[525] M. Osborne, *The River Road to China* (Londres, 1975), p. 186.

[526] L. Subramanian, «Banias and the British: The Role of Indigenous Credit in… Imperial Expansion in Western India», *Modern Asian Studies* 21 (1987), pp. 473-510.

[527] Veinte años después, los ejércitos de las tres «presidencias» de la India británica, Bengala (que ocupaba gran parte del norte de la India), Bombay y Madrás, sumaban más de 270.000 hombres. Véase M. K. Pasha, *Recruitment and Underdevelopment in the Punjab* (Karachi, 1998), p. 32.

[528] El mejor estudio breve de la era del dominio de la Compañía es D. A. Washbrook, «India, 1818-1860: The Two Faces of Colonialism», en A. Porter (ed.), *The Oxford History of the British Empire,* vol. 3: *The Nineteenth Century* (Oxford, 1999), pp. 395-421. Véase asimismo su «Economic Depression and the Making of "Traditional" Society in Colonial India 1820-1855», *Transactions of the Royal Historical Society,* 6.ª serie, 3 (1993), pp. 237-263.

[529] Según el *Gazetteer of India 1857* de Thornton (Londres, 1857), pp. 136, 175.

[530] S. David, *The Indian Mutiny* (Londres, 2002), p. 397.

[531] Ibíd., p. 346.

[532] Acerca de los aspectos de la Rebelión y de sus causas, véase R. C. Majumdar, *The Sepoy Mutiny and the Revolt of 1857* (Calcuta, 1968); C. A. Bayly, *Empire and Information* (Cambridge, 1996), cap. 9; E. Stokes, *The Peasant and the Raj* (Cambridge, 1978); C. A. Bayly, «Two Colonial Revolts: The Java War and the Indian "Mutiny" of 1857-59», en C. A. Bayly y D. A. Kolff (eds.), *Two Colonial Empires* (Dordrecht, 1986); F. Robinson, «The Muslims of Upper India and the Shock of the Mutiny», en su *Islam and Muslim History in South Asia* (Nueva Delhi, 2000), pp. 138-155.

[533] Stokes, *Peasant,* p. 150, nota a pie.

[534] Véase E. Stokes, *The English Utilitarians and India* (Oxford, 1959).

[535] «T'ung-chih» era el nombre bajo el que reinó el emperador chino de los años 1862-1875, y «Meiji» el del emperador japonés de los años 1868-1912.

[536] La narración clásica sigue siendo la de M. Greenberg, *British Trade and the Opening of China* (Cambridge, 1951).

[537] Véase J. K. Fairbank, *Trade and Diplomacy on the China Coast* (Cambridge, Mass., 1953).

[538] Los ensayos de Feng, escritos en 1860-1861, fueron presentados a su mecenas, Tseng Kuo-fan, una figura clave de la restauración T'ung-chih. Véase S. Teng y J. K. Fairbank (ed.), *China's Response to the West* (Cambridge, Mass., 1979), pp. 50-53.

[539] Véase J. Spence, *God's Chinese Son: The Taiping Heavenly Kingdom of Hong Xinquan* (Nueva York, 1996) para la mejor historia reciente.

[540] Entre 1853 y 1863, los Nien controlaron un área mayor que el Reino Unido. Véase S. Y. Teng, *The Nien Army and their Guerilla Warfare* (La Haya, 1961), pp. 219 y ss.

[541] Para un estudio reciente, véase J. Lee, «Trade and Economy in Pre-Industrial East Asia *c.*1500-*c.*1800: East Asia in the Age of Global Integration», *Journal of Asian Studies* 58, 1 (1999), pp. 2-26.

[542] Entre las décadas de 1810 y 1850 el consumo de opio se multiplicó por siete. Véase Y. P. Hao, *The Commercial Revolution in Nineteenth Century China: The Rise of Sino-Western Mercantile Capitalism* (Berkeley y Londres, 1986), p. 69.

[543] P. Richardson, *Economic Change in China c.1800-1950* (Londres, 1999), p. 21.

[544] Véase Mary C. Wright, *The Last Stand of Chinese Conservatism: The T'ung-chih Restoration 1862-1874* (Stanford, 1957).

[545] Acerca de este incidente, véase H. B. Morse y H. F. MacNair, *Far Eastern International Relations* (2.ª ed., Cambridge, Mass., 1931), p. 352.

[546] Wright, *Last Stand,* p. 195.

[547] Ibíd., pp. 52, 53; E. J. Rhoads, *Manchus and Han* (Seattle, 2000), sostiene que las diferencias étnicas y culturales persistieron más allá del año 1900.

[548] Y. P. Hao, *The Comprador in Nineteenth Century China* (Cambridge, Mass., 1970) es la investigación clásica al respecto.

[549] Hao, *The Commercial Revolution,* p. 340; acerca de las dificultades de los comerciantes, véase F. E. Hyde, *Far Eastern Trade 1860-1914* (Londres, 1973), cap. 5.

[550] Hao, *The Commercial Revolution,* pp. 338-339.

[551] Para una excelente descripción, véase Albert M. Craig, *Choshu in the Meiji Restoration* (Cambridge, Mass., 1961), pp. 17 y ss.

[552] Véase C. Totman, *Early Modern Japan* (Londres, 1993), pp. 242-245.

[553] Craig, *Choshu,* pp. 26, 53-70; C. L. Yates, *Saigo Takamori* (Londres, 1995), p. 19.

[554] Acerca de estos sucesos, véase Craig, *Choshu,* caps. 8 y 9.

[555] Acerca de la declaración de neutralidad de estas, véase E. Satow, *A Diplomat in Japan* (Londres, 1921), p. 303, y Morse y McNair, *Far Eastern International Relations,* p. 325.

[556] La mejor introducción a este proceso sigue siendo E. H. Norman, *Japan's Emergence as a Modern State* (Nueva York, 1940), una investigación brillante a la que en la actualidad se ignora curiosamente en la literatura especializada, a cuyos argumentos e ideas se anticipó en no poca medida.

[557] *The Autobiography of Fukuzama Yukichi* (Tokio, 1981), p. 227.

[558] Véase Roger F. Hackett, *Yamagata Aristomo in the Rise of Modern Japan* (Cambridge, Mass., 1971).

[559] Acerca de este proceso, véase T. Fujitani, *Splendid Monarchy: Power and Pageantry in Modern Japan* (Londres, 1998).

[560] G. C. Allen y A. Donnithorne, *Western Enterprise in Far Eastern Economic Development: China and Japan* (Londres, 1954), p. 202.

[561] C. Howe, *The Origins of Japanese Trade Supremacy* (Londres, 1996), p. 250.

[562] E. S. Crawcour, «Economic Change in the Nineteenth Century», en M. B. Jansen (ed.), *The Cambridge History of Japan,* vol. 5: *The Nineteenth Century* (Cambridge, 1989), p. 616.

[563] En parte, puede que estas ventas fueran inducidas por la necesidad financiera. Véase T. Suzuki-Morris, *A History of Japanese Economic Thought* (Londres, 1989), p. 57.

[564] Véase Herbert P. Bix, *Peasant Protest in Japan 1590-1884* (New Haven, 1986), pp. 210-212; G. Roznan, «Social Change», en Jansen (ed.), *Cambridge History of Japan,* vol. 5, p.525.

[565] Véase cap. 4.

[566] D. Quataert, «The Age of Reforms, 1812-1914», en H. Inalcik con D. Quataert (eds.), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire 1300-1914* (Cambridge, 1994), p. 881.

[567] Xavier de Planhol, *L'Islam et la mer: la Mosque et le matelot* (París, 2000), pp. 270-271. En realidad la marina turca era la tercera más grande de Europa, pero su capacidad y funcionamiento eran muy pobres.

[568] M. Todorova, «Midhat Pasha's Governorship of the Danubian Provinces», en C. E. Farah (ed.), *Decision-Making and Change in the Ottoman Empire* (Kirksville, Mo., 1993), pp. 115-123.

[569] Véase J. McCarthy, *Death and Exile: The Ethnic Cleansing of Ottoman Muslims 1821-1922* (Princeton, 1995), pp. 37 y ss.

[570] C. Clay, «The Financial Collapse of the Ottoman State», en D. Panzac (ed.), *Histoire économique de l'Empire Ottoman et de la Turquie (1326-1960)* (Aix, 1992), pp. 119, 124.

[571] C. Issawi, «Middle East Economic Development 1815-1914», en A. Hourani, P. S. Khoury y M. C. Wilson (eds.), *The Modern Middle East* (Londres, 1993), p. 183.

[572] Así, por ejemplo, Izmir (Esmirna) se beneficiaba de unas conexiones más fáciles con Europa y América que con el interior de Anatolia. Véase A. J. Toynbee, *The Western Question in Greece and Turkey* (Londres, 1922), p. 125.

[573] Issawi, «Middle East Economic Development», p. 190.

[574] Véase K. Fahmy, *All the Pasha's Men: Mehmed Ali, his Army and the Making of Modern Egypt* (El Cairo, 2002).

[575] C. Issawi, *Egypt: An Economic and Social Analysis* (Londres, 1947), p. 14.

[576] Véase J. Berque, *Egypt: Imperialism and Revolution* (Londres, 1972), pp. 88-94.

[577] J. R. McCoan, *Egypt* (Nueva York, 1876), p. 91.

[578] La mejor investigación contemporánea es D. A. Farnie, *East and West of Suez: The Suez Canal in History, 1854-1956* (Oxford, 1969).

[579] La mejor investigación acerca de la crisis social y política de Egipto es A. Schölch, *«Egypt for the Egyptians»: The Socio-Political Crisis in Egypt, 1878-1882* (Londres, 1981).

[580] E. Abrahamian, *Iran Between Two Revolutions* (Princeton, 1982), p. 28.

[581] Véase H. Algar, *Religion and State in Iran 1795-1906* (Berkeley y Los Ángeles, 1969), cap. 1.

[582] H. Algar, *Mirza Malkum Khan* (Berkeley y Los Ángeles, 1973), pp. 24 y ss.

[583] A. K. S. Lambton, *Qajar Persia* (Londres, 1987), pp. 20, 21 y 44.

[584] P. Avery, G. R. G. Hambly y C. Melville (eds.), *The Cambridge History of Iran,* vol. 7: *From Nadir Shah to the Islamic Republic* (Cambridge, 1991), p. 726.

[585] Lambton, *Qajar Persia,* p. 292.

[586] A mediados del siglo XIX es posible que vivieran en Irán 150 europeos, y en 1890 seguían sin ser más de 800. Ibíd., p. 207.

[587] Véase H. J. Mackinder, «The Geographical Pivot of History», *Geographical Journal* 23, 4 (1904), pp. 421-437.

[588] *The Times,* 15 de septiembre de 1875, citado en N. Pelcovits, *Old China Hands and the Foreign Office* (Nueva York, 1948), p. 101.

[589] Frederick Jackson Turner, «The Significance of the Frontier in American History» (1893), reimpreso en su *The Frontier in American History* (Nueva York, 1920). [Ed. cast.: *La frontera en la historia americana,* trad. de Rafael Cremades Cepa, Madrid, Castilla, 1961].

[590] Para una narración típica, véase B. Kidd, *The Control of the Tropics* (Londres, 1898).

[591] El artículo de Naito Konan «Shosekai» («Pequeño mundo») se publicó en 1888. Para un estudio acerca de sus puntos de vista, véase J. Fogel, *Politics and Sinology: The Case of Naito Konan, 1866-1934* (Cambridge, Mass., 1984), pp. 41, 50.

[592] J. Bryce, *The Relations between the Advanced and Backward Peoples* (Oxford, 1902), pp. 6-7.

[593] Ibíd., p. 13.

[594] C. N. Pearson, *National Life and Character* (Londres, 1893), pp. 89-90.

[595] Véase J. Forbes Munro, *Maritime Enterprise and Empire: Sir William Mackinnon and his Business Network, 1823-1893* (Woodbridge, 2003), cap. 7.

[596] Acerca del imperio empresarial de Rhodes, véase C. W. Newbury, *The Diamond Ring* (Oxford, 1989).

[597] Acerca de la crisis en Egipto, véase R. E. Robinson y J. A. Gallagher, *Africa and the Victorians* (Londres, 1961), caps. 4 y 5; A. Schölch, *«Egypt for the Egyptians»: The Socio-Political Crisis in Egypt, 1879-1882* (Londres, 1981); J. R. I. Cole, *Colonialism and Revolution in the Middle East: The Social and Cultural Origins of the 'Urabi Movement* (Princeton, 1993).

[598] Para una exposición virulenta de este punto de vista por parte de un exvirrey y miembro del gabinete británico, véase B. Mallett, *Thomas George, Earl of Northbrook: A Memoir* (Londres, 1908), pp. 169-170.

[599] Para una brillante reseña de la conferencia y de su relevancia, véase J.-L. Vellut, *Un centenaire 1885-1985: Les Relations Europe-Afrique au crible d'une conmémoration* (Leiden, 1992).

[600] M. Klein, *Slavery and Colonial Rule in French West Africa* (Cambridge, 1998), pp. 78-93.

[601] Véase A. S. Kanya-Forstner, *The Conquest of Western Sudan* (Cambridge, 1969).

[602] Véase J. F. Munro, *Africa and the International Economy 1880-1960* (Londres, 1976), p. 67.

[603] Acerca de la trayectoria de Goldie y de la Royal Niger Company, véase J. Flint, *Sir George Goldie and the Making of Nigeria* (Londres, 1960), y D. Wellesley, *Sir George Goldie: A Memoir* (Londres, 1934).

[604] Nota de Goldie, 1 de enero de 1897, Rhodes House Library, Oxford, MSS Afr. S. 88, Scarbrough MSS 4.

[605] Goldie al consejo de la Royal Niger Company, 6 de febrero de 1897, ibíd.

[606] Véase A. Hochschild, *King Leopold's Ghost* (Londres, 1999), p. 23, para este cálculo y su fundamento.

[607] S. H. Nelson, *Colonialism in the Congo Basin, 1880-1940* (Athens, O., 1994), pp. 112-116. El nuevo régimen conservó la práctica de Leopoldo de dividir el Congo en parcelas entre empresas concesionarias.

[608] Véase D. Beach, *War and Politics in Zimbabwe 1840-1900* (Harare, 1986), y A. Keppel-Jones, *Rhodes and Rhodesia: The White Conquest of Zimbabwe* (Montreal, 1983).

[609] Para un brillante debate acerca de los efectos desorientadores de los viajes por África sobre los europeos, véase J. Fabian, *Out of Our Minds: Reason and Madness in the Exploration of Central Africa* (Londres, 2000).

[610] William H. Schneider, *An Empire for the Masses: The French Popular Image of Africa, 1870-1900* (Westport, Conn., y Londres, 1982), pp. 6-7.

[611] Kanya-Forstner, *Conquest,* p. 263. Cálculo realizado a razón de 25 Ff = 1£.

[612] C. M. Andrew, *Théophile Delcassé and the Making of the Entente Cordiale* (Londres, 1968), pp. 94-98.

[613] Ibíd., p. 92.

[614] R. Waller, «The Masai and the British. The Origins of an Alliance, 1895-1905», *Journal of African History* 17, 4 (1976), pp. 529-553.

[615] Véase Bill Nasson, *The South African War 1899-1902* (Londres, 1999) y su *Abram Esau's War: A Black South African War in the Cape 1899-1902* (Cambridge, 1991); P. Warwick, *Black People and the South African War 1899-1902* (Cambridge, 1983).

[616] *Parliamentary Debates, Lords,* 4.ª serie, vol. 30, p. 701 (14 de febrero de 1895).

[617] J. Riis, *How the Other Half Lives* (Nueva York, 1890). [Ed. cast.: *Cómo vive la otra mitad: estudios entre las casas de vecindad de Nueva York,* trad. de Isabel Núñez, Barcelona, Alba, 2004].

[618] G. Brechin, *Imperial San Francisco: Urban Power, Earthly Ruin* (Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1999), cap. 3.

[619] Véase N. Harper, *A Great and Powerful Friend* (Santa Lucía, 1987), cap. 1.

[620] Discurso como presidente de la American Historical Association, 1910, *American Historical Review* 16, 2 (1911), pp. 217-233.

[621] R. E. Quirk, *An Affair of Honor: Woodrow Wilson and the Occupation of Vera Cruz* (Nueva York, 1962).

[622] H. y M. Sprout, *Towards a New Order of Sea Power* (Princeton, 1940), p. 288.

[623] W. Tilchin, *Theodore Roosevelt and the British Empire* (Nueva York, 1997), p. 236.

[624] G. N. Curzon, *Russia in Central Asia in 1889* (Londres, 1889), p. 316.

[625] B. H. Summer, *A Survey of Russian History* (Londres, 1944), p. 362.

[626] G. Chisholm, *Handbook of Commercial Geography* (4.ª ed., Londres, 1908), pp. 583, 609.

[627] En el año 1914, el 25 por ciento de las inversiones francesas en el extranjero estaban colocadas en Rusia. R. E. Cameron, *France and the Economic Development of Europe 1800-1914* (Princeton, 1961), p. 486.

[628] D. Moon, «Peasant Migration and the Settlement of Russia's Frontiers, 1550-1917», *Historical Journal* 40, 4 (1997), pp. 859-893, sobre todo pp. 867-868.

[629] D. W. Treadgold, *The Great Siberian Migration* (Princeton, 1957), p. 13. En 1917 la cifra era de siete millones.

[630] M. Joffe, «Diamond in the Rough: The State, Entrepreneurs and Turkestan's Hidden Resources in Late Imperial Russia», en M. Siefert (ed.), *Extending the Borders of Russian History* (Londres, 2003), p. 185.

[631] La población rusa del Lejano Este ruso era de 10.000 personas en 1860 y de 300.000 al llegar el año 1900. D. Dallin, *The Rise of Russia in Asia* (Londres, 1949), p. 14.

[632] Véase J. J. Stephan, *The Russian Far East: A History* (Stanford, 1996).

[633] Brillantemente expuestos en A. Rieber, «Persistent Factors in Russian Foreign Policy», en H. Ragsdale (ed.), *Imperial Russian Foreign Policy* (Cambridge, 1993).

[634] Observaciones realizadas por lord Sanderson, 21 de febrero de 1907, en G. P. Gooch y H. Temperley (eds.), *British Documents on the Origins of the War, 1898-1914* (12 vols., Londres, 1927-1938), vol. 3, p. 430.

[635] I. H. Nish, *The Anglo-Japanese Alliance* (Londres, 1966).

[636] El análisis clásico sigue siendo el de G. Monger, *The End of Isolation* (Londres, 1963).

[637] P. Mathias y M. M. Postan (eds.), *The Cambridge Economic History of Europe,* vol. 7: *The Industrial Economies: Capital, Labour and Enterprise,* 1.ª parte: *Britain, France, Germany and Scandinavia* (Cambridge, 1978), p. 555.

[638] En 1911, la población de Alemania era de 65 millones de habitantes, mientras que la de la Rusia europea era de 136 millones.

[639] Acerca de la opinión de Bismarck sobre la expansión colonial, véase O. Pflanze, *Bismarck and the Development of Germany,* vol. 3: *The Period of Fortification, 1880-1898* (Princeton, 1990), cap. 5.

[640] Sobre la incertidumbre oficial acerca de cuáles eran en realidad los intereses alemanes a escala mundial, véase W. Mommsen, *Imperial Germany 1867-1918* (1990; trad. ingl.: Londres, 1995), p. 82.

[641] Véase I. L. D. Forbes, «German Informal Imperialism in South America before 1914», *Economic History Review,* nueva serie, 31, 3 (1978), pp. 396-398.

[642] C. Peters, *England and the English* (trad. ingl.: Londres, 1904), p. 388.

[643] J. Marseille, *Empire coloniale et capitalisme française* (París, 1984), p. 40.

[644] E. H. Jenkin, *A History of the French Navy* (Londres, 1973), pp. 307-309.

[645] Andrew, *Delcassé,* pp. 105 y ss.

[646] Véase G. W. Gong, *The «Standard of Civilisation» in International Society* (Oxford, 1984).

[647] Véase W. Fischer y R. M. McInnis (eds.), *The Emergence of a World Economy 1500-1914,* 2.ª parte: *1850-1914* (Wiesbaden, 1986).

[648] A. J. H. Latham y L. Neal, «The International Market in Wheat and Rice, 1868-1914», *Economic History Review,* nueva serie, 36, 2 (1983), pp. 260-275.

[649] W. Woodruff, *The Impact of Western Man: A Study of Europe's Role in the World Economy 1750-1960* (Londres, 1966), p. 313. Compárese el cálculo de Woodruff, de 7.600 millones de libras, con otro de 8.300 millones en C. Issawi, «Middle East Economic Development 1815-1914», en A. Hourani, P. S. Khoury y M. C. Wilson (eds.), *The Modern Middle East* (Londres, 1993), p. 183.

[650] Para una explicación lúcida, S. B. Saul, *Studies in the British Overseas Trade 1870-1914* (Liverpool, 1960), cap. 3, «The Pattern of Settlements».

[651] Ibíd., pp. 203-207.

[652] C. Lipson, *Standing Guard: Protecting Foreign Capital in the Nineteenth and Twentieth Centuries* (Londres, 1985), cap. 2.

[653] J. R. Scobie, «Buenos Aires as a Commercial Bureaucratic City», *American Historical Review* 77, 4 (1972), p. 1045.

[654] R. Chandarvarkar, *The Origins of Industrial Capitalism in India* (Cambridge, 1994), p. 23.

[655] C. Trocki, *Singapore: Wealth, Power and Culture of Control* (Londres, 2006), caps. 1 y 2.

[656] O. Ruhen, *Port of Melbourne 1835-1876* (North Melbourne, 1976) y F. Broeze, *Island Nation* (Londres, 1998).

[657] Véase S. Jackson, *The Sassoons* (Londres, 1968).

[658] Véase I. Stone, *The Global Export of Capital from Great Britain, 1865-1914: A Statistical Survey* (Basingstoke, 1999).

[659] Liga de Naciones, *The Network of World Trade* (Ginebra, 1942), p. 84.

[660] Véase M. de Cecco, *Money and Empire* (Oxford, 1974).

[661] Para la mejor descripción de este proceso, véase R. Michie, *The City of London: Continuity and Change, 1850-1990* (Basingstoke, 1992), y D. Kynaston, *The City of London: Golden Years 1890-1914* (Londres, 1995).

[662] Discurso en Canadá (¿1913?). Biblioteca Bodleiana, documentos de Robert Brand, caja 26.

[663] N. Angell, *The Great Illusion* (Londres, 1911).

[664] Véase I. Phimister, *Wangi Kolia* (Johannesburgo, 1994) para un informe muy gráfico acerca de las condiciones de trabajo en los yacimientos carboníferos de Wankie, en Rodesia del Sur (Zimbabue).

[665] En 1900, en Estados Unidos los ingresos procedentes de aranceles aduaneros equivalían al 27,6 por ciento del valor de las importaciones. La cifra correspondiente para Gran Bretaña, Francia y Alemania estaba entre el 5 y el 8,8 por ciento. Véase A. Stein, «The Hegemon's Dilemma: Great Britain, the United States and the International Economic Order», *International Organization* 38, 2 (1984), pp. 355-386.

[666] R. Lindert, *Key Currencies and Gold, 1900-1930* (Princeton, 1969), p. 121.

[667] Véase J. W. Burrow, *The Crisis of Reason* (Londres, 2000), cap. 3.

[668] Ibíd., p. 96.

[669] Véase, por ejemplo, H. H. Risley, *The People of India* (Londres, 1908). Cuando el libro se publicó Risley era uno de los funcionarios de mayor rango del gobierno de la India. Acerca del caso ruso, véase A. Jersild, *Orientalism and Empire* (Montreal, 2002).

[670] Burrow, *Crisis,* p. 103.

[671] G. W. Stocking, *Victorian Anthropology* (Nueva York, 1987), p. 236.

[672] Acerca del empleo de esta expresión por parte de los círculos oficiales británicos, véase A. Seal, *The Emergence of Indian Nationalism* (Cambridge, 1968), p. 15.

[673] Véase S. Dubow, *Racial Segregation and the Origins of Apartheid in South Africa 1919-1936* (Londres, 1989), pp. 22-23.

[674] Greta Jones, *Social Darwinism and English Thought* (Londres, 1980), p. 150.

[675] Véase T. Metcalf, *Ideologies of the Raj* (Cambridge, 1995), cap. 3.

[676] Véase el argumento de J. MacKenzie en *Orientalism: History, Theory and the Arts* (Manchester, 1995).

[677] S. Bayly, *Caste, Society and Politics in India* (Cambridge, 1999), p. 101; para un punto de vista opuesto, que considera a los británicos responsables de afianzar el sis-

tema de castas en la India moderna, véase N. Dirks, *Castes of Mind* (Princeton, 2001).

[678] Véase T. Raychaudhuri, *Europe Reconsidered: Perceptions of the West in Nineteenth Century Bengal* (Oxford, 1989).

[679] Para una versión autobiográfica, S. Banerjea, *A Nation in Making* (Londres, 1925).

[680] Acerca de esto, la obra fundamental es M. G. Ranade, *The Rise of the Maratha Power* (trad. ingl.: Bombay, 1900).

[681] Véase P. M. Holt, *The Mahdist State in the Sudan 1881-1898* (Oxford, 1958).

[682] Para un debate acerca de estas cuestiones, véase A. Hourani, *Arabic Thought in the Liberal Age 1798-1939* (Londres, 1962; reed.: Cambridge, 1983); F. Robinson, *Islam and Muslim History in South Asia* (Nueva Delhi, 2000), pp. 59-78 y cap. 11; M. F. Laffan, *Islamic Nationhood and Colonial Indonesia* (Londres, 2003).

[683] D. Robinson, *Paths of Accommodation: Muslim Societies and French Colonial Authorities in Senegal and Mauretania, 1880-1920* (Athens, O., y Oxford, 2000), pp. 231-233.

[684] Hourani, *Arabic Thought,* pp. 200-203.

[685] Véase D. Lelyveld, *Aligarh's First Generation: Muslim Solidarity in British India* (Princeton, 1978).

[686] Véase Laffan, *Islamic Nationhood,* cap. 7.

[687] La versión original en inglés ha sido reeditada en A. J. Parel (ed.), *Gandhi, «Hind Swaraj» and Other Writings* (Cambridge, 1997).

[688] A. Chowdhury, *The Frail Hero and Virile History: Gender and the Politics of Culture in Colonial Bengal* (Nueva Delhi, 2001), pp. 14, 17, 40 y 44-45.

[689] Ibíd., p. 152.

[690] Acerca de la trayectoria de Blyden, véase H. R. Lynch, *Edward Wilmot Blyden: Pan-Negro Patriot* (Oxford, 1967).

[691] Ibíd., p. 219.

[692] Ibíd., p. 216.

[693] Acerca del rechazo de Blyden a Booker T. Washington en tanto promotor de la «fusión racial», véase L. R. Harlan (ed.), *The Booker T. Washington Papers,* vol. 3: *1889-1895* (Londres, 1974), p. 497.

[694] Véase J. D. Frodsham (ed.), *The First Chinese Embassy to the West: The Journals of Kuo Sung-T'ao, Lin His-hung and Chan Te-yi* (Oxford, 1974), p. xxvi.

[695] Y. P. Hao, *The Commercial Revolution in Nineteenth Century China: The Rise of Sino-Western Mercantile Capitalism* (Berkeley y Londres, 1986), p. 355.

[696] Véase el fascinante informe acerca de la procesión del «veinticinco aniversario» en Shanghái en B. Goodman, «Improvisations on a Semi-Colonial Theme, or How to Read a Celebration of Transnational Urban Community», *Journal of Asian Studies* 59, 4 (2000), pp. 889-926.

[697] Acerca de las relaciones entre los manchúes y los han, véase E. J. Rhoads, *Manchus and Han* (Seattle, 2000).

[698] R. K. I. Quested, *«Matey» Imperialists?: The Tsarist Russians in Manchuria, 1895-1917* (Hong Kong, 1982), pp. 21-22.

[699] Ibíd., p. 59.

[700] Véase L. K. Young, *British Policy in China, 1895-1902* (Oxford, 1970).

[701] Nish, *The Anglo-Japanese Alliance.*

[702] Acerca de la trayectoria de Sun, véase H. Z. Schiffrin, *Sun Yat-sen: Reluctant Revolutionary* (Boston, 1980).

[703] Véase E. Rawski, «Re-envisioning the Qing: The Significance of the Qing Period in Chinese History», *Journal of Asian Studies* 55, 4 (1996), p. 839.

[704] R. Bin Wong, *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience* (Ithaca, NY, 1997), p. 163.

[705] George Morrison a Valentine Chirol, 8 de septiembre de 1906, en Lo Hui-min (ed.), *The Correspondence of G. E. Morrison* (2 vols., Cambridge, 1976), vol. 1, p. 375; véase también J. O. P. Bland, *Recent Events and Present Policies in China* (Londres, 1912).

[706] F. H. H. King, *The Hong Kong Bank in the Period of Imperialism and War, 1875-1918* (Cambridge, 1988), p. 348.

[707] C.-K. Leung, *China: Railway Patterns and National Goals* (Hong Kong, 1980), p. 39.

[708] C. Tsuzuki, *The Pursuit of Power in Modern Japan 1825-1995* (Oxford, 2000), p. 104.

[709] P. Duus, R. Myers y M. Peattie (eds.), *Japanese Informal Empire in China, 1895-1937* (Princeton, 1989), p. xxxiii.

[710] A. Iriye, *Pacific Estrangement: Japanese and American Expansion, 1897-1911* (Cambridge, Mass., 1972), p. 221.

[711] J. O. P. Bland a C. Addis, 23 de septiembre de 1907, Biblioteca Thomas Fisher, Universidad de Toronto, J. O. P. Bland MSS, caja 23.

[712] T. Yokoyama, *Japan in the Victorian Mind* (Basingstoke, 1987), cap. 8.

[713] A. Iriye, «Japan's Drive to Great Power Status», en M. B. Jansen (ed.), *The Cambridge History of Japan,* vol. 5: *The Nineteenth Century* (Cambridge, 1989), pp. 738 y ss.

[714] A. Waswo, *Modern Japanese Society, 1868-1994* (Oxford, 1996), p. 60.

[715] Véase K. Sugihara, «Patterns of Asia's Integration into the World Economy, 1888-1913», en Fischer y McInnis (eds.), *World Economy,* 2.ª parte.

[716] Tsuzuki, *The Pursuit of Power,* p. 195.

[717] Véase C. Howe, *The Origins of Japanese Trade Supremacy* (Londres, 1996), pp. 148, 157 y 197-199, acerca de las dificultades prebélicas de Japón.

[718] J. Ch'en, *Yuan Shih-kai, 1859-1916* (Londres, 1961), cap. 9.

[719] M. E. Meeker, *A Nation of Empire: The Ottoman Legacy of Turkish Modernity* (Berkeley, Los Ángeles y Londres, 2002), pp. 276-277.

[720] Véase Eugene Rogan, *Frontiers of the State in the Late Ottoman Empire: Transjordan 1850-1921* (Cambridge, 1999).

[721] Véase D. Quataert, «The Age of Reforms, 1812-1914», en H. Inalcik con D. Quataert (eds.), *An Economic and Social History of the Ottoman Empire 1300-1914* (Cambridge, 1994), p. 872.

[722] Ibíd., pp. 910-928.

[723] J. McCarthy, *Death and Exile: The Ethnic Cleansing of Ottoman Muslims, 1821-1922* (Princeton, 1995), pp. 135-136.

[724] Citado en M. S. Hanioglu, *Preparation for a Revolution: The Young Turks, 1902-1908* (Oxford, 2001), p. 65.

[725] Esta explicación se basa en E. Abrahamian, *Iran between Two Revolutions* (Princeton, 1982), pp. 57-111.

[726] A. T. Wilson, *South West Persia: Letters and Diary of a Young Political Officer, 1907-1914* (Londres, 1942), p. 189.

[727] Memorando de sir E. Grey al embajador ruso, 10 de junio de 1914, en Gooch y Temperley (eds.), *British Documents,* vol. 10, pp. 798-800; Buchanan a Grey, 21 de junio de 1914, ibíd., pp. 804-805.

[728] Memorando de Sazonov, ibíd., pp. 816-820.

[729] W. M. Shuster, *The Strangling of Persia: A Record of European Diplomacy and Oriental Intrigue* (Londres, 1912).

7. Hacia la crisis mundial, 1914-1942

[730] El diagnóstico clásico de este espíritu atávico fue el que hizo el economista austriaco J. A. Schumpeter en su ensayo «Sociología del imperialismo» (1919). Véase su traducción inglesa en F. M. Sweezy (ed.), *Imperialism and Social Classes* (Londres, 1951).

[731] El mejor análisis contemporáneo sobre el tema es el de H. Wickham Steed, *The Hapsburg Monarchy* (Londres, 1913). Steed pasó diez años en Austria-Hungría como corresponsal del *Times* y luego acabó siendo redactor jefe de la sección internacional y director del periódico.

[732] H. Strachan, *The First World War: To Arms* (Oxford, 2001), p. 62.

[733] Hay una ingente cantidad de literatura sobre el estallido de la guerra. Los cálculos de las grandes potencias pueden seguirse en V. Berghahn, *Germany and the Approach of War in 1914* (Londres, 1974); J. Keiger, *France and the Origins of the First World War* (Londres, 1983); D. Lieven, *Russia and the Origins of the First World War* (Londres, 1983); S. Williamson, *Austria-Hungary and the Origins of the First World War* (Londres, 1991); Z. Steiner, *Britain and the Origins of the First World War* (Londres, 1977). I. Geiss, *The July Crisis: The Outbreak of the First World War: Selected Documents* (Londres, 1967), da cuenta detalladamente de la forma final en que se abordó la guerra. Strachan, *The First World War* contiene una síntesis excelente.

[734] La obra de Riezler *Grundzüge der Weltpolitik in der Gegenwart* se publicó en Múnich en 1914.

[735] Véase V. G. Liulevicius, *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity and German Occupation in the First World War* (Cambridge, 2000); A. Zweig, *The Case of Sergeant Grischa* (trad. ingl.: Nueva York, 1928) es un relato semificticio que describe el «Ober-Ost» [ed. cast.: *La disputa por el sargento Grischa,* trad. de Ángel Mayo Antoñanzas, Madrid, Alianza, 1984]. Una descripción general de la guerra en el este en N. Stone, *The Eastern Front 1914-1917* (Londres, 1975).

[736] B. Pares, *The Fall of the Russian Monarchy: A Study of the Evidence* (Nueva York, 1939), p. 476.

[737] H. Seton-Watson, *The Russian Empire, 1801-1917* (Oxford, 1967), p. 653.

[738] De la correspondencia de lord Milner, por entonces director general británico de estrategia, se desprende lo reales que eran estos temores. La semejanza de sus ideas sobre el «corazón del imperio» con las de Halford Mackinder, publicadas tras la guerra en *Democratic Ideas and Reality* (Londres, 1919), no era casual. Mackinder pertenecía al círculo íntimo de Milner.

[739] Las deliberaciones de la Comisión para Oriente del Gabinete de Guerra pueden seguirse en J. Darwin, *Britain, Egypt and the Middle East: Imperial Policy in the Aftermath of War* (Londres, 1981), cap. 6.

[740] Los detalles en W. R. Louis, *Great Britain and Germany's Lost Colonies* (Oxford, 1967).

[741] Sobre la crisis en Egipto y sus resultados, véase E. Kedourie, «Saad Zaghloul and the British», en su *The Chatham House Version* (Londres, 1970); Darwin, *Britain, Egypt and the Middle East,* caps. 3, 4 y 5; J. Beinin y Z. Lockman, «1919: Labour Upsurge and National Revolution», en A. Hourani, P. S. Khoury y M. C. Wilson (eds.), *The Modern Middle East* (Londres, 1993), pp. 395-428.

[742] A. Hourani, *Arabic Thought in the Liberal Age 1798-1939* (Londres, 1962; reed.: Cambridge, 1983), p. 276.

[743] Véase M. Llewellyn Smith, *Ionian Vision: Greece in Asia Minor 1919-1922* (Londres, 1973).

[744] Una explicación de esta crisis en D. Walder, *The Chanak Affair* (Londres, 1969).

[745] Las consecuencias humanas de la guerra y el tratado en J. McCarthy, *Death and Exile: The Ethnic Cleansing of Ottoman Muslims, 1821-1922* (Princeton, 1995), cap. 7.

[746] El gabinete de 1923 debatió activamente sobre una eventual retirada británica de Irak. El primer ministro de aquel entonces, Andrew Bonar Law, se declaró a favor.

[747] Sobre la labor de estadista de Atatürk, B. Lewis, *The emergence of Modern Turkey* (Londres, 1961); A. Mango, *Atatürk* (Londres, 1999); M. E. Meeker, *A Nation of Empire: The Ottoman Legacy of Turkish Modernity* (Berkeley, Los Ángeles y Londres, 2002). Sobre la reconstrucción de Irán realizada por el sah Reza, E. Abrahamian, *Iran Between Two Revolutions* (Princeton, 1982), pp. 118-165. Véase A. T. Wilson, *Persia* (Londres, 1932), p. 307, sobre el increíble aumento del valor de las exportaciones de petróleo. M. E. Yapp, *The Near East since the First World War* (Londres, 1991) es un excelente informe general.

[748] Acerca de la intensificación del resentimiento de los indios musulmanes, véase F. C. R. Robinson, *Separatism among Indian Muslims: The Politics of the United Provinces Muslims, 1860-1923* (Cambridge, 1974); Jacob M. Landau, *The Politics of Pan-Islam: Ideology and Organization* (Oxford, 1990), pp. 182-215; M. Hasan, *Mahomed Ali: Ideology and Politics* (Delhi, 1981). Mahomed Alí fue internado por los británicos por sedición hasta 1919.

[749] En la actualidad el mejor informe sobre Amritsar es N. Collet, *The Butcher of Amritsar* (Londres, 2006). A pesar del título sensacionalista, se trata de un estudio sutil y erudito.

[750] Acerca de la carrera política temprana de Gandhi y el movimiento de 1919, véase J. M. Brown, *Gandhi's Rise to Power* (Cambridge, 1972); R. Kumar (ed.), *Essays in Gandhian Politics* (Oxford, 1971).

[751] D. A. Low, «The Government of India and the First Non-Cooperation Campaign, 1920-22», en Kumar (ed.), *Gandhian Politics;* D. Page, *Prelude to Partition: The Indian Muslims and the Imperial System of Control 1920-1932* (Delhi, 1982).

[752] Puede seguirse el curso de estas nerviosas maniobras en B. R. Tomlinson, *The Indian National Congress and the Raj* (Londres, 1976).

[753] Véase Zhang Yongjin, *China in the International System, 1918-1920: The Middle Kingdom at the Periphery* (Londres, 1991).

[754] A. J. Nathan, *Peking Politics 1918-1923* (Londres, 1976).

[755] A. Waldron, «The Warlord: Twentieth Century Chinese Understandings of Violence, Militarism and Imperialism», *American Historical Review* 96, 4 (1991), pp.

1073-1100; para una perspectiva general, véase Hsi-Sheng Ch'i, *Warlord Politics in China* (Stanford, 1976); para un estudio de una provincia en concreto, véase Angus W. McDonald, *The Urban Origins of Rural Revolution: Elites and the Masses in Hunan Province, China 1911-1927* (Berkeley, Los Ángeles y Londres, 1978).

[756] H. B. Morse y H. F. MacNair, *Far Eastern International Relations* (2.ª ed., Cambridge, Mass., 1931), p. 581.

[757] Ibíd., pp. 581-583.

[758] Véase Jerome B. Grieder, *Intellectuals and the State in Modern China* (Nueva York, 1981), pp. 214-216.

[759] Yongjin, *China in the International System,* p. 184.

[760] Para una exposición clásica de este punto de vista, véase el memorando de sir B. Alston (ministro británico en Pekín), 1 de agosto de 1920, en R. Butler, J. P. T. Bury y M. Lambert (eds.), *Documents on British Foreign Policy 1919-1939,* 1.ª serie, vol. 14 (Londres, 1966), pp. 81-86.

[761] Y. T. Matsusaka, *The Making of Japanese Manchuria 1904-1932* (Cambridge, Mass., 2001), pp. 242 y ss.

[762] C. Tzusuki, *The Pursuit of Power in Modern Japan 1825-1995* (Oxford, 2000), pp. 210, 217.

[763] Matsusaka, *Japanese Manchuria,* p. 206.

[764] Tzusuki, *The Pursuit of Power,* pp. 206, 236-237.

[765] Véase C. Howe, *The Origins of Japanese Trade Supremacy* (Londres, 1996), p. 381, acerca de los efectos de los boicots chinos sobre las exportaciones textiles japonesas.

[766] J. O. P. Bland, *China: The Pity of It* (Londres, 1931), p. 40.

[767] Acerca de la trayectoria de Sun, véase H. Z. Schiffrin, *Sun Yat-sen: Reluctant Revolutionary* (Boston, 1980).

[768] Acerca de las vidas peligrosas de esos cuatrocientos *sovietniki,* véase D. N. Jacobs, *Borodin: Stalin's Man in China* (Cambridge, Mass., 1981).

[769] Para una versión que subraya la influencia limitada del Partido Comunista, véase Ming K. Chan, «The Realpolitik and Legacy of Labour Activism and Popular Mobilisation in 1920's Greater Canton», en M. Leutner, R. Felber, M. L. Titarenko y A. M. Grigoriev (eds.), *The Chinese Revolution in the 1920's: Between Triumph and Disaster* (Londres, 2000), pp. 187-221.

[770] Para un estudio extraordinario de este proceso, véase Hans van der Ven, *War and Nationalism in China 1925-1945* (Londres, 2003), cap. 2.

[771] Ch'i, *Warlord Politics,* pp. 223-224; Waldron, «The Warlord», pp. 1075 y ss.

[772] Acerca de la política británica ante el desafío que planteaba el nacionalismo chino, véase E. K. S. Fung, *The Diplomacy of Imperial Retreat* (Hong Kong, 1991); Chan Lan Kit-Ching, *China, Britain and Hong Kong 1895-1945* (Hong Kong, 1991). Hubo fricción entre los puntos de vista del gobernador colonial de Hong Kong y sus colegas diplomáticos en Pekín y Londres y no sería la última vez.

[773] Van der Ven, *War and Nationalism,* cap. 2.

[774] R. Overy, *The Dictators: Hitler's Germany, Stalin's Russia* (Londres, 2004), p. 445. [Ed. cast.: *Dictadores: la Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin,* trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Tusquets, 2006].

[775] Jeremy Smith, *The Bolsheviks and the National Question 1917-1923* (Londres, 1999), p. 98.

[776] Véase R. Ullman, *The Anglo-Soviet Accord* (Londres, 1972), caps. 10 y 11.

[777] La narración clásica de este proceso es la de R. Pipes, *The Formation of the Soviet Union: Communism and Nationalism 1917-1923* (ed. rev., Cambridge, Mass., 1964).

[778] Para una descripción de esta etapa de su carrera, véase R. Service, *Stalin* (Londres, 2004). [Ed. cast.: *Stalin: una biografía,* trad. de Susana Beatriz Cella, Madrid, Siglo XXI, 2006].

[779] Stalin a Lenin, 22 de septiembre de 1922, en J. Smith, *Bolsheviks and the National Question,* p. 183.

[780] Ibíd., pp. 93-94.

[781] Stalin a Lenin, 22 de septiembre de 1922.

[782] Véase F. P. Walters, *The History of the League of Nations* (Londres, 1952), para una historia general de la Liga.

[783] B. Eichengreen, «Twentieth Century US Foreign Financial Relations», en S. L. Engerman y R. E. Gallman (eds.), *The Cambridge Economic History of the United States,* vol. 3: *The Twentieth Century* (Cambridge, 2000), pp. 476-477.

[784] Véase D. F. Fleming, *The United States and the League of Nations 1918-1920* (Nueva York, 1932), pp. 122-143.

[785] Acerca de las opiniones del influyente geógrafo político Isaiah Bowman, véase N. Smith, *American Empire: Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization* (Londres, 2003), pp. 184-188.

[786] Véase A. Iriye, *The Cambridge History of American Foreign Relations,* vol. 3: *The Globalising of America* (Cambridge, 1995).

[787] Véase C. Thorne, *The Limits of Power: The West, the League and the Far Eastern Crisis of 1931-1933* (Londres, 1972).

[788] Véase B. McKercher, *Transition of Power: Britain's Loss of Global Preeminence to the United States 1930-1945* (Cambridge, 1999).

[789] Overy, *Dictators,* p. 398.

[790] Service, *Stalin,* p. 325.

[791] Overy, *Dictators,* p. 561.

[792] J. Haslam, *The Soviet Union and the Threat from the East* (Londres, 1992), p. 28: la URSS tenía 200.000 soldados en Siberia oriental en 1933.

[793] J. Spence, *In Search of Modern China* (Londres, 1990), p. 382. [Ed. cast.: *En busca de la China moderna,* trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Tusquets, 2011].

[794] El rumbo de la política norteamericana puede seguirse en S. K. Hornbeck, *The Diplomacy of Frustration: The Manchurian Crisis of 1931-1933 as Revealed in the Papers of Stanley K. Hornbeck* (Stanford, 1981).

[795] Van der Ven, *War and Nationalism,* p. 131.

[796] A. Best, *British Intelligence and the Japanese Challenge in Asia 1914-1941* (Basingstoke, 2002), p. 89.

[797] Véase Matsusaka, *Japanese Manchuria,* pp. 281-288.

[798] Para un análisis reciente, ibíd., pp. 378-379.

[799] Véase Van der Ven, *War and Nationalism,* pp. 188 y ss.

[800] Véase Tim Rooth, *British Protectionism and the International Economy: Overseas Commercial Policy in the 1930s* (Cambridge, 2002).

[801] Acerca de la *Grossraumwirtschaft* alemana en Europa oriental a partir de 1934, véase A. Basch, *The Danube Basin and the German Economic Sphere* (Londres, 1944), caps. 11 y 16; E. A. Radice, «The German Economic Programme in Eastern

Europe», en M. Kaiser (ed.), *The Economic History of Eastern Europe 1919-1975* (Oxford, 1986), vol. 2, pp. 300-301.

[802] Los bienes de algodón y seda representaban más de la mitad de las exportaciones de Japón. Véase Howe, *Trade Supremacy,* p. 121.

[803] Ibíd., pp. 215-218; I. Inkster, *Japanese Industrialization: Historical and Cultural Perspectives* (Londres, 2001), pp. 97-116.

[804] Para un estudio general, véase H. James, *The End of Globalisation* (Londres, 2001).

[805] Véase L. Viola, *Peasant Rebels under Stalin: Collectivization and the Culture of Peasant Resistance* (Nueva York, 1996).

[806] Véase J. Z. Muller, *The Other God that Failed* (Princeton, 1987); H. Lehmann y J. J. Sheehan (eds.), *An Interrupted Past: German-Speaking Refugee Historians in the United States after 1933* (Cambridge, 1991) acerca de la trayectoria del sociólogo Hans Freyer; H. Lehmann y J. van H. Melton, *Paths of Continuity: Central European Historiography from the 1930s to the 1950s* (Cambridge, 1994) para las simpatías nazis entre los historiadores; M. Malia, *Russia under Western Eyes* (Cambridge, Mass., 1999), pp. 325 y ss.

[807] Véase H. Harootunian, *Overcome by Modernity: History, Culture and Community in Inter-war Japan* (Princeton, 2000) para un fascinante estudio acerca de esas inquietudes.

[808] Estas ideas constituyen el tema del ensayo de John Lonsdale, «The Moral Economy of Mau Mau: Wealth, Poverty and Civic Virtue in Kikuyu Political Thought», en B. Berman y J. Lonsdale, *Unhappy Valley: Conflict in Kenya and Africa,* libro 2: *Ethnicity and Violence* (Londres, 1992).

[809] J. Kenyatta, *Facing Mount Kenya* (Londres, 1938), p. 318.

[810] Véase, por ejemplo, M. J. Bonn, *The Crumbling of Empire: The Disintegration of World Economy* (Londres, 1938).

[811] Acerca del estado de ánimo de estos últimos, véase R. Bickers, *Empire Made Me: An Englishman Adrift in Shanghai* (Londres, 2003), caps. 7 y 9.

[812] Véase su carta a Gandhi del 28 de abril de 1938, en J. Nehru, *A Bunch of Old Letters* (Bombay, 1958), pp. 276-277.

[813] En 1936 acabó firmándose un tratado anglo-egipcio siguiendo estas directrices.

[814] Los tortuosos movimientos de la política británica e india pueden seguirse en Page, *Prelude to Partition,* y Tomlinson, *The Indian National Congress and the Raj.*

[815] N. Tarling (ed.), *The Cambridge History of Southeast Asia,* vol. 3: *From c.1800 to the 1930s* (ed. de bolsillo, Cambridge, 1999), pp. 269-270, 276. Sobre la labor policial «política» en la India, D. Arnold, *Police Power and Colonial Rule: Madras 1859-1947* (Delhi, 1986), cap. 6.

[816] A. D. Roberts, «The Imperial Mind», en A. D. Roberts (ed.), *The Cambridge History of Africa,* vol. 7: *From 1905 to 1940* (Cambridge, 1986), pp. 24-76.

[817] Acerca del funcionamiento de este enfoque en Nigeria durante el periodo de entreguerras, véase el memorando de septiembre de 1939 de su gobernador, sir Bernard Bourdillon, en A. F. Madden y J. Darwin (eds.), *The Dependent Empire 1900-1948,* vol. 7: *Colonies, Protectorates and Mandates: Select Documents on the Constitutional History of the British Empire and Commonwealth* (Westport, Conn., 1994), pp. 705-709.

[818] L. A. Sherwani, *Speeches, Writings and Statements of Iqbal* (Lahore, 1944), pp. 3-26.

[819] Publicado en 1923. Savarkar se convirtió en presidente de la organización nacionalista Mahasabha en 1937.

[820] S. Bayly, *Caste, Society and Politics in India* (Cambridge, 1999), p. 262, n. 65.

[821] J. Gallagher y R. Robinson expusieron por primera vez esta idea en un célebre ensayo, «The Imperialism of Free Trade», *Economic History Review,* nueva serie, 6, 1 (1953), pp. 1-15.

[822] Eso lo había dejado claro en *Mein Kampf.*

[823] Este juicio lo emitió la revista oficial del empresariado estadounidense. Véase *Fortune,* julio de 1940, p. 136.

[824] Citado en G. L. Weinberg, *A World at War: A Global History of World War Two* (Cambridge, 1994), p. 118.

[825] E. Staley, «The Myth of the Continents», publicado en *Foreign Affairs,* abril de 1941; reed. en H. Weigert y V. Stefansson (eds.), *The Compass of the World* (Londres, 1943).

[826] Véase A. Iriye, *China and Japan in the Global Setting* (Cambridge, Mass., 1992), pp. 78-80.

[827] Y. Kibata, *Anglo-Japanese Relations in the 1930s and 1940s* (Londres, 1982).

[828] A. Iriye, «The Failure of Military Expansionism», en S. Large (ed.), *Showa Japan: Political, Economic and Social History 1926-1989,* vol. 1: *1926-1941* (Londres, 1998), pp. 213-215, 223, 226-227.

[829] I. Cowman, *Dominion or Decline: Anglo-American Naval Relations in the Pacific 1937-1941* (Oxford, 1996), pp. 85, 88, 93-94.

[830] M. Roseman, *The Villa, the Lake, the Meeting: Wannsee and the Final Solution* (Londres, 2002), p. 107. [Ed. cast.: *La villa, el lago, la reunión: la conferencia de Wannsee y la Solución Final,* trad. de Claudio Molinari, Barcelona, RBA, 2002].

[831] Ibíd., p. 101.

8. La negación del imperio

[832] Esta desorientación la refleja de forma brillante Czeslaw Milosz en *The Captive Mind* (1953; ed. de bolsillo, Harmondsworth, 1980), pp. 26-27. [Ed. cast.: *El pensamiento cautivo,* trad. de Enrique Revol, Barcelona, Tusquets, 1981].

[833] L. Barnes (Harmondsworth, 1944).

[834] Este era el propósito de W. K. Hancock, *Argument of Empire,* publicado en rústica tanto en Gran Bretaña como Estados Unidos en 1942. Para el cuadro general, Suke Wolton, *Lord Hailey, the Colonial Office and the Politics of Race and Empire in the Second World War: The Loss of White Prestige* (Londres, 2000).

[835] Véase O. A. Westad, *Cold War and Revolution: Soviet-American Rivalry and the Origins of the Chinese Civil War* (Nueva York, 1993), pp. 177-178.

[836] Véase D. C. Engerman, *Modernization from the Other Shore* (Cambridge, Mass., 2003), pp. 262-269.

[837] Véase H. W. van den Doel, *Het Rijk van Insulinde* (Ámsterdam, 1996), pp. 284, 286.

[838] Citado en William Roger Louis y Ronald Robinson, «The Imperialism of Deconolisation», *Journal of Imperial and Commonwealth History* 22, 3 (1994), p. 468.

[839] Para las aprensiones británicas ante la perspectiva del «imperio asiático de la China moderna», tema de un memorando del India Office, Lanxin Xiang, *Recasting the Imperial Far East: Britain and America in China 1945-1950* (Armonk, NY, 1995), p. 32.

[840] Westad, *Cold War and the Revolution,* pp. 173-174.

[841] El mejor tratamiento de estas cuestiones se encuentra en Hans van der Ven, *War and Nationalism in China 1925-1945* (Londres, 2003), cap. 7.

[842] De acuerdo con la «directiva del 4 de mayo» de 1946, se confiscaban las tierras de los terratenientes y distribuían entre los campesinos. Véase *Selected Military Writings of Mao Tse-tung* (Beijing, 1963), pp. 322-324.

[843] C. Howe, *The Origins of Japanese Trade Supremacy* (Londres, 1996), p. 403.

[844] D. Norman (ed.), *Nehru: The First Sixty Years* (2 vols., Londres, 1965), vol. 2, p. 452.

[845] Westad, *Cold War and the Revolution,* p. 167.

[846] La «época de Vasco da Gama» es la llamativa expresión de Kavalam Madhava Pannikar. Véase su *Asia and Western Dominance* (Londres, 1953), pp. 13-17.

[847] Véase R. Foot y J. Brown (eds.), *Hong Kong's Transitions* (Londres, 1997).

[848] Para la lista completa, *Keesing's Contemporary Archives, 1955,* p. 14181.

[849] Para el texto de estos discursos, *Keesing's Contemporary Archives, 1955,* pp. 14181 y ss.; G. Kahin, *The Asian-African Conference at Bandung, Indonesia, April 1955* (Ithaca, NY, 1956).

[850] La influyente tesis de Chalmers Johnson, *Peasant Nationalism and Communist Power* (Stanford, 1962).

[851] Véase S. Pepper, «The Political Odyssey of an Intellectual Construct: Peasant Nationalism and the Study of China's Revolutionary History — a Review Essay», *Journal of Asian Studies* 63, 1 (2004), pp. 105-125.

[852] O. A. Westad, *Decisive Encounters: The Chinese Civil War 1946-1950* (Stanford, 2003), p. 323.

[853] Qiang Zhai, *China and the Vietnam Wars 1950-1975* (Chapel Hill, NC, 2000), pp. 20, 43-49.

[854] Ibíd., pp. 82-83.

[855] El pensamiento de Mao se refleja en J. D. Armstrong, *Revolutionary Diplomacy: Chinese Foreign Policy and the United Front Doctrine* (Berkeley y Londres, 1977), cap. 3.

[856] J. Dower, *Embracing Defeat: Japan in the Aftermath of World War Two* (Harmondsworth, 1999).

[857] Ibíd., p. 206.

[858] C. Tsuzuki, *The Pursuit of Power in Modern Japan 1825-1995* (Oxford, 2000), p. 357.

[859] Dower, *Embracing Defeat,* pp. 249, 560.

[860] Para un estudio reciente, J. M. Brown, *Nehru* (Londres, 2004).

[861] Véase J. Rizvi, *Trans-Himalayan Caravans: Merchant Princes and Peasant Traders in Ladakh* (Nueva Delhi, 1999), cap. 1.

[862] El relato de referencia es N. Maxwell, *India's China War* (Londres, 1970).

[863] D. Kumar (ed.), *The Cambridge Economic History of India,* vol. 2: *c.1757-c.1970* (Cambridge, 1982), pp. 972-973.

[864] Westad, *Decisive Encounters,* p. 320.

[865] El curso de la política británica se puede seguir en los documentos publicados en H. Tinker (ed.), *Constitutional Relations between Britain and Burma: The Struggle for Independence 1944-1948* (2 vols., Londres, 1983-1984).

[866] La política estadounidense en relación con el nacionalismo indonesio se puede seguir en *Foreign Relations of the United States [FRUS] 1948,* vol. 6: *The Far East and Australasia* (Washington, 1974), en particular en Acting Secretary of State to US ambassador in Moscow, 30 de diciembre de 1948, pp. 613 y ss.; y *FRUS 1949,* vol. 7: *The Far East and Australasia* (Washington, 1975), en particular Acting Secretary of State, conversation with Dutch ambassador, 11 de enero de 1949 (amenazando con el fin de la ayuda económica estadounidense), p. 139.

[867] Véase S. Tønnesson, «National Divisions in Indochina's Decolonization», en P. Duara (ed.), *Decolonization: Perspectives from Now and Then* (Londres, 2004), p. 262; E. Miller, «Vision, Power and Agency: The Ascent of Ngo Dinh Diem, 1945-54», *Journal of Southeast Asian Studies* 35, 3 (2004), pp. 437-440.

[868] Nota de Dean Acheson, 20 de mayo de 1949, en *FRUS 1949,* vol. 7, p. 29.

[869] Para un análisis de Diem, Miller, «Vision, Power and Agency»; Tønnesson, «Indochina's Decolonization»; D. Duncanson, *Government and Revolution in Vietnam* (Londres, 1968), cap. 5.

[870] Acerca de las tensiones entre Malasia e Indonesia antes y después de la independencia, Joseph Chinyong Liow, «Tunku Abdul Rahman and Malaya's Relations with Indonesia 1957-1960», *Journal of Southeast Asian Studies* 36, 1 (2005), pp. 87-109.

[871] Para el mejor relato acerca de la política británica, W. R. Louis, *The British Empire in the Middle East 1945-1951: Arab Nationalism, the United States, and Postwar Imperialism* (Oxford, 1984).

[872] Para esta estimación, W. B. Fisher, *The Middle East: A Physical, Social and Regional Geography* (Londres, 1950), p. 249.

[873] Ghada Hashem Talhani, *Palestine and Egyptian National Identity* (Nueva York, 1992), p. 9.

[874] P. Seale, *The Struggle for Syria: A Study of Post-War Arab Politics 1945-1958* (Londres, 1966); A. Rathmell, *Secret War in the Middle East: The Covert Struggle for Syria 1949-1961* (Londres, 1995); P. Seale, «Syria», en Y. Sadiqh y A. Shlaim (eds.), *The Cold War and the Middle East* (Oxford, 1997); M. Ma'oz, «Attempts to Create a Political Community in Syria», en I. Pappe y M. Ma'oz, *Middle East Politics and Ideas: The History from Within* (Londres, 1997).

[875] M. J. Cohen, *Palestine and the Great Powers 1945-1948* (Princeton, 1982) es la versión de referencia.

[876] H. Batatu, *The Old Social Classes and the Revolutionary Movements of Iraq* (Princeton, 1978), pp. 470-472, 545-566, 680.

[877] Talhani, *Palestine,* pp. 48-50.

[878] Para un tratamiento reciente, véase R. McNamara, *Britain, Nasser and the Balance of Power in the Middle East 1952-1967* (Londres, 2003), cap. 3.

[879] Esta era la opinión del embajador británico en El Cairo en julio de 1954. Véase James Jankowski, *Nasser's Egypt, Arab Nationalism and the United Arab Republic* (Boulder, Colo., 2002), p. 56.

[880] Rathmell, *Secret War,* cap. 4.

[881] El relato de referencia es K. Kyle, *Suez* (Londres, 1991).

[882] Para el final político de Eden, D. Carlton, *Anthony Eden* (Londres, 1981).

[883] Véase Rathmell, *Secret War,* pp. 160-162; Abdulaziz A. al-Sudairi, *A Vision of the Middle East: An Intellectual Biography of Albert Hourani* (Londres, 1999), pp. 98-100; Fouad Ajami, «The End of Pan-Arabism», *Foreign Affairs,* invierno 1978/1979.

[884] Para la intensificación de la relación especial de Estados Unidos con Israel a partir de la década de 1950, D. Little, «The Making of a Special Relationship: The United States and Israel 1957-1968», *International Journal of Middle East Studies* 25, 4 (1993), pp. 563-585; G. M. Steinberg, «Israel and The United States: Can the Special Relationship Survive the New Strategic Environment?», *Middle East Review of International Affairs* 2, 4 (1998).

[885] Véase A. Sampson, *The Seven Sisters: The Great Oil Companies and the World They Made* (Londres, 1975). [Ed. cast.: *Las siete hermanas: las grandes compañías petroleras y el mundo que han creado,* trad. de Fernanado Quincoces y J. A. Bravo, Barcelona, Planeta de Agostini, 1995].

[886] El título del influyente estudio de Fouad Ajami (Londres, 1981).

[887] Acerca del inicio de la crisis, E. Abrahamian, *Iran between Two Revolutions* (Princeton, 1982), cap. 5. Acerca de Anglo-Iranian, J. Bamberg, *The History of the British Petroleum Company,* vol. 2: *The Anglo-Iranian Years 1928-1954* (Cambridge, 1994).

[888] Para la perspectiva estadounidense, véase por ejemplo de Rowntree a McGhee, 20 de diciembre de 1950, en *FRUS 1950,* vol. 5: *The Near East, South Asia and Africa* (Washington, 1978), p. 634. Para la política británica, Louis, *The British Empire in the Middle East,* pp. 632-689.

[889] Para un estudio reciente sobre el golpe de 1953, M. J. Gasiorowski y M. J. Byrne (eds.), *Mohammad Mossadeq and the 1953 Coup in Iran* (Syracuse, NY, 2004), «Conclusion». Para el dominio de los terratenientes y su influencia, Abrahamian, *Iran,* pp. 378-382.

[890] J. R. T. Wood, *The Welensky Papers* (Durban, 1982) sigue siendo la mejor explicación.

[891] El número de colonos blancos en los grandes territorios portugueses de África, Angola y Mozambique pasó de 67.000 en 1940 a 300.000 en 1960. Véase A. J. Telo, *Economia e Império no Portugal contemporâneo* (Lisboa, 1994), p. 267.

[892] Véase el memorando del gobernador de Nigeria en septiembre de 1939, CO 583/244/30453, publicado en A. F. Madden y J. Darwin (eds.), *The Dependent Empire 1900-1948,* vol. 7: *Colonies, Protectorates and Mandates: Select Documents on the Constitutional History of the British Empire and Commonwealth* (Westport, Conn., 1994), pp. 705 y ss.

[893] Acerca de los orígenes de esta idea, D. A. Low y J. Lonsdale, «Towards the New Order», en D. A. Low y A. Smith (eds.), *History of East Africa,* vol. 3 (Oxford, 1976), pp. 1-63.

[894] Para las estrategias a seguir por los gobiernos coloniales, J. Darwin, «The Central African Emergency, 1959», en R. F. Holland (ed.), *Emergencies and Disorders in the European Colonial Empires after 1945* (Londres, 1994).

[895] Véase J. Lonsdale, «The Moral Economy of Mau Mau: Wealth, Poverty and Civic Virtue in Kikuyu Political Thought», en B. Berman y J. Lonsdale, *Unhappy Valley: Conflict in Kenya and Africa,* libro 2: *Ethnicity and Violence* (Londres, 1992), pp. 265-504.

[896] Para un estudio reciente de los mecanismos del estado de emergencia en Kenia, David Anderson, *Histories of the Hanged* (Londres, 2005). Caroline Elkins, *Britain's Gulag* (Londres, 2005) ofrece un relato más vehemente.

[897] La mejor explicación sigue siendo Crawford Young, *Politics in the Congo: Decolonization and Independence* (Princeton, 1965).

[898] Para las circunstancias véase Ludo de Witte, *The Assasination of Lumumba* (trad. ingl.: Londres, 2001). [Ed. cast.: *El asesinato de Lumumba,* trad. de María José Furió Sancho, Barcelona, Crítica, 2002].

[899] Véase Colin Legum, *Congo Disaster* (publicado como Penguin Special, Harmondsworth 1961).

[900] Los dilemas a los que se enfrentaban los gobiernos poscoloniales en África han sido brillantemente reflejados en dos estudios recientes: P. Chabal y J.-P. Daloz, *Africa Works: Disorder as Political Instrument* (Oxford, 1999); J.-F. Bayart, S. Ellis y B. Hibou, *The Criminalization of the State in Africa* (Oxford, 1999).

[901] Véase J. Zasloff, «Law and the Shaping of American Foreign Policy: From the Gilded Age to the New Era», *New York University Land Review* 78, 30 (2003), pp. 101-288. Debo esta referencia a Andrew Hurrell.

[902] D. Lake, *Entangling Relations: American Foreign Policy in its Century* (Princeton, 1999), p. 102.

[903] Para este análisis, ibíd., p. 193.

[904] Sin el control del resto de Micronesia, el valor de Guam quedaba anulado. Véase W. Price, *Japan's Islands of Mystery* (Londres, 1944), pp. 46-54.

[905] Véase G. Lundestad, *The American «Empire»* (Londres, 1990).

[906] H. van der Wee, *Prosperity and Upheaval: The World Economy 1945-1980* (Londres, 1986), tabla 30. [Ed. cast.: *Prosperidad y crisis,* trad. de Gustav Muñoz Veiga, Barcelona, Crítica, 1986].

[907] Ibíd., p. 451.

[908] Para estas estimaciones, D. Filtzer, *Soviet Workers and Late Stalinism: Labour and the Restoration of the Stalinist System after World War Two* (Cambridge, 2002), p. 13.

[909] Ibíd., p. 246.

[910] Ibíd., p. 25.

[911] Véase P. Gregory, *The Political Economy of Stalinism: Evidence from the Soviet Secret Archives* (Cambridge, 2004), pp. 243-244.

[912] L. Sondhaus, *Navies in the Modern World* (Londres, 2004), p. 242.

[913] Véase el memorando del secretario de Estado Rusk al presidente Kennedy, 1 de febrero de 1961, en *FRUS 1961-63,* vol. 20: *The Congo Crisis* (Washington, 1994).

[914] D. Holden y R. Johns, *The House of Saud* (Londres, 1981), pp. 232-241.

[915] B. Pockney, «Soviet Trade with the Third World», en E. J. Feuchtwanger y P. Nailor (eds.), *The Soviet Union and the Third World* (Londres, 1981), pp. 70, 72-73.

[916] S. Bruchey, *Enterprise: The Dynamic Economy of a Free People* (Londres, 1990), p. 509.

[917] Para un estudio al respecto, K. Dawisha, «The Soviet Union and the Middle East», en Feuchtwanger y Nailor (eds.), *The Soviet Union and the Third World,* pp. 123-126.

[918] Véase C. Legum, *After Angola: The War over Southern Africa* (Londres, 1976).

[919] *The Times,* 10 de octubre de 1980.

[920] P. Lettow, *Ronald Reagan and his Quest to Abolish Nuclear Weapons* (Nueva York, 2005), p. 127. Son palabras de George Schultz, secretario de Estado de 1982 a 1989.

[921] El gasto militar en el África subsahariana era del 0,7% del PIB en 1960, y cinco veces mayor en 1990 (*The Times,* 28 de junio de 1993, p. 42). Para un trata-

miento más general, W. J. Foltz y H. Bienen, *Arms and the African: Military Influences on Africa's International Relations* (New Haven, 1985).

[922] Véase «Britain Joins SE Asia Exercise as Fears of Soviet Naval Power Grow», *The Times,* 7 de mayo de 1985; Sondhaus, *Navies in the Modern World,* p. 262.

[923] Véase G. I. Khanin, «The 1950s – The Triumph of the Soviet Economy», *Europe-Asia Studies* 55, 8 (2003), pp. 1187-1218; H. Ticktin, «Soviet Studies and the Collapse of the USSR: In Defence of Marxism», en M. Cox (ed.), *Rethinking the Soviet Collapse* (Londres, 1998), p. 89.

[924] Véase Robert J. Art, *A Grand Strategy for America* (Londres, 2003), pp. 20-26.

[925] S. L. Engerman y R. E. Gallman (eds.), *The Cambridge Economic History of the United States,* vol. 3: *The Twentieth Century* (Cambridge, 2000), pp. 959-960.

[926] El programa de Gorbachov se puede seguir en una serie de discursos publicados como *Perestroika* (trad. ingl.: Londres, 1987). [Ed. cast.: *Perestroika,* trad. de María Esther Borri, Barcelona, Ediciones B, 1987].

[927] Opinión expresada de la forma más directa y sin rodeos por el libro de Francis Fukuyama *The End of History and the Last Man* [Ed. cast.: *El fin de la historia y el último hombre,* trad. de P. Elias, Barcelona, Planeta, 1992], cuyo meollo había sido publicado como artículo en 1989.

[928] Véase Z. Brzezinski, *The Great Chessboard: American Primacy and its Geostrategic Implications* (Nueva York, 1997) [ed. cast.: *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos,* trad. de Mónica Salomón González, Barcelona, Paidós, 1998]. La influencia de autores previos, sobre todo del geógrafo británico Halford Mackinder, es evidente.

[929] Véase Martin Koskenniemi, *The Gentle Civiliser of Nations: The Rise and Fall of International Law 1870-1960* (Cambridge, 2002).

[930] Para un ejemplo representativo de esta literatura «antiimperial», véase Chalmers Johnson, *The Sorrows of Empire: Militarism, Secrecy and the End of the Republic* (Nueva York, 2004). [Ed. cast.: *Las amenazas del imperio: militarismo, secretismo y el fin de la república,* trad. de María Isabel Campos Adrados, Barcelona, Crítica, 2004].

[931] De hecho, el 29,5 por ciento. La parte de Japón era el 14 por ciento, la de China el 3,4. Véase B. Posen, «Command of the Commons: The Military Foundations of US Hegemony», en *International Security* 28, 1 (2003), p. 10, n. 14.

[932] Este es el principal argumento de Posen, «Command of the Commons».

[933] Véase V. de Grazia, *Irresistible Empire: America's Advance through Twentieth-Century Europe* (Cambridge, Mass., 2005). [Ed. cast.: *El imperio irresistible: un minucioso análisis del triunfo de la sociedad de consumo estadounidense sobre la civilización europea,* trad. de Luis A. Noriega Hederich, Barcelona, Belacqva, 2006].

9. La sombra de Tamerlán

[934] Ese es el argumento de J. Diamond en *Guns, Germs and Steel* (Londres, 1997). [Ed. cast.: *Armas, gérmenes y acero: breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años,* trad. de Fabián Chueca, Madrid, Debate, 2004].

[935] J. Gallagher y R. Robinson desarrollaron la idea de «imperio informal» en un célebre ensayo, «The Imperialism of Free Trade», *Economic History Review,* nueva serie, 6, 1 (1953), pp. 1-15.

[936] M. Olson explica el papel de los intereses creados en la génesis del estancamiento en *The Rise and Fall of Nations: Economic Growth, Stagflation and Social Rigidities* (New Haven, 1982). [Ed. cast.: *Auge y decadencia de las naciones: crecimiento económico, estagflación y rigidez social,* trad. de Juan Andrés Iglesias, Barcelona, Ariel, 1986].

[937] R. Kipling, «Recessional» (1897).

[938] Véase B. Ersanli, «The Empire in the Historiography of the Kemalist Era», en F. Adanir y S. Faroqhi (eds.), *The Ottomans and the Balkans: A Discussion of Historiography* (Leiden, 2002), pp. 115-154.

[939] Véase S. Deringil, *The Well-Protected Domains: Ideology and the Legitimation of Power in the Ottoman Empire, 1876-1909* (Londres, 1999).

[940] C. A. Bayly, *Origins of Nationality in South Asia: Patriotism and Ethical Government in the Making of Modern India* (Nueva Delhi, 1998), caps. 1-4.

[941] Los principales representantes de este punto de vista son D. O. Flynn y A. Giraldez. Véase su «Path Dependence, Time Lags and the Birth of Globalisation», *European Economic History Review* 8 (2004), pp. 81-108.

[942] Para un punto de vista que insiste en los orígenes decimonónicos de la globalización, véase K. H. O'Rourke y J. G. Williamson, «Once More: When Did Globalisation Begin?», *European Economic History Review* 8 (2004), pp. 109-117.

[943] Véase «Growth and Development Trends 1960-2005», en *United Nations World Economic and Social Survey 2006,* p. 5, consultado en http://www.un.org/esa/policy/wess/wess2006files/chap1.pdf.

[944] Véase K. Sugihara (ed.), *Japan, China, and the Growth of the Asian International Economy, 1850-1949* (Oxford, 2005), «Introduction», p. 5.

[945] Véase R. Findlay y K. H. O'Rourke, *Commodity Market Integration, 1500-2000,* National Bureau of Economic Research Working Paper (Boston, 2001), tabla 3.

Notas de traducción

(1) La administración colonial británica en el subcontinente indio. *[N. de los T.].*

(2) Término de origen portugués que designa a esta clase de intermediarios. *[N. de los T.].*

(3) En castellano en el original. *[N. de los T.].*

(4) Los *kulaks* eran los nuevos campesinos propietarios que prosperaron tras la revolución de 1917. *[N. de los T.].*

Índice analítico

Abadán
Abbas I, sah
Abbas II, sah
Abbas Mirza, príncipe
Abd al-Latif, historiador
Abduh, Muhammad
Abisinia. *Véase* Etiopía
Adén
Afganistán
afganos
África: reparto de
Agha Mohammed I, sah
Agra
Ahmad Sah Durrani
Akbar, emperador mogol
al-Afgani, Jamal al-Din
Alamein, El
Albuquerque, Alfonso de
Alejandro I, zar
Alejandro II, zar
Alejandro Magno
Alemania
algodón

al-Jabarti, Abd-al-Rahman
Alma Ata, Tratado de
Al-Wathbah (el «salto»)
América. *Véase también* Estados Unidos
Angola
Ankara, batalla de
Apalaches
Árabe, Liga
árabes
Arabi, coronel Ahmed
Arabia Saudí
Aragón
Archinard, Louis
Argel
Argelia
Argentina
armenios
Astracán
Atahualpa, emperador inca
Atatürk. *Véase también* Kemal, Mustafá
Atlántico Norte, Tratado del
Aurangzeb, emperador mogol
Australia
Azerbaiyán
Azores
aztecas
azúcar

babis, musulmanes disidentes
Babur, príncipe timúrida

bacalao, pesca del
Bacon, Nathaniel
Bagdad: Pacto de
Bandung, conferencia de
Barbados
Beijing. *Véase* Pekín
Belgrado: Tratado de
Bengala
Bentham, Jeremy
Bering, estrecho de
Beyazid I, sultán otomano
Birmania
Bismarck, Otto von
Bizancio
bizantino, Imperio
Blyden, Edward Wilmot
Bombay
bóxers, rebelión de los
Braddock, general Edward
Brasil
Bryce, James

Cairo, El
Calcuta
Calicut
California
Canarias, islas
Cantón
carbón
Caribe

Carlomagno
Carlos V, emperador Habsburgo (Carlos I de España)
Carlos XII (rey de Suecia)
Caspio, mar
Catalina la Grande, emperatriz de Rusia
César, Julio
Cheng-ho, almirante
Chiang Kai-shek
Chien-lung, emperador
chiismo
China
Ching, dinastía. *Véase* manchúes
Chipre
Choshu
Chou En-lai
Churchill, Winston
Clive, Robert
Colón, Cristóbal
comercio, crecimiento del
Compañía Británica de las Indias Orientales
Compañía Holandesa de las Indias Orientales
conferencia afroasiática (1955). *Véase* Bandung, conferencia de
confucianismo
Congo
Constant, Benjamin
Constantinopla
Cook, James
Corea
Cortés, Hernán

Crimea
Cuba

Damasco
Danubio
darwinismo social
Defoe, Daniel
Delhi
descolonización
Deshima, isla de
Dien Bien Phu, batalla de
dinasticismo

economía atlántica
Edo
Egipto
Elmina (Ghana)
emigración
esclavitud
España
Española, La
Estados Unidos
Etiopía
Europa: significado; pensamiento en

Fath Ali, sah
Faysal, estadista árabe
Federico el Grande, rey de Prusia
Felipe II, rey de España
ferrocarriles

Filipinas, islas
Francia
Francisco Javier, san

Galdan, soberano calmuco
Gama, Vasco da
Gandhi, Mahatma
Gengis Kan
Génova
Georgia
ghulams
globalización: debate; significado
Gorbachov, Mijaíl
Gran Bretaña
Gran Muralla
guerras: del Asiento; de Crimea; Primera Guerra Mundial; Segunda Guerra Mundial; napoleónicas; del Opio; ruso-japonesa; ruso-otomana (*1877-1878*); ruso-turca (*1768-1774*); de Sucesión austriaca; de Sucesión española
Gulistán, Tratados de
Guyarat

Habana, La
Habsburgo, imperio de los
Haidar Ali
Haití
Havas, agencia de prensa
Herat
Hideyoshi, gobernante japonés
Hitler, Adolf

Ho Chi Minh
Hokkaido
Hong Kong
Horda de Oro
Humboldt, Alexander von
Hume, David

Ibn Jaldún, historiador
Iglesia católica
incas
India: Gran Rebelión
Indias Occidentales. *Véase también* Caribe
Indochina
Indonesia
Irak
Irán
Isfahán
islam
Ismail I, sah
Ismail, jedive egipcio
Israel
Iván III, zar
Iván IV, zar

Jamaica
Japón
Jartum
Java
jenízaros
jesuitas

Jorasán
Jruschov, Nikita

Kabul
Kandahar
Kangxi, emperador Ching
Kant, Immanuel
kaozheng, movimiento
Karim Kan, líder zand
Kazán
Kemal, Mustafá
Kenia
Kennan, George
Kenyatta, Jomo
Kidd, Benjamin
Kiev
Kliuchevski, Vasili
Koxinga (Cheng Ch'eng-kung), filibustero
Kuomintang o Partido Nacionalista (KMT)

Lancashire
Lenin, Vladímir Ilich
Leopoldo II, rey de Bélgica
Leur, J. C. van
Lewis, Meriwether y Clark, William, expedición de
Li Hung-chang
Líbano
liberalismo
Liga de Naciones
Lisboa

Locke, John
Londres
Loto Blanco, movimiento del
Luis XIV, rey de Francia
Luis XVI, rey de Francia
Luis Napoleón, emperador
Luisiana

Macao
Mackinder, Halford
Madeira
Madrás
Malaca
Malthus, Thomas Robert
manchúes (Ching)
Manchuria
Manila: galeón de; Pacto de
Mao Tse-tung
mapas, confección de
marathas
Marruecos
Marx, Karl
Mauricio, isla de
Meca, La
Mehmet Alí
Meiji, restauración
Meshed
México
Mill, James
Mill, John Stuart

Ming, dinastía
misioneros
Misisipi
Moctezuma, emperador azteca
modernidad, definición de
mogoles
mongoles
Montesquieu, Charles-Louis de Secondat, barón de La Brède y de
Moscovia. *Véase* Rusia
Moscú
Mossadeq, Mohamed
Mountbatten, lord
Mysore

Naciones Unidas
Nadir Sah
Nagasaki
Nankín, Tratado de
Napoleón Bonaparte, emperador francés
Naser al-Din, sah
Nasser, Gamal Abdel
nazi, imperio
nazis
Negro, mar
Nehru, Jawaharlal
Nerchinsk, tratado de
Newton, Isaac
Níger, río
Nilo, río

Nobili, Roberto de
Nobunaga, gobernante japonés
Nueva York
Nueva Zelanda
Nurhaci, caudillo nómada

Odessa
Okinawa, isla de
Omán
opio
Ormuz
oro
Osaka
otomano, Imperio

Pacífico, océano
Países Bajos
Palestina
Pearson, Charles
Pedro el Grande, zar
Pekín
Pereslavl, Tratado de
Persia. *Véase* Irán
Pérsico, golfo
Perú
peste negra
petróleo
Pitt «Diamond», Thomas
Pizarro, Francisco
plata

poderío marítimo
Polonia
Poltava, batalla de
porcelana
Portugal
Potemkin, Gregori
Preste Juan
Punjab

Qayar
Quebec

racismo
Reforma protestante
Reuters
Revolución Cultural
Reza Sah Pahlevi
Rhodes, Cecil
romano, Imperio
Romanov, dinastía
Roosevelt, Franklin Delano
Roosevelt, Theodore
Rousseau, Jean-Jacques
Rusia. *Véase también* Unión Soviética
Rycaut, Paul
Ryukyu, islas

safávidas, soberanos. *Véase también* Irán
Said, Edward
Samarcanda

San Petersburgo
Satsuma: rebelión de
seda
Senegal
Serbia
servidumbre
Shanghái
Shivaji, rey hindú
Siberia
Singapur
Sinkiang
Siria
Smith, Adam
Sokoto
Somalia
Stalin, Iosif
Sudáfrica
Suecia
Suez: canal de; crisis de; zona del canal de
Sun Yat-sen
Suraj ud-Daula

tabaco
Taiping, Rebelión de los
Taiwán
Tamerlán, conquistador túrquico
Tanzimat
taoísmo
textiles. *Véase también* algodón
Tíbet

Tipú Sultán
Tocqueville, Alexis de
Tokio. *Véase también* Edo
Tokugawa, sogunato
Tott, barón François de
Trotski, León
Truman, Harry S.: doctrina
Turner, Frederick Jackson
Turquía

Ucrania
Unión Soviética

Valaquia
vapor: navegación a
varega, clase gobernante
Venecia
Viena: Congreso y tratado de
Vietnam
vikinga, clase gobernante
Volga

wahabismo
Washington, George
Washington, Tratados de
Waterloo, batalla de
Weber, Max
White «Siamese», Samuel
Wolfe, general James
Wu, general

Yalta, conferencia de
Yangtsé, río: delta del (Kiangnan)
Yeda
Yemen
Yuan, dinastía

Zambeze
Zambia
Zanzíbar
Zimbabue

Sobre el autor

John Darwin se ha interesado principalmente por el estudio de la historia de los imperios, tanto en lo que se refiere a su ascenso como a su declive. Ha escrito numerosos libros sobre el Imperio británico, entre los que destacan *Britain and Decolonization; The End of the British Empire; Britain, Egypt and the Middle East* y *Unfinished Empire. The Global Expansion of Britain.* Enseña historia imperial y global en Oxford, donde es miembro del profesorado del Nuffield College. En 2007 recibió el Premio Wolfson de Historia por *El sueño del imperio*.

taurus

Título original: *After Tamerlane. The Rise and Fall of Global Empires, 1400-2000*
© John Darwin, 2007
Publicado originalmente en inglés por Allan Lane, un sello de Penguin Books Ltd, 2007
© De la traducción: Antón Corriente Basús y Federico Corriente Basús

© De esta edición:
2012, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos - Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.editorialtaurus.com/es

ISBN ebook: 978-84-306-0198-1

Imagen de la cubierta: Bridgeman Art Library

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

PRISA EDICIONES

Taurus es un sello editorial del Grupo Santillana

Argentina
www.editorialtaurus.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21
Bolivia
www.editorialtaurus.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56
Chile
www.editorialtaurus.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60
Colombia
www.editorialtaurus.com/co
Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77
Costa Rica
www.editorialtaurus.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.editorialtaurus.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.editorialtaurus.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España

www.editorialtaurus.com/es
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.editorialtaurus.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.editorialtaurus.com/can

26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.editorialtaurus.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México

www.editorialtaurus.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.editorialtaurus.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.editorialtaurus.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción

Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.editorialtaurus.com/pe

Avda. Primavera 2160

Santiago de Surco

Lima 33

Tel. (51 1) 313 40 00

Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.editorialtaurus.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506

Guaynabo 00968

Tel. (1 787) 781 98 00

Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.editorialtaurus.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9

Gazcue

Santo Domingo R.D.

Tel. (1809) 682 13 82

Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.editorialtaurus.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42

Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.editorialtaurus.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51

ÍNDICE

Portadilla	2
Índice	3
Dedicatoria	4
Lista de ilustraciones	5
Lista de mapas	6
Prólogo	8
1. Orientaciones	14
2. Eurasia y la era de los descubrimientos	72
3. El equilibrio de la primera Edad Moderna	138
4. La Revolución euroasiática	209
5. La carrera contra el tiempo	290
6. Los límites del imperio	392
7. Hacia la crisis mundial, 1914-1942	486
8. La negación del imperio	564
9. La sombra de Tamerlán	644
Lecturas complementarias	668
Notas	684
Notas de traducción	729
Índice analítico	730
Sobre el autor	745
Créditos	746